TRACY WALKER

EL SECRETO DE HAMILTON HOUSE

¿QUÉ OCURRE CUANDO UN SECRETO DEL PASADO SE NIEGA A SER ENTERRADO?

EL SECRETO DE HAMILTON HOUSE

POR TRACY WALKER

DEDICADO A TODO AMANTE DE LA LITERATURA….

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Enero de 2016

Ocurrió un martes lluvioso, gris y gélido. El agua caía a cántaros y el día se presentaba desapacible desde las siete de la mañana. Decidí no tomarme el mal tiempo en el día uno de mi propósito como un mal presagio de que lo que estaba preparada para hacer iba a salir mal. Y más cuando los días previos habían estado llenos de sol y luz, envolviendo el ambiente en un halo de alegría y positivismo.

Estaba sentada en un café, tomando un té con leche y tostadas, no muy lejos de Hamilton House, la mansión donde vivía Jonathan Hamilton.

Dada su dilatada y exitosa carrera en el mundo de los negocios, Jonathan había acaparado portadas de revistas donde le entrevistaban sobre sus cosechados éxitos empresariales, y, a veces, servía de imagen para promocionar marcas de moda.

Era por todos conocido que el guapo ejecutivo que compraba empresas y levantaba imperios había pasado a ser un cuerpo inerte en una silla de ruedas. Tras el accidente, su médula espinal quedó dañada y se le rompieron varias vértebras, provocando que quedara paralizado su cuerpo de pecho para abajo, aunque podía mover la mano izquierda hasta la muñeca. Aun así, había sobrevivido, pese a la gravedad del accidente.

Mucha gente le hizo ver que era un superviviente, una especie de héroe que se había librado de morir. Y sí, seguía vivo, pero para Jonathan no era suficiente. Su vida ya no era lo que se entendía por una vida.

Él no hablaba a nadie de sus pensamientos más profundos; nadie sabía que la mente de Jonathan cada día se moría un poco más, cuando se veía así mismo cada día postrado y pasando, como una pelota de tenis que solo se mueve en dos direcciones en la pista, de la cama a la silla y viceversa. Ya no podía sentir lo que era nadar entre frescas aguas cristalinas, sintiendo sus piernas moverse, sus músculos cansarse y cómo la adrenalina le iba a mil, y seguía forzando su cuerpo para devorar aún más el momento. Pero sí recordaba lo que era ir con prisas a una reunión de empresa y subir corriendo las escaleras, subirse en moto y sentir que volaba a la velocidad del rayo, o correr por la orilla de la playa con la brisa de la mañana mientras su corazón se aceleraba y los gemelos le dolían. Lo recordaba, pero ya no podía sentirlo. Esas sensaciones eran un doloroso recuerdo. Le dolía no ser independiente, no poder ir de aquí para allá a la hora que quisiera como había hecho antes, sin dar explicaciones. Ahora, sus horarios y todo lo que hiciera estaba siempre supervisado por su madre o el fisioterapeuta. Incluso para ducharse o cambiarse de

postura, necesitaba de ayuda. Su vida no podía ser más humillante. A su edad, haber perdido esa libertad era una tortura constante, y más siendo un hombre tan independiente y emprendedor como él.

Sentía que haber subido tan alto, y ahora estar tendido en el suelo más bajo y frío, sin posibilidad de volver a ascender, había sido peor que si hubiese sido un fracasado todo su vida.

Él había conocido las mieles del éxito, y ahora lo había perdido todo. Un rey sin corona. Un nuevo mundo que no se ajustaba a él. Desterrado de su paraíso. Así se sentía ahora.

Jonathan amaba su libertad, hacer lo que quería y cuando quería. Le encantaba ser hombre y no tener que preocuparse, como las mujeres, de cosas que le hubieran irritado, como la menstruación, los cambios hormonales o no quedarse embarazada. Para él, eso hubiera sido un fastidio. Era mejor ser un tiburón de los negocios, rico, libre de ataduras, de viajar, de mandar, de adquirir dinero y gastarlo en lujos inimaginables. ¡Ah!, qué buena vida había sido la suya… pero la de ahora no era ni la sombra de la vida grandiosa que había tenido antes.

Yo ya conocía a Jonathan desde mucho antes. Lo bueno era que él no podría reconocerme a mí aunque pusiera mucho empeño. Era mi as en la manga. Poder entrar en su casa como una completa desconocida que entraba en su vida por primera vez, conocerle, y como si nada. Me sentía poderosa, y eso me serviría para llevar a cabo la misión secreta que tenía guardada para llevar a cabo con él.

Probablemente él no se acordaría de mí ni aunque hubiera podido. Un hombre como él, el típico empresario triunfador y hombre de mundo, había conocido multitud de gente, hombres y mujeres, y con su vida de millonario y gente vip, ¿cómo iba a acordarse de mí ? Imposible. Un hombre como él conocía, disfrutaba y olvidaba.

Ese día me puse un traje de chaqueta negro, falda de tubo de Versace, una blusa blanca de Dior de pura seda a juego, con un lazo elegantemente hecho y colgando de la clavícula. Zapatos de charol de tacón y punta, el pelo liso, largo y raya en medio. Esa era yo. Catherine Foster. La nueva esperanza de Jonathan Hamilton. Pero él aún no lo sabía.

****

Una vez salí del café, tomé un taxi, que me dejó en la zona de las mansiones de la gente adinerada. Me encaminé por la acera, pasando las farolas y los árboles hacia Hamilton House, con mi maletín de cuero perfectamente cerrado. El contenido que había allí dentro haría caer de espaldas a Elizabeth Hamilton, la madre de Jonathan.

Gracias a los periódicos y a un amigo personal supe dónde vivía. Al

principio, cuando estaba bien y trabajaba en la ciudad, vivía en un loft de Manhattan. Pero tras su accidente, se había trasladado a su mansión de campo, en Los Hamptons, Long Island. Decidida, me encaminé hacia allí con intención de cambiar su vida, como me la había cambiado él a mí hacía tiempo.

****

Allí se erguía la mansión, Hamilton House, rodeada de una amplísima finca verde con piscina, árboles, pista de tenis, invernadero, y no muy lejos de la playa.

Jonathan se iba a pasar allí algunos fines de semana para descansar, pero ahora se había convertido en su residencia permanente. Decían que no quería ser visto en su silla de ruedas, enfermo y decaído, y que se había recluido en Hamilton House para esconderse de ese mundo donde una vez brilló como una estrella, aplastando adversarios, levantando empresas y ganando millones. La ciudad ya no tenía atractivo para él, y su loft seguía cerrado con llave y vacío después de un año y medio.

Ya no se sentía con fuerzas para vivir en un apartamento donde una vez se sintió un triunfador, con los edificios y el bullicio de la ciudad saludándole constantemente por los cristales de los ventanales y la amplia terraza. Solo bastaba que se asomara a mirar para ver a los ejecutivos, empresarios, abogados, perfectamente trajeados, yendo con prisas por la calle, hablando por el móvil, deseosos de cerrar tratos, firmar acuerdos y embolsarse cada hora más dinero, para que le recordara amargamente que él ya no podría volver a jugar en ese equipo. Él había sido uno de ellos, pero ahora ya no quedaba nada del Jonathan empresario de éxito, viajero incansable, frío y duro como el acero, y triunfador nato.

Para Jonathan, su vida ahora consistía en estar sentado en una silla de ruedas, ver pasar los días y sufrir calambres, dolores musculares y la angustia constante de estar encerrado en su propio cuerpo. Estaba harto del dolor. Físico y psíquico.

Lo que le había dolido profundamente era que su madre tuviese que dejar su residencia en Los Ángeles para irse a Long Island y cuidar de él. Aunque no le dolía porque pensara que la daba trabajo y era una carga, sino todo lo contrario.

A Jonathan no le gustaba que su madre cuidara de él como si fuera un bebé y detestaba tenerla cerca. Su presencia le recordaba aún más su situación y que no tenía ya libertad ni intimidad. Era peor que volver a los seis años de edad. Así que Jonathan, a veces, pagaba con su madre su frustración, que, aunque ya la tenía desde hacía años, se había acrecentado más tras el accidente.

Jonathan no olvidaba lo que su madre le había hecho a los dieciséis años, y desde ese momento se distanció de ella. Al hacerse mayor, estudiar, trabajar y volar del nido, se sintió que se quitaba un peso de encima… Cuando, poco después de la muerte de su padre, su madre le dijo que iba a mudarse a Los Ángeles, Jonathan se alegró. Así, Hamilton House sería solo para él. Y así había sido durante años, hasta que ocurrió lo del accidente.

De pequeño, Jonathan y sus padres habían vivido cómodamente en Hamilton House, pero el hijo emprendedor de los Hamilton quiso volar del nido en cuanto terminó su carrera y empezó a trabajar en el mundo de los negocios. Al principio, con socios y un amigo de su padre, y después, casi siempre solo, tomando el timón del barco de los negocios, siempre llevándolo a buen puerto.

Compró el loft de Manhattan y se mudó allí, mientras que su madre, Elizabeth, se quedó en la finca durante un tiempo, hasta que decidió comprarse una casa en Los Ángeles, de esas con jardín, palmeras, piscina y hasta árboles frutales.

Jonathan sabía que su madre se sentía sola en Long Island, ahora ya viuda, y, como tenía amistades en Los Ángeles, prefirió irse allí a que quedarse en una casa gigantesca donde estaba sola la mayor parte del tiempo.

Jonathan no es que se molestara mucho en visitarla. Siempre estaba ocupado, y cuando no lo estaba, decía que lo estaba, aunque los dos sabían que era mentira.

Es verdad que su hijo tenía una carrera prometedora y que cada año conseguía más logros e ingresos, pero estaba totalmente alejado de ella, y Elizabeth se lamentaba en silencio del desdén de su hijo. Muchas veces se preguntaba si Jonathan aún arrastraba ese resentimiento que empezó aquel verano, en ese campamento, cuando todo ocurrió. Temía preguntarle por si él se ponía colérico y las cosas se quedaban más tensas. Al menos le quedaba el consuelo de pensar que su hijo era un triunfador y que se valía por sí mismo.

Todo le había ido bien hasta que tuvo el accidente, y entonces su madre le llevó a Hamilton House, le puso un fisioterapeuta y adaptó la casa con un ascensor, una silla de ruedas eléctrica y todo tipo de comodidades para su hijo.

Elizabeth estaba desesperada, y rogaba por un milagro. Tras hablar con infinidad de médicos que no daban solución al caso de su hijo, dio en internet una entrevista para la página de tetrapléjicos *We are one*, donde hacía un llamamiento para pedir que, si alguien podía ayudar a su hijo, se entrevistara con ella. Su voz rogaba por un milagro. Entonces fue cuando Catherine Foster decidió aparecer…

****

Elizabeth había explicado que su hijo se mostraba siempre irritado, airado, aburrido y hastiado. Era difícil estar a su lado con aquel carácter tan irascible. El tono que usó para describir tal situación sonó más a queja que a contar un triste hecho.

Me asombró que hablara así de su hijo, como si estuviera harta de él. Noté que Elizabeth estaba deseosa de desahogarse y lo hizo en la entrevista sin ningún pudor.

Comentó que había contratado a una chica llamada Cora, que había tenido a su abuelo paralítico y sabía de cuidados para personas en silla de ruedas. Era una ayuda más para que el fisioterapeuta no cargara con todo. Pero, según Elizabeth, Jonathan siempre tenía un arsenal preparado lleno de palabras irónicas y caras largas acompañado de una buena dosis de desdén y grosería. No era así con el fisioterapeuta, Alex, pero con Cora se convertía en un demonio.

En mi corazón, yo sabía que no soportaba que una mujer le mirara con pena y le tratara como a un bebé; él, que había sido famoso por tratar a las mujeres como pañuelos desechables. Era el colmo de la humillación para su tonto orgullo de hombre poderoso.

Sabía también, que nadie iba a poder mover el corazón de Jonathan ni en mil años. No me extrañaba saber que Jonathan había tenido ligues y rollos que no le duraban más que unos meses. Se había vuelto de acero, implacable, y no quedaba nada de aquel chico dulce, tierno y romántico que una vez fue…

Siempre había querido volver a verle, era mi tarea pendiente. Así que tomé la decisión en cuanto me enteré de que vivía en Hamilton House

Llegaría a casa como un regalo o un milagro. Elizabeth Hamilton me aceptaría enseguida, y, una vez metida dentro, Jonathan ya sería cosa mía.

****

Junio de 2014

Eran las once de la noche de un viernes y Jonathan todavía no había podido desconectar de su trabajo, pese a que hacía cinco horas que lo había dejado para empezar a disfrutar de su ansiado fin de semana. Su socio en el hotel *Stars and Moons*, Louis Tramell, estaba informándole de una noticia de última hora: una empresa estaba cayendo en picado y Jonathan podía comprarla por un precio de risa y levantarla con nuevas ideas que Tramell tenía en mente. Con el móvil en la oreja, Jonathan se pasaba por los dedos un bolígrafo, ansioso y algo fastidiado por la llamada. Pero Louis no había parado de llamar, y eso ponía aún más nervioso a Jonathan, así que, tras nueve llamadas perdidas, Jonathan lo había descolgado.

—No puedo hablar ahora, Louis, me marcho a Long Island ya mismo. Tardaré un par de horas en coche y no quiero llegar más tarde de lo normal. —Jonathan cogió su neceser de fin de semana con muda y alguna ropa. Aunque en Hamilton House tenía de todo, a veces se llevaba pocas cosas, para estrictamente un par de días, y así evitarse la pesada tarea de tener que abrir los grandísimos y largos armarios y estar buscando, eligiendo y sacando ropa según los cambios de tiempo.

—Tienes que escuchar esto, Jon. Applegate no tiene ni idea de llevar la empresa, han perdido un 65% de lo que invirtieron y están casi en la quiebra. Si se la compras por dos millones, es tuya, y si la ofertas con la tecnología de Patterson, dará beneficios en menos de un mes. Es un cabrón inteligente, ya le conoces. —Jonathan sonrió. Llevaba un traje negro de Armani, gemelos de oro con su inicial y una corbata azul marino de seda.

Olía a Bleu de Chanel y su loción de afeitado era de Dolce & Gabbana.

No podía parecer más triunfador.

—Parece tentador, Louis, pero necesito los datos de esa otra empresa, ¿Clarkson se llamaba? Si tengo que apostar, quiero apostar por lo mejor.

—Vale, ¿te parece si te envío en un mensaje las estadísticas? Lo miras en un segundo y me dices.

—Que sea un segundo. —El móvil pitó al momento y Jonathan lo apartó de su oreja y miró un cuadrado con picos que subían y bajaban. Frunció el ceño y sonrió. No le llevó mucho pensar qué empresa era mejor—. Me quedo con Applegate. No es la primera vez que tengo que rescatar una empresa de un jefe incompetente. Hace unos años me pasó igual con un tal Reynolds. El banco le iba a embargar el hotel por las deudas que tenía, y yo, simplemente, fui más listo.

—Vaya, no me habías contado esa batallita. ¿Qué hiciste? —quiso

saber Louis.

—Bueno, el tipo me suplicó que tuviéramos a medias el hotel y que yo pagase su deuda con el banco, porque yo tenía esos fondos, y que me lo devolvería a plazos. Le dije que no, naturalmente. Debía una fortuna, y, siendo a plazos, yo no habría recuperado mi inversión en mucho tiempo. No me convenía.

—Pero podrías recuperarlo de los beneficios del hotel —apuntó Louis.

—Imposible. No era suficiente dinero… para mí. Si puedo comprar empresas o iniciar negocios con hoteles, casinos y restaurantes, es porque siempre tengo capital de sobra. No me interesa un socio o un negocio donde puedo andar justo de fondos. En fin, hablamos el lunes, Louis. Me quedo con Applegate, ya prepararemos los papeles.

—Perfecto, eso quería oír, es un buen negocio, ya lo verás. —Louis estaba satisfecho, y Jonathan, también.

—Eso espero… bueno, que tengas buen fin de semana, Louis.

—Lo mismo te deseo, Jon, hasta el lunes. —Ambos colgaron.

Jonathan bajó las escaleras de su loft. En la parte superior estaba su habitación, un baño, dos cuartos de invitados y un estudio. Abajo, la cocina y el salón, que estaban impecables, con muebles caros, una pantalla plana gigantesca, cuadros de Van Gogh y demás chucherías de clase alta. Jonathan sonrió satisfecho y respiró hondo de sentirse tan triunfador y rodeado de lujo.

—Nos vemos el domingo —dijo, dirigiéndose al salón. Salió de su apartamento para bajar al garaje y emprender su marcha a Hamilton House. Poco podía imaginar que no volvería a su apreciada casa el domingo.

****

No era la primera vez que Jonathan recorría un viernes noche la carretera para ir a Hamilton House. Se había convertido casi en un ritual que los viernes, sobre las once, cogiera el coche y se hiciera dos horas de carretera para llegar a Long Island. Su Mercedes Benz era un buen coche y, si metía algo más de velocidad, incluso podía llegar un poco antes. Necesitaba desconectar durante dos días de la ciudad y su bullicio y Hamilton House era el sitio perfecto para eso.

No solo tenía su extensa finca de césped, sino que también lindaba con bosques y estaba cerca de la playa. Muchas veces, Jonathan se encontraba, casi cuando amanecía, corriendo por la orilla de la playa, con las olas espumosas acercándose a sus pies, a veces mojándole y otras veces apartándose sin llegar a tocarle. Corría descalzo para sentir la arena suave y mojada, respirar la brisa fresca y descargar tensiones.

Muchas veces se encontraba pensando en lo que había ocurrido

hacia años. No había podido olvidar, ni aún después de tanto tiempo. Cómo le dolía… Ni el dinero ni los lujos, ni su vida de triunfador, habían conseguido arrancarle esa espina que llevaba clavada en el corazón y en su alma gracias a su madre.

Así que Jonathan se sumergía en su trabajo como si se tratase casi de una terapia. Necesitaba tener su mente ocupada y distraída y, con el trabajo que tenía, era imposible estar con tiempo y libre y aburrido.

El domingo ya le empezaba a picar el gusanillo del trabajo. Necesitaba estar activo, ir de aquí para allá en las oficinas, en sus empresas, y asistir a cenas y galas para conocer más gente importante y rica y poder seguir siendo el rey de la pecera. No paraba quieto mucho tiempo. El sábado ya le parecía suficiente descanso. Y era mejor así. Si hubiera estado quieto y con mucho tiempo libre, se habría vuelto loco, y las imágenes de su pasado le habrían torturado sin descanso.

A esas horas de la noche no solía haber apenas tráfico. A Jonathan le gustaba conducir por la carretera, oscura y silenciosa, tranquila, salvo algún coche que pasaba, pero a veces se sentía el rey de la carretera, conduciendo con la ventanilla abierta y entrando aire que le refrescaba y despeinaba, con la música alta, y él solo por la carretera, poniéndose el mundo por montera.

Aquella noche todo estaba tranquilo. No había tráfico, salvo algunos coches, pero, en cuanto se metió en plena carretera y atravesó zonas de las afueras de la ciudad, la ausencia de coches era prácticamente total, lo cual agradeció, pues en Manhattan el bullicio era ensordecedor.

Llevaba ya conduciendo una hora, escuchando a Robbie Williams y su *Rock Dj*, cuando, en cuestión de minutos, se produciría la tragedia. Un coche rojo que iba detrás de Jonathan. Se había incorporado hacía cosa de diez minutos por un lateral de la carretera doble. Por esa zona no había casas ni comercios, solo carretera y bosques. Jonathan le echó un vistazo, pero no se preocupó lo más mínimo, ¿por qué habría de hacerlo? Era un coche más.

Entonces, el Ford rojo aceleró como el rayo y, antes de que Jonathan pudiera reaccionar o hacer alguna maniobra, ocurrió. Y ocurrió rápido, como siempre ocurren estas cosas.

El Ford rojo, en un instante, cogió fuerza y se puso al lado del coche de Jonathan, pero a cierta distancia, como si los dos estuvieran compitiendo en una carrera, y de repente pegó un volantazo tan fuerte hacia el lado de Jonathan que ambos coches chocaron y la fuerza del golpe hizo que el Mercedes se saliera de la carretera sin remedio. Jonathan quiso frenar o girar el volante, pero el coche había recibido tal golpe que, cuando quiso enderezarlo y devolverlo a la carretera, ya se había caído de lado y había bajado el terraplén de veinte metros,

dando golpes contra las rocas y descendiendo por la pendiente, con sonidos de gran estruendo que cortaban el aire, dando vueltas de campana, mientras Jonathan gritaba… Hasta que dejó de gritar y el silencio reinó la noche.

Su coche se quedó destrozado, boca arriba, con las ruedas todavía girando, como si se tratara de un bicho que queda pataleando boca arriba.

La figura, toda vestida de negro, recortándose en la noche y envuelta en sombras, se bajó del Ford y echó un vistazo al terraplén. Necesitaba verlo antes de irse. La luna iluminaba con luz blanca y mortecina el coche de Jonathan, hecho un amasijo de hierro deformado. Sonrió. Ya tenía lo que quería.

—Si no mueres, te juro que volveré. Volveremos a vernos, Jonathan Hamilton. Eso si esta noche no descansas en el infierno… — Entonces volvió a subirse a su coche y se marchó rápido, perdiéndose en la oscuridad de la noche. Pero lo que ni esa persona ni Jonathan sabían era que años más tarde volverían a encontrarse.

****

Jonathan fue encontrado al día siguiente por la mañana. Nadie le hubiera visto de no ser porque en esa zona había una zona de cultivo con árboles frutales que eran propiedad del señor Amie. Este había ido temprano para recoger las frutas que luego vendía en la ciudad, a modo de confitura. Cuando vio el coche desparramado, corrió a llamar con el móvil a la policía y a pedir una ambulancia. Para cuando rescataron y atendieron a Jonathan, ya era casi mediodía. El empresario se había pasado doce horas inconsciente, con su cuerpo herido y atrapado en el Mercedes.

En el hospital le atendieron y estuvo inconsciente cuatro días. Se había roto costillas y fracturado las piernas, pero lo peor no era eso.

Cuando le dieron las noticias de que su médula estaba dañada y de que se había roto dos vértebras, y que eso resultaba en una inmovilidad de cuello para abajo, Jonathan soltó un grito tan fuerte que bien podría haber roto todos los cristales. Tuvieron que sedarle porque no paraba de gritar y llorar como un loco. Los pacientes de las habitaciones cercanas se asustaron de oír los gritos, que no cesaban ni de día ni de noche. Creían que era un loco y no se atrevían ni a pasear por los pasillos, hasta que se supo que era un empresario que se había quedado tetrapléjico. Entonces la gente lo comprendió. Pasar de una vida llena de lujos a una de enfermo tenía que ser el peor giro que la vida podía darte.

Ya no les daba miedo, por mucho que sus gritos y lamentos helaran la sangre; ahora los pacientes sentían pena de aquel prometedor joven

cuya vida no recuperaría jamás.

La policía habló con Jonathan e investigó el suceso, pero no se encontró la más mínima pista de quién pudo provocar el accidente.

—¿Tiene usted enemigos? ¿Algún socio descontento o alguien que quisiera hacerle daño? —le había preguntado el policía. Jonathan ni le miraba apenas. Sonrió amargamente y pensó en la de veces que había oído esas preguntas en las películas de la tele. Y ahora le había tocado a él.

—No lo sé, en mi mundo hay mucha competencia, he salido en revistas, he quitado negocios que quebraban. Supongo que tengo enemigos en la sombra, claro… —Y no dijo más. Casi rogaba que ese tipo que había intentado matarle acabara su tarea y le matara de una vez, para así no tener que vivir de la forma que le había tocado. Rogó para que tuviera miles de enemigos que quisieran quitarle de en medio, que vinieran de noche, le desconectaran los cables o le ahogaran con la almohada y le mataran de una vez. Pero ahora estaba indefenso y ya no suponía una amenaza. Sus días de empresario habían acabado y con ello el daño que pudiera hacer.

Jonathan, tumbado en la cama del hospital, miraba la ventana de cristal con gesto apagado y triste. Unas ojeras grises se habían formado alrededor de sus ojos, dándole un aspecto aún más triste y enfermizo. Sus ojos estaban apagados, vacíos y tristes. Se sentía muerto por dentro y su cabeza no dejaba de bullir.

¿Quién le había podido hacer eso? Intentar matarle pero dejándole vivo en esa condición era peor que estar muerto. La policía decía que era seguro que habían intentado matarle, pero él, milagrosamente, había sobrevivido. Tuvieron que llamar a su madre, que estaba en Los Ángeles. Las visitas fueron mínimas. Algún amigo del trabajo iba a verle, más preocupado por cómo irían ahora los negocios que interesado en ver cómo se encontraba su compañero, y después de un par de días y algunas conversaciones, fundamentalmente sobre negocios, ya no volvían más. Entonces, Jonathan se dio cuenta de lo solo que estaba, y eso le hizo hundirse más en el caparazón que empezó a construirse. Sentía que había perdido su vida. Ahora tenía otra, pero la odiaba. Su nueva vida era un infierno. Deseó morirse, y lo deseó cada día con más intensidad, hasta que apareció Catherine.

****

Llegué a Hamilton House a las seis de la tarde. Llamé al interfono de la puerta metálica y contestó una voz femenina que, supuse, era la de Elizabeth.

—Residencia Hamilton, ¿sí? —su voz sonaba apagada pero amable.

—Buenas tardes, señora Hamilton, me llamo Kate Foster. Vengo a

hablarle de un asunto muy serio que tiene que ver con su hijo. —Dije con voz decidida y seria, como si fuera una abogada en un tribunal.

—¿Con Jonathan? —dijo extrañada.

—Sí, señora, con Jonathan Hamilton, su hijo.

—¿De qué se trata? —preguntó intrigada. Me pareció notar un leve tono de esperanza.

—Me gustaría debatirlo con usted, señora. Es un asunto muy delicado y estoy segura de que la va a interesar. Es sobre su salud. Oí su entrevista de Internet para *We are one*. Realmente, vengo en respuesta a su petición…

—Está bien, pase, señorita Foster. —Su respuesta fue inmediata. Sonreí. «Reto conseguido», pensé.

Se oyó un zumbido, la verja se abrió y atravesé el amplísimo jardín de la mansión. Fui por un camino de baldosas, que me recordó al que atravesaba Dorothy en *El mago de Oz*, y sonreí divertida, lo cual sirvió para aplacar un poco mis nervios… Llegué a la puerta de casa, que ya estaba abierta y salió Elizabeth a recibirme. Con una chaqueta blanca y pantalón a juego. Parecía cansada, con ojeras y ligeramente nerviosa. Se le notaba ansiosa por saber qué le traía.

—Hola, señora Hamilton —saludé educadamente.

—Entre, por favor —respondió de forma cordial.

—Gracias —dije, inclinando un poco la cabeza en señal de educación. Me condujo al amplio salón, con la chimenea encendida y los sofás inmaculadamente blancos. Me hizo sentar.

—Bueno, usted dirá, señorita Foster. ¿Le apetece un té?

—Sí, muchas gracias. Verá, señora, le traigo unos documentos muy importantes. Son documentos médicos. —Elizabeth empezó a servir té en la mesita, sentada a mi lado, con movimientos gráciles y de protocolo. Me resultó curioso que no hubiera servicio para servir el té. Supuse que Elizabeth quería mantener en la más absoluta privacidad el tema médico de Jonathan. No me miraba, aunque yo a ella sí, ¿cómo olvidar a la mujer que arruinó todo años atrás?—. En estos documentos verá una serie de historiales médicos, pruebas y teléfonos por si quiere comprobar la información. —Ella me miró, sujetando su taza.

—No la entiendo, señorita Foster. ¿En qué atañe eso a mi hijo?

—En todo.

—No entiendo. —Me miró un poco asustada y frunciendo el ceño, agarrada al plato de la taza.

—Aquí está la prueba de que Jonathan puede superar lo que le ha pasado. Yo diría que en un 50 o 60% de cómo está ahora. O incluso un 100% si todo sale bien.

—¿Cómo? ¿Qué clase de broma es ésta? ¿Es que no sabe usted que

mi hijo tuvo un accidente que le rompió vértebras indispensables para moverse? Su recuperación es imposible.

—No, no lo es. Le he dicho que en esa carpeta está toda la información. Y no es broma. ¿Sabe por qué? Hace un año y medio yo también estaba en la misma condición que Jonathan.

Quise oír la voz de Elizabeth contestándome algo, pero, en su lugar, oí el ruido del plato y la taza al caerse y estallar contra el suelo.

****

A Elizabeth Hamilton casi la da un infarto. O eso me pareció al ver su cara, pálida y demudada. Hubo un momento en que llegó a asustarme. Me miraba de arriba a abajo como si tuviera que encontrarme algún defecto y se sorprendiera de no ver ninguno y no se lo creyera.

—Puede tomarse el tiempo que necesite en leerlo todo y ver cómo me recuperé. Quiero trabajar aquí, señora Hamilton. Si quiere que su hijo recupere la vida que tenía, o una gran parte, confíe en mí y déjeme que guíe a Jonathan. Le prometo que su vida recuperará una calidad importante.

—Dios mío… —Ella se llevó la mano a la boca, temblando. La miré y la puse una mano en el hombro.

—Tranquilícese. Sé que es algo duro de asimilar, pero he venido porque yo pasé por algo así. No me daban esperanza hasta que conocí a un médico maravilloso que me curó, y sentí que debía venir. No podía dejarlo así. Si hay esperanza y una posibilidad, ¿lo querrá intentar? ¿Por Jonathan? —Ella me miró y asintió. Se echó casi a llorar.

—¿Puedo llamarla más tarde? Me gustaría antes leer todo lo que me ha traído… —dijo con voz temblorosa.

—Claro, mi teléfono está en una tarjeta. No se preocupe. —Las dos nos levantamos.

—¿De verdad cree que mi hijo podría… —su mirada era de súplica y emoción contenida. La miré con cierta pena.

—Sí, señora… Por eso he venido. No tiene nada que perder. Déjeme que ayude a su hijo. Lo necesita.

—Señorita Foster, la llamaré esta tarde. ¿Estará en casa?

—Sí, señora. —Asintió todavía conmocionada. Nos despedimos educadamente y me marché. Al irme, oía el repiqueteo de mis tacones por el camino de baldosas y creí oír un ligero llanto de mujer. Algo, no sé por qué, hizo que me girara y me diese la vuelta. Me quedé mirando la alta mansión, y entonces, en una ventana del segundo piso, distinguí una cara borrosa, pálida. Era Jonathan. Lo habría reconocido en cualquier parte y a cualquier distancia. Me di la vuelta y me

marché sintiéndome tan triunfal como probablemente se debió de sentir Jonathan cuando cerraba un buen trato.

****

Pasó lo que esperaba. A las ocho de la tarde recibí la llamada de Elizabeth. Me contrataba y necesitaba mi presencia al día siguiente. El tiempo de Jonathan era vital, no se podía desperdiciar ni un día, ni una hora, ni un segundo. Me relamía de gusto al ver que mi plan empezaba a arrancar. Cuando terminé de hablar con ella, colgué y me terminé mi pizza de carne y queso, mientras estaba sentada en el sofá en posición india con una gran sonrisa en la cara.

«Sabía que volveríamos a vernos, Jonathan», me dije con el corazón estallándome de gozo.

****

Al día siguiente fui puntual a Hamilton House. Incluso más que puntual, pues llegué con veinte minutos de margen, antes de lo esperado. Apenas había dormido de lo excitada que me sentía al saber en qué empresa me iba a aventurar.

A las 8:15 de la mañana me encontré a Cora que venía toda cabizbaja y fastidiada por la acera de la calle, a la salida de la mansión. Era una chica de color de estatura media, no especialmente guapa, con el pelo semilargo y cara de pocos amigos.

Me la crucé y ella me miró. Supo que yo era la que le había quitado el puesto. Llevaba un sobre con el dinero de esos días, supuse. El finiquito. Se paró y yo me paré.

—Así que tú eres la que me ha quitado el puesto —dijo con voz acusadora. Yo me había forjado un escudo protector casi como el de Jonathan. Podía ser fría, irónica y hasta antipática si me lo proponía. Parecía la versión femenina de Jonathan,

La chica me había dado pena, pero no esperaba que se mostrara tan antipática conmigo, así que tuve que jugar otras cartas cuando vi que estaba adoptando la típica postura de querer pelea.

—No, yo no te he quitado nada. Simplemente, Jonathan necesita otra persona. Puede curarse, pero desde luego no con contigo. Entiende que su madre haya preferido contratar a alguien que pueda hacer por su hijo mucho más que darle de comer o afeitarle. —Ella pareció dolida.

—Él cada día se muere un poco más, y una Barbie con un traje de marca no va a hacer ningún milagro —me dijo con cara de desprecio. La miré impasible y decidí atacar. Sonreí de manera socarrona.

—Te aconsejo que no hables de lo que no sepas. Te apuesto que de

aquí a seis meses Jonathan volverá a recuperar una parte de su vida. ¿Quieres apostar? —Le sonreí de nuevo, tendiéndole la mano. Ella me miró ofendida.

—Vete al infierno. —Entonces la miré con decisión y dureza.

—Voy a ir allí, sí, pero para sacar a Jonathan. Ya ha estado bastante tiempo. —Ella me miró como si no comprendiera o le faltara cierta información, y yo me marché enfilando el camino.

Una vez llegué a casa, todo me pareció que ocurrió muy rápido. Elizabeth me informó de que había leído todos mis papeles y que confiaba en que Jonathan también pudiera curarse. Se la veía más animada, como si se hubiera quitado un peso de encima, y sus ojos, antes tristes y decaídos, ahora parecían más vivos y llenos de esperanza.

El trabajo consistía en ir de lunes a viernes, de once a tres, a Hamilton House, y hacer la terapia física y psíquica. Alex se encargaría de la parte física, de hacer la fisioterapia, de darle medicinas y la comida, y de las visitas al médico. A mí me habían dado una parte muy pequeña, pero no por ello menos importante. Entonces Elizabeth me dijo que Jonathan me esperaba en su estudio del piso de arriba. El corazón me latía desbocado. Tenía que prepararme para ver una imagen que, seguro, iba a impactarme. Ver a mi amado postrado en una silla, no como la última vez que lo vi, seguro de sí mismo, vital y lleno de energía. Tragué saliva y pensé en las palabras de Irasuka, cómo ejercer el auto control. «Enfoca tu mente en algo más, adopta una actitud». Y eso me dispuse a hacer.

****

Cuando me quedé a solas con Jonathan, el primer encuentro cumplió mis expectativas. Jugué bien mis cartas y conseguí desconcertarle y provocar en él cierta curiosidad. Algo que le sacó de su tristeza perpetua y pensamientos lóbregos.

Estaba afeitado y peinado, con un jersey negro de cachemir en pico y pantalones grises. Tuve que hacerme la fuerte para no echarme a llorar. Ensayé en casa ese momento muchas veces y me recordé una y otra vez que no podía llorar en su presencia. Era fundamental que no sospechara nada de mí. Ya era bastante que se me quedara mirando con aire extrañado cuando me presenté a él en la salita de la planta dos, a la que habían puesto un ascensor.

Era increíble lo que podía hacer el dinero. Tenía un nudo en la garganta que me ahogaba, pero me concentré en mi papel y en ser una *tiburona*, y pude salir del paso.

Me senté frente a él, y tuve que lidiar con su miraba de hastío y su cara de pocos amigos, tal y como había oído decir a Elizabeth en la entrevista. Eso, de entrada, podía llegar a intimidar y hacer difícil el

trato con él, que ya de por sí era duro por su condición. Pero eso no me acobardó.

Se quedó helado cuando me incliné para darle dos besos al presentarme. Mi pelo largo le acarició la cara y sé que olió mi perfume. El mismo que usaba cuando estuvimos en aquella cena y él estaba embriagado por mi aroma y no paraba de besarme el cuello.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer? —me preguntó de manera inquisitoria. Yo estaba sentada frente a él, en un butacón, como si fuera su psicoanalista. Le miraba seria, fijamente, para demostrarle que no iba a intimidarme por mucho que fuera parco en palabras o sobrado en impertinencias.

—Mejorar, por supuesto. Hay nuevas opciones, Jonathan. —Él giró la cara y sonrió de manera socarrona, como si yo pensara que era tonto.

—Señorita Foster, usted no va a hacer que me levante de ésta silla. No se moleste, de verdad.

—Por favor, deje de ser tan impertinente. Con esa actitud no va a conseguir nada, de verdad. Ya es bastante fastidioso tener que trabajar para un niño rico consentido como para aguantar impertinencias. Quiero ser su amiga y ayudarle. —Él me miró con los ojos como platos y se le tensó la mandíbula. No estaba acostumbrado a que le hablaran así—. Yo estuve como usted hace un año y medio. Tuve un accidente de coche con mi hermano Dave. —Jonathan me miró y vi que su gesto crispado se relajó al escuchar eso.

—No puede ser —sentenció.

—Sí que es, Jonathan. Su madre tiene los informes, todo es verdad. Puede leerlos si quiere. Hay incluso fotos de cómo estaba y cómo me recuperé.

—¿Y cómo fue? —quiso saber, ansioso. Entonces decidí ceder, cambiar el chip, y relajar las cosas. Meter el dedo en su corazón.

—Solo podrás saberlo si dejas que me quede contigo. —Le tuteé de manera dulce y le miré de manera aún más dulce para romper el hielo. Era fácil hacerlo porque era él… Alargué el brazo y le toqué la mano izquierda suavemente. Ese contacto con él hizo que casi se me saltaran las lágrimas.

Su mano era suave, y el corazón casi se me salta de la garganta cuando volví a notar su piel y su calor después de años. Tragué con dificultad. Él me miró, todavía con gesto duro, pero con un ligero ápice de esperanza. Pude verlo en sus ojos azules, claros como un cielo de primavera. Nunca había podido olvidar sus ojos.

—Está bien, pero estaremos en un periodo de prueba. Digamos que tres meses. Si no consigue nada en ese tiempo, yo mismo la echaré a la calle y me encargaré de que no consiga trabajo en ningún maldito sitio, ¿hay trato?—Sentí una punzada de miedo en el pecho.

—Trato hecho —dije. Pero el miedo al fracaso se instaló en mí como una pesada cadena al cuello.

****

Esa noche me quité la máscara de mujer gélida y pude llorar todo lo que quise tranquilamente, en la habitación que me habían dado Karen y Peter en su amplia casa de Nueva York… Por suerte, en ese momento estaba sola y no tenía que tragarme mi llanto ni dar explicaciones incómodas a nadie, lo cual fue un alivio.

En mi habitación, tumbada en la cama, empecé a pensar y dar vueltas a mi situación hacía muchos años atrás, cuando todavía no había pasado el cruel suceso.

Esa noche llené la almohada de lágrimas. Lágrimas por haberme reencontrado con él, por su nuevo aspecto, por no haberle podido decir la verdad, por miedo a que las cosas no salieran bien y me echara, condenándome al fracaso personal más doloroso que podía tener. No podía salir mal o perdería a Jonathan para siempre. Me había jurado que algún día volvería. Y lo había conseguido.

En el primer momento que le vi, apreté los dedos del pie y pensé en un bosque con niños jugando. De esa manera mi cara no revelaría mis sentimientos más profundos, al tener en mi mente una pequeña distracción. Ante él, me mantuve serena, seria y profesional. Pero por dentro me moría por echarme a llorar. Estaba guapísimo, más todavía que la última vez que estuvimos juntos. Seguía siendo atractivo y su cuerpo estaba algo en forma, pese a su condición física.

Aun así, tenerle delante en una silla de ruedas y paralizado me había traumatizado mucho. Yo nunca le había visto así y la imagen me había impactado más de lo que quería admitir. Nunca imaginé que algo así pudiera pasarle.

Así que, una vez que el taxi me dejó en la ciudad, me metí en una cafetería y me encerré en el baño, donde lloré desconsoladamente durante un buen rato. Pude liberar todos los sentimientos que delante de él tuve que ocultar. Al final, con la cara roja y los ojos hinchados, me lavé la cara, me sequé con papel higiénico y me marché.

En casa, con Peter y Karen, tuve que fingir estar mejor, aunque por sus miradas preocupadas intuí que no se lo habían creído, pero tuvieron la educación y el respeto de no preguntar a alguien que no quería hablar. Por suerte, por la noche salieron a una cena y yo me quedé sola, así que volví a llorar una y otra vez por Jonathan, con los sentimientos clavándose en mi corazón como agujas. El dolor de ojos fue lo primero en venir, después el dolor de cabeza.

Y al final me quedé dormida.

****

Mi idea de vivir con Jonathan en Hamilton House no era nada descabellada. Era otra pieza más del juego, otro recurso que me vendría bien para llegar a la meta.

La manera en que se lo dije a Elizabeth la convenció del todo, como yo esperaba. Todo lo premeditaba antes de hacerlo; lo estudiaba y lo preparaba para conseguir la respuesta que deseaba. Solo había que buscar las palabras adecuadas.

La dije que no me importaba estar veinticuatro horas con su hijo, que quizá de noche podía ponerse malo y que yo estaría ahí para ayudar en todo. Considerando que tenía que estar pocas horas con Jonathan, y que no tenía nada más en qué ocupar mi tiempo, me ofrecí inocentemente a trabajar de interina. Además era más fácil para mi quedarme permanentemente en Hamilton House y así evitar todos los días coger un taxi y volver a la ciudad. Ella aceptó encantada, ya que, realmente, le estaba quitando mucho trabajo y nadie se hubiera negado. Elizabeth estaba agotada física y emocionalmente, y también harta de su hijo. Estar un poco más alejada de él era lo que necesitaba, aunque no lo dijera abiertamente por respeto.

Me confesó que muchas noches no dormía pensando si Jonathan estaría bien en su habitación, de noche, solo, o si le pasaba algo y no podía pedir ayuda. Ella quería dormir con Jonathan en una cama supletoria, pero él no quería. Se mostró muy molesto e irritado y le dijo que no era un niño pequeño. Con eso perdería aún más la poca libertad e intimidad que le quedaba.

Le quité un peso de encima, y yo también me quité otro, porque ahora que había visto a Jonathan de nuevo se me hacía insoportable pasar la noche sola en mi cama mientras él estaba también solo en su cuarto. Lo vi tan innecesario para los dos que creí que lo mejor era que estuviéramos juntos. Ya habíamos pasado suficiente tiempo separados. Y además, desde que lo había visto, se me hacía imposible dormir por las noches. Solo habían pasado dos días, pero me los pasé pensando en Jonathan, y aunque quería soñar con él, y de tanto pensar en él, estaba convencida de que acabaría viéndole en el mundo onírico. La realidad me abofeteó cuando en mis sueños se presentaron todo tipo de imágenes desagradables y recuerdos negativos del pasado. Me despertaba triste y echándole de menos. Peter se dio cuenta de mis ojeras y mi cara lánguida cuando desayunábamos en la cocina. Entonces me dijo «vete a vivir con él, su madre no se negará, te lo aseguro. Vete con él, Kate». Él contribuyó a que diera el paso y propusiera a Elizabeth lo de trabajar como interina.

Y entonces hablé con Elizabeth

—Te agradezco que hayas aparecido, Kate. La otra chica, Cora, era demasiado torpe, para ser sincera. Nunca se la ocurrió algo como quedarse a dormir por las noches —me confesó cuando hablamos por

teléfono para ultimar los detalles… Me alegré de eso. Lo que yo ofrecía era mucho más esperanzador y atrayente. Según Elizabeth, era mejor que viviese en la finca, y así también dedicar alguna hora más a las terapias, quizá a última hora de la tarde. Estar conviviendo casi veinticuatro horas con su hijo podía ser de gran ayuda en vista de que, a diferencia de Cora, y de ella misma, Jonathan parecía más tranquilo y receptivo conmigo. Había conseguido crear en él el efecto que yo quería.

Era parte de las cosas que tenía en mi lista. La primera ya la había tachado: meterme a trabajar en Hamilton House. La segunda, crear en Jonathan atención hacia mí. La tercera, curarle

No solo tenía la atención de Elizabeth, sino también la de Jonathan, y eso era el empiece perfecto.

Él estuvo de acuerdo también en que me fuera a vivir allí, en una habitación grande que tenían para invitados, a unos metros de la suya. Eso era buena señal, al menos no me rechazaba.

En algún momento pensé si se acordaría de mí, porque me miraba mucho y con cierto aire de intriga y misterio en sus ojos, pero, si así fue, no me dijo nada. Yo no le diría nada abiertamente porque quería que lo descubriera él poco a poco.

Le iría dejando pequeñas pistas, como miguitas de pan, para que él fuera descubriéndolo hasta llegar a la verdad. Además, quería que se centrara en su salud y en recuperarse, y, si le daba la noticia aplastante de quién era yo y quién estaba detrás de mí, seguro que no se centraría en sí mismo ni en recuperarse. No era el momento de desvelar nada.

Todavía me quedaban muchas más cosas que tachar y, sobre todo, la más importante, devolverle parte de la vida que tuvo antes del accidente.

Pero eso no se iba a conseguir de un día para otro. Necesitaríamos meses, y quizá más de tres, pero cuando él viera cómo avanzaba, estaría dispuesto a prolongar los tres que me había concedido. O eso esperaba.

Hice la maleta y abandoné la casa de Peter. Todo estaba yendo como yo quería.

****

El fisioterapeuta, Alex, era de gran ayuda para hacer el trabajo físico, porque yo, a veces, me veía incapaz de coger y cargar a Jonathan. Era más alto que yo, pesaba, y todavía conservaba algo de su físico tonificado y atlético. Aunque era obvio que había adelgazado bastante. Aun así, y con todo, empecé a aprender posturas de cómo cogerle para no hacerme daño en la espalda ni hacérselo a él.

Alex venia todos los días para hacer ejercicios de fisioterapia con Jonathan y que este no perdiera más tono muscular y se atrofiaran sus músculos. Era una gimnasia pasiva pero que necesitaba para mantenerse. También le lavaba y le vestía. Yo me comprometí a darle de comer, bañarle, lavarle y darle su medicación para los espasmos musculares, los dolores o cualquier cosa que necesitara. A veces le ponía vendas en los talones, pues del roce con las sábanas de la cama se los hería y le salían escaras y eccemas.

No parecía demasiado molesto con mis cuidados, aunque al principio ponía cara de fastidio, evitaba mirarme y cerraba los ojos en señal de frustración cuando tenía que moverle o cogerle. Pero yo era cariñosa y paciente con él. No le agobiaba y le trataba como si no tuviera ninguna discapacidad. No le miraba de manera triste o compadeciéndole. De hecho, me mostraba alegre, abierta y positiva como si nada pasase. Le hablaba de cosas de manera despreocupada y hasta hacía algún chiste que le arrancaba una ligera sonrisa. Le trataba como un amigo con el que se conversa de todo, hasta de tonterías. Eso hizo que se abriera a mí y que cada día empezara a mostrarse más amable e incluso contento.

Me sentí muy ilusionada tras mudarme. Sobre todo de saber que solo me separaban de Jonathan unos metros y una pared. Mi habitación tenía terraza. Era amplia, con cuarto de baño, una cama grande, tocador y armario. Era como una suite de hotel. Coloqué mi ropa y en el armario guardé la caja especial que me había dado Peter con el material con el que trabajaría la recuperación de Jonathan.

Yo iba a iniciar el proceso como cuando alguien enciende el ordenador, pero necesitaba de dos personas más para completarlo. Una era el excelente cirujano Peter Carver y otra era mi maestro, Masukire Irasuka.

Peter me había dicho que su investigación había dado algo de frutos, pero que aún faltaba mucho por hacer. Implantar células del tabique nasal con poder regenerador de médula espinal era algo que solo había conseguido en dos casos de siete. Así que no era seguro que pudiera dar a Jonathan una vida plena. Pero tenía que intentarlo si había dos casos (uno incluido el mío) que habían funcionado.

También estaba la diadema de impulsos eléctricos y los parches con cables. Como el cerebro de Jonathan funcionaba, esa terapia iba a ser un éxito seguro. También contaba con los aceites de masaje con hierbas especialmente preparadas que descubrí con Irasuka. La piel absorbía la sustancia y penetraba en el cuerpo. También poseía algo de poder regenerador, aunque la cirugía de Peter era lo que más esperanza me daba.

La preparación espiritual también era vital. Había estudios que demostraban que personas con carácter decaído, depresivo o

estresado, hacían que su cuerpo se marchitase aún más, y en muchos las terapias no funcionaban porque era como si su estado anímico influyera en el estado físico. Al principio, Jonathan no tenía ninguna alegría, ni siquiera estaba medianamente normal… Su gesto era siempre de disgusto, de fastidio, de tristeza continua. Yo sentía el corazón en un puño cada vez que le veía, y me era muy difícil aguantar. Gracias a Irasuka y sus sabios consejos de antaño podía dominar un poco mi mente y controlar mis sentimientos. A veces, más que una mujer, parecía un robot programado para hacer esto o lo otro. Era mi nuevo yo, y lo único que iba a funcionar con alguien como Jonathan, que ya de entrada se mostraba cerrado y poco receptivo con la idea de recuperarse. Pero no me iba a rendir. Tenía que conseguirlo, por mí y, sobre todo, por Jonathan, y los resultados empezaron a verse pronto.

****

Habían pasado solo seis días y ya había empezado la terapia psíquica para que Jonathan se relajara y estuviera abierto a su recuperación. Necesitaba quitarle ese nubarrón negro que llevaba siempre encima. Pensaba que mientras lo tuviera no conseguiríamos ningún avance, y que si su mente estaba cerrada y negativa, las terapias no servirían de nada, como había visto en otros casos. Eso me asustaba y decidí que Jonathan no podía ser de esos. Tenía que quitar ese obstáculo de en medio.

Una mañana, con ayuda de Alex, en la amplia habitación de Jonathan, instalé una camilla de masaje. Puse una toalla blanca encima, con gotas de lavanda y jazmín, y colocamos a Jonathan de manera que estaba estirado completamente, boca abajo, y con la cara metida en un orificio abierto que había en la parte superior de la camilla donde reposaba la cabeza. Él tenía visión del suelo, pero no podía verme a mí, solo sentirme. Antes de masajearle, cuando me quedé a solas con él, contemplé su hermoso cuerpo. Le había dejado puestos unos pantalones cortos blancos de algodón, pero el resto de su cuerpo estaba desnudo. Sus brazos pegados a los costados, las piernas un poco separadas y con una pequeña almohada en los tobillos que le levantaba las pantorrillas. Tenía un cuerpo increíble. Piernas largas, atléticas, una espalda ancha y larga, los brazos largos, con algo de músculo en los bíceps. Estaba muy blanco, pero en otro tiempo había tenido un color más tostado y atractivo. Su pelo rubio estaba bien cortado y era abundante y suave. Lo tenía con el corte de caballero de toda la vida. Liso, corto por el cuello, pero más abundante por la zona del flequillo, que llevaba levantado hacia arriba en picos despeinados. Me encantaba su pelo, que le enmarcaba perfectamente los rasgos de

la cara… Me ponía nerviosa solo de pensar en tocar ese magnífico cuerpo. Gracias a Dios que él no podía verme para ver cómo estaba de colorada y que el corazón me latía acelerado. Puse música relajante y le eché unas gotas de aceite en el cuello y la espalda.

—Vale, voy a empezar a masajearte el cuello y los hombros y luego seguiré con la espalda y los brazos. ¿Estás cómodo?

—Aha —contestó él—. Por favor estoy deseando que me den un masaje. Hace tanto tiempo de eso…

—Bien, allá voy.—Sonreí. Puse mis manos, al principio un poco temblorosas, sobre su cuello y lo masajeé suavemente, bajando por el tronco y desembocando en las líneas de sus hombros, con movimientos suaves y delicados. Él gimió de satisfacción y yo sonreí un poco y me mordí el labio inferior. Sabía que solo tenía sensibilidad en el cuello y los hombros, por lo que, aunque le masajeara bien el resto de cuerpo y le pudiera dar placer, él no podría sentir nada.

El contacto con su piel hizo que una sensación de alegría y tristeza me recorriera todo el cuerpo. Intenté respirar y tranquilizarme, pero me daban unas ganas de llorar terribles. Recordé los consejos de Irasuka para controlarme y no dejar que el pensamiento negativo me ganara, pero era muy difícil pensar en otra cosa cuando tenía al amor de mi vida delante de mí y no podía decir nada.

Su piel era suave, y una vez que comencé a masajearle y me concentré en sus hombros, su cuello, empecé a dejar a un lado mis sentimientos. Irasuka me enseñó el arte del masaje y no se me daba mal, por los gemidos de relajación que Jonathan soltaba a cada momento. Mis manos recorrían sus hombros y bajaban suavemente por sus brazos, en pequeñas ondulaciones o caricias con las yemas de mis dedos.

—Dios mío. Eres realmente buena… La última vez que tuve un masaje relajante fue en el templo de masaje Zen de uno de mis hoteles. Era una japonesa y era buena, pero, comparada contigo, se queda corta, ¿dónde aprendiste esas técnicas? —El corazón me dio un pinchazo de celos.

—Me enseñó un maestro chino. —Empecé a pensar en si se habría liado con la japonesa, pero no me atreví a preguntar.

—Waow, pues hizo bien su trabajo… Eres fantástica… Estoy más relajado ahora que hace años… Nunca creí que pudiera sentirme tan bien estando tan mal. —Yo sonreí.

—Relájate, no hables —le dije mientras le acariciaba el omoplato derecho con mis dedos en un gesto de cariño. Quería que estuviera callado y tranquilo, absorbiendo toda esa relajación.

Estuve un buen rato masajeándole, hasta que, pasados unos cuarenta minutos, paré. Metí mis manos en un bol con agua caliente y perfume de azahar. Las saqué, me las sequé y entonces procedí a

hacerle un masaje en las sienes y la cabeza. Para ello tuve que ponerle boca arriba con ayuda de Alex. Cada uno le cogíamos de una zona. Alex por la parte superior, de los brazos y el torso, y yo por las piernas. Al ser alto y tener buena fisonomía, unido a que todo él era un peso muerto, pesaba demasiado para mí. Tareas como ponerle de la cama a la silla o de la silla de ruedas a la bañera requerían de un esfuerzo que para mí complexión era excesivo.

Afortunadamente, Elizabeth había comprado una grúa. Tenía una base cuadrada y metálica, con cuatro ruedas y un cuello de hierro, adherido a la base, de metro sesenta y ocho. A su vez, el cuello tenía una especie de gancho con un arnés en forma de equis de cuero y tela. Parecido al dibujo básico de la cigüeña que lleva el pañuelo con el bebé. Se colocaba el arnés perfectamente enganchado en el tórax y las ingles del paciente, y, pulsando un botón del mando, se le levantaba gradualmente. De esa manera el esfuerzo lo hacía la máquina, que colocaba al paciente donde fuera. Cuando Alex no estaba, la grúa me facilitaba el proceso como si hubiera otra persona más para ayudarme.

Una vez Alex le colocó boca arriba, procedí a hacerle un masaje relajante. Puse las yemas de mis dedos índices en sus sienes y tracé círculos suaves. Él ronroneaba y a mí me hacía gracia. Después acaricié su nuca y su cabeza con movimientos suaves. Su pelo era suave, me gustaba sentirlo en mis dedos. Después de unos diez minutos, paré.

Con ayuda de Alex, que me esperaba en el salón de la planta baja, volvimos a colocar a Jonathan en su silla de ruedas, ya vestido. Alex se marchó al acabar su turno, y yo, tras preparar la comida, me dispuse a dar de comer a Jonathan en el salón. Albóndigas en salsa con verduras.

Se le veía muy relajado, tranquilo y cómodo. No como las primeras semanas, cuando tenía cara de dolor y disgusto constante. El semblante de Jonathan parecía el de una persona que estuviera sana y feliz, y eso me llenó de esperanza.

Poco a poco, parecía mostrarse más abierto conmigo, aunque nunca me rechazó con crueldad, por suerte. Había sido peor para la pobre Cora, a quien Jonathan había escupido a la cara un montón de cereales porque le obligaba a comer. Yo me reí cuando me lo contó durante la comida, y él también se rio. Le gustó que no le juzgara o regañara… Me tomé la libertad de seguirle el juego para generar más confianza.

—¿Sabes qué? Deberías haberla vomitado en esa horrible falda que llevaba el otro día… Le hubiera dado un toque muy a lo Picasso, ¿no crees? La habrías estilizado —le dije mientras hundía la cuchara en el puré de verduras. Él se rio con verdaderas ganas. Su risa fue música para mis oídos. Ver desplegar su amplia sonrisa, tan blanca y con esos

dientes perfectos, ver las rayas que se le hacían en la cara al reírse, era esperanzador.

—Eres una fuera de serie, Kate… Quién lo diría, con ese aire de ejecutiva agresiva… —Me miraba con una sonrisa, entre divertido y fascinado.

—Sí, bueno, nunca te fíes de una mujer con traje negro y maletín que viene a tu casa en un día de lluvia. —Dije, misteriosa, con una sonrisa.

—Hmmm, ¿algún secreto oculto?

—Quién sabe… —Sonreí. Él estaba bastante contento esa mañana. Yo me sentía satisfecha. Más tarde quiso echar un vistazo a mis documentos médicos y yo no me negué. Los cogí y los puse delante de él para que los leyera, sujetándolos con mi mano derecha.

Cuando leyó los informes sobre mi estado, mi accidente y lo bien que estaba, adoptó una actitud más positiva, pero era solo una pequeña luz en una grandísima oscuridad. Tenía dudas de que saliera bien con él. Cada cuerpo es un mundo, al fin y al cabo, y tenía miedo de que su cuerpo rechazara las células del tabique nasal injertadas en su médula, como el resto de casos.

—¿Cómo fue? —me preguntó, mirándome con esperanza y cierta timidez. Hablar de algo así siempre era duro. Decidí ser sincera para ganármelo.

—Dave y yo íbamos en coche dando un paseo porque hacia un día estupendo… Para evitar atropellar un perro, mi hermano dio un volantazo. El coche se salió de la carretera y caímos por un terraplén alto. Vueltas de campana, ya sabes… Me hice tanto daño que se me partieron varias vértebras y mi médula quedó muy dañada, y me quedé como tú. —Le miré con dulzura, pero triste al recordarlo. Él me miró apenado. Por primera vez no era él quién ese momento daba lástima a ojos de cualquiera—. Me operó Peter, que es un médico maravilloso y muy inteligente. Hice terapia con otro médico también. —Aquí obvié decirle que había hecho terapia espiritual con Irasuka. Pensé que era mejor obviar la parte de la terapia espiritual por si le espantaba o se echaba para atrás creyendo que eran supercherías. La parte médica era la que realmente le interesaba, como a cualquiera, claro—. No creí que pudiera salir de ese estado… Me sentía angustiada, me dolía todo, me daba fiebre… Me hinchaban a calmantes y me pasaba el día dormida… También quise morirme… —Y era verdad—. Solo podía mover el cuello, la cabeza y la mano derecha. Me costó un año volver a ser yo… —Jonathan me miró y sus ojos revelaban un interés total. También pena. Nadie podía entenderle como yo—. Por eso he venido, para darte la oportunidad que yo tuve. Te mereces eso y mucho más, Jonathan —le dije dulcemente. Él esbozó una pequeña sonrisa. Durante unos segundos se quedó callado,

como si estuviera pensando algo, y entonces me miró a los ojos y habló.

—¿Sabes? Nadie realmente, salvo la policía y mi madre, sabe lo que me pasó, con mi accidente —me dijo. Yo le miré frunciendo el ceño y sin entender nada. Por lo visto no solo era yo quien ocultaba cosas—. Mi accidente fue provocado, Kate. Me empujaron el coche y creo que querían matarme. —El corazón me dio un vuelco—. Sí, así fue… La policía fue muy privativa con el asunto y, para investigar mejor, se guardaron muchos datos. En la prensa solo salió lo que quisieron contar…

—Que una rueda de tu coche pinchó y te saliste de la carretera —dije yo sin dejar de mirarle, atenta y asustada de lo que pudiera decirme sobre aquel incidente. Él asintió, mirándome atento. Así había salido en los titulares, yo lo había leído.

—Eso es. Pero eso no fue lo que pasó. Los viernes a medianoche solía venirme aquí desde mi loft de Manhattan. En ese momento no había coches por la carretera, salvo uno rojo que, tras media hora de trayecto, salió de una carretera contigua y venía tras de mí. En ningún momento pensé que fuera a por mí, solo pensé que era un coche más, conduciendo, como yo. ¿Por qué habría tenido que sospechar? Ridículo, ¿no? —Tragué saliva y me mojé los labios—. Me dio un empujón por el lateral con tal fuerza que me sacó de la carretera. Me caí por un terraplén de veinte metros. Me desmayé al aterrizar en el suelo, después de no sé cuántas vueltas de campana… Cuando me desperté, estaba en el hospital. La policía investigó, pero no encontraron nada. Quien sea, desapareció. Investigaron coches Ford rojos, pero nada. Nadie tenía nada que ocultar. Nada sospechoso. Así que nunca lo sabré, pero está claro que a ese alguien no le caía muy bien…

—¿Y no viste nada? ¿No viste al conductor? —pregunté con la boca seca.

—No. Nada, que va… Era de noche y solo vislumbré sombras… Miré un momento al lateral, a ese coche, pero fueron dos segundos, iba alguien conduciendo, claro, pero no sé si era un hombre o una mujer, no recuerdo nada. —Yo me quedé helada y no sabía qué decir. Me sentí en shock.

—Lo siento mucho, Jonathan —acerté decir al fin, poniendo mi mano sobre su mano izquierda. Intenté que no me temblase—. No sabía que te habían hecho tanto daño… —Puse mi mano sobre su mano izquierda y se la acaricié para darle ánimos.

—Me han destrozado la vida —dijo con voz triste y dolida. Yo no me atreví a mirarle. Bajé la vista al suelo, hice un gesto de contrariedad con la boca y me quedé callada. Quizá debería haberle dicho algo para animarle y apoyarle, pero no salía nada de mí. No

encontraba palabras y el dolor de mi corazón se agrandó cuando ya creía tenerlo controlado—. Me alegro de que hayas venido, Kate…, de verdad. Creo que eres la única que puede sacarme de estas tinieblas. Me siento metido en un infierno de tinieblas y no consigo ver la luz —me dijo con una voz dulce y triste. Entonces me cogió los dedos de mi mano con los dedos su mano izquierda, la que podía mover. Me apretó. Sentí el calor de su piel, su manera de aferrarse a mí y buscar protección. Yo sentí que el corazón me estallaba. Iba a llorar, no podía atar a ese loco corazón que brincaba, daba vueltas y se aceleraba. No había terapia china ni malaya que pudiera atar un sentimiento tan desbocado como el mío. Nos miramos a los ojos. Le sentía tan dentro de mí como si fuera parte de mi ser. No solo por recordar eso, sino por cómo me sentía estando con él. Le quería y me daba miedo perderle o que las cosas salieran mal.

—Yo también me alegro de estar aquí. —Le sonreí como pude, aunque me costó lo suyo. Él me sonrió. Fue una sonrisa sincera y bonita, a diferencia de la mía, falsa y fingida, y sentí que por dentro me hacía añicos.

****

Varios días después, Elizabeth me dijo que tenía que volar a Los Ángeles por unos asuntos relacionado con su propiedad en California. Me dijo que la mantuviera al tanto y que llevara el móvil encima todo el rato, como si se tratase de una extensión de mi cuerpo.

Yo vi el cielo abierto cuando me dejó a solas en la casa. Solo íbamos a estar Jonathan y yo. Necesitaba todo el tiempo del mundo para estar con él. Esa misma noche ya pensaba utilizar otro de mis recursos.

Estaba lloviendo mucho y había una tormenta tremenda. Cenamos en el salón. Yo le preparé un puré de patatas y, de segundo, jamón york con tomates cherry. Cogí la película *Frankenstein*, la de Boris Karloff.

—¿Te hace una de miedo?

—¿En serio vas a poner esa película? —me preguntó Jonathan masticando y alzando una ceja

—Creo que la noche es muy apropiada, ¿no?—sonreí.

—Probablemente se irá la luz, pero así más tensión… Vale, ponla… —Al final, vimos la película y no se fue la luz… Jonathan empezó a tener sueño, así que me las arreglé para acostarle, ponerle el pijama y arroparle bien. Le di sus medicinas. Cuando ya estaba tumbado cómodamente, y se suponía que iba a irme, rezagué un poco. Hice como que colocaba algo, que entraba al baño a lavar alguna prenda, que doblaba una toalla que ya estaba doblada… Al final, él reaccionó.

—¿Qué ocurre, Kate, crees que Frankie está en el pasillo

esperándote? —dijo en tono socarrón.

—¿Por qué dices eso? Igual podría estar debajo de tu cama también… —le dije mientras cerraba la puerta del baño.

—Venga ya, has doblado esa toalla ya tres veces… —Le miré haciéndome la tonta—. Ven aquí, a mi lado, anda. —¡SÍ! Eso es justo lo que quería

—No, no quiero molestarte… Además, no tengo miedo… —Claro que no lo tenía, pero era mi recurso hacerme la interesante y luego ceder como si no supiera nada.

—No molestas, hay sitio de sobra en esta cama para casi tres y…

—¿Y?

—A lo mejor yo también temo que en una noche como esta salga un monstruo con tornillos y muerto y decida venir a mi cuarto… —Me eché a reír y me tumbé en la cama, a su lado. Le miré con el codo apoyado en la almohada. Me gustaba ver que se había abierto a mí y que estábamos en un punto de confidencias, risas y esperanza. Él giró la cabeza—. ¿Mejor?

—Sí —sonreí—. ¿Puedo poner una vela? Siempre me ha relajado en noches así y dicen que aleja monstruos y malos espíritus.

—Oh, por favor, no me digas que eres de las del rollo Halloween…

—Puede ser —sonreí. Él se rio.

—Está bien, enciéndela… ¿qué puede pasar? ¿Morir incendiados? —Le hice un mohín con la cara y me levanté a encenderla. Él no perdía detalle. Volví a la cama y me tumbé a su lado. Entonces apagué la luz y la suave llama alumbró la habitación, dándole un toque romántico y tranquilo. Fuera llovía y empapaba los cristales, y los truenos armaban un gran estruendo. Entonces cogí la mano de Jonathan casi sin pensarlo. Nos miramos.

—Buenas noches, Jonathan. —Le di un beso en su suave mejilla. Él pareció conmovido. Fue quizá un tanto atrevido, pero sentía que tenía que hacerlo. Ir creando más confianza y cariño, aunque para mí no era nada difícil porque ya le quería desde antes de entrar a cuidarle.

—Buenas noches, Kate… —Su voz era casi un susurro. Cerré los ojos unos segundos, fingiendo que dormía. Los abrí y le miré. Se quedó dormido enseguida. Elizabeth me dijo que Jonathan tardaba horas en dormirse. Estar inmóvil en la cama le estresaba mucho y solo dormía ya, como último recurso, con somníferos que me dejó en un botecito en el baño. Esa noche no tuve que usarlos.

Capítulo 2

Aquella mañana Jonathan no se despertó cansado ni con dolores, como ocurría casi siempre a causa de la medicación y la extraña y antinatural vida que ahora sufría su cuerpo. Todavía estaba casi dormido, pero parpadeó ligeramente, y entonces, cuando supo que estaba despierto, se convenció de que no era un sueño.

Una voz femenina, dulce y preciosa cantaba una canción que oía a unos metros de él.

Es la historia de la sirena, que fue surcando el mar, y se encontró medio ahogado a un joven de aspecto audaz. Ven aquí, bello príncipe, no importa de dónde vengáis, si habéis robado el corazón de una sirena mientras ibais surcando el mar. Salvada tu vida, juntos en la playa a la orilla del mar, tu corazón y el mío nunca más se podrán ya separar.

Era la voz de Melissa. Y entonces Jonathan sintió que el corazón se le revolvía de dolor, que se retorcía como un gusano en el anzuelo. A veces el dolor de corazón podía ser mucho peor que el dolor físico, porque ese dolor interno no se calmaba con medicinas ni buenos almohadones. Era un dolor amargo, que le oprimía la garganta como si una garra invisible le estrangulara o se hubiera bebido un líquido amargo que le corroía por dentro. Le embargaba la pena y se sentía tan sensible e indefenso como un bebé. Ni siquiera el accidente le había provocado tanto dolor interno como oír esa canción ahora, después de doce años.

Le traía toda una serie de sentimientos y recuerdos que él se había empeñado en enterrar, que había intentado olvidar con chicas superficiales, fiestas banales y una coraza que se había creado para sobrevivir en un mundo cruel donde parecía que ya no primaba el amor verdadero ni la esperanza. Pero ese Jonathan no era el verdadero Jonathan. Era como una máscara para sobrevivir, y ya se había acostumbrado tanto a ella que la adoptó como cara permanente y mató al Jonathan de dieciséis años dulce, romántico, tierno y bondadoso. Odiaba haberse convertido en ese hombre frío, materialista, duro y tiburón de los negocios. Ese no era el hombre que él esperaba y quería ser de mayor. Pero se convirtió en él a la fuerza. No le habían dejado otra opción cuando todo pasó ese verano, cuando Melissa y él tenían dieciséis años y estaban de vacaciones en el campamento Blue Lagoon.

****

Doce años antes. Verano de 2004

El campamento Blue Lagoon era perfecto para gente joven que quisiera pasar una temporada entre campos, lagos, naturaleza y actividades al aire libre.

Jonathan había mirado por Internet sitios de vacaciones y lo encontró en un foro de actividades al aire libre y naturaleza. Era mixto, había cabañas donde los chicos y las chicas se quedaban, un montón de acampadas, picnics, baños en lagos, Kayak, remo… Jonathan amaba los deportes desde los doce años, pero en el campamento cogió más pasión por ellos.

Sus padres se lo pagaron sin problema. Estaban encantados de dejar a su hijo un mes mientras ellos atendían fiestas de protocolo, viajaban y vendían imagen de familia rica y perfecta.

A Jonathan no le gustaba ese materialismo y superficialidad. No veía amor en esa gente trajeada y con caras de sentirse superiores.

Había mucha hipocresía. Oía a gente criticando a otra, riéndose mientras sujetaban copas de champán y fingían educación.

Sus padres eran muy estirados y había cosas de ellos que no le gustaban. Ni siquiera le daba la sensación de que se quisieran. Eran estirados hasta con ellos mismos, pero él era diferente. No le gustaba criticar ni ir de sobrado por la vida. Le parecía absurdo diferenciar entre pobres y ricos, porque para él todos eran personas, pero sus padres siempre hablaban de que esperaban que Jonathan se casase con una chica rica e hiciera crecer aún más el imperio familiar.

Jonathan pensaba que él haría lo que le diera la gana.

En el campamento hizo un grupo de amigos: Richie, Fred, Tate y Lon. Eran chicos de quince y dieciséis, muy simpáticos, y congeniaron enseguida.

A veces se acercaba un tal Michael, que iba de rudo y de jefe. Era muy irónico y siempre estaba con bromas y metiéndose con la gente como si considerara a todos cucarachas y él fuera el exterminador. Fumaba tabaco y llevaba un pañuelo rojo atado a la frente, bajo su pelo negro corto, como si se creyese Rambo o algún superhéroe barato. Con esa imagen se creía que daba miedo y que parecía importante, pero casi nadie le hacía caso ni le tenía miedo.

Un día, Jonathan y sus amigos estaban en lo alto de una roca. Abajo había un gran lago de agua fresca y verde. Por lo menos había una altura de veinte o treinta metros. Los chicos habían ido hasta allí a sentarse y comer unos bocadillos mientras tomaban el sol, charlaban y veían el precioso horizonte.

Estaban tan tranquilos, cuando vinieron unas chicas. Eran también del campamento y las habían visto jugar al tenis esa mañana. Se trataba de Nicole, Melissa, Sharon y Debra.

Jonathan se fijó enseguida en Melissa. Tenía unos ojos verdes preciosos, que con la luz se la clareaban más, y el pelo castaño claro con flequillo la quedaba genial. Jonathan sintió el primer flechazo. A diferencia de las otras, Melissa parecía muy natural, tranquila y dulce. No llamaba la atención como las otras, con sus gritos y risas histéricas y sus estilismos ridículos para llamar la atención.

Melissa le miraba con cierta timidez, pero el contacto visual fue mutuo.

Al final, las chicas, que habían ido allí para disfrutar de las vistas, entablaron conversación con los chicos y se creó un ambiente muy relajado y fraternal.

—¿De dónde sois, chicos? —preguntó Debra, masticando su sándwich de queso. Estaban todos sentados en la roca, en un círculo.

—Yo de Boston —dijo Richie.

—Orlando —contestó Tate.

—Yo vivo en Nueva York —dijo Jonathan mirando a Melissa—. ¿Y vosotras?

—Yo vivo en Dayton, Ohio —contestó Melissa, un poco tímida.

—Yo en Londres —apuntó Lon.

—Arghh, lluvia todo el año, qué asco de sitio —dijo con gesto de fastidio Sharon.

—A mí me gusta, es romántico —dijo Melissa con una sonrisita. A Jonathan le pareció encantadora.

—¿Has paseado alguna vez bajo la lluvia en pleno campo? Es súper relajante… las gotas frescas sobre tu piel y la hierba desprendiendo aún más frescor y ese olor… —dijo Jonathan, dirigiéndose a ella como si fuera una invitación.

—No, pero me encantaría hacerlo. —Le sonrió ella.

—Con buena compañía es mejor —se atrevió Jonathan a decir. Ella iba a decir algo, pero una risa socarrona y forzada cortó el momento. Entonces apareció Michael.

—Vaya, ya veo que el sitio está cogido, qué pena, pensé que estaríais revolcándoos detrás de algún arbusto —dijo fumando un cigarro.

—¿Qué caray te pasa tío? Parece que siempre buscas pelea —le contestó Jonathan molesto, alzando la vista.

—Tú cállate, niño rico, ¿qué pasa, que tus padres te meten aquí para que les dejes tranquilos tirarse a sus respectivos amantes? —Jonathan se sintió herido y se levantó como si le hubieran pinchado con una aguja en el trasero.

—Al menos yo tengo padres, ¿el tuyo dónde está? —La cara de Michael ardió de ira. Tensó la mandíbula, frunció los labios y empujó a Jonathan, que cayó al suelo.

—Michael para, ¡por favor! —gritó Sharon.

—¡Tú cállate! Venga, levántate, payaso, ¿no sabes pelear? —Jonathan se levantó y todo ocurrió muy rápido. Michael le volvió a empujar una y otra vez, aunque Jonathan le intentaba parar con las manos y darle, pero Michael avanzaba pasos mientras Jonathan los retrocedía y se acercaba cada vez más al borde.

Todos se levantaron, pero nadie se atrevía a acercarse a Michael y Jonathan por miedo a recibir un golpe o caerse al lago.

Melissa fue la única que se salió un poco del grupo y se alejó un par de metros, pero, aún así, la daba miedo acercarse.

—¿Sabes qué te digo? Estás muy blanco, toma un poco el sol, báñate… Los pijos como tú solo sabéis vivir trajeados y con una sombrilla para que no os toque ni el sol. Yo te ayudo a que salgas del cascaron. —Entonces ocurrió. Michael empujó a Jonathan con un golpe fuerte y odio en la mirada, tensando la mandíbula. Como si Jonathan le hubiera hecho algo y ese fuera el momento de vengarse.

Jonathan cayó y de pronto no le vieron, tan solo oyeron su grito.

—¡Estúpido! ¿Qué has hecho? ¡¡¡JONATHAN NO SABE NADAR!!! —bramó Lon con la cara contraída en un gesto de terror. Todos se miraron unos a otros asustados, pero nadie pudo moverse.

****

Todo pasó muy deprisa. Le contaron que Melissa se lanzó al lago sin pensárselo. A todos les daba miedo la altura y a nadie se le ocurrió saltar. El miedo les atenazó los cuerpos y Michael se fue corriendo como si con eso borrase su presencia anterior y el incidente que había ocasionado.

Era ridículo no saber nadar a esas alturas, sí, ya lo sabía. Pero así era Jonathan, hacía a las cosas cuando quería.

Melissa nadó, buceó y le agarró. Le sacó a la superficie y le hizo el boca a boca en la orilla, que, gracias a Dios, estaba a pocos metros de dónde le había recogido.

Jonathan escupió agua, tosió, se atragantó. Tenía la boca seca como si hubiera tragado arena.

Melissa le sujetaba de la mano. Oyó su voz tranquilizándole.

—Tranquilo, estás a salvo. —Ella respiraba entrecortadamente, fruto del susto que tenía y los esfuerzos de haber cargado con él.

Entonces todo se volvió negro y se desmayó.

****

Jonathan tuvo que aguantar bromas sobre que Melissa era la Sirenita y él, el príncipe Eric.

Ya no se quitaron el mote. Todo el mundo les gastaba bromas y les llamaba Eric y Ariel. La verdad es que la situación no podía ser más parecida. Michael fue expulsado y los monitores montaron una fiesta con hogueras y música en un lago cercano coronado de bosque y árboles para celebrar la heroicidad de Melissa y que Jonathan estuviera vivo.

Melissa se sentía incómoda y quería olvidar toda esa atención y felicitaciones que la parecían exageradas, pero le había salvado la vida a Jonathan y eso no podía dejarse pasar así como así…

El médico de la enfermería dijo que si se hubiera esperado cuatro minutos más, Jonathan habría muerto. Era increíble que esa chica tímida de Ohio le hubiera salvado la vida. Parecía la que menos hubiera sido capaz de hacer algo.

Los dos se hicieron inseparables desde ese momento.

Cuando estaba en la cama de la enfermería, hecho polvo por la caída, la lucha en el agua y el agua que tragó, ella se sentó a su lado, le cogió de la mano y le acarició la frente, cantándole la canción de la sirena.

Es la historia de la sirena, que fue surcando el mar, y se encontró medio ahogado a un joven de aspecto audaz. Ven aquí, bello príncipe, no importa de dónde vengáis, si habéis robado el corazón de una sirena mientras ibais surcando el mar. Salvada tu vida, juntos en la playa a la orilla del mar, tu corazón y el mío nunca más se podrán ya separar.

—Sí, somos Ariel y Eric, creo que esta canción nos va al pelo, ¿no? —Sonrió Melissa.

Él asintió, sonriendo con los ojos cerrados, aún cansado.

—Gracias por lo que hiciste Mel… Te debo la vida.

—Lo tomaré en cuenta —dijo ella sin parar de dedicarle sonrisas—. Tu vida es ahora mía, según una leyenda china.

—¿Qué leyenda es esa?

—No me acuerdo ahora bien de la historia, pero si una persona salva la vida a otra, entonces es dueño de esa vida. Tu vida depende de mí, así que cuídala. —Le guiñó un ojo.

—Te lo prometo —dijo él mirándola con amor, y la apretó la mano.

****

La noche de la celebración, Jonathan y Melissa bailaron canciones lentas y más movidas en un cenador con luces, cerca de la zona de merenderos. Dieron vueltas, cogidos de la mano, se rieron y se miraban y hablaban como si no hubiera nadie ni nada más alrededor de ellos.

—Ojalá te hubiera conocido antes —dijo Jonathan mientras sonaba

la canción de *The way you look tonight* y daban vueltas por la pista, llena de luces que colgaban de un cable, mientras soplaba un aire fresco. La cogía de la cintura y de la mano. Ella olía a una colonia fresca y dulce y él se había echado un poco de colonia Old Spice que Richie le había prestado.

—No soy tan increíble, solo una chica más.

—No, eres especial. Lo vi en tus ojos… Tienes una mirada especial que reconocería en cualquier parte. En tus ojos veo tu alma. No eres como las demás… Eres tan inocente, dulce… buena… No como otras chicas que viven por Nueva York y solo saben beber, reírse de todo y follarse a una farola si pueden. Especialmente esas niñas ricas detestables. —Melissa se rio.

—No eres el típico niño rico, entonces —la canción acabó y empezó a sonar *Got to be there* de Michael Jackson.

—No, no lo soy… A veces creo que soy adoptado. Siempre discuto con mis padres porque pensamos muy diferente. —Jonathan sonaba maduro, como si tuviera cinco años más, y eso encandiló a Melissa, que detestaba a los típicos chicos adolescentes que solo sabían hablar de videojuegos y reírse de la gente. Jonathan sonaba profundo, casi filosófico.

—Eso es normal en esta edad horrible de adolescencia, según los psicólogos.

—No, lo mío es otra cosa. Yo siento que no encajo en mi casa. No nací para ser rico ni hacer esas estupideces y teatros que se montan los amigos de mis padres. Incluso mis padres son como sus amigos… Venden imagen de ser felices y de ser *chics* por vestir de Dior y ganar millones al año. Pero por detrás se dan a la bebida, toman drogas, antidepresivos y se apuñalan unos a otros. En el trabajo de mi padre, un tío le quitó el puesto a un chico que tuvo que estar de baja al romperse una cadera cuando se cayó de la escalera por arreglar el tejado. Son tiburones, y no me gustan. Nunca seré uno de ellos… Contigo a mi lado nunca seré alguien así. —Melissa le besó en los labios y le miró dulcemente a sus ojos azules.

—Tú nunca serás así, Jon, porque eres maravilloso. Y yo siempre estaré contigo, si es lo que quieres.

—Lo quiero. —Sonrió y se besaron—. Ven, vamos a sentarnos. —Jonathan cogió a Melissa de la mano y la llevó escaleras abajo del cenador, cruzaron unos metros de campo, y se sentaron en una mesa de madera con bancos, al lado de un frondoso árbol, cerca del lago. La luz de la luna iluminaba el lago, reflejándola, y las luces colgaban de un cable, varios metros sobre las cabezas de Jonathan y Melissa, bordeando varios árboles. En esa mesa solían comer después de las actividades, junto con Debra, Nicole, Sharon, Tate, Fred, Lon y Richie.

Jonathan y Melissa se sentaron en la mesa de madera. Él se sacó de

su dedo anular derecho un sello de oro con la inicial de su nombre que su madre le había regalado hacía un par de años. Cogió la mano de Melissa para ponerle el anillo, pero ella la apartó de inmediato. Jonathan sintió una punzada de asombro y miedo. Se sintió estúpido e incómodo. No creía que Melissa tendría esa reacción en vista de lo bien que iban las cosas entre ellos.

—No, no puedo aceptarlo —dijo ella dulcemente.—Es valioso y es tuyo. Seguro que fue un regalo.

—De mi madre, sí, pero yo quiero dártelo a ti.

—No, de verdad, no puedo… Además prefiero otra cosa —dijo ella tímidamente.

—¿El qué? —preguntó Jonathan desconcertado. Ella le miró y señaló con el dedo la muñeca izquierda de Jonathan, donde llevaba una vulgar pulsera azul trenzada hecha con cuerda. Jonathan se rio—. ¿En serio? Esta pulsera no vale nada, la hice yo en un taller de manualidades.

—Vale más que el sello porque la hiciste tú… Si quieres darme algo, prefiero tu pulsera. —Jonathan no dijo nada y sonrió. Se la quitó y se la puso a Melissa delicadamente en su fina muñeca derecha. Se la ajustó y ella sonrió encantada, como si la hubieran regalado una pulsera de Cartier.

—Me encanta, gracias —ella sonrió y le abrazó. Jonathan sintió una explosión de sentimientos. El gesto de Melissa, su humildad y sencillez, le calaron más hondo de lo que esperaba. Cualquier chica hubiera aceptado el sello de oro sin rechistar y lo habría vendido más tarde por seiscientos dólares, aunque valía más. Ya había oído casos así, de chicos que regalaban joyas a sus novias y estas, al romper, lo vendían todo, para con el dinero comprarse zapatos, ropa y demás tonterías. Melissa era sencilla y natural, era justo lo que él quería en una chica. Alejada del mundo yuppie y materialista que reinaba en Nueva York y su propia familia. Y Jonathan se sintió tan feliz y lleno, y pensó que esas vacaciones eran lo mejor que le había pasado en la vida. Él y Melissa eran almas gemelas, sin duda.

Nada parecía pronosticar la tragedia que se cernía sobre ellos. En cuestión de pocos días, sus vidas estarían arruinadas para siempre.

****

En la actualidad

Los Ángeles 17:00h.

Elizabeth estaba comiendo en un caro restaurante con Paul Weston, confidente, mejor amigo y amante.

Jonathan había oído algo sobre él, pero Elizabeth se cuidó de contarle algunos detalles, como que cuando ella volaba a Los Ángeles, desde el accidente, no siempre era por negocios, y que por la mañana, temprano, Elizabeth despertaba en la lujosa cama de su casa con Paul al lado, desnudo y sonriéndole mientras la pasaba un brazo por los hombros.

Hacía mucho tiempo de la muerte de su marido y ahora, con la enfermedad de Jonathan, Hamilton House se la antojaba a veces un hervidero de estrés, una olla a presión, y ella se sentía tan a punto de explotar; necesitaba salir de allí y evadirse por muchos días en Los Ángeles y con Paul.

Se sentía culpable por dejar a su hijo, pero pensaba en que él detestaba tenerla cerca. Le hacía sentir aún más inválido y se mostraba irritable, la contestaba de manera cortante y fría, y ella se sentía cada vez más pequeña e insignificante. Jonathan, ya antes del accidente, la trataba de manera fría, despegada y superficial. Elizabeth pensaba que Jonathan nunca había superado lo de aquel verano. Cómo le destrozó su adolescencia y, por qué no decirlo, su vida personal.

Elizabeth no lo decía, pero a veces se sentía aliviada al separarse un poco de Jonathan. Vivir con él no era agradable, con ese carácter suyo tan cerrado, pero desde lo del accidente, era aún peor.

Se alegró de haber encontrado a esa chica, Kate. Era bastante cariñosa, eficiente y seria. Ella ahora pasaba todo el tiempo con Jonathan y así Elizabeth se evitaba momentos incómodos con su hijo.

Además, eso de que se hubiese curado es lo que terminó de convencerla de que debía contratarla. Jonathan necesitaba esperanza y un milagro, y esa chica parecía traer tanto lo uno como lo otro.

Paul estaba sentado frente a ella, con un traje negro impoluto y el pelo moreno y espeso peinado hacia atrás.

—¿Liz? Parece que tu mente está en otro sitio. —Sonrió. Ella movió un poco la cabeza como si saliera de una ensoñación, le miró y sonrió también.

—Perdona, a veces se me va la cabeza… Me estoy volviendo una despistada, será la edad. —Él alargó la mano y cogió la de ella, que reposaba sobre el mantel blanco de la mesa.

—Querida, eres toda una jovencita. —Elizabeth rio. Comían cordero con salsa verde y una ensalada de fruta y verdura.

—Mi querido Paul… ¿has pensado en lo que te comenté? —preguntó ansiosa. Paul fingía que estaba ocupado cortando un trozo

de carne, pero su mente maquinaba de una forma que Elizabeth no hubiera sospechado ni en mil años.

—Por supuesto, *cherie*… Pero… no sé, es mucha responsabilidad. ¿Estás segura de que quieres que yo sea esa persona? Sabes que me ofrecí de buen grado, y todavía me ofrezco, pero eres tú quién decide.

—Sí, por supuesto. Te conozco de años, Paul… Eres mi mejor amigo, mi apoyo incondicional… No confío en nadie mejor que en ti. —Elizabeth le miraba con ternura y con una mirada esperanzada a la vez que triste.

—¿Y qué hay de esa chica, Catherine, Kate?

—No, esa chica está descartada. A no ser que Jon se casara con ella. Entonces ella lo heredaría todo, pero no será el caso. No veo a mi hijo enamorándose de nadie… realmente nunca lo hizo, así que mucho menos ahora… Paul, creo que tú serías perfecto. Como un padre para Jonathan… Si yo falto, si me pasara algo y no pudiera cuidar de Jon, se vería solo en el mundo. Acepto tu ofrecimiento de que si me pasara algo y Jonathan siguiera enfermo, tú te harías cargo de él. Acepto que vayas a vivir a Hamilton House y le cuides y le des todo lo que necesite. Si por desgracia él muriera a consecuencia de su enfermedad, lo heredarías todo. La casa, los bienes y las cuentas. Serias rico y te lo habrías ganado de sobra tras estar con mi hijo… Creo que es lo justo. Cuidar a Jonathan no es fácil y tendrías que dejar de lado tu trabajo, tus negocios, y quizá perderías dinero, pero con tal de que estés con mi hijo, toda compensación es poca, así que creo que es de ley que tú heredes el patrimonio. Además, no tengo más familia a quién dejárselo. Confío en que contigo viva la vida y que le des apoyo y cariño. Ese es mi trato. —Elizabeth había estado últimamente más preocupada que de costumbre al ver que Jonathan no mejoraba pero que, aun así, tenía buena salud y a lo mejor la sobrevivía. Dejar un hijo tetrapléjico la consumía por dentro cada día. Por eso había pensado en quién cuidaría de Jonathan si ella faltaba. Le había contado a Paul ese temor y él un día se había ofrecido a hacerse cargo…

Paul alargó de nuevo la mano y tomó la de Elizabeth, que le miraba expectante y nerviosa en espera de una respuesta.

—Lo hago por ti. Para que vivas tranquila sabiendo que tu hijo no quedará desamparado.

—Oh, Paul, gracias. —Elizabeth suspiró aliviada, le sonrió y apretó la mano—. No sabes lo feliz me haces. Saber que Jonathan no estará solo.

—Quizá debería volar contigo un día de estos a Hamilton House y conocernos. Me gustaría ir creando vínculos con Jonathan. No tengo hijos y para mí sería un placer conocerle.

—Por supuesto que sí, querido. Estoy deseando que vengas a

conocerle. Y puedes quedarte el tiempo que quieras.

—Te tomo la palabra. —Paul sonrió. Elizabeth estaba enamorada y no vio que la sonrisa de Paul estaba cargada de oscuridad y misterio. Pero cualquiera que le hubiera visto se habría helado de espanto al ver a un hombre que sonreía como un demonio que estaba a punto de preparar una catástrofe.

****

«Qué fácil ha sido… Tendré la mente fría, como siempre… Iré a Hamilton House y el chico será cosa mía, aunque no de la manera en que Elizabeth cree…», pensó Paul.

—Tranquila, mi querida Elizabeth… —dijo con malicia, relamiéndose de gusto ante la idea que acababa de llegar a su cabeza. —Cuenta conmigo…

****

Día presente. Hamilton House

—¡Kate! ¡Kate! —Jonathan la llamó a voces, aunque ella estaba a unos pocos metros, en el baño. Kate salió corriendo, asustada por si le pasaba algo.

—¿Qué ocurre, Jonathan? —ella se apresuró al lado de su cama. Jonathan se fijó en sus ojos verdes. Estuvo tentado de llamarla Melissa, de cogerla por los hombros y sacudirla con rabia por llegar a su casa y trastornar aún más su mundo.

Pero no podía ser Melissa. Y él no podía moverse. Y entonces su menté voló al pasado.

****

Cuando Jonathan tenía veinticuatro años se las ingenió para hacerse con algunas empresas de su padre. Levantó las que estaban arruinadas y generó tanto dinero que duplicó los beneficios que su padre una vez generó. Empezó a salir en algunas revistas de negocios, con sus trajes de Armani y sus Rolex caros. Empezó a conocer gente de todo tipo, que le ayudaban y que le debían favores.

Entonces contrató a Sanders, un detective privado. Una tarde de invierno, se reunieron en el despacho de Jonathan. Sanders le tendió un sobre cerrado. Jonathan estaba sentado en su mesa de caoba. Impoluto, con un traje y las manos cruzadas. Gesto serio y expectante.

—¿Y bien? —preguntó con tono serio y firme.

—Melissa Cadwell murió hace dos años en un accidente doméstico. Se cayó limpiando una lámpara de la cocina y se fracturó el cráneo. Fue una muerte instantánea… Lo siento, Jon.

Jonathan no dijo nada. Ya había aprendido a no llorar ni lamentarse delante de nadie, pero sintió que le volaban el corazón en pedazos. Un dolor intenso que ardía le atravesó el alma. Tragó saliva, sintiendo que se ahogaba, y apretó la mandíbula. Aunque no tenía corazón a esas alturas, sintió que volvían a rompérselo. Apretó el puño derecho.

—Gracias, Sanders. Buen trabajo. Puedes irte… —dijo con voz calmada y seria. Sanders asintió, pero no dijo nada. Le parecía que Jonathan era el tipo más frío que había conocido jamás. Su cara no revelaba ninguna expresión, parecía una estatua, fría, inexpresiva, estática. Una noticia así serviría para arrancar sentimientos al mismísimo diablo, pero quizá Jonathan fuera peor que el propio Satanás, y, acostumbrado a un mundo donde solo sobrevivía el más fuerte, se hubiera convertido en un desalmado. No le extrañaba haber oído críticas de cómo se apropiaba de empresas y dejaba a gente fuera

sin la mínima contemplación. Mucha gente empezó a cogerle miedo por su fama de tiburón de los negocios y hombre cruel.

No creía que lo viera llorar, visto que no se le había despeinado ni un pelo ante la noticia de la muerte de su exnovia. Y pensó que ese chico era más cruel de lo que decían.

Ante una situación tan incómoda, y sin saber qué decir, Sanders abrió la puerta y se marchó. Jonathan miró la ventana, con la lluvia bañando el cristal y emborronando las vistas de la ciudad, y una lágrima le cayó por la mejilla. Aunque no era comparable al océano de lágrimas que sentía y llevaba en su interior.

****

Día presente. Hamilton House

—Jonathan, ¿qué ocurre? ¿Qué te pasa? —Ella era ahora la asustada. Kate le miraba con ojos de preocupación, la boca entreabierta, apoyando una delicada mano sobre su hombro.

—¿Qué canción era esa que cantabas? —preguntó, mirándola asustado y respirando entre jadeos.

—No cantaba ninguna canción, Jonathan —dijo ella con voz desconcertada. Jonathan no se lo creyó. La había oído cantar ahí mismo, hacia unos momentos. ¿Por qué lo negaba?

—Acabo de oírte Kate. Estaré inválido, pero no sordo —dijo con tono acusador. Le clavó la mirada para amedrentarla, pero si mentía, siguió haciéndolo a la perfección, porque el semblante preocupado y desconcertado de Kate no abandonó su rostro.

—Jonathan, de verdad que no cantaba nada… No sé a qué te refieres… creo que lo has debido de soñar… Estaba en el baño limpiando el lavabo y preparando las cosas de aseo para cuando te despertaras. —Él la miraba sin apenas parpadear, esperando pillarla en algún gesto que la delatara, pero nada. Entonces empezó a pensar si de verdad habría sido cosa de su imaginación. Ni siquiera se acordaba de lo que había soñado, y todo le parecía borroso e indefinido. A lo mejor le había parecido y estaba asustando a Kate por nada.

Tragó saliva e intentó relajarse un poco.

—No me encuentro muy bien… ¿puedes traerme un vaso de agua?

—Por supuesto, ahora mismo. —Fue al baño y cogió un vaso de agua que trajo enseguida, derramando algunas gotas de agua por la alfombra de la habitación, con las prisas y los nervios de atenderle rápido.

Ella rodeó la cama, se tumbó a su lado, le acarició la cabeza y le puso el vaso en los labios. Jonathan bebió varios tragos seguidos. Le vino bien porque tenía la boca seca como si se hubiese tragado arena… Él se quedó callado, pensativo. No le dijo nada. Pero no se olvidaba de la canción que hacía unos momentos había cantado en el baño. Si es que la había cantado.

Entonces empezó a asustarse, pensando en si su mente se estaba deteriorando también. Pero su sexto sentido le hizo despertar algunas alertas. Como hombre desconfiado y precavido que era, empezó a tener segundos pensamientos hacia Kate.

Tan atenta, simpática, amable y hermosa, pero ¿era de fiar? Había visto como en ciertos momentos, al principio de conocerla, se podía volver un poco fría y dura. ¿Una persona podía cambiar tanto? ¿O es que una de esas caras era falsa? ¿Cuál era la verdadera? ¿La Kate

dulce y atenta? ¿O esa Kate que se vislumbró un par de veces y era fría y parecía preocupada y como si ocultase algo?

¿Quién era Kate? ¿O es que se estaba volviendo loco? ¿Estaba su enfermedad afectándole el cerebro?

Jonathan Hamilton se dijo que su invalidez no le iba a llevar a ese callejón del pozo de la locura. Pero, si no era su cabeza, y alguien quería engañarle, tampoco lo iba a permitir. ¿Cómo hacer sus pesquisas y trucos desde esa silla de ruedas? Jonathan se sintió más atrapado e indefenso que nunca.

****

Enero de 2016

Ella nunca había olvidado realmente a Jonathan. Todavía se acordaba de esos días cuando estuvieron juntos. Hasta que pasó lo que pasó y cada uno tomó un camino diferente.

Sabía lo de su accidente y que ahora estaba en silla de ruedas, y eso la entristeció.

Su relación con Carter seguía adelante. Ese día estaban en casa, después del trabajo, y se preparaban para un fin de semana juntos. Ambos estaban sentados en el sofá de piel, frente a la chimenea.

Carter tenía unos ojos verde claro muy bonitos y un pelo castaño abundante con ondas y algo largo, no el corte de caballero clásico. Era alto y tenía un cuerpo tonificado a base de gimnasio. A efectos prácticos, era guapo. No como Jonathan, pero podía valer, aunque ella seguía prefiriendo al verdadero.

Su sonrisa blanca era preciosa, pero destilaba misterio y oscuridad. Ella pensó que bien podría haber sido la sonrisa del mismo demonio. Hermosa, pero con un tinte oscuro.

Él aplastó el cigarrillo contra el cenicero y miró cómo sus manos eran suaves, largas y bien definidas, como de pianista. Llevaba gemelos de oro y un traje oscuro con camisa blanca.

—¿Qué hay de tu padre? —preguntó ella, bebiendo un sorbo de licor.

—Muriéndose —dijo impasible—. Y cuando se muera ya sabes lo que pasará. Pero no pienso permitir que se salga con la suya. Eso me pertenece a mí. No pienso quedarme fuera sin hacer justicia. Le voy a apretar las tuercas a ese engreído… Y piensa en lo que te hizo a ti… cómo te arruinó… Todos ganamos, cielo… —Le acarició la mejilla.

Carter se levantó, y ella también. Se miraron a los ojos y ella se sintió hipnotizada. Mirar a los ojos de Carter era en cierta manera como mirar los de Jonathan, pero los de él eran más dulces, no tenían el brillo siniestro que reflejaban los de Carter. Él se acercó a ella, la rodeó por la cintura y la besó en los labios suavemente. La inundó el perfume de él, la tela cara y suave del traje, y se sintió como en los brazos de Jonathan otra vez, pero mucho mejor, porque a diferencia de Jonathan, Carter era cariñoso y parecía quererla.

Con Carter se sentía querida y valorada. Jonathan siempre la había tratado más fríamente y la había dejado tirada. Solo por eso, sintió que iba a apoyar a Carter en su lucha contra Jonathan.

****

Día presente

Los días de lluvia deprimen a mucha gente y Jonathan no era una excepción, aunque su causa era mucho más profunda. Aquella mañana, mientras Kate había bajado corriendo al jardín a recoger la ropa tendida, él se encontraba sentado en la silla, mirando su amplia finca, el cielo gris plomizo y la ligera lluvia, que empezaba a caer.

Después del accidente, cuando Jonathan ya no estaba ocupado con sus negocios ni yendo de un lado a otro, se quedaba siempre con la mirada perdida contemplando la ventana mientras la lluvia caía. Pensaba en Melissa y en aquella canción. Los días de lluvia le ponían tristísimo.

Pero desde que estaba paralizado mucho más, porque antes, al menos, estaba activo y podía distraerse trabajando o preparando informes e inversiones.

Ahora, sin nada más que hacer que estar sentado, su cabeza hervía constantemente de pensamientos, la mayoría tristes.

Y su mente volvió al pasado, otra vez

****

Verano del 2004. Campamento Blue Lagoon

Melissa y Jonathan vivieron momentos únicos, los más felices que tuvieron. Nunca después volverían a sentirse tan felices y a llorar de emoción como algunas noches hicieron.

Se hicieron fotos, rieron hasta que les dolía el estómago, nadaron, caminaron de la mano, compartieron besos, noches a la luz de la luna y atardeceres juntos en la orilla del lago.

Una tarde, el tiempo se estropeó. Vino una tormenta y de golpe empezó a llover a cántaros. Melissa y Jonathan corrieron por el campamento, entre árboles, hierba y tierra mojada, y decidieron meterse en la casa de los niños, una cabaña que estaba destinada para los niños de ocho a doce años que también iban al campamento.

Era una cabaña toda hecha con troncos de madera, con un pequeño porche, y dentro tenía música, cedés, televisión, sofá y juegos de mesa y de ordenador. Pero estaba vacía porque los niños venían en agosto y todavía era julio.

A Jonathan no le costó nada empujar la puerta de madera y que esta se abriera de golpe. Entró con Melissa, cogiéndola de la mano, los dos riéndose y empapados. Cerraron al pasar dentro. Empezaron a besarse alocadamente, entre risas, juntando sus frentes mojadas, y dieron sin querer un empujón a la máquina de los discos. Una melodía entre triste y romántica empezó a sonar. Era *If I only had a brain* de *El mago de Oz*, pero versionada por otro cantante que le daba un toque de balada triste con toques de jazz… Se miraron y estallaron en risas.

—Si mi madre me viera ahora, ciertamente diría que no tengo cerebro.

—No pienses ahora en eso. —Jonathan la calló con un beso profundo, mientras la cogía de la cabeza.

Todavía no estaban preparados para tener relaciones, pero, mientras sonaba esa canción, y después de besarse un buen rato, se secaron y permanecieron juntos y abrazados en el sofá con esa música de fondo. No podían quererse más…

Una noche decidieron dormir en una tienda de campaña, con una hoguera, al lado del lago. La luna iluminaba el agua, soplaba aire fresco, y Melissa y Jonathan estaban sentados frente al fuego, apoyados hombro con hombro, cogiéndose de la mano y Jonathan rodeándole la espalda. Como hacia algo de fresco, Jonathan se quitó su sudadera de los Dodgers y se la puso a ella, aunque le quedaba grande.

Nunca más volvió a ponérsela, se la quedó ella.

—¿Qué va a pasar cuando se acabe el verano? No quiero dejarte, Melissa. —Jonathan parecía preocupado. No parecía el mismo chico

de sonrisa encantadora y perfecta de días atrás.

—No quiero pensar en eso, me da miedo… —dijo ella bajando la vista. Por lo visto, Melissa también tenía sus preocupaciones con el tema, pero las había escondido muy bien.

—Pero tenemos que pensar algo. A mí aún me quedan dos años y la universidad. Podríamos ir a la misma universidad.

—No creo que yo pueda ir, Jony… Mi madre no tiene tanto dinero… Haré un curso de secretariado; es lo más barato y tiene buenas salidas. —Jonathan pareció decepcionado.

—Tú te mereces más que eso, Mel.

—A mí me gusta. En serio. Se me da bien lo de los ordenadores y llevar papeleo. Mi madre es un desastre con las facturas y esas cosas, así yo le llevo todo. —Sonaba despreocupada, pero Jonathan estaba nervioso.

—Tenemos que hacer algo. ¿Crees que podría ir a verte a Ohio los fines de semana? Igual solo serían unas horas en coche…

—Jony, ¿de verdad crees que tus padres me aceptarían? —Ella le miró un poco más seria.

—¿Por qué? Mis padres dan igual, soy yo el que decide.

—Jonathan, mi madre es soltera, trabaja de camarera, yo no tendré nunca dinero ni grandes estudios… No creo que me aceptaran…

—Mel, eso me da igual a mí —protestó Jonathan, mirándola casi desorbitado. Era verdad lo que decía Melissa, pero Jonathan no quería pensar en ello.

—Pero a ellos no. No nos dejaran estar juntos

—A menos que…

—¿Que qué?

—Que esperáramos un hijo. Creo que en ese caso no les quedaría más remedio que aceptar lo nuestro. —Melissa pareció impactada. Su cara se contrajo en un gesto casi de horror.

—No, Jony, no puedo… Eso que me pides es imposible. ¿Un hijo a mi edad? ¡Mi madre me mataría! Siempre me ha dicho que no quiere que termine como ella. Incluso soy virgen……

—Yo también —dijo él mirándola. Entonces se miraron, con la luz del fuego iluminándoles la cara, la brisa que soplaba; su proximidad, esa confesión tan íntima y un búho que se oía a lo lejos… Pasó de repente. Empezaron a besarse lentamente. Ella le metió los dedos en el pelo rubio con ondas rebeldes, él la apretó más contra él. Se besaron una y otra vez. Era un amor tan fuerte el que sentían que no se pararon a pensar en nada más. Parecían hechos el uno para el otro.

Acabaron en la tienda. Jonathan encima de Melissa, a la que había quitado la ropa dulcemente y había besado por cada zona del cuerpo que desnudaba. Acabaron haciendo el amor. A Melissa la dolió un poco, pero Jonathan no paraba de besarla y acariciarla.

Pese a la inexperiencia de ambos, todo salió bien. Se quedaron juntos y abrazados. La hoguera seguía encendida y daba calor, y la luz blanca de la luna se reflejaba en la lona de la tienda.

—Te quiero, Mel.

—Yo también te quiero, Jonathan. —Le acarició ella la cara. Se miraron dulcemente, uno abrazado al otro.

—Somos almas gemelas. Siempre estaremos juntos

—¿De verdad? —preguntó Melissa con cierta tristeza.

—De verdad, lo juro. —La besó en la cabeza y se la cogió con la mano, arrullándola contra él.

****

Al día siguiente. Campamento Blue Lagoon.

—¡Levantaos inmediatamente! —rugió una voz masculina.

Jonathan y Melissa se despertaron sobresaltados. Había una monitora y un monitor mirándolos en la entrada de la tienda y sujetando la lona. Ya era de día y consiguieron vislumbrar al fondo la hoguera ya apagada y negra. Melissa y Jonathan se sintieron atenazados de miedo. No se esperaban tener un despertar tan caótico después del momento tan dulce que habían vivido la noche anterior y lo relajados que se sentían. Fue como si les hubieran echado un cubo de agua fría a la cara para despertarlos.

—Vestíos ahora mismo… —dijo la monitora con voz áspera.

Se apresuraron a vestirse sin decir nada. No dejaban de mirarse.

—Tengo miedo, Jonathan —susurró Melissa con gesto compungido. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Tranquila Mel, no va a pasar nada, solo nos caerá una bronca… —Pero eso no ocurrió. O al menos no fue todo lo que ocurrió. Ojalá hubiera sido solo una bronca. Tenían dieciséis años, no diez, y creían que la cosa no iría a mayores. Pero eran menores de edad y una cosa así no podía pasar en un campamento donde el ochenta por ciento de los padres eran ricos y a veces hacían donaciones de dinero… El campamento debía ofrecer la mejor calidad.

Jonathan y Melissa se habían escapado de las cabañas cuando todos dormían y habían atravesado el lago a nado para irse a ese bosque donde montaron la tienda, que Tate había dejado escondida en unos arbustos a petición de Jonathan… Estaba sin montar, claro, así que nadie vio nada.

Salieron temblorosos de la tienda y cogidos de los dedos. La monitoria, Kelly, les miró severamente, con Matt a su lado. Los dos, vestidos de caqui, con pantalón y camisa corta.

—Hemos informado a vuestros padres. Vienen de camino y os marchareis a casa. Vamos, acompañadnos —sentenció Kelly.

Jonathan y Melissa sintieron que les daba un infarto. Ella fue la primera en echarse a llorar. Jonathan la apretó la mano para calmarla, con sus dedos entrelazados. Él también se sentía como para llorar, pero decidió tragarse las ganas y ser fuerte por Melissa. Pero la tragedia ya era un hecho.

Caminaron por el bosque con Matt y Kelly; se sentían como si los llevaran al matadero. Cada paso que daban era un paso más para la meta de la separación. En ese momento Jonathan y Melissa estaban tan asustados y tristes que no se les ocurrió decirse por lo bajo el número de teléfono o los e-mails. Sus amigos no pudieron ayudar tampoco porque Melissa no conocía a las chicas de tiempo antes ni

Jonathan a los chicos, y, como aún no había llegado el momento de despedirse, no habían tenido ninguna conversación donde pudieran intercambiar los datos personales, así que ni Sharon ni Tate, ni el resto, pudieron contactar después con sus respectivos amigos para intercambiarse direcciones y dar con las de cada uno. Jonathan y Melissa no sabrían cómo encontrarse.

Llegaron a la zona del campamento de la entrada y pronto llegaron dos coches. Uno de lujo, negro, brillante, un Mercedes. El otro, más viejo y destartalado, un Renault rojo. El coche de los padres de Jon y la madre de Mel. Las puertas se abrieron y los padres salieron. Elizabeth venía hecha una furia y con cara de haber llorado. La madre de Melissa tenía cara de vergüenza y tristeza… Jonathan y Melissa retrocedieron. Quisieron echar a correr e iban a hacerlo, aunque no tenía sentido escapar, ¿a dónde irían? Pero lo intentaron. Entonces Kelly y Matt los separaron. Las madres cogieron a sus respectivos hijos, entre los gritos de Jonathan y los lloros y chillidos de Melissa.

—¡¡NOOO, madre, por favor!! —gritó Jonathan lleno de dolor mientras su madre le agarraba fuerte del brazo y Matt del otro.

—¡¡Eres una vergüenza!! —le gritó ella—. ¿Cómo nos has hecho esto? Dios mío, qué horror…

—¡!Madre, cállate¡¡ Tú no sabes nada, yo quiero a Mel, me salvó la vida. ¡¡De no ser por ella estaría muerto!! ¡¡No podéis separarnos!! Si lo haces, te juro que me matarás. —Jonathan se echó a llorar también.

—Métete en el coche, desgraciado —chilló Elizabeth King. Nunca había hablado así a su hijo, pero lo que había hecho le había enfurecido como nunca.

—¡¡Melissa!! —gritó Jonathan alzando los brazos. Ella también los estiró y lloró desconsolada, gritando su nombre una y otra vez. Entonces, cada uno se soltó de sus respectivas madres, como si les hubieran liberado de una cadena que les impedía avanzar. Corrieron y se abrazaron. Melissa sollozaba y lloraba como si la estuvieran quemando viva.

—Jonathan, por favor, no me dejes, te quiero —sollozó, con la cara bañada en lágrimas. Jonathan le tomó la cara y le miró a los ojos, también llorando. Esos ojos verdes nunca se le olvidarían.

—Te encontraré. De alguna manera. Te lo juro. —Y se besaron. Y de nuevo los agarraron y separaron. Tenían los dedos entrelazados, pero los tirones eran tan fuertes que acabaron separando sus manos. Melissa aulló casi de dolor y oyó su voz gritando su nombre por última vez. Muchos años más tarde se despertaría con ese sonido retumbándole en la cabeza. La madre le empujó, la metió dentro del coche, después de mucho forcejeo, y arrancó.

—No, por favor, Dios mío —sollozó Jonathan con la cara roja y cubierta de lágrimas.

Su madre le metió en el coche y cerró la puerta. Arrancó.

En ese momento empezó a formarse el nuevo Jonathan. Ese que era un frío hombre de negocios.

Ese que utilizaba a las chicas porque odiaba que ninguna fuera Melissa. Ese que había empezado a hacer una vida llena de viajes y actividades con sus padres al margen.

Ellos le hicieron ser un trozo de acero frío. Tras perder a Melissa se perdió toda esperanza de que su corazón siguiera siendo dulce y tierno. Ya era imposible ser así. No podría volver a tener corazón porque ese día, cuando la arrancaron de Melissa, le arrancaron también el corazón.

****

Los primeros días en Hamilton House fueron horribles. Sus padres le gritaron que podía haberse arruinado la vida si llega a embarazar a esa chica pobre que no tenía ni padre…

A Jonathan se le revolvía el estómago de escuchar cómo sonaban de odiosos con una chica que le había salvado la vida. Sus padres parecían ignorar eso. Daban más importancia al estatus que a un acto de amor altruista y desinteresado.

Su padre, que hacía poco había tenido un amago de infarto, se había recuperado lo suficiente como para reprenderle, aunque cuando perdió acciones ocho años después, y casi se arruinó. Le dio otro infarto que le mató y ya no pudo gritar a Jonathan nunca más.

A Jonathan ni le importó.

Para él, ese padre era lejano, frío, materialista, y nunca apoyó a su hijo con lo que él realmente quería en la vida, que era una chica normal, un trabajo y una vida familiar. Cuando le habló de esos deseos en su despacho de casa, su padre le abofeteó, y el odio creció aún más en Jonathan, como una enredadera que va subiendo y trepando hasta cubrir una pared. Su alma ya estaba llena de dolor y frustración.

Jonathan solo mostraba cara de hastío y de profundo odio, especialmente con sus padres, aunque tampoco era más simpático con el resto. La misma cara que tenía cuando le llevaron a casa tras el accidente y tuvo que entrar en esa silla horrible y no por su propio pie. Pero los que conocieron a Jonathan siendo adolescente sabían que algo había cambiado. Ya no era tan alegre, divertido y cariñoso.

Después de lo del campamento le costaba dar un abrazo, sonreír demasiado o comprometerse. De hecho, aunque muy de vez en cuando salía con alguna y terminaban en la cama, fruto de la bebida y de las apetencias masculinas, siempre era en hoteles, y al día siguiente, Jonathan ya se había ido antes de que la chica se despertara y pudiera

incluso darle los buenos días.

Siempre buscaba chicas de ojos verdes que se parecieran a Melissa. Tenía sexo con ellas pensando en Melissa y a veces se le escapaba una lágrima de rabia entre fuertes jadeos y embestidas. Ellas se reían disfrutando el momento de sexo salvaje, pero él hervía de dolor por dentro. Cuando estaba dentro de ellas, se imaginaba que era el interior de Melissa, y se aferraba al doloroso recuerdo de cuando había estado dentro de ella en la tienda de campaña de aquella noche de verano.

Todas le parecían iguales. Fáciles, superficiales, materialistas, que se preocupaban más de no llegar tarde a su cita con la pedicura que en preocuparse de si sus madres estaban bien.

Melissa no era así. Tenía un gran corazón. Esas chicas no se hubieran tirado al lago a salvarle por miedo a arruinarse el pelo o romperse las uñas.

Estaba asqueado de ese mundo de ricos, materialista y frío.

La gente parecía feliz, pero se sentían vacíos y lloraban amargamente cuando colgaban en el perchero el abrigo tras venir de una fiesta glamurosa.

Eso le pasaba a Jonathan. No le llenaba nadie y empezó a hacer actividades de riesgo, deportes y viajes, con tal de llenar de vida un cuerpo que se le antojaba muerto por dentro.

Algunos amigos le decían que Melissa había sido su primer amor y que se le pasaría. Pero nunca se le pasó. Porque Melissa fue como aire fresco en una habitación cerrada y llena de calor seco. Su familia y su mundo de ricos eran como una habitación asfixiante, y Melissa, como la suave brisa fresca.

Ella no le quería por su dinero, sino que los dos se querían de una manera verdadera y romántica que surgió sin más. No les dejaron estar juntos por estúpidos prejuicios.

Y así se formó el carácter de Jonathan Hamilton. Ya nunca quiso ser sensible ni dulce. Se construyó un caparazón de hombre de negocios, ocupado, frío y sin corazón. Así, sin corazón, no volverían nunca más a rompérselo.

****

Elizabeth

La había visto solo unos minutos, pero había que reconocer que era guapa, mucho más guapa que esas modelos de pasarela y esas chicas ricas de la gran manzana que siempre quería emparejar con Jonathan, pero que él nunca terminaba de aceptar como esposas o novias formales.

Pero era pobre y ni siquiera tenía un padre reconocido. Desde luego, una chica así no era la más idónea para entrar en una familia bien. Su familia era una vergüenza y cuando hubiera que ir a reuniones de sociedad o quedar en cenas y galas con gente de alta sociedad, ¿qué clase de familia llevaría Melissa? ¿Una madre soltera cansada y con cara de tristeza? ¿Qué imagen sería esa? Desde luego hubiera sido bochornoso.

Era mucho mejor mostrar en sociedad a una chica con sus padres, bien vestidos, con educación y etiqueta. Pero a Jonathan no parecía importarle toda esa pompa y lujo. Asistía a fiestas por protocolo y por trabajo, pero siempre parecía hastiado e incómodo. No sabía qué pasaba por la cabeza de su hijo para mostrarse siempre tan aislado de todo. Ya habían pasado años desde aquello del campamento, pero parecía que su hijo lo tenía tan presente como si hubiese pasado hacía dos días. Era la única explicación a ese estado de ánimo permanentemente frío.

No sabía cómo devolverle la alegría, la sonrisa y esa naturalidad que tenía antes de irse al campamento. Como madre, lo había intentado todo.

Y ahora que George, su marido, había muerto, ya no tendría una figura paternal para que le encauzara, si es que podía hacerse eso con alguien tan cerrado como Jonathan.

Entonces Elizabeth profundizó más en su interior. En realidad no había rechazado a Melissa por estatus, o no del todo… No soportaba que su hijo y esa chica la recordaran a su propia historia personal de hacía muchos años atrás. Todavía se acordaba de él. De cómo los separaron. También hubo lloros y gritos y sangre. Sería rememorar lo que pasó, y a ella le había costado mucho seguir adelante y cerrar esas heridas. Su historia no tuvo final feliz y, si Jonathan lo tenía, sería hacerla mucho daño.

Ver a Melissa y Jonathan juntos le habría partido por la mitad. Aunque si hubiera consentido, George tampoco lo habría permitido, pues aborrecía las historias de amor y los finales felices desde aquel día… Y también estaba su plan de casar a Jonathan con la hija de algún socio ricachón, y Elizabeth no solía meterse en los planes de George para con Jonathan. No quería salir dañada. Todavía en ciertas noches, la pesadilla de aquello que pasó le atormentaba.

****

Día presente. Hamilton House. Febrero 2016

Kate ya había empezado la terapia intensiva con Jonathan. Llevaban semanas haciéndola. Día tras día, cuatro horas al día, sin falta. Se trataba de ponerle una diadema metálica en la cabeza, conectada a un pequeño ordenador en el que aparecían sus ondas cerebrales y su actividad neuronal. Aparte, pegó cuidadosamente en los brazos y piernas de Jonathan unos parches con cables. Los impulsos de su cerebro irían transmitiendo una señal a sus músculos. A base de estimularlos, podrían recobrar el movimiento. Si no funcionaba, se podía intentar una cirugía en la cual se instalara en la corteza cerebral una especie de bypass que recogería la señal neuronal y la transmitiría a los músculos, moviéndolos. Pero era algo que todavía estaba en proyecto y se desconocía el resultado. Un amigo médico de Peter Carver, un tal Robert Kingston, estaba aún haciendo pruebas y estudiando el proyecto.

De momento, solo podía contarse con la operación de Peter, que le implantaría células del tabique nasal para que la médula se regenerase. Kate creía que Jonathan tenía muchas posibilidades de recuperarse. Él también estaba bastante esperanzado e ilusionado.

Aunque era tedioso llevar esos cables pegados, merecía la pena el intento.

Kate cogió un cuadrado de plástico tipo carcasa que alojaba un motor que llevaba una pequeña palanca y moderaba la intensidad de corriente. Al principio la puso en grado bajo, en las primeras sesiones. No quería hacer daño a Jonathan o provocarle un infarto porque había electricidad involucrada y eso era siempre un factor de riesgo. La técnica que se utilizaba se basa en la electroestimulación, con la que se consigue la recuperación de la actividad motora. Para ello, se implantan en los músculos y en los nervios electrodos que, a su vez, están conectados a un ordenador, que es el que dirige las descargas eléctricas, que simulan estímulos nerviosos.

Kate llevaba ya una semana con esta tarea, pero todavía no había resultados. Una mañana, Jonathan decidió matar el tiempo metiéndose en Internet. Una media hora antes, Kate había hecho la terapia con Jonathan y le había dejado puestos los electrodos mientras bajaba a preparar la comida y la medicación para los dolores musculares. Realmente, Kate tenía triple trabajo: enfermera, cuidadora y cocinera; por lo que muchas veces dejaba a Jonathan solo y entretenido en algo mientras ella hacia las tareas.

Él, ese día, estaba algo ansioso e impaciente, pero Kate fingió no darse cuenta, aunque la daba miedo que él se rindiera y abandonara.

Jonathan movió el dedo índice para mover el ratón táctil de la

pantalla de su ordenador, que descansaba en una mesita frente a él. Con el mando que tenía incorporado en su silla podía mover esta y usar el ordenador si quería. Decidió meterse en Internet y buscar el nombre del médico, Peter Carver. Quería saber más sobre ese médico que supuestamente tenía una técnica nueva para sacarle de esa condenada silla de ruedas. Se encontró con su página web y se metió ansioso. Allí, Peter había contado las últimas experiencias de su trayectoria médica. Cuando Jonathan leyó la última entrada, de veinte días atrás, sintió que se le caía el alma a los pies: «La octava operación para devolver movilidad a un tetrapléjico vuelve a fallar».

Al parecer, de ocho personas, solo dos habían conseguido recuperarse, una de ellas la propia Kate. Las últimas operaciones habían sido todas un fracaso rotundo. Aun así, Peter animaba a que la gente donara dinero para investigar más y a difundir la causa para recaudar fondos y ayudar más a los enfermos.

Jonathan sintió que se le partía el corazón de dolor. Sintió que las fuerzas le fallaban, que se le nublaba la vista y el corazón se le desbocaba de nervios ¿Por qué sería diferente para él? Mientras Kate subía con el almuerzo, Jonathan empezó a llenarse de tristeza, odio y desesperación. Esa noticia le había sentado como un puñetazo en el estómago. Toda la ilusión de esos días se echó a perder en unos segundos. No creía en nada. Lo suyo no tenía arreglo. Echaría a Kate de casa por farsante.

Como no, tenía que pagarlo con ella antes de que se fuera, porque ese era el verdadero Jonathan. No el joven dulce y comprensivo que fue una vez. Ahora era un ser frío, iracundo, y, a veces, hasta cruel. Y aunque no fuera culpa de Kate ni ella tuviera absolutamente nada que ver con los últimos fracasos de Peter, tenía que pagarlo con ella porque una parte de él la odiaba por estar sana y recuperada, por haber ganado el premio del concurso de la salud y estar ahí andando y tranquila, mientras él estaba aún en la cuerda floja de la duda.

No es que quisiera mal a Kate, pero en ese momento le invadió la mayor frustración y dolor, y esa rabia tenía que salir por algún sitio, igual que en el pasado había salido en otras ocasiones con socios, empresarios, sus padres, chicas y todo a quién pudiera pillar. Por algo su fama de tiburón de los negocios y hombre frío había empezado a difundirse. Kate no sabía del todo qué clase de hombre tenía a su lado.

****

Subí las escaleras con la bandeja de la comida. Entré en la habitación de Jonathan y le encontré de espaldas a mí. Tenía en su regazo el cuadrado motor que daba los impulsos eléctricos. Se lo dejé puesto para que siguiera recibiendo corriente y sus músculos

reaccionaran tarde o temprano. Era vital hacer bien la terapia e insistir. Dejé la bandeja en la mesa de entrada.

—Jonathan, ya tienes la comida. Hoy, por suerte no quemé los filetes. —Solté una pequeña risa. La otra vez parecían suelas de zapato, pero ahora los filetes estaban jugosos, acompañados del puré de patatas. Me acerqué a él para quitarle los electrodos, pero me quedé helada cuando se giró de repente con la silla y me miró a la cara. Su rostro estaba airado y me miraba con una mueca de cansancio y desprecio; el corazón se me aceleró. Algo iba muy mal.

—¿Por qué me has mentido, Kate? —me preguntó con una voz cargada de ira. Me quedé rígida.

—Jonathan, ¿qué pasa? Me estás asustando —dije con voz temblorosa.

—Deja de hacerte la estúpida y la víctima. ¿Qué estupideces de Disney me has estado vendiendo, Kate?, ¿eh? ¡Contesta! —Me chilló con tal odio que se le hinchó una vena del cuello. Yo estaba asustada como nunca lo había estado. Retrocedí un paso mientras él avanzaba dos con su silla. Me sentí cada vez más nerviosa y asustada—. ¿Has leído el último informe de tu amigo Peter? ¿Sabes que su última operación fue un fracaso? ¿Sabes que después de ti nadie se ha vuelto a curar? —Hizo una pausa para clavarme una mirada llena de resentimiento—. ¿Qué hiciste, Kate? ¿Te quedaste tú sola con toda la magia del saco y ahora nos has dejado una mierda a los demás?

—Jonathan, por favor, no me hables así —dije, a punto de llorar—. Escucha, puede que el cuerpo de esa persona rechazara ese implante, pero tú no tienes por qué ser de esas personas. Cada cuerpo es diferente. Tienes una oportunidad Jonathan, y no quiero que la pases por alto. Por favor…

—Cállate —me dijo con desprecio—. Te crees mejor que nadie. Ahora que puedes moverte y andar, qué bonita es la vida, ¿no? —dijo con sorna—. No eres más que una jodida embustera. ¿Para qué has venido aquí? ¿Qué quieres de mí? ¡¿Eh?! —Me gritó y vi en su cara algo más que ira. Era como si hubiera algo oculto que no me contaba. Como algo personal. Me daban ganas de llorar. Le miré con gesto dolido y roto. Empecé a retroceder pasos mientras él los ganaba con su silla. Entonces me di con una banqueta y me caí al suelo. Estaba arrinconada, casi contra la pared, y Jonathan, con su silla, cortándome el paso. Entonces me eché a llorar. Él parecía triunfal por que estuviera en una posición de desventaja sin que me hubiera siquiera tocado.

—Yo no te he mentido. Solo quiero que te cures igual que yo. No quiero hacerte ningún daño, por favor, créeme —sollocé mirándole.

—Mi madre vuelve dentro de unos días. Quiero que te vayas —sentenció con voz dura. Yo le miré estupefacta y sollocé aún más. Las

lágrimas me caían por la cara, pero él no se ablandaba. Sentía que se me partía el alma y el corazón—. Empieza hoy a recoger tus cosas y el miércoles te quiero fuera de aquí.

—Jonathan por favor… Te lo suplico. —Le agarré de la pernera del pantalón, tirada en el suelo, con las piernas sobre la moqueta, como si yo también fuera inválida y esperara a que me levantaran. Él giró la silla para apartarse de mí.

—Quítame ahora mismo ésta mierda y llévate tus juguetes de una vez. —Lo dijo sin mirarme. Me levanté sollozando, temblando. Le miré, esperando que cambiase su actitud y se ablandara al verme tan afectada, pero él era duro e impasible—. ¡TE HE DICHO QUE ME QUITES ESTO DE UNA MALDITA VEZ! ¿ERES SORDA O ESTÚPIDA?

Me quedé helada de que me tratase tan mal y me hablase con tanto desprecio. Temblorosa, muerta de miedo y sin parar de llorar, cogí de su regazo el motor con la palanca, pero se me cayó de las manos y aterrizó en el suelo, con tan mala suerte que la palanca se movió hacia el lado de más intensidad. Jonathan recibió una descarga que le arrancó un grito y le puso rígido como una tabla de planchar.

—¡¡Dios mío!! —Cogí rápidamente el motor y puse la palanca a cero—. ¡¡Jonathan!! —Le cogí de la cara con mis manos. Él parecía algo aturdido. Movió la cabeza con aspereza para que le soltara, rechazando mi afecto. Aparté las manos, dolida.

—Dios, he sentido como mil abejas picándome de golpe… —dijo con voz rota.

—Lo siento, ha sido sin querer, no pretendía… —dije balbuceando, casi.

—Quítame esto de una puta vez y apártate de mi vista. —Su voz era dura, pero había perdido cierta intensidad. Él mismo se había asustado de lo que había pasado—. Llévate la comida, ya te llamaré más tarde cuando quiera comer. —Asentí sumisa.

Por suerte, solo fueron unos segundos. Sentí que me abandonaban las fuerzas. Le desconecté todo. Me marché, dejándole solo, porque mi presencia solo le irritaría más. Por suerte no había pasado nada grave.

Jonathan puso la música alta y me pidió que cerrase la puerta de su estudio. Le obedecí.

Mientras, me arrastré como pude a mi habitación.

«Dios mío, ¿por qué habré venido?», me dije sollozando. «No ha sido buena idea venir… ya no es el mismo».

Con estos pensamientos, me tumbé en la cama y lloré desconsoladamente hasta que me quedé dormida.

****

Por la noche di la cena a Jonathan. La tensión entre nosotros era

insostenible. Le daba de comer, mirándole, y él solo abría la boca, pero no apartaba la vista de la televisión, donde veía una película. Me ignoraba deliberadamente y eso me dolía mucho.

Yo estaba muy triste. Me había pasado casi todo el día llorando, y no tenía fuerzas. Unas ojeras me surcaban los ojos, y estos, a su vez, estaban hinchados y rojos. Pero Jonathan parecía indiferente a mi malestar. Quería castigarme de la peor manera, tratándome mal.

—¿Quieres postre o fruta? —le pregunté dulcemente, con voz rota, cuando acabó de cenar. Me daba miedo hablarle.

—Quiero que desaparezcas de mi vida, ¿te vale eso? —Me miró con aire socarrón. Yo le miré con gesto cansado y triste. Me iba a echar a llorar de nuevo. Sentía que me dolía el alma, y que él, con cada palabra y gesto nuevos, me apaleaba aún más y me intensificaba ese dolor.

—No te molestaré si es lo que quieres… —Iba a irme a la cocina a dejar los platos, pero entonces algo se revolvió dentro de mí. Una especie de fuerza, de rabia, que no podía tolerar esa crueldad ni me dejaba ya actuar sumisa. No me merecía ese trato. Me paré en seco, me giré y le miré con determinación, no ya como un animal asustado y herido—. ¿Sabes qué? No me das ninguna pena por estar en esa silla. Me das pena por ser una persona tan fría, insensible y hasta cruel. Si ya antes eras un poco así, no es difícil deducir que no has sido precisamente feliz. —Y entonces decidí añadir algo más—: No te he mentido en ningún momento, y esa operación podría salvarte de un futuro en esa silla. Si prefieres tener una rabieta de niño malcriado y abandonar, será todo culpa tuya. Pero no te atrevas a culparme a mí y a tomarte el fracaso de Peter como algo personal.

Él me miró estupefacto. Había captado toda su atención. Creo que poca gente le había hablado así. Todos le habían aguantado sus aires de grandeza y su actitud fría y hasta cruel en los negocios, pero yo no iba a permitir que me pisoteara más.

—¿Qué? —Se rio burlonamente, mirándome, divertido y henchido de orgullo—. Ese amigo médico tuyo se supone que va a cambiarme la vida, pero ha fracasado ya un montón de veces con otros pacientes. Mis probabilidades de que me ayude son mínimas. Podría quedarme en esta silla igualmente después de operarme y todo esto no habría servido de nada. Soy yo el que está en esta silla, paralizado, enfermo. Tú te curaste Kate, pero yo sigo aquí como un mueble, inerte y quieto. ¿Quieres que no me preocupe de mi futuro o de que todo esto resulte una engañifa, un fracaso? Hablamos de mi vida… Perdóname por tomármelo como algo personal. —Dijo sus últimas palabras tensando la mandíbula y mirándome con ira.

Le miré con pena y no dije nada más. No tenía sentido hablar con alguien que estaba con esa actitud tan negativa y a la defensiva,

aunque me dolía pensar que algo de razón sí que tenía.

Me di la vuelta y me dispuse a fregar los platos y a acostarle. Esa noche ya estaba perdida y no se sacaría nada de ella. Por primera vez, desde que había decidido volver para recuperarle, sentí que tiraba la toalla.

****

Eran las tres y media de la madrugada cuando me despertaron los gritos. Estaba claro que ese día no iba a terminar bien ni aun de noche. Hacía tres horas que había acostado a Jonathan. Se había quedado dormido la última vez que fui a verle, sobre la una y media. Le di sus medicamentos, le arropé bien y me fui casi arrastrándome a mi cama. Me dolía la cabeza de haber llorado tanto ese día y me sentía muy cansada, así que no tardé en dormirme.

Llevaba dos horas durmiendo y, cuando empezaba a recuperarme, los gritos de Jonathan me despertaron con brusquedad, acentuando más la resaca que sentía. Sus gritos habrían despertado a todos los muertos del cementerio.

Tenía la cabeza con resaca de tanto llorar y preocuparme y no me había recuperado nada de mi cansancio, pero no podía quedarme en la cama metida como si nada.

—¡KATEE! ¡KATE, POR FAVOR! —Chillaba como si le quemaran vivo. Me levanté de la cama casi de un salto. No había vuelto a dormir con él desde la noche de la tormenta y le echaba de menos, pero más valía no forzar las cosas. Corrí por los pocos metros que me separaban de su habitación, pisando el suelo frío y brillante con mis pies descalzos, y por poco me resbalo. Entré corriendo y pulsé el interruptor de la lámpara del techo.

—Jonathan, ¿qué ocurre? —pregunté hecha un manojo de nervios. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz y pude abrirlos bien, vi a Jonathan tumbado en la cama, sobre los almohadones blancos. Su respiración era agitada, me miraba con los ojos como platos, llorando. Aparentemente no pasaba nada. No sé por qué, pero esperaba haberme encontrado la habitación diferente o a él tirado en el suelo.

—Puedo mover el brazo, Kate, ¡¡puedo mover el brazo!! —se echó a llorar casi histéricamente. Efectivamente, su brazo, largo y desnudo, se movía hasta el hombro. Lo doblaba, lo giraba de un lado a otro, se tocaba la cara con la mano, tapándosela para ocultar su llanto. Entonces sentí que algo se rompía dentro de mí. Eran demasiadas emociones en un día. Yo también me eché a llorar, me tiré casi a su lado y le abracé con todas mis fuerzas. En ese momento dejé a un lado mi tristeza y mi enfado por sus duras palabras.

—Oh, Jonathan… Jonathan —sollocé llena de sentimientos que me

ahogaban. Él lloraba de emoción, y casi reía con una risita de no creerse que eso le hubiera pasado. Apoyé mi cara en la suya y nuestras lágrimas se mezclaron. Le tomé de la cara y le miré sollozando. No había palabras. Ninguno las teníamos. Solo cerré los ojos y dejé que por primera vez en muchos años me abrazara por la espalda y me apretara contra él. Volver a sentir su abrazo fue descorazonador, pero en un sentido positivo. Jonathan Hamilton pudiendo abrazar de nuevo… Esa noche había recuperado una pequeña parte de lo que fue su cuerpo antes del accidente. Ninguno pudimos dormir esa noche.

****

Al día siguiente, temprano, llamé a Peter. Casi amanecía cuando, a las siete, le llamé al móvil, atropellándome con las palabras y jadeando de nervios. Casi parecía que era yo la que estaba inmóvil y había recuperado la movilidad del brazo. Peter empezaba su jornada a las ocho y media, pero yo no podía esperar y le había llamado mucho antes porque Jonathan y yo estábamos demasiado excitados para esperar más. Lo que había ocurrido era demasiado fuerte como para dejarlo en el aire. Todo pasó realmente deprisa. Fue un día de locos.

Peter, me hizo un hueco en su consulta de Nueva York. Fuimos en coche, con ayuda de Alex, el fisioterapeuta. Jonathan se pasó el día en la consulta de Peter, haciéndose pruebas. No sabían qué había pasado exactamente para que se despertasen estímulos en su brazo y recuperase la movilidad tan rápidamente y en un brazo completo, pero Peter creía que tenía que ver con la descarga que le dio cuando accidentalmente tiré el motor y la palanca dio un voltaje más alto. Eso, unido al trabajo con los electrodos, parecía que había hecho que recuperase la movilidad.

Jonathan no paraba de sonreír, de mirarse el brazo y de moverlo, y de hacer todo tipo de cosas, como rascarse la cara, tocarse el pelo, coger un vaso y beber por sí mismo, mover los dedos, girar la mano, y los movimientos típicos de cualquier ser humano. Se miraba el brazo y sonreía como quien estrena una ropa nueva y no deja de mirarla y tocarla con una sonrisa de satisfacción.

Peter programó la operación de las células madre para un par de meses después, con lo que Jonathan se mostró mucho más optimista y pareció olvidar todos sus miedos a un nuevo fracaso. Era como si no hubiera leído nada de eso. Ya ni lo mencionaba ni ponía mala cara.

Parecía otra persona.

Yo estaba muy contenta por él y porque la terapia hubiera dado sus frutos, aunque hubiera sido por accidente. Pero aún con esa alegría en el aire, yo seguía sintiéndome dolida. No olvidaba sus crueles palabras, su mala mirada, su indiferencia a mis lágrimas y lo que dijo

de echarme. Si no me quería con él, era porque tampoco le importaba tanto tenerme en su vida. Jonathan no quería a nadie, utilizaba a las mujeres y no echaba raíces con nadie, así que empecé a pensar que conmigo no iba a ser una excepción. A mí tampoco me quería. Solo era un instrumento que le ayudaba con su cuerpo inmóvil, pero no era especial más allá de eso. Eso creó en mí una inseguridad grandísima y toda la fuerza y positivismo que sentía se esfumó de una manera que me asombró incluso a mí. Había pasado por cosas peores, pero siempre salía con la cabeza bien alta. Ahora me sentía como un globo desinflado. Era educada con él y amable, pero ya no era tan cariñosa ni sonreía tanto. Le había perdido una vez, y quise recuperarle, animada incluso por otros, pero en esos momentos dudaba de si merecía la pena querer compartir la vida con un hombre que parecía tener hollín en el corazón.

Al día siguiente, estaba tendiendo la ropa en el jardín cuando Jonathan vino con su silla, bastante contento y con un vaso de zumo de naranja en la mano. Era gratificante ver cómo podía doblar el brazo y sujetar el vaso con la mano y beber por sí mismo, ver que había recuperado una parte de su cuerpo.

—¡Hola, Kate! —Me saludó jovial.

—Hola, Jonathan —dije con un hilillo de voz. Seguí colgando ropa, poniendo pinzas, casi ignorándole. No me apetecía demasiado hablar con él. Casi no me atrevía ni a mirarle a la cara.

—Kate, quiero pedirte perdón… El otro día me comporté como un imbécil o algo peor. No tenía derecho a tratarte así… Me siento fatal. ¿Podrás perdonarme? —Yo no podía casi ni mirarle. Suspiré.

—Vale, está bien, no pasa nada… —Mentí. Me sentía alicaída.

—Sí pasa… No era verdad lo que dije… Eso de echarte… solo te lo dije porque estaba muy frustrado y cabreado… No sabes lo mal que me sentí cuando leí esa noticia donde Peter decía que había fracasado otra vez. Es horrible estar así, paralizado… Tú tienes que entenderme Kate, estuviste como yo.

—Yo nunca fui cruel con nadie, Jonathan, y menos con gente que me cuidaba y me trataba bien… —le dije con voz triste y dolida.

—Lo sé, Kate… Sé que fui un cabrón insensible… La verdad es que en mis negocios no era más agradable… Me crie sintiendo mucho dolor dentro de mí, y cambié mucho… Me hice una persona que en realidad no me gustaba, pero lo del accidente me puso peor, supongo… No sabes cuánto lamento cómo te traté la otra noche… —Su mirada parecía sincera. Ya no tenía el brillo de la ira. Era una mirada entre triste y arrepentida—. Quiero ser un hombre mejor. De verdad, pero solo podré contigo a mi lado. Escucha, esta noche tengo una sorpresa para ti. —Le miré arqueando una ceja—. Esta noche vístete como si salieras a una fiesta. Quedamos a las diez en el jardín.

No me falles. —Me miró de manera pícara y antes de que pudiera contestarle, se marchó con la silla. Me quedé aún más confusa y hecha un lío. Realmente Jonathan Hamilton era un arruinador de vidas.

****

A las diez de la noche acudí al jardín. Me había puesto un vestido rosa claro de manga corta y de vuelo, tacones y el pelo suelto, cayéndome en ondas sobre el pecho. Alex se quedó esa tarde hasta las nueve de la noche con Jonathan, y me dijeron que no se me ocurriera meterme en la habitación de Jonathan. Y así lo hice.

Al salir al jardín vi que brillaba la luna, soplaba un aire fresco y el césped estaba mojado por los riegos, que se habían activado hacia una hora para sembrar el jardín de fresca lluvia artificial. La grandísima finca de Jonathan estaba llena de árboles y césped, y, a lo lejos, tenía incluso un bosque.

Me sorprendió ver a lo lejos de la casa, en la zona de árboles y setos, un montón de luces colgando de los árboles, oír una música lejana y ver lo que parecía un escenario montado con luces, músicos y una mesa blanca.

—Estás preciosa, Kate. ¿Me acompañas a una fiesta? —Oí una voz tras de mí.

Me volví. Era Jonathan, vestido con traje negro, camisa blanca y pajarita negra; estaba detrás de mí, sonriéndome y tendiéndome su mano. Estaba claro que con la complicidad de Alex había organizado todo aquello. Empecé a sentirme un poco menos tensa. Quizá solo era que le había pillado en un momento sensible y malo y había sacado su lado oscuro, como todos teníamos. O eso quería pensar. Realmente me daba miedo pensar que el Jonathan que tenía delante de mi pudiera ser una mala persona. No había sido así conmigo en el pasado.

—Será un placer —dije, confusa—. ¿Qué has hecho, Jonathan? —Cogí su mano, suave y cálida, y fuimos hacia esa fiesta desconocida. Yo, andando, y él en la silla, pero sonriendo.

—Es una sorpresa. —Sonrió.

A medida que llegamos vi todo con más claridad. Había una orquesta de varios músicos, trajeados de blanco y con pantalón negro, un escenario con luces, una rampa y un montón de luces en forma de bola blanca colgando de los árboles. También una mesa blanca redonda con mantel, flores rojas en un jarrón de cristal, y una suculenta cena de caviar, cordero asado, ensalada, champagne, pasteles de mermelada y nata, y una cubertería de plata pulcramente colocada.

Los músicos me dieron las buenas noches.

—Madre mía. —Sonreí—. ¿Pero cuándo has montado todo esto? —

Estaba maravillada. Él sonrió.

—Siéntate aquí, esto es para ti. —Me guiñó un ojo. Entonces fue donde la plataforma y subió al escenario con la silla, moviendo la palanca y subiendo sin ninguna dificultad. Cogió un micrófono y se puso justo en medio del escenario. Yo me senté en la mesa y le miré expectante. Me di cuenta de que en la mesa había una cajita cuadrada alargada. El corazón me latió más fuerte.

—Kate Foster, quiero dedicarte esta canción, *Better Man*. Has sido mi luz en un camino oscuro y difícil. Me has dado cariño y has llenado mi interior de amor y esperanza cuando yo solo sentía vacío y dolor. Esta enfermedad y mi pasado me han vuelto una persona gris, iracunda y a veces cruel con mis semejantes. Quiero pedirte perdón por lo estúpido que fui contigo el otro día. Hazme ser mejor hombre, sigue dándome tu cariño por favor… Esto es para ti. —Entonces las luces se tornaron azules y Jonathan empezó a cantar *Better Man* de Robbie Williams. El corazón se me ablandó y le perdoné todo.

La letra era emotiva, la forma de mirarme, y como su canción era un mensaje directo para mí… Eso cambió todo. Su lado oscuro pareció desaparecer y eso me dio esperanza.

Me emocioné y tuve que secarme los ojos con la punta de una servilleta de papel.

A mitad de canción, levantó el brazo e hizo un gesto con la mano para que subiera. Me levanté, sonriendo y a la vez tímida. Subí al escenario y me cogió de la mano, haciendo que me sentara en su regazo. Casi me empujó a él. Reí nerviosa. Me cantó mirándome, sonriéndome, y yo apoyé una mano en su mano derecha, todavía paralizada, y le rodeé el cuello con mi brazo, acariciando su pelo suave y mirándole con ternura. Tenía otro micrófono enganchado a la corbata, así que tiró el micrófono de mano y me rodeó la espalda, poniendo casi su mano en mi pecho. Me puse nerviosa y el corazón se me aceleró aún más. Él movía la silla en círculos, o de un lado a otro, y me cantaba. Era un ambiente mágico. Al terminar de cantarme, se acercó a mí y me besó en los labios. Me dejé. Fue un beso bastante fugaz, o eso me pareció. Sus labios solo se posaron en mí y se quedaron como unos tres segundos antes de que me besase y apretase sus labios contra los míos. Yo cerré los ojos y sentí que tenía el corazón en la garganta. Entonces él se separó y me miró. No tenía esa mirada fiera e iracunda que me había fulminado el día que me había hablado mal.

—Gracias por hacerme un hombre mejor. —Me miró dulcemente y me sonrió. Yo también le sonreí y le abracé.

Cuando bajamos a cenar, abrió la cajita y reveló un colgante de un pájaro dorado, como un colibrí, metido en un círculo a modo de jaula, con una cadenita también de oro.

—¡¡Jonathan, es precioso!! —exclamé. Me quedé maravillada mirando ese colgante. Me parecía todo un detalle. Me lo puse yo misma y, una vez colgado sobre mi pecho, lo miré sonriente e ilusionada; reluciente, soltando destellos y luciendo perfectamente hermoso. Alguien que había organizado algo así, con tanto detalle y cariño, no podía ser malo.

—Eres mi pájaro de libertad. Contigo me siento libre por primera vez desde hace mucho tiempo, incluso antes de mi accidente. Gracias por eso y por haber venido a traerme esperanza cuando ya la había perdido en este infierno personal. —Su voz era sincera y cargada de emoción. Yo le sonreí emocionada y le acaricié la cara. Volví a abrazarle porque no sabía qué decirle, aun cuando quería decirle tanto Así que enterré mi cara en su cuello, aspiré su perfume, cerré los ojos y el corazón se me llenó de nostalgia. Me abracé a él fuerte, como no lo había hecho en mucho tiempo… Y entonces sí que me alegré de haber vuelto como prometí.

****

Esa noche Jonathan me pidió dormir con él. Me recosté en su regazo, con la cabeza en su pecho, y me rodeó los hombros con su brazo. Sentía que me embriagaba el amor. Dormí con el colgante del pájaro dorado y lo acariciaba con una sonrisa en mi rostro. Él también durmió sonriendo y, por primera vez en mucho tiempo, creo que volvimos a sentirnos felices de verdad.

****

Jonathan

Kate me ha cambiado tanto… Con ella me siento igual que con Melissa… El mismo amor fuerte y dulce, su misma sonrisa, su mirada dulce, incluso la misma mirada triste de Melissa. Pero es imposible que sea ella, Melissa está muerta…

Antes de ella he sufrido tanto… El accidente terminó de matarme por dentro, de romper mi alma, pero antes ya estaba rota. Por eso no quise casarme con Tamara ni con Ann, pese a que, según madre, eran buenos partidos… No podía soportarlas, tan superficiales y preocupadas por el físico y las compras… He estado enamorado de un fantasma todos estos años… Y ahora viene Kate y me da la esperanza que nadie me dio, me da el amor que necesitaba y me dice lo que quiero escuchar. Es igual que Melissa… Tengo que hablar de nuevo con Sanders… Mañana le llamaré y le diré que investigue a Kate. Necesito saber quién es. Quién es realmente…

****

Carter estaba en el despacho de su mansión de Wainscott. Ella no estaba con él en ese momento. Su plan estaba empezando a despegar. El juego había empezado. Para poner la tabla de juego y arrancarlo, hacían falta muchas piezas. Ella era una de ellas, él otra y también Paul Weston… Pero tenía que conseguir más.

Elias había muerto hacía poco. No lo sentía para nada porque ese hombre nunca le había querido. Tampoco tenía a su madre ni a ninguna familia que valiera la pena. Estaba solo, pero no iba a ser un perdedor. Carter estaba tramando un diabólico plan para ocupar la posición que le pertenecía y que le habían quitado. En esos años se había formado lo suficiente como para convertirse en un grandísimo conspirador. Sus tentáculos llegaban a muchos sitios y tenía gente por todas partes que le informaban de todo. Eran sus ojos y sus oídos. Gente desesperada por dinero a la que Carter pagaba a cambio de otro favor más grande: controlar todo lo que Jonathan Hamilton hacía.

Aunque Elias le había dejado fuera del juego, se había aliado con Paul Weston, un gran empresario, que le dio la oportunidad que su padre no le había dado. Con él aprendió todo, y gracias a él se hizo con millones de dólares, propiedades, ropa cara y todos los lujos que su padre le había quitado. Realmente, a efectos prácticos, Paul Weston era su verdadero padre. Cuando Carter, hacía años, había ido a verle, con ojos rojos, ya no se sabía si de tanto llorar, de la droga, o de ambas cosas, Paul vio en él a un cervatillo indefenso que podía convertir en un león si se le moldeaba bien. La gente desesperada era la mejor para esos casos.

Carter llevaba ropa barata y solo tenía dos dólares en el bolsillo. Elias le daba lo mínimo, y últimamente apenas ni eso. Entonces oyó decir a su camello de crack que Paul Weston daba buen trabajo, y que gente que estaba en el arroyo se había alzado de una manera prodigiosa y ahora se iban a comer a los mejores restaurantes de Manhattan y compraban en Cartier, Chanel y Dior. Nadie sospechaba que mujeres vestidas de Dior antes se habían prostituido por callejuelas baratas ni de hombres trajeados y perfumados que hacía un año habían estado colocados, robando en 7 eleven y arrastrándose por las calles. Era la gente de Paul Weston. Zombis convertidos en reyes.

Carter no tenía nada que perder y mucho que ganar. Entonces fue a ver a Paul una noche.

Tenía guardaespaldas de casi dos metros, que parecían armarios, y serios como estatuas.

Sin embargo, Paul Weston, perfectamente trajeado, salió a recibirle con una gran sonrisa al salón de su despacho de la quinta avenida. Era moreno, alto, maduro, atractivo de cara y con unos aires de triunfador que hipnotizaban. Carter vio en él la nueva oportunidad de tener un padre nuevo. Confió en él incluso antes de conocerle bien. Necesitaba desesperadamente confiar en él. Así de desesperado estaba. Y es que Paul Weston fue el único en brindarle una mano amiga y un futuro prometedor.

—Así que eres Carter Thornton… —Sonrió Paul, acercándose a ese joven frágil y perdido que le miraba con mirada triste y cargada de pesar. Estaba encorvado, como asustado, y los vaqueros y sudadera le quedaban algo grandes. Le daba pena ese chico, pero, sobre todo, le veía como una nueva fuente de ingresos, y eso es lo que atraía más a Paul.

—Sí, señor… —dijo casi con un hilillo de voz y mirándole con esos ojos verdes asustados.

—Bueno, muchacho, tenemos que hablar de varios aspectos importantes. Acompáñame, por favor. —Y le rodeó los hombros amigablemente para hacerle entrar a otro despacho anexo, casi oculto, donde sentó a Carter y le informó de lo que podría ser su nueva vida.

Carter, desesperado, aceptó. Sobre todo, quería venganza y triunfar, y Paul le prometió eso. Aunque su trabajo requiriera hacer cosas poco honestas o ilegales. Ya le daba igual.

Lo mejor vino cuando Paul le tiró en la mesa un montón de billetes de cien dólares. Había por lo menos dos centímetros de billetes. Carter calculó que habría miles y miles de dólares. Quizá más de cuarenta mil. También le tiró unas llaves de un Audi y otras de un apartamento en Brooklyn.

—Para que empieces tu nueva vida. —Sonrió. Carter casi se echó a llorar. Alargó la mano, temblorosa, y, cuando fue a coger el fajo de

billetes, Paul puso su mano sobre la de él contra la mesa y le miró con ojos de león—. Pero antes… necesito que te ocupes de algo… —Se estiró hacia atrás y saco de un cajón la foto de un hombre que andaba por la calle con un traje color gris claro y un maletín. Tenía pinta de alguien importante. Aparentaba unos cuarenta y cinco y estaba un poco gordo. Paul puso la foto delante de la cara de Carter—. Mañana a las diez de la noche, en el aparcamiento de Boulevard Hill, tienes que encontrarte con este hombre. Cuando hagas lo que tengas que hacer, podrás venir a llevarte las llaves y el dinero. Hoy te puedes quedar en el motel de la sexta… —Le tiró un billete de cincuenta. Con eso pagaría el motel y una cena en un Burger. No estaba mal si al día siguiente tendría más.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Carter, adivinando ya que no sería nada bueno.

—Matarlo —dijo casi con una sonrisa—. Si puedes, claro. Si no, puedes volver a tu vida. Con tu padre… —Carter se arrepintió de haberle confiado que su padre le detestaba. Eso le dio tal rabia que alzó la cara y le miró apretando la mandíbula.

—Lo haré… pero a la vuelta quiero mi dinero y las llaves. —Y se levantó con cierto enfado. Paul Weston sonrió encantado de haber conseguido la reacción esperada. El cervatillo asustado podía convertirse en un león si se apretaban los botones adecuados. Era el chico que quería en su equipo.

Al día siguiente el hombre estaba muerto de un disparo en la cabeza, a dos metros de su coche. Y Carter empezó su nueva vida.

Un mes tarde, ya andaba por Manhattan llevando un traje de Armani azul marino, la cartera con una Visa oro cargada de miles de dólares, y un aire de triunfador que le daba la confianza que nunca había tenido. Cuando vio a un joven pedir limosna, vestido con vaqueros y sudadera, tirado en una esquina de la calle, con el pelo revuelto y sucio, Carter se reconoció a sí mismo. Al pasar, le tiró un billete de cincuenta dólares y dobló la esquina. El joven, que se hallaba medio adormilado, recostado de lado sobre la pared, vio el billete de cincuenta y, como si de pronto recobrara los sentidos, se incorporó, alzó la vista para dar las gracias a la persona que le había regalado ese billete, pero no vio a nadie, solo olió perfume caro en el ambiente y vio a un hombre trajeado desaparecer por la esquina. Aquel chico pensó que Carter debía ser el hombre más bueno del mundo.

Capítulo 3

Septiembre 2004

Para Melissa las cosas no pudieron ir peor. Se pasaba los días llorando y su madre creyó que caería enferma. No se le pasaba ni aún después del verano, cuando creía que estaría más distraída con el nuevo curso y los estudios. Dormía a todas horas con la sudadera de los Dodgers puesta, que aun olía a Jonathan y que ella empapaba en lágrimas cada día y cada noche.

El tío Fred y la abuela Nana eran cariñosos, la apoyaban y la animaban, y Nana traía tortitas con perlitas, que eran las preferidas de Melissa. Pero eso no podía llenar el vacío tan grande y doloroso que Jonathan había dejado dentro de ella.

No es que odiara a su madre. Melissa no odiaba, pero ya no podía quererla como antes. Su madre se había quedado embarazada de adolescente y la tuvo de soltera. Lo pasó fatal y siempre tuvo que conformarse con quedarse en el pueblo y trabajar de camarera o limpiadora. Ella no quería eso para su hija, así que, cuando la llamaron del campamento diciendo que había tenido relaciones con un chico, casi voló para ir allí, aunque el desastre ya estaba servido.

Una mañana entró en la habitación de Melissa para llevarla ropa limpia, pulcramente doblada en un cesto cuadrado. Entró sin llamar porque iba con prisas. Su turno en la cafetería empezaba en una hora. Entonces, al entrar en el cuarto de su hija, se le cayó el cesto de la ropa. Era diciembre. Vio a Melissa poniéndose una camiseta blanca interior de manga corta. Su tripa estaba redonda, abultada, como si la hubieran metido en el abdomen una pelota un poco más pequeña que una de baloncesto. Ella se giró bruscamente.

—¡Mamá!

—Dios mío… No… —La madre de Melissa se llevó la mano a la boca y se echó a llorar. Su hija la miraba con cara de aburrimiento, impasible. Pero a ella la entró un malestar terrible y un escalofrío la recorrió el cuerpo.

—Sí, estoy embarazada, ¿qué esperabas? —le dijo con tono acusador. Melissa ya había gastado los cartuchos de la pena y los lloros. Ahora era más fría y más callada que antes. El mundo sin Jonathan la parecía gris, y así se había vuelto su carácter para con su madre, a quién responsabilizaba de la separación.

—¿De quién es? ¿No será de ese chico que te acompaña a casa después de clase, Henry?

—¿Y qué si es de ese o de quien sea? —dijo Melissa con gesto cansado mientras se ajustaba la ropa y se ponía una sudadera rosa

chicle.

—Todos estos meses me lo has ocultado… Llevabas esa ropa de chico y ni se te notaba… ¿De cuánto estás? —Su madre la miraba con ojos desorbitados, pero a Melissa le daba igual.

—¿Qué importa, madre? Nacerá en mayo, probablemente. La abuela Nana lo sabe. Ya he ido al médico. Se lo conté en cierta ocasión en la que me quedé a dormir en su casa… —Que últimamente era la mayor parte del tiempo.

—Dime solo si es de Henry o de… de… —Su madre no se atrevía a seguir hablando. El terror estaba reflejado en su rostro. Su hija había cometido la misma equivocación que ella. Iba a ser otra madre soltera más.

—De Jonathan, dilo mamá. ¡¡Jonathan, Jonathan, Jonathan!! —Le gritó, acercándose a ella con gesto cansado y dolido. Su madre estaba asustada y horrorizada—. La verdad es, que no lo sé. También me acosté con Henry, y con otro chico llamado Andy. Así que no lo sé —dijo triunfal mientras su madre se echaba a llorar. Quería castigarla y que sufriera como ella sufría por no tener a Jonathan. Decir a su madre que no sabía quién era el padre del bebé era el peor machetazo. Pero sí lo sabía.

****

Mayo 2005

En Dayton, Ohio, el niño de Melissa nació cuando ella ya tenía diecisiete años casi recién cumplidos. El embarazo no tuvo ninguna complicación, y el tío Fred y la abuela Nana fueron los mayores apoyos de la joven.

Su madre se había ensombrecido aún más, tenía más ojeras y su semblante cansado se había acentuado. La dolía que su hija se hubiera arruinado la vida igual que ella tiempo atrás. Soltera y con un bebé cuando apenas era una adolescente que debiera estar ocupada en estudiar, salir con amigas y divertirse un poco.

Pero Melissa sorprendió a propios y a extraños. Maduró de una manera increíble, hablando y actuando como si tuviera ya treinta años, elaborando ideas de qué hacer en su futuro o tomándose con calma las situaciones. Siempre parecía estar elaborando algún plan o desarrollando alguna idea, y tenía una capacidad de permanecer inalterable que pocos conseguirían ante un panorama tan desalentador.

La abuela Nana se ofreció a cuidar del pequeño cuando Melissa atendiera las clases de secretariado por la mañana… El tío Fred se ofreció a cuidarlo por la tarde, que es cuando no trabajaba en la gasolinera o repartiendo piensos, y entre todos, Melissa pudo conseguir acabar el instituto y estudiar un par de años de secretariado.

Mientras en Nueva York Jonathan accedía a la universidad y se formaba como futuro empresario, Melissa consiguió un trabajo como secretaria a los veinte años. Para entonces el niño ya tenía tres años, y era tan adorable y listo como su madre.

Melissa estaba muy orgullosa de él y nunca lamentó aquel embarazo.

La relación con su madre se enfrió, y creció cada día más con su tío Fred, tan alegre siempre, vestido con su mono vaquero y gorra, y haciendo chistes verdes malísimos. Y con la abuela Nana, cariñosa y siempre servicial. Nana y Fred vivían juntos porque Fred era el solterón de la familia, y Melissa se encontró muchas veces pasando más tiempo con su tío y su abuela que en casa con su propia madre, con la que ya no se llevaba tan bien. No es que la madre de Melissa no quisiera a su nieto, pero la recordaba su propio fracaso por haber tenido a Melissa sin darle un padre y no haberla vigilado lo bastante para evitar que acabara como ella, siendo joven y ya cargando con un crío sin padre.

Un día, mientras la abuela Nana amasaba para hacer un pastel, el pequeño se entretenía en pintar unos dibujos de un libro de Disney con un montón de ceras de colores, sentado en el suelo enmoquetado

del salón. Melissa preparaba nata en un bol y abrió un paquete de pepitas de chocolate.

—Querida, ¿crees que es posible que el pequeño conozca a su padre un día de estos? ¿No crees que sería bueno para él y también para…

—Abuela —protestó Melissa antes de que Nana dijera el nombre del padre. Nana y Fred sabían quién era el padre de su hijo, pero Melissa no quiso darle el gusto a su madre y decírselo, y siempre fingió que no lo sabía. Ella fue quién la separó también de Jonathan y eso no se lo perdonaba. No lo olvidaba ni un solo día. Melissa sacó unos platos blancos y los puso en la mesa—. Eso sería ahora bastante inoportuno.

—No veo por qué. Un hijo siempre es una bendición, y seguro que a él le encantaría saberlo. Incluso aunque al principio no reaccionara bien, con el tiempo se alegraría de ser padre y el niño es una dulzura —dijo Nana con una sonrisa, mientras amasaba y echaba más harina sobre la masa.

—No sé nada de él, abuela… —Suspiró Melissa con un aire de tristeza. Nana la miró unos segundos. Aunque Melissa era dulce y cariñosa, nunca se había quitado de encima un cierto halo de tristeza. Fred y ella se daban cuenta cuando a veces veían a Melissa demasiado pensativa y con la mirada perdida, o cuando en los momentos más insospechados se limpiaba una lágrima del ojo mientras tendía la ropa o planchaba. Ella no decía nada ni lloraba abiertamente, pero su cara seria y sus ojos tristes hablaban lo que su boca no decía. Jonathan aún seguía muy presente en ella.

—Fred dice que podríamos contactar con un detective privado —dijo Nana delicadamente, con la esperanza de animarla un poco—. Para ayudar a encontrarle…

—No, estoy segura de que ahora se estará formando para tener un buen trabajo y un futuro prometedor. El niño sería una distracción y le quitaría de su labor. Ahora no es el momento.

—No sé qué decirte Melissa, me parece que no deberías tardar mucho más en hacer algo al respecto. Por lo que me hablaste de él, creo que era un buen chico y que aceptaría a Daniel gustoso. Además, es su hijo, por amor de Dios…

—Abuela por favor, déjalo por ahora. —Melissa pareció cansada y molesta de esa conversación. Miró al pequeño Daniel, que pintaba a toda prisa a Mickey Mouse con un rotulador verde. Alzó la vista, la sonrió y levantó el dibujo de Mickey

—Mira mamá, le he puesto a Mickey pantalones verdes —dijo con su vocecilla infantil. Melissa sonrió. Daniel era como una copia de su padre, y un calmante de su dolor interno.

—Te ha quedado muy bonito cariño, sigue pintando —dijo ella,

sonriéndole y mirándole durante unos segundos que parecían eternos.

Entonces se acordó de cuando dio a luz en el hospital del Sagrado Corazón. Tuvo a Daniel en su regazo, y, después de llorar un buen rato, se quedó exhausto y dormido. Melissa, en la cama al lado de la ventana, lo acunaba contra su pecho, envuelto en su suave manta azul hecha por la abuela Nana. Cuando la preguntaron cómo quería llamar al niño, no se lo pensó ni dos veces.

—Jonathan Daniel —dijo como ensimismada, mirando a la ventana como si recordara algo del pasado. Un recuerdo extraño y bonito—. Se llamará como su padre… —Y bajó la vista para besar la cabecita del bebé, pensando en el nombre de Jonathan, y cómo a veces le llamaban Daniel en los juegos del campamento Blue Lagoon por su parecido con un personaje de comic llamado Daniel Balzak.

Ese era el pequeño secreto de Melissa. No se había acostado con nadie más que con Jonathan, y, con su bebé en brazos, que tenía los mismos ojos azules que su padre, pensó que nunca más se sentiría capaz de entregarse a nadie más.

****

Febrero 2016. Hamilton House. Día Presente.

Aquel día el sol brilló en Hamilton House. Casi siempre llovía, pero el tiempo parecía haberse puesto en sintonía con el buen carácter de Jonathan. Estaba más hablador, sonreía más y estaba mucho más tranquilo; ya ni tomaba ansiolíticos ni somníferos, lo cual era muy buena señal.

Se sentía más positivo, lleno de vida y esperanza. Por eso decidió empezar a enmendar errores y uno de ellos era disculparse con Cora. Se sentía rastrero y sucio por cómo la había tratado durante los pocos días que estuvo con él. Le contestaba mal, le escupía la comida o la chillaba. Realmente había sido todo lo desagradable que se podía ser. Le llamó a su móvil por la tarde pidiéndola disculpas e invitándole a visitarle como señal de paz y para ofrecerle otro trabajo. Cora aceptó encantada y quedaron al día siguiente. Jonathan sintió que todo en su vida empezaba a encajar como nunca lo había hecho.

****

Jonathan

—Kate, hoy, al mediodía, va a venir Cora. Prepara un zumo de naranja, leche, café, bombones, croissants y esos bollos de mermelada y nata con bizcocho. Creo que algo de eso la gustará, dicen que en la variedad está el gusto.

Se lo dije mientras desayunábamos en el invernadero, en la mesita de cristal, cerca de las rosas y los narcisos. Madre cuidaba muy bien su invernadero. Lo adoraba, sobre todo sentarse a media tarde rodeada de la mesa de cristal y las sillas que había dispuesto en un punto entre el jardín y la amplia entrada al invernadero, y merendar mientras descansaba los pies en el césped del jardín y a la vez olía el dulce aroma de las rosas.

Sobre la mesita de cristal estaban mi bandeja y la de Kate, con tostadas, mermelada y café recién hecho. Ella, a mi lado sentada, en cuanto oyó mis intenciones, pareció tensarse por un momento y parecer incómoda. Yo no la quitaba ojo nunca.

Me encantaba ver sus reacciones e ir descubriendo cosas sin decírselo.

—¿Cora? ¿Y para qué? —*Ella bebió su zumo de naranja como si quisiese ocultar su nerviosismo, pero ya era tarde. Era evidente que eso la incomodaba.*

—Pues para pedirle perdón. Creo que me pasé con ella y la traté fatal. Se merece una disculpa. Por lo menos… —*Ella me clavó la mirada y yo sonreí por dentro. Estaba celosa.*

—¡¿La vas a contratar?! —*Vi miedo y preocupación en sus ojos.*

—No, supongo… Aunque igual te vendría bien que te ayudara con alguna tarea doméstica. Me gustaría pasar más tiempo contigo, y ella podría encargarse de las compras, las comidas y esas cosas. —*Sentí que su tensión se rebajaba un poco, pero todavía se la veía nerviosa y en alarma. Su pecho se movía arriba y abajo fruto de su respiración un tanto acelerada. No se había quitado el colgante dorado del pájaro desde que se lo había regalado hacía semanas. En su piel blanca hacía un contraste singular. Me gustaba cómo el pájaro emitía destellos dorados y se movía hacia un lado u otro según los movimientos de Kate. Gracias a Internet y al pago con tarjeta pude hacerme con él.*

—No sé, creo que yo me apaño bien con todo… Pero como gustes. —*Su tono era educado pero con un tinte de enfado.*

Ella se levantó de pronto. Gracias a Dios que ahora podía usar mi brazo y podía moverme como una persona normal, al menos en parte. La cogí de la mano sin dejar de mirarla. En cierta manera, me divertía verla celosa. Me recordaba a Melissa cuando en el campamento, en unos juegos de mesa, una tal Marcy se sentó a mi lado y no paraba de ligarme. Melissa se mostraba digna, pero molesta. Incluso celosa, seguía siendo preciosa. Acabé esa noche ignorando a Marcy, que se fue disgustada a ligar con un

tal Kevin, y yo abracé a Melissa y la cubrí de besos.

—Ey, ey, ¿qué ocurre? *—Alcé mi vista, pero ella no me miraba. Parecía incluso que estuviera a punto de llorar.*

—Nada, tengo que ir a preparar ese desayuno… Dentro de poco vendrá Cora… Discúlpame.

—Todavía te queda medio vaso de leche con café y una tostada, Kate. Anda, quédate conmigo y acábate el desayuno.

—No tengo más hambre, gracias… *—Y se marchó llevándose su bandeja. La vi irse por el jardín con movimientos presurosos y meterse en casa. Me quedé un buen rato pensando en ella.*

****

Tuve que preparar ese condenado desayuno porque Jonathan me lo había pedido y yo trabajaba para él. Me sentía por dentro dolida y enfadada. ¿Qué le había dado con esa? ¿Para qué invitarla a casa? ¿No le valía con una nota y ya está?

Llevaba unos días sintiéndome molesta con Jonathan. Después de esa noche donde nos besamos, me regaló el colgante y todo fue tan mágico, nada nuevo había vuelto a pasar. Él actuaba normal, como si no hubiera pasado nada, cuando yo esperaba más acercamiento, alguna confidencia, o lo que fuera que sirviera para crear más complicidad entre nosotros. Esperar por una señal me estaba volviendo loca.

A las doce vino Cora. Fue puntual. Quedó con Jonathan en el invernadero y yo llevé el desayuno que él me había mandado preparar. Actué educada y sumisa, como una criada. Al fin y al cabo, yo estaba allí trabajando, no era la señora de la casa.

Cora y yo no nos soportábamos. Para ella, yo le había quitado su trabajo; y yo la veía como una rival que podía quitarme a Jonathan. Era absurdo, porque ella no era su tipo, pero me daba miedo igualmente. Miedo a que la ofreciera un trabajo de los que yo desempeñaba y que hiciera buenas migas con ella y yo pasara a un segundo plano. Además, sabía que no nos íbamos a llevar bien. Cora había mostrado que me odiaba desde el primer segundo que me vio. Trabajar cerca de alguien con quién no te llevas bien debía ser deprimente, y yo no quería llegar a eso. Además quería toda la atención de Jonathan. Así que si la contrataba, todo iba a cambiar, y para peor.

—Muchas gracias por su amabilidad, señor Hamilton —fijo Cora sonriéndole. Aquel día llevaba una trenza y un vestido con flores ridículas y una chaqueta naranja. Jonathan la miraba sonriendo, con su suéter azul marino a juego con la chaqueta de cachemir y sus pantalones blancos impolutos. Para ser febrero, no hacía mucho frío

esa mañana.

—Gracias a ti, Cora. Realmente lamento haber sido tan maleducado contigo cuando tú fuiste tan amable. Si necesitas algo, ya sabes que estoy aquí. —Alargó la mano y tocó la de Cora. Ella se ruborizó. Yo tensé la mandíbula.

—¿Necesitas algo más, Jonathan? —Pregunté con un tono un tanto frío.

—No, gracias, puedes irte. —Volvió a mirar a Cora. Ella me ignoraba deliberadamente. Salí de la zona del invernadero, pero me quedé cerca para escuchar.

—Entonces, ¿no desea que venga aquí a trabajar, señor Hamilton? —El corazón me dio una punzada.

—No, Cora, de momento no. Alex y Kate están haciendo una gran labor y ya ves que me he recuperado un poco. Me opero dentro de un mes y de momento todo marcha como debe. De todas formas, te he sugerido a un amigo mío por si quieres trabajar de camarera en un restaurante de cinco estrellas a media hora de aquí.

—Oh, ¡¡muchísimas gracias!! No sabe cómo se lo agradezco. Me hacía falta el trabajo y cuando su madre me echó, me sentí perdida y angustiada…

—Lo comprendo y lo siento mucho… Pero tranquila, mi amigo te llamará esta semana y no tendrás dificultad en trabajar con él.

—Gracias, de verdad… Me alegro mucho por su recuperación, de verdad… Ojalá yo hubiera podido hacer algo así por usted… ¿Lo sabe su madre?

—No, aún no. Está en Los Ángeles por negocios y he creído más oportuno decírselo cuando vuelva.

Cora y Jonathan estuvieron un buen rato hablando de cosas triviales y al final, aburrida, decidí irme. Aunque quizá estuviera más celosa que aburrida.

****

Para cuando Cora se hubo ido, yo estaba en casa fregando el suelo de la cocina y sintiendo que reventaba de rabia. Me daba miedo pensar que, ahora que Jonathan se encontraba mejor, fuera a comportarse como un playboy o un egoísta que hace lo que quiere.

Al fin y al cabo, las reseñas de prensa e Internet le coronaban como el mayor tiburón frío e insensible de Nueva York, y no solo por los negocios, sino también porque a nivel sentimental no tenía ninguna piedad en utilizar, dejar, ignorar y romper corazones.

Le había dado vueltas a lo del beso.

Volver a sentir sus labios me había removido un montón de sentimientos, de cosas que quería decirle y no podía. Esa noche de la

canción y el regalo del colgante habían sido mucho para mí. Sin embargo, Jonathan parecía muy tranquilo, y supuse que su repentina alegría no era tanto por mí, sino por su pequeña recuperación… No me parecía que estuviera realmente ilusionado conmigo o enamorado. Creía que iba a enamorarse de mí antes, pero, si así era, él no había hecho ningún avance. Habían pasado un par de semanas y todo seguía donde lo habíamos dejado. Sus sesiones de fisioterapia, alguna visita al médico para pruebas, comidas y cenas tranquilas… Toda esa monotonía me estaba exasperando. Después de aquella noche pensaba que todo iría rápido, pero no era así, y lo de Cora y esa repentina amabilidad con ella había sido la gota que había colmado mi vaso. ¿Qué sería lo próximo? ¿Con quién sería amable? ¿Volvería a ser el playboy de antes una vez se recuperara? A lo mejor me echaba de casa tras la operación y se olvidaba de mí. Mi corazón me dolía cada vez más.

Todos esos pensamientos hirviéndome en la cabeza no hicieron mas que deprimirme más. En esos momentos sentía que yo le quería de verdad, que nunca había dejado de quererle, mientras que él era indiferente.

Oí el ligero ruido del motor de la silla de ruedas y por el rabillo del ojo vi que se quedó parado a la entrada de la cocina. Yo fingí que estaba atareada y no le veía. Me puse a enjuagar una bayeta en la pila.

—Bueno, ya se marchó. La he ofrecido un trabajo fuera de aquí. Por lo menos eso… Tampoco se merecía el trato que la di —dijo de manera tranquila, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Ah, vale, bien, me alegro —dije de manera distraída, limpiando la encimera con la bayeta e ignorándole deliberadamente. Por el rabillo del ojo vi que él no dejaba de mirarme atento y curioso. Como si analizara cada gesto o palabra. Empecé a ponerme nerviosa. Le miré —. ¿Necesitas algo?

—Sí, que me mires y hables conmigo. Me estás evitando y no sé por qué. —En ese momento tragué saliva con dificultad. No podía decirle quién era aunque me moría por hacerlo. Decírselo habría explicado muchas de mis reacciones. Mis celos, mi ansiedad porque él moviera ficha… Un nudo me atenazó la garganta. Sentí náuseas.

—No tengo ganas, de verdad, Jonathan, estoy ocupada con tareas. —Me puse a colocar platos dentro de los armarios de la cocina.

—Kate, por favor, mírame… —Yo no quería. Pero tampoco quería que discutiéramos o que él sospechara. Siempre había sido muy perspicaz y así había llegado tan lejos, lo cual no me extrañaba. No quería mirarle porque me daba miedo romperme frente a él. Me di la vuelta y le miré, tensa y sin ocultar mi enfado—. ¿Qué te pasa? Y dime la verdad, porque no aguanto que me mientan. —Sus ojos azules se clavaron en mí. Tenía toda su atención. No sabía cómo reaccionar.

Una parte de mí quería quitarse el colgante y tirárselo, y alejarse llorando y corriendo, pero me parecía una actitud demasiado infantil y melodramática. Tampoco podía decirle la verdad sobre mí, ni sobre mis sentimientos, sin parecer una estúpida. Ni decirle que desde aquella noche él no había vuelto a decir ni hacer nada que me diera esperanzas sobre tener algo juntos. Así que, ¿qué me quedaba?

—Es por los nervios. Estar lejos de casa, echar de menos a la familia… Son muchos cambios en poco tiempo, y, bueno, supongo que he estado aceptando la nueva situación, pero hoy he explotado. —Traté de sonar convincente.

—Sí, lo cierto es que llevas unos días bastante diferente. Parece que algo te preocupa y que esperas algo que no llega… —El corazón me dio un vuelco. Sentí que me estaba arrinconando con sus palabras y pensé si podría leer la mente, porque su mirada profunda y su gesto tranquilo, pero a la vez seguro, me hacían creer que sabía perfectamente lo que me pasaba. Incluso llegué a pensar si su juego era ese, hacérmelo creer para luego dejarme sumida en la confusión y él sentirse triunfal. Quizá era su juego. Quizá le gustaba jugar al gato y al ratón.

—Bueno, se me pasará. —Intenté parecer relajada—. Gracias por interesarte.

—¿Y es solo eso?

—Sí, ¿es que tendría que ser algo más? —Sonreí un poco, intentando parecer relajada.

—No lo sé, por tu actitud yo diría que sí. —En ese momento una sonrisa se despertó en mi interior. Realmente era muy bueno. Podría haber sido abogado o fiscal. Sonreí un poco y miré un segundo al suelo para volver a mirarle a él, que no dejaba de mirarme—. Y ese gestito tuyo de desviar la mirada me dice que te estoy intimidando y que estás alucinando de lo listo que soy —dijo estas palabras con un tono arrogante y seductor, y esbozó una sonrisa. Me pareció tan atractivo que me sentí hasta avergonzada. Su mirada me atravesaba pícaramente. Puse un brazo en jarra y meneé la cabeza, mirándole con media sonrisa. La situación tenía su gracia.

—Vale, Sherlock… Sinceramente, creo que debo devolverte el colgante. Yo soy solo tu cuidadora y no me parece bien tener una joya así. Quizá un día quieras dárselo a alguien que sea más importante para ti o no sé, pero creo que esto te pertenece a ti. —¡Qué fácil había sido! Le había dicho básicamente que me sentía incómoda y había apuntado a la situación de aquella noche. Me sentía un poco mejor al haber sacado el tema, aunque fuera a medias. Hice amago de quitarme el colgante, pero él me fulminó con la mirada.

—Ni se te ocurra. Deja eso donde está. Por favor.

—Jonathan, no creo que… —empecé a decir, pero él me indicó con

la mano que me sentara en su regazo.

—Ven aquí, por favor. —Se dio unos golpecitos en los muslos con la palma de la mano.

—¿Por qué?

—Tú hazlo. Soy tu jefe, obedéceme. —Puse los ojos en blanco y fui hasta él. Me senté torpemente en su regazo. Él me miraba con cariño y una media sonrisa. Yo me sentía incómoda y tímida. Me apartó dulcemente el pelo de la cara. Yo le miraba entre preocupada y avergonzada, con las manos sobre mi regazo porque no me atrevía ni a tocarle… Entonces tomó mi cara en la palma de su mano, suave y caliente—. Ese colgante te lo regalé porque he empezado a quererte. Has traído a mi vida esperanza, vida. Y tú eres maravillosa. Dulce, cariñosa, sencilla… y hermosa. —Sonreí un poco. Sus ojos no dejaban de mirarme, dulces y relajados—. Una vez conocí a una chica que era puro amor y dulzura. Desinteresada, altruista… Me quería de verdad, no por mi dinero o mi estatus, sino por cómo yo era. La perdí, y me dijeron que murió. Después conocí a otra que se parecía algo a ella; yo estaba desesperado y empecé una relación, pero resultó que no era la persona que yo creía. Y ahora, por raro que parezca, tú me pareces la viva imagen de esa chica que perdí. Quizá sea injusto revelarte todo esto, pero creo que lo necesitas saber para conocerme. Voy poco a poco. Empecé a abrir un poco mi corazón cuando viniste, pero tan solo una rendija. Tendrás que darme tiempo… Si tú quieres. —Sus palabras me emocionaron. Sentí un nudo en la garganta que me hizo tragar con dificultad. Sentía que iba a llorar, pero me contuve.

—Gracias por contármelo. —Él bajó su mano de mi cara a mi mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—Gracias por escucharme.

—Y sí, quiero darte todo el tiempo que necesites. Yo también he empezado a quererte, Jonathan Hamilton… —Él sonrió y entonces me volvió a besar en los labios, después de varias semanas. Volvió a ser un beso dulce, lleno de cariño. Nada pasional ni ardiente, pero para empezar ya estaba bien.

—¿Te apetece que esta noche cenemos comida china o tailandesa? Conozco un restaurante muy bueno que sirve a domicilio. Había pensado cenar fuera, en el jardín, con la mesa y las farolas encendidas… Si quieres… —Yo le miré de nuevo. Pensé que sería idiota si rechazaba eso. Me parecía un plan algo romántico y para ir creando camino entre nosotros, era una buena manera de continuar con lo poco que habíamos empezado… Podía vislumbrar un resquicio del antiguo Jonathan y eso me dio esperanza… Fue entonces cuando el nudo de mi garganta pareció aflojar.

—Está bien, comida china… Pero espero que sea decente. La última vez los fideos chinos que probé parecían plástico frito, aunque

quizá lo fueran y con la salsa de amusake no me diera cuenta… —Jonathan rio con ganas, y su risa fue sincera por primera vez en años. Y de nuevo, después de varios años, había vuelto, otra vez, a dar esperanzas a una chica que estaba enamorada de él.

Pensé en lo que había dicho de una chica que se parecía a su ex y que no resultó ser quien él creía. Eso me dejó pensando. ¿Quién sería esa chica? Decidí dejar de darle vueltas a todo y disfrutar de la velada con Jonathan y de la comida china.

****

Febrero 2013

Era un día normal en las oficinas de Midtown en Manhattan. El ajetreo de siempre, los cafés, papeleo, números, inversiones, ordenadores, instrucciones y estrés para todo el día. El altísimo edificio de sesenta plantas se alzaba majestuoso en la ciudad de Nueva York, como un gigante rugiente vestido de gala. Allí trabajaban infinidad de ejecutivos, administrativos, contables, abogados, y todo tipo de hombres de negocios, con sus despachos, secretarias y la actividad que alimentaba a la máquina del Estado.

Jonathan iba presuroso por los pasillos enmoquetados, camino de su despacho. Para él no iba a ser un día normal. Aquel día se incorporaba a la plantilla de asistentes personales Shannon Derwent. Jonathan aún no la conocía, ni Shannon a Jonathan, el que iba a ser su jefe, pero el encuentro entre ellos no iba a dejar indiferente a ninguno de los dos. La última asistente de Jonathan había dejado el puesto por encontrarse embarazada. Lo dejaba para dedicarse totalmente a su faceta de madre. Jonathan no tenía nada que objetar, aunque le resultó fastidioso tener que buscar otra asistenta y dedicar tiempo en explicarle cómo había que trabajar para él.

Cómo quería los informes puntuales, qué tipo de café le gustaba y a qué hora, o en qué restaurantes organizar comidas de empresa. Lo quería todo perfecto. Jonathan era un jefe joven, de veinticinco años, no un maduro cuarentón, pero ya trabajaba y tenía la disciplina de alguien veinte años mayor. Esperaba una videoconferencia a las nueve y media para cerrar un trato con un japonés, y eran las nueve y veinte. Necesitaba tener ya su ordenador abierto y con la sesión iniciada y el programa puesto a punto, pero ese día se incorporaba su nueva secretaria, y seguramente no habría hecho nada todavía. Esto puso de los nervios a Jonathan, que avanzaba por los pasillos a grandes zancadas, presuroso por llegar a la oficina y tener que preparar todo él mismo. Entonces pasó. Al doblar el pasillo, se chocó de bruces con una chica que iba trajeada de blanco, presurosa como él, y que al chocar contra su cuerpo, la hizo desparramar todos los papeles que llevaba. Ella se sobresaltó, y diciendo «perdón» con gran apuro y sobresalto, se agachó al suelo a recoger todos los papeles. Jonathan no podía verle la cara con la maraña de pelo largo castaño que la caía ocultándole la cara.

—Déjeme que la ayude, por favor —Jonathan era un caballero, por mucho que le calificaran como tiburón frío e insensible. La chica, entonces, alzó un poco la mirada y Jonathan se sintió desfallecer. Unos ojos verdes y unas cejas perfectamente delineadas le miraron con respeto y agradecimiento. Él se quedó parado y una imagen vino a su

mente: Melissa. Sintió que se mareaba.

—No, gracias, ya puedo yo. —Sonrió un poco y recogió los papeles con una destreza increíble. Jonathan se quedó embobado mirándola y no reaccionó ni para ayudarla a recoger los papeles, lo cual parecía una falta total de educación, aunque a ella no pareció importarle. Entonces, cuando se puso en pie y se echó el pelo hacia atrás, la cruda realidad le golpeó. La boca era diferente, los labios eran más finos, no tan jugosos y carnosos como los de Melissa, y la nariz, ligeramente distinta. Sin embargo, el pelo, y la mitad de la cara superior eran iguales a los de Melissa. Una parte de él volvió a ese pasado lejano. Sintió como si estuviera con Melissa, pero de una manera extraña—. Me llamo Shannon Derwent, es mi primer día aquí. —Ella le tendió la mano con una sonrisa. Jonathan tuvo que sacarse él mismo de esa ensoñación para no parecer un maleducado o un tarado. Entonces recordó que una tal Shannon iba a ser la sustituta de Linda, su anterior secretaria. Sintió que las emociones le mareaban.

—Encantado… Jonathan Hamilton, su jefe. —Jonathan le tendió la mano, cogiendo la de ella y estrechándosela. Ella sonrió

—Vaya, ¡qué casualidad! Encantada de conocerle, señor Hamilton, estoy muy contenta de empezar a trabajar aquí, y bueno, justo ahora estaba buscando unos amplificadores de sonido mejores para su conferencia a las nueve y media. —Jonathan se sorprendió—.Tiene todo dispuesto en su despacho, señor.

—¿Has abierto la sesión y el programa? —preguntó asombrado.

—Así es. Solo me queda traer unos amplificadores de sonido más potentes. Aunque he comprobado el sonido, pero si se puede mejorar…

—Perfecto, Shannon… Bien, entonces te espero en mi despacho. Te daré luego instrucciones.

—Ya me las dio Linda, señor. Las he leído ya. Café con leche y un toque de caramelo, a las diez… —Jonathan se sorprendió de lo eficiente que era… Y de que tuviera un aire con Melissa. Él había estado con chicas de ojos verdes, pelo largo, en un torpe intento por recordar a Melissa y ver si su corazón volvía a latir de verdad. Pero todo eran intentos fallidos. Nunca conseguía sentir esa alegría y emoción que Melissa le había dado. Ninguna era lo suficientemente guapa, dulce o inocente. Pero Shannon parecía como una revelación. Por primera vez en años, Jonathan sintió que la esperanza volvía a su vida.

—Muy bien, Shannon, te felicito por tu eficacia. Estoy impresionado… Te veo en mi despacho ahora.

—Muy bien, señor. —Ella asintió, le sonrió un poco y se fue por otro pasillo, dejando a Jonathan en una nube de confusión y asombro. Shannon fue a una pequeña oficina donde había material de

informática, como si fuese un almacén. Al ser nueva, se encontró un poco perdida buscando entre varias cajas unos amplificadores lo suficientemente buenos. Tiró alguna caja sin querer al intentar coger una de Sony que le pareció la adecuada.

—Disculpe, ¿puedo ayudarla? —La voz de un hombre hizo que Shannon se girase. Era un joven alto, trajeado, con el pelo castaño claro y los ojos verdes que la miraba apoyado en el marco de la puerta. Shannon pensó que era bastante atractivo.

—Oh, por favor, ¿puede sujetarme estas cajas? Buscaba un amplificador Sony para el ordenador de mi jefe.

—Por supuesto. —El joven fue hasta Shannon, la ayudó con las cajas y ella pensó que su día estaba resultando de lo más productivo. Hasta el momento todo el mundo había sido amable con ella. En un primer día, eso ya era un gran comienzo.

—Bueno, muchas gracias, la verdad que en mi primer día estoy teniendo mucha ayuda. —Sonrió. El joven no la quitaba los ojos de encima y la sonreía encantadoramente.

—Vaya, entonces los dos somos novatos. Yo empecé hace una semana también.

—Oh, vaya, ¿en qué departamento trabaja usted?

—Soy contable en Glenn & Hyde, llevo sus cuentas. Tienen aquí un departamento.

—Oh, he oído hablar de ellos. Yo estoy con Jonathan Hamilton, soy su secretaria o asistenta personal, como lo llaman ahora. —Sonrió —. Estudiar secretariado está de moda, parece.

—Vaya, con Jonathan Hamilton… Es uno de los mejores. No sé cuántas empresas tiene ya… Es realmente el rey de los negocios —dijo con un tono de voz misterioso, pero que podía resultar sexy y embriagador.

—Sí, eso me han dicho… Por cierto, me llamo Shannon Derwent. —Ella le tendió la mano.

—Carter Thornton, encantado. —Él le estrechó la mano y Shannon vio en los ojos de Carter un brillo oscuro que nunca había visto en nadie—. Confío en que nos volvamos a ver por aquí…

—Seguro que sí… —La mirada de Carter le intimidó tanto que deseó irse enseguida—. Bueno, muchas gracias, Carter… Tengo que irme ya. Gracias por la ayuda…

—A usted. —Shannon se marchó, pero no vio la sonrisa de malicia que se dibujó en los labios de Carter.

****

Un mes después. Marzo 2013

Shannon y Jonathan habían empezado a salir. Todo había ido rápido, pero los dos lo tenían claro. Shannon se había enamorado de Jonathan desde el primer día, viendo en él a un joven guapo, atlético y muy *gentleman*; y Jonathan vio en ella a otro sucedáneo de Melissa, pero con más fuerza de lo que lo habían sido otras chicas, como Lucille o Deborah. Ellas también tenían parecido con Melissa, pero Jonathan pronto descubrió que sus personalidades no tenían nada que ver con la de la chica de Ohio que una vez le salvó la vida. No duró mucho con ninguna, cuestión de meses o semanas. Y con todas hacía el mismo ritual. El pañuelo blanco de seda, con la M bordada en un tono dorado claro que casi no se veía, y el perfume de Aire de Loewe para mujer, que Melissa le había confesado usar. A Jonathan le daba igual si a sus chicas les gustaba o no, él siempre les regalaba ese perfume y les obligaba a llevarlo siempre que estuvieran con él, y aún más si era en la cama. Con Shannon no iba ser diferente. Todas aceptaban encantadas y halagadas, creyendo que ya le tenían cogido y que le sacarían joyas, dinero y todo lo que pudieran, pero Jonathan sabía que solo era para satisfacer su apetito sexual y su frustración, y que al final no duraría, pues era un engaño, y el primero que se engañaba era él. Al final no podía soportar la pantomima y él mismo rompía, dejando una hilera de corazones rotos que pronto encontraban otro ejecutivo rico donde recomponerse.

De Shannon le gustó su profesionalidad, su responsabilidad y su aparente dulzura. Siempre estaba sonriendo, era educada, le trataba con cariño y respeto, y Jonathan vio en ella muchos aspectos de su antigua novia. Una mañana, Jonathan tenía una jaqueca horrible, de la cual no dijo nada. Pero Shannon, que le miraba sin decir nada, se dio cuenta enseguida de su gesto apagado, sus ojos cansados y su incipiente palidez. En cuestión de minutos, le subió un analgésico con un café y una tortita con nata y una amplia sonrisa. Él, sentado en su mesa, se lo tomó, y ella, de pronto, le puso una mano suave en la frente para ver si tenía fiebre. El gesto de preocupación, de profundo interés, y el detalle de la tortita, le calaron hondo. Eso le ilusionó y le hizo creer que esa chica era detallista y cariñosa como Melissa, así que al tercer día invitó a comer a Shannon. Otro día vino una cena, un baile en una cena de empresa… Y así, en cuestión de semanas, Jonathan le propuso iniciar una relación que ella aceptó con una gran sonrisa y un beso.

Y llegó la noche en que iban a tener relaciones. Shannon lo estaba deseando desde el primer día, aunque nunca lo dijo por no parecer una fresca. Quedaron en el hotel Langham Place de la Quinta Avenida,

un cinco estrellas para ricos. Jonathan cogió una suite. Sábanas de raso rojas, champagne, chimenea, moquetas, alfombras de pelo suave… El baño era tan grande como un salón, con bañera, jacuzzi, perfumes en miniatura y todos los lujos imaginables. Shannon llevaba un conjunto negro de lencería de encaje compuesto de braguitas y sujetador, un pequeño vestido negro de tirantes, cuya falda tapaba a duras penas el trasero, y que empujaba sus pechos casi fuera. Unos tacones negros peep toe, su melena larga y castaña y unos pendientes de Dior en forma de lágrima completaban el resto. El perfume de Loewe, claro está, y un carmín rojo sangre. Se había pasado dos horas en el baño, depilándose, exfoliándose la piel, poniéndome crema corporal de Chanel en cada rincón de su cuerpo, y echándose perfume a la melena larga y con ondas. Quería estar perfecta para Jonathan.

Jonathan, con un traje negro de Valentino, compuesto por camisa, chaleco y zapatos negros de charol, aportaba su toque personal. El pelo lo llevaba corto y con el flequillo corto levantado hacia arriba y sujeto con gomina, muy a lo Tintín.

Shannon estaba loca de deseo por él. Olía a un perfume caro masculino, quizá un Dior o un Chanel. Ella estaba nerviosa. Se mordió el labio inferior y le miró, feliz, expectante, llena de esperanza. Jonathan también la miraba con cierta dulzura, pero con una ligera tristeza que Shannon percibió y le intranquilizó un poco.

—¿Te gusta cómo estoy? —le preguntó sonriéndole, mientras entrelazaba los dedos de sus manos, algo frías, con las de él, suaves y cálidas. Los dos estaban de pie, cara a cara. Shannon se pegó al cuerpo de Jonathan, en vista de que él no parecía tomar la iniciativa tan pronto como ella había pensado.

—Estás preciosa —le dijo él acercándose, inclinándose a sus labios y besándola por fin, en un gesto tierno y lento. Shannon sintió una oleada de felicidad y excitación recorriendo cada centímetro de su cuerpo. Por fin sentía el beso de Jonathan, anhelado desde que se habían conocido Ella le besó con fuerza y deshizo el abrazo de sus dedos al abrazarse a la espalda de Jonathan, enroscando sus brazos alrededor de su cuerpo, por debajo de la chaqueta, sintiendo su camisa suave y limpia, y su espalda fuerte y tonificada. Jonathan se dejó llevar, cerrando los ojos, respirando el perfume que una vez llevó Melissa, pensando patéticamente que volvía a estar con ella. Shannon le devoraba cada vez más. Se apartaba un segundo para respirar y volvía a tirarse a la boca de Jonathan para retorcer sus labios con los de él, meterle la lengua y gemir. Jonathan empezó a agobiarse e hizo lo que siempre hacía en ese momento en el que sentía que la realidad era más fuerte que su imaginación… Agarró a Shannon de la cintura con las dos manos, alzándola y rompiendo el beso, que sonó como una succión, y la acopló a su cuerpo, con las piernas enroscándole la

cintura. Ella sonrió, encantada, y cuando iba a volver a besarle, él la tiró de golpe a la cama. Ella se quedó por unos segundos un tanto desconcertada, pero enseguida sonrió pícaramente. Jonathan echó mano al bolsillo del pantalón y sacó un pañuelo blanco de seda. Shannon lo miró, entre divertida y ligeramente preocupada. Se echó sobre ella. Shannon notó que el pañuelo olía exageradamente a perfume de Aire de Loewe.

—Es algo que me excita. ¿No te importa, verdad? —Le sonrió seductoramente y con un brillo de erotismo que antes no había visto.

—De acuerdo, cariño, lo que tú quieras… —dijo seductoramente. Shannon alzó los brazos creyendo que iba a atarla, ya se excitó de solo pensarlo, pero se desilusionó cuando vio que Jonathan la echaba el pañuelo sobre la cara. Su primera reacción fue apartarse, y educadamente negarse. Pero esperó unos segundos, por no estropear la noche y ese raro deseo sexual de Jonathan. Se tranquilizó un poco cuando vio que le ataba el pañuelo a la nuca y que este solo la cubría la nariz y la boca, como si fuera el velo de las típicas mujeres musulmanas. El olor del perfume la ahogaba un poco, y aunque podía respirar, porque el pañuelo caía sobre su cuello en forma de triángulo invertido, se sintió molesta de no poder seguir besando a Jonathan. Besarle la excitaba y se sentía más próxima a él, pero quería complacerle para que no la dejara, como le había pasado a algunas de sus amigas con sus ligues o novios. Jonathan se desvistió rápidamente, revelando un cuerpo atlético, tonificado, y trabajado. Tenía abdominales, pectorales, y cada vez que se movía, sus músculos trazaban líneas que a Shannon la excitaron muchísimo. La arrancó las bragas, casi rompiéndolas, y ella se abrió de piernas, flexionando las rodillas, respirando fuerte para que él viera su pecho hinchado subir y bajar, invitándole a tomar acción. Lo estaba deseando. Tenerle dentro.

Jonathan fue muy brusco. Eso desconcertó a Shannon y empezó a matar la ilusión. La quitó el vestido de manera rápida y lo lanzó por los aires, y desabrochó el sujetador de encaje, liberando los pechos de Shannon, de tamaño medio. Desnuda y expuesta, esperaba que Jonathan la hubiera acariciado, besado, que hubieran tenido preliminares. Pero no podía creerse que Jonathan se echara sobre ella, la agarrara de la parte interior de las rodillas, pegara la cara a su cuello, y se metiera dentro de ella como un animal. Sintió una punzada. No es que fuera virgen, pero Jonathan estaba bien dotado, y aunque ella estaba lubricada por la excitación, él estaba siendo muy brusco. Empezó a embestirla y a moverse más como un acto mecánico que de amor.

Shannon sintió que la magia había desaparecido. Se sentía ridícula con ese pañuelo en la cara, y Jonathan ni siquiera la miraba. Tenía la cara enterrada en su cuello, la agarraba del pelo casi tirándola, y con

la otra mano la agarraba de la cara interna de la rodilla mientras la embestía una y otra vez. Tenía el cuerpo de él encima, y aunque le excitaba el suave cosquilleo del pelo del pecho de Jonathan contra sus pechos, no logró relajarse del todo. Le gustaba ser poseída por él, tener su cuerpo encima y tenerle dentro, pero él no hablaba, había ido directo al acto, en su más puro estilo animal. Gemía, y a veces casi la parecía que lloraba, pero se dijo que no preguntaría, no fuera a espantarle, aunque la que estaba espantada de verdad era ella. Como Jonathan no podía verle la cara, Shannon se permitió poner gesto de tristeza y de dolor. Cualquiera que la viera pensaría que la estaban violando y que no disfrutaba con el acto.

No quería parar a Jonathan por miedo a que las cosas se estropearan más y él se enfriara mucho más, así que aguantó. Pero se le hizo insoportable. En algunos momentos casi se echó a llorar. No tenía apenas ganas de tocarle, pero se forzó a abrazarle la espalda y subir la mano hasta agarrarse al pelo de él, pero sin tirarle. Jonathan embestía y empujaba, y ella hacia muecas de dolor que él no podía ver, puesto que su cara estaba enterrada en el cuello suave y perfumado de Shannon. Después de un rato, cuando los dos llegaron al clímax y acabaron, Jonathan se echó a un lado. Le quitó el pañuelo a Shannon y esta pareció ver en él un ápice de desilusión. La luz de la luna le iluminaba, despeinado, musculoso, guapísimo. Se tumbó de lado, mirando a Shannon.

—¿Estás bien? —preguntó él, sonriéndole un poco. Ella, que también estaba de lado, le sonrió, por no llorar, y asintió—. Bien, buenas noches entonces, preciosa. —Él inclinó la cabeza para besarla y cuando Shannon creyó que la besaría en la boca, se encontró con un beso en la frente—. Perdona que duerma de este lado, pero tengo el trapecio izquierdo muy cargado y el hombro no me aguanta. —Entonces Jonathan se dio la vuelta, tumbado de perfil y dando la espalda a Shannon.

—Vale, no pasa nada —musitó ella—. Buenas noches, cariño… —Se pegó al cuerpo de él, y le besó el hombro para añadir una ligera nota de calor entre tanto frío. Pero entonces notó que Jonathan se ponía algo tenso, como si le hubiera dado un escalofrío, y entonces ella se apartó un poco. Él no tenía nada que decir, y ella aún menos. En seguida comprobó que al poco se había dormido. Shannon se levantó con sigilo y fue al baño. Se puso un albornoz blanco y se sentó en la mullida moqueta del suelo, con la espalda apoyada en la pared, la cara sobre las rodillas y abrazándose sus piernas flexionadas. Se sentía fatal. Ni siquiera tenía fuerzas para llorar. Había resultado decepcionante, frío, vacío… No se había imaginado ni en pesadillas que su encuentro sexual con Jonathan fuera tan aburrido y carente de amor. Había sido solo sexo. Quería encontrar algo que justificara la

acción y le restara dolor. Quizá es que necesitaban confianza, o más tiempo. Pero sus amigas le habían contado cómo ya en la primera vez sus ligues las tocaban y besaban los pechos u otras zonas, o hacían juegos antes de pasar al acto. Jonathan no estaba interesado en nada. Ni siquiera le había tocado los pechos, ni le había acariciado con cariño. No sabía ni cómo mirarle a la mañana siguiente. No sabía si las cosas irían a peor o a mejor, pero, sobre todo, no sabía si iba a ser un problema trabajar juntos. Shannon no era de las que aguantaba malas miradas, silencios incómodos y mal ambiente en el trabajo. Prefería irse, pero le daba pánico no encontrar trabajo, sobre todo uno tan bueno como el que tenía en Midtown. Ahora entendía a esas chicas que decían que nunca había que acostarse con el jefe. Pero ya era tarde. Con ese desazón y ese sentimiento de tristeza, decidió volver a la cama con Jonathan, para no pegar ojo en toda la noche.

****

Jonathan

Al día siguiente me desperté casi al amanecer. Contemplé a Shannon, dormida a mi lado, tapada con la sábana y la fina manta, y supe que no era Melissa ni nunca iba a serlo. Pero era en cierta manera como Melissa, tímida, cariñosa, y no hacía preguntas. Quizá con el tiempo podría verla de otra forma y quererla de verdad. Reconozco que el sexo con ella fue muy frío y rápido. Creo que no se lo esperaba, pero yo no tenía ganas de mentir aún más. Hubo momentos que creí que era Melissa. Al mirarla a los ojos, tocarla el pelo, oler ese perfume… ¿Podré alguna vez olvidarla? ¿Cuándo te voy a superar, Melissa?

Tengo que hablar con Shannon. Es mejor ir despacio y creo que debe saberlo. No me puedo creer que desde Melissa no haya querido más que puro sexo ocasional. Con ninguna he hecho más que lo que hice con Shannon anoche. No me apetece hacer preliminares, juegos ni caricias. Me bloqueo y no puedo, pero mi cuerpo me pide desfogar. A veces me odio. Y otras, quisiera estar muerto.

****

Al día siguiente

Jonathan y Shannon desayunaron en el salón de la suite, sentados en una mesa decorada con fuentes de cristal y rosas que flotaban en agua. Había bandejas de plata con bollos de crema, café, leche, naranja recién exprimida, tostadas, mermelada, huevos, bacon, fruta fresca y hasta cereales. Todo era lujoso y bonito, digno de disfrutar y de que cualquiera se hubiese sentido feliz, pero ni Jonathan ni Shannon se sentían felices ni mejor por estar en una suite a todo lujo. Y es que era verdad eso de que el dinero y los lujos más lujosos no dan la verdadera felicidad. Shannon quería un Jonathan cariñoso, y Jonathan a Melissa, y eso no podía arreglarlo una suite de cinco estrellas.

Jonathan llevaba un albornoz blanco y se le entrevía el pelo del pecho. Shannon lo miró entre excitada y triste. Comía una tostada sin mucha gana mientras Jonathan echaba leche al café con gesto sereno. Shannon seguía sintiendo ese vacío en el ambiente. Se había pasado la noche en vela, pensando miles de cosas, intentando pensar qué había salido mal, y estaba desquiciada por tener que estar en la cama sin dormir y con Jonathan al lado, dormido y como un muerto, sin poder preguntarle ni hablar nada. Había estado a punto de irse de madrugada y dejar una nota a Jonathan, en parte por orgullo y en parte porque no quería seguir prolongando una situación incómoda al día siguiente, pero pensó que era mejor dar la cara y que si se iba, quizá, Jonathan también se echaría para atrás, dejarían de hablar cada vez más y terminarían por romper, y Shannon no quería llegar a ese punto. Había sido una noche catastrófica, pero quizá después de unos meses las cosas resultaran mejor. Observó a Jonathan, que parecía concentrado en el desayuno, pero se le notaba que andaba pensando algo. Shannon no se atrevió a preguntar, aunque por suerte no hizo falta…

—Shannon, tengo que decirte algo… —dijo Jonathan de pronto. Ella le miró, expectante, y percibió miedo en sus ojos. Desde que se habían levantado, no habían hablado mucho. Jonathan se había duchado y después Shannon, lo que acrecentó más la incómoda situación de que parecía que estuvieran allí por obligación más que por deseo propio—. Lo de anoche… Sé que te esperabas mucho más… Pero verás, no soy un hombre demasiado sexual… Necesito tiempo, confianza… En fin, no soy de esos que la primera vez hacen de todo y van como una moto. Yo funciono de otra forma… —Jonathan pensó que él funcionaba de una manera que solo él sabía, pero que no compartiría con nadie—. Quiero que sepas que te aprecio, y quiero que me des tiempo para quererte aún más y mejor. Quiero ser sincero contigo. —«¿En serio, Jonathan, sincero?», le dijo su conciencia… Shannon pareció un poco más relajada, hasta le sonrió un poquito y se

le iluminó un poco la mirada.

—Sinceramente, te agradezco tus palabras. Creí que te arrepentías de haber quedado conmigo, o que había algo en mí que te disgustaba… —Él se levantó y fue a su asiento, donde se inclinó, la abrazó, envolviéndola en un cálido abrazo, que ella tomó con agrado, cerrando los ojos y sonriendo. Jonathan la besó en la sien. Pensó que al menos se merecía eso. Era buena chica y no tenía culpa de su pasado ni de que Melissa le arrancara el corazón y le destrozara la mente por los recuerdos y los anhelos.

—Eres maravillosa y estoy contento de haberte conocido. Pero iremos paso a paso, ¿vale? —Él la miró sonriendo y dulcemente, y ella le sonrió contenta. Entonces, él la volvió a besar, pero esta vez en los labios. Pensó que ya era suficiente, y se apartó, para volver a su silla y seguir con su desayuno. Pero a Shannon ya la había dejado en una nube, y había hecho lo peor que podía hacer. Darle esperanza.

****

Día presente. Hamilton House

Por la noche la atmósfera no podía ser más encantadora. Las farolas estaban encendidas, iluminando toda la finca de césped y árboles, coronando con su luz la gran casa de tres plantas y dándole un aspecto majestuoso. Como era solo una cena y Jonathan no me había dicho nada de vestirme de gala, opté por ir un poco arreglada, pero formal. Me decidí finalmente por una blusa de raso, blanca, de manga corta, abotonada por el pecho; una chaqueta rosa claro de punto, abierta, y una falda del mismo color con algo de vuelo, hasta la rodilla. En la mesa dispuse toda la comida que Jonathan pidió. Ternera con salsa de ostras, ensalada de gambas, pan chino, pato a la naranja y rollitos de primavera. Nos regalaron un licor de flores en una botella color ámbar y me dije que al final de la cena solo probaríamos un poco. Jonathan tomaba medicación y el alcohol estaba prohibido, y de bebes, solo podía ser una dosis pequeña…

La noche era algo fresca, pero con chaquetas se podía aguantar bien. El viento soplaba suavemente. Se percibía un ligero olor a lluvia y presentí que en algún momento de la noche podría llover. Así era el tiempo en esa zona. Para amenizar más las cosas, en la mesa había un pequeño dispositivo mp3 con altavoces del que salía música romántica. Mi pequeño toque para hacerlo todo más ameno. Me había descargado música tipo blues y jazz, algunas instrumentales y otras cantadas, y lo metí todo en el mp3. Jonathan estaba encantado.

—Esto me recuerda a cuando esos adolescentes quedan en casa y piden pizza o comida china mientras ven una peli de miedo o lo que sea —comenté divertida mientras me servía ensalada—. Aunque esto es otro mundo de mucha más clase, claro. —Entonces pensé que lo que había dicho parecía una idiotez. Jonathan me sonrió. Había empezado a comer ternera en salsa con el tenedor. Me encantaba ver que se valía por sí mismo, y él disfrutaba más de las comidas ahora que podía comer solo. Todavía me dolía ver que el resto de su cuerpo seguía paralizado de pecho para abajo. Pero, al verle mover su brazo izquierdo y comer solo, no parecía que estuviera enfermo.

—Hmm, ¿qué película hubieras visto? Y no digas topicazos como *Viernes 13* o alguna chorrada adolescente.

—¡Eyy! ¡*Viernes 13* es un clásico! Jason es uno de los mejores villanos del miedo —protesté.

—Oh, por favor, esas películas eran para adolescentes hormonados… Solo salía sexo barato y sangre. Las pelis de Roger Corman o la Hammer sí que eran clásicos, casi todas de relatos de Poe. Ese sí era buen material de miedo.

—¿Te gusta Poe?

—Me encanta. Creo que tenía mucho talento. Al igual que Lovecraft. Ahora el nuevo Poe es Stephen King… El tío es un talento, pero en algunos libros ha metido la pata. Hasta los genios fallan. —Sonrió. Yo le devolví la sonrisa—. ¿Tú hacías eso, quedar con amigos, tomar pizza y ver películas?

—Bueno, no destaqué por tener muchos amigos —dije, algo tímida —. Tenía que ayudar en casa, a la familia, ya sabes… No tuve mucho tiempo para mí. Supongo que fui un poco marginada… No de las populares, ya sabes…

—Vaya. —Jonathan bebió de su copa un fino mosto color amarillo —. Bueno, eso da igual porque has resultado ser una joven preciosa, encantadora e inteligente. Y destacas sobradamente sobre el resto.

—¿En serio? —Le miré asombrada y feliz de que sintiera eso por mí.

—Sí, claro… Eres bastante única y contigo me siento diferente, en el buen sentido, y eso solo lo he sentido una vez en mi vida. —Su tono de voz pareció flojear un poco, pero mi interés creció.

—Puedes contarme si quieres… —Deseaba que lo hiciera. Él me miró dulcemente

—Conocí a una chica un verano, en vacaciones. Se llamaba Melissa. Era dulce, inteligente y preciosa. A veces tu mirada me recuerda mucho la suya. Tenéis el mismo color de ojos y forma… Ella era única. No era prepotente ni superficial, ni buscaba mi dinero… Pero, en fin, mis padres me separaron de ella. No querían una chica pobre y sin apenas familia… Desde ese día me aislé de todo lo afectivo. Ya no sentía nada así por nadie y me alejé de mis padres. Ellos fueron la razón principal de mi infelicidad y… —La voz le empezó a temblar—. Bueno, luego contacté con un detective privado, años después, y me dijo que ella había muerto. Melissa Cadwell se llamaba. —El corazón me dio un vuelco. Por unos momentos no pude tragar más comida. Me quedé quieta, escuchándole—. Si la hubiera encontrado, me habría casado con ella. Yo ya empezaba a tener fortuna por mí mismo y no temía a mis padres. Con dieciséis años me pilló siendo inexperto y sin tener nada mío…Pero bueno, en fin, ya no se puede hacer nada… —Dio un trago al mosto.

—Jonathan, lo siento mucho… No quería que recordaras algo tan triste —dije con gesto compungido.

—Tranquila, estoy bien. —Sonrió un poco—. Estar contigo me hace sentir como en aquella época. Tú eres diferente, Kate. Tan natural, dulce… No sé, mueves algo dentro de mí… Me acuerdo de esa vieja canción, la de *Dónde o cuándo*, esa que dice «tu sonrisa parece la sonrisa de antes, nos miramos el uno al otro de la misma forma, cosas que pasaron por primera vez parecen pasar de nuevo, y parece que nos hemos conocido antes y amado y reído antes, pero cariño, no sé

dónde ni cuándo». Te parecerá absurdo, pero siento como si ya te hubiera conocido antes e incluso querido, Kate, perdóname si sueno como un completo idiota. —Se echó a reír. Pero yo estaba a punto de llorar de felicidad.

—Es precioso lo que me has dicho. —Le sonreí. Él me sonrió y seguimos cenando.

Después de eso pasamos al postre y al licor de flores. Llegados a este punto, Jonathan estaba un poco chispado. El licor parecía más fuerte de lo que yo había pensado y él ya se había bebido unos cuantos chupitos. Estábamos en un punto donde nos reíamos sin parar y hablábamos de tonterías, de diferentes puntos de vista sobre cosas, y él me atacaba diciendo que la obra *Chicago* era horrible y que Tessa Brown desentonaba constantemente. Incluso la imitó… Y yo no paraba de reír.

—Kate, siéntate aquí conmigo, anda —dijo de pronto. Se dio una palmada en sus muslos.

—¿En serio? —El corazón me dio un vuelco.

—No, en broma, ¡pues claro! Ven, quiero tenerte a mi lado. —Me levanté y me senté encima de él. Le pasé mis brazos por el cuello y nos miramos. Me encantaban esos pequeños momentos de intimidad. Él no tenía ni idea de cuánto le quería y con qué ansia me aferraba a esos momentos en los que estábamos juntos, en los que nos abrazábamos y éramos piel con piel prácticamente—. Demos un paseo con esta moto, no es una Yamaha, pero bueno. —Los dos nos echamos a reír.

Empujó la palanca de velocidad y la silla empezó a correr por el amplísimo jardín. Yo grité, riendo y agarrándome mucho más a él. Con mi cara pegada a la suya y mis manos en su cuello, con mis brazos cayéndole por el pecho y los hombros. Él se reía a carcajadas. La brisa nos traía un aroma de campo y hasta de lluvia. Era un momento divertido, pero también mágico, y que, a mi parecer, nos estaba uniendo de una manera que ni nosotros sabíamos. Dimos vueltas por la amplísima finca como si se tratara de una moto. Jonathan daba vueltas, aceleraba, se peinaba toda la finca, serpenteaba los árboles en zigzag y a mí se me levantaba la falda a causa de tanto viento. Intentaba bajármela sin mucho éxito, para risa de Jonathan. Entonces empezó a llover. Al principio de manera ligera, pero cada vez con algo más de intensidad. Me daba miedo que la silla resbalara y nos cayésemos. Jonathan cada vez se reía más, gritaba como si fuera subido en moto y el viento le golpeara en la cara. Le vi disfrutar de verdad y eso me alegró mucho. Todas las alegrías que pudiera tener me parecían pocas.

—Jonathan, ¡está lloviendo! ¡Tenemos que entrar! —exclamé

—¡¡Nooo!! —No paraba de sonreír. Me encantaba ver su blanca sonrisa, su risa sincera. Pero me daba miedo que se mojara y cogiera

un resfriado que le pusiera enfermo. En su estado, su salud era más delicada que la de cualquiera. Pero él estaba inmerso en su momento feliz y no quería estropeárselo—. Esto es genial, venga Katie, ¿nunca has hecho esto bajo la lluvia? —Me sonrió mientras paraba la silla. Yo estaba confusa. Nos miramos a los ojos y yo le tomé la cara. Él me miraba con un profundo sentimiento en sus ojos. Paró la risa y me miró, más serio, como si el tiempo se hubiera detenido para él y de pronto se hubiera dado cuenta de algo. Entonces pensé si sería la música, que se oía a escasos metros. La melodía de *Bewitched, Bothered and Bewildered* de Linda Ronstadt. En el silencio que se había producido entre nosotros, aún se oía más fuerte. Entonces reaccioné.

—¿Hacer qué? —le pregunté con una media sonrisa. Él me miró con determinación.

—Esto. —Entonces su boca se pegó a la mía y me besó con fuerza. Con verdadera pasión e ímpetu. Al principio fue un beso lento, con el que él me saboreó. Probó a besar primero mi labio superior y después el inferior, mientras yo atrapaba también sus labios con los míos. Entonces empezamos a besarnos con más ganas, con más deseo. Nuestras bocas no se separaban ni para tomar aire. Sentí el calor de su boca en contraste con el frío de la lluvia y el viento, y cómo de repente su lengua empezó a acariciar la mía. El corazón se me salía desbocado, me daban ganas de llorar de lo feliz y viva que me sentía. Mis manos no paraban de acariciar su cara y de agarrarle del pelo, tirándole suavemente fruto de la excitación.

Había oído decir que algunos tetrapléjicos podían tener erecciones, aunque no solían aguantar mucho rato, pero sí lo bastante como para tener algo de sexo. Si tomaban medicamentos orales, se podía tener sexo. Me preguntaba si Jonathan querría ir allí alguna vez o cómo acabaríamos esa noche… Yo estaba excitadísima y él también. La lluvia no dejaba de caernos. Me aparté un momento de su boca para tomar aire. Eché el cuello hacia atrás y abrí la boca para que me cayera el agua en la boca. Me sentía como una cría. La lluvia se metió en mi boca y me reí… Entonces él se inclinó sobre mi cuello y me besó un lateral, succionándomelo después. Yo me eché a reír. Estaba realmente disfrutando esa dulce locura.

—Quiero probar algo. Siéntate a horcajadas encima de mí. Quítate las bragas. —Le miré como si me hubiera dicho que me cortara un brazo. Un nerviosismo se apoderó de mí. El corazón se me aceleró y noté la boca seca.

—Jonathan, pero… —La verdad es que no me esperaba eso para nada. Dada la condición física de Jonathan, pensar en sexo era lo más remoto.

—He tomado pastillas para eso. —Dijo tranquilamente, para mi asombro—. Alex me las consiguió. Vamos, Kate, por favor… No te

pido que follemos, te pido que hagamos el amor. Ahora mismo siento que podría morirme de tanta felicidad. Quiero estar dentro de ti, que seamos uno, tal y como ya te siento en mi corazón. —¿Hacía unas horas quería ir despacio y me pedía tiempo, y ahora de repente hablaba como un enamorado? ¿Qué había cambiado en unas horas?

—Pero yo no tomo nada… Verás es que yo no… no tengo relaciones con nadie desde hace mucho tiempo y… —dije avergonzada. Era prácticamente virgen.

—No pasa nada, yo te diré cuando has de bajarte. —Entonces no me lo pensé más. En el fondo quería llegar allí con Jonathan y estar unidos en cuerpo y alma. Todo pasó muy rápido. De repente me vi quitándome rápidamente la falda y después las bragas, y a continuación subiéndome encima de Jonathan, con esa lluvia cayéndonos encima. Me quité también la chaqueta de punto. Él, con su brazo bueno, me desabotonó la camisa y me subió el sujetador con ansias, dejándome las copas por encima de mis pechos. La lluvia puso duros mis pezones enseguida. Le bajé la cremallera a Jonathan y, para mi sorpresa, estaba erecto. Fue fácil meterlo dentro de mí. Él gimió.

—¿Puedes sentirlo?—pregunté jadeando

—Sí, puedo sentir bastante más de lo que pensaba, pero no pares, por favor. Necesito llenarme de ti. —Entonces volví a besarle, apasionadamente, y empecé a moverme encima de él. Lentamente y luego más rápido. Me moría de gusto, de volver a estar con él así después de tanto tiempo. Quise decirle toda la verdad en ese momento, pero sabía que lo estropearía todo, así que decidí callar y limitarme a besarle, jadear y moverme. Jonathan aún me hizo estallar en más pedazos cuando empezó a besarme los pechos, a pasarme la lengua por los pezones y a succionarlos. Esas caricias eran nuevas para mí y sentí que el corazón se me salía del pecho de tanta excitación. Su brazo me rodeaba la cintura y con la mano me agarraba el culo, apretándome la piel, dándome alguna palmadita fuerte y volviéndome a agarrar como para asegurarse de que no fuera a quitarme. Era una pena que no pudiera mover el otro brazo, porque deseaba que me tocara por todas partes. Su boca no se desprendía de mis pechos, aunque a veces iba a mi cuello y lo besaba ávido de deseo, dándome chupetones, succiones, pasándome la lengua y, en algún momento dado, dándome pequeños mordiscos, y luego pasaba a mis pechos, como si temiese que no le dejase y quisiera aprovecharme al máximo. Estaba loco de deseo. Yo agarraba su pelo y me deshacía en gemidos. Sentía que estaba envuelta en un orgasmo continuo. Entonces, tras un rato, él me dio unos golpecitos en la cintura. Yo supe que era el momento y me retiré, bajándome de su regazo. No supe si llegó a eyacular, pero se abrochó el pantalón y echó la cabeza hacia atrás con una fuerte exhalación. Yo había tenido varios orgasmos y estaba

físicamente temblando, agotada y con la cabeza explotándome por lo que acababa de pasar. Incluso me sentía mareada del orgasmo tan fuerte que había tenido.

—Jonathan ¿estás bien? —le dije inclinándome hacia él. Puso derecha su cabeza y me besó en los labios.

—Estoy mejor que nunca. Vivo, feliz… No creí que pudiera experimentar algo así nunca más… Dios, Kate… Ha sido increíble… Eres increíble… —Le sonreí

—Entremos en casa, estamos empapados. —Me coloqué el sujetador, la blusa y la chaqueta y nos marchamos para casa como si nada hubiera pasado y volviéramos de un tranquilo paseo a la luz del día.

****

Me llevó mucho rato secar bien a Jonathan, vestirle y acostarle. Él, ahora que tenía su brazo bueno y era fuerte, me ayudaba a colocarle, a vestirle, pero aun así, al ser tan alto y corpulento, me costaba un poco y tardaba más de lo que me gustaba. Además, tenía que tomar medicinas para la tensión, los dolores musculares y los espasmos, y tenía que cambiarle la bolsa donde hacía sus necesidades. Al final, después de una hora, le tuve seco, vestido con pijama, limpio y acostado… Me daba la sensación de que estaba un poco pálido y que tiritaba. Estaba muy cansado y se durmió enseguida, no sin antes pedirme que me acostara con él a dormir. Le dije que no tardaría y me metí en el baño a terminar de asearme y ponerme ropa seca.

Me sentía mucho más cómoda ahora que estaba seca, con el pijama y en el calor de casa. Me hizo gracia ver que, al cambiarme de sujetador y ponerme uno deportivo para dormir, Jonathan había dejado pequeñas marcas rosas en mis pechos y otras más grandes y rojas en el cuello, fruto de sus apasionados besos. Me sentía en una nube y sonreía como una tonta.

No tenía ni idea de que Alex le había dado fármacos y tampoco esperaba que pudiera lograr una erección y sentirme. Eso me hizo pensar que Jonathan tenía segundas intenciones conmigo, quizá desde mucho antes de que yo lo sospechara. Esperaba no haber metido la pata y que después de esa noche fingiera que nada había pasado. Me daba pánico que me rechazara o dejara de quererme. Alejé ésos pensamientos y, al salir del baño, me metí en la cama, a su lado, sin moverme mucho para no despertarle. Me tumbé de lado mirándole, y sonreí feliz. Estaba justo donde quería estar.

****

A la mañana siguiente me desperté en la misma posición en la que me había acostado. Había dormido de un tirón y como un bebé. Lo primero que vi fue a Jonathan. El corazón me dio un vuelco cuando vi que estaba pálido como la cera y que su respiración era tan floja que parecía casi estar muerto. Tenía algo de ojeras y la boca entreabierta. Rápidamente me incorporé y me eché a su lado, cogiéndole de las muñecas

—¡Jonathan! —exclamé. Vi que no reaccionaba y le sacudí, pero nada. —¡Jonathan, por favor! —Entonces me puse a llorar. Salí de la cama y cogí el móvil. Eran las ocho y media. Llamé a Alex, que contestó con voz jovial. En cosa de una hora y media vendría a casa, pero yo necesitaba ayuda antes

—Alex al habla, ¿sí?

—Alex —sollocé—, ¿puedes venir a casa por favor? Jonathan está muy raro, no responde a mi voz, le muevo y nada y está muy pálido… Tiene pulso, pero no sé qué está pasando.

—No te muevas de allí, voy enseguida. ¡Llama al médico, Kate, a Peter! —Colgó.

En un tiempo que me pareció una eternidad, Peter y Alex se presentaron en Hamilton House. Yo no paraba de llorar. Les conduje a la habitación. Peter se reclinó sobre Jonathan, que aún seguía en ese estado letárgico, y sacó un estetoscopio, un termómetro y un tensiómetro. Alex le ayudaba. Yo me quedé en una esquina de la habitación, contemplando la escena sin parar de llorar, tan asustada que creí que necesitaría también asistencia. Me tapaba el cuello echándome el pelo largo sobre la cara. No quería tener que dar ese tipo de explicaciones. Tras un rato en el que Peter le examinó, por fin se volvió a mí y su voz era como el hielo.

—Kate, Jonathan está realmente mal… ¿Qué ha pasado aquí?

Entonces sentí que el mundo se cernía sobre mí y deseé morirme.

Capítulo 4

Se oyó un gran aplauso y multitud de personas que vitoreaban y silbaban.

Jonathan estaba sentado en el plató del programa de televisión de Howard Stern. Había mucha audiencia. Entre Stern y Jonathan había una gran mesa de caoba, con vasos de agua, los papeles del presentador y demás objetos.

—Bueno Jonathan, díganos qué tiene de diferente la señorita Catherine Foster. No nos negará que el sexo que han tenido ha sido espectacular… Incluso más espectacular que cuando estaba usted fuera de la silla —dijo pícaramente, a lo que algunas personas rieron. Había mucha luz de focos y Jonathan se sentía entre mareado y lleno de adrenalina. Llevaba un traje azul marino y una camisa blanca abierta. Sorprendentemente, estaba sentado con una pierna sobre la otra, podía moverse y no había ni rastro de la condenada silla.

—Lo supe en cuanto la vi. No es un parecido barato con Melissa, es como su doble. Y su personalidad es la de Melissa. Con ella no necesito usar un pañuelo para taparle media cara y creer que es Melissa. Cuando la miro a la cara y a los ojos, mi corazón me dice que es ella.

—Pero Melissa Cadwell murió hace años —apostilló Stern.

—Sí, eso me dijeron, pero puede que se haya reencarnado, no lo sé, pero solo sé que con esta chica es diferente en todos los sentidos. Con ella todo es natural, fluye… Siento que no tengo que mentir.

—Pero usted le dijo en el jardín que le diese tiempo… ¿dónde hemos oído eso antes? —Sonó una especie de alarma y en una gran pantalla salió la foto de Shannon. Jonathan se revolvió, incómodo, en el asiento—. Díganos, Jonathan, ¿qué le hizo cambiar en cuestión de horas?

—No lo sé, fue en la cena. Algo pasó. Quizá fue la música, el divertirnos, la manera en que me miró, me habló y me tocó… Solo sé que mi corazón lo supo. Con ella me sentía libre y feliz…

—Y díganos, ¿cómo cree que va a darle una vida decente en esa silla de ruedas? ¿No cree que ella está siendo simplemente compasiva? —Jonathan le clavó una mirada llena de odio.

—Kate me quiere. Y yo a ella. Esto no tiene nada que ver con compasión. Entre nosotros está pasando algo.

—Jonathan, por favor, sea sincero y diga la verdad —dijo Stern con cierta paciencia—. Usará a ésta chica como a todas las demás. Usted nunca ha querido a nadie desde la señorita Melissa Cadwell. Por favor, deje de engañar a las chicas y de comportarse como un psicópata usando ese pañuelo y tratándolas de ese modo. —La audiencia murmuró algo, lo que incrementó la incomodidad de Jonathan, que se sentía juzgado y

humillado—. Está dando miedo a la gente. No me extraña que llegase el día en que las matase…

—¡Cállese de una maldita vez! Usted no tiene ni idea de nada —dijo Jonathan con amargura—. Me largo de aquí. Por lo que a mí respecta, la entrevista ha terminado. —Jonathan hizo ademán de levantarse, pero no pudo. De repente estaba de nuevo postrado en su silla, y ya ni siquiera movía el brazo bueno. El pánico le recorrió todo el cuerpo. Stern empezó a reírse y la audiencia también. Jonathan miraba aterrado. Empezó a sudar, a sentirse caliente.

—¡Cállense¡ —rugió a punto casi de llorar, al ver que las carcajadas se hacían más ensordecedoras y ahora la gente le señalaba y se reía como si fuera un payaso de circo. Stern también se reía y sacó un pañuelo blanco del bolsillo de su chaqueta, que agitó con la mano entre risas—. ¡Callaos, malditos! ¡No sabéis por lo que he pasado!

Y entonces se echó a llorar, y entre gritos, solo pronunció un nombre, Melissa. Entonces, una mano huesuda le tocó el hombro. Él giró el cuello y vio a una Melissa sonriente y hermosa, que le miraba con dulzura.

—Melissa, eres tú… —rompió en sollozos—. No sabes cuánto te he echado de menos… No he podido vivir sin ti… No me puedo crear que seas tú, me dijeron que estabas muerta. —Jonathan tenía la cara surcada de lágrimas. Melissa, entonces, habló.

—Y lo estoy. Para ti. —Y se deshizo en cenizas que cayeron al suelo, en una masa de polvo gris. Jonathan miró aturdido y horrorizado. Empezó a gritar y el escenario dio vueltas, como un tiovivo fuera de control. Entonces se mareó y, entre gritos de horror y desesperación, todo se volvió negro y Jonathan perdió el sentido.

****

El viento me parecía más gélido que nunca. El cielo se había teñido de un gris ceniza como si se hubiera puesto de acuerdo para presentar su propio luto. El velo negro de seda me caía por la cara. El traje de chaqueta negro y los tacones altos me daban una imagen de mujer fuerte, elegante, pero teñida de amargura.

Su ataúd era brillante, de roble, y él reposaba dentro, impecablemente vestido, con sus largas y blancas manos reposando sobre su estómago. Su cara presentaba un aspecto relajado, formal. Pareciera que estaba durmiendo y que se despertaría en cualquier momento, pero había caído en el sueño eterno, ese del que nadie podía ya volver.

—Jonathan —sollocé… Alargué la mano para tocarle. Mucha gente lloraba por él. El cura con su sermón no consiguió quitar de mi maltratado corazón ese dolor lacerante. El olor a incienso casi me mareaba.

Decidí salir fuera a tomar el aire. Divisé una colina, cerca de la costa, no muy lejos de donde yo me hallaba. Había un niño vestido con un traje negro a lo lejos. No había reparado en él antes y no me constaba que hubiera ningún niño en el entierro. Me miraba serio, apenado

—Le dejaste morir —me dijo acusador. Yo abrí la boca, pero no me salían las palabras, era como esas pesadillas donde no puedes hablar o moverte. Quería decirle que no podía expresar con palabras mi grandísimo dolor, pero que si podía sentir mi corazón, notaría que era hiel lo que me recorría las venas y el alma—. Le dejaste morir —repitió. Entonces desapareció y yo, de pronto, recobré la voz y le grité desesperadamente que volviera, pero no aparecía.

Alguien me tocó el hombro, una mano larga, y me di la vuelta. Era Jonathan, de pie, con su traje oscuro y su corbata azabache, el mismo traje que le puso su madre para amortajarle, mirándome pálido, demacrado y ojeroso.

—Me dejaste morir —me dijo con voz rota. Entonces grité con todas mis fuerzas mientras sentía que caía en el pozo de la locura

****

—¡Kate! ¡Kate! —gritó una voz masculina. Me agarró por los hombros, abrí bien los ojos.

Estaba en mi habitación de Hamilton House, tumbada en mi cama. Peter estaba sentado en la cama, a mi lado, mirándome preocupado y con gesto compungido.

Me di cuenta de que me había despertado gritando. Me sentía confusa.

—Peter… —le susurré, agarrándome a su brazo. Entonces Jonathan me vino a la mente y me incorporé de la cama como activada por un resorte. Necesitaba verle, era como si me faltara el aire y no pudiera respirar, pero Peter no me dejó levantarme.

—No, necesitas descansar, quédate quieta, por favor. Te he administrado un sedante porque estabas muy nerviosa. Te subió mucho la tensión. Te desmayaste.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Jonathan? Dime que está bien, por favor. —Le agarré de la manga del traje con desesperación. Iba a echarme a llorar de nuevo.

—Jonathan está bien. Estable. —El corazón pareció relajarse y el nudo que me atenazaba la garganta aflojó. Mi mente me había jugado una mala pasada con un sueño cruel—. Le tuve que pinchar adrenalina para que se despertara. Lo hizo y está bien, puede hablar, está consciente y todo va bien. También le he suministrado un antibiótico. Alex está con él… Kate, Jonathan ha cogido un resfriado y

ya sabes que en su estado se pone peor que cualquier persona… Cuéntame qué ha pasado, por favor. Él no ha querido contarme nada.

—Es demasiado personal, Peter —dije avergonzada.

—Mira Kate, hace mucho tiempo que te conozco, y conozco a tu familia, y sé por qué estás aquí. Sé todo lo que le estás ocultando a Jonathan, te estoy cubriendo y ayudando con todo tu plan, así que no me vengas ahora con secretos. —Le miré y comprendí que tenía razón.

Peter, aparte de haber sido mi médico, se convirtió en mi mejor amigo. Visitaba a veces a mi familia, quedábamos a comer, y él sabía todo el plan que había elucubrado para meterme en Hamilton House y conseguir el propósito de mejorar a Jonathan y recuperarle. Él no sabía nada de todo lo que le esperaba, y yo no creí prudente contárselo todavía. Eran noticias demasiado fuertes y le quería concentrado en su recuperación, que pensara en la terapia, la hiciera con ganas y fuera optimista y positivo. Tenerlo deprimido, cansado y con la mente hecha añicos solo serviría para retroceder en su recuperación y yo quería que su salud mejorara y saliera de esa silla.

—De acuerdo. Anoche pedimos comida china y nos trajeron un licor de flores… Jonathan bebió un poco más de la cuenta… Después, en el jardín, nosotros… bueno, no sé cómo llegamos ahí, Peter, pero hicimos el amor… —Miré hacia el suelo avergonzada. Me costaba hablar de ello muchísimo. Ya siquiera pensarlo hacía que sintiera que quería esconderme. Mucha gente me tacharía de loca o de golfa por haber llegado a ese punto en vez de limitarme a cuidar de él y ser una simple cuidadora, pero no su amante, o medio novia, o lo que fuese que fuéramos—. Él me dijo que había tomado pastillas para que le estimularan para tener una erección… y así fue. El caso es que llovía y nos empapamos. Hicimos el amor con la lluvia cayéndonos encima… En casa le sequé y le cambié de ropa enseguida, pero noté que estaba pálido y que tiritaba y… Dios mío, Peter me siento fatal… —Mi voz se convirtió en un sollozo—. Yo tengo la culpa de que Jonathan esté así…

—Tranquila Kate, Jonathan está bien. Entiendo que llegarais a ese punto, no tienes que avergonzarte de nada. Tú le quieres y es evidente que él también. ¿Crees que lo sabe?

—No creo… no sé… Dice que le recuerdo a Melissa. —Peter sonrió y asintió un poco con la cabeza.

—¿Has hablado con Greyer? —Negué con la cabeza.

—No he tenido tiempo. Jonathan se pasa casi todo el día conmigo, y no quería hacerlo con él cerca para que no me escuchara.

—Deberías llamarle ahora. Jonathan está acostado y Alex está haciendo los ejercicios de fisioterapia con él. Creo que tienes un rato antes de que te reclame. Yo te cubro, anda… —Sonreí y abracé a Peter.

—Gracias Pete, eres increíble. Te quiero. —Él me abrazó con fuerza y suspiró.

—Y yo a ti, preciosa. —Me dio un beso en la cabeza y se separó de mí—. Tienes que darle el antibiótico cada ocho horas ¿vale? Ah, y otra cosa, el alcohol de ese licor, por poco que fuera, hizo reacción con las pastillas de… ya sabes… Eso y el resfriado con la fiebre y demás hicieron que Jonathan se quedara inconsciente… Digamos que le agotó todas sus fuerzas. La fiebre también le adormeció… Tienes suerte de que sea tan fuerte. Pero, por favor, Kate, ten cuidado con él. Su cuerpo es como de cristal por dentro. Cualquier fallo puede provocarle la muerte. —Me dio un vuelco el corazón.

—No volverá a pasar, Peter, lo juro… —Y era verdad. Había sido muy inconsciente, pero tendría cuidado y no volveríamos a hacer algo tan temerario. En su estado de salud no podíamos permitirnos muchas locuras. Peter asintió satisfecho y me tiró su móvil—. Llama a Greyer, anda. Te veo en 15 minutos. —Me guiñó el ojo, yo le sonreí y cogí el móvil mientras él salía de la habitación en dirección a la de Jonathan.

Cogí el móvil de Peter y marqué el número.

****

Al tercer tono descolgaron el teléfono.

Una voz de mujer contestó y yo sonreí. Era agradable escuchar una voz amiga.

—Hola Molly —saludé alegre.

—¡Kate! —exclamó animada—. Querida, ¿dónde te habías metido? Nos extrañaba mucho que no hubieras llamado en tanto tiempo. Estuve a punto de llamarte, pero pensamos que quizá era arriesgado.

—No he podido antes, Molly. Jonathan y yo nos hemos acercado tanto que se pasa prácticamente el día entero pegado a mí, pero supongo que eso es bueno

—Por supuesto que sí, querida. Pero cuéntame cómo va todo

—Pues a nivel emocional, Jonathan está muy receptivo. Estamos muy unidos y ha recuperado la movilidad de un brazo gracias a la diadema de impulsos eléctricos.

—¡Pero Kate, eso es grandioso! —exclamó como si se echara a llorar—. ¡Cuánto me alegro, querida! Por fin otro milagro…

—Bueno, eso espero, que la operación de Peter dé sus frutos… y, como último recurso, las investigaciones de Robert. Pero ojalá la operación sea un éxito… Me da miedo que no funcione con Jonathan y él quiera dejarlo todo. Le quiero, Molly, no me imagino la vida sin él ahora que estoy de nuevo con él y… —Sentí que iba a llorar. Tuve que parar de hablar y respirar hondo.

—Querida, tranquila, respira. Escúchame, Jonathan lo va a

superar, estoy segurísima. Fíjate lo del brazo, ¿no es eso suficiente prueba?

—Ya, Molly, pero sabes que ha habido casos de personas que recuperan una parte, un 20%, un 35%, y de ahí ya no pasan… Creo que Jonathan está en un 20%, pero él quiere más, y no le culpo… Pero tengo miedo… aunque intento no pensarlo. Disfruto cada día de él, pero mi miedo está ahí…

—Todo va a salir bien, Kate, como hasta ahora. Tú eres una luchadora y ya le has dado a ese joven una tabla en la que apoyarse. Antes de ti he oído que no soportaba a casi nadie a su alrededor, pero contigo ha cambiado.

—Sí, pero eso es porque le he traído esperanza y una posibilidad de mejoría. Que yo haya sido una tetrapléjica antes le ha hecho confiar en mí porque sabe que sé cómo se siente. Y él está viendo una mejoría, y que su vida puede cambiar. Antes de mí no tuvo nada de eso y entiendo que se le agriara el carácter. También dice que le recuerdo a Melissa y creo que eso le está dando fuerza y razones para vivir. Por cierto, ¿están por ahí Greyer o Erik?

—Erik ha ido a casa de Bessie Palmer a hacer una obra en el baño. Le van a pagar bien. Y Greyer está jugando en el jardín, cada día está más grande. Todos los días pregunta por ti y te echa mucho de menos, Kate. ¿Crees que podrás venir a visitarle?

—Quisiera hacer una escapada, pero de momento Jonathan me absorbe completamente… Yo también le echo de menos y se me hace tan duro no verle… —Mi voz sonaba triste.

—Espera, mira, aquí viene. Oí que se abría una puerta y la risa de un niño

—Molly, no te olvidas de que diga…

—Sí, sí, lo sé, tranquila… Te lo paso. —Greyer cogió el teléfono.

—¿Tía Kate? —el corazón me dio un vuelco.

—¡Cariño! Greyer, mi vida, ¿cómo estás? —Cuánto hubiera dado por verle y poder abrazarle.

—Te echo de menos —dijo con voz triste—. ¿Cuándo vas a venir?

—Cariño, te prometo que pronto. Sabes que Jonathan está malito y necesita que le cuiden mucho.

—Tengo ganas de ver a Jonathan, tía Kate. —Su voz se tornaba algo triste y sentí que me dolía el corazón de pena.

—Lo sé cariño, pronto haré que os conozcáis, seguro que Jonathan estará encantado de tenerte por aquí.

—¿Puedo llevarme mis Transformers? ¿Y mis Lego de Star Wars? ¿Crees que le gustarán? —Sonreí.

—Pues claro que sí, mi vida. ¿Qué tal el colegio y los amigos?

—Muy bien, la señora Evans me puso un sobresaliente en Tecnología, construí una maqueta de la casa de Hamilton House con

luz. Vi la foto en Internet, me la enseñó Molly. Es para Jonathan, cuando vaya a verle… —dijo con voz dulce… Sentí que se me derretía el corazón.

—Cariño, qué detalle tan bonito. Y felicidades, eres todo un genio. La señora Evans debe estar muy orgullosa de ti.

—Sí, eso dice, y el otro día fui al cumpleaños de Tony Salomón, bebió demasiada Coca Cola y se hinchó de tarta, y tuvo una diarrea que se pasó una hora en el baño. —Él se rio, y yo también.

—Vaya, pobre Tony, eso le enseñará a no ser tan glotón…

—Sí, supongo —comentó distraído—. Tía Kate, ¿cuándo vas a venir a verme? —odiaba esa pregunta porque nunca sabía la respuesta.

—Pues pronto, cariño. Te prometo que iré yo a verte o vendrás tú aquí. Ten preparado tus Legos y la casita con luz, ¿vale?

—Vale… Te he mandado un dibujo que hice en clase de informática. Lo mandé a una dirección que me dio mamá, dice que es tu mail. ¿Puedes verlo?

—Sí, cariño, por supuesto. Ahora encenderé el ordenador y lo miraré ¿vale?

—Vale… Te quiero, tía. —Dio un sonoro beso al teléfono—. Tengo que irme, te quiero.

—Yo también te quiero, Greyer, nos veremos pronto, corazón. Miraré tu dibujo y pensaré en ti. Nos veremos pronto. Te quiero mucho. —Le mandé otro beso. Entonces Molly cogió el teléfono.

—Kate

—Oh, Molly, le echo tanto de menos. Cada vez me cuesta más llamar —dije con un suspiro.

—Tranquila, querida, aquí está bien. Juega con sus amigos, estudia mucho y es un niño muy feliz. Ojala Jonathan le invite a casa y se conozcan.

—Sí, es hora de que empiece a mover esos hilos. Bueno, tengo que colgar ya, voy a ver qué tal está Jonathan, creo que ya acaba su sesión de fisioterapia. No me llames tú, yo te llamo, ¿vale?

—Vale. Cuídate mucho Kate. Te queremos.

—Gracias, y yo a vosotros. Hasta pronto. —Colgué. Necesité un buen rato para serenarme y poder parecer normal. No quería que Jonathan me notara lo sensible que me sentía en ese momento. Me enjugué unas lágrimas que me salieron por los ojos y fui al estudio de Jonathan para encender el ordenador.

****

Paul Weston quedó con Alan Tremain en una calle oscura, de noche, donde nadie podía verlos ni oírlos. Había algunas farolas cerca del muelle y un poco de niebla fruto de la noche cerrada y fría. Los dos

hombres llegaron a tiempo.

—Bien, aquí tienes lo que te prometí. Cien mil dólares. —Le entregó un sobre cerrado a Alan, que lo cogió sin decir nada, lo abrió y lo contó, para después guardarlo en el bolsillo del anorak.

—Muy bien. Aquí está el plano de cómo hacerlo. Solo tienes que levantar el capó del coche y alterar unos cables. Los que vienen indicados en rojo en el plano. Le fallarán los frenos y no podrá cambiar de velocidad. Si coge una curva peligrosa, de seguro que se saldrá de la carretera y te la habrás quitado de encima. Además hay otra cosa. Un micro chip del tamaño de un grano de arroz. Lo último en tecnología japonesa. Pégalo dentro del coche, en un cable cualquiera. Cuando el coche se estrelle, a los cinco minutos habrá una explosión. Todo quedará calcinado y nadie sabrá que esos cables fueron alterados.

—Perfecto… ¿Crees que será fiable? No quisiera probar con los dos la toxina, podría resultar sospechoso… Sin embargo, si una de las muertes es por accidente de coche quedará más normal.

—Lo he hecho antes, Weston, ¿qué te crees, que soy un novato? —le dijo en tono molesto.

—Solo espero que funcione. Te he pagado bien y espero un trabajo perfecto.

—Lo tendrás. Hazlo como pone en el papel. Llámame si necesitas otro encargo… —Alan empezó a alejarse. Paul se abrochó la gabardina, y guardó los papeles celosamente en un portafolio.

Se alejó de allí enseguida, con su silueta perdiéndose en la fría noche.

****

Cuando leí el mail, sentí que me apuñalaban. Me sentí en cierta manera traicionada, dolida, confusa. Podía entender que lo hubiera hecho para disipar las dudas; seguramente yo habría hecho igual, pero igualmente me sentía mal.

Jonathan se había dejado abierta la sesión de Hotmail. Pude ver sus correos, y me chocó ver uno que mandó a un tal Sanders, donde ponía como asunto «Kate Foster. Urgente». Lo abrí y lo leí unas veinte veces.

Sanders, necesito de tus servicios otra vez. Quiero que investigues a Catherine Foster. Necesito saber quién es, su pasado, su vida… Es muy importante que me des información lo antes posible.

En cuanto sepas algo, llámame por favor o envíame un correo.

Gracias

Atentamente

Así que Jonathan no se fiaba de mí. Eso había sido un golpe bajo. El hecho de que dijese varias veces que le recordaba a Melissa había sido ya un indicativo de que algo le olía mal.

Tenía que arreglarlo lo antes posible. Hacía dos días de ese mail. Vi la dirección del despacho de Sanders y decidí ir presurosa hasta allí.

****

Pude salir con la excusa de que tenía que ir a la farmacia a comprar paños higiénicos y calmantes para una menstruación que no tenía. Parecía ridículo, pero no se me ocurrió otra cosa cuando Jonathan demandó que me quedara con él en la habitación. Se encontraba mejor, pero todavía algo débil. Le dejé con Alex y Peter y le aseguré que volvería pronto. Cogí el coche de Alex y me dirigí a la ciudad.

El despacho de Sanders estaba en un edificio de varias plantas. No me costó encontrarlo. Subí presurosa las escaleras y llamé a la puerta. Fuera estaba lloviendo y plegué el paraguas que llevaba, dejando todo el suelo mojado.

Me abrieron enseguida. Un hombre de unos cincuenta años, alto, con pelo gris y ojos oscuros. Nos miramos.

—¿Es usted, Sanders? —pregunté.

—Así es, ¿qué desea?

—Necesito entrar, por favor. Vengo de parte de Jonathan Hamilton.

—Pase, por favor. —Le di las gracias y entré a su despacho, muy amplio y bien iluminado—. Siéntese señorita… —Me senté en una de las dos sillas que había frente a su escritorio de roble. Tenía un ordenador y muchas carpetas, ficheros y papeles—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Verá, sé que Jonathan le ha pedido que investigue a Catherine Foster. Esa soy yo… Y le pido que, por el bien de Jonathan, no lo haga. Necesito que esté concentrado en su recuperación, que se sienta optimista y motivado para hacer las terapias. Cuando está deprimido, apenas come, y su madre me dijo que creyeron que iba a morirse en un par de ocasiones… Si él descubre mi pasado no tendrá en la cabeza más que pesar y preocupación. Hágalo por él, por favor. Si aprecia su vida, no le diga nada de quién soy. Por lo menos todavía… —le dije con gesto suplicante, rogando para que mi cara compungida le ablandara el corazón. Él me miró, entre serio e incómodo.

—Señorita Foster, esta conversación es una locura… La verdad, de haber sabido esto, no la hubiera dejado pasar… Yo trabajo para el señor Hamilton y no puedo mentirle, compréndalo.

—Señor Sanders, a usted no le conviene quedar mal con Jonathan. —Decidí atacar, puesto que él había decidido sacar los colmillos—. Hizo mal su trabajo aquella vez que él le contrató. Sin embargo, si me ayuda a no desvelarle mi identidad, yo le ayudaré. Si pierde a Jonathan de cliente, le proporcionaré otros clientes que estarán encantados de contar con sus servicios.

—No entiendo nada, señorita Foster. ¿Qué quiere decir con que hice mal mi trabajo?

—Usted le dijo a Jonathan que su novia Melissa Cadwell había muerto hace años.

—Y así fue… —Contestó con voz gélida.

—No es verdad. ¿Sabe por qué? Porque yo soy Melissa Cadwell. —Le tiré mi documento de identidad a la mesa. Le miré triunfal y henchida de orgullo. Él lo miró, me miró a mí y supe que tenía agarrado a Sanders justo donde quería…

****

Sanders palideció como la cera. Nunca hubiera pensado que un secreto que se le antojaba un tanto insignificante pudiera salir a la luz. Una vez que una persona lo sabía, ya estaba todo perdido.

Kate Foster era de una belleza increíble. Con sus ojos verdes, sus labios carnosos, el pelo largo liso y castaño. Tenía cara de muñeca, pero en sus ojos brillaba la astucia y la inteligencia. Sanders sabía que con alguien así no se podía jugar. Tratar de engañarla hubiera sido inútil y habría complicado todo mucho más. Eso le recordaba a Elizabeth Hamilton King, pero, a diferencia de ella, en Kate no se veía esa soberbia y aire de maldad que Elizabeth escupía por cada poro de su piel. A Kate se la veía una chica fuerte y decidida con ganas de luchar, pero no se la veía cruel ni maliciosa.

Esa era Melissa Cadwell, la famosa Kate Foster que cuidaba de Jonathan Hamilton. A Sanders le pareció de locos cómo el mundo giraba y daba la vuelta a las situaciones más complicadas. Él pensaba que esa chica ya se habría olvidado de Jonathan y estaría casada con otro y con hijos. Y de alguna forma se las había ingeniado para meterse de nuevo en la vida de Jonathan después de doce años, sin levantar sospechas sobre su verdadera vida. Alguien que conseguía eso merecía la medalla de oro al ingenio, porque, además, Jonathan no tenía ni idea de nada, ni de ella, ni del niño, aunque para ser justos, lo del niño era imposible de saber. Elizabeth se había guardado bien de ocultarlo.

Casi le pareció revivir aquella mañana, hacía casi cinco años desde que Elizabeth se presentó en su despacho una mañana. Llevaba un traje rojo de Dior y el pelo rubio recogido a ambos lados, con un

flequillo perfecto y un cutis que parecía porcelana. Sin mucha ceremonia, se sentó enfrente de la mesa de Sanders, dodne ahora estaba Melissa.

****

5 años antes

—Señor Sanders, sé que mi hijo le ha contratado para encontrar a su ex novia… por llamarla algo —dijo en un gesto de indiferencia—. En realidad, fue el típico escarceo amoroso de verano, nada importante. Aquí tiene, en este sobre, medio millón de dólares. Cójalo y olvídese del caso de mi hijo. —Sanders la miró atónito.

—Perdone, señora Hamilton, pero no veo por qué tendría que olvidarme. Es mi trabajo, me gusta, y me contrató el señor Hamilton hijo, no usted… Seguro que si le cuento esto subirá la oferta y pasará de ese millón… A él le interesa encontrar a esa chica. Usted no querrá que su hijo se entere de que usted le espía y que quiere inmiscuirse en esto ¿verdad? —Elizabeth le miró y sonrió como si recordara algo gracioso.

—Sr Sanders, déjeme que le sea clara. Mi marido y yo teníamos el ordenador de Jonathan hackeado o pinchado, llámelo como quiera… No nos fiábamos de él. Es nuestro hijo y sabíamos que a la larga haría algo para encontrar a esa chica. Como no pudo encontrarla por redes sociales o Internet, recurrió a usted. Mi marido falleció, pero yo cuido de Jonathan y he leído los e-mails. Si busca a esa chica, si le dice que está viva, le aseguro que no volverá a trabajar jamás de este trabajo «que le gusta» —apostilló con malicia—. Tengo los contactos suficientes para que no consiga clientes y empiece a nacer una mala fama sobre usted. Así que usted decide… —Ella se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el asiento, y cruzó las piernas. Sanders pensó que bien podría haber sido la mujer de un mafioso. Elizabeth era una mujer, pero con el alma de un hombre de negocios duro y frío—. Además, no querrá que su mujer se entere de esa amiguita del banco que tiene… ¿verdad?

Sanders tragó saliva con dificultad y comprendió que era imposible luchar. Pero, ¿cómo sabía ella eso?

—Está bien… usted gana… por ahora. No crea que su hijo no se enterará con el tiempo. Y ese día le perderá para siempre.

—No me cuente historias fantásticas, señor Sanders —dijo ella en tono chulesco—. Para entonces, mi hijo estará casado felizmente y tendrá más que olvidada a esa chica. No se acordará ni de su nombre… Además, no sé qué podría aportar alguien como ella en la vida de Jonathan. Desde luego, nada importante o que sea de vida o muerte. Y hablando de muerte… dígale a mi hijo que está muerta. Que tuvo un accidente. Como se le ocurra decirle la verdad, lo lamentará.

—¿Qué verdad, señora? ¿Que existe y está viva? Eso él ya lo sabe.

—No, señor Sanders. Me enteré por mis medios de que esa fulana

se dejó hacer un hijo. Por las fechas de nacimiento, coincide con la fecha de cuando mi hijo se acostó con ella. Tuvieron relaciones en julio o agosto, y en mayo nació ese crío… Además, le puso de nombre Jonathan Daniel. Así figura en el registro. Jonathan de primer nombre, ¡ja! Creo que está bastante claro quién es el padre.

—Señora Hamilton, pero… ¡es su nieto! ¿Es que va a hacer como si no existiera? Ese niño no tiene ninguna culpa, y ahora tendrá siete años, seguro que es un niño encantador, ¿es que no quiere conocerle ni que su hijo sepa de él? Quizá él quiera tener relación con ese niño, no puede decidir por él y negarle ese derecho —exclamó Sanders escandalizado.

—Sanders, no se lo repetiré más. No quiero a esa chica pobre e inculta en mi familia. Ni a ese niño que, seguramente, con los años, será el típico golfo de barrio… A saber cómo se está criando y qué gente trae a casa su madre. No quiero en mi casa a un demonio; además, eso sería un problema para Jonathan, una distracción, y tendría su vida arruinada. No muchas chicas ricas que conozca quieren aguantar al hijo de otra. Eso quitaría posibilidades de matrimonio a Jonathan y de cara al público le haría parecer débil y sucio. Ni se le ocurra. Se lo advierto.

—¡Y le da igual su hijo? ¿Es que no ve que quiere a esa chica de verdad? Le está haciendo infeliz al negarse a que la tenga de nuevo

—Precisamente porque me importa mi hijo y quiero que sea feliz. ¿Cree que quiere estar atado de por vida a un amor adolescente? Jonathan es un tiburón de la vida, necesita hacer viajes, deportes, salidas, conocer gente de todo tipo. Usted no le conoce. No sería feliz atado a una chica y un niño. —Elizabeth se levantó—. Use bien ese dinero.—Salió del despacho con elegancia y dejando en el ambiente un aroma dulce del perfume que llevaba.

Sanders miró el sobre de dinero. Se sentía sucio y vulnerable. Como si hubiera hecho un pacto con el mismo Satanás.

****

Día Presente

No me eché a llorar, pero estuve a punto. Sanders me contó con detalle cómo Elizabeth puso barreras para que Jonathan nunca me contactara. Pero me dolió aún más que no quisiera a su propio nieto, un niño inocente. Como madre, me dolía que rechazaran a mi hijo, y más su abuela. ¿Qué clase de familia paterna iba a tener mi hijo? Nunca hubiera imaginado nada así. Sanders parecía apesadumbrado y arrepentido. Me daba lástima.

—Lo siento mucho señorita Cadwell. No quise hacerle daño, ni a usted ni a Jonathan, pero me jugaba mucho…

—Lo entiendo —dije con un hilo de voz—. No pasa nada… En fin, mientras no cuente nada de mí… En realidad, soy Melissa Cadwell. Catherine es mi segundo nombre. Años más tarde conocí a mi padre, Thomas Foster. Él contactó con mi abuela Nana y esta le puso en contacto conmigo después de años de ausencia. Entonces tomé su apellido. Resultó ser un buen padre y mantenemos contacto. Mi madre murió hace tres años de un cáncer de huesos…

—Lo siento mucho… ¿Y su hijo?

—No puedo decírselo. Entonces sabría tanto como yo. En el momento indicado, ya le diré si le necesito para que me apoye en dar a conocer a Jonathan mi identidad. Puede que cuando se lo diga no me crea, así que no estaría mal tener un confidente. —Me levanté de la mesa y le eché una última mirada—. Si quiere arreglar lo que hizo en el pasado, no le diga a Jonathan quién soy. Ahora no puede tener emociones fuertes ni distracciones. Necesito toda su energía física y mental centrada en su recuperación. Por favor…

—Se lo prometo. No diré nada, de verdad. —Sonó sincero.

—Bien, entonces adiós, señor Sanders. —Me marché. Durante todo el camino a Hamilton House empecé a sentir que la llama del odio se avivaba en mí. No podía creer que la madre de Jonathan hubiera sido tan pérfida. Me sentía dolida y triste. Si Jonathan supiera eso, la echaría de casa a patadas, pero yo tampoco quería ocasionar una disputa familiar tan grave. Me callaría, como siempre.

Si podía soportar el grandísimo peso de ocultar a Jonathan mi identidad y otras cosas, tendría que sumar otro pesado secreto más a mi mochila particular de cargas emocionales. El silencio bien podía ser tan doloroso como unas palabras que, una vez dichas, lo destruyen todo.

****

Alex ya había terminado la sesión de fisioterapia con Jonathan. Estaba

afeitándole cuando Jonathan decidió compartir confidencias. Alex era para él, más que un cuidador, un buen amigo. Ahora que Kate no estaba en casa podía hablar abiertamente del tema que tenía metido en la cabeza y al que le había dado vueltas día tras día.

—Es curioso, estaba recordando la vez que en el campamento Blue Lagoon hicimos un juego donde teníamos que usar pseudónimos —comentó Jonathan con una media sonrisa, mientras Alex le pasaba la cuchilla por la mejilla derecha.

—¿Cuál era el tuyo? —interrumpió Jonathan con una sonrisa, antes de que Jonathan pudiera contar nada más.

—Daniel. —Sonrió Jonathan—. Me llamaba Daniel. El caso es que me gusta ese nombre. ¿Te imaginas, Jonathan Daniel? Ja, ja, ja, no soy fan de esos nombres compuestos que suenan fatal, pero reconozco que no me hubiera importado llamarme así… —Alex sonrió mientras le pasaba la cuchilla por la mandíbula. Entonces Jonathan decidió seguir. Tenía que contárselo a alguien antes de que le explotara por dentro—. Me pasa una cosa rara con Kate… —dijo en un tono más serio.

—¿El qué? Es una chica estupenda —dijo Alex resuelto.

—Precisamente. Es conmigo muy dulce, cariñosa, atenta… No creo que se abra tanto con todo el mundo. El resto del tiempo es amable y correcta, pero conmigo es como que abre un lado más que con el resto tiene cerrado. No sé cómo explicarlo. Me recuerda mucho a una chica que conocí en el campamento Blue Lagoon cuando yo tenía dieciséis años. Fue mi primera novia, mi primer amor, mi primer contacto con el sexo…, pero me dejó marcado. Nunca he dejado de quererla, y eso que no la he vuelto a ver desde hace doce años. Pero Kate me la recuerda mucho. En sus ojos… es como ver a Melissa. Los tienen iguales… y la sonrisa… Es muy raro. A veces le observo atentamente y le veo muchos gestos con Melissa. El pelo y la nariz son diferentes, y es imposible que sea ella porque, según parece, Melissa murió. —Alex se quedó parado unos segundos.

—Lo siento, Jon… Vaya… Quizá sea una doble o algo, dicen que todos tenemos un doble en el mundo o gente muy parecida a otra. No es imposible, ¿no?

—No es solo parecerse, es que es su forma de mirarme, de hablar, de cómo me trata… no sé. Desde que entró en mi vida, cada vez se hunde más dentro de mí. Creo que estoy enamorado de ella, Alex… Pienso en ella todo el día, y si no la tengo a mi lado, siento como una llama que me arde por dentro de dolor… Es como si estuviera enamorado de ella y de Melissa a la vez. Me siento realmente confuso. Feliz, pero también algo preocupado. Sé que no tiene sentido decir que pudiera ser Melissa.

—¿Estás seguro de que murió? ¿Quién te lo dijo? —Jonathan miró

a Alex con una chispa de sorpresa en los ojos y también sintió un soplo de esperanza y de nervios.

—Un detective privado que contraté. Dijo que murió en un accidente doméstico.

—¿Y te lo creíste? O sea, ¿cómo sabes que de verdad pasó eso? ¿Te trajo pruebas?

—No, lo que se entiende por pruebas cien por cien… Pero, ¿por qué habría de mentirme?

—No me hagas caso, estoy leyendo demasiadas novelas de conspiraciones ja, ja, ja. —Jonathan no se rio. Se quedó un buen rato pensando en la posibilidad de que Sanders se hubiera equivocado o hubiera pasado algo que lo enredara todo, tapando la verdad… Pero no tenía sentido pensar que fuera Melissa porque la nariz era algo diferente, no como la de Melissa, y eso sí que él no lo había olvidado. El destino se había vuelto a reír de él, a gastarle una broma pesada. Él, que en otro tiempo era una persona que no paraba quieta y no aguantaba sentado más de diez minutos y ahora postrado en una silla todo el día. Y Kate Foster, con sus maneras y parecido con Melissa. Sí, verdaderamente el destino podía ser cruel. Jonathan cerró los ojos y decidió relajarse mientras Alex le terminaba de afeitar, pero con esos pensamientos y dudas, y lo que acababa de decir Alex, no lo consiguió.

****

Peter Carver estaba preparando todo lo necesario para iniciar la operación con Jonathan Hamilton. En un mes se haría, y se vería si podría presumir de tener tres pacientes curados o seguir reduciéndose a dos. Kate y Annie Marchesky eran las únicas que habían recuperado la movilidad tras mucha rehabilitación, fármacos, la operación y terapias. Pero cada una podía moverse, andar, correr y nadie que las viera hubiera pensado jamás que una vez estuvieron en sillas de ruedas.

Pero Peter estaba preocupado, solo que no le había dicho nada a Kate para no preocuparla. Él sabía lo de su pasado, lo de su hijo, y le daba pena lo que esa chica dulce de sonrisa angelical había aguantado, y aún aguantaba una carga pesada. Estar con el padre de su hijo, su amor verdadero, y no poder ni decírselo.

No, no podía cargarla más, no fuera a hacerse añicos. Necesitaba tener entereza para apoyar a Jonathan, para darle fuerzas, y si la tenía preocupada y hecha un manojo de nervios, no podría ayudar a Jonathan, y eso era dar un montón de pasos atrás antes de hacer la operación.

Peter se quedó pensativo en el escritorio de su despacho. Se pasaba un

bolígrafo por los dedos, con las piernas cruzadas y el gesto perdido, pero su mente se concentraba en Ivan Melko, un joven que se había recuperado con una terapia de impulsos eléctricos, pero que, inexplicablemente, parecía haber ido hacia atrás. Pensó en Jonathan, y empezó a preocuparle que perdiera de nuevo la movilidad de su brazo izquierdo. Pensó en cómo se lo tomaría y cómo se sentiría Kate, aunque no dijera nada.

Esa operación tenía que salir bien. Debía salir bien. Si no, se podría probar con otra operación que el doctor Robert tenía en proyecto y que Jonathan sería el pionero en probar, pero podía quedarse en la mesa de operaciones.

Peter le informó de este problema a Jonathan, y él contestó, durante un momento en que Kate no estaba en la habitación. Recordaba sus palabras como fuego grabado:

—Peter, no quiero que informes a Kate sobre el riesgo de la operación de Robert. Por favor, no quiero que se preocupe —dijo con tono de súplica. Peter sintió que le dolía el alma. Por Jonathan, pero sobre todo por Kate y Daniel. Sentía casi haberle dicho a Jonathan lo de la nueva operación, pero, como médico, tenía que informarle. Además si había una posibilidad de cura…

—Jonathan, esa operación te pone en el filo de la muerte… Si no sale bien, podrías morir… Es una operación larga y complicada, y no sabemos lo que aguantará tu cuerpo, podrías tener un fallo cardíaco durante el proceso. Entonces dejarías a Kate sola, ¿es que no te importa? ¿Podrías vivir con ella aunque fuera en este estado?

—Peter, claro que Kate me importa. CadCada día la quiero más, y con ella me siento más feliz que antes. Pero es mi cuerpo. A veces tengo dolores y no le digo nada a Kate porque me duele verla triste. Pero no puedo vivir con el miedo de ir a peor… si me voy a morir dentro de tres años, ¿qué más da hacerlo antes? Yo no sufriré más y ella tampoco… —Jonathan miró al suelo, entre triste y cansado de tener que dar explicaciones. Peter le miraba, triste también. Se moría por decirle que tenía un hijo, y que Kate no era Kate, sino Melissa, pero quizá el impacto le dejaría hecho polvo y sería peor… o mejor… Peter ya no sabía qué era lo mejor. Solo sabía que Kate le había dicho que no dijera nada, y así lo haría. Por respeto a ella y a su confianza en él. Pero ahora Jonathan y él tenían otro secreto, y Peter no quería ocultar nada a Kate. Decidió convencerle usando palabras que removieran en Jonathan sentimientos y sobretodo el sentimiento de culpa.

—La dejarás peor si haces eso. La harás un daño irreparable. No la hagas eso, por favor, no se lo merece… Nadie merece cargar con un corazón roto por la decisión de otro. —Jonathan desvió la mirada y suspiró. Entonces pensó en el daño con el que había cargado la mitad de su

vida. Quedarse sin su amor verdadero, Melissa, solo porque a alguien no le dio la gana de que estuvieran juntos.

Estaba harto de que decidieran por él. Vivir en esa condición no era realmente vida. Solo cuando tenías a tu lado a tu alma gemela, tu amor verdadero, alguien que te llenara tanto con su amor, que te hiciera feliz incluso los días más oscuros, merecía la pena aguantar en esas condiciones.

Pero eso solo lo hubiera conseguido Melissa y ella estaba muerta. Quería a Kate, y sentía que cada día la quería un poco más, pero se sentía confundido con ella porque le recordaba a Melissa y eso le estremecía.

Peter le miraba expectante y nervioso. Quería que Jonathan le dijera que no arriesgaría su vida, que se olvidaría de esa segunda operación, por amor a Kate, pero no obtuvo la respuesta ni la reacción que quería. Jonathan le miró con cierta tristeza y apatía.

—Ya veremos, Peter, ya veremos.

Peter le miró con angustia contenida. Si Kate perdía de nuevo a Jonathan, se volvería loca. Y él se sentiría de alguna manera responsable.

Peter pensó muy seriamente en delatar a Kate. Si la vida de Jonathan estaba en juego, tendría que contarle la verdad. Toda la verdad. Para que luchara por su vida. ¿Podría un hijo cambiar esa decisión? ¿Y si Jonathan no sentía nada por ese niño? Entonces no habría esperanza.

Peter se revolvió en su asiento, incómodo y nervioso, suspiró y sintió que el mundo se le venía encima.

****

Unos días después de mi visita con Sanders, el tiempo pareció mejorar algo y dejar atrás los días de lluvia y el viento helado. Jonathan y yo salíamos más a pasear por la amplia finca. A veces íbamos cogidos de la mano y yo me embriagaba en ese pequeño contacto, que me llenaba de emoción y alegría. Sentir sus dedos largos y suaves entrelazados con los míos, mirarle y ver cómo me hablaba de algo y se reía, o sonreía mostrando unos dientes blancos y haciéndosele unas divertidas rayas en la cara a modo de hoyuelos, me insuflaba vida y felicidad.

Aunque iba en silla de ruedas, y yo andando a su lado de pie, parecía que él fuera también andando, pues se mostraba alegre y tranquilo, paseando conmigo, como si la silla de ruedas no estuviera ahí. Me alegraba verle más feliz y con mejor aspecto que la primera vez que me lo encontré, con cara hastiado, mirada triste y pálido.

Aquella tarde de martes, Jonathan estaba ocupado con su ordenador, contestando e-mails y mandando otros, y yo decidí

aprovechar para ir al invernadero y llamar a Greyer. Le echaba mucho de menos y ahora que tenía un rato libre, no se me ocurría nada mejor.

Tenía un programa en mi móvil Android que permitía videollamadas, así que podría ver a Greyer mientras hablábamos. Molly le había dado un móvil solo para él, para que lo usara conmigo cuando tuviera que llamarle.

Abrí la aplicación y marqué el nombre de Greyer, que llevaba un icono de un dibujo de niño con una gorra azul. Pasaron unos segundos. De repente el modo se puso en «línea», Greyer estaba conectado. Abrió el vídeo chat y pude verle.

Sonreí encantada.

Estaba en un McDonald's con Molly y más niños. Llevaba una camiseta azul de Spiderman, el pelo rubio claro, todo revuelto, y sus ojos azul cielo le daban un aspecto angelical.

—¡Mamá! —chilló entusiasmado. Yo sentí una punzada en el corazón. Me giré para ver que Jonathan no estuviera por allí, ni que nadie hubiera oído el grito de Greyer.

—Greyer, cariño, hola. —Sonreí—. Oye, recuerda lo que hemos hablado…

—Tía Kate… Valeee —dijo con gesto de fastidio, pero en seguida su sonrisa volvió a aparecer—. Estoy en el cumpleaños de Kevin. Estamos casi media clase aquí, hay un montón de regalos, música y juegos. Me lo estoy pasando muy bien, pero te echo de menos —dijo con un mohín que a mí me pareció encantador.

—Cariño, sabes que yo a ti también —dije con voz dulce y como si ronroneara—. Me alegro tanto de verte tan guapo y tan feliz… ¿Qué le has regalado a Kevin?

—Unos videojuegos para su Play Station… Son buenísimos, mamá, en su casa jugamos mucho, pero tía Molly aún no tiene Play y…

—Greyer, cariño, recuerda que no puedes llamarme mamá cuando hablemos por teléfono… Es parte de ese juego que te conté…

—Lo siento, es que se me olvida. —Echó una risita y yo sonreí encantada de verle tan animado—. Pues estos juegos son *chuper* chulos, tía Kate, hay uno de piratas y hay que meterse en una selva con monstruos para coger un tesoro, en ese ya he ganado dos cofres de monedas de oro, y Kevin solo una, de momento voy ganando. Y también otro de una casa encantada que…

—Espero que luego no tengas pesadillas con eso… —le interrumpí —. Te he dicho muchas veces que no quiero que veas cosas sobre monstruos y personajes de miedo. —Le reprendí con dulzura.

—¡Pero si es todo mentira! —Rio—. Además soy muy bueno, seguro que le daría una paliza a Jonathan si jugáramos juntos, sobretodo en Skull Island.

—Jonathan tiene play —le dije—. Cuando vengas aquí seguro que te deja jugar —dije con dulzura.

—¿A quién tengo que dejar jugar? —La voz de Jonathan tras de mí me hizo girarme bruscamente. El corazón me latió tan deprisa que creí que se me saldría por la garganta. Mi primer pensamiento fue «me ha oído y ha oído a Greyer llamarme "mamá"»; pero Jonathan sonreía y parecía que acababa de llegar. Intenté mostrarme tranquila, aunque por el susto, los latidos en mi garganta me golpeaban con furia.

—Jonathan, es mi sobrino Greyer… Estamos hablando por videoconferencia… Me habla de los videojuegos y de que ha ganado no sé qué cofres de monedas ja, ja, ja. —Sonreí intentando aparentar normalidad.

—Hmm, pásamelo, cualquiera que juegue a Skull Island merece mi atención. —Intenté parecer normal, sonriente y tranquila, pero dentro de mi pecho se desató un mar de sentimientos. Quise llorar, vomitar, reír… Le pasé el móvil y la mano me temblaba un poco. Jonathan lo cogió y si se fijó en eso, no me dijo nada. Miró a la pantalla y vio a Greyer por primera vez. Yo sentí el nudo de la garganta cada vez más tenso; me ahogaba y no me dejaba tragar ni casi respirar. Sentí casi las lágrimas en mis ojos queriendo salir. Me fijé en que a Jonathan se le iluminaron los ojos. Vi una chispa de algo. Quizá sorpresa, o un amor que surgió de golpe.

—Hola campeón. —Sonrió Jonathan a Greyer como si ya le conociera y saludarle fuera lo más normal del mundo—. Soy Jonathan ¿qué tal estás? ¿Sabes quién soy?

—¡Hola Jonathan! —dijo Greyer con voz alegre y animada, sin perder la sonrisa. Los dos se sonreían y parecían haber conectado incluso antes de conocerse—. Tía Kate me ha dicho que está trabajando en tu casa, y ya apenas viene a verme. Tienes que darle algún día libre para que nos veamos. La quiero mucho. —Jonathan rio.

—Claro que sí, campeón, pero tía Kate ahora está muy ocupada. Me está ayudando mucho, ¿sabes? No creo que los tesoros que hayas ganado valgan más que ella. —Me miró con dulzura y yo me sentí que en cualquier momento me haría añicos. Le sonreí—. Oye ¿qué te parece si vienes aquí a pasar un día?

—¿En serio? —exclamó Greyer, entusiasmado como si le hubieran dicho que ganaría la lotería.

—Claro. —Sonrió Jonathan—. Jugaremos a la Play todo lo que quieras y veremos películas de terror también, si aguantas…

—¿De verdad? ¡¡Jonathan eres una pasada!! —Greyer reía y estaba como loco de contento. Le gritó a Molly que Jonathan le había invitado a jugar a la Play y no paraba de sonreír. Jonathan le sonreía y le miraba con ternura. A mí se me caía el alma a los pies. La lucha

de sentimientos que se libraba en mi interior me estaba destrozando. Como madre, no podía sentirme más emocionada por ver a mi hijo con su padre por primera vez. Me había imaginado muchas veces cómo sería.

El primer contacto de Jonathan con su hijo, y todo estaba siendo tan natural, tan bonito. Desde que había nacido Daniel, deseé que Jonathan estuviera a mi lado y compartiera esos momentos tan especiales y únicos. Me preguntaba muchas veces qué padre habría sido, y siempre me le imaginaba cariñoso, divertido y siendo padre y amigo.

Daniel lo sabía todo. Yo, tío Frederick y su mujer Molly se lo habíamos explicado. Que Jonathan era su papá, que estaba malito y que tenía que ir a cuidarle, pero que él no podía saber nada de eso porque necesitaba todas sus fuerzas para centrarse en recuperarse. Después ya le contaríamos todo con calma y en el momento adecuado. Inventamos el nombre de «Greyer» y que yo era su tía Kate para que cuando me llamara por teléfono, por si Jonathan le oía, o alguien más, nadie supiera que él era mi hijo y yo su madre.

Ahora tenía once años y se parecía a Jonathan escandalosamente. Tenía los mismos ojos azul claro y el mismo corte de pelo y tono rubio. Y cuando se reía, la misma sonrisa. Era prácticamente un calco de Jonathan. Eso ya era suficiente para quedarse pasmado. Temí que Jonathan tuviera una mala reacción, pero, en cuanto vio a Daniel, algo se le iluminó en los ojos, se quedó maravillado y miró al niño con un cariño infinito.

Casi pareció olvidarse de mí, pero no me importó.

—Greyer, yo tengo muchos juegos, pero puedes traerte alguno si quieres…

—Yo no tengo porque mamá no tiene Play en casa… Siempre voy a jugar a casa de Kevin.

—Vaya… Habrá que solucionar eso… Un campeón como tú no puede estar sin Play. —Ya vi la intención de Jonathan, comprarle una Play.

—Jonathan, tengo que irme, vamos a ir a patinar un rato en la pista que hay afuera, me ha gustado mucho conocerte, espero verte pronto —dijo animado y sin parar de sonreír.

—Claro que sí, campeón, nos veremos muy pronto, te lo prometo. Y espero que me des una paliza en Skull Island como has prometido. Debes saber que siempre gano y todos mis adversarios caen en el infierno de Lemuth.

—¿En serio que sabes activar esa trampa? —Jonathan se carcajeó divertido. No había parado de sonreír desde que habló con Daniel.

—Claro que sí, y sé muchos más trucos. Ya te los contaré cuando vengas. —Jonathan le guiñó un ojo.

—¡¡Vale!! Entonces hablaré con mamá y la tía para que me dejen ir a verte

—Aquí te espero, campeón, no tardes mucho en venir. Besitos. —Jonathan le mandó besos con la mano y Daniel lanzó otro con su mano, a lo que Jonathan rio con una sonrisa preciosa en los labios.

Yo no le había quitado ojo en todo momento. Y en todo momento no había parado de sonreír y reírse. Le había visto más feliz que nunca. Creo que fue un momento donde se olvidó por completo de que estaba medio paralizado en una silla. Yo ya estaba hecha añicos por dentro, literalmente. Era demasiado duro ver esa escena y quedarme tranquila. Odiaba no poder contarle la verdad. Decirle que era nuestro hijo, y que cada día y noche le había hablado de él, y le había prometido que un día estaríamos juntos los tres. Daniel siempre fue muy abierto e inteligente y entendió todo sin demasiadas preguntas. Estaba ilusionado de conocer a su padre. Yo había tenido miedo de que, durante esa conversación, Daniel metiera la pata, y como un niño que todavía era, su ilusión y emoción le delataran en algo. Pero, por suerte, la conversación sobre los videojuegos fue tan emocionante para él que hizo que no se le escapara nada que no debiera decir.

Al final hice lo que mi corazón me dijo que hiciera. Lo que me llevaba gritando todo el tiempo. Cuando Jonathan se despedía de Daniel, me acerqué a Jonathan, me agaché al lado de la silla y pegué mi cara a la suya cogiendo el móvil. Su cara estaba suave y olía a loción de afeitado y perfume masculino.

Si creí que iba a explotar en mil pedazos, al estar tan cerca de él sentí que me mareaba y que iba a caerme. Me sujeté a un asidero de la silla de la parte posterior y aferré mis dedos casi clavándolos, para concentrar ahí mi energía, agarrarme y, al apretar, liberar parte de mi tensión.

Las caras de Jonathan y de mí estaban juntas; la de Jonathan, sonriente en su plenitud, y la mía sonriente también, pero de una manera más moderada.

—Adiós, cariño, pórtate bien, juega mucho, pero haz también los deberes. —Entonces sentí el brazo de Jonathan rodeándome la cintura. Y entonces me sentí morir.

—Adiós, Jonathan, adiós, tía Kate, ¡¡besos!! —Nos dijo adiós con la mano y Jonathan le lanzó otro beso, y, sin parar de sonreír, le dijo adiós con la mano que tenía apoyada en mi cintura, pero que levantó un momento para despedirse.

—Adiós Greyer, ¡¡hasta pronto!! —dijimos casi al unísono. Entonces Daniel se desconectó. Jonathan y yo nos quedamos todavía pegados el uno contra el otro, echándole de menos y recordando su risa y sus maneras de niño alegre y feliz. Creo que en ese momento

estuvimos conectados como nunca. Me sentía como si hubiéramos dejado a Daniel al cuidado de unos familiares. Los tres habíamos estado juntos virtualmente, la familia al fin junta. Eso me emocionó aún más.

Jonathan me miró sonriendo y me besó en los labios de repente. Tuve que apretar tanto los dedos contra el manillar que creí que me iba a romper las uñas. Ya el corazón no me iba a mil, me estaba provocando un infarto.

Me aparté de Jonathan con una pequeña sonrisa, y me erguí, haciendo que su brazo se deshiciera del abrazo que rodeaba mi cintura.

—Es un chico fantástico, Kate, ¿por qué no me has hablado de él? —me dijo, alzando la vista hacia mí, y aún con esa bonita sonrisa en sus labios. Sus ojos azules dulces, y el parecido con Daniel… No pude más y me eché a llorar. Me puse una mano cubriéndome la boca y mis sollozos hacían mover mis hombros y mi pecho como un terremoto sacude la tierra. Jonathan me miró asombrado, confuso y preocupado. Se le borró la sonrisa de golpe. Supongo que lo último que se esperaba era que me echase a llorar de esa manera.

—Kate, ¿qué te pasa? Hey, ven aquí conmigo. —No me había dado cuenta de que me había apartado de él unos pasos. Acercó su silla y me cogió de la mano, apretándola y mirándome preocupado, pero con un destello en sus ojos que indicaba que esa reacción mía era bastante sospechosa. Jonathan era muy listo y no quería que se diera cuenta. Las lágrimas me caían a borbotones por la cara y el pecho ya me ahogaba y sentía un peso doloroso dentro de mí.

—Nada, lo siento, es que le echo de menos… Eso es todo… Hace bastante que no le veo y le he visto tan guapo y tan feliz… Soy tonta, no me hagas caso… —Me enjugué las lágrimas. Deseé desaparecer. Era horrible llorar así delante de Jonathan, desconcertarle, mostrarme tan débil… Con todas esas emociones agolpándose en mi pecho y garganta, y ahogándome. Jonathan pareció relajar el rostro, y me acarició los dedos de la mano. Agradecí el gesto, ya que en ese momento me sentía muy desvalida y necesitaba mucho apoyo.

—Kate, si querías verle tenías que habérmelo dicho y lo habríamos arreglado para traerle. Anda, habla con su madre y tráele este viernes o el sábado, o que pase el fin de semana si quiere. Será un placer tenerle. —Había una mirada dulce en sus ojos. Le miré con los ojos rojos y lágrimas aún por la cara.

—¿De verdad quieres que venga? —Asintió sin dejar de sonreírme dulcemente.

—Por favor. Me haría muy feliz —dijo con una mirada honesta y una sonrisa sincera.

—Vale, hablaré con Molly… Gracias Jonathan, gracias por

quererle… —Y sentí que el corazón volvía a ahogarme. No quise hablar más para no meter la pata—. ¿Me disculpas un momento? Tengo que ir al lavabo.

—Claro, tranquila. Tomate un respiro, y no te preocupes por nada. —Asentí y me marché. Ahora que estaba de espaldas a él, pude llorar aún más y eché a correr en dirección a la casa.

****

Jonathan se quedó pensando un buen rato. Últimamente le daba vueltas a todo. Empezó a pensar si no se estaría volviendo algo paranoico. Podían ser simples casualidades, pero tantas casualidades ya empezaban a resultar sospechosas.

Kate se había mostrado todo el tiempo como si contuviera unas emociones que no la dejaban respirar. Había estado algo tensa y ese ataque de llanto solo era fruto de una gran tensión acumulada, él lo sabía bien. Lo que le chocó fue pensar en el niño. Greyer se parecía tanto a él que cualquiera los tomaría por hermanos, o por padre e hijo. El niño le atrapó el corazón desde el primer momento, con esa alegría, esa sonrisa dulce y esos ojos claros que inspiraban bondad y pureza.

No le hubiera importado que Greyer fuera su propio hijo. Ya le quería mucho y apenas le había conocido.

Ser padre… Jonathan pensó en eso. Nunca lo había considerado seriamente, ni lo había sentido, pero ahora, con Greyer, algo que ni él entendía, se había despertado en él.

****

Cuando llegué a casa, subí corriendo al piso de arriba, me metí corriendo en el baño, y casi me caigo, al caer de rodillas sobre el suelo del baño y levantar la tapa del váter y vomitar con gran estrépito. Tosí, y volví a vomitar. Me sentí un poco aliviada de descargar esa tensión que llevaba acumulada, pero me sentía revuelta, cansada y hecha polvo.

Una vez terminé, me limpié y decidí arrastrarme hasta la cama. Me tumbé de lado, en posición fetal. Me encontraba muy cansada. Todavía sentía un gran peso y dolor dentro de mí.

Lo peor era actuar como si nada y guardarme ese gran secreto. No podía ni mirar a Jonathan a la cara. Pensar en que Daniel viniera a pasar el fin de semana con nosotros se me hacía como si me hubieran retado a subir una montaña con tacones puestos. Lo veía imposible de aguantar. Sabía que Jonathan y Daniel se llevarían genial, y que tendrían escenas tiernas, y que a mí se me rompería el corazón una y

otra vez de verlos tan compenetrados y de pensar en que eran padre e hijo, y Jonathan ni lo sabía, aunque Daniel sí.

No tenía ni idea de cómo iba a poder aguantar todo un fin de semana con tales emociones hirviendo dentro de mí.

No paraba de pensar en la sonrisa de Jonathan hacia Daniel, y cómo él también se reía con su padre y los dos disfrutaban el uno del otro.

Y así me quedé dormida.

****

Por la noche, un poco más tranquila, me enteré de que Jonathan había comprado por Internet una Play Station nueva para Daniel. La traerían en 24 horas a casa.

Le regañé un poco, pero Jonathan no me hizo ni caso. Y no solo eso, también quería regalarle un montón de videojuegos que tenía en una caja, en la zona del ático. Me hizo subir hasta allí, cogerlos y meterlos en una mochila de Star Wars. A Daniel también le gustaba Star Wars. Parecía que Jonathan ya conociera a Daniel más de la cuenta. Había por lo menos quince videojuegos, todos sin estrenar y metidos en sus plásticos.

En el ático había muchos trastos. Juguetes de Jonathan, ropa en baúles y todo tipo de cosas.

Como iba con algo de prisa, y ya los nervios se habían instalado en mi interior, al pasar cerca de un mueble con cajones, tiré una carpeta azul, desparramando un montón de fotos tamaño folio.

Me agaché fastidiada, recogiendo las fotos y colocándolas. Eran fotos variadas. De los padres de Jonathan en una recepción, de la casa de Hamilton House en verano y navidad, y algunas de Jonathan con un perro san Bernardo, en la piscina, en moto, en una reserva de nieve y en una playa de aguas verdosas. Me quedé un rato mirándolas. Entonces hubo una que hizo que se me saltaran todas las alarmas de mi cuerpo.

Sentí el corazón latiéndome fuerte y un nudo ahogándome la garganta como si me hubiera tragado una pelota grande.

Cogí con manos temblorosas la foto, en un tono blanco y negro. Se veía a Jonathan vestido de negro, trajeado, y una chica vestida de novia que le sonreía. Se cogían de la mano y se besaban en los labios.

¿Qué significaba eso? ¿Quién era esa chica? ¿Cuándo se había casado Jonathan?

Capítulo 5

Octubre 2013

Aquella noche Jonathan y Shannon asistieron a una cena de negocios en The Peninsula, un hotel neoyorkino de cinco estrellas, con vistas espectaculares al ajetreo de la ciudad y azotea con bar. Jonathan lo eligió para, llegados al punto, alejarse de la tediosa fiesta y la pompa, subir al Salón de Ning, el bar situado en la azotea, y relajarse con una copa y un poco de aire fresco.

En la cena, iban a citarse varios inversores, brókeres de Wall Street y gente de negocios. Jonathan, siempre interesado en comprar y generar beneficios, no podía perdérselo. Llevó a Shannon de su brazo, más como objeto decorativo que como pareja a la que se ama y uno luce orgulloso del brazo. Aunque parecía una velada aburrida para una mujer, The Peninsula tenía orquesta durante la cena, una pequeña zona de espectáculo y, además, estaba también Natalie, su mejor amiga y novia de un compañero de Jonathan, el cual también asistía a la cena.

Jonathan, de esmoquin, y Shannon, con un vestido rosa, vaporoso, palabra de honor, de Chanel, parecían una pareja de cine. Shannon iba radiante del brazo de Jonathan, sonriendo y encantada con las miradas de todos, mientras que Jonathan se mostraba más sereno y menos entusiasmado.

Al pasar por los grandes salones enmoquetados, admirar las lámparas de cristal colgando y todos los lujos inimaginables, llegaron a las mesas de cena. La suya, redonda, para diez personas. En el centro, un adorno floral que a Shannon le maravilló por su elegancia y color. Los platos, copas y cubiertos, dispuestos en un mantel tan blanco que casi resplandecía. Tenían un escenario cerca, donde se cantaban canciones suaves o tocaban melodías instrumentales.

La gente empezó a tomar asiento y Jonathan, prácticamente, se olvidó de Shannon cuando esta vio a Natalie llegar y las dos se fundieron en besos y risitas tontas, elogiando sus vestidos. Jonathan suspiró, hastiado, y decidió centrarse en los hombres. Enseguida reconoció a uno de los inversores, un gran conocedor de empresas en bancarrota que se estaban vendiendo a precio de risa.

—Myers, qué placer verte. —Sonrió Jonathan dando la mano a Lawrence Myers. Este le sonrió y le estrechó la mano

—El placer es mío, Hamilton. Leí un artículo que decía que levantaste el Sunday's Rose en apenas dos meses… Vas a tener que contarme eso. —Jonathan rio fugazmente.

—El anterior jefe era un desastre, pero el sitio era bueno, solo

hacía falta poner buenos trabajadores, ofrecer buenos servicios y poco más.

—He leído que hacen un melanzane alla parmigiana con berenjena que es digno de Italia. Mi compañero de pádel me dijo que se sintió como si hubiera ido otra vez a comer a La Bottega del Mondo, en Milán… —Jonathan sonrió orgulloso y triunfal.

—Eso dicen, y lo dicen porque es verdad. Los mejores ingredientes siempre, frescos y naturales, y tengo a Francesco, un chef italiano inigualable… Los tallarines con ragú de carne o el vitello tonnato son el plato estrella, siempre que los acompañes con un postre de Panna Cotta—dijo Jonathan con orgullo.

—Me muero por ir allí… Quizá estaría bien comer un día allí y repasar las empresas en venta de la última semana. —Jonathan vio una oportunidad y sacó su lado de empresario ambicioso.

—¿Qué te parece el jueves a la una? Yo invito, por supuesto. —Sonrió como un triunfador.

—Me va perfecto. Lo arreglaré con mi secretaria para que cancele una comida que tenía en Da Vinci's.

—¿Da Vinci's? Ni se te ocurra ir allí —dijo con desdén—. Tienen la carne congelada de hace semanas… No es comida fresca como dicen… Te aconsejo ir a Verenness, hacen una carne de primera, y el cava es de primera calidad, lo traen de París.

—Eres un fuera de serie, Hamilton. —Sonrió Myers, dándole una palmada en la espalda, a lo que Jonathan asintió orgulloso. Los hombres se sentaron y degustaron una cena deliciosa a base de salmón ahumado con patatas y carne en salsa con verduras, helado de cava y ensalada de soja con frambuesas. Jonathan no paraba de hablar con unos y otros, y de concertar reuniones y comidas, y de desplegar sus dotes empresariales a la vez que su encanto, dinamismo y elocuencia.

Dejaba a todo el mundo con la boca abierta cuando hablaba sobre futuros planes de inversión, dónde estaban las mejores empresas, y, como toque final, explicaba algún truco de economía. Los comensales veían que derrochaba inteligencia, buena estrategia de organización y don de líder. Todos le hubieran contratado de no ser porque Jonathan no necesitaba trabajo, sino posibles socios e información que él no tuviera.

Myers no fue el único que concertó una comida con Jonathan, también Charles Roddell, Adam Levin, Carson King, Steven Boswell, todos hombres de negocios importantes que no solían estar disponibles para nadie, y tenían lista de espera de meses para concertar nuevas reuniones. Sin embargo, para Jonathan tenían todo el tiempo del mundo. Con un hombre tan ambicioso e inteligente, uno podía hacerse aún más rico, y eso era una oportunidad única que ningún hombre de negocios sensato pasaría.

Mientras, Shannon y Natalie conversaban sobre la semana de la moda, la nueva pulsera de Cartier, unas vacaciones en Barbados para Navidad, y detalles que Jonathan hubiera considerado muy pueriles.

Inmerso, como estaba, en conversaciones, Shannon empezó a cansarse de que su único contacto en la cena fuera Natalie. Necesitaba hablar también con Jonathan, pero él no le hacía ni caso; desde que entraron al hotel no habían vuelto a hablar, y ya había pasado más de una hora. Empezó a sentirse incómoda, y Natalie lo notó.

—Querida, ¿te encuentras bien? —Apoyó una mano en la de Shannon. Ella la miró con cierta tristeza, pero esbozó una leve sonrisa y asintió. No la apetecía dar explicaciones.

Entonces empezaron a tocar la melodía de *How can you amend a broken heart?* en clave de saxo, lenta y romántica, y las luces se atenuaron un poco, a lo que los comensales pararon su perorata y charlas, y volvieron las cabezas al cantante joven que cantaba junto con una chica negra muy atractiva. La canción y el ambiente eran demasiados románticos como para ignorarlos, y Shannon agradeció que por un momento se parara el tiempo y cesaran esas charlas aburridas. Se fijó en Jonathan, en cómo escuchaba la melodía con un semblante normal, y a medida que la canción avanzaba y oía la letra, su rostro empezaba a cambiar. Tensaba la mandíbula, tragaba con dificultad y los ojos le parecían más brillantes. Estaba emocionado, pero no de una manera positiva. Shannon le susurró al oído.

—Cielo, ¿quieres que salgamos a bailarla? Es preciosa. —Apoyó una mano en la de él, y Jonathan la retiró como si se la hubieran quemado. Miró a Shannon con gesto roto y Shannon le miró sorprendida y dolida.

—Tengo que ir al lavabo, discúlpame… —Se levantó como activado por un resorte y se marchó presuroso. Shannon se quedó boquiabierta y con el alma en los pies. Natalie lo había visto y sintió pena por su amiga. Shannon la miró con tristeza, y Natalie la devolvió la mirada.

—Shanne, ¿por qué no vamos a tomar algo a la barra del restaurante? Te hará bien andar un poco y salir de este ambiente. —Shannon asintió, sin decir nada. Natalie la rodeó con el hombro y juntas se alejaron de la mesa. Si los sentimientos dejaran una estela en el ambiente, Shannon habría dejado sobre los hombres de la mesa una nube negra llena de lluvia ácida.

****

Jonathan sintió un nudo en la garganta, ganas de vomitar y sensación de ahogo. ¿Es que iba a darle un infarto? Esa maldita canción le había recordado lo suyo con Melissa, ese amor que no duró, que se truncó, y

le dejó el corazón herido de muerte. ¿Por qué no lo superaba? ¿Es que iba a tener ese lastre toda la vida? Le pareció ridículo que él, un hombre de negocios, frío y autosuficiente, se sintiera como una adolescente tonta que va llorando por los rincones por un amor fallido. Se sintió estúpido.

Subió a la azotea del hotel, esperando relajarse con el aire fresco. Allí había un bar, el Salón de Ning, con gente tomando copas, riendo o fumando. Él no quería una copa, sino relajarse, quitarse ese peso de encima, pero tal y cómo se sentía, le parecía imposible en ese justo momento.

Se alejó del bar y la gente y se fue a una zona solitaria donde había unas macetas con unas plantas altas. Se apoyó en la barandilla, se quitó el lazo y aflojó dos botones, respiró hondo, pero aun así le faltaba el aire. ¿Y si llamaba a un médico? ¿De verdad se iba a morir? Tenía toda la vida por delante, aunque su vida no era realmente la vida que él había soñado. Estaba rodeado de triunfo laboral, pero no personal, y por lo tanto, se sentía vacío.

Notó que se mareaba. «Ya está Jonathan, hasta aquí has llegado. Asúmelo, te mueres».

Entonces una voz masculina cortó sus pensamientos.

—Ataque de ansiedad. Cálmese, no se va a morir —dijo la voz tranquilamente. Jonathan abrió los ojos como platos y miró al lado de dónde provenía la voz. ¿Es que ahora le leían la mente? Vio a un hombre alto y algo corpulento, que le recordó al actor Jeffrey Dean Morgan. Tenía el pelo negro y corto, pero muy abundante, algo revuelto, hoyuelos en las mejillas, ojos castaños, y bigote y barba cortos, con el mentón cubierto de canas. Llevaba un traje gris perla y la camisa blanca algo abierta, dejando entrever un vello negro que venía del pecho y le subía por el cuello.

—¿Perdone? —dijo Jonathan, todavía perplejo y confundido.

—Brian Lowell. —Este le tendió la mano y Jonathan se la estrechó, más por educación, pues aún desconfiaba de ese hombre—. Soy psicólogo y médico de cabecera en Lenox Hill. Siento abordarle así, pero he visto miles de personas con un ataque de ansiedad, de pánico, que creen que van a morirse, pero nada de eso, ya hay otras formas para eso… ¿Le apetece uno? —Brian le tendió un cigarro. Jonathan todavía estaba confuso, pero empezó a caerle bien ese tipo tan campechano y tranquilo.

—Lo cierto es que no fumo…

—Todavía… —Le sonrió, mostrando una hilera de dientes blancos y perfectos. Jonathan pensó que igual dar unas caladas le calmarían un poco, y asintió. Cogió el cigarro y Brian se lo encendió con un mechero rojo de metal. Brian se encendió otro y dio una la calada de experto, echando un poco la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

Inspiró aire y miró al cielo estrellado—. Yo también subí aquí para despejarme… Una vista preciosa ¿verdad?

—Supongo… —Jonathan dio una calada, y enseguida echó el humo por la boca. No tosió como otros que eran novatos en el arte de fumar. Brian se hizo un perfil de Jonathan al instante. Deprimido, frío, vacío, pero por sus ropas y su peinado, se le veía un hombre de negocios que cuidaba su imagen. Sin duda, el trabajo le mantenía vivo. Esperó que Jonathan hablara, pero con esa clase de personas, el hablar espontáneamente rara vez ocurría. Necesitaban un empuje para abrirse.

—¿Qué hace aquí? ¿Cena de negocios, cita?

—Cena de negocios. —Se apresuró a contestar Jonathan con gesto cansado y un tono algo cortante. Brian pensó que le molestaba hablar de temas personales y su contestación rápida y cortante se derivaba de problemas con su vida personal, simplemente no quería que le hablaran de relaciones.

—Un aburrimiento entonces… Yo vine también por trabajo, cena de médicos, ya sabe…

—Lo cierto es que no… No es mi campo… Soy empresario. Compro negocios acabados y los alzo de nuevo.

—Interesante… y agotador… Aunque debe usted hacerse de oro. —Sonrió.

—Sí, si eres bueno… y trabajas día y noche, estás pendiente de informaciones y revisas tus propios negocios… A decir verdad, tengo poquísimos socios, me gusta a mi llevar las riendas, ya sabe…

—No, no es mi campo… —Le sonrió Brian, a lo que Jonathan, entonces, sonrió también. La tensión parecía aflojar.

—¿Qué le ha pasado para subir aquí con ese ataque de pánico?

—Bueno, la canción que tocaban me trajo recuerdos… Me vi sobrepasado, supongo… —Dio otra calada y miró el cielo, mientras Brian no le quitaba ojo. Jonathan sentía que necesitaba contarle a alguien cómo se sentía, al menos para desahogarse un poco. No tenía realmente amigos ni gente de confianza, y Brian parecía lo más cercano a eso; además, era psicólogo y quizá pudiera darle la clave para quitarse el trauma. Se sintió un poco más esperanzado y la ansiedad empezó a mitigarse.

—Cuénteme si quiere, soy buen oyente… —Jonathan sonrió un poco. Decidió abrirse para sacarse del pecho esa tensión.

—Es una historia que nunca he superado. Tuve una novia con dieciséis años y mis padres no me dejaron estar con ella por temas de estatus social… —Jonathan dio otra calada—. La separación fue traumática. Esa chica era preciosa, física y espiritualmente. Me llenaba de verdad, en un mundo tan materialista… Y lo peor es que me dijeron que murió… Ya no podré nunca arreglar ese pasado…

—Comprendo… —Brian se puso algo más serio. Era un asunto delicado—. ¿Ha tenido otras relaciones?

—Relaciones serias ninguna. Rollos de una noche, algunos… Ahora estoy con mi secretaria. Llevamos más de medio año, pero no es quién yo creía… Es materialista, superficial y *fashionista*… Una típica *newyorker*… Es dulce conmigo, pero el fondo que tiene no… En fin, dejémoslo…

—No es el fondo de su primera novia… —continuó Brian, comprensivo.

—Exacto… —Jonathan le miró. En Brian estaba encontrando cierto consuelo. No como para curar su herida, pero sí para desahogarse—. No me llena nadie. Mi vida personal está vacía. Solo tengo mi trabajo, que me da para vivir sobradamente, pero no me siento feliz. No me llena tanto como para sentirme feliz, ¿entiende? —Brian asintió.

—Y su secretaria, ¿piensa decirle la verdad?

—No… Nunca cuento a nadie lo de Melissa… Eso echaría a toda mujer, y es normal… Pero creo que voy a decirla que lo dejamos. No quiero hacerla perder el tiempo. He estado esperando para ver si podía ser o no, pero no lo veo… Y además, estar con ella me recuerda todo lo que podría tener y no tengo…

—Le duele que no sea Melissa… ¿verdad? —Jonathan asintió con gesto compungido. Dio varias caladas al cigarro, que ya estaba acabándose. Brian vio en Jonathan un ligero gesto de echarse a llorar, tapado por el gesto de fumar—. Oiga, si necesita hablar, o pasarse por mi consulta… Quizá podamos conseguir que supere esa parte de su pasado que no le deja seguir. —Brian sacó una tarjeta y apuntó algo con un bolígrafo, entonces se la tendió. Jonathan la cogió y la miró, confuso. Tiró el cigarrillo acabado por la barandilla, al vacío.

En la tarjeta ponía el nombre de Brian Lowell, su número para pedir cita y la dirección de su consulta. En el margen derecho había otro número de teléfono escrito con bolígrafo.

—Es mi número personal, por si quiere que hablemos en calidad de amigos. El número impreso es el de mi consulta, en calidad de médico. Puede elegir cualquiera, si lo necesita… —Jonathan le miró, emocionado por un gesto que nadie había tenido antes con él. Todo el mundo que se le arrimaba era porque era guapo, rico o beneficioso para los negocios, pero a nadie le importaba si estaba solo, triste o necesitaba hablar. Vio en Brian una pequeña luz de esperanza. Jonathan lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta del esmoquin.

—Se lo agradezco mucho… Un placer conocerle, Brian. —Esta vez fue Jonathan quién le tendió la mano, y Brian se la estrechó con viveza, sonriendo.

—Espero que me llame. Cuídese, y cuando le venga un ataque de pánico, póngase una bolsa en la cara, tapándose nariz y boca, y respire

por ella. Siempre funciona. Todo está aquí. —Se puso un dedo apuntando a su cabeza. Le guiñó un ojo y se encaminó al Salón de Ning.

Jonathan se quedó con una sensación más esperanzadora, y decidió que pondría fin a su relación con Shannon, aunque con eso no recuperaría a Melissa, pero sintió que se quitaría un peso de encima.

****

Natalie y Shannon estaban tomando un daiquiri en la barra del bar del restaurante. Shannon se sinceró con Natalie, y se sintió mejor al contarle sus miedos y últimas vivencias con Jonathan.

—Se supone que vamos a ir a Barbados por Navidad, y cuando visité la tienda de Cartier, le dije lo del anillo de diamantes, y me contestó que me quedaría bien, que para una boda sería estupendo… ¿Tú crees que me lo pedirá en Barbados?

—Estoy segura de que sí, cariño… —Sonrió Natalie, aunque no estaba segura. Veía a Jonathan siempre aburrido y frío, y no tenía pinta de alguien que quisiese casarse.

—La verdad es que lo he dado todo en esta relación. Y yo le quiero más que él a mí, pero no me importa… Creo que necesitamos más tiempo. Hay gente que tarda en enamorarse…

—Shannon, ¿estás segura de que quieres estar con alguien así? Creo que te mereces algo mejor, cariño —la dijo con voz dulce pero gesto preocupado.

—Estoy enamorada de él, Natalie… Por amor se hacen locuras y… se aguanta mucho… —Bebió un sorbo del daiquiri—. Pero las cosas no han ido a mejor… Sigue frío, apenas nos acostamos y, por supuesto, nunca ha dicho nada de vivir juntos… Pero lo he aguantado porque sería peor no tenerle… —Natalie sentía pena. Por suerte, ella y Edward no tenían una relación tan penosa. Aunque Edward trabajaba también, pero estaban prometidos, vivían juntos y a veces tenían fines de semana donde no salían de la cama. La situación de Shannon no tenía nada realmente que mereciera la pena. Jonathan era guapo, pero se te iban las ganas de estar con él en cuánto veías su rostro impasible y sus ojos vacíos. Tenía algo dentro que le tenía el alma revuelta, y no parecía persona apropiada para una relación.

—Mira, Shannon, a veces, aunque quieras a alguien, si no te aporta felicidad, quizá sea mejor dejarlo y esperar a otra persona más adecuada… —Shannon le clavó la mirada.

—De eso nada, Jonathan es el adecuado… Solo que necesita más tiempo… —Bebió lo que quedaba del daiquiri y Natalie no se sintió como para opinar nada más. Entonces se fijó en que Jonathan entraba en el salón, menos fatigado que cuando salió. Shannon se dio cuenta

enseguida, y corrió hacia él como si antes no hubiera pasado nada. Le abrazó—. Jony, ¿estás mejor, cielo? Hueles a tabaco. —Ella alzó una ceja.

—Estoy bien nena, tranquila… Estaba cerca de unos que estaban fumando… —dijo tranquilo

—¿En el baño? —Ella le tenía rodeado por la cintura con los brazos y Natalie veía desde lejos que Shannon estaba en una relación tóxica. Jonathan ni la tocaba, a diferencia de ella, que estaba abrazada a él como un pulpo.

—Fuera del baño, en una zona de fumadores por la que pasé…

—Bueno, da igual, volvamos a la mesa, anda. —Ella le dio un beso en la mejilla y él le sonrió levemente.

Esa noche pensaría qué decirle. Lo haría en el trabajo, así en casa no le montaría un número.

****

Varias noches después, Jonathan se quedó a dormir en casa de Shannon. Estaba demasiado cansado para volver a su loft y le pareció más cómodo quedarse en casa de ella.

Nunca habían vivido juntos más allá de noches sueltas, cuando Jonathan se quedaba en casa de Shannon o dormían juntos en algún hotel después de cenar. Sin embargo, Jonathan no dejaba que ninguna chica supiera dónde vivía, ni que se quedaran en su casa. No quería que fueran a molestarle por despecho tras una ruptura y, dado el acoso, tuviera que acabar mudándose.

Era muy precavido y nunca había tenido que lidiar con exparejas celosas o furibundas. Su casa y su trabajo eran sagrados.

En el trabajo, sencillamente, no podía pasar nada de eso porque había mucha seguridad, que no hubiera permitido que una histérica que armase un número entrara siquiera a las puertas de la planta donde trabajaba Jonathan…

Se sentía protegido y seguro en ese aspecto, pero por el contrario, cada vez se sentía más inseguro y alejado de Shannon, y aunque se mostraba más frío y serio que de costumbre, ella seguía ilusionada y tratándole con cariño.

Aquella noche, Jonathan se estaba quitando el traje en el dormitorio. Shannon subía por las escaleras y, al llegar a la habitación, le vio desatándose la corbata frente al espejo del tocador, con ese pelo rubio trigo perfectamente cortado, y sintió que le deseaba. Él llevaba pantalones negros, y tenía la camisa blanca puesta y desabotonada. Antes de que él pudiera siquiera reaccionar, Shannon se pegó al cuerpo de Jonathan, le estrechó contra el suyo y le besó el cuello con un ronroneo de placer. Jonathan se sintió hastiado.

—Qué bien hueles —dijo ella sensualmente, con los ojos cerrados, mordiéndole dulcemente el lóbulo de la oreja, y con sus brazos rodeando su abdomen desnudo y tonificado. Jonathan se exasperó.

—Shanne, voy a darme una ducha y me acuesto. Hoy ha sido un día agotador. —Ella apoyó el mentón en el hombro de él y sonrió. El espejo devolvía una imagen de una chica feliz, pero el semblante de Jonathan no podía ser más triste.

—¿Cuándo no lo es? —dijo ella mirándole al espejo

—Hoy he tenido más trabajo… Reuniones y papeleo, ya lo sabes… —Él se deshizo del abrazo y fue hacia la ducha.

—Espera, voy contigo. —Le sonrió y empezó a abrirse la bata japonesa de raso que llevaba. Jonathan sabía que quizá solo llevaría braguitas, pero no sintió ningún deseo.

—No, déjalo… Salgo enseguida. —Sonrió forzadamente—. Una ducha de cinco minutos. Vuelvo enseguida. —Shannon, entonces, borró su sonrisa. Le miró preocupada y le cogió la cara entre sus manos.

—Cariño, ¿qué te ocurre? Te noto distante y preocupado…

—Es solo cansancio… De verdad. —Sonrió torpemente y la agarró de las muñecas, quitando sus manos. La besó en la frente—. Ahora vuelvo. Espérame en la cama, anda, enseguida voy. —Le guiñó un ojo, suficiente para que Shannon se ilusionara de nuevo.

Se metió desnuda en la cama, y al poco vino Jonathan, con su pijama de raso negro. Se debió de haber vestido en el baño, y Shannon se inquietó. ¿Por qué tanta frialdad?

Para su sorpresa, Jonathan se metió en la cama, la dio un frío beso en los labios, junto a un «buenas noches», y se tumbó de lado, dándole la espalda. Shannon sintió como un nudo invisible la oprimía la garganta. Se le quedó mirando con ganas de llorar y sin saber qué decir. Pero, aún con un nudo en el estómago, se abrazó a la espalda de él. Se sentía protegida al sentir su tacto y su calor, aunque fuera como abrazar a un cadáver.

Esa noche Shannon no pudo dormirse hasta bien entrada la madrugada. Su cabeza no paró de bullir en recuerdos sobre Jonathan, y analizó que su relación había sido casi siempre así.

Pero, con todo, no quería perder a Jonathan. Estaba enamorada de él. Quizá necesitaban más tiempo. Y con ese consuelo, Shannon se durmió finalmente.

****

Dos días después, Jonathan estaba decidido a hablar con Shannon y romper con ella. Tendría que contratar a otra secretaria, y eso era un fastidio, ya que tendría que enseñarle cómo trabajar según sus

directrices, pero intentaría cogerla madura, inteligente y profesional. Nunca más una jovencita. Liarse con su secretaria había sido un error. Habló del tema con un compañero que tenía buenas referencias de secretarias, y le pasó el contacto de una tal Mónica, de cuarenta y tres años, que buscaba un puesto. Era educada, profesional y trabajadora. Jonathan pensó que muy seguramente la contrataría.

Una vez sentado frente al ordenador, entró Shannon con una carpeta verde.

—Jonathan, te traigo las estadísticas del último mes. Ingresos, gastos, lo de siempre… —dijo con una sonrisa.

—Bien, déjalo ahí en la mesa Shannon. Siéntate un momento, quisiera hablar contigo. —Su tono era serio.

—Claro. —Ella le sonrió. Se sentó confiada sin sospechar que cuando alguien te dice seriamente «tenemos que hablar» no es para nada bueno—. Tú dirás Jony. —Ella se cruzó de piernas y le miró sonriente, lo cual hizo aún más difícil a Jonathan empezar su discurso. La miró antes de pronunciar las palabras fatídicas. ¿Estaba seguro? Claro que sí. Su mente volvió a recordárselo: «no es Melissa»… Y eso le dio el empujón.

—Shannon, verás… Quiero ser sincero contigo. He estado reflexionando y ordenando mis ideas y creo que es mejor ponerle punto final a lo nuestro. —La sonrisa de Shannon se deshizo. Se quedó paralizada y le miró con ojos desencajados. Jonathan decidió seguir—: No estoy enamorado de ti. Tras estos meses he visto que no eres lo que busco para una relación larga o posible matrimonio… —Jonathan pensó que el matrimonio ni se lo planteaba. Ya le parecía imposible mantener un noviazgo. No veía posible querer casarse con nadie. Nadie le llegaba al corazón como para tomar una decisión tan importante—. No quiero quitarte la posibilidad de que seas feliz con otro, porque te lo mereces. Eres una gran persona, pero no para mí… —Shannon no dijo nada, pero dos lágrimas la corrieron por la cara. Cuando quiso tragar, sintió un nudo en la garganta y no pudo. Ella pensaba en casarse con Jonathan y ahora él le venía con eso… ¿Qué se había perdido? ¿O vivía de ilusiones y no había querido mirar la realidad?—. Entiendo que no querrás seguir trabajando aquí, pero ya te he buscado otro trabajo cerca. No quiero que te quedes fuera por mi culpa…

Eso hizo reaccionar a Shannon, que por una vez sintió algo de orgullo y la rabia empezó a invadirla. No solo la dejaba, sino que encima la echaba. Quería quitársela de encima como algo que molesta. Y las palabras que Jonathan había usado sonaban frías e insensibles. Aunque la noticia había sido un mazazo inesperado, una parte de ella sintió que no la pillaba de susto. Jonathan siempre había sido frío y distante, y la relación empezó bien para ir marchitándose a

pasos agigantados. Ella creía que era cuestión de tiempo, que él se enamoraría más tarde, cuando tuvieran más vivencias y momentos juntos, pero lo cierto era que cada vez había habido menos química y muchas veces Jonathan no se molestaba ni en disimular sus caras de hastío y preocupación. Algo muy profundo le tenía amargado, pero a saber qué era. Shannon nunca se atrevió a preguntar.

—Vaya… ¿Y cuándo has pensado todo eso? Parece que ya hiciste planes para mí. Echarme de tu vida, echarme del trabajo… ¿Cuándo pasó todo eso Jonathan? ¿Han sido estos meses una mentira? —Se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Shannon, estábamos juntos, sí, pero estábamos viendo si podía ser o no… —dijo con cautela. La miraba con cuidado, temeroso de que ella reaccionara mal. Ella se fijó en sus ojos azules, que brillaban y la parecían más claros que nunca, su nariz recta y sus labios perfectos. Todo ese conjunto de rasgos que le hacían parecer serio, pero increíblemente seductor. Shannon le deseaba, al mismo tiempo que le dolía.

—¿Si podía ser o no? Para eso se está un mes, Jonathan, o unas semanas, incluso dos meses. ¡Nosotros llevamos algo más de medio año! —exclamó entre la furia y las lágrimas.

—Shannon, escucha… Yo estaba a gusto contigo, de verdad, pero con los meses he visto que no estoy enamorado. No creo que eso vaya a surgir y no quiero engañarte…

—¿Pero por qué? —Se le quebró la voz. Se hacia la orgullosa, pero estaba al borde del llanto. El dolor se la estaba agolpando en el pecho y sentía que iba a explotar. Ya había pensado qué ropa comprar para ir a Barbados y ahora pasaría las navidades sola. No podía pasarlas nada peor—. ¿Qué he hecho? ¡Si te he dado más cariño del que tú me has dado! Te he apoyado en todo y he seguido queriéndote, aun cuando me ignorabas en esas cenas estúpidas donde te henchías de orgullo como un pavo real… —Jonathan se levantó de la silla y fue hasta ella, que también se levantó y se apartó de él.

—Shannon, por favor… Entiendo que estés enfadada, pero, por favor, compréndelo… —Shannon se puso en pie.

—¿Qué te entienda? Siempre eres tú, ¿verdad? Y a mí que me den… Creí que iríamos a Barbados en Navidad… Y ahora me vas a dejar sola, me echas de un trabajo que me gusta, me apartas de tu lado cuando más enamorada estoy… ¡¿Qué más me vas a hacer para hundirme?! —le gritó. Jonathan sentía que estaba desbordado, que la reacción de Shannon era peor de lo que hubiera imaginado. No sabía qué hacer con ella. Temía que diera un escándalo y todo el mundo se enterara y hablara.

—¡Basta! —gritó. Estaba harto. Ella se asustó y se calló. Le miró llena de rabia y tristeza—. Te daré un trabajo y cobraras más que aquí

haciendo lo que te gusta. En cuanto a mí, lo siento, Shannon, pero no puedo tener los sentimientos que quieres. Eres libre de odiarme. Te deseo que te vaya bien, de verdad, pero no montes un escándalo, por favor. Si hubiera seguido contigo más tiempo, me habrías odiado aún más. —Ella le miró dolida y le dio un bofetón que le ladeó la cara. Jonathan se quedó casi impasible, aunque se sentía en cierta manera humillado, pero nada comparado a lo que tenía que sentir Shannon. Jonathan cerró unos segundos los ojos, y entonces giró la cara y miró a Shannon, serio, preocupado… Shannon le miró dolida a punto de llorar como una loca, pero entonces se fijó en sus ojos azul cielo. Eran tristes… Ocultaban algo profundo, doloroso, oscuro… Shannon nunca se había dado cuenta, pero entonces lo vio. Pensó que aún le quería, y eso es lo que más la dolía.

—Ojalá no te hubiera conocido nunca. Me has roto el corazón de la peor manera… —le dijo con la voz temblándole. Entonces pensó que tenía que irse antes de derrumbarse del todo frente a él. Salió del despacho de Jonathan casi corriendo. Se apresuró en ir al lavabo de señoras, que por suerte estaba vacío. Allí, Shannon se encerró en un baño y se sentó a llorar amargamente en la taza del inodoro.

Carter, que lo había oído todo por casualidad cuando pasaba por allí para recoger unos archivos, vio una oportunidad de lujo para hacer daño a Jonathan y buscarse una aliada. Cuando Shannon salió del baño diez minutos después, Carter se cruzó con ella. Se conocían un poco, de verse en la cafetería o los pasillos. No eran amigos de verdad, pero sí conocidos con una ligera confianza. Shannon le miró, con los ojos rojos y pálida como la cera. Carter decidió sacar armas.

—¡Shannon! Cielo santo, ¿qué te ha pasado? —La cogió de un brazo con delicadeza. No quería exagerar mucho, pero quería mostrarse como el amigo que cura las heridas, y, con una chica tan vulnerable en ese momento, era pan comido quedar como el mejor.

—Nada, nada importante, en serio… —Su voz sonaba algo gangosa y tenía los ojos hinchados. Lo cierto era que tenía un aspecto realmente penoso.

—Oye, tienes los ojos hinchados y rojos… Te lo va a notar cualquiera… Vamos a mi despacho… —La cogió dulcemente del brazo y ella asintió resignada. Allí, al menos, tendría privacidad y nadie la vería hecha polvo.

Carter sentó a Shannon en una silla mullida y se puso en cuclillas, cogiéndola de las manos, mirándola con dulzura.

—Cuéntame qué te ha pasado, Shannon. —Ella volvió a echarse a llorar. Carter la apartó el pelo largo de la cara y la acarició la mejilla —. Shhh, tranquila, respira hondo, exhala… respira hondo, exhala… —Así lo hizo Shannon, que estaba inconsolable. Lloraba, sollozaba y emitía unos gemidos realmente lastimeros.

—Es Jonathan… Me ha dejado, dice que no estaba enamorado de mí… Todo este tiempo ha sido una mentira, Carter… Yo le quería de verdad y él… él… —Lloró de nuevo, enterrando la cara en la palma de la mano.

—Oh, Shannon, lo siento tanto… Pero ya sabes lo que dicen de Jonathan… Es un cabrón insensible… Tú eres demasiado buena para alguien así… Tranquila. —Y la abrazó. Shannon se abrazó a Carter con fuerza y lloró en su hombro como una niña. Carter sonrió con malicia y empezó a elucubrar su plan para ella, un plan que, sin que Shannon lo supiera, había empezado a arrancar.

****

Diciembre 2013

Habían pasado dos meses. Nueva York olía a Navidad. Ya se sentía el bullicio de las compras, se veían las luces y decoraciones navideñas y el ambiente no podía ser más mágico.

Había nevado recientemente y las calles estaban bañadas de blancura, haciendo aún el paisaje más navideño y romántico.

Pero en la ciudad que nunca duerme, nadie paraba su vida o trabajo por ser Navidad. Jonathan seguía trabajando a toda máquina. Tenía una nueva secretaria de cuarenta y tres años, casada, tan profesional que resultaba un poco seria y aburrida, pero Jonathan pensó que eso era justo lo que necesitaba, alguien que trabajara bien y no se metiera en asuntos personales. Con Shannon ya había tenido bastante.

Se había sentido culpable durante unos días, pero enseguida se olvidó del daño que provocó en Shannon cuando empezó a tener sueños con Melissa y se despertaba de madrugada sudoroso y agitado. Ella volvía tanto a su mente que eso le dificultaba tener relaciones con otras mujeres.

Empezó a plantearse visitar a Brian Lowell como terapeuta para ver si podía ayudarle a soltar esa gran carga emocional que nunca le dejaba.

Shannon no era mala persona, y sintió que no había sido nada justo con ella, dejándola de repente y siendo frío con ella, pero, aunque era buena chica, no tenía el corazón de Melissa. Cuando empezó a ver que se volvía un poco materialista con la moda, las compras, los restaurantes caros y los viajes, la ilusión se le ensombreció y vio que era otra típica neoyorkina superficial y simple, más interesada en comer en un cinco estrellas que en casa, sentados en la alfombra, con comida china… No era como Melissa, que era fresca, natural, y era feliz bañándose en un lago y no en las playas de Hawaii. O eligiendo una pulsera de cordón, frente a un sello de oro. Jonathan buscaba alguien que le quisiera aunque no fuera rico, que amara la vida más allá del lujo. Siempre había estado rodeado de materialismo desde que era un niño. Encontrar a Melissa fue un soplo de aire fresco, que desapareció tan pronto como llegó. Y esa era la gran carga de Jonathan, que pese a ser poderoso en los negocios, sentimentalmente era tan frágil como un niño.

Jonathan se enteró de que Shannon había empezado a trabajar en otro despacho, donde era secretaria de un abogado de prestigio. Cobraba trescientos dólares más y se iba a casa dos horas antes. Se presentó a varias entrevistas y obtuvo el puesto por méritos propios, lo cual le enorgullecía. Al final no quiso coger el trabajo que Jonathan la

recomendó con un colega. Era orgullosa, y desde el día de la ruptura no habían vuelto a verse. Una amiga de Shannon recogió las cosas de su amiga al día siguiente, llevándoselas en una caja de cartón grande, y aceptó el cheque de paga del mes de octubre.

Su relación con Carter había ido avanzando cada vez más. No estaba enamorada de él, pero le gustaba físicamente y se sentía a gusto en su compañía. A veces cenaban, salían, se acostaban juntos, y Shannon empezó a recomponer las piezas que Jonathan había dejado hechas añicos. Aún con todo, ella aún seguía enamorada de él, pero se forzaba en no pensar demasiado en ello. La dolía mucho no tenerle, pero él la había rechazado plenamente, y contra eso no se puede luchar.

Ocurrió un jueves. Ni Jonathan ni Shannon imaginaron que iban a reencontrarse. Ni que ese día estarían involucrados en un suceso escabroso y tachado por la jurisdicción como delito de sangre.

Dicen que cuando algo trágico ocurre, una serie de hechos se dan de la mano como en una cadena y todo unido propicia la catástrofe final.

Llovía a cántaros. Ese fue el primer factor negativo. Si no hubiera llovido, no habría pasado nada como que a Shannon se la rompiera el paraguas debido al viento, y se calara de lluvia mientras esperaba el autobús que la llevaría a casa. El segundo factor, que Jonathan se encontrara en la acera del frente con las llaves de su coche en la mano, listo para abrir la puerta y meterse dentro. El tercer factor y decisivo, que él reparara en ella y sintiera que debía ayudarla. Jonathan se protegía de la gélida lluvia con su paraguas negro, pero divisó cómo en la acera de enfrente, en la marquesina de autobuses, Shannon se peleaba con el paraguas, que tenía una forma extraña, con varios picos mirando hacia arriba, mientras la lluvia y el viento le volaban el abrigo blanco y le mojaban todo el pelo. Tiró a una papelera el paraguas, con gesto de enfado, y se encaminó a la marquesina con los brazos en cruz, abrazándose a sí misma como si quisiera entrar en calor. Jonathan ni se lo pensó. Cruzó corriendo el asfalto que los separaba y se presentó de golpe en la marquesina. Shannon le miró.

No vio odio en su mirada, sino una mirada de asombro y sorpresa.

—Hola Shanne… Te he visto vértelas con ese paraguas y salir perdiendo en la lucha… Puedo acercarte a casa, tengo el coche ahí mismo… —Así de natural sonó. Parecía que seguía siendo su secretaria y que nada malo había pasado entre ellos hacia dos meses y medio. Hasta a él le sonó raro ese tono desenfadado y natural. Shannon, que todavía le echaba de menos y le veía un poco más alegre, pensó que podía aceptar una invitación así, y más cuando estaba empapada hasta los huesos. Pero antes iba a hacerse un poco la

dura.

—Hola Jonathan… No, gracias, estoy bien. El autobús no tardará en llegar… —Miró a la carretera para ver si venía el autobús, en un claro intento de mostrar desinterés. Pero nada más lejos de la realidad. Ver a Jonathan la había hecho latir el corazón a mil, y, como no esperaba que él volviese a hablarla siquiera, en vista de la última escena en el despacho, encontrarle tan desenfadado y tranquilo le dio una ligera esperanza de que volviesen a retomar cierto contacto.

—No creo que venga hasta después de diez minutos… Está diluviando… Venga, te acerco en un momento. Estás empapada. —Le miró desconfiada.

—Te voy a poner perdido el asiento…

—Da igual, es agua, por Dios, no melaza con sirope… —Ella sonrió un poco y él también. Empezó a ilusionarse un poco. No se había imaginado que eso pudiera pasar. Reunirse otra vez con Jonathan y que él pareciera tan alegre y dispuesto. ¿Habría cambiado algo?

—Está bien. —Y entonces se puso debajo del paraguas de Jonathan y él la ofreció su brazo, que ella cogió con una leve sonrisa. Cruzaron corriendo la calle entre pequeñas risas. Jonathan llevaba un abrigo negro largo de Armani conjuntado con una bufanda azul marino, que caía sobre su pecho a ambos lados, y un traje gris plata. Olía deliciosamente a un after shave de Chanel que se ponía tras salir de la ducha. Shannon sintió una punzada de tristeza y nostalgia.

Él abrió la puerta del copiloto y ella entró enseguida. Jonathan se subió, acto seguido cerró la puerta y puso la calefacción. Dentro se estaba a gusto, en los asientos de piel color crema.

—¿Estás mejor? —preguntó él, mirándola con cariño. Shannon le miró y por un momento pensó que se refería a algo más que al hecho de que estuviera cómoda tras el incidente con la lluvia. Vaciló, le miró esperando algo más, pero sonrió levemente y asintió.

—Sí, muchas gracias. Hoy hace un día horrible, como para quedarse en casa…

—Sí, con mantita, película y una taza de chocolate —terminó Jonathan con gesto alegre mientras arrancaba el motor. Shannon volvió a sentir que la apuñalaban el corazón al recordar que alguna vez habían hecho eso, cuando en octubre un fin de semana amaneció gris y lluvioso… Estaba claro que aún no había superado esa ruptura. Tragó saliva con dificultad… Quería decirle muchas cosas, pero no la salía nada. Para empezar, que todavía le quería y que Carter no la llenaba lo suficiente.

Quería compartir con él una extraña sensación que tenía, pero que le parecía un tanto ridícula. Que Carter tenía una manía hacia Jonathan un tanto desmesurada, o eso la parecía a ella. Algo en su interior parecía gritarle que avisara a Jonathan sobre ese chico. Por

alguna razón que se la escapaba, notaba que Carter le odiaba más allá del hecho de verle como un canalla por haberla dejado. Cuando hablaba en alguna ocasión de Jonathan, a Carter se le ensombrecía la mirada y se quedaba pensativo, como si estuviera tramando algo, y si le mencionaba, hablaba con un desprecio sobre él, como si se lo tomara como algo personal.

Estuvo a punto de preguntar a Jonathan si había pasado algo entre ellos, aunque le pareció un poco fuera de lugar sacar ese tema. Además, quizá no era tan raro… Carter conocía a Jonathan del trabajo, sabía que era frío y un tiburón de los negocios, y Shannon sabía que mucha gente le odiaba por sus logros y su a veces despotismo, así que prefirió no darle importancia. Cualquiera detestaría a un hombre así. Shannon ya había tenido bastante de teorías sobre lo que parecía o era, y pensó que era mejor olvidarse del tema. Era buena en escurrir bultos y fingir que no pasaba nada. Aunque rezaba para que con Carter no se equivocara, y su intuición fuera falsa, producto de sus miedos, desconfianzas, y su a veces decaído estado de ánimo por la ruptura. En esos momentos bajos, la mente podía hacer daño e inventar problemas donde realmente no los había.

Shannon vivía en una zona residencial que se componía de una gran calle amplia con hileras de farolas y casas de dos plantas con jardín a ambos lados de la calle, todos con verja a la entrada. Era una especie de colonia de chalets, pero no exactamente de gente rica, sino de familias con hijos, algún jubilado, y alguna pareja joven o gente soltera. Ella vivía en un chalet que tenía cerezos plantados en el jardín. Su casa tenía un bonito porche blanco y una cámara de seguridad en el jardín que se conectaba con su ordenador, por si pasaba algo, tenerlo grabado y presentarlo a la policía. A veces la daba miedo vivir sola, y se sentía más segura cuando Jonathan o Carter habían pasado algunas noches en casa, quedándose a dormir, o algún fin de semana completo. Había más vecinos, claro, pero si alguien entraba a robar a su casa, ella estaría completamente sola. También tenía alarma de seguridad dentro de casa. Quería creer que si entraban a asaltarla y la alarma sonaba, con el jaleo, quién fuera, se iría asustado por el escándalo de los pitidos y ante la inminente llegada de la policía. Había contratado un pack de alarma de seguridad y una cámara de vigilancia en el jardín que estaba estratégicamente disimulada en una farola de luz de su jardín, cerca del porche, y que tenía una amplia visión de todo el jardín, la entrada e incluso la calle.

En el trayecto a casa, Jonathan se mostró amable. Hablaron de trabajo y a Shannon pareció verle un poco menos preocupado que antes. Quizá ahora que era libre se sentía mejor. Sin ella. O quizá la

echaba de menos y había cambiado su carácter gris para volver a conquistarla con una nueva cara.

Jonathan aparcó a unos metros de la casa de Shannon. Justo en la acera había un café muy acogedor, de aire rústico, con butacones de piel y vigas de madera. En las mesas, velas rojas dentro de farolillos.

—Te invito a tomar algo caliente —dijo con aire alegre al sacar la llave de contacto. Shannon le miró entre sorprendida y esperanzada—. Necesitas secarte un poco y entrar en calor.

—No hace falta Jonathan, de verdad. Has sido muy amable por traerme, no quiero entretenerte más.

—No lo haces… De verdad que me gustaría que tomásemos algo. —Jonathan la miraba con sinceridad. Entonces ella asintió, convencida de que no sería mala idea. Salieron del coche y pasaron una hora y media en Heaven's Gate tomando chocolate caliente con unos bollos rellenos de crema.

Hablaron de trabajo, planes, vida personal… Jonathan se alegró de que Shannon saliera con Carter y de que todo fluyera de manera positiva y no se guardaran rencor. Shannon empezó a abrigar la esperanza de que surgiera algo con Jonathan. En ese caso, dejaría a Carter. A veces pasaba que algunas exparejas lo intentaban por segunda vez. Y esta vez Jonathan parecía estar interesado. ¿O solo estaba siendo amable? Fuera lo que fuera, estaba a gusto de nuevo con él.

Al salir de Heaven's Gate, Jonathan rodeó el hombro de Shannon con su brazo. Ella sintió mariposas en el estómago. Un gesto de afecto que la hizo ilusionarse aún más. En ese momento, la lluvia había parado.

Caminaban por la acera que llevaba hasta la casa de Shannon, algunos metros más allá. Ya se había hecho de noche. Eran las ocho de la tarde y no había nadie por la calle en ese momento. Las farolas iluminaban toda la avenida.

Shannon no se atrevió a rodear la cintura de Jonathan bajo su abrigo por miedo a incomodarlo… Estaba disfrutando de que fuera él quien llevaba el timón, y mejor dejarlo así.

—Me ha alegrado verte, Shannon… y ver que estás tan guapa… Me dejó mal sabor de boca lo que ocurrió en octubre… Espero que no me odies mucho…

—No pasa nada —dijo ella mirando al suelo—.No se puede obligar a nadie a querer a nadie.

—Te quise… Pero te mereces mucho más. Deseo de verdad que lo tuyo vaya bien con Carter. —Y la apretó contra él en un claro gesto de cariño, pero como el que se le da a un amigo. Aun así, Shannon no entendió bien esas palabras. ¿Es que la echaba de menos y no sabía cómo decírselo? ¿Respetaba lo de Carter pero quería volver con ella?

¿Por qué sonó un poco triste al decir que lo suyo fuera bien con Carter? Shannon sintió que un pesar la invadía el alma y un dolor invisible se instalaba en su pecho. No quería llorar, pero la daban ganas. Quería decirle que todavía le quería. Que si él quería volver, echaría a Carter, que en realidad no significaba mucho para ella, no como lo que él significó. Tenía que intentarlo.

—Jonathan, yo… Verás, lo de Carter no es… —Empezó a iniciar lo que iba a ser una declaración. Iba a decirle que aún sentía algo por él, que le amaba más de lo que quería admitir, y que si quería volver con ella, le aceptaría. Se suponía que él la había rechazado, sí, pero ¿y si ahora de verdad la quería en su vida? Dicen que no aprecias lo que tienes hasta que lo pierdes. ¿Y si era el caso?

—Perdonen, ¿pueden ayudarme por favor? —Se escuchó la voz de un chico joven tras ellos. Jonathan fue el primero en volverse y arrastrar a Shannon en el giro, pues la tenía agarrada por los hombros con su brazo. Shannon aún pensaba en cómo seguir la frase, pero le atontó la oleada de perfume que Jonathan desprendió al girarse, y aún atontada y embriagada por él, no supo lo que tenía delante hasta unos segundos después, cuando sintió el cuerpo de Jonathan tensarse y su brazo y su mano aferrarse sobre su hombro, casi haciéndola daño. Entonces reaccionó. Algo iba muy mal.

Estaban cara a cara con un joven de unos veinte años, con cazadora de cuero, vaqueros, delgado y grandes ojeras. Les apuntaba con una pistola con el brazo extendido.

—¿Qué es lo que quiere? —Jonathan preguntó con voz seria.

—Sé que lleva en la cartera un montón de contraseñas de cuentas bancarias. De sus negocios. Démelo todo ahora mismo…

—¿Quién le manda? —Shannon miró a Jonathan perpleja, él tenía fija la mirada en el joven. ¿Qué estaba pasando? ¿En qué andaba metido Jonathan?

—No me manda nadie, simplemente lo sé. Debería cuidar lo que habla en público… Vamos, deje de preguntar y actúe. Vaya al coche y traiga lo que le pido o le meto un tiro a su chica…

—Muy bien. Voy a por ello, tranquilo. —Entonces, en un gesto rápido, Jonathan dio un paso adelante, pero en lugar de andar y encaminarse al coche, con el brazo empujó a Shannon detrás de él. Ella se agarró al abrigo de Jonathan, por la cintura, y ocultó su cara tras los hombros de él. Empezó a sollozar. Estaba realmente asustada pero confiaba en Jonathan.

El chico no tuvo ni tiempo de reaccionar, pero abrió los ojos como platos y blandió la pistola, furibundo por la maniobra de Jonathan, que no parecía rendirse fácilmente ni aún con un arma delante.

—¡Déjese de juegos, cabrón! ¡¡He dicho que me dé los putos papeles o le meto un tiro ahora mismo!!

—Tengo las libretas en el bolsillo de mi abrigo, se las tiro y lléveselas, me da igual. Tengo dinero para veinte vidas, no se crea que me va a dejar en la ruina.

—Tíremelas ya y déjese de hablar tanto, joder —dijo con tono nervioso. Entonces Jonathan lo vio claramente. El chico lo había dicho hacia un momento. «Debería cuidar lo que habla en público». Ahora se acordaba. Claro que no le mandaba nadie. Recordaba haber salido del trabajo, hacia una semana escasa, bajar la escalinata del edificio y ver en la acera, llena de gente que pasaba con prisa, a ese chico desgarbado y ojeroso. Parecía esperar a alguien, andaba de un lado a otro, desentonando con la gente trajeada y bien vestida que pasaba a su lado sin ni siquiera mirarle. A veces le veía fumar nervioso y echar miradas furtivas a los ejecutivos que hablaban por teléfono o con sus compañeros y amigos, como si le interesaran las conversaciones sobre bolsa, dinero o inversiones. Y eso había sido justo lo que había pasado. Había oído hablar a un compañero llamado Mike Edowes sobre «espías» amateur que no tenían jefe y actuaban por su cuenta. Recogían información para chantajear, robar o lo que fuera menester. A Jonathan le pareció una tontería y pensó que Edowes estaba demasiado paranoico. Pero no era así.

Ese chico le había oído hablar con Mónica de que el jueves se llevaría las cuentas a casa. Ahora le recordaba, a unos metros de él, fumando y mirando nerviosamente a Mónica, para después alejarse y perderse entre el gentío. Jonathan se sentía estúpido. Haber hablado algo así en público, aunque no tenía por qué haber derivado en algo tan trágico. Quién iba a imaginarse algo así… Aunque, si hubiera hecho caso de Edowes y esos rumores, se habría cuidado de hablar en público de que iba a llevar encima las cuentas y contraseñas nuevas.

—Jonathan, haz lo que dice, por favor —sollozó Shannon. Su voz quebrada le devolvió a la realidad. Tenía un as en la manga y se alegró de ser previsor y poder reparar su desliz.

—¡No voy a repetírselo, tire de una vez esas cartillas del banco y las contraseñas! —Blandió de nuevo la pistola.

—Vale, aquí lo tienes. —Entonces todo ocurrió muy rápido. Jonathan echó mano del bolsillo interior de su abrigo. Shannon aún no podía relajarse, estaban a un paso de que todo terminara, pero aún estaban en la cuerda floja. Antes de que ella pudiera decir, pensar o hacer nada, vio como Jonathan sacaba una pistola negra y metálica, y apuntaba igualmente al chico. Amartilló la pistola. Shannon sintió que el corazón se la desbocaba.

¿Desde cuándo llevaba Jonathan una pistola? El chico se quedó boquiabierto, pero no le tembló la mano. Agarró el arma aún más fuerte y la amartilló también.

—Muy bien, tú lo has querido. —Entonces apuntó a Shannon. Se escuchó un tiro amortiguado. Shannon gritó. Al principio no supo qué había pasado. Miró a Jonathan y a sí misma para ver si había sangre. Pero entonces necesitó solo dos segundos para darse cuenta. El chico había caído al suelo desplomado. Su pistola cayó e hizo un ruido de plástico. Jonathan, intrigado y confuso, como un gato, se agachó con una rapidez casi sobrehumana y la cogió con un pañuelo. Se quedó boquiabierto. Era una pistola de plástico. Muy fiel a una de verdad, pero no de verdad, sin balas y sin nada que quitara una vida.

El disparo no se había oído porque el arma de Jonathan llevaba silenciador. Antes de que salieran vecinos, Jonathan agarró a Shannon del brazo y la arrastró casi corriendo, hasta meterse en casa de ella. Cruzaron el jardín a escape, y en el porche, Shannon sacó las llaves, que casi se la caen, abrió, y cuando estaba abriendo, Jonathan la empujó, se metió tras ella y cerró la puerta.

Se le veía nervioso, con mente fría, pero nervioso. Había matado a un hombre. Shannon se echó a llorar.

—Iba a matarte… Era él o tú, Shannon… —Así se excusó Jonathan, quizá para reafirmar que era inocente. Necesitaba decirse a sí mismo que no era su culpa, en vista de que Shannon no le decía nada.

—Dios mío… La pistola no era de verdad, Jonathan —sollozó—. Has matado a un hombre por nada. —Entonces Jonathan se tiró a ella y la tapó la boca con la mano, de manera violenta. Ella le clavó una mirada llena de terror.

—¡Cállate! No digas eso. ¡¡Iba a dispararte!! ¿Cómo iba a saber yo que esa pistola era falsa? Ni se te ocurra decir nada de esto, ¿me oyes? Los dos estamos en esto. He salvado tu vida, recuérdalo. Si he matado a un hombre, ha sido por ti, así que ni se te ocurra joder más las cosas. —Soltó a Shannon, que le miraba perpleja.

—Jonathan, hay un cadáver ahí afuera —dijo con voz temblorosa —. ¿Por qué no llamamos a la policía?

—¡Shannon, deja de querer arreglarlo! —se pasó la mano por el pelo, nervioso—. ¡No hagas absolutamente nada! Tú y yo estábamos

en casa, preparando la cena, y no sabíamos nada. Eso diremos si viene la poli a preguntar, que vendrá… Algún vecino verá el cuerpo y llamará a la poli, pero no nosotros. Si nos interrogan, debemos decir lo mismo. Que estábamos en la cocina preparando la cena, que no oímos nada ni sabemos nada. Shannon, debes ser más fuerte que nunca y estar tranquila… Y no implicarnos para nada en esto.

—Pero fue en defensa propia, Jonathan —dijo cautelosamente—. Si se lo decimos así a la policía no creo que…

—Shannon, ¡yo tenía un arma! —bramó Jonathan—. La conseguí de manera poco ortodoxa, ¿vale? No está registrada. La conseguí a raíz de que recibí unos anónimos con insultos y amenazas. Tenía que protegerme

Así había sido. No tenía ni idea de quién mandaba esos mensajes perfectamente envueltos en un sobre blanco que aparecían de pronto en su despacho. Se imaginó que algún resentido del trabajo, pero no sabía quién podía ser. Frases como «un día te quitaré lo que es mío, bastardo» o «vas a saber lo que es perder» ya no le provocaban ningún efecto. Se trataba de los negocios, de alguien dolido porque le había quitado una empresa o le había despedido. Entonces, una parte de él le dijo que se asegurara por si la cosa iba a más, y decidió comprar una pistola de manera ilegal. Por mil ochocientos dólares se la compró a un tipo que tenía una casa de armas, y las vendía sin licencia si se le pagaba el triple de lo que costaban. Y así, Jonathan empezó a llevarla encima y se sentía más protegido. Le sobraba consigo mismo para defenderse. En una ciudad como Nueva York debería haberla comprado mucho antes.

—¿Cuándo ha sido eso? ¿Por qué no me dijiste nada? —Shannon le miró perpleja, sintiendo que iba a acabar teniendo un infarto ante tanta sorpresa. Con ese nuevo descubrimiento, sintió que se la hundía más el corazón y que en realidad Jonathan era un extraño para ella al que no había conocido realmente nunca. Jonathan pensó que estaba muy equivocada con él si pensaba que él iba a hacerla partícipe de tal decisión. La consideraba una simpleza y algo así no era para ir contándolo.

—Hace meses… No quise darle importancia —dijo cortante—. No fui a la policía porque no creí que hicieran nada. Me pareció más práctico conseguir un arma y defenderme yo mismo llegado el caso. Se la compré a un tipo, no me preguntes cómo di con él ni cómo me metí en eso… Simplemente, tengo mis medios y llevar ese arma ha salvado tu vida.

—Jonathan, ¿cómo iba a salvar mi vida si la pistola de ese chico no era de verdad? ¡Él realmente no iba a matarme! —Jonathan se encendió de ira al escuchar tales palabras. Se sintió sobrepasado, incendiado por dentro. Había matado a un tío. La pistola no era de

verdad, como una broma macabra, y ahora Shannon, lejos de agradecérselo y apoyarle, le estaba casi despreciando y complicando las cosas. Ahora la odiaba más que nunca y se alegró de haberla dejado. Seguro que Melissa le habría apoyado y le encubriría sin chistar. Entonces pasó. La mano de Jonathan se estampó contra la mejilla de Shannon. Ella lanzó un grito, se tambaleó un poco y chocó con la pared del salón, cerca de la entrada a la cocina. Se cubrió la mejilla con una mano y le miró como un animal herido a través de los mechones del pelo sobre su cara.

—Voy a ser muy claro contigo. —Jonathan fue hasta Shannon, amenazante. Ella se encogió un poco y le miró con miedo. Las lágrimas ya aparecían por sus ojos. Jonathan estaba hirviendo de frustración, preocupación y culpa. La agarró de la pechera, tirándola de la ropa—. Métete en la cabeza que he hecho esto por proteger tu vida. Ni tú ni yo sabíamos que esa pistola era falsa. Solo vi que ese cabrón iba a meterte un puto tiro en la cabeza, ¿creíais que lo iba a dejar estar? ¿Qué iba a arriesgarme a que apretara el gatillo? Nueva York está llena de crímenes así, de chicas muertas por arma y arrojadas a un contenedor o tiradas en una calle sucia, y tú no ibas a ser menos. Ese tío… A saber qué te hubiera hecho. Agradéceme que salvara tu vida, aunque en realidad no estuvieras en el peligro que parecía. Y te voy a decir algo más… Si se te ocurre contar la verdad, te juro que haré que te arrepientas toda la vida. Te arrastraré conmigo, no lo dudes. Cíñete a lo que te he dicho que digas. Ni más ni menos, Y si viene la policía y pregunta, nada de titubeos, miedos ni mierdas de esas. Te juegas tu futuro, no lo olvides. Si quieres seguir con tu trabajo y tu nuevo novio, ni una palabra de lo que aquí ha pasado. He matado a un tío solo por ser un gilipollas y estar contigo. Debería haberte dejado empapada en esa maldita parada de autobús. —La soltó y fue hasta el sofá, donde se sentó con gesto cansado y furioso.

Ya está, había estallado. Después de matar a un hombre no podía ser menos…

Shannon no sabía qué hacer ni qué decir. Jonathan la había asustado de verdad. No conocía esa faceta de él. Carter, sin embargo, era cariñoso y atento con ella. Nada que ver con Jonathan, frío y hasta cruel.

En ese momento deseó que Carter estuviera allí. Jonathan no la parecía ningún apoyo ni consuelo en un momento tan duro. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. El corazón le latía a mil por hora, sentía que se moría pero sin morirse, lo cual hacia todo aún más lamentable y doloroso.

—No te crearé problemas, tranquilo —dijo con voz cauta y tranquila—. Yo tampoco quiero ir a juicio ni a la cárcel… No diré

nada… —Jonathan la miró de reojo, todavía contrariado.

—Más te vale si quieres seguir con tu vida. Hoy me quedaré aquí contigo y mañana iremos al trabajo, normalmente. Si la policía pregunta, dirás que te acompañé a casa y te ayudé con la cena. Que no oímos ni vimos nada anormal.

—¿Y si saben que fuimos pareja y rompimos de mala manera? No se creerán que estuvieras aquí en plan amigo…

—No digas tonterías, por favor… Les diremos parte de la verdad. Que te acerqué a casa por la lluvia y después hablamos civilizadamente, y que hemos limado asperezas tras la ruptura y el paso de los dos meses. Me invitaste a cenar y acepté. Me quedé a dormir porque bebimos en la cena y nos liamos otra vez. Pasa constantemente. En esta ciudad las relaciones son una basura, ya deberías saberlo… —dijo hastiado

—Como lo fue la nuestra ¿verdad? —dijo con voz temblorosa por el llanto contenido. El corazón de Shannon ardía de dolor—. Nunca me has querido, Jonathan, sin embargo, yo a ti sí. Y porque te quiero, no diré nada jamás. A nadie. Tienes mi palabra. —Jonathan no contestó.

Todo pasó más rápido que despacio. Una vecina que sacó la basura dio la alarma. Eran las nueve y media de la noche. Se oyó un grito. Era Sue, una profesora de historia que vivía con Harold, su marido, y un perro terrier. Los dos de treinta y tantos. Jonathan y Shannon veían la tele, sin ver nada, expectantes por ver qué sucedía. No tenían nada que decirse, y las puertas estaban cerradas para el uno con el otro. Jonathan la odiaba por haberle metido en semejante lío y empezó a pensar que era un estúpido por haberse arrimado a ella otra vez. Shannon aún sentía la mejilla dolorida y tenía el corazón más roto que nunca. Quería llorar abiertamente y quitarse ese peso del pecho que la ahogaba. Pero no quería enfadar a Jonathan y que le volviese a pegar. Así que lloraba interiormente, y las lágrimas la salían desmesuradamente de las comisuras de los ojos. Ella se las limpiaba con el dorso de la mano inútilmente, porque volvían a salir de nuevo.

En ese momento no deseaba a Jonathan cerca de ella. Le parecía un ser cruel y despreciable. Aunque había todavía una pequeña parte de ella que le quería. Extraño, pero así era.

La policía llegó. También una ambulancia. La calle se llenó de vecinos, curiosos, y la policía acordonó la zona. Preguntó a todos los vecinos durante toda la noche. Nadie durmió. Shannon y Jonathan se mostraron serenos. Dijeron lo que Jonathan dijo que había que decir, y nadie sospechó nada. Aunque Shannon estaba nerviosa y dolida, frente a los policías, hizo el papel de su vida. Tenía a Jonathan al lado y temía que, si no hacia lo que él había dicho, las cosas salieran mal y acabaran los dos en la cárcel.

De madrugada, se acostaron cada uno en una habitación, intentando dormir, aunque sin éxito. Shannon lloraba inconsolable en su habitación, en silencio. La dolía ver que Jonathan la tratara con esa frialdad, como si no la conociera y casi la odiara. Nunca pensó que él sacaría ese lado oscuro. Se había acostado con él, se habían besado, incluso reído algunas veces, y ahora todo lo que quedaba era esa frialdad; y Jonathan en otra habitación, ignorándola deliberadamente y construyendo un muro entre los dos. Shannon decidió agarrarse a eso para quitarse de la cabeza a Jonathan, sacarle de su corazón y pasar página. Si eso es lo que quería, lo iba a tener. No volvería a verla ni tendrían ningún contacto. Que se fuera al infierno él y su corazón más oscuro que el hollín.

Por fin llegó el amanecer.

Al día siguiente Jonathan y Shannon estaban más preparados que nunca para ir al trabajo.

A las nueve y media de la mañana, Jonathan se dispuso a irse. Shannon seguía entre seria y triste.

—Bueno, me marcho —dijo, poniéndose el abrigo y sacando las llaves del coche—. Llama a Carter y que venga a estar contigo. Yo aquí ya no tengo nada que hacer. —Shannon asintió, dolida.

—Adiós, Jonathan —dijo con un hilo de voz—. Y por favor, si vuelves a verme, ignórame. No preciso de tu ayuda ni la quiero. Fui una estúpida por confiar en ti y quererte. Me has tratado peor que a un perro y no lo olvidaré jamás… No quiero volver a verte. Solo me has traído infelicidad… —Jonathan la miró con gesto cansado.

—No te preocupes, no tengo intención de molestarte. Lo cierto es que si no hubiera ido a ayudarte, no me habría metido en éste lío. Hoy cargo con un muerto en mi conciencia, y solo sé que si no te hubiera invitado a ese chocolate y me hubiera ido a casa, esto no habría pasado. Tú y yo no podemos estar juntos, no funcionamos a ningún nivel… Nunca debimos estar juntos.

—No trates de echarme la culpa —dijo Shannon ofendida—. Yo no pedí que me ayudaras, ni que me invitaras a ese chocolate, ni pedí que nos atracaran para que te hicieras el héroe… No te necesito para nada, y estoy deseando que venga Carter. Al menos me trata como a un ser humano y es más hombre que tú…

—Bien, pues si tanto quieres a Carter, ¿por qué me da la impresión de que estabas deseando que te pidiera que volviéramos juntos? —Entonces Shannon le abofeteó con todas sus fuerzas. Le miró a punto de llorar.

—Eres un miserable… Largate de mi casa ahora mismo. ¡Fuera! —chilló Shannon. Él la miró indiferente. Una bofetada ya no le dolía. Su alma esta rebosante de dolor por los recuerdos, y esos dolían mucho más.

—Adiós. —Se dio la vuelta y salió de casa con gesto duro y frío, sin mirarla. Shannon rompió a llorar y por el cristal de la ventana del salón le vio alejarse por el jardín, con su abrigo negro aleteando. Se sintió dolida y estúpida. No podía contarle a Carter la verdad. Era demasiado peligroso. Si un día rompía con Carter y este le amenazaba, las consecuencias podían ser devastadoras. Ya no se fiaba de nadie. Jonathan la había parecido buena persona y había resultado un ser despiadado y cruel. No se olvidaba del bofetón y de su dureza, de sus palabras frías y de cómo le daban igual sus sentimientos. Ya no quería volver a verlo. Un pequeño rencor empezó a crecer dentro de ella.

Se tumbó en el sofá y lloró tanto que, agotada, consiguió dormir un par de horas hasta que al mediodía llegó a casa Carter.

—¡Shannon! —Ella se despertó y se incorporó inmediatamente al oír su voz en la entrada… Carter corrió casi hasta ella—. Cielo, me he enterado de lo que ha pasado, ¿cómo estás?

—Carter —sollozó y se echó a llorar a sus brazos desconsoladamente. Lloró por todo. Por lo que Carter sabía y por lo que no sabía, sobre todo por eso. Por la crudeza de Jonathan, por el asesinato, y porque había perdido a Jonathan irremediablemente para siempre y se sentía usada y mal tratada. Carter la abrazó fuerte. Ella se agarró al abrigo de él. Aspiró su perfume y pensó en lo mucho en común que tenía con Jonathan. Incluso se parecían un poco de cara, algo extraño. Los dos guapos, trajeados, perfumados… Pero Carter era humano y Jonathan parecía un robot, frío e insensible, incapaz de empatizar.

—Tranquila, mi vida, estoy aquí, shhh, ya ha pasado… —Shannon cerró los ojos. Quiso contarle la verdad, pero la desconfianza que Jonathan le había despertado se extendió también para Carter y el resto del mundo. Nunca más volvería a ser tan confiada. Ahora tendría que aprender a vivir con el incidente que le uniría para siempre con un hilo invisible a Jonathan.

****

Pasaron los meses. El asesinato se archivó y, al tratarse de un drogadicto, como se supo después, se creyó que era un caso de ajuste de cuentas entre el camello o una banda. En Nueva York ese tipo de cosas estaban a la orden del día y la policía tenía cosas mejores que hacer que investigar a un drogadicto cuyo cuerpo nadie reclamó.

Un asesinato más, un caso más, en una ciudad que nunca dormía.

Jonathan siguió durmiendo, aunque Melissa se presentara en sus sueños para recordarle la dura verdad. Que ella no estaba, y Jonathan, en su cama vacía, volvía a despertarse lleno de pesar, su alma seguía acumulando frío y su corazón, dolor.

Sobre el asesinato del chico, no sentía ninguna culpa, ahora que lo veía como que había querido defender la vida de Shannon, y tampoco es que hubiera matado a un padre de familia o alguien inocente.

Se enteró más tarde de que el chico estaba fichado por delitos de robo y agresiones. Eso le tranquilizó y decidió no pensar demasiado en ello. Con todo, tiró la pistola al río Hudson una noche, y consiguió otra arma nueva. No quería que lo implicaran de ninguna manera, y tener el arma en casa era una prueba si comprobaban el calibre de bala y se ponían a investigar en serio. Debía ser más precavido.

Shannon, por su parte, no había vuelto a ver a Jonathan. Ni quería. Le tenía miedo. Estaba a gusto con Carter y se centró en eso. Siguió con su trabajo y se enteró por las noticias de que Jonathan había sido condecorado como empresario del año. Apagó la tele y tiró el mando al sofá con desgana. Carter estaba en la cocina cortando verduras para la cena. Cada vez se quedaba más en su casa. Ella le observó. Pareció ver un ligero destello de Jonathan en Carter, cuando le vio con la cabeza gacha, el flequillo despeinado cayéndole por la frente y el gesto concentrado. Se la ocurrió la tontería de pensar que podrían pasar por hermanos. Solo que Carter tenía ojos verdes y Jonathan azules, pero ciertos rasgos, como el corte de cara o la boca, eran casi idénticos. A Shannon le pareció un giro extraño de la vida. Conseguir alguien parecido al hombre que nunca pudo tener. Pensó que había tenido suerte.

Carter le trataba bien y le quería. A veces la sorprendía con flores o regalos inesperados. Se sentía feliz de tenerle, porque, comparada con la relación que tuvo con Jonathan, la de Carter era un cuento de hadas. Shannon fue a la cocina y se abrazó al cuerpo de Carter. Apoyó su cara en la espalda de él, cubierta por un jersey de cachemir color azul. Carter sonrió. Pero Shannon no vio su cara en ese momento. Su sonrisa maliciosa, llena de oscuridad y encanto, pero la sonrisa de un demonio, al fin y al cabo.

Carter también tenía otro secreto que no compartía con Shannon, aunque este no fuera de delito de sangre.

Carter odiaba a Jonathan, aunque por razones más personales que las que Shannon compartía con su ex. Un día iba a vengarse de él, como le había jurado en los anónimos que a veces le mandaba al trabajo solo para preocuparle y crearle malestar. Disfrutaba haciéndole daño.

Y mientras, Shannon, que creía que el enemigo era Jonathan, siguió queriendo al hombre que para ella era bueno, sin saber que era el verdadero enemigo.

Capítulo 6

Junio 2014

«Jonathan Hamilton, empresario de prestigio de firmas como Sunday's Rose o Bachelor's, queda tetrapléjico tras accidente de coche».

Así rezaban los titulares cuando el tío Frederick trajo el periódico por la mañana. Estaban en casa de Nana, desayunando tortitas con sirope de arce y nata. Molly se había llevado a Daniel al colegio y, por suerte, no vio cómo su madre se caía al suelo de la cocina mientras Nana daba un grito y tío Fred se lanzó para cogerla y levantarla.

Melissa no se desmayó, pero, cuando cogió el periódico inocentemente y vio el titular en portada, con el coche destrozado y una foto de hace meses de Jonathan trajeado y serio en una cena de gala, posando con el director de Carson & Fiennes, sintió que se le rompía el corazón en añicos. Las piernas la fallaron, todo su cuerpo pareció estremecerse y cayó al suelo

Ahí estaba su punto débil. Su amor perdido, el padre de su hijo… Melissa estalló en sollozos descontrolados. Frederick tuvo que abrazarla un buen rato para que se calmara. Nana preparó una infusión doble de tila con rostro triste y lágrimas contenidas. Sentaron a Melissa en el sofá del salón. Nana y Frederick, cada uno a su lado, abrazándola y ofreciéndola la infusión, que ella cogía con manos temblorosas. Toda ella temblaba y no paraba de llorar. Frederick y Nana se miraban con tristeza sin saber muy bien qué decir.

Ellos habían hablado muchas veces de que Melissa y Jonathan se volvieran a ver, de arreglar un encuentro y que Jonathan supiera de la existencia de Daniel. Que retomaran lazos, pero Melissa les insistía en que no era el momento adecuado.

Aparentemente, Jonathan, según Melissa, estaba en un momento en que probablemente rechazaría verla o negaría que Daniel era su hijo. Según los medios, Jonathan se veía frío, prepotente, duro, y Melissa no creía que quedara nada de aquel Jonathan dulce y cariñoso que conoció en el campamento.

No quería que hiciera daño a Daniel ni darle un padre que le traumatizara, la daba miedo presentarse ante él y que la tratase mal, echándola de su despacho o algo así. No se podía presentar ante él y soltarle una noticia así. Lo más seguro era que la rechazara, como había pasado con Brittany Olsen.

Desde que Melissa leyó en una revista de corazón lo que pasó con Brittany, se le quitaron las ganas de contactar a Jonathan. Eso había pasado hacía dos años, cuando Daniel tenía ocho. Brittany era una modelo que conoció a Jonathan en una cena de gala para recaudar

dinero contra el Alzheimer. Jonathan a veces asistía a galas así, más por compromiso que por vocación. Ella era algo famosa por haber trabajado para Victoria's Secret y Chanel.

Salió en una revista que ella estaba embarazada, y contaba apesadumbrada que Jonathan la había echado del despacho y le había prohibido la entrada. No quería saber nada de ella y negó que el niño fuera suyo. Al final se descubrió que el niño era de otro, de un chico negro que era también modelo, y cuando nació el niño, mulato, todo el mundo vio que Jonathan tenía razón.

Melissa tenía otros planes. Había pensado contactar con Jonathan, pero en otro momento. Un momento donde viera a un Jonathan más humano y receptivo. No con ese semblante de perro fiero que advertía no acercarse demasiado a él.

Un momento que nunca llegaba. Las veces que se habló de Jonathan en Internet o en las revistas, Melissa seguía viéndole con el mismo gesto duro, y eso la asustaba. A veces había tenido pesadillas en las que Jonathan la gritaba o la sacaba a empujones del despacho. Sencillamente, Melissa no se atrevía. Quería hacerlo, porque sentía que era lo más honesto, informarle y darle a Daniel la oportunidad de tener a su padre, pero algo la decía que debía esperar y aparecer en otro momento, y mientras tanto, Daniel seguiría creciendo sin su padre.

Jonathan era un empresario muy reconocido por aplastar a sus adversarios y ser un poco cruel en los negocios. Levantaba empresas, sus acciones cada día crecían más, tenía multitud de negocios, como restaurantes y hoteles, que generaban mucho dinero. Empezó a prescindir de socios, quedándose él solo al mando, y cada vez empezaba un nuevo reto. Compraba, vendía, invertía, y en todo lo que se metía daba frutos y éxito. Llegó a aparecer en el *Wall Street Journal*.

Una vez hizo una campaña donde daba su imagen para anunciar la nueva línea de relojes para hombre de marca Chanel. Melissa guardó incluso el recorte de revista, en el que se veía a Jonathan trajeado de azul marino, sentado junto a una mesa de cristal, con el codo apoyado y el brazo en forma de L, mirando desafiante y mostrando el reloj. Melissa le había dicho a Daniel que él era su papá, y el parecido era tan evidente que nadie se habría atrevido a dudarlo.

Su madre había muerto un año antes de cáncer de huesos, y al poco apareció su padre, Thomas Foster. Contactó con Nana y conoció a Melissa y a Daniel, y resultó ser un padre bastante decente.

Tenía un hijo de otra relación, Dave Foster, que también conoció a Melissa y resultaron llevarse de maravilla. De hecho, algunos fines de semana, Dave conducía hasta Dayton, Ohio, para pasar el fin de semana con Melissa. Thomas, sin embargo vivía en Boston, pero también solía visitar a Melissa todos los meses.

Había cumplido los cuarenta y cinco y sentía que debía conocer a Melissa, su otra hija. Cuando su madre le anunció que sería padre, Thomas huyó de Dayton y se marchó a Chicago durante un tiempo a trabajar. La paternidad le asustó y no estaba nada preparado. Fue cobarde, pero con los años le pesó esa decisión, y al final ganó el amor y decidió quedarse con su hija. Melissa, por su parte, le aceptó encantada, dándole una oportunidad que Thomas supo aprovechar.

Y entonces vino Dave y, como aquel fatídico martes, todo cambió…

****

Habían pasado unos días desde que Melissa se enterara de que, en Nueva York, Jonathan yacía en una cama de hospital, posiblemente postrado de por vida. El dolor que acarreaba desde que la separaron de él había crecido aún más, y esos días su corazón y su alma se le hacían insoportables de aguantar. Sentía un dolor dentro de su pecho, un nudo en la garganta y unas ganas de llorar constantes.

Dave decidió sacarla de casa aquel martes por la mañana y dar un paseo por Rhode Forks, una carretera que llevaba a una zona de bosques donde una señora vendía mermelada natural. A Melissa le encantaba la mermelada y la miel natural y a veces Dave y ella hacían picnics con sándwiches de mermelada y mantequilla de cacahuete, o miel y mantequilla normal.

Aquel día, Dave convenció a Melissa para ir a dar un paseo y coger algún producto natural que algunas personas de la ciudad o el pueblo cercano vendían en sus granjas o casas. Melissa aceptó, aunque sabía que eso no le haría sentir mejor. Ambos se montaron en el coche. Dave era buen conductor, miraba a la carretera y estaba tranquilo, pero la naturaleza de la conversación que tuvo con Melissa tuvo bastante culpa en la tragedia que vendría después.

Dave estaba harto de ver a su hermana triste, decaída y hecha un despojo. Era tan guapa y buena que le daba rabia ver cómo echaba su vida a perder por ese tal Hamilton, un tipo que, pese a ser el padre de su hijo, tenía toda la pinta de ser el mayor capullo que había pisado la Tierra. A ojos de Dave, Melissa se merecía algo mejor, emparejarse otra vez, ser feliz y dejar de soñar y deshojar margaritas por un tío que desde luego ya se habría olvidado de ella y no daba imagen de ser precisamente un príncipe azul.

—Melissa, de verdad que trato de entenderte… —dijo con tono suave—. Entiendo que es el padre de tu hijo y tal, pero ese tío tiene su vida… No creo que ni se acuerde de ti, seguro que está cada noche con una… He oído decir que usa a las mujeres como trapos… ¿De verdad te importa tanto?? Y no me digas que es por ser el padre de Daniel…

—Es por eso y por mucho más, Dave —dijo ella con voz cansada—. Necesito recuperarle. Nosotros nos queríamos. Nos separaron, pero no fue porque nosotros quisiéramos. Ahora no es un buen momento… Jonathan está creciendo cada día más con su trabajo, y… no es un buen momento…

—Querrás decir que te da pánico que te rechace. Que te eche a patadas de su despacho… Parece que tiene un carácter del diablo… El típico ejecutivo agresivo… ¡Menuda joya!

—Dave, por favor… Daniel a la larga conocerá a su padre… Él es bueno… Sé que en el fondo lo es. Ha cambiado mucho, no lo niego, pero quién sabe qué le habrá pasado. Él no era así y es lo que importa. Su verdadera naturaleza era otra, solo hay que sacarla afuera.

—Más que sacarla, habrá que hacer un trabajo de excavación titánico… No me gusta Mel, lo siento. Creo que te mereces algo mejor que un yuppie prepotente.

—Basta ya, ¿quieres? ¿Es que no puedes ponerte en mi puesto? Solo sabes criticar y juzgar… Tú no le conocías. —La voz de Melissa empezó a sonar airada. Dave la miró. Las ojeras, la cara pálida, los ojos hinchados y cansados, el semblante de alguien que parece que vuelve de la guerra… Él también se sentía airado.

—Melissa, ¿qué clase de padre quieres darle a Daniel? Ese hombre no me parece que vaya a ser un padre cariñoso y amable. Despide agresividad y altanería por cada poro de su piel. En las fotos que salen de eventos siempre tiene cara como de sentirse más que nadie. Incluso las pocas veces que sonríe, es como si tramara algo oscuro… ¿En serio que te irías con él? Porque quizá sea más oscuro de lo que parece, ¿y si intenta quitarte a Daniel? ¿Y si pierde los estribos y te pega?

—Eso no lo digas jamás. —Melissa le acuchilló con la mirada. Tras su semblante triste y decaído, se empezó a ver una pequeña fuerza guerrera emergiendo—. Jonathan nunca me haría daño…

—Estás ciega con ese tío. Despierta de una vez, tú te has mantenido virgen todo este tiempo. Tras él, no has querido que nadie te tocara, y él suena como el mayor playboy de Nueva York… ¿De verdad que todavía sigues queriendo ir tras él? ¿Te das cuenta de qué clase de…

—¡Cállate! —gritó Melissa, airada y a punto de llorar. Su voz sonaba herida—. Deja ya de decir esas cosas, tú eres peor que él… Me ves hecha polvo y sigues machacándome.

—Quiero salvarte del mayor error de tu vida. ¿Cuándo lo vas a ver?

—Él fue lo mejor que me pasó.

—¡Te arruinó la vida! —me gritó

—¡Me dio a Daniel ¡Y eso es lo mejor que pudo hacer por mí!

—Sí, claro… Como si te conformaras con Daniel. Para ti no es

suficiente. Sin Jonathan, nadie lo es. Ni tu hijo. —Melissa le dio un bofetón. Estaba harta de que la hiriera con esas palabras. Harta de oír que Jonathan era malo, que estaba con otras… Así parecía ser, y a Melissa la costaba mucho pensar en Jonathan sin que el corazón se la rompiera siempre en añicos. No quería oír lo que más la dolía. Dave la miró, asombrado, perplejo de que le hubiera abofeteado. Melissa le miraba airada.

Entonces pasó. Se oyó el pitido de un coche. Dave miró a la carretera, Melissa también, pero ya era tarde. A Dave se le fue el volante, fruto de la distracción, y el coche se salió de la carretera. Los dos gritaron y el coche cayó por un terraplén. Dieron vueltas de campana.

Melissa, años después, le contaría a Jonathan que se cruzó un perro. Nunca le diría que el accidente lo propició una discusión sobre él y sus hábitos de vida.

Dave murió en el acto. Melissa quedó inconsciente. Cuando se despertó, dos días después, tenía a su padre, a Nana y a Frederick alrededor de la cama del hospital. No necesitó preguntar qué había pasado, sus caras apesadumbradas y rojas de llorar lo decían todo… No podía moverse de pecho para abajo, a excepción de su mano derecha. Se había roto dos vértebras cervicales y la médula espinal estaba dañada. Tuvieron que operarle la cara y reconstruirle la nariz, perdiendo parte de su forma original debido a que estaba rota por tres sitios. Melissa creyó que se moría. Pensó que su vida ya estaba condenada.

Entonces, un mes después, Peter Carver entró en su vida.

****

La vida puede ser irónica y cruel. Una semana antes del accidente de Melissa, a Jonathan le tocaron las mismas cartas. Las peores.

Su accidente fue provocado cuando un coche, que conducía paralelo al suyo, le dio un empujón que le sacó de la carretera. Bastó una fracción de segundo para que Jonathan no pudiera girar a tiempo el volante de manera normal. El Mercedes se salió de la carretera y cayó por un terraplén.

En el hospital le atendieron, pero cuando le dieron las noticias de que estaba inmóvil de cuello para abajo, Jonathan soltó un grito tan fuerte que bien podría haber roto todos los cristales. Tuvieron que sedarle porque no paraba de gritar y llorar como un loco.

En otro hospital, a mucha distancia de allí, el cruel destino quiso que Melissa Cadwell, el amor de su vida, estuviera en la misma condición. ¿Cómo podía ser la vida tan cruel y usar bromas tan oscuras?

****

Día presente. Hamilton House

Jonathan y yo nos pusimos a cenar en el amplio salón del piso inferior. Esa noche había refrescado y no nos apeteció a ninguno salir a cenar al jardín.

Había preparado ensalada de gambas y tortilla. Jonathan comía con apetito y, aunque yo fingía estar normal y bien como siempre, debí hacerlo fatal porque Jonathan me echaba muchas miradas mientras veíamos una película de suspense de Nicholas Cage.

A mí me daba igual la película, no me enteraba de nada, y en mi cabeza solo estaba la imagen de Jonathan con esa chica. Los celos me devoraban, y la incertidumbre me mordía el estómago y el corazón con dientes de acero. No me atrevía a preguntarle sobre esa foto. Sentía que no tenía derecho a preguntarle ni exigirle nada. Habíamos tenido sexo, pero eso no nos convertía en pareja, y Jonathan no había dicho nada al respecto. Era obvio que nos gustábamos, pero estábamos en un punto que no tenía nombre. No sabía qué éramos ni si Jonathan quería que fuéramos algo. Yo me había ilusionado y esperaba que hiciera más avances, se declarara más o dijese algo tras aquella noche de sexo. A veces me preguntaba si lo hizo solo porque estaba borracho y le apetecía, pero no significó para él nada más que un momento de placer.

Sin embargo, yo me recreaba con las imágenes de esa noche una y otra vez. Pensaba en su mano agarrándome el pecho derecho, mientras me besaba y su lengua se juntaba con la mía, y nuestros jadeos boca con boca, mientras le hundía mis dedos en su suave pelo, y cada segundo me llenaba más de él, deseando quedarme para siempre en ese momento.

Me sentía sedienta de él, y le bebía como una loca, llenándome de él. No habíamos parado de besarnos. Eran besos uno tras otro. Creo que nos besamos más de doscientas veces, en tiempo real, sin exagerar. Cuánto más le besaba, más quería sus besos y sus labios pegados a los míos. Sentir el calor de su boca, meter mis dedos en su pelo liso, suave y frondoso, gemir en su boca y sentir cómo sonreía y volvía a besarme.

Era como agua oxigenada cubriéndome heridas y cerrándolas. Pero no sabía lo que yo era para él.

Jonathan había sido un playboy, como me dijo Dave antes de morir. No le conocía realmente. Yo seguía creyendo en el Jonathan que había conocido doce años atrás, pero quién sabe si quedaba algo de ese chico en el Jonathan que ahora estaba postrado en una silla.

Me sentía deprimida y confundida. No quería decirle nada por no quedar como una tonta que le iba detrás. Me moría por saber qué

pensaba, qué sentía, y porqué estaba un poco alejado de mí, pero no me parecía lo mejor. Era preferible dejarlo correr, ya que él no tenía nada que decir, y si yo era la primera en dar la alarma, quedaría como que le iba detrás, y eso me hacía sentir humillada y estúpida.

Revolvía la ensalada con el tenedor y comía como un pájaro. Me costaba tragar hasta una miga de pan.

—Kate, ¿te ocurre algo? —Alcé la vista del plato y vi que me miraba preocupado. El peso que sentía en mi pecho y ese dolor parecieron acrecentarse.

—No, ¿por qué? —dije con voz animosa, aunque sonó tan forzada que ni yo me lo hubiera creído.

—Porque estás muy callada, apenas comes… y te noto triste. Estaré paralítico, pero no estoy ciego…

Desvié la mirada hacia otro lado, pero enseguida volví a mirarle. Me sostenía la mirada y eso me puso muy nerviosa.

—Estoy bien, de verdad… Un poco cansada, pero bien. —Sonreí.

—No me mientas, por favor, lo detesto… —Me puse tensa—. Y que me trates de idiota aún más… Desde que bajaste del ático te noto como si hubieras visto un fantasma ahí arriba. ¿Viste un fantasma? Oye, si tengo fantasmas en el ático debería saberlo ¿no crees? Igual podía dejar hacer visitas y cobrar un dinero extra. —Yo sonreí un poco, esta vez de verdad.

—No es nada, es una tontería…

—Pues si es una tontería, cuéntamela. Por tu cara, parece algo realmente serio.

—Déjalo Jonathan, por favor… No me apetece hablar ahora mismo.

—No pienso dejar que te tragues lo que sea que te está comiendo por dentro. Por favor Kate… Creía que teníamos confianza el uno en el otro.

—Eso pensaba yo… Pero quizá tú no me cuentas a mí muchas cosas ni yo a ti… —Sentí una alarma que me avisaba de que tuviera cuidado. Hablar más de la cuenta podía empeorarlo todo.

—Vale… Esto ya parece más serio de lo que creía. ¿Qué es lo que no te he contado o tú no me has contado a mí? —Recalcó las últimas palabras mirándome con un aspecto fiero que no le había visto antes. Pareció ponerse a la defensiva y eso me alarmó. Quizá dar a entender que nos guardábamos cosas, sobre todo yo a él, le puso en guardia. Deseé haberme callado, pero me sentía a punto de explotar, como una olla a presión. Me daban ganas de llorar y me aguantaba por no delatarme, pero era humana y contener esos sentimientos me estaba destrozando—. ¿Es algo sobre mi vida anterior? ¿Sobre esta? Aunque mi vida de ahora no es realmente una vida, así que tranquila, salvo

estar en casa sentado todo el día no hago mucho más que no sepas.

—Lo siento… Olvídalo, no sé ni lo que digo. —Me levanté de la mesa y me apresuré a la cocina antes de reventar de dolor delante de él.

—Kate, ven aquí, por favor, no te escondas como una niña. —Le oí lo que me dijo a lo lejos. Yo estaba en la cocina. Me apoyé en la encimera con los codos, con la melena larga y castaña cayéndome por la cara, y entonces rompí a llorar en silencio. No podía más. Estaba hecha añicos y sentía que la próxima vez me desintegraría de tanto dolor. Tenía que vivir con el peso de ocultarle a Jonathan mi identidad, nuestro niño, no saber si la operación saldría bien, si él cambiaría y se volvería en mi contra tras saber la verdad. Ya no era un chico dulce y tierno, ahora era más duro y frío, aunque conmigo se abría mucho, pero, con todo, no estaba nada segura de cómo reaccionaría. Y encima lo de esa foto con esa chica. Me dolía que yo me hubiera mantenido al margen de tener relaciones y sin embargo Jonathan hubiera estado con unas y otras. Yo solo vivía para recordarle, trabajar y cuidar y querer a nuestro hijo, y no necesitaba más. Haber estado con otro habría generado infelicidad en mi alma y no había conocido a nadie de quién me enamorara, así que Jonathan había sido el único hombre de mi vida. Sin embargo, él no había tenido reparos en acostarse con medio Nueva York. Quizá para él el sexo era algo como comer o respirar. No le daba importancia, pero para mí era una entrega entre dos personas, un momento único de unión total, y para mí significaba mucho entregarse. Él, siendo hombre, quizá lo vería como un deporte.

Remover todos esos pensamientos me estaba ahogando aún más y haciéndome llorar más desconsoladamente Por un momento me alegré de que Jonathan no viniera tras de mí y me dejara llorar a gusto sin dar explicaciones. Pero el momento duró poco. Quizá mis sollozos se oían más de lo que yo creía. Oí venir la silla, que emitía un ligero siseo con sus ruedas y el motorcillo, y rápidamente me limpié los ojos, me sorbí la nariz y quise mostrarme serena. Era más humillante todavía que me viera llorando por él… Pero no iba a poder disimular los ojos rojos ni la tristeza en ellos.

—Kate —me dijo cuando entró en la cocina. Su voz era suave. Creo que sabía que estaba llorando y le daba cierta lástima.

—¿Qué pasa? —dije sin volverme, fregaba los platos. Mi voz sonó compungida.

—No es a mí al que le pasa algo… Mírame por favor. —Su voz sonó dulce.

Me volví y le miré. Él me miró también.

—Joder…. —masculló, mirándome con gesto lastimero. Mi cara era un poema, entendía que se quedara pasmado. Su silla avanzó hasta

mí—. Kate por favor, ¿qué ha pasado? ¿Te ha dicho alguien algo? ¿Te he hecho algo que te ha molestado? Por favor, dímelo, es frustrante estar atado a esta maldita silla y que tú me hagas sentir aún más atado… Me gustaría abrazarte o cogerte y… —Empezó a agobiarse. Entonces decidí lanzarme. No aguantaba más esa intriga dolorosa.

—Vale, seré clara. Jonathan, me gustas mucho… pero no sé qué soy yo para ti. —Le miré con gesto lastimero y la voz cargada de tristeza. Me sorbí la nariz. Él no dejaba de mirarme—. Lo que hicimos aquella noche cuando llovía… —Sentí que iba a llorar de nuevo. Tragué con dificultad—. Para mí significó mucho, pero no creo que para ti fuese más que otro polvo… Sé que has estado con mujeres solo por sexo y rollos de una noche.

—Kate, más de la mitad de lo que se decía de mí en prensa y televisión eran solo cotilleos sin fundamento. Te aseguro que me he acostado con muy pocas mujeres, y, básicamente, ha sido para desfogar, no porque estuviera enamorado… Te dije que solo me enamoré de Melissa. Me pintaron como un Casanova, pero lo cierto es que el ochenta por ciento de lo que se decía no era verdad… No he sido el golfo que decían… Tuve líos, pero no tantos como… —Decidí cortarle. No quería saber más sobre eso, me dolía.

—Me da igual tu pasado, no voy a juzgarte… Pero quiero saber qué soy para ti… Porque no quiero creer lo que no es… Cuando bajé del ático con esa cara fue porque había una carpeta con fotos. Se me cayeron, no estaba cotilleando nada. —Me apresuré a decir para no quedar como una fisgona—. Coloqué las fotos y vi una tuya con una chica. Era como una foto de boda. Sé que parezco idiota, pero… —No pude continuar hablando porque su cara se relajó por completo y de pronto empezó a reírse. Soltó una carcajada, cerró los ojos y meneó la cabeza como si no se creyera lo que estaba oyendo. Yo le miré irritada, con ganas de abofetearle. Ahora sí que me sentía peor.

—Kate… No sabes nada, de verdad… Estás realmente confundida, cariño… Coge el móvil y pon en el buscador de imágenes mi nombre y *Vanity Fair* 2013. —Le miré extrañada—. Hazlo… —Me exigió.

Sin decirle nada, cogí el móvil que llevaba en el bolsillo de mi cárdigan azul. Hice lo que me pidió. Entonces salieron un montón de imágenes que eran iguales a la foto que yo había visto. Era una sesión de fotos que Jonathan se hizo con una modelo para la revista *Vanity Fair*. No había ninguna boda. En otra foto salía Jonathan riéndose con la modelo en la sala de maquillaje, ella llevando una toalla en la cabeza y bata de peluquería, y él con una taza de café en la mano y varios estilistas a pocos metros de ellos. Anunciaban ropa de la firma Armani para la nueva temporada. Me sentía ridícula. El peso se había ido para dejarme una sensación de vergüenza infinita. Me tapé la cara con la mano. Jonathan volvió a reírse con una carcajada tan natural y

bonita que solo por eso no me molestó.

—Ven aquí, Kate. Tengo que decirte algo. Siéntate conmigo por favor. —Yo le miré como dudándolo, pero al final hice lo que me pedía. Todavía me sentía avergonzada e intencionadamente intenté ocultar mi cara entre mi pelo largo y liso. Me senté encima de él, pero no me atreví ni a tocarle. Dejé mis manos sobre mi regazo como una muñeca rota—. Mírame… Eres demasiado preciosa para ocultar tu cara… —Levantó su brazo izquierdo y con su mano me apartó el pelo y me cogió de la cara suavemente, haciendo que le mirara—. No tienes que avergonzarte de nada, ¿me oyes? Desde el momento en que te vi supe que me aportarías algo bueno. Lo vi en tus ojos. Me diste esperanza por primera vez en años… Incluso antes de mi accidente. Ya antes estaba perdido… —Sus ojos azules adoptaron un aire de tristeza y entonces no pude menos que mirarle con dulzura y apoyar la palma de mi mano en su suave mejilla—. Te quiero, Kate, si es lo que quieres saber. Nunca serías para mí un polvo… Para mí fue culminar un sentimiento profundo y sincero que siento por ti. Me estoy enamorando cada día un poco más de ti. Después de doce años, vuelvo a sentir latir mi corazón.

Esas otras chicas de mi pasado no significaron nada. Las usaba y dejaba solo para hacer daño a mis padres y que vieran que nunca conseguirían lo que se propusieron. Me quitaron a Melissa y querían que me asentara con chicas que ellos aprobaran. Mi rebeldía por eso fue hacerles creer que quería a esas chicas, que a lo mejor me casaba con ellas… Pero luego las dejaba, decepcionando cada vez más a mis padres. No quise darles ese gusto.

—Jonathan… Pero esas chicas no se merecían que las usaras, trato de entenderte pero… —Mi mano bajó de su cara a su pecho. Él me cogió la mano, apretándola suavemente.

—Lo sé… Fui mezquino y ruin. Pero así era yo antes de conocerte… Ahora no haría jamás algo así… Pero tú eres diferente también. No eres como esas chicas vacías, superficiales y aburridas. Tú me aportas algo profundo, amor, esperanza, ilusión… Con ellas no tuve nada de eso. Solo hablaban de moda y fiestas, y yo cada vez estaba más hastiado. Kate, si te hubiera conocido fuera de esta silla de ruedas, te juro que no te habría utilizado. —Sus ojos decían la verdad. Sonreí un poco y volví a acariciarle la cara, a lo que él cerró los ojos e inclinó la cabeza para apoyarse aún más en mi palma. Me pareció dulce y tierno. Era increíble como con solo una palabra podía hacerme sentir feliz o la más desgraciada. Un gesto suyo, una mirada o una palabra, bastaban para aliviarme o destrozarme.

Cada vez me sentía más vulnerable a su lado. Me daba miedo que no me quisiera tanto o que se pusiera más enfermo y me dejara. Desde que me había mudado con él, y ahora que compartíamos una vida, no

me imaginaba viviendo sin él. Lo había hecho durante doce años, pero sobreviví más que viví. Y Daniel me daba fuerzas, pero también me las quitaba cuando le miraba y veía en él la cara de Jonathan, sus gestos… Mi hijo no me permitía olvidar a Jonathan, por mucho que yo quisiera.

—Bueno, ¿te sientes ya mejor ahora que sabes que soy todo tuyo? —Me sonrió, yo miré a otro lado y bufé con cara de no hacerle ni caso. Él se rio—. Anda, vamos a terminar la cena, aunque en tu caso es mejor decir «empezar».

—Deja de burlarte o esta noche duermes solo… —Le amenacé de broma. Él no paraba de sonreírme.

—No, por favor, no me prives de tu dulce compañía… —De repente acercó más su cara a mí y me dio un beso en el cuello que me sorprendió e hizo que sintiera una descarga de adrenalina por todo el cuerpo.

—Vamos a terminar esa cena antes de que las gambas se escapen del plato—. Reí con ganas. Volvía a sentirme feliz.

****

El temido viernes llegó. Daniel llegó a la finca acompañado de Molly, en el coche familiar. El niño fue como una explosión de color y alegría.

Jonathan, para mi asombro, no solo había comprado una PlayStation, sino también una Xbox con un montón de juegos. Cuando vino el repartidor a traerla, me enfadé, pero Jonathan no me hizo ni caso y se alejó con la silla de ruedas, dejándome airada y regañándole por haberse gastado tanto dinero.

Jonathan tenía preparada su PlayStation y la Xbox en un envoltorio azul con coches dibujados en la habitación que yo había preparado para Daniel por petición suya. Estaba al lado de la mía. Era una habitación de invitados más, pero Jonathan se molestó en poner algunos toques infantiles, haciendo que revolviera en el ático y cogiera objetos de cuando él era pequeño. Puse una lámpara de Mickey Mouse, sábanas de coches de carreras y cascos de motos, unos cuadros con muñecos de la Warner, como Piolín o El Coyote, y algunos muñecos esparcidos por la cama. Un balón de fútbol y otro de baloncesto completaban el equipo. Había una cancha de baloncesto en la parte posterior de la casa, cerca del garaje, para que Daniel jugara si se animaba.

Me había emocionado ver que Jonathan quería que Daniel estuviera cómodo y feliz, y el interés que se había tomado para preparar cualquier detalle. Me llenaba de felicidad ver lo bien que le había caído nuestro hijo, aún sin saber que era nuestro.

Yo intenté tranquilizarme, y para controlar mi ansiedad tuve que recurrir a una pequeña dosis de Diazepam que Peter me había recetado para casos un poco estresantes. El de Daniel lo era.

Nuestro hijo estaría con nosotros hasta el domingo por la tarde, cuando Molly le recogería de nuevo para que el lunes se incorporara al colegio. Daniel trajo una mochila con una muda, el pijama y un par de pantalones y camisetas.

Jonathan quería pasar todo el rato con él, le miraba lleno de alegría y la sonrisa no abandonaba sus labios. Yo les miraba a los dos, y me henchía de orgullo y felicidad que estuvieran juntos y se llevaran tan bien. Era bueno que Jonathan empezara a hacer migas con Daniel. Si empezaba a quererle y le cogía cariño, cuando le dijese que era su hijo, ya tendría mucho camino recorrido.

El viernes por la tarde, Jonathan estuvo ayudando a Daniel a hacer los deberes de cálculo que tenía para entregar el lunes.

—Así tendremos todo el fin de semana para nosotros ¿qué te parece? —le propuso Jonathan.

—Vale. —Sonrió Daniel—. Pero esta noche tenemos que ir a Skull Island.

—Prometido. —Y Jonathan y Daniel chocaron las manos. Yo sonreí.

Me complació, cuando subí el cesto de la ropa para colocarla en los cajones de Jonathan y en los míos, toparme en el estudio de Jonathan con Daniel sentado en su escritorio de roble, como si él tomara el relevo de su padre, y Jonathan a su lado, en su silla, con la calculadora y un lápiz, explicándole, atento, cómo resolver los ejercicios. Daniel le miraba con toda su atención. Me emocionó ver cómo Jonathan cogía el lápiz y escribía anotaciones para que Daniel entendiera.

Nuestro hijo balanceaba los pies en la silla, y cogía su lapicero de Bugs Bunny y apuntaba las soluciones.

—Ahora elevas al cuadrado el dos, que es lo mismo que decir dos por dos… que es… —Le miró…

—Cuatro —respondió Daniel, resuelto. Jonathan sonrió y le mesó el pelo.

—Muy bien campeón, pues ponlo ahí. —Suspiré y les dejé solos.

****

Por la noche, Jonathan y Daniel formaron un equipo del que, claramente, me habían excluido. No estaba nada molesta. Los dos se habían empeñado en pedir pizza margarita y la comían mientras, con los mandos de la Play, en la televisión, exploraban una isla llena de peligros y aventuras. Jonathan caía en algunas trampas que Daniel

sorteaba y los dos se morían de risa. Yo les observaba desde el sofá, sentada con las piernas encogidas y una manta fina cubriéndome los hombros mientras intentaba leer un libro, pero siempre se me iba la vista a ellos, que estaban a un metro de mí, Daniel, sentado en el sofá, con Jonathan al lado, en su silla. Estaban concentrados y no reparaban en mí, pero así debía ser. La chimenea estaba puesta y el fuego crepitaba. La escena no podía ser más familiar.

—Si eliges la puerta cinco te llevas doscientos puntos… Hay un cáliz de oro en ese templo —dijo Daniel

—Sí, pero no sabes que hay un sitio donde consigues cuatrocientos puntos y un rubí rojo —dijo Jonathan en plan misterioso, sin dejar de pulsar el mando. Daniel le miró asombrado.

—¿Un rubí? Yo no he conseguido ninguno… ¿Qué sitio es ese?

—Ahhh, es una sorpresa, campeón… Ya lo verás cuando llegues

—Vamos Jonathan, dímelo ¡por favor, por favor! —rogó. Jonathan se carcajeó

—Está bien… Intenta pasar por la gruta del oso… Si consigues derribarlo, ganas los cuatrocientos puntos

—Síííí. —Daniel, presuroso, metió a su personaje en la gruta. Al final ganó los puntos, se levantó y empezó a dar saltos y gritos ante la carcajada de Jonathan. No le había visto tan contento ni conmigo.

—Bueno, Greyer, eso es un poco trampa, ¿no crees? —dije divertida.

—No, tía Kate, Jonathan es mi compañero, se supone que debemos ayudarnos.

—Oh claro, tonta de mí… Qué obvio. —Miré a Jonathan y él me devolvió la mirada, sonriendo.

—Jonathan, verás cuando se lo cuente a Kevin, un rubí rojo… waowww. —Yo sonreí. Jonathan no paraba de sonreír, de reírse con Daniel y de disfrutar como si él también fuera un niño.

Cuando dieron las 23:30, avisé a Daniel para acostarse. Estaba cansado y no protestó mucho.

—Vamos cielo, despídete de Jonathan. Ya mañana seguiréis con esa dichosa isla… —Me levanté del sofá para llevarle a la cama. Daniel me sorprendió cuando se abalanzó a Jonathan y le dio un abrazo. Jonathan le abrazó con su brazo bueno, cerró los ojos y pareció deleitarse en ese momento. Le encontré algo nostálgico y emocionado. Había algo que no decía, pero sus ojos expresaban. Yo también sentí que el corazón se me derretía.

—Hasta mañana, peque… Que descanses, mañana seguiremos.

—Hasta mañana Jonathan, buenas noches. —Le tendí la mano y él me la cogió. Le subí a la habitación de arriba y le acosté. Cuando le arropé, le encendí la lámpara de Mickey Mouse y me senté a su lado.

—Mamá, Jonathan me cae muy bien… Es un papá genial. —Yo le

sonreí emocionada. Todavía no le habíamos dado los regalos. Jonathan quería reservarlos para el domingo, cuando se fuera.

—Me alegro que te guste, cariño. Tú a él le gustas mucho también. Lo pasáis muy bien juntos y eso me alegra. ¿Estás contento de haber venido?

—Sí, mucho. —Me sonrió. Yo me agaché y le di un abrazo—. Bueno, ahora a dormir ¿vale?

—Vale mamá, buenas noches. —Le di un beso. Me levanté.

Me alegré de que estuviera cansado y no hiciera preguntas ni hablara demasiado. No quería ahondar mucho en el tema.

—Hasta mañana cariño. Si necesitas algo, estoy aquí al lado ¿vale?

—Vale mama. —Entonces me fui. Acordé con Jonathan que no durmiéramos juntos ese fin de semana por si Daniel se levantaba de noche y nos veía en la cama. Sentía que todavía era pronto para que supiera algo así.

Bajé al salón para recoger los restos de pizza, tirar la caja, las latas de Coca Cola y acostar a Jonathan tras darle sus medicinas. Al bajar, vi a Jonathan apagando la Play. En cuestión de quince minutos, estaba todo recogido. En la habitación, desvestí a Jonathan, le puse su pijama y le di su medicación. Una vez acostado, noté que estaba muy pensativo, me miraba mucho y yo hacía como que estaba distraída colocando la habitación o cosas de aseo del baño. Intentaba no mirarle a la cara porque sentía que me iba a decir algo y yo me desmoronaría delante de él, y que todo caería por su peso y me delataría. Doblé la ropa de Jonathan y él no paraba de mirarme desde la cama.

—Kate…

—¿Sí? —dije sin mirarle mientras el corazón se me aceleraba. Abrí un armario y puse en una percha los pantalones de Jonathan bien doblados.

—Greyer es un chico fantástico… Sé que tiene a sus padres y puede que esto te parezca raro, pero… me gustaría verle mucho más, Kate… —Estaba de espaldas a Jonathan, con las puertas del armario abiertas, y él no podía ver mi cara. Empecé a notar un nudo en la garganta y unas ganas de llorar repentinas. Me mordí el labio—. Me recuerda a mí de pequeño… Siento algo raro con Greyer, no sé… Quizá sean mis genes paternales que se han activado —dijo con un tono alegre como para resultar gracioso. Me di la vuelta y traté de mantener una cara normal y rebajar mi respiración acelerada.

—Vaya, eso es bueno… Es decir, que le quieras tanto porque él también está loco por ti. —Sonreí como pude—. Bueno, hablaré con Molly y seguro que le traerá encantada algunos fines de semana. No te preocupes por eso… —Decidí despedirme antes de que me derrumbara y me echara a llorar. El cúmulo de emociones era demasiado fuerte y sentía que me ahogaba—. Bueno, te dejo que

descanses, si necesitas algo, llámame, ¿vale?

—No Kate, espera… Duerme conmigo… Te necesito aquí a mi lado. Me das tranquilidad, creo que, si me dejaras solo, me pasaría la noche en vela. Por favor.

—Jonathan prefiero que no… —Le miré con cierto gesto lastimero —. Greyer podría levantarse de noche y no creo que sea apropiado que nos vea en la cama…

—Kate, Greyer es muy inteligente. Seguro que lo entiende. No vamos a estar desnudos ni habrá nada que un niño no pueda ver. Anda, ven aquí conmigo, por favor… —Le miré, y tuve que acceder. Negarme habría levantado sospechas.

—Está bien. —Le sonreí. En cuestión de segundos estaba con mi camisón blanco largo metida dentro de la cama, con Jonathan a mi lado. No me sentía muy habladora esa noche.

—Échate sobre mi pecho. Quiero abrazarte. —Le obedecí, aunque yo lo que quería era estar sola. Si tenía ganas de llorar, prefería desahogarme y quedarme relajada. Con Jonathan tenía que reprimir unos sentimientos que me ahogaban y hacían que me sintiera peor. Cuando se quedara dormido, fingiría ir al baño y allí lloraría a gusto, en silencio y con una toalla amortiguando mi boca y sus sonidos lastimeros—. Estás temblando Kate… ¿te encuentras bien? —Me pasó el brazo por los hombros y apoyó su mano en mi brazo. Lejos de relajarme, su contacto me puso más tensa. No quería que se diera cuenta de que yo no estaba bien. Me acarició después el pelo, yo con mi cara sobre su pecho, sobre el pijama color rojo de seda. Intenté centrarme en ese contacto y no pensar en nada más. Un truco de mi maestro tibetano Irasuka. Y funcionó. Empecé a tranquilizarme, aunque me costaba un poco. La imagen de Daniel asociada a Jonathan me hacía añicos por dentro.

—Me quedé un poco fría, y con este tiempo… pero estoy bien, gracias —le contesté para que se quedara tranquilo.

—Vale. —Sonrió y me acarició la cabeza, metiendo sus dedos en mi pelo y masajeándome el cuero cabelludo. Estuvo así un buen rato. Me gustó y empecé a relajarme de verdad. Interiormente, le agradecí ese pequeño gesto—. Buenas noches, Kate.

—Buenas noches, Jonathan… —Estaba segura de que al rato iría a llorar al baño. Pero, sorprendentemente, me quedé dormida por el efecto relajante de los dedos de Jonathan masajeándome la cabeza y enredando sus largos dedos en mi pelo. Sentirme junto a él, y pensar en que Daniel estaba a unos metros, los tres juntos de nuevo, me calmó una parte que llevaba arrastrando durante doce años, aunque solo en parte, porque Jonathan aún no sabía la verdad. No sabía cómo iba a decírselo cuando llegara el momento. Que Daniel, ese niño que tan bien le había caído, y que se parecía tanto a él, era su hijo desde

hacía once años.

****

El sábado fue un día espectacular. Daniel se levantó a las once y Jonathan quiso que desayunáramos en el jardín, aprovechando que hacía sol. Le puse un jersey a Daniel para que no se resfriara. El desayuno fue tranquilo, aunque a veces era interrumpido por Daniel, que le contaba a Jonathan cosas del colegio sobre sus amigos, profesores y exámenes. Jonathan le escuchaba siempre con una sonrisa en la cara. La química entre ellos no podía ser más grande.

Me preguntaba qué haríamos ese día, pero Jonathan y Daniel no tuvieron dificultad en hacer planes. Dimos un paseo por la zona de bosques, por con un camino de grava que había, fuera de Hamilton House. Decidimos que haríamos un picnic. A Jonathan no le gustaba nada salir y que le vieran con la silla, pero con Daniel parecía haber perdido esa vergüenza. Los tres íbamos paseando por el camino de grava, con grandes praderas, árboles y naturaleza rodeándonos a ambos lados. Daniel no paraba de parlotear con Jonathan, y yo iba encantada con los hombres de mi vida.

Recogí flores, que llevé en la mano a modo de ramo, y Jonathan quiso pararse para meterse en la pradera y que Daniel volara una cometa con la cara de Darth Vader que le había regalado esa mañana. Por lo visto, Jonathan también era un fan de Star Wars, al igual que Daniel, y la cometa había sido un juguete de Jonathan olvidado en el ático. Yo me senté en la hierba, y Jonathan a mi lado, en la silla.

Daniel se puso a corretear, y alzó la cometa. El viento soplaba y la hacía volar

—¡Mira Jonathan! —chilló Daniel con una risita nerviosa mientras tiraba de la cuerda.

—¡Muy bien, campeón! —gritó Jonathan, sonriéndole—. Cuidado que no se te escape, haz que ese malvado surque los cielos. —Daniel rio y siguió entretenido con la cometa y corriendo por la pradera, ante la atenta y sonriente cara de Jonathan y la mía. No podía sentirme más feliz. Dejé el ramo de margaritas, lilas y campanillas en mi regazo y contemplé a nuestro hijo brincando por la pradera, disfrutando y feliz.

—Greyer da mucha positividad, es un chico realmente vital —comentó Jonathan, totalmente absorto en él.

—Sí, la verdad es que contagia alegría… Sus padres le adoran…

—No me extraña… Es una suerte tener un hijo así. —Él suspiró y siguió mirándole. Sentí que el corazón me daba una punzada—. Espero que venga a visitarme mucho más… Le voy a echar mucho de menos cuando se vaya mañana.

—No te preocupes, hablaré con Molly y seguro que le traerá el próximo fin de semana, si es lo que quieres… A veces puede ser agotador, ja, ja, ja.

—A mí no me agota… Absorbo cada segundo de él… Es increíble lo fantástico que es. Y por favor, dile a Molly que le traiga, así ella también tendrá algún rato libre con su marido, lo agradecerá.

—Claro. —Le sonreí, aunque por dentro estaba gritando.

****

Por suerte, había traído una cesta con unos sándwiches, refrescos y unos pastelitos de nata. A Daniel le entró hambre y al cabo de un buen rato se unió a Jonathan y a mí, jadeando y sonriente.

—Bueno, campeón, ya es hora de reponer fuerzas, anda vamos a comer… —Le animó Jonathan, revolviéndole el pelo sin dejar de sonreír. Daniel se sentó a mi lado.

—¿Qué hay para comer?

—Tu favorito, mantequilla de cacahuete y mermelada. —Le dije, sacando ese sándwich.

—Síííí —gritó Daniel contentísimo. Yo sonreí de verle tan hiperactivo, y Jonathan no le quitaba ojo. Mi hijo empezó a comer, y le di a Jonathan otro sándwich, de atún y maíz, su favorito. Yo cogí otro para mí de queso y jamón. Comimos relajados, disfrutando del sol y el aire, y del ambiente, que no podía ser más familiar. Solo deseaba que Jonathan dejara esa silla y pudiera moverse más e incluso andar. Y que supiera todo lo que ocultaba, y tener una vida de verdad. Pero aún era largo el camino.

****

Por la noche, Jonathan y Daniel vieron la película de *Alien*, pese a que yo me negué más de una docena de veces.

—Esa película te dará pesadillas, Daniel, elige otra —dije rotunda, mientras Jonathan me miraba divertido en el salón, al lado de la televisión. Daniel me miraba con cara de perrito triste.

—Tía Kate, por favor, te prometo que no me dará miedo.

—Eso no lo puedes saber, jovencito. Y yo te digo que te dará miedo. Lo siento, pero no…

—Venga Kate, déjale que la vea conmigo. Le taparé los ojos cuando salga algo fuerte. —Le defendió Jonathan, a lo que Daniel se volvió hacia él sonriéndole, empezó a dar saltitos a mi lado y a tirarme del jersey rosa.

—Por favor, tía, por favor…

—Ufff, sois insufribles los dos… Está bien, pero como tengas pesadillas no pienso levantarme…

—¡¡Bieeeen!! —chilló Daniel con una sonrisa y fue corriendo hacia Jonathan, para abalanzarse sobre él y darle un abrazo que hizo que la silla se moviera bruscamente hacia atrás. Jonathan se rio y le abrazó también. Ya sabía que Daniel iba a estar terriblemente mimado por Jonathan. Menuda gracia.

—Bueno, veremos esta noche —dije no muy convencida. Puse el DVD y dejé que Daniel se sentara en el sofá, contento, con palomitas y Coca Cola como cena. Otro capricho que le había consentido por petición de Jonathan.

—Kate, siéntame en el sofá, al lado de Daniel. —Miré asombrada a Jonathan. Nunca me había pedido algo así ni para estar conmigo. Miré a Daniel—. Cariño, ve a la cocina y tráeme otra Coca Cola para mí y hazme unas palomitas en el microondas. No más de cuatro minutos ¿vale?

—¡Vale! —dijo sonriente, y se fue corriendo a la cocina. No es que me apeteciera especialmente cenar palomitas y Coca Cola, pero no quería que Daniel viera cómo levantaba a Jonathan de la silla y, con esfuerzos, le sentaba en el sofá. Ahora, por suerte, él podía mover un brazo, así que lo apoyaba sobre mis hombros, hacía fuerza y me ayudaba un poco. Le cogí de la cintura para levantarle y pude sentarle en el sofá. Le acomodé las piernas y le puse un cojín grande y mullido en la espalda. Él pareció algo aliviado al cambiar la silla por el sofá y yo me alegré de ese pequeño paso de gigante. Así, puesto en el sofá, no parecía que su cuerpo estuviera paralizado. Simplemente, parecía alguien normal, sin ninguna limitación ni enfermedad.

—¿Estás bien? —le pregunté de pie frente a él. Me devolvió una sonrisa relajada y asintió. Antes de decir nada más, Daniel entró como un cohete al salón, corriendo y con mi cubo de palomitas y la Coca Cola… —¡Cuidado, Greyer! Vas a tirar todas las palomitas… —No me hizo caso, se sentó de un salto al lado de Jonathan. Cogió un cubo grande para él y su padre, que puso en medio de los dos. Jonathan cogió la lata de Coca Cola con la mano izquierda y bebió un trago—. Así que un cubo mediano para mi ¿eh? Vaya, vaya, con los favoritismos… —dije con fingida molestia. Daniel rio y yo, con una sonrisa, me senté al lado de Daniel. La película empezó y comenzamos a verla.

Durante la película, Jonathan y Daniel tuvieron momentos de risas, incluso Jonathan le gastó la broma de alargar el brazo y hacerle cosquillas en la tripa de repente, a lo que Daniel chilló del susto, pero empezó a reírse como un loco. Jonathan no paraba de sonreír y reírse con él. También le tapaba a veces los ojos, de broma, poniendo la palma de la mano sobre la cara de Daniel.

—¡Jonathan! —protestaba Daniel con una risita, apartando la mano de Jonathan, a lo que él sonreía, le miraba divertido y volvía a ponérsela. Yo me reía por lo bajo, viendo lo compenetrados que estaban y como las cosas fluían de una manera tan positiva y natural.

—Chicos, estamos viendo la película, ¡por favor! —protesté divertida.

—Vale, perdón, perdón —dijo Jonathan con falsa modestia. Yo miraba más a mi hijo y a su padre que a la película. En un momento dado, cuando Daniel empezaba a tener sueño, se recostó sobre el pecho de Jonathan, con las piernas encogidas sobre el sofá. Yo le quité las zapatillas para que estuviera más cómodo, y Jonathan le rodeó con un brazo. Me estremeció ver lo parecidos que eran. Tenían el mismo pelo rubio, la misma sonrisa jovial y alegre, los ojos azul cielo, el corte de cara… De mí creo que solo heredó la nariz. Era curioso ver a padre e hijo juntos. Daniel parecía la versión infantil de Jonathan y eso me llenaba de orgullo y felicidad.

Al final nuestro hijo se medio durmió y no vio la película completa.

Yo le cogí en brazos y le subí dormido a su habitación. Le acosté y le arropé.

Me reuní con Jonathan en el sofá, y vi que se había quedado con los ojos cerrados. Le contemplé.

Quise recrearme en ese momento, pausarlo y quedarme así durante horas.

El semblante de Jonathan estaba relajado y sereno. No como al principio cuando le conocí y dormía con un gesto demacrado, febril y ojeroso. Era evidente que había cambiado mucho, y a mejor.

Me sentía un poco más tranquila al verle mejor.

Me acerqué despacio, me senté a su lado y no pude evitar hundir mis dedos en el pelo de sus sienes y acariciarle. Quise besarle, pero no me atreví a tanto. También quería decirle tantas cosas… Él movió un poco la cabeza y abrió lentamente los ojos.

Yo le sonreí.

—Hola —me dijo sonriéndome y apoyando su mano en mi muslo.

—¿Cómo estás? —le pregunté dulcemente, apoyando la palma de mi mano en su mandíbula.

—Muy bien… Me ha encantado pasar de la silla al sofá… Me siento más normal. Y Greyer es una delicia. Estar con él es una terapia increíble. Me alegro tanto de haberle conocido… Tienes un sobrino maravilloso, Kate —cerré un momento los ojos y asentí. «Contrólate», me dije.

—Me alegro de que os queráis tanto… Pero es hora de acostarse, ¿no crees? Y te toca la medicina de los espasmos. Mañana seguirás con Greyer, Molly no viene hasta las seis…

—Sí, vayámonos a la cama, ahora que estoy tan relajado creo que

dormiré como un tronco. —Yo le sonreí. Nunca creí que hubiera dicho eso. Aún recordaba al principio, cuando todavía tomaba somníferos y los fue dejando gradualmente, cuando me iba a dormir con él y le cogía de la mano, y ahora con Daniel. Estaba claro que a Jonathan le sentaba bien tener una familia.

****

—¡¡JONATHAN!! ¡¡ES UNA XBOX!! ¡¡Y EL ÚLTIMO MODELO DE PLAY, MEJOR QUE LA DE KEVIN!! ¡¡VERÁS CUANDO SE LO DIGA!! —Estábamos en la finca, con Molly esperando de pie al lado del coche, después de saludarnos a Jonathan y a mí y prometernos que traería a Daniel pronto.

Daniel se puso loco de contento cuando abrió los regalos de Jonathan justo antes de irse. Le abrazó un montón de veces. Jonathan no paraba de reírse, abrazarle y aferrarse a él con fuerza.

—Ven a verme pronto, y juega mucho con la Play y la Xbox, pero no se la dejes a tus amigos o te la destrozaran. —Rio Jonathan.

—Kevin se va a morir de envidia —dijo Daniel, sin soltar a Jonathan de la mano.

—Ja, ja, ja, seguro que sí… Te he metido un montón de juegos en la bolsa y tienes una sorpresa dentro de la cartera. Ábrela cuando llegues a casa y dásela a mamá ¿prometido?

—Prometido —dijo Daniel y alzó el dedo meñique, Jonathan el suyo, y lo entrelazaron.

—Dame otro abrazo, campeón. —Daniel volvió a abalanzarse sobre Jonathan y le abrazó. Esta vez vi que Jonathan estaba algo emocionado. Temí que se echara a llorar o algo. Nunca imaginé que Daniel sería tal impacto para él. Jonathan le abrazó, cerrando los ojos y suspirando, fingiendo una sonrisa que sé que en ese momento no sentía.

—¿Y yo qué? —protesté de broma. Daniel, sonriendo, vino y me dio un cálido abrazo cuando me agaché—. Pórtate bien, ¿vale? Nos veremos pronto, cielo. —Le di un beso en la mejilla. Entonces Molly le cogió de la mano. Los paquetes ya estaban cargados en el maletero, junto con una bolsa de juegos y la mochila de Daniel.

—Bueno, Jonathan, Kate… Nos veremos pronto, y gracias por todo, de verdad.

—Gracias a ti Molly, tu hijo es una maravilla. No tardes mucho en traerlo, por favor.

—De acuerdo. —Sonrió Molly—. Bueno, adiós

—Adiós, Molly —dije, mirándole con una mirada que revelaba más que mil palabras. Al final se fueron y Jonathan y yo nos quedamos vacíos, mirando cómo el coche se alejaba por la carretera, y aunque

ninguno dijimos nada, a los dos se nos rompió el corazón con la partida de Daniel.

****

Jonathan

¿Y qué le puedo decir a Kate? ¿Esa locura que sé que no tiene sentido? ¿Qué pienso que Greyer podría ser mi hijo? Si me hubiera acostado con Molly, me lo creería, o si hubiera venido alguna mujer a decirme que ese era nuestro hijo, la habría creído sin cuestionar nada.

Greyer es una réplica de cuando yo era pequeño. No dejaba de mirarle y venirme a la mente mis días de niño. Pero es imposible que sea mi hijo, ese niño ya tiene padres y yo nunca me he acostado con Molly.

Es curioso cómo mi mente me juega malas pasadas.

Kate está muy extraña. La noto muy pensativa y, a veces, triste. Siento como si me ocultara algo tan grande que ni ella misma puede soportarlo.

Ella y Greyer me están dando tantas ganas de vivir que a veces me olvido de que estoy en esta silla. Nunca creí que pudiera olvidarme de mi estado y estar tan centrado en otra cosa que ni notase que tengo el ochenta por ciento de mi cuerpo muerto.

Es estúpido, pero desearía que Greyer fuera mi hijo. Y desearía que un día Kate se quitara su cara y revelara ser Melissa. Pero es imposible porque está muerta. Aunque a veces me gusta pensar que no. Que hay algo más allá de lo que veo y sé… Que todo esto es un gran juego, que todos están implicados y resulta ser un experimento social o algo así. Incluso pienso que mis informes médicos están amañados y cualquier día me voy a levantar de esta silla.

No sé si Kate lo sabe, espero que mi madre no cometiera la imprudencia de decírselo. A veces me pregunto si lo sabe y si por eso está a veces como apenada. Lo que dijo el doctor Barrows sobre mí y mi condición. Si Kate supiera eso, se vendría abajo. Noto que me quiere de una manera intensa, que su boca no dice, pero sus ojos sí.

No quisiera darle ese gran disgusto, pero, si no me recupero, sé qué pasará lo que dijo el doctor Barrows. He ignorado las señales y no le he dicho nada a Kate, pero alguna vez he notado los síntomas. Esos que decía Barrows… Supongo que ha empezado… Si Peter Carver no hace un milagro conmigo, en dos años estaré muerto.

Para colmo, Sanders me ha escrito diciendo que Kate es quién dice ser. No había nada oscuro detrás de ella como yo creía. No sé si es lo que quería oír.

****

Estaba preparando la cena en la cocina cuando oí venir la silla de Jonathan. Me volví, sujetando un tomate que iba a cortar en rodajas para la ensalada. Ninguno de los dos mencionó a Daniel después de

que se fuera hacía ya tres horas.

—Hola, Jonathan —le dije sonriéndole—. Hago ensalada ¿te apetece?

—Sí, está bien… —dijo distraído—. Oye Kate, tengo que comentarte una cosa que me ha llamado la atención. —Las alarmas se activaron en mi interior. Sentí un miedo que me atenazaba el estómago. Parecía algo serio o incluso preocupado.

—Sí, claro, tú dirás… —dije intentando no parecer nerviosa. Intenté tragar, pero era incapaz. Sentía como si hubiera tragado arena y no pudiera volver a tragar normal.

—He metido un sobre con doscientos dólares para Greyer, en la cartera y…

—¿Que has hecho qué? —exclamé con sorpresa y cierto enojo.

—No te enfades, es para que se compre lo que necesite. Su madre ya lo administrará como crea… A esta edad los críos necesitan de todo… Bueno, escucha, lo que quería preguntarte es si el niño se llama realmente Greyer. Y dime la verdad, por favor. —Le miré aterrada. Casi creí que se me nublaba la vista y que me caería al suelo en cualquier momento. ¿Qué podía hacer? ¿Arriesgarme y decirle una verdad a medias? ¿Una verdad disfrazada de mentira? ¿O contarle la verdad y arruinarlo todo? Por desgracia, tenía que recurrir a la mentira. En ciertos casos, era mejor que la verdad, al menos para salir del paso.

—Lo cierto es, que no… —Sonreí, interpretando el papel de mi vida—. Pero te va a parecer ridículo si te lo cuento…

—Cuéntamelo, por favor, estoy deseando —dijo con gesto serio y moviendo la cabeza como si se prepara para oír una gran noticia. Por suerte, yo ya me había preparado qué decir si, llegado el caso, más por un error de Daniel, o incluso mío, Jonathan se enteraba de que Greyer no era más que un pseudónimo.

—Lo de Greyer es un nombre que usa por los dibujos de Joe Fantastic y Greyer Magic… Dicen que se parece a Greyer y en el colegio, los chicos, ya sabes… Las bromas… —Sonreí para hacer el momento despreocupado. Pero Jonathan seguía mirándome casi sin pestañear. Sentía que su mirada me taladraba. Recordaba esa típica frase de «un dólar por tus pensamientos». Yo habría dado una fortuna por saber los pensamientos de Jonathan. Sentía que sabía que mentía. O quizá era solo mi sentimiento de culpa y mi miedo a que él lo descubriera todo, incluso cuando sabía que era imposible.

—Se llama Jonathan Daniel, ¿verdad? Jonathan es su primer nombre, ¿verdad? Como yo. Lo sé porque lo he visto escrito en el interior de su mochila, cuando le guardé el sobre de dinero. —Tragué saliva, me mojé los labios. La mirada de Jonathan me atravesaba. Entonces tuve la certeza absoluta de que a esas alturas, y no sabía

cómo, Jonathan había atado cabos y sabía todo.

Creí que el tiempo se paraba, y mi corazón y mi alma caían en un pozo oscuro donde no veía el fondo.

****

Elizabeth tenía todo el equipaje casi preparado. En tres días estaría de vuelta en Nueva York, concretamente en Hamilton House. Paul Weston, astuto como un zorro, había conseguido convencer a Elizabeth para viajar con ella a Nueva York y quedarse unos días en Hamilton House. Le dijo que tenía negocios en Nueva York. Visitar un par de hoteles que tenía a su cargo, y que llevaba tiempo sin supervisar personalmente. Aunque era verdad que tenía tales negocios, el motivo de visitar Nueva York se debía más a Jonathan que a supervisar sus negocios, que iban viento en popa. Elizabeth aceptó encantada, pues se sentía más segura y cómoda yendo acompañada que sola para enfrentarse a la frialdad y a veces dureza de su hijo.

Paul había guardado meticulosamente los planos del coche dentro de un libro de Stephen King que guardó en la maleta. Irónicamente, el libro era *Christine,* un relato sobre un coche diabólico que provoca muertes.

Ahí venía perfectamente explicado cómo alterar los frenos y ciertos cables para provocar el accidente que sería fatal para Elizabeth. Con ella fuera de juego, matar a Jonathan sería pan comido. Llevaba también el chip que, según Alan, haría reventar el coche y borraría todo rastro que pudiera indicar que el coche había sido manipulado. Aparte, la toxina diluida en las botellas de vino. Era una toxina derivada y alterada de una medicación para dolores musculares. Gracias a Alan, que le había proporcionado tal toxina, se había informado de que tomarla durante más de dos semanas provocaba un infarto de miocardio instantáneo, y lo mejor era que no podía verse en una autopsia. No dejaba rastro.

Por supuesto, Paul lo tenía todo pensado. Había decidido llevar como regalo varias botellas de vino español que tenía de uno de sus negocios con España. Metió en las botellas una pequeña cantidad diluida con el vino, y así, gradualmente, disminuiría la salud de Jonathan hasta, finalmente, matarle. Primero le dejaría cansado, exhausto y adormecido. Después, le daría un infarto súbito. Sería una muerte natural y nadie sospecharía. Complicaciones de su estado, dirían. Pero tenía un plan B por si eso fallaba. Cuando ya se le hubiera acabado la paciencia de esperar, una noche le ahogaría con la almohada. Moriría asfixiado, por paro cardíaco, igual que con la toxina. Como no podía moverse, no podría defenderse, ni patear, ni forcejear. Era como matar a una cucaracha de un pisotón. Paul,

entonces, sería el heredero de todos los bienes de Jonathan. Elizabeth ya lo tenía todo preparado con un abogado, y, de faltar Jonathan, tal abogado contactaría con Paul, cediéndole todo.

Carter también deseaba heredar. Durante meses, Carter y Paul habían planeado matar a Jonathan y repartirse los bienes, ya que el plan había sido conjunto y los dos tenían que sacar tajada. Carter se quedaría con las casas, las cuentas y algunos negocios, y a Paul le daría algunas empresas y el 35% de las ganancias de las empresas de Carter, las cuales eran numerosas y daban beneficios de sobra para vivir como Rockefeller y comprar casas y todo tipo de lujos.

Con este acuerdo, y la amistad de Carter y Paul durante años, sellaron su alianza.

Pero Carter aún no sabía que Paul le había tendido una trampa.

Aunque Paul había tratado a Carter como un hijo, le había dado una posición y había hecho de él un hombre de éxito y rico, no era su hijo. Así que no le dijo que había contratado a un sicario que dispararía a Carter, tal y cómo Carter disparó a Robert Wiseman en el aparcamiento, cuando le pidió la prueba de fuego para adentrarse en su mundo. Ahora el muerto sería él. Paul había aprendido que no se puede confiar en nadie. No se fiaba de Carter. Paul pensaba que había aleccionado demasiado bien a su aprendiz, y ahora era más astuto y peligroso que su maestro.

Así que Paul pensó que lo más práctico era quitar de en medio a Carter. Sabía que, tras morir Jonathan, Carter se volvería ambicioso y, de seguro, le mataría para no repartir nada con él. Además, Paul ya no necesitaba las migajas de Carter, porque con el testamento de Elizabeth salía ganando, algo que nunca se hubiera esperado. La oferta de Elizabeth era mucho mejor que la de Carter y había surgido sin ningún plan oculto. Cuando Elizabeth le propuso a Paul semejante idea de herencia, Paul pensó que aceptaba, y fue cuando decidió quitar a Carter de en medio. Fue Elizabeth quien, sin querer, le dio la idea.

Había sido fácil conseguir la amistad de Elizabeth. Carter la conocía de cuando su padre, Elias, y el padre de Jonathan eran amigos y compañeros de negocios. Elizabeth había asistido en numerosas ocasiones con su marido a la casa de Elias, para comer y relajarse en la villa, toda ajardinada y con cerezos rosas. Elizabeth era cariñosa con Carter y le trataba con dulzura cuando él tenía apenas seis años. Tiempo después, las visitas se acabaron. Elias parecía más triste y serio, y, de un día para otro, el matrimonio Hamilton no volvió más a la villa de Elias, en Nueva York. Con el tiempo, Carter se enteró de la verdad que le destrozó.

Pero esa verdad no iba a detenerle en su intención de llevar a cabo

su plan. Él no había vuelto a ver a Elizabeth, pero sabía por contactos que, a veces, hacía compras por la gran manzana. Fue entonces cuando habló con Paul, que se infiltraría en la vida de Elizabeth para así llegar a Jonathan, la pieza central.

Contactaron con Skiner para simular un atraco. Y así fue, Skiner empujó a Elizabeth al suelo, tirándola y llevándose su bolso a una carrera del rayo. «Afortunada» y muy convenientemente, quiso la suerte que Paul pasara por allí, viera todo y ayudase a una Elizabeth sollozante y con las rodillas llenas de heridas y las medias rotas. Los curiosos se agolparon, y Paul fue veloz como un zorro en ser el primero y único que la socorriera y la sacara de esa embarazosa situación.

Después todo vino solo. Tras llevarla en su coche con chofer al hospital, curarle y presentar denuncia en comisaría, Elizabeth vio en Paul a un hombre apuesto, caballeroso y un héroe particular. Con su hijo inválido, con un carácter del demonio, ese hombre tan educado, apuesto y cariñoso, era un soplo de aire fresco en la cueva sombría y enrarecida donde Elizabeth se sentía.

Alguien que la trataba con cariño y respeto. Y se apoyó en él, sin saber que era como dormir en un nido de víboras.

Paul y Elizabeth empezaron pronto una relación. Pero Paul también tenía negocios y a veces no vivía en Nueva York. De hecho, cabalgaba entre Nueva York y Los Ángeles, donde tenía residencias fijas. Cuando supo que Elizabeth se marchaba a Los Ángeles por temporadas, no dudó en acompañarla. Tenía que seguir ganándosela, aunque ya la tenía comiendo de su mano. Con la confianza de Elizabeth, ya tenían la llave para entrar en la fortaleza de Jonathan, su vida en Hamilton House.

Él ya se cuidaba de tratarla como a una reina con regalos, gestos y palabrería. Pero era todo una comedia. Paul no estaba enamorado, aunque Elizabeth era una mujer guapa y se cuidaba, por lo que no era una tarea difícil echarse en brazos del amor con ella.

Elizabeth quería volver a Hamilton House. Sabía por Kate que Jonathan estaba bien, pero que seguía inmóvil y paralizado. Eso le tranquilizó, cuanto más indefenso, mejor. Aunque Elizabeth pensaba que ya había estado fuera cierto tiempo y que no era muy ético que desatendiera tanto a su hijo, por mucho que su carácter la disgustara y estuviera acompañado por Alex y Kate.

Paul no puso obstáculos e, incluso abrazándola, la aconsejo volver a Hamilton House con cierta urgencia cubierta de sonrisas y caricias, a lo que Elizabeth vio reforzada su idea de que era hora de volver. Con el apoyo de Paul sería más fácil…

Él estaba deseando arrancar su plan. Quitar de en medio dos pájaros de un tiro y quedarse con todo. Aunque, de por medio,

pensaba llevarse también a Carter, solo que nadie le ligaría con él, así que solo tendría encima a dos muertos vinculados a él. Su pareja y el hijo de esta. Tendría que dejar viva a Kate para no levantar sospechas. Tras la muerte de Elizabeth, Jonathan caería seguro en una depresión y tendría más sentido que hubiera abusado de dosis altas de Nevtrill para paliar aún más su dolor interno, unido al físico. Todo tendría sentido para la policía y los médicos.

Cierto que sospecharían de él al ver que había heredado todo tras las muertes, pero al no tener pruebas, tendrían que quedarse solo con eso, sospechas. Y para no levantar demasiadas, estaría un tiempo sin usar los bienes ni el dinero, para hacer ver que no estaba interesado en usar demasiado rápido su herencia.

Carter no era tan poderoso ni exitoso como Jonathan, pero también se sabía mover gracias al empujón de Paul Weston y su inteligencia. Su padre, Elias, nunca le había valorado cómo realmente era. Paul, sin embargo, le había dado la vida que Elias había dado a Jonathan, al dejar en su testamento una cuantiosa fortuna, empresas y varias casas, a excepción de la villa de Nueva York, propiedad de Carter, lo único que le dejó en testamento y que desató la ira eterna de Carter para con Jonathan, que veía que se había apoderado de parte de su vida y sus derechos.

Pero la venganza de Carter tardó tiempo en empezar. Carter tenía que viajar para ir formando su imperio particular, y vengarse de Jonathan requería tiempo, estrategias y mente fría. Un plan perfecto que no podía fallar y que había que revisar minuciosamente con cada paso que se diera.

Así que no fue hasta el año 2015 cuando Carter empezó a calentar motores. Su primer paso, realmente, había sido en 2013, cuando empezó su relación con Shannon para tenerla de aliada. Su segundo paso fue en 2015, cuando ideó que Paul Weston conociera a Elizabeth y se metiera en su vida para ganarse su confianza y llegar a Jonathan.

Durante el verano de ese año, Elizabeth y Paul empezaron su relación; ya llevaban más de medio año. Carter no quería esperar más y en 2016 sería su ataque final. ¿Sería ese año el último de la vida de Jonathan Hamilton?

****

Julio 2014

Barrows era un médico especialista en lesiones medulares. Hizo infinidad de pruebas a Jonathan. Y una de ellas dio un diagnóstico fatal. Jonathan tenía los días contados.

Barrows le había dicho que, debido a su lesión, su capacidad respiratoria se iba a ver mermada cada vez más. Que quizá necesitaría respiración asistida. Jonathan se negó a estar enchufado a una máquina de ventilación. Eso ya sí que era una vida aún peor. Y entonces Barrows le dijo que sería como dejarse morir, y Jonathan lo aceptó.

Una mañana, en la habitación de hospital, con Jonathan postrado en la cama y pálido como la cera, Barrows fue rotundo de nuevo. Las conversaciones anteriores habían sido similares, pero esta vez Barrows quiso ser más duro para ver si conseguía mover en Jonathan algo que le hiciera reaccionar y luchar.

—Presentas debilidad en los músculos intercostales y abdominales, junto con disfunción parcial del diafragma. Tendrás neumonías frecuentes, secreciones y…

—Doctor, ¿me está diciendo que voy a empeorar si no me enchufo a una máquina?

—Sí… Ahora estás estable, en una escala del 1 al 10, y siendo 10 lo peor, estás en un 4. Pero aún con la máquina, si no te tratas ya y empiezas a tener síntomas, ya no se podrá hacer nada. Si no adquieres desde ya una rutina para cuidar la respiración, después será tarde.

—No quiero vivir atado a un respirador, con una traqueotomía… Prefiero morirme antes que eso —dijo Jonathan con voz cansada y ojeroso. Barrows sintió una gran pena hacia aquel chico joven, atractivo y lleno de vida, pero físicamente hecho un despojo. Pensó que podía entenderle.

—Entonces ya sabes lo que te espera. El día que empieces a notar más fatiga, neumonías constantes, desmayos o apneas, es que tu capacidad respiratoria ya no da más… Y aunque usarás un respirador, ya no podría hacer mucho. A no ser que alguien te conectara un electrodo en el nervio frénico para que se active la contracción del diafragma. Otra opción es la estimulación eléctrica de los músculos intercostales acompañada de un adecuado entrenamiento de los mismos… Pero, aun así, el cuerpo no tendría resistencia y llegaría un día que…

—Me moriría… —dijo Jonathan con amargor, mirando a la ventana con una mirada llena de tristeza y cansancio. Jonathan había perdido la batalla y la guerra a la vida, y las palabras de Barrows le confirmaban aún más lo que ya sabía, que su futuro era morirse

dentro de poco tiempo, que un cuerpo no aguanta esa existencia. El suyo, al menos, no iba a aguantar mucho—. Bueno, entonces mejor así. Para mí esto ya no es vida… Váyase por favor.

—Señor Hamilton, de verdad que no…

—¡Váyase! —Jonathan gritó cerrando los ojos y apretando la mandíbula. Barrows no dijo nada y se marchó presuroso. Jonathan pensó en el hombre exitoso que fue y en lo que era ahora y reforzó aún más la idea de que prescindiría del respirador para acelerar su muerte. Ya no podía vivir así. No le encontraba sentido. Entonces Jonathan se echó a llorar en silencio. No tenía nada por lo que luchar o quedarse, así que si tenía que abandonarse para morir antes, lo haría.

****

Día presente. Una semana antes de la llegada de Greyer

Jonathan se sentía cada vez más a gusto con Kate, y también esperanzado, pero había una sombra encima de él que no le dejaba disfrutar bien de esa felicidad. Había empezado a sentir cierta fatiga y como si en ciertos momentos le faltara el aire. Habían sido pequeños momentos, pero no dijo nada a Kate por no preocuparla. Algunas veces se despertaba medio ahogado, y el corazón le iba a mil, aunque luego se le pasara… Otras veces, un mes antes de la llegada de Kate, había cogido una neumonía que le duró semanas, aunque con medicación y cuidados en casa consiguió salir de ella.

Cuando había estado con Kate contento y abierto, notaba que no podía respirar hondo plenamente. Kate no se había dado cuenta porque Jonathan había disimulado muy bien y Kate en ese momento estaba atareada con la cena, lavando los platos o colocando la ropa.

No quería preocuparle y no le dijo nada. Hacía casi dos años que no tenía razones para seguir viviendo y decidió abandonarse y que su respiración, su corazón y lo que hiciera falta, se fuera debilitando hasta que llegara el día final, su liberación. Pero ahora que estaba con Kate, empezó a tener segundos pensamientos, y con la operación de Peter a la vista, nuevas esperanzas. Quizá había cometido un error al no cuidarse. Si se moría, ya no vería más a Kate ni Kate a él. Eso le hizo pensar si no sería mejor alejarse un poco de ella y ser más frío. No ilusionarle para nada, no hacer que le quisiera para luego dejarle tirada con el corazón hecho añicos… Presentía que ese año, en 2016, la muerte se cerniría sobre él.

Capítulo 7

Hamilton House. Día presente

El tiempo se había parado para mí. Me había quedado bloqueada de mente y cuerpo. Sin poder reaccionar, ni hablar, ni saber muy bien qué hacer. Jonathan me miraba, esperando que le dijera algo que yo no sabía qué era. Estaba sentado en su silla, mirándome, serio, y me sentí intimidada. Pero no iba a caer, ni iba a cambiar de táctica. Debía mantenerme firme como me había propuesto. Era imposible que supiera nada, todo estaba bien cerrado y guardado.

—Sí, ¿qué tiene de particular? No creo que yo sea la única Kate del mundo —sonreí para quitar hierro, pero él seguía mirándome como si esperase otra respuesta. Casi como si la desease.

—Me ha parecido curioso… que se llame Jonathan Daniel, porque el segundo nombre que yo usaba en el campamento era Daniel. —Sus últimas palabras denotaban un tono dulce, pero ligeramente acusador. Yo le miraba como si me hablara del tiempo. Irasuka me había enseñado cómo concentrar la mente en otra cosa para evitar un pensamiento principal.

Me encogí de hombros ligeramente.

—Vaya, no tenía ni idea, qué casualidad. —Sonreí divertida…

—Además, le veo un poco parecido a mí cuando era pequeño… Sé que es absurdo completamente, pero lo cierto es que lo he pensado…

—Bueno, muchos niños de pequeños se parecen, quizá sea tu caso y el de Daniel, pero, sinceramente, no puede haber más, es hijo de Molly y… —De repente su mirada cambio y parecía decepcionado, y confuso. Al final se dio por vencido, y su mirada pasó de expectante y casi acusadora, a una mirada desilusionada, de alguien que de repente se da cuenta de que lo suyo no tiene caso

—Vale, son tonterías mías, no me hagas caso. —Me cortó antes de que acabase la frase—. Lo cierto es que Greyer… bueno, Jonathan… me ha provocado sensaciones nuevas y todavía estoy con la cabeza hecha un lío. —Sonrió levemente.

—Llámale Daniel o Jony…. Así os diferenciaré cuando tenga que llamaros el día que estéis juntos. —Le guiñé un ojo y sonreí un poco.

—Claro, vale… Siento haber sonado tan… no sé, estúpido… No sé qué esperaba que me dijeras. —Sonrió como si pensase que había quedado como un idiota y quisiera disculparse. Decidí quitarle importancia acercándome a él. Me incliné y le besé en la mejilla. Fue un beso dulce, lento, pero lleno de sentimiento. Sabía cómo dejarle huella y distraerle. Su mejilla estaba suave, oliendo aún al after shave de Gucci. Mi gesto pareció calmarle. Le sonreí. Él me miraba

maravillado. Iba a irme a otro extremo de la cocina cuando él me detuvo al cogerme de la muñeca. Le miré confusa—. Inclínate otra vez —me dijo.

Así lo hice, cayendo mi pelo largo y liso sobre su regazo. Entonces me besó en los labios. Yo me dejé, cerrando los ojos y absorbiendo ese momento. Echaba de menos algo más de contacto íntimo entre nosotros, así que decidí disfrutar. Yo le devolví el beso, y pronto nuestras bocas empezaron a acelerar. Jonathan me besaba con más fuerza, me metía la lengua, y con su mano buena me agarraba la cabeza, cogiéndome del pelo y apretándolo ligeramente. Nos besamos durante unos segundos y cada vez queríamos más. Entonces él se apartó.

—Vámonos a mi habitación —me dijo con una voz sexy, casi en un susurro. Yo sentí que el corazón palpitaba desbocado. Tenía ganas, y así él se olvidaría de Daniel. Me pareció un buen momento. Sonreí y le miré con picardía.

—¿Para qué?

—Ya sabes para qué. —Volvió a besarme. Entonces se desprendió del beso y me miró a los ojos dulcemente—. Quiero que repitamos lo que pasó en el jardín la noche de lluvia. Y esta vez no me pondré enfermo, lo prometo. —Sonrió. Me pareció hermoso. Le sonreí.

—Sabes que no tomo nada… Y tú no tienes preservativos… No creo que sea prudente… ¿Y si me quedo embarazada? —Mi miedo era real. Tenía ganas de intimar con él, pero, sin protección, podía quedarme embarazada otra vez y no era un buen momento. Todo mi tiempo se lo llevaba Jonathan, pues, pese a su mejoría, aún seguía con el resto del cuerpo paralizado y había que seguir ayudándole en prácticamente todo. Daniel ya estaba con Molly, lejos de mis cuidados, y traer otro hijo no era la mejor idea. Un bebé necesitaría más cuidados y tiempo, y con la operación de Jonathan y la recuperación posterior iba a necesitar todo el tiempo del mundo para dedicárselo enteramente a él… Él era mi prioridad, y tener un embarazo se me hacía impensable.

—Pues si te quedas, tendremos un hijo guapo como yo o una hija preciosa como tú… ¿Dónde está el problema? —Sonrió, mirándome con dulzura, casi embobado, como si viviéramos un cuento de hadas.

—No bromees, hablo en serio —le dije acariciándole la mejilla

—No bromeo para nada. Lo digo muy en serio. Siento que contigo llegaría a todas partes y haría de todo. Casarme, tener hijos… ¿Por qué no? Te quiero Kate, y algo muy fuerte dentro de mi está creciendo cada vez más. No había sentido esto desde que era adolescente… Pero contigo me siento seguro, tranquilo y… feliz. No sé, no puedo explicarlo, solo sentirlo. Contigo iría a la Luna sin traje espacial, siento

que me atrevería a todo, y no lamentaría nada. —Suspiré emocionada y conmovida. Le sonreí y le devolví un beso lleno de sentimiento. Él me besó con ganas y sonrió. Me erguí y le miré seductoramente.

—Bueno, entonces subamos arriba… y que pase lo que tenga que pasar… —Él rio y giró su silla para ir directo al ascensor, y yo iba a su lado, sintiéndome cada vez más fuerte y segura. Sus palabras seguían en mi cabeza: «casarme, tener hijos». Y no le importaba si me quedaba embarazada. Sus palabras me daban seguridad y me hacían ver al Jonathan del campamento Blue Lagoon. ¿Pero de verdad la noticia de un embarazo sería bien acogida? Esperaba no quedarme, por si acaso. Nunca se podía saber qué podía pasar. Aunque el cuerpo mandaba, y a veces simplemente ocurría, incluso en los momentos más inesperados e imprevistos.

****

Thornton Mile. Año 1987. Finales de Julio

La amplia villa de Elias se extendía grande, verde, rezumando tranquilidad a la vez que lujo. Los árboles frutales, los cerezos rosas, los sauces, los pinos, la amplísima piscina, el invernadero de cristal, formaban todo un conjunto elegante que describía un poco la personalidad meticulosa y refinada de Elias.

Elizabeth se había despertado temprano. Los rayos de sol ya asomaban y, aunque la habitación estaba a temperatura fresca y agradable, había algo en su cabeza que no le dejaba estar tranquila y disfrutar de ese clima de lujo y relax.

Aunque en Thornton Mile el verano apenas se sentía. Elias tenía aire acondicionado por toda la casa, además de piscina y duchas frías en la finca. De noche cenaban en la terraza y la brisa fresca terminaba de dar el toque perfecto a un ambiente que a Elizabeth le parecía paradisíaco. Aunque en Hamilton House también había los mismos lujos, Elizabeth no se sentía igual de llena y relajada. Elias era más cariñoso, detallista y dulce. George era buen marido, pero era un poco más frío, y en Elias había descubierto más facetas positivas que en George.

Todo surgió sin preaviso. George y Elias eran mejores amigos y compartían noticias de negocios, bolsa e inversiones, y tenían varios restaurantes a medias. Era frecuente ir a cenar a Thornton Mile, o que Elias, Carter y Tamara fueran a Hamilton House. Eran como una perfecta familia. Compartían vacaciones y cenas, y Tamara y Elizabeth eran tan mejores amigas como Elias y George. Todo era perfecto.

Entonces Elias se quedó viudo. Tamara murió de cáncer inesperadamente, con treinta y seis, dejando huérfano al joven Carter, que por aquel entonces tenía cuatro años, adorable y gracioso, a la vez que muy espabilado.

Elias contrató a una niñera por horas, Lily, una chica de treinta años muy simpática y cariñosa.

Pero, aunque Lily se hizo cargo de Carter y le colmaba de cariño y atenciones, Elizabeth, que aún no era madre, sintió la llamada maternal con el pequeño Carter y empezó a visitar más frecuentemente Thornton Mile para cuidar a Carter, llenarle de cariño y distraerle con regalos, atenciones y visitas a parques infantiles, cines y todo tipo de diversiones.

Para George, su marido, era algo normal, y como no tenían hijos y Elizabeth no tenía ocupaciones realmente serias, dejó que fuera a consolar y cuidar a Carter. Elias era su mejor amigo y Carter era como un hijo para él; de hecho, Carter le llamaba «Tío George», así que dejó que su mujer cada vez pasara más tiempo con Carter… y Elias.

Elias se tomó una especie de baja. Estaba muy mal de ánimo y delegó en socios sus negocios. Confiaba en George, que estaba al mando de varios negocios que compartían, y pudo tomarse más tiempo libre del que había tenido nunca… Y Elias lo disfrutó. Pero no fue lo único. Elizabeth también era cariñosa y atenta con él, no solo con Carter. Entonces, con cada nuevo día y cada momento juntos, Elias empezó a sentir que se enamoraba de Elizabeth. Era guapa, elegante, cariñosa, y la perfecta esposa y «madre», pues las atenciones y cuidados prestados a Carter eran dignos de la mejor madre. También a él le trataba con cariño, y ahora que estaba solo, sin Tamara, sentía apoyo, calor y cariño en Elizabeth.

Entonces un día pasó lo que hizo que cambiase para siempre su relación. Era invierno. La chimenea estaba encendida y Elias y Elizabeth estaban sentados frente a ella, conversando, riendo, en el diván, como otras veces. Pero en ese día y ese momento, quién sabe por qué, Elias empezó a mirar a Elizabeth con otros ojos. Quizá fue el fuego. Cómo le brillaba el pelo rubio o sus ojos azules, o el pintalabios nuevo, rosa, que resaltaba sus dientes blancos, y esa risa tan natural y fresca, casi como la de Tamara. Elias ya no escuchaba lo que ella decía, solo la miraba, y tenía la mente inundada de un pensamiento nuevo, «besala», y el corazón le pedía que se fundiera en ella.

Se acercó más, la miró con ojos brillantes, se inclinó y la besó en los labios, sin pensar más. Sus labios sabían a vainilla, y entonces la deseó más, y siguió besándola. El sueño no se rompía porque Elizabeth aceptó su beso, y encima se lo devolvió. Pronto los dos se besaron sin parar. Quizá ella también había tenido segundos pensamientos respecto a él y ambos estaban silenciando unos gritos que no podían acallarse más.

Se desprendieron del beso y se miraron a los ojos, brillantes y cargados de emoción. Elias sonrió dulcemente y cogió la cara a Elizabeth con su palma derecha, moviendo los dedos sobre su piel tersa y absorbiendo toda su belleza.

—Llevo tiempo queriéndote en secreto… No solo como amiga, sino como mujer… Creo que me he enamorado de ti, Elizabeth, y ya es hora de que lo sepas. Ha pasado un año de la muerte de Tamara, y no solo me consolaste a mí y mi hijo, sino que me has dado alas para volar de nuevo. Has curado mi alma rota y gris. Contigo me siento feliz, nuevo… Tenías que saberlo… —Elizabeth sonrió, conmovida, y una lágrima traicionera resbaló por su mejilla.

Ella también se había enamorado de Elias, aunque no quería reconocerlo. Había momentos que, en compañía de Elias, le habían calado. Esas tardes soleadas que paseaban descalzos por el césped de la finca entre los cerezos y hablaban del alma, de filosofía, y se sentaban en los bancos de mármol blanco a ver el mar, y respiraban su

brisa fresca cerrando los ojos y cogiéndose de las manos, o cuando jugaban con Carter a correr tras él entre los riegos de agua, serpenteando entre los árboles, atrapándole, resbalando y cayéndose todos a la vez y manchándose de césped, entre risas, mojados de agua y llenos de hierba.

Elizabeth sentía que con Elias tenía una familia de verdad. George y su mundo de negocios eran fríos y no tenía esa clase de momentos divertidos y cargados de amor. Era todo aparentar.

Pero con Elias se le abría un mundo lleno de sentimiento, amor profundo y valores que calaban el alma. Era un empresario rico, sí, y parecía no diferenciarse mucho de George, pero la manera de hablar, pensar y actuar, eran como la noche y el día entre los dos hombres.

Y así es cómo todo empezó y siguió. Desde ese día, Elias y Elizabeth se hicieron íntimos, en todos los niveles, mientras un lejano George estaba lejos de sospechar nada.

****

Elizabeth recordó todo aquello.

Miró el reloj de la mesilla, eran las 8:30 y Elias dormía plácidamente a su lado. Dentro de poco se acabaría el verano.

George, su marido, había estado viajando mucho por negocios, y ella había preferido quedarse en Hamilton House. Pero la verdad era que quería ir a Thornton Mile para estar con Elias.

Llevaban meses de relaciones clandestinas. Y también se había acostado con George para no levantar sospechas.

Pero entonces empezó a estar preocupada. Llevaba unos días con nauseas, tenía antojos raros de comidas o bebidas, y la regla no había aparecido. ¿Y si había pasado? ¿Y si…?

El solo pensamiento le intranquilizaba para todo el día. Aprovechando que Elias dormía, decidió coger el coche, ir a la ciudad y comprar varios test de embarazo.

Carter estaba pasando el fin de semana con un amigo suyo en un chalet de la ciudad y solo estaban Elias y ella. La cocinera no vendría hasta las once, según ordenes de Elias, que quería toda la intimidad posible con Elizabeth y había quitado al servicio de muchas horas de trabajo. Era temprano, pero en la ciudad las tiendas ya estaban abiertas y todavía no hacía un calor abrasador. Elizabeth compró tres tests de embarazo, de diferentes marcas y buena precisión. Fue a una cafetería, se metió en el baño y los usó todos. Esperó un minuto, sentada sobre el váter, temerosa, angustiada… Un bebé lo cambiaría todo. Pero la pregunta era, ¿de quién sería? Había tenido relaciones con George y Elias, aunque bastantes más con Elias. Aun así, no podía saber quién era el padre. Lo de abortar era impensable, para Elizabeth

eso era un crimen a todas luces y, si lo hacía, su conciencia se lo recordaría toda la vida y se volvería loca. ¿Si era niña, cómo la llamaría? ¿Beth? ¿Eliza? ¿Y si era niño? ¿Henry? ¿Jonathan? Este nombre siempre la había gustado. Sonaba elegante, bonito.

Al final llegó el momento. Elizabeth ahogó un grito. Los tres test tenían dos rayas azules. Estaba embarazada, de pocas semanas. El corazón le latió acelerado. Tantos pensamientos en un minuto, y un solo pensamiento en un segundo. Se alegró y se entristeció. Tener un hijo significaba compromiso. Ya no podría ir a Thorrnton Mile porque George la exigiría cuidar del niño y estar en Hamilton House. Ya no tendría excusa para ir a cuidar a Carter, ahora que tendría un hijo propio.

Ese pensamiento le hizo llorar, y supo que lo suyo con Elias tenía los días contados.

¿Qué iba a pasar ahora?

****

Elizabeth se lo había querido contar. Confiaba en Elias y hablaban de todo. Además, Elias era mucho más atento y cariñoso que George, y presentía que acogería bien una noticia feliz como la llegada de un hijo.

Pero entonces algo mucho más fuerte le paró de decirlo tan abiertamente. Su razón.

Había estado acostándose con George en algunas ocasiones para que él no sospechara, y tenía dudas de si el hijo podía ser suyo. Por otro lado, Elias no sabía que Elizabeth también tenía relaciones con George. Ella nunca sacó el tema y Elias era demasiado educado como para preguntar, pero interiormente confiaba en que solo se entregara a él, dada la naturaleza de sus sentimientos. Pero estaba equivocado.

Si Elizabeth le decía lo del embarazo, Elias, quizá, le presionaría para saber si era suyo, y a lo mejor hasta amenazaba con contarle todo a George. Y quizá George pediría el divorcio y le dejaría sin nada. Habían hecho un acuerdo prematrimonial en el que ponía que, en caso de infidelidad, ella lo perdería todo. George era muy inseguro y le había dicho a Elizabeth que lo sentía, pero que no se casaría sin esa condición, y ella aceptó. Le quería demasiado. Nunca pensó que se cruzara otro hombre en su camino ni que se enamorara de nadie que no fuera George.

Pero el destino quiso que conociera a alguien aún mejor que George.

La vida y sus sorpresas…

Elizabeth no se sentía preparada para dejarlo todo. Una parte de ella quería romper con esa vida fría de negocios y galas y sumergirse con Elias en una vida nueva, pero había otra parte en la que la daba

miedo dejar su estabilidad, su dinero, sus lujos y un marido fiel pero aburrido, por otro hombre con el que solo compartía amor y sexo.

Perder la seguridad económica la daba miedo. Con George lo tenía todo asegurado, a no ser que se divorciaran; entonces ella lo perdería casi todo. Con Elias tenía amor, pero ¿y si un día él se enamoraba de otra? Al menos George la quería con verdadera devoción y locura, y Elias también la quería, ¿pero para siempre? ¿O era todo un capricho pasajero? ¿Pura atracción sexual? Eso a la larga no duraba.

Todos esos pensamientos le frenaron y entonces decidió no contárselo.

Y ocurrió algo que propició aún más que Elizabeth decidiera callar y dejarlo estar.

Estaban en el jardín, paseando de la mano. Los riegos estaban activados y salpicaban a distancia, gotitas de agua que aterrizaban en las pantorrillas de Elias y Elizabeth. A lo lejos se veía el océano y se oía lejano el murmullo del mar. Elizabeth, con un vestido blanco sin mangas y con falda de vuelo hasta las rodillas. Elias llevaba unos pantalones blancos hasta las rodillas y camisa blanca de manga corta. Aunque rondaba la cuarentena, parecía de menos edad, con el pelo castaño frondoso, la piel estirada y suave, su aspecto varonil y atractivo. Andando descalzos por la hierba fresca y mojada parecían adolescentes en su propio paraíso. Elizabeth no se atrevía a romper aquel edén por miedo a no volver nunca más a él. Pero sabía que el reloj se había activado, la cuenta atrás había empezado y cada vez estaba más angustiada al ver que su mundo feliz se acababa.

—¿Sabes? Me gustaría dejar todo esto atrás… Vivir más tranquilo —dijo Elias como en una ensoñación. Elizabeth le miró y no se atrevió a interrumpirle—. Quizá en un pueblecito costero, en una casita con jardín más tipo *cottage,* cerca de una granja, y tranquilidad. ¿No estás harta de tanto dinero y materialismo? De estas casas tan grandes y vacías… —Elias otra vez desnudando su alma, mostrando ese lado humano y sensible, casi de antaño, que tanto maravillaba a Elizabeth. Ya casi podía imaginarlos viviendo lejos de Nueva York, de la vida mundanal de los negocios y la frialdad de su gente materialista, en una ciudad donde sin dinero eras poco más que una rata. ¿Era feliz con George? Sí, le había querido, y también estaba la satisfacción personal de comprar ropa, joyas y caprichos, pero eso no daba la verdadera felicidad. Había una felicidad más oculta y apreciada por gente que valoraba más lo espiritual, aquello que perduraba más allá de un vestido de Gucci o una joya de Cartier. La vida que Elias le ofrecía, en la que podían ser felices desayunando en el porche de una casita pequeña, en ese pueblo imaginario del que Elias hablaba. Esa es la vida que ella quería, pero se le hacía difícil llegar allí. Elias era libre, pero ella no, y ahora, con la llegada del niño, todavía menos.

Y aun con todo, Elizabeth no estaba segura si de verdad Elias estaba enamorado y dispuesto a casarse con ella si se divorciaba de George. Le quería y le trataba bien, y compartían filosofías de vida y cultura, y se enriquecían, pero Elias era un terreno sin descubrir del todo. La pasión y esa fase de luna de miel podían durar cuatro meses como cuatro años o echarse a perder justo cuando Elizabeth reuniera valor para dejarlo todo. Por eso decidió callar. Esa mañana parecía ser Elias quien lo hablara todo.

—Sí, la verdad es que la vida en una casita de campo sería una buena vida —dijo Elizabeth con una pequeña sonrisa—. Contigo en ella… —Elias sonrió y la besó la mejilla, apretándola contra él en un cálido abrazo.

—Podríamos poner una granja. Vender los productos. Huevos, leche, hacer bollos, panes… Podríamos tener un par de ayudantes. Sería un cambio radical, pero creo que espiritualmente nos enriquecería mucho.

—¿Y no echarías de menos tu vida de empresario? —Elizabeth intentó escarbar y conocerle mejor.

—Seguiría siendo empresario, pero de otra manera, más tranquila. —Sonrió. Elizabeth quería confiar en él, pero había algo que la paraba —. Por cierto, tengo que decirte algo, cariño… —Elizabeth sintió el aguijonazo de la preocupación. Le miró expectante—. Tengo que viajar unos meses por negocios. No sé cuánto tiempo me llevará… He abierto en Londres unos restaurantes y bueno, me necesitan allí… Además, madre tampoco se encuentra bien y creo que debo estar con ella…

—¿Cómo? —Elizabeth sentía que él no la había contado lo realmente importante. ¿Qué era eso de viajar unos meses o que su madre estaba enferma? ¿Cuándo se había perdido eso?—. Pero, ¿tu madre está enferma? No me habías dicho nada de eso, Elias. —Elizabeth se mostró dolida y Elias lo notó. La abrazó de nuevo, pero ella parecía rígida.

—Era para no preocuparte, cariño. Sí, mi madre no se encuentra muy bien, ya es mayor y, bueno, soy su único hijo. Siento que debo estar con ella. También tengo negocios allí, así que supongo que es el momento de irme. Te voy a echar mucho de menos. —Los dos pararon de andar y se sentaron en un banco blanco, debajo de un sauce llorón.

Elizabeth se sentía derrumbada. Para estar separados unos meses, Elias parecía tan contento y tranquilo como siempre. Eso intranquilizó a Elizabeth y alimentó más el temor de que quizá Elias no la quería tanto, y mucho menos para siempre. No merecía la pena tirar su vida por un rollo pasajero. La dolía algo por dentro como una herida abierta. Debía ser su alma, que gritaba porque la felicidad se la acababa.

Elias la cogió de la mano y la miró dulcemente.

—Intentaré venir a Nueva York lo antes posible. Se me va a hacer dificilísimo estar sin ti… Pero, a mi vuelta, volveremos a estar otra vez juntos, te lo prometo. —Besó a Elizabeth, pero notó que ella estaba distante y algo había cambiado. Le comprendió—. Te tengo una sorpresa para esta noche.

—¿Ah, sí? —dijo ella sin mucho interés

—Sí, para que lo recuerdes y no me olvides. No te enfades conmigo, por favor… Sé que cortar esto ahora es una fatalidad, pero…

—Estoy bien, de verdad. —Elizabeth sonrió falsamente—. Es solo que no me lo esperaba… Creí que me lo contabas todo, y esto ha sido inesperado…

—Lo sé, cielo, pero es algo temporal. Quiero volver y verte tan hermosa como siempre. ¿Me lo prometes? —ella asintió, y él la abrazó aunque Elizabeth le sintió lejano, como si ya estuviera en Londres.

****

Elias había preparado una sorpresa para Elizabeth en el salón de la primera planta.

Ya era de noche. Elizabeth bajó a las nueve en punto, como Elias acordó con ella. Ya antes de bajar, escuchó lejanamente una canción en francés. Venía del equipo de música de Elias. Reconoció la canción como *La vie en rose* y se permitió una ligera sonrisa.

Bajó las escaleras con la música invadiendo la estancia. El amplio salón tenía un suelo brillante de mosaicos blancos y negros, y amplios ventanales en hilera que daban al jardín. Había dos abiertos y entraba el olor del campo y las flores. Las estrellas cubrían el cielo y las farolas iluminaban la finca, creando una atmósfera romántica y mágica.

Elias sonrió y estiró el brazo con la palma extendida en clara señal de invite al baile.

—¿Me concede este baile, *mademoiselle*?

—*Oui, Monsieur.* —Y cogió la mano de Elias, suave y caliente. Ambos sonrieron. Empezaron a bailar lentamente, a dar vueltas. Era una versión más moderna y en clave de jazz y guitarra, y cuando llegaban a «*la vie en rose*», Elias la daba una vuelta girando el brazo y haciendo a Elizabeth girar sobre sí misma, y miraba divertido a su falda hincharse para luego pegarse a sus piernas. Ella sonrió y hasta rio. Con los acordes de música, salieron bailando al jardín, desde donde se oían las notas musicales y la voz femenina de la cantante. Abrazados y bailando, Elizabeth no pudo evitar preguntar

—Elias, ¿de verdad que todavía me quieres? —Le miró confusa y preocupada, pero Elias la devolvió una sonrisa cálida.

—Sí, siempre… Me sacaste de un pozo oscuro cuando pasó lo de

Tamara. Sin ti, me habría hundido irremediablemente. Siempre he sido fuerte, pero sabía que lo de Tamara iba a acabar conmigo… Entonces entraste en mi vida de una manera especial, cómo tú sabes, y lo arreglaste todo. —Elizabeth le sonrió un poco más animada, pero aun así se sentía mal. Eran muchos cambios en un día. Embarazada sin saber quién era el padre, y encima Elias se marchaba. No podía sentirse muy feliz. No sabía si era mejor regresar a Hamilton House y empezar a olvidarle, y centrarse en el embarazo y George, o apurar los últimos días con Elias en Thornton Mile.

Elias se apartó de ella y sacó una cajita verde con bordes dorados. Era la típica cajita donde se guarda un anillo. Elizabeth sintió una punzada de sorpresa y expectación. Desde luego, ese día iba a ser una caja de sorpresas hasta el último minuto del reloj.

—Quiero darte esto, que lo lleves y me recuerdes cada día. —Elias abrió la cajita y Elizabeth vio como en un cuadrado blanco mullido reposaba un anillo de plata con una delicada flor de pétalos blancos en diamante y un círculo central color lila, de amatista. Elizabeth contó seis pétalos. La joya era delicada y brillaba lanzando destellos. Elias la sacó y cogió la mano de Elizabeth, le puso el anillo en el dedo anular de la mano derecha—. Es una flor llamada «No me olvides». Justo para que no me olvides. —Sonrió—. Llévala siempre y piensa en mí hasta mi regreso. ¿Me lo prometes? —Elizabeth estaba emocionada. Solo se le ocurrió asentir emocionada y fundirse en un abrazo con Elias. Había sido un detalle precioso y romántico. Era único dando sorpresas que llegaban al corazón. George no llegaba a tanto, y apreciaba en Elias ese toque único y sensible que a ella le llegaba al alma.

Pensó que quizá Elias sí le quería de verdad y todo estaba en su imaginación. Quizá las hormonas ya habían empezado a hacer de las suyas, metiéndole pensamientos tristes.

—Te lo prometo —le dijo Elizabeth sonriéndole.

—Te quiero, Liz… —Y la besó. Sus palabras sonaron sinceras y Elizabeth decidió confiar en él.

****

Nueve meses parecen mucho tiempo en su inicio, pero cuando van pasando, el tiempo empieza a correr y se acaba enseguida.

Y así fue cómo todo siguió para Elias y Elizabeth. George acogió con alegría la noticia del embarazo y ya pensaba en tener un heredero varón que se hiciera cargo de Hamilton House y le sucediera en los negocios. Se supo que Elizabeth esperaba un niño, y ya habían elegido nombre: Jonathan. Durante los primeros meses, George no escatimó en gastos y compró de todo para la llegada del bebé. Ya tenían una

habitación inmensa pintada de azul con nubes blancas y ositos blancos y canelas, adornada con lámparas nocturnas que reflejaban personajes Disney en el techo. La cuna, la mecedora, y un sinfín de juguetes decoraban el resto de estancia.

En Navidad se hizo una gran fiesta en Hamilton House para celebrar la llegada del nuevo Hamilton, y acudieron empresarios, amigos y socios de George, con sus mujeres.

Pero Elizabeth, aunque ocupada e ilusionada, seguía echando de menos a Elias. No le había dicho nada del embarazo, aunque a veces hablaban por teléfono

No se había quitado el anillo ni un solo día, y a veces se sorprendía, acostada en la cama, pensativa, y dando vueltas al anillo sobre su dedo.

Entonces Elias la comunicó que en febrero volvía a Nueva York. Para entonces, Elizabeth estaría de siete meses y ya sería imposible seguir ocultándoselo. Pero no podía decirle que había una pequeña posibilidad de que el hijo fuera suyo. O más bien una gran posibilidad. Echaba cuentas y, con toda seguridad, el niño debía ser de Elias, pero nunca se podía asegurar. Quizá es lo que ella deseaba.

Todo ocurrió deprisa. Sin avisar y en plan sorpresa, un miércoles soleado, a mitad de febrero, Elias se presentó en Hamilton House. Quería visitar a George, comunicarle asuntos de negocios, llevarle papeleo y de paso ver a Elizabeth.

Estaba alegre, animado, por volver a verla. Una criada condujo a Elias por la amplia finca. George y Elizabeth estaban desayunando en el cenador.

—¡Buenos y soleados días! —saludó Elias con una sonrisa radiante, andando apresuradamente sobre el mullido césped. George y Elizabeth se giraron y vieron a Elias, trajeado de color blanco, como si anunciara la primavera que estaba por venir. Irradiaba alegría y positivismo.

—¡Elias! ¡Pero qué grata sorpresa, amigo mío! Sube, por favor, desayuna con nosotros. —George se levantó a la par que Elias subía los peldaños con agilidad y cierta gracia, con una mano en el bolsillo. Llevaba gafas de sol, que se quitó y metió en el bolsillo de su chaqueta. Elizabeth se puso seria. No se atrevía a levantarse de la mesa. En cuanto lo hiciera, su abultado vientre borraría seguramente la sonrisa de Elias.

George y Elias se abrazaron.

—Bueno, te veo genial, George, la vida no te trata mal, ¿eh? —Sonrió dando unas palmadas en la espalda de George

—No puedo quejarme… Tengo una sorpresa, amigo. Hay algo que ni Eliza ni yo te hemos dicho. Preferíamos esperar a tu llegada para que estuvieras en persona. Por teléfono era demasiado frío y me

hubiera perdido tu reacción. —George no dejaba de sonreír—. Elizabeth cariño, ven aquí. —George estiró el brazo y ofreció su mano. Elizabeth se levantó lentamente y con cierta mala gana. Elias, que sonreía y mostraba una felicidad absoluta, vio enseguida el vientre abultado de Elizabeth, debajo del vestido azul claro. Su sonrisa se quedó congelada, y sus ojos perdieron esa ilusión y alegría y dieron paso a la confusión y la sorpresa.

Elizabeth dio la mano a George, que estaba tan pletórico que no reparaba en que Elizabeth se mostraba distante e incómoda. Puso la otra mano en el vientre de Elizabeth

—Esperamos un niño para abril, Elias. Jonathan Hamilton King. —Sonrió eufórico

—Vaya, ¡felicidades! —acertó a decir Elias con una sonrisa que le costaba mantener—. Elizabeth, no me habías dicho nada… por teléfono… —Su voz sonaba entrecortada, suave pero acusadora.

—Bueno, como te dijo George, prefería esperar a que vinieras. Además, los primeros meses puede producirse un aborto y no queríamos adelantarnos… —Bajó la vista

—En diciembre hicimos una fiesta, cuando ya Elizabeth estaba de cinco meses, te echamos de menos, Elias. Pero estás más que invitado al bautizo y a la fiesta que daremos tras el nacimiento, claro. —Elias oía pero no escuchaba. Sentía que el suelo se había abierto a sus pies. Que su cabeza estaba mareada y sus sentidos no le respondían. El corazón le latía más fuerte de lo normal y se sentía abrumado, confuso, preocupado, traicionado, expectante. Lo primero que pensó fue si el hijo sería suyo. George daba por sentado que era un Hamilton, pero ¿y si no? ¿Y cómo se iba a enterar de si el niño era suyo? ¿Lo sabría Elizabeth?

—Elias, ¿estás bien? —La voz de George le sacó de su estado de aturdimiento.

Elias miró a George, que le miraba con gesto alegre pero ligeramente confundido. Elizabeth había decidido volver a la mesa y sentarse.

—Sí, sí, por supuesto, lo siento. —Esbozó una sonrisa—. Es que ha sido una sorpresa inesperada, y supongo que este calor me ha mareado un poco.

—Bueno, siéntate con Liz y conmigo, hay de todo para tomar. ¿Te apetecen tostadas o algo de bacon y huevos revueltos? Marie ha preparado unas copas con yogur griego y langostino fresco.

—Sí, bueno, tomaré un café, gracias… —acertó a decir, encaminándose a la mesa. Miró un segundo a Elizabeth, pero ella no le miraba, seguía mirando a cualquier parte y concentrada en beber o comer, como si eso hiciera menos incómodo el momento.

—Sírvete, amigo. —George se sentó al lado de Elizabeth, triunfal y

feliz. Elias no podía sentirse más en desventaja. Elizabeth bebía zumo de naranja, avergonzada y ligeramente triste. George estaba tan ocupado en alardear que no había reparado en que Elias y Elizabeth se mostraban incómodos.

Entonces Elias decidió centrarse en otra cosa para disimular su estado de confusión.

—Te he traído papeleo de inversiones y negocios, por si te interesa. En Londres hay algunos restaurantes y oficinas casi en bancarrota y he pensado que quizá te interesaría rescatar alguno y hacerlo tuyo. Yo tengo dos restaurantes nuevos, uno de comida japonesa y otro de italiana, pero a lo grande, ya sabes… —Elias se sirvió el café y cogió un bollo relleno de nata.

—Estupendo, luego le echaré un vistazo. Por cierto, ¿qué tal Pamela?

—Madre se encuentra mejor. Ha estado fastidiada con lo del azúcar, pero la he dejado bastante recuperada. Me vine más tranquilo. Además, con eso de que se rompió la pierna necesitaba bastante ayuda y Alice, la cuidadora, no era demasiado buena… Si quieres un buen trabajo, hazlo tú mismo…

—Qué gran verdad, amigo… —Sonrió George, bebiendo un café con leche todavía humeante.

—Señor, perdone, señor Hamilton, le llaman. —Anunció de repente Hank, el mayordomo. Nadie se había percatado de su presencia en los escalones del cenador—. Es el Señor Evans y dice que es urgente, señor.

—Gracias, Hank, ahora mismo voy. —George se levantó, se limpió brevemente las comisuras de la boca con la servilleta blanca y la dejó en la mesa con un gesto rápido—. Ahora vuelvo, es un asunto de trabajo. Esperaba esta llamada. Poneos al día. —Sonrió antes de bajar los peldaños casi de dos en dos. Se alejó cruzando la amplia finca hasta internarse en la casa.

Cuando ya se creían seguros, Elias y Elizabeth intercambiaron una mirada llena de sentimiento.

—Elizabeth, ¿cómo no me has dicho nada de tu estado todo este tiempo? ¿Por qué me lo has ocultado? —Elias hablaba casi en un susurro, pero cargado de indignación. Elizabeth le miraba tristemente.

—No podía… No sabía cómo decírtelo… Y George no quería… — No se atrevía casi a mirarle. Pero Elias sí la miraba. Su mirada la atravesaba y fulminaba. Ella parecía un animalillo asustado y acorralado.

—Tú y yo hemos hablado a solas muchas veces, podías habérmelo dicho sin que George lo supiera… —Atacó Elias, que ya se había olvidado del café y el bollo de nata.

—Lo sé, pero es que no sabía cómo contarte algo así… Yo misma

no podía creerme haberme quedado embarazada… Fue inesperado, no lo buscaba… —Ella le miraba con preocupación, como si con su mirada asustada y su cara bonita fuera a ablandar a Elias. Pero él estaba lleno de dudas y preguntas. Iba a ser directo, no podía aguantar más rodeos y medias palabras.

—Vale, solo quiero saber una cosa… ¿Es mío o de George? —Elizabeth sintió que una flecha la perforaba el pecho. Sintió el aguijonazo del miedo. La pregunta que le atormentaba día y noche. Pero ella sabía que ese día iba a llegar. Ya sabía lo que iba a decir.

—No lo sé… Creo que tuyo, pero tuve que acostarme con George estos meses pasados, si no, habría sospechado… —Ella miró al suelo avergonzada, demasiado temerosa para aguantar más la mirada furibunda de Elias.

Elias sintió que se le caía el mundo encima. Tener esa sombra de duda de que pudiera ser de George le destrozaba por dentro. Aunque no tendrían que esperar mucho para saber con certeza quién era el padre. En cuanto naciera el niño, se le podrían hacer pruebas de paternidad y saldrían de dudas. Aunque Elias tenía el extraño palpito de que ese niño era suyo. Quiso mostrarse tierno con Elizabeth. No quería disgustarla en su estado, pero se sentía traicionado y, al mismo tiempo, feliz de que pudiera ser padre otra vez. Era un sentimiento agridulce, extraño, para volverse loco.

Ya sabía desde hacía meses que quería casarse con Elizabeth. Esperaba que dejase a George y se fuera con él definitivamente. Quería pasar el resto de su vida con ella. No era un capricho, estaba realmente enamorado y a veces pensaba que la quería con más intensidad que a Tamara. Incluso había comprado ya el anillo de compromiso, un solitario, un diamante engarzado en un aro de plata. Lo compró en Tiffany, en Londres, a juego con unos pendientes de diamantes redondos. Aunque, si el niño no era de él, dudaba de si entregarle el anillo. Quizá ya su romance no tendría sentido.

Por suerte, solo quedaban un par de meses para averiguar la verdad.

—Elizabeth, escucha… —Alargó los brazos sobre la mesa y cogió de las manos a Elizabeth, mirándola con ternura—. Si es nuestro, me gustaría que nos casáramos y nos asentáramos fuera de Nueva York. Quiero cambiar un poco de vida. Mantener menos negocios, llevar una vida más familiar… Contigo siento que es hora de parar este mundo frío y materialista… —Elizabeth le miraba con cierta dulzura a la vez que emoción contenida—. Tenía pensado que nos casáramos… Hasta tengo el anillo, lo compré en Londres, pero si el niño es de George, no me interpondré. Respetaré tu decisión, sea cual sea… Solo quiero que sepas que no te dejaré, y que te quiero de verdad… —Elizabeth le miró con ternura.

—Elias…. —Elizabeth estaba demasiado emocionada para hablar. Que Elias le dijera que quería casarse con ella había roto el miedo y la inseguridad que llevaba dentro. Eso es lo que quería haber oído desde hacía meses para saber que de verdad la cosa iba en serio.

Ahora estaba segura de dejar a George si el niño era de Elias. Si él había comprado el anillo en Londres, es que había estado pensando en serio sobre la relación, le había echado de menos y quería tenerla con él para siempre, sellando la unión. Elizabeth sentía que su languidez desaparecía un poco y tenía una nueva esperanza.

—No digas nada… Solo una cosa: ¿te casarías conmigo? —Elizabeth le miró a los ojos y vio sinceridad, amor, cariño y dulzura. Su mirada no podía ser más sincera, y entonces pensó que quería pasar el resto de su vida con él. Le sonrió y asintió apretándole las manos.

—Sí, por supuesto que sí. —Él sonrió complacido.

—Incluso si el niño no es mío y quieres divorciarte, te estaré esperando. Carter y yo estaríamos muy felices de tenerte en la familia. Seríamos una familia los cuatro juntos. Siempre te querré, Liz, pase lo que pase… —Se apretaron las manos, conteniendo el abrazo y el beso que querían darse, y concentrando todo su amor y ganas en ese apretón de manos.

—Eres maravilloso… Todos estos meses he estado tan preocupada. Creí que iba a perderte irremediablemente. Lo he pasado tan mal, Elias. No pude evitar lo de George… estamos casados, vivimos juntos y… —Hizo una pausa—. Pero mi corazón estaba contigo siempre… Sé que sueno horrible… —La mirada de Elizabeth se tornó triste. Elias le miró dulcemente.

—Cariño, no lo pienses más. Te quiero demasiado como para renunciar a ti por algo así. En Londres me sentía ahogado sin ti. No puedo decir que me alegre de lo de George, pero mi amor es más fuerte… Y, además, estoy seguro de que es nuestro —Elias le sonrió y Elizabeth decidió callar, devolviéndole una tímida sonrisa. Si Elias creía que se había acostado con George tras su marcha a Londres, no iba a sacarle de esa idea. Ya se sentía demasiado culpable como para dar más explicaciones. Lo cierto es que se habían acostado antes de la marcha de Elias. La asombraba que Elias se mostrara tan amable y comprensivo—. Todo saldrá bien, ya lo verás. —Y entonces se inclinó y beso las manos de Elizabeth. Ella le sonrió y vio como a lo lejos venia George, saliendo de casa con aire jovial. Elizabeth separó las manos de Elias, este se volvió, confuso, y vio que venía George. Se recostó sobre la silla. Ambos se miraron, cómplices. George cruzó el jardín, subió los peldaños del cenador y, con una sonrisa, se sentó de nuevo en la mesa.

—Bueno, ya estoy aquí. —Sonrió—. ¿Me he perdido algo?

****

Mayo 1981

Jonathan había nacido en abril. Estaba sano y era un hermoso niño de ojos azules que enamoraba a todo el mundo que le veía. Elias no podía ya estar más seguro de que aquel niño era suyo, pues se parecía muchísimo a él cuando era bebé. No podía haber lugar a dudas, pero aun así, acordó con Elizabeth hacerle unas pruebas a escondidas, pasados unos meses, cuando todo se asentara y pasara la excitación de su llegada.

Los primeros meses iban a ser una locura, con fiestas, presentaciones y un viaje a las Islas Fiji que quería hacer George para celebrarlo. Iba a tomarse un mes sabático para estar con Elizabeth y Jonathan en el océano pacífico, rodeado de arrecifes de coral, playas de arena blanca y selvas tropicales.

Por otro lado, Else, la hermana de Tamara, se había trasladado a vivir a Thornton Mile para ejercer de madre de Carter. Estaba soltera, tenía cuarenta y dos años, y tomó agradablemente el cargo de cuidar del pequeño Carter, ahora que Elizabeth ya no iba a ocuparse de él como antes.

Elizabeth y George conocían a Else de algunas veces que había visitado Thornton Mile y habían comido o cenado juntos, entre otras actividades. Else vivía en Nueva Jersey, donde tenía una casita de dos plantas con jardín, nada ostentoso, y vivía del alquiler de un piso en Manhattan, por herencia de su abuela, que la daba para vivir sobradamente, unido a que preparaba postres para un par de restaurantes que la daban ganancias aparte.

Hablaba con Elias con asiduidad y, como quería mucho a Carter, iba a verle con frecuencia. Ahora que Carter ya no tenía a su madre, Else sentía que debía ejercer como tal, desde que Elias le dijo que Elizabeth había tenido a Jonathan y que ya no iba a cuidar tanto a Carter, que ahora tenía casi seis años. Else hizo la maleta y se instaló en Thornton Mile a pocas semanas de que Elizabeth diera a luz. Carter se mostró muy contento y hasta ya hablaba sobre jugar con Jonathan, pues Elias le había sacado el tema de que tía Elizabeth había tenido un niño.

George, por su parte, informó a todo el mundo del viaje a Fiji para junio, y su regreso a finales de julio. Elizabeth empezaba a sentirse como un trofeo, pues George no paraba de enseñarle, orgulloso, con el pequeño Jonathan en brazos.

Elias y ella se habían visto poco, pero en algunas ocasiones en que Elias visitó Hamilton House, no se demoraba en coger en brazos a Jonathan y mirarle sonriendo y con verdadera devoción.

Con todo el caos de la nueva agenda de George, Elizabeth apenas conseguía escaparse para ver a Elias en secreto. Todo eran presentaciones, comidas, fiestas, y ni George iba al trabajo a diario como antes. Delegaba sus quehaceres en socios o secretarias y se quedaba en casa disfrutando del pequeño Jonathan, que le tenía pletórico.

Un lunes que George no tuvo más remedio que ir a Manhattan para una firma, Elizabeth aprovechó y visitó a Elias en Thornton Mile con el pequeño Jonathan. Elias, que estaba convencido de que Jonathan era su hijo, se deleitaba con las visitas de Elizabeth y no paraba de tener en brazos a Jonathan, hacerle mimos y besarle.

Pero las cosas no podían salir tan bien.

Else, que ya estaba viviendo en Thornton Mile para cuidar a Carter, empezó a darse cuenta de que Elizabeth y Elias hablaban más de la cuenta, se sonreían mucho, o ella le tocaba el brazo, la mano… Con una confianza que parecía dejar entrever que lo suyo era más que mera amistad. Se dijo que iba a fijarse más en si pasaba algo entre Elias y Elizabeth para, de pasar, acabar con ello… Aún recordaba la promesa que le había hecho a Tamara cuando esta enfermó.

****

3 años antes. Thornton Mile

Tamara estaba en el jardín, sentada sobre una hamaca blanca mullida. Tenía una sombrilla encima que la tapaba un poco del sol, y había un cerezo rosa en flor que también daba sombra. Hacía buen tiempo y la recomendaron tranquilidad y aire fresco.

Aunque estaba cuidada, tenía ojeras, estaba pálida y su gesto era cansado. La enfermedad ya estaba avanzada, pero aún la quedaban unos meses más.

A su lado, Else estaba sentada en otra hamaca y cogía de la mano a Tamara, que miraba el horizonte con nostalgia mientras el viento la revolvía algunos mechones rubios de pelo.

—Tienes que prometerme algo, Else —dijo con voz dulce pero apagada.

—Claro que sí, lo que sea. ¿Qué ocurre, Tammy? —Else quería mucho a Tamara. Siempre habían estado muy unidas y, ahora que Tamara estaba enferma, Else se había instalado en Thornton Mile para cuidarle mejor, aunque tenía una enfermera interna en casa. Aun así, Else no quería dejar sola a su hermana en los últimos momentos de su vida. Sentía una responsabilidad de quedarse y aguantar, por dura que fuera la lucha. Tamara giró la cara y miró a Else, que le miraba con gesto expectante y preocupado.

—Es sobre Elias… y Carter… Estoy segura de que Elias volverá a tener pareja o, incluso, casarse. Puede que incluso quiera tener más hijos… —Apretó la mano de Else y tragó saliva—. Ahí entras tú, Else… Tienes que impedir eso… Que otro vástago se lleva la herencia de mi Carter… Si hay otro heredero, Carter se quedará con mucho menos, y él se lo merece todo. Es el primogénito, el verdadero heredero de la fortuna Thornton… Asegúrate de que siga siendo así, que nadie le quite a mi hijo lo que le pertenece por derecho, por favor… —Else se quedó helada.

—Tamara… pero, ¿cómo podría impedir yo eso? Elias es libre, yo no puedo mandar sobre él… De verdad que quiero ayudarte, pero no sé cómo, hermana…

—Sabrás qué hacer en su momento. Eres lista y sabrás improvisar. Yo no puedo decirte qué hacer, porque no sé lo qué pasará, pero llegado el momento, tendrás que abortar esa relación. Hazlo por Carter, por favor… —Los ojos de Tamara estaban inundados de desesperación. Else, todavía en shock, no podía decirle que no. Entendía a Tamara, y adoraba a Carter. No sería justo que otro le quitara sus bienes, ¿no? Else dudaba, pero Tamara parecía tan convincente que la convenció.

—Está bien, te lo prometo. Velaré por Carter y su futuro. —Sonrió un poco y Tamara la devolvió la sonrisa, y se inclinó para abrazar a Else.

—Gracias, Elsie… Sabía que no me fallarías. —Else aún dudaba de si destrozar la felicidad de Elias estaba bien, aunque fuese para salvar la herencia de Carter… Amaba a Tamara y a Carter, y se dijo que su amor por ellos era más fuerte que nada. Así que sí, lo haría. Estaba segura.

****

Año 1981. Thornton Mile. Mayo

Sí, se acordaba de las palabras de Tamara. Hasta la fecha, a Carter no le faltaba de nada, pero eso podía cambiar si Carter cumplía la mayoría de edad y había otro pequeño Elias por la finca. Habría que repartir bienes y ya Carter no saldría tan beneficioso como si fuera hijo único. Else podía entender a Tamara, aunque ella no tenía hijos y no sabía lo que era tener ambición para un hijo. Con todo, la promesa hacia su hermana era fuerte y no pensaba romperla.

Aquel día, Carter estaba en el colegio. El chófer, Steve, no le traería hasta las cinco. Era solo mediodía, pero Elizabeth ya estaba en casa de Elias con el pequeño Jonathan.

Elias mostraba mucho interés por el bebé y Else se había fijado en

que no paraba de mimarle, cogerle en brazos y tener atenciones para con él. Else suponía que quizá Elias se acordaba de cuando Carter había nacido. Quizá Elias sentía que quería ser padre de nuevo y con Jonathan colmaba un poco ese sentimiento frustrado, y de ahí tanta atención.

Tras estar en el jardín tomando algo en la mesa y sillas, bajo el sauce llorón, se retiraron dentro de casa. Else, mientras, estaba cortando unas rosas que ya estaban florecidas y en todo su esplendor. Solía ponerlas en jarrones de cristal tallado. A Carter le gustaban las violetas, y Else arregló una pequeña maceta infantil con dibujos de Mickey Mouse e injertó un puñado de violetas. Con las rosas en una mano y la maceta de violetas en otra, decidió entrar en casa, poner las rosas en agua y subir la maceta al cuarto de Carter. Cruzó el amplísimo hall y giró a la derecha para ir a la cocina. Las puertas correderas del salón estaban a medio cerrar. Allí estaba Elias con Elizabeth y el pequeño Jonathan, que emitía ruiditos de risa y alegría.

—Se parece todo a ti —dijo Elizabeth con tono dulzón. Else se paró en seco. Un escalofrío la recorrió la espalda. Esa frase había sido mortal. Dejó las rosas y la maceta en un aparador que tenía a un par de metros y se acercó más al salón, pero con cuidado de no ser vista.

—Te dije que era nuestro. Ya viste las fotos de cuando yo tenía su edad, somos como dos gotas de agua. —Elizabeth le contestó con una risa jovial y despreocupada.

Las puertas correderas estaban abiertas apenas medio metro. Parecía que hubieran querido cerrarlas y se les hubiera olvidado. Else veía las siluetas negras de Elias y Elizabeth a través de la cristalera. Ella estaba escondida detrás de una columna del hall, asomando ligeramente por si veía algo importante.

—Te voy a echar mucho de menos estos meses… Fiji no será un paraíso si tú no estás… —La voz de Elizabeth sonó triste.

—Cariño, yo te estaré esperando cuando regreses, y quizá sea el momento de decirle a George la verdad. Estoy seguro de que Jonathan es nuestro… Aun así, podemos hacerle las pruebas.

—Yo también sé que es tuyo… Ahora lo sé… Cuando le veo, te veo a ti… Y es verdad que se parece muchísimo a ti cuando naciste. —Elias rio y se oyó un beso.

—Tenía que ser nuestro. Te lo dije. Lo siento por George, pero el amor es tan incontrolable. No atiende a la razón ni a las normas… Es un hombre fuerte y seguro que lo superará, pero una vez te divorcies, nos casamos y nos vamos de aquí… Estoy harto de Nueva York. No necesitamos tanto lujo para ser felices, ¿verdad, Jonathan? —Se escuchó a Elias haciendo mimos y bromas a Jonathan, que se reía, y Elizabeth también.

Else apretó la mandíbula. Esa felicidad la asqueaba. Tamara es la

que tenía que haber estado ahí. No esa tal Elizabeth con sus uñas de porcelana y su pelo de seda.

—Estoy deseando empezar una nueva vida contigo, lejos de todo… —Volvieron a besarse—. ¿Por qué no vamos al estanque a ver los peces japoneses? Podemos sentar a Jonathan en el borde, parece que le encantaron el otro día.

—Me parece una idea estupenda, hace muy buen día para estar en casa. Vamos. —Else decidió irse presurosa cuando vio que Elias iba a salir del salón. Se metió rauda en la cocina y escuchó a lo lejos cómo las puertas correderas se abrían y la pareja salía. Los tacones de Elizabeth repiqueteaban sobre el mármol.

Cuando salieron al jardín, Else los vio por la ventana de la cocina. Se les veía felices, unidos, con Elias llevando en brazos a Jonathan y Elizabeth rodeándole la cintura y apoyando su cabeza en el hombro de él. Eran la imagen viviente de la felicidad. Algo se retorció dentro de Else. Sentía que eso no era justo. Era Tamara la que debía estar disfrutando de esa vida.

Pero podía arreglarlo. Podía salvar a Carter, con suerte.

No estaba segura si el plan iba a funcionar como ella deseaba. De chivarse, ya de entrada, la guerra estaría servida. El problema eran las consecuencias. Podía ser que todo reventara y Elias y Elizabeth, aun así, acabasen juntos, o podía también pasar que la tensión rompiera la relación, o que George usara alguna artimaña para retener a Elizabeth, o, como último recurso, que Jonathan no fuera realmente hijo de Elias.

Aun con todo, Else sintió que tenía que intentarlo. Por Carter. Por Tamara.

Tras poner las rosas en agua, subió al segundo piso para entrar en la habitación de Carter y poner la maceta de las violetas en el ventanal de su habitación. Else contempló la habitación de Carter, llena de juguetes, armarios repletos de ropa, toda clase de lujos, y vio una foto, enmarcada en azul, de Carter y Tamara abrazados sonriendo.

—Hermana, tenías razón. Ya sé lo que hacer. —Sonrió diabólicamente y pensó en ver a George a la vuelta de las vacaciones. A su regreso, todo iba a cambiar.

****

Septiembre 1981

Las vacaciones en Fiji habían sido relajantes y maravillosas. Aunque Elizabeth no dejaba de extrañar a Elias, se vio entretenida a tiempo completo por las maravillas de Fiji y el pequeño Jonathan, que ya

contaba con cinco meses y seguía sano y vivaracho. Al mirar a los ojos azules de Jonathan, veía los ojos de Elias y eso la daba fuerza.

En agosto, George decidió quedarse hasta finales de mes para aprovechar bien sus vacaciones y disfrutar bien de su familia.

En septiembre volvieron a Hamilton House y Elizabeth se sintió liberada, pues iba a volver a disfrutar de Elias, y estaba más que preparada para abandonar a George y emprender vida nueva con Elias y Jonathan.

Else, que había estado esperando pacientemente como una pantera, sugirió a Elias visitar a los Hamilton, ahora que habían vuelto de Fiji. Elias aceptó encantado y compraron un regalo para el pequeño, una cestita llena de accesorios de aseo, un osito azul de peluche y un pin de oro con el nombre grabado.

Al llegar a Hamilton House, todo fueron abrazos y alegrías, pero Else estaba deseando hablar a solas con George para darle la gran noticia y reventar toda esa felicidad.

Carter también acudió, y no dejaba de acariciar a Jonathan y preguntar a Elizabeth cuándo podría jugar con él. Else sentía pena por Carter, que no tenía madre, y su padre ya andaba interesado en otro niño. Eso la dolió y reunió el valor suficiente para empezar la guerra.

Sentados en la mesa blanca del jardín, repleta de comida y velas en faroles de cristal, Elizabeth enseñaba a Elias las fotos de las vacaciones. Jonathan estaba en una sillita alta especial para bebés, jugando con un león de peluche y haciendo pedorretas. Carter estaba distraído con unos cuentos de aventuras en la selva que George le había traído. George, por su parte, sonreía y disfrutaba del momento, hablando de Fiji o de lo que habían hecho o visto.

Ya era de noche y la finca Hamilton estaba repleta de farolas, y hasta unas antorchas de fuego situadas cerca de la mesa de cena, con aroma a incienso de sándalo.

La imagen no podía ser más idílica. El viento soplaba suave, moviendo las hojas de los árboles.

—Aquí intentamos pescar, aunque resultó harto difícil, Jonathan no hacía más que llamar mi atención. —Sonrió Elizabeth pasando las fotos ante la cara alegre de Elias.

—Salís realmente hermosos, y el paisaje no puede ser más espectacular… Quizá un día vaya a Fiji… —Else notó que Elias, al decir eso, había echado a Elizabeth una mirada de complicidad, y ella captó la indirecta, pues le sonrió ampliamente y pasó otra foto, disimulando.

—Los amaneceres son espectaculares, Elizabeth enséñale a Elias alguna foto de los amaneceres que fotografié. Y las puestas de sol, por favor… divinas… Realmente Fiji me ha enamorado. —George dio un sorbo a su copa de vino—. Y en buena compañía se disfrutara aún

más, ¿verdad querida?

—Sí, por supuesto. —Sonrió Elizabeth—. Con la familia se disfruta aún más. Por cierto, George, ¿puedes traerme el biberón de Jonathan? Ya le toca la toma. Está en la cocina.

—Sí, por supuesto. Ahora vuelvo. —Sonrió a Elizabeth y Else no perdió detalle. Al rato de irse George, Else se levantó de la silla y con una sonrisa se dirigió a Elias y Elizabeth.

—Disculpad, voy al lavabo un momento. Vengo enseguida.

—Claro, Else, entrando, pasa la cocina y el pasillo a la izquierda —dijo Elizabeth con cordialidad. Elias tenía en las manos varias fotos y, concretamente, admiraba una foto de Jonathan, que disimuladamente se metió bajo la chaqueta blanca.

—Gracias, Liz. —Else fue deprisa a la casa. No quería que George saliera antes de contarle la gran verdad. Esa verdad que, con suerte, todo lo arruinaría.

Cuando Else llegó a casa, supo encontrar a George, pues este se encontraba en la cocina preparando el biberón de Jonathan. Había una parte de ella que no quería hacer daño a ese hombre ilusionado, pero tampoco podía dejar que Carter fuera olvidado, y cada vez lo estaba siendo más, pues Elias tenía toda su atención puesta en Jonathan y Elizabeth.

Y aun cuando estos no se encontraban con Elias, este parecía distraído y con su mente en otra parte. Else era la que realmente colmaba de atención y cariño al pequeño Carter. Así que estaba decidida.

—George —le llamó con voz neutral. Este se volvió y le sonrió.

—Else, querida, ¿necesitas algo? Estoy aquí liado con el biberón de Jony… Ya no es una tarea de mujeres aprender estos menesteres. —Rio un poco, ocupado en la tarea. Ella tragó con dificultad a medida que se acercaba a él. George enroscó la tapa del biberón y le dio varias vueltas.

—Sí, lo cierto es, que quería hablar contigo… de un asunto importante… —George se volvió a mirarla de nuevo, todavía con gesto alegre, pero ligeramente teñido de una pizca de preocupación.

—Por tu tono y tu semblante serio, deduzco que de algo malo… —George dejó el biberón en la encimera de la mesa, apoyó el trasero y las palmas de las manos sobre la mesa, tras él—. Bueno, sea lo que sea, adelante. —Else, entonces, se lo pensó dos veces. Fue como un destello de lucidez. No era el momento adecuado, con Carter en el jardín. No sabía qué reacción podía tener George, y sintió que era mejor dejarlo para otro día y evitar escenas incómodas.

—¿Podríamos quedar mañana en la playa? Ahora no es el momento, pero tengo que contártelo lo antes posible… —George la miraba atento, sin entender muy bien de qué iba aquello. ¿Es que iba

a declararse?

—Vale, sí… Claro… ¿A eso de las diez te parece bien?

—Sí, perfecto. —Else sonrió, pero fue una sonrisa vaga, sin sentimiento—. Gracias George…

—Else, ¿de qué se trata? Me has dejado intrigado, la verdad. —George sonrió intentando relajar la situación y sonsacarla algo.

—Mañana lo sabrás… Ahora no es momento, de verdad. Oye, vuelvo para la mesa. —Else se despidió con la mano y frunciendo los labios y salió antes de que George preguntara nada más.

George sintió que parte de su alegría se disipaba. Todavía estaba en shock tras las palabras de Else. Intentando pensar qué pasaría y por qué Else parecía tan tensa. Debía tratarse de una declaración de amor. Quizá le daba vergüenza, pero entonces pensó que no tenía lógica, puesto que para todo el mundo era evidente que él amaba a Elizabeth con verdadera devoción y no parecía el hombre que fuera a aceptar tener un lío. ¿Entonces, qué era? George deseó que el tiempo pasara deprisa. Ardía en deseos de verse de nuevo con Else y saber qué ocurría. Cogió el biberón y salió de casa, no ya con paso alegre y despreocupado, sino más lentamente y decaído.

****

Al día siguiente George estuvo diez minutos antes en la playa, sin embargo Else no llegó hasta pasadas las diez.

George llevaba un jersey blanco fino y pantalones vaqueros. Refrescaba un poco, y él no paraba de pasearse por la orilla, nervioso. Entonces la vio llegar, bajando la escalinata de acceso a la playa. Su vestido blanco ondeaba al viento, y llevaba una pamela a juego que ella se sujetaba con una mano para que el viento no la echara a volar.

George se aproximó a la zona de las escaleras.

—Hola, George, buenos días.

—Hola, Else, ¿qué tal? —ella le respondió con una sonrisa algo forzada.

—Bueno, supongo que estarás ardiendo en deseos de saber lo que tengo que decirte.

—Pues sí, la verdad. Di sin rodeos lo que sea. —George ya no tenía un tono de voz afable. Ahora se mostraba más serio y nervioso. Como si la culpara de tenerle ansioso perdido.

—George… lo que voy a decirte te va a doler muchísimo, pero siento que si te lo oculto, te haría más daño… Verás, sabes que vivo con Elias, y bueno, antes de que os marcharais a Fiji, Elizabeth visitó a Elias con Jonathan. El caso es que entré a casa para poner unas flores en agua y oí hablar a Elias y Elizabeth… —George la miraba con toda atención—. Tienen una aventura, George… Y hablaban de que

Jonathan era suyo… y de que Elizabeth iba a divorciarse de ti. Te juro que es la verdad. Yo sentí que tenías que saberlo… Eres muy buen hombre y no mereces ser engañado… Lo siento muchísimo… —George se apartó de Else.

George perdió el color. Su boca se entreabrió ligeramente, sus ojos miraron al suelo, como buscando una explicación que no podía encontrar. Else le miraba compungida y no sabía qué más decirle.

—¿Qué estás diciendo? —acertó a decir, lentamente, volviendo a mirar a Else casi con odio.

—George, yo creo que deberías comprobar que lo que te digo es verdad… Si no me crees… Quizá una prueba de paternidad a Jonathan o…

—Fuera de mi vista —articuló con voz queda. Else le miraba confusa.

—George… te he dicho esto porque creía que era lo mejor, estar en la ignorancia es…

—¡FUERA DE MI VISTA, MALDITA SEA! —bramó George, hinchándosele las venas del cuello y empujando a Else con tanta fuerza que casi la hizo caer. Esta le miró horrorizada—. Voy a comprobar lo que has dicho, claro que sí… Y ya puede ser verdad, porque de lo contrario haré que lamentes haber pronunciado esas palabras. —Else le miró horrorizada, pero con cierto resentimiento. Esperaba que él no la hubiera tratado así.

—Por desgracia para ti, es verdad. Tú mismo lo verás. —Y con esas últimas palabras, se alejó, subiendo de nuevo la escalinata a gran velocidad.

George se quedó en la arena, con el viento soplándole en la cara. Sentía en su interior un ardor que le dolía. Ahora todo encajaba. Que Elias siempre cogiera a Jonathan en brazos, que Elizabeth y él estuvieran más unidos que hacía dos años, o que Elizabeth visitara Thornton Mile con frecuencia. Por desgracia, podía ser.

Pero antes de iniciar una guerra, tenía que asegurarse.

****

Era difícil mantenerse alegre y tranquilo delante de Elizabeth. Por eso George decidió desaparecer. Después de lo que le había dicho Else, y atando cabos, George contaba con que toda su felicidad había sido una mentira. Su mujer no le quería y pensaba dejarle, su mejor amigo le había traicionado y su hijo no era suyo. De la noche a la mañana el mundo de George se vino abajo. Lo perdió todo, salvo su dinero, negocios y bienes, pero eso no era nada comparado con una familia. El dinero podía dar cierta felicidad, pero nunca llenar interiormente. La confianza se había roto, y ya nunca más podría volver esa dicha que sintió desde hacía meses, con la llegada de Jonathan y la felicidad de

ser padre.

Mintió a Elizabeth diciendo que tenía negocios que atender en la ciudad y que se quedaría unos días en un hotel. Sonó un poco frío. Ella le preguntó si estaba bien, y él contesto que sí, que solo estaba cansado, y se despidió saliendo con una maleta pequeña, frente a una atónita Elizabeth.

Lo cierto era que había hablado con Harry Smith, un médico que trabajaba en laboratorio especializado en genética y análisis. Aunque se estaba avanzando mucho con los estudios de pruebas de paternidad, aún faltaba mucho campo, y de esto le advirtió a George, pero le dijo que podía hacer unas pruebas y sacar alguna conclusión.

George le pagó generosamente, más porque le hiciera el favor deprisa que por ayudar a la investigación. Con un generoso «donativo» todo era más fácil, y pruebas que no se iban a dar a conocer al mundo hasta tiempo después, estaban disponibles para George por un cuantioso precio.

George siguió las instrucciones que Harry le dio. Cogió un par de uñas de Jonathan, un poco de sangre y le pasó un bastoncillo de algodón por el interior de la boca. George también aportó lo suyo, sangre y semen. En unos días los resultados estarían listos. Harry mandaría a alguien del laboratorio con el sobre a su habitación de hotel.

Y así fue como la guerra empezó y como las vidas de Elias, Elizabeth y, por qué no decirlo, de Jonathan, Carter y George, quedarían heridas de muerte. Un suceso podía cambiarlo todo. Y a peor.

George abrió el sobre con el corazón en la garganta. Todavía se aferraba a la pequeña posibilidad de que Jonathan fuera suyo. Lo leyó y el mazazo fue más fuerte de lo que él hubiera esperado. No eran buenas noticias, tampoco malas, sino las peores de las peores. Algo con lo que ni él había contado.

Jonathan no era su hijo. No había ningún porcentaje de compatibilidad. 0%. Así rezaba el informe. Para colmo, el nombre de George Hamilton, resaltado en negrita, venía con la triste noticia de que según los resultados, su esperma no tenía apenas movimiento y cuando llegaba al óvulo, moría.

Era estéril. Así de simple.

George se quedó horrorizado, con la boca abierta y los ojos desencajados. El corazón le latía tan deprisa que creyó que iba a darle un infarto. Se le cayó el papel de las manos… No sabía ni cómo reaccionar. De haber estado solo en una habitación en medio de la nada, habría chillado hasta que la garganta le estallara y habría roto todo lo que tuviera por delante.

En un hotel, no podía permitirse destrozar una habitación y quedar

como un tarado. Fue al minibar a trompicones y cogió un vaso de cristal y whisky. Se lo sirvió y bebió de un trago. Sintió que el ardor del alcohol se juntaba con el ardor y dolor de su alma. Apretó tan fuerte el vaso que este se rompió en pedazos, dejándole un reguero de sangre y cortes en la mano. Su ira estaba creciendo cada vez más. Pero entonces una idea se instaló en su mente.

No iba a aceptar ese destino donde se quedaba solo y nadie heredaría su patrimonio. No quería dejar Hamilton House y sus negocios en manos de cualquiera. ¿Qué le quedaba? ¿Dejarlo a una asociación, al Estado?

Aunque Jonathan no fuera su hijo, era lo único que iba a tener para continuar su legado y proteger todo lo que George había levantado.

Adoptar a un niño desconocido hubiera sido lo mismo, ninguno sería su hijo de sangre, así que ¿qué mejor que quedarse con el niño que ya conocía y le tenía enamorado? Aunque fuera fruto de una infidelidad de Elizabeth, le necesitaba para poner en sus manos la herencia familiar. Él se encargaría de aleccionarle bien para que fuera un duro hombre de negocios. George pensó que le daría la vuelta a la situación y utilizaría a Jonathan para que salvara su patrimonio. Si adoptaba, se sabría, y él tenía una reputación que mantener. Mejor hacer ver que ese niño era suyo, que George era importante, y encima tenía un hijo varón, seguro sucesor.

Necesitaba a ese niño.

El problema eran Elizabeth y Elias. Ya contaba con que Elizabeth querría dejarle y llevarse a Jonathan con Elias, pero George sabía qué hacer.

Era un hombre muy importante y tenía más contactos y medios de lo que nadie sabía. Ni Elias ni Elizabeth sabían hasta dónde podían llegar los tentáculos de George.

Ahora era el momento de usar ese poder en su beneficio. No iba a perder. George nunca perdía y así iba a seguir siendo.

****

George tuvo tiempo de planearlo todo. En el hotel tenía mucho tiempo, así que, tumbado en la cama, empezó a hilar bien su plan. Hizo unas llamadas y su dolor empezó a dar paso a la satisfacción y al sentimiento dulce de la venganza.

Ya se imaginaba casi la escena y se relamía de gusto.

No había tiempo que perder. Guardó el sobre con las pruebas y se dirigió de nuevo a Hamilton House en su lujoso Mercedes.

Ya lo había pensado todo. Al día siguiente invitaría a Elias a pasarse por la finca, a eso de las siete de la tarde, con el pretexto de mirar unas inversiones y decidir sobre qué empresa apostar para invertir y comprar. El servicio tendría la tarde libre, básicamente la

cocinera y las tres criadas. Elizabeth le estaría esperando, sentada en el salón, en la silla que presidía la gran mesa larga donde se cenaba con hasta veinte comensales.

Para George iba a ser un día de celebración.

****

Todo salió a la perfección.

Elias acudió a la cita, feliz y encantado, como siempre. George actuaba amable y agradable, e invitó a Elias a pasar al gran salón una vez cruzaron la extensa finca de césped. La casa, alta y grande, esperaba majestuosamente.

—Elizabeth te está esperando dentro. Aunque Jonathan está dormido en el piso de arriba, no podrás verle hoy… —Ambos hombres subieron la escalinata hacia la casa.

—Qué pena, es un niño adorable… Disfruto mucho viéndole reír y moverse, me recuerda a cuando nació Carter… Dentro de poco cumple ya siete años, es increíble cómo crecen, casi ni te das cuenta.

—Sí, sin duda la paternidad es maravillosa. No me puedo imaginar lo que sería perder a un hijo y no verlo nunca más… —Las palabras de George sonaron oscuras o así le parecieron a Elias, que miró a su amigo con una sonrisa que se le congeló.

Al entrar en casa, George cerró las puertas con pestillo y no vio a ninguna criada de las que siempre salían a atender, lo cual extrañó a Elias, que se encaminó al salón con paso decidido, quizá para centrarse en Elizabeth y olvidar las extrañas palabras de su amigo. Sabía que Elizabeth no le hablaría así y quería ver su dulzura y alegría. En ella eran naturales, pero en George parecía una alegría maquillada.

Elias empezó a sentirse confuso, pero, aun con todo, siguió adelante. George estaba loco de excitación cuando Elias abrió las puertas correderas, oyó el gemido ahogado de Elizabeth y Elias gritó su nombre y corrió adentro.

George sonrió encantado y sacó de la cintura de su pantalón, escondida en la parte baja de la espalda, la Glock que tenía, cargada con balas.

Entró al salón con paso sigiloso y, caminando tranquilamente, como quien da un paseo por el campo. Quería saborear el momento.

Elizabeth estaba sentada en la silla que presidía la mesa larga donde se reunían para cenar en Navidad o cuando se daba una fiesta. Tenía las muñecas atadas a los reposabrazos y la cara roja y surcada de lágrimas. Estaba llorando, y llevaría así horas, por el aspecto cargado de sus facciones. No solo eso, tenía un ojo morado como si fuera un mapache y un pómulo hinchado y amoratado y con un

pequeño corte en sangre. La comisura izquierda del labio le sangraba y tenía los labios hinchados. Elias estaba corriendo hacia ella cuando George levantó el arma.

—¡QUIETO AHÍ, BASTARDO! —vociferó. Elias paró en seco y le miró aterrado.

—George… ¿qué es esto? ¿¡Qué le has hecho!? —gritó lleno de rabia y frustración.

—Levanta las manos. —Elias no reaccionó—. ¡Levanta las putas manos, joder! Y apártate de ella… No te acerques más o te juro que le meto un tiro en las piernas. Si se queda lisiada me va a dar igual, eso te lo aseguro. —Elias estaba a tres metros de Elizabeth. Solo les separaban cuatro sillas.

—Haz lo que te dice… por favor —sollozó Elizabeth, mirando a Elias con ojos de súplica. Elias estaba estupefacto y aterrorizado. Levantó las manos.

—Siéntate, que no se diga que no tengo educación… —Elias obedeció. Se sentó en una silla de caoba con asiento rojo mullido, de terciopelo. Echaba miradas a Elizabeth y poco le faltaba para llorar él también. George se aproximó a Elizabeth y se quedó de pie a su lado, con ella temblando e hipando y Elias mirando con terror—. Haz una sola cosa que no te pida, y ella lo pagará ¿entendido? —Elias tragó con dificultad y asintió–. Bien, ahora vamos a poner las cartas sobre la mesa, ya que estamos todos… La vida da muchas vueltas, y para mí ha dado una que me ha hecho ver la mentira en la que estaba metido. La mentira en la que mi mujer y mi mejor amigo me mintieron. —Recalcó las palabras «mujer» y «mejor amigo» con odio—. Una persona me vino diciendo lo que habíais hecho. Que estabais liados, que Jonathan no es mío… No quise creerlo, aunque me lo creí. Empecé a atar cabos, muchas cosas encajaban y al final utilicé mi último cartucho: me hice unas pruebas de paternidad para confirmar lo que ya casi sabía… Bueno, felicidades, Elias —dijo con sorna y una sonrisa maliciosa—, eres padre. Jonathan no es hijo mío, aunque lo desease con toda el alma. Resulta que soy estéril… Sí, mi esperma no vale… —Elizabeth cambió su expresión llorosa por el asombro y miró a George. Quién sabe si sintió pena por él. Elias inhaló aire, impresionado—. Como comprenderás, al fallecer yo, todo lo que he levantado con tanto esfuerzo caería en manos extrañas… Fundaciones, asociaciones, Estado… —Hizo un gesto de desdén con la boca—. No quiero que esta casa ni mis bienes, ni mi patrimonio, acaben así… Ni siquiera yo voy a acabar como un perdedor, quedándome como un desgraciado mientras tú y mi mujer os dais la buena vida. La vida me ha dado un buen revés, pero siempre he sido un luchador y le he dado la vuelta a las situaciones, y esta no iba a ser menos, aunque ha sido de las más difíciles. Os diré lo que vamos a hacer. Jonathan seguirá

siendo hijo mío. Tengo planes para él, va a ser un buen hombre de negocios, digno sucesor mío, y él seguirá con mi legado. Ya le he cogido mucho cariño, y aunque sé que no es mío, haré la vista gorda.

—George, no se te ocurra creer que vas a utilizar a mi hijo para tus fines —protestó Elias, que parecía armado de nuevo valor—. Es hijo mío, no creas que voy a dejar que te lo lleves. —George sonrió.

—Sí, sí vas a dejar que me lo lleve. ¿Sabes por qué? Lo primero, porque si te interpones, haré mucho daño a Elizabeth y se supone que tú la quieres… Lo segundo, porque tengo más medios y poder del que tú te crees, y te juro que mataré a tu hijo. Si se queda conmigo, vivirá a cuerpo de rey, pero si se va contigo, cuenta con que un día venga la policía a decirte que a tu hijo lo han encontrado muerto en una cuneta, que lo atropelló un coche o sabe Dios qué más… Tu hijo estará marcado, solo que nunca sabrás cuándo será el momento final. —Elias se levantó de la silla, preso de la ira, pero George le apuntó con la Glock.

—Eres un malnacido retorcido —dijo Elias con odio, mirándole con desprecio—. No te vas a salir con la tuya. —George disparó. Elizabeth gritó y Elias se desplomó sobre la silla. La bala dio en el reposa brazos de madera, saltando astillas y dejando atónito a Elias.

—Estoy harto de tus palabras. La próxima vez te daré en el cuerpo… No estás en posición de reprenderme ni de negociar ni de ponerte chulo. ¡Aquí, la víctima he sido yo! —Blandió el arma en el aire—. ¡Confiaba en vosotros y me engañasteis como a un memo! Mi mejor amigo, casi como mi hermano, y mi mujer… Fui estúpido por permitíos tal amistad, por no creer que podía surgir algo… Debí haber sido un marido mucho más frío e inquisidor. Atarte en corto, Elizabeth —dijo mirándola con asco. De nuevo miró a Elias—. Bien, como iba diciendo… Puedes intentar interponerte, llevarte a Jonathan y tal, pero te encontraré y te quitaré a tu hijo como tú me has quitado mi mujer, mi felicidad… ¿Todavía no te das cuenta de lo que has hecho? Tienes que pagarlo, «amigo».

—George, escucha… Esto no te servirá de nada… Sabes que Elizabeth no te quiere y que Jonathan no es tu hijo… Siempre lo sabrás y nunca serás feliz… Por favor, deja que nos marchemos, tú puedes aún ser feliz con otra persona que te quiera y valore… No queríamos hacerte daño, pero nos enamoramos… Siento mucho haberte ocasionado tanto dolor, pero…

—¡Cierra la boca! —bramó George. Elizabeth se encogió de miedo —. Elizabeth se quedará cuidando de su hijo y siendo una esposa perfecta y una madre aún más perfecta. Si se va contigo, perderá a su hijo, y no creo que haga eso. ¿Verdad, Elizabeth? —sonrió y miró a una Elizabeth llorosa y asustada—. Dile a Elias lo que me dijiste a mí hace una hora, cuando te pregunté qué elegías. Díselo, vamos…

—Que me quedaría con Jonathan. —Sollozó—. Lo siento, Elias. —Este cerró un momento los ojos y agachó la cabeza. George se sintió triunfal.

—Uno de dos. Voy ganando, me quedo a la chica. Ah, y a tu chico… Ahora, el que vas a perder vas a ser tú. Vas a sentir tanto dolor que te arrepentirás toda la vida de lo que me hiciste. Y te advierto, si intentas hacerme algo o llevarte a Jonathan, te la devolveré por triplicado y saldré ganando. A ella te la puedes quedar si quieres, no me importa, pero el niño es mío…

—¡NOOO! —Elias soltó un grito desgarrador. Ya no le importó la pistola ni Elizabeth, solo pensaba en que iban a quitarle a su hijo. Saltó por la mesa como un gato y se abalanzó sobre George. Los hombres se enzarzaron en una pelea, ante los gritos y lloros de Elizabeth.

Los dos estaban cargados de ira y eso les daba fuerza extra. Elias dio un puñetazo a George en la cara, y este, aturdido por unos segundos, se la devolvió, dándole uno en el estómago.

—¡Hijo de puta! —George bramó. Elias se agachó, preso del dolor, y George le asestó un puñetazo en la nuca, derribándolo al suelo.

—¡George, basta por favor! —gritó Elizabeth—. ¡Lo vas a matar!

—¡Cierra la boca, puta! —gritó George, apuntándole con un dedo. Antes de que Elizabeth pudiera contestar nada más, ni Elias reaccionar y devolver el golpe, se oyó un correr de zapatos. Al salón entraron tres hombres altos y corpulentos. Un negro y dos blancos que parecían armarios. Trajeados y de gesto hosco. Elizabeth estaba horrorizada. Dos de ellos cogieron a Elias cada uno de un brazo y el otro se dirigió a George

—¿Está bien, señor?

—Perfectamente. Habéis hecho bien de entrar antes de que os lo ordenara. Así el espectáculo será mejor. —George se dirigió a los otros dos hombres, que tenían cogido a Elias de los brazos, y este, ya más erguido, miraba a George con odio y miedo. George se acercó a él y le dio otro puñetazo en el estómago. Elizabeth gritó y sollozó de nuevo, y Elias se dobló de dolor lo que pudo, pues sus brazos, estirados horizontalmente, eran sujetados por los hombres. George no tenía bastante. Ahora que había empezado, cada vez le gustaba más ensañarse con su amigo y descargar en él todo su odio. Una paliza sería un buen comienzo, pues así Elizabeth también sufriría.

George dio otro puñetazo a la cara de Elias, y otro, y otro. Le sangraba la nariz, y le había hecho un corte en la ceja, debido al sello de oro con esmeralda verde y el símbolo «Hamilton» que George llevaba en el anular derecho. Estaba disfrutando el momento y casi se sentía bien.

—George por favor, para, por favor. —Lloró Elizabeth

amargamente. George le ignoró. Siguió pegando a Elias, ante los lloros y gritos de Elizabeth, que estaba tan colorada y congestionada que parecía que fuera a darle un infarto de tanta presión. Una vez que George terminó de pegarle, se retiró a un lado y fue donde Elizabeth. Para sorpresa de ella, le desató.

—Ve y corre a lamer las heridas a ese perro —dijo con voz seca y gesto de desprecio. Elizabeth le miró con ojos llorosos y se levantó como activada por un resorte, corriendo hacia Elias, que yacía tirado en el suelo.

No es que George se hubiera vuelto indulgente. Para él, era una forma más de hacer daño a Elias y Elizabeth. Les dejaría despedirse entre lágrimas y dolor, sabiendo que ya no volverían a verse más porque George no lo iba a permitir. Ese momento iba a ser el último y estaba teñido de dolor. Ese recuerdo les perseguiría toda la vida. Y un recuerdo así dolía, así que George dejó que lo absorbieran.

Elizabeth se arrodilló al lado de Elias, este se incorporó lentamente con su ayuda. Tenía la cara llena de sangre, por la nariz, la ceja, la comisura de los labios, y tantos golpes, tenía las facciones deformadas. Elizabeth no paraba de llorar

—Elias —sollozó—. Siempre te querré… Pero tengo que quedarme con Jonathan… No puedo dejarle aquí solo. Cuidaré de él, te lo prometo. Le hablaré de ti algún día… —Elias y Elizabeth entrelazaron las manos y se miraron, ella llorosa, triste, sin parar de llorar, y Elias triste y derrotado.

—No puedo poner en peligro a Jonathan… George sería capaz de matarlo, no me cabe duda. Se ha vuelto sanguinario, odioso, y un hombre así es capaz de todo… Te prometo que si un día puedo volver, lo haré… Os buscaré…

—Basta de dramas románticos. —George se aproximó a ellos y agarró a Elizabeth, separándola de Jonathan. Ella no quería soltarla, lloraba y alzaba los brazos hacia él.

—¡No, no por favor! —Lloraba inconsolable. Pero George la apartó.

—Kimbell, por favor, los talones. —George se dirigió al negro, que podía medir casi dos metros. Elizabeth no entendía nada. Miraba asustada al negro y a George, y vio que aquel sacaba de la chaqueta una navaja, que se abrió con un clic y reveló una larga hoja plateada y brillante.

Los otros dos hombres blancos agarraron a Elias, confuso y aturdido por la paliza, y le tumbaron boca abajo, en el suelo, agarrándole de los brazos con fuerza, inmovilizándole.

El negro se acercó, se agachó a los pies de Elias y le subió la pernera del pantalón. Elizabeth quiso intervenir, pero George la sujetaba con fuerza de los brazos.

—¡NOOO, NOOO, POR FAVOR! —Lloró a viva voz Elizabeth. Pasó

en un segundo. Kimbell cortó los tendones de Aquiles de Elias. Él gritó y llenó el salón de alaridos de dolor. El suelo se llenó de sangre. Elizabeth gritó con todas sus fuerzas y George se rio con ganas. El salón de Hamilton House se había transformado en un infierno de locura.

George se acercó a Elias y le dio una patada en la pierna izquierda. Elias gimió de dolor.

—Cuídate mucho de decir lo que ha pasado aquí o tu hijo sufrirá las consecuencias, y también Elizabeth. Ya sabes de lo que soy capaz. Si vas a la poli, ni se te ocurra mencionarme. Ah, se me olvidaba decirte que también tengo a ciertos polis untados, así que… —Chasqueó la lengua y alzó las cejas—. Sabrás lo que te conviene si te callas. —Se dirigió a los hombres blancos—. Llevaos a ese pedazo de mierda y haced lo que os he dicho —dijo con desprecio.

Elizabeth se había desmayado, y hubiera caído al suelo de no ser porque George la tenía cogida de los brazos. Decidió cogerla en brazos y la depositó en el sofá. Después se dirigió a Kimbell, pues los otros dos hombres ya habían salido del salón, llevándose a Elias a rastras, solo cogido por los brazos.

—Dejadlo tirado en algún callejón apestoso de Nueva York. Quitadle todo, que parezca un robo.

—Sí, señor —George se dio la vuelta, satisfecho. Todo había salido justo como él había planeado.

****

A mucha gente le habría parecido imposible hacer vida junto a una mujer que te odiaba y que quería a otro, y más tras los acontecimientos ocurridos. Pero a George le daba igual Elizabeth, el único hilo de unión era Jonathan. Ella podía haberse ido con Elias, pero su amor de madre no la permitía vivir su propio amor y dejar a Jonathan con George.

Nunca habría sido feliz con Elias, porque siempre habría estado preocupada por Jonathan. No le habría vuelto a ver, y no podía vivir sin su hijo, carne de su carne y sangre de su sangre.

Era un vínculo más fuerte que el enamorarse de un hombre o una mujer.

Al principio, Elizabeth tuvo una fuerte depresión. Todo lo que había visto la había impresionado, y la situación con George era tensa. Por suerte, el tiempo lo cura y calma todo.

Ella no volvió a quererle ni tuvieron relaciones íntimas, pero formó un hogar para Jonathan y se centró en él. Como esposa, era una mujer fría y cumplía con deberes, como acompañar a George a cenas o galas, aunque su corazón no estaba ahí.

Con los años fue superando esa tristeza y dolor continuo de los primeros meses y del primer año sin Elias. Decidió cambiar y volverse dura y fría, y no creer ya en el amor verdadero ni en los cuentos de hadas. Por eso, cuando Jonathan estaba con Melissa en el campamento Blue Lagoon no le costó mucho separar a su hijo de aquella chica, entre lloros y gritos.

Ella había pasado por lo mismo y, en cierto modo, culpaba a Jonathan de su desgracia. Si él no hubiera estado, podría haberse marchado con Elias. Quería a Jonathan como su hijo que era, pero nunca contó a nadie que una parte de ella guardaba cierto rencor por él.

Elizabeth no quería más cuentos de hadas o amor en Hamilton House, y permitir el romance de Jonathan y Melissa habría sido rememorar los días con Elias. No quería que su hijo tuviera esa felicidad que a ella la abriría viejas heridas. Sonaba duro, pero así lo sentía.

Quizá se había vuelto mala por convivir con George, que se le antojaba un demonio.

Tampoco cumplió la promesa que le hizo a Elias. Nunca habló a Jonathan sobre su verdadero padre. Elizabeth decidió dejarlo correr y no complicarle la vida a su hijo. Ni complicársela ella, ya de paso. No quería ver a Elias nunca más, se sentía avergonzada y remover ese pasado era demasiado doloroso. Si la vida que le había tocado era estar con George, que así fuera. Alguna vez intentó contarle a Jonathan la verdad, pero nunca pudo. Destruiría el mundo de su hijo, quizá la odiaría, y todo sería más difícil. Así que Elizabeth dejó que Jonathan creyera que George era su padre, aun cuando George murió.

George, por su parte, aunque no fue un padre cariñoso con Jonathan, le aleccionó bien en la vida y los negocios, y le nutrió de estudios y conocimiento. Gracias a eso, Jonathan se hizo un empresario astuto, hábil e inteligente. Se hizo rico por sí mismo, sin ayuda de herencia familiar, pues pronto supo dónde y cómo invertir y sacar los mayores beneficios.

Thornton Mile había sido pasto de las llamas poco tiempo después del horrible suceso en Hamilton House. Por suerte, Elias estaba en el hospital. Le encontraron tirado en una callejuela de Brooklyn y sin poder andar a causa de las roturas de los tendones de Aquiles, y alguien llamó a una ambulancia. Por supuesto, dijo que le atracaron y que no supo quién le había hecho eso. Carter y Else estaban en la ciudad esos días, en un hotel, para visitar a Elias con frecuencia, pues estuvo ingresado más de una semana. Tenía tres costillas, el tabique nasal y la ceja rotas, y, aunque le arreglaron los tendones, quedaría cojo de por vida. Tendría que usar bastón para andar.

Else le consiguió uno de caoba con la cabeza de un dragón chino

con la boca abierta y una bola de jade verde dentro.

El incendio de Thornton Mile fue provocado, aunque la versión oficial fue que explotó una caldera del sótano y originó el incendio, que, sin nadie en la finca, no pudo ser sofocado.

George fue el responsable. No quería que Elias viviera en Los Hamptons, cerca de Elizabeth. Y así fue cómo Elias se marchó a vivir a Wainscott, en Nueva York, una zona residencial de gente rica. Con otra mansión y otra finca, aunque con menor terreno que la de Thornton Mile, pero eso ya le daba igual a Elias, que arrastraría de por vida la pena por vivir sin su segundo hijo a su lado.

Elias, una vez fuera del hospital y tras comprar lo que sería Thornton Hill, su nueva finca, se llevó a Else y a Carter, y un tiempo después asoló otra desgracia familiar en la vida de Elias y que repercutió en Carter. Pero esa era otra historia…

****

Día Presente. Hamilton House

Jonathan y yo habíamos vuelto a tener relaciones sexuales. A mí, al principio se me antojaba extraño dejarme llevar a tales placeres con alguien que estaba impedido. Parecía como si me aprovechara de él o si ese acto, en esas circunstancias, fuera aberrante. La primera vez que lo habíamos hecho había sido en la finca, lloviendo, y la segunda vez en la cama de la habitación de Jonathan. Por supuesto, yo siempre encima, pues dada su condición, no podíamos permitirnos más posturas.

Ya era un milagro que pudiera tener erecciones, aunque las pastillas que tomaba, ayudaban bastante.

Me había desnudado y colocado encima de Jonathan, que estaba boca arriba con la parte superior del colchón, un poco erguido. Tenía un colchón especial como en las camas de los hospitales, que se podía subir, bajar y contraer con un mando a distancia.

A veces subía la zona de las piernas o la zona de la cabecera y la espalda.

El colchón estaba un poco inclinado hacia delante, como si alguien lo hubiera doblado por la mitad o como las hamacas de verano.

La pasión lo hizo todo y calmó mis incipientes nervios. Me puse sobre él y empezamos a besarnos sin parar. Yo le tocaba por todos lados mientras nos besábamos. La cara, el pelo, los hombros, los pectorales… Él, con su brazo bueno, me rodeaba la cintura,

estrechándome contra su cuerpo, o me agarraba de la cadera o del trasero y me daba un cachete. Yo me reía y seguía besándole mientras mi excitación crecía. Me movía lentamente, absorbiendo el momento, jadeando entre gemidos boca con boca, y luego aceleraba un poco.

Sentirle dentro de mí era pura emoción. En ese momento, los dos éramos uno, no podíamos estar más unidos e intercambiando amor. No era sexo, sino amor verdadero. Él me miraba dulcemente, me sonreía y volvía a besarme.

Aunque estaba impedido, no me importaba tener que limitar el sexo a una sola postura y no poder disfrutar de más juegos o caricias. Le tenía a él, estábamos juntos y le quería. Con eso me bastaba. Si la operación fracasaba, y él seguía impedido, seguiría con él. Y si no pudiéramos tener sexo, también seguiría con él.

Le amaba y era el hombre de mi vida. Mi amor verdadero, el padre de mi hijo. ¿Cómo podía dejarle ir solo porque estuviera paralítico? Algunas habían dejado a sus parejas por eso, pero yo no podía.

Me había pasado doce años sin él y no iba a perderle de nuevo.

Reposábamos sobre la cama, tranquilos y adormecidos tras la excitación y la culminación en unos fuertes orgasmos. Él quiso que me tumbara en su lado izquierdo, para así, con el brazo bueno, poder estrecharme contra él o acariciarme el pelo con los dedos. Tenía mi cara apoyada en su pecho y le rodeaba la cintura. Él me acariciaba el pelo, metiendo sus dedos en mi cuero cabelludo, y yo cerraba los ojos y disfrutaba de esa dulce caricia. Sentía el calor de su pecho, y hasta oía el latido de su corazón y eso me tranquilizaba.

—No creí que en una situación tan deprimente como la mía pudiera llegar a ser tan feliz —dijo de repente con voz cálida. Me sorprendió gratamente. Yo sonreí y le abracé un poco más fuerte, besándole el pecho dulcemente.

—Me alegra oír eso… porque yo también me siento muy feliz contigo —Alcé la cabeza y le miré con una sonrisa, que él me devolvió. Los mechones del flequillo le caían sobre la frente. Alcé el brazo y con la mano le despeiné el flequillo un poco más. Él lanzó una carcajada y alcé el cuello para besarle en los labios—. Entonces, supongo que cuando se cumplan los tres meses ya no me echarás y no te encargarás de que no consiga trabajo en ningún maldito sitio… —Fingí que ponía su voz seria y enfadada. Él abrió la boca, sorprendido, y rio.

—Vaya, veo que te acuerdas… Te calaron mis palabras, ¿eh? —Me apretó el hombro y yo sonreí.

—Sí, fuiste bastante claro…

—Fui un maleducado, lo siento… Por entonces no creí que pudiera mejorar. Pero contigo todo es posible… Y por supuesto, no pienso echarte… No quiero que te vayas…nunca. —En ese momento nos

quedamos un poco más serios. Mirándonos a los ojos dulcemente. Me emocionaron sus palabras y apoyé la palma de mi mano en su mandíbula.

—¿Lo dices en serio? —Él asintió y me acarició el hombro

—Si tú quieres quedarte conmigo, aun estando como estoy, me harías muy feliz. —Sonreí y le besé en la cara tiernamente. Un beso lento y dulce.

—Te quiero por ser tú. No importa cómo estés. Nunca me separaré de ti. —Él sonrió emocionado.

—Te quiero, Kate… No he querido a nadie como a ti… Quería que lo supieras… Me has devuelto algo que perdí hace doce años, no sé cómo… Amor, ilusión, felicidad… Contigo me siento mejor persona, y como era yo de verdad. No ese hombre de negocios frío y déspota… Te debo tanto…

—No me debes nada. Yo solo quiero tus besos y tu amor… —Le besé en los labios. Me estrechó contra él y puse mi cabeza en el hueco de su cuello. Le abracé con fuerza.

—Y los tendrás para siempre… —Con esas palabras me quedé dormida, envuelta en una felicidad absoluta.

****

Jonathan

¿De verdad vuelvo a ser yo? Espiritualmente, sí. Me siento más esperanzado, ilusionado y enamorado. Relajado, absorbiendo los pequeños momentos y no necesitando hacer grandes cosas para sentirme lleno y seguir vacío.

Juraría que Kate comparte la misma alma que Melissa porque me hace sentir igual. Tiene una dulzura que solo he visto en ella. Sé que nunca me mentiría, sé que es sincera conmigo, que me quiere aun estando yo en esta maldita silla de ruedas.

He disfrutado el sexo de verdad, mucho más que cuando estaba sano y podía andar. Es más, antes no lo disfrutaba. Tenía en la cabeza a Melissa y es a ella a quién veía cuando me follaba a esas chicas que solo compartían con Melissa el color de ojos o el pelo.

Ahora con Kate es diferente. Estoy centrado en ella y no necesito fingir ni evocar viejos recuerdos.

Si me curo, me casaré con ella… Siento que es mi alma gemela. Aunque no sé si voy a sobrevivir… Últimamente he tenido más apneas y sentía que por segundos me faltaba el aire. Justo lo que decía Barrows… ¿De verdad ahora que todo va bien me voy a morir?

****

Al día siguiente estaba tan contenta y cargada de positivismo que salí al jardín y corté algunas flores para poner en un jarrón con agua en la mesa donde comía con Jonathan, en el porche. Me sentía creativa y con ganas de hacer cosas nuevas, de poner el ambiente aún más bonito para Jonathan. Él estaba leyendo un libro en su Kindle, en el jardín, bajo la sombra del nogal, que estaba próximo al estanque redondo, repleto de peces japoneses y nenúfares. Jonathan me dijo que un día le vino esa idea a la cabeza, y decidió darla forma. A mí me parecía muy original y algunas veces me sentaba en el borde y, estirando el brazo, metía mi mano en el agua fresca y acariciaba las flores flotantes, mientras los peces naranjas nadaban alrededor de mi mano, casi haciéndome cosquillas, ante la risita de Jonathan, que me observaba a pocos metros desde su silla.

Ese día hacía buen tiempo, ni calor ni frío. Tras poner las flores y colocarlas, entré a la cocina y le preparé un zumo de naranja, echando una cereza roja para darle aún mejor sabor.

Salí alegremente al jardín y fui donde estaba él concentrado en su lectura.

Al lado suyo había una hamaca. Solíamos ponernos a veces bajo el nogal, arropados con su sombra, yo sentada encima de él.

—Vaya, muchas gracias, me has leído el pensamiento. —Sonrió cogiendo el vaso alto de cristal.

—Un placer servirle, señor. —Él hizo una mueca de burla en plan «por favor, no me llames así». Bebió del vaso y yo me senté en la hamaca. La brisa era suave y se olía tanto a campo que más pareciera que estuviéramos en la montaña que cerca de la playa.

Antes de que pudiéramos decir nada más, vimos cómo a lo lejos se abría la gran verja y daba paso por el camino a un taxi amarillo. Solo podía ser Elizabeth, que había regresado de Los Ángeles. Sentí que me faltaba el aire. ¿Ya había venido? ¿Sin avisar? ¿Significaba eso que se acababa ya lo nuestro? Delante de Elizabeth seguro que no podríamos dar rienda suelta a nuestra relación. Miré a Jonathan llena de preocupación, y él, que estaba absorto mirando entrar al coche, desvió la mirada un momento y me miró a mí, borrándosele toda la alegría.

—Ya ha vuelto mi madre —dijo con voz cansada—. No me puedo creer que no nos haya avisado…

—A mí no me dijo nada… —dije, todavía confusa. El coche hizo el recorrido y paró en un lateral de la casa, donde estaba el garaje. El conductor salió y sacó del maletero tres maletas.

—¿Pero qué coño…? ¿Quién es ese tío? —Desvié la mirada al coche y vi cómo Elizabeth salía de la parte trasera con un hombre trajeado, moreno de pelo, alto y atractivo, maduro. Estaba tan confundida como él. Elizabeth pagó al conductor, que cogió el dinero, asintió en muestra de agradecimiento, y se subió al taxi para salir de

la finca. Entonces Elizabeth y su acompañante empezaron a venir hacia nosotros.

—¡Jonathan, hijo! ¿Cómo estás? —Elizabeth correteó unos pasos y fue a Jonathan directamente, dándole un gran abrazo, que él acogió con mala cara. Me di cuenta de que, astutamente, tenía las manos apoyadas sobre los brazos de la silla, ocultando que podía mover el brazo izquierdo.

No dije nada.

—Bien, mamá, ¿y tú? Veo que no vienes sola… —La voz de Jonathan había perdido toda alegría.

—Oh, sí, claro… —dijo nerviosa. Entonces me miró a mí—. Hola, Kate, perdona que no te haya dicho nada, querida, ¿cómo ha ido todo en mi ausencia?

—Muy bien, señora Hamilton, Jonathan ha estado tranquilo y hemos seguido con la terapia física. —Miré a Jonathan, que me miraba serio, y comprendí que no quería que dijera nada de su mejoría.

—Perfecto entonces —se dirigió al hombre que estaba a su lado. Me fijé en él. Sonreía amablemente y parecía pulcro y educado, pero es como si una sombra oscura se cerniera sobre él. Como si tuviese algo oscuro. Quizá fue su mirada, que no se correspondía con su sonrisa—. Os presento a Paul Weston, un gran amigo mío. Tiene negocios en Nueva York y se quedará unos días en Hamilton House. Es absurdo que se vaya a un hotel con tantas habitaciones como hay en la casa.

—Hola, Jonathan, querido, tu madre me ha hablado mucho de ti. —Se inclinó y dio un beso a Jonathan en la mejilla. Él se mostró impasible.

—Hola, bienvenido —dijo de manera seca. Yo me sentía tensa. Jonathan había cambiado por completo y me daba pena ver que había perdido todo su encanto.

—Hola a ti también, bonita —dijo educadamente, dándome otro beso en la mejilla. Un escalofrío me recorrió la espalda y vi como Jonathan le fulminaba con la mirada. ¿Celos?

—Hola, señor Weston, bienvenido. ¿Desea que le traiga alguna cosa? —Paul iba a responder, pero Jonathan intervino con carácter.

—Kate no es nuestra criada. Me ayuda en mi terapia y me prepara las comidas. Nada más. —Yo le miré, incómoda. No quería que se portara tan groseramente.

—No pasa nada, pasaremos a la casa a dejar las maletas y nos refrescaremos un poco. —Paul Weston no perdía la sonrisa, ni aún con Jonathan mostrándose tan frío y distante. Quizá es que quería ser educado y no dar cancha a Jonathan.

—Sí, tengo que enseñar a Paul su habitación… Volveremos más

tarde y hablaremos. Me alegro de ver que todo está bien. —Elizabeth fingió una sonrisa rápida y cogió a Paul del brazo. Él se despidió con un gesto de cabeza. Se fueron a casa. Entonces me volví a Jonathan.

—¿No le vas a decir a tu madre lo del brazo? ¿Y a qué ha venido esa actitud tan borde? —Él me miró con gesto serio y hastiado, como el Jonathan que conocí los primeros días en Hamilton House.

—Detesto a mi madre… Ya has visto que bien se lo monta… Yo aquí, en una silla, y ella de cachondeo en Los Ángeles con ese hombre… Qué desfachatez traerle aquí… Y no es porque me importe la memoria de mi padre, tampoco es que le eche de menos… —Noté que Jonathan volvía a meterse en su infierno particular. Ese donde se sentía triste y amargado.

—Cariño, no te pongas así —dije con voz lastimera. Me incliné sobre él y le rodeé el cuello, abrazándole. Le besé en la cara varias veces. Entonces él alzó el brazo y me lo pasó por la cintura.

—Menos mal que te tengo aquí, Kate…

—Siempre me tendrás, ya te lo dije.

—Siéntate conmigo, ponte en mis piernas.

—No, tu madre podría venir y…

—Hazlo. Por favor… Y abrázame. Te necesito… —No podía decirle que no. Me senté en su regazo y él me rodeó la cintura con su brazo bueno—. Besame. —Le miré a los ojos azules. Entonces lo hice. Le besé. Pero el beso duró más de lo que planeaba. Jonathan no me soltaba. Sus besos parecían haberse fusionado con los míos y cuando yo quería desprenderme del beso, él me besaba más y apretaba sus labios contra los míos.

—¿Se puede saber qué significa esto? —La voz de Elizabeth hizo que me desprendiera del beso de Jonathan como activada por un resorte. El corazón me latía a mil por segundo. No me había dado cuenta de que el porche estaba a escasos metros del nogal. Elizabeth debió de salir y, al vernos, vino presurosa. Jonathan se mostraba impasible. Yo volví a sentirme como en el campamento Blue Lagoon, cuando nos despertaron temprano, a voces, y nos sacaron de la tienda. Elizabeth nos miraba horrorizada, con la cara desencajada. Para ella era demasiado ver que la «asistenta» estaba liada con su hijo y que además este podía mover el brazo. Jonathan me rodeaba con el brazo, y tenía los labios manchados de mi carmín rosa. Miraba a su madre desafiante.

—Significa que las cosas han cambiado, y tú no vas a entrometerme más en mi vida. —Su voz sonó gélida pero segura. Antes de decir nada más, Paul Weston apareció frente a nosotros. Hubiera jurado que su sonrisa estaba teñida de malicia.

Capítulo 8

El corazón me latía desbocado, pero Jonathan parecía sereno, como si la cosa no fuera con él. Yo no sabía si levantarme o seguir sentada. Me sentía paralizada de vergüenza. Elizabeth nos miraba con asombro, rabia y confusión.

—Levántate ahora mismo del regazo de mi hijo —me dijo con una voz llena de rencor. Su mirada fue aún peor. Hice ademán de levantarme, pero Jonathan me pasó el brazo por la cintura y me apretó contra él.

—Tú te quedas aquí… —dijo con voz firme, clavándome su mirada azul. Le miré asustada.

—Jonathan por favor… —le rogué. No quería poner las cosas más tensas.

—¡He dicho que te levantes de ahí, descarada! —me gritó. Entonces Elizabeth se abalanzó sobre mí. No sé ni cómo ocurrió. Me agarró del brazo y tiró. Jonathan me tenía agarrada fuertemente de la cintura y también tiraba de mí. Paul no intervino en ese momento, se quedó a un lado, mirando, absorto. Me levanté, quitando la mano de Jonathan de mi cintura. Le abrí los dedos a la fuerza y le quité la mano. Pero al levantarme, Elizabeth no me soltó el brazo. Me lo tenía agarrado con fuerza, como si su mano fuera una pinza de metal que me había enganchado el brazo. Quise soltarme y forcejeé, pero ella me lo apretó más y me zarandeo—. ¿Quién te crees que eres para poner a mi hijo en contra mía? ¿Así es como cuidabas de él? ¿No te da vergüenza liarte con una persona en estas condiciones, a la que se supone que tienes que cuidar, no seducir?

—¡Madre, basta! —gritó Jonathan.

—Eso no ha sido así, señora Hamilton, ¡deje que se lo explique!

—¡Cállate! ¡No quiero oír nada! ¡Estás despedida! ¿Me oyes? —Entonces me retorció el brazo. Yo grité y me giré para zafarme de ella, pero un dolor me atravesó el brazo como un rayo. Grité. Noté como si algo se me hubiera desencajado en el hombro.

—¡Elizabeth, por favor, para! —gritó Paul.

—¡Madre, apártate inmediatamente de Kate! —Jonathan avanzó con la silla, llegó a su madre y la fulminó con la mirada. Ella se quedó quieta y le miró confusa. Yo me aparté a varios metros de Elizabeth y me puse al lado de Jonathan. Le miré entre asustada y enfadada. El brazo me dolía, pero el hombro parecía como si tuviera una pieza descolocada. Lo notaba raro. Doblé el brazo sobre mi pecho y me lo toqué con la mano del otro brazo. No noté bultos ni nada raro. Jonathan se volvió y me miró preocupado—. ¿Kate, estás bien? —Yo asentí para quitarle importancia.

—¿Pero qué se supone que ha pasado aquí en mi ausencia? —gritó

indignada. Ahora se dirigía solo a Jonathan—. Ahora mueves el brazo, ¡y nadie me ha avisado de nada! ¿Para qué contraté a ésta chica, Jonathan?

—Madre, no te atrevas a dirigir mi maldita vida —dijo apretando los dientes e impregnando sus palabras de rencor—. Tú te has traído aquí a tu amigo y yo no he dicho nada, y te recuerdo que esta casa es mía. Yo decido quién entra y quién sale y Kate no se va a marchar. Si me haces elegir, no dudes que tú te irás. Kate me ha estado ayudando muchísimo. He recuperado la movilidad del brazo y fue gracias a ella y a ese aparato de corrientes. Yo pedí a Kate que no te dijera nada, así que no te atrevas a culparle de nada. Al fin y al cabo, trabaja para mí y yo decido qué hace o qué cuenta. Queríamos decírtelo cuando volvieras. Una noticia así es demasiado buena para contarla por teléfono. Yo no tengo la culpa de que tú no estuvieras aquí. —Elizabeth tragó saliva frente al ataque—. Ahora ya lo sabes. Y si todo va bien, Peter me operará para marzo. Kate ha sido mi apoyo todo este tiempo y entre nosotros ha surgido algo. No creo que tengas que decir nada al respecto. Soy mayor de edad y yo decido. Y eso es todo lo que tienes que saber.

—Jonathan, me alegro mucho de tu recuperación, hijo, pero no puedo aprobar esta conducta. Esta chica fue contratada para cuidar de ti, no para que tuvierais una relación. Eso no es apropiado, en tu condición…

—¿Perdón? —Jonathan exclamó dolido y airado. Paul parecía avergonzado de haber oído esas palabras—. ¿Me consideras un lisiado sin derecho a vivir? ¿Pero qué te crees que soy, un vegetal? ¿Pero qué clase de monstruo eres? Ahora entiendo por qué papá nunca te mostró ni el más mínimo afecto, ¿crees que no me di cuenta? —Elizabeth le abofeteó. Yo grité y me coloqué justo al lado de Jonathan, apoyando mis manos en sus hombros. Paul avanzó hacia Elizabeth y le cogió de los hombros.

—Tú no tienes idea de nada, ingrato. —La voz de Elizabeth tembló y ella empezó a llorar.

—Será mejor que nos calmemos todos. No hay necesidad de esto… Elizabeth, no te pongas así. Catherine me parece una chica educada y bonita, y si a Jonathan le ha ayudado, no deberías cuestionarte nada. Creo que ha beneficiado a tu hijo, y una madre quiere el bien para su hijo. Sé que no te lo esperabas, pero no es tan malo… De hecho, es una buena noticia ver a tu hijo tan animado y recuperado. —La voz de Paul sonaba convincente, amable y tranquilizadora.

—Pero me han ocultado todo, como si yo no tuviera nada qué ver. —Protestó lagrimosa.

—Lo sé, pero fue, como dijo Jonathan, para darte una sorpresa al venir. Seguro que lo hicieron con la mejor intención. Y un avance así

es digno de celebración. Deberíamos todos comer luego en este precioso jardín y brindar por la recuperación de Jonathan y por Kate, que solo ha traído felicidad y prosperidad cuando solo había desesperanza y tristeza. —Elizabeth pareció calmarse. Miró al suelo avergonzada, entre confundida, triste y atormentada.

—Creo que necesito acostarme, estoy algo mareada…

—Claro, te acompaño dentro, vamos querida. —La cogió amorosamente de los hombros, rodeándola con un brazo, y miró a Jonathan antes de girarse—. Jonathan, Kate, ¿estáis bien?

—Sí —respondí.

—Sí, no pasa nada —contestó Jonathan un poco menos áspero con Paul. Quizá el hecho de que calmara el ambiente relajó a Jonathan.

—Bien, luego os veo. —Paul se llevó a Elizabeth dentro de la casa. Jonathan se giró y me miró.

—¿Te ha hecho daño? —Negué con la cabeza y le acaricié la cara

—¿Y a ti?

—Por favor… —dijo con sorna. Yo sonreí y después, él también—. No parece mal tipo… Tiene más cabeza que mi madre… Quizá le he juzgado mal… —Yo no sabía qué contestar. Por un lado, parecía amable y pacificador, pero había algo en él que me hacía desconfiar. Aun con todo, no quise decir nada a Jonathan hasta no ver algo más sólido que me confirmara mis sospechas, y tampoco quería preocupar más a Jonathan y añadir más tensión al ambiente.

—Sí, la verdad que ha sido amable al meterse por medio y calmar la cosa… Quizá podamos hablar más calmadamente más tarde. Tampoco quiero que te lleves así con tu madre, Jonathan…

—Ni yo… Pero me saca de mis casillas. No conecto con ella, de verdad. Chocamos siempre. Es mi madre, pero no la siento como tal… Desde que me separó de Melissa y fue tan fría con mis lágrimas y dolor, creo que me distancié de ella cada vez más. Después, al irse a Los Ángeles, la cosa se enfrió aún más, y creo que ya no queda nada… —Su voz sonaba triste—. De pequeño estuve bien, pero tras los dieciséis años, todo cambió. En el momento más duro de mi vida, me dejó emocionalmente solo. Creo que eso hirió de muerte la relación, y con los años no ha mejorado.

—¿Tu momento más duro no fue el accidente? —pregunté

—Sí, pero creo que lo de Melissa me afectó más, aunque parezca mentira. Con ella hubiera sido feliz hasta estando en esta silla. Y no es que mi madre se volcara emocionalmente en mí cuando lo del accidente. Se ocupó de mí, vino a vivir aquí, sí, pero realmente no estaba. La notaba que no estaba por la labor de aguantar mis malas caras y mi tristeza. Es decir, físicamente estaba, pero emocionalmente no. No me apoyaba ni me daba el cariño que necesitaba. Mi padre tampoco fue mejor, de hecho siempre le noté con cierta distancia, y a

veces me miraba como si pensara algo que yo no acababa de comprender. Me aleccionó bien con los negocios y me dio una buena educación, pero eso no es tener amor y apoyo, pilares básicos. Supongo que por eso me volví tan cabrón… Hasta que apareciste tú… y aun así, creo que sigo siendo un cabrón…

—Jonathan —dije dulcemente. Me incliné y le abracé el cuello, pegando mi cara a la suya—. No seas tan duro contigo mismo. Pasaste demasiado, cielo… —Le besé la mejilla. Él sonrió y con su brazo bueno, alzándolo, me acarició la cabeza con la mano.

—¿Dónde has estado toda mi vida? Contigo a mi lado todo habría sido más fácil…

—Pues ya estoy aquí —Le volví a abrazar. Sentí que cada vez estábamos más unidos y eso me llenó de fuerza. Quizá, incluso, una mala situación podía desembocar en algo bueno.

****

A medida que pasaron las horas, el hombro no mejoró. No había dicho nada a nadie por no crear más problemas y hacerme la víctima. Además, no quería que Jonathan y Elizabeth tensaran más la cuerda. Paul me ayudó a preparar la comida, lo cual le agradecí. Elizabeth dormía en su habitación de la segunda planta, cansada por el viaje y tras sufrir una migraña por la pelea con Jonathan.

Paul parecía un tipo afable, campechano, y positivo, pero había algo en él que me hacía desconfiar. Quizá sus ojos oscuros, que parecían ocultar muchas cosas, o su sonrisa, que no terminaba de ser sincera.

Allí en la cocina, con vaqueros y una camisa roja de Ralph Lauren, cortando tomates para la ensalada, parecía un hombre agradable y en quién se podía confiar.

Jonathan esperaba en el salón para que nos sentáramos a comer. Había empezado a refrescar más y el sol tan pronto salía como se ocultaba entre algunas nubes, así que creímos más prudente comer dentro de casa. Si Jonathan se resfriaba, se ponía dos veces más enfermo que una persona normal, y si cogía una neumonía, podía morirse. No quería arriesgarme.

Había preparado ensalada de patata, con tomate, jamón york, lechuga y espárragos. Adicionalmente, unos filetes de solomillo y un consomé de ternera.

Paul me ayudó a poner la mesa, lo cual le agradecí, porque al coger la jarra de agua sentí que el hombro me tiraba y tuve que volver a dejar la jarra sobre la encimera de la cocina.

Paul entraba en ese momento.

—¿Estás bien, Kate? —Me miró algo preocupado.

—Sí, sí, ¿puedes llevar la jarra por favor? Tengo que echar las

salsas a los filetes y llevar el pastel.

—¿Has hecho un pastel de galleta, nata y chocolate?

—Sí, así es. —Sonreí un poco—. Es el favorito de Jonathan.

—Vaya, qué suerte tiene contigo —dijo amablemente—. No querrá dejarte escapar, supongo…

—Pues espero que no quiera… —dije tímidamente. Él no contestó, apretó los labios en una sonrisa que no entendí. Cogió la jarra y la llevó al salón. Su sonrisa, entre forzada y contenida, me dejó intranquila. Y también esa manera de irse. ¿Es que había algo de Jonathan que yo no sabía?

Llevé a la mesa el pastel y los filetes. Jonathan parecía algo más relajado con Paul.

—No te preocupes, seguro que cuando Liz se levante estará más tranquila —dijo dando un sorbo a su copa, llena de vino rosado—. Ya he hablado con ella y se ha calmado bastante. Lamento que fuera tan ofensiva con Kate y contigo. No apruebo para nada su conducta.

—Gracias por tu comprensión, Paul… Siento haberte recibido tan hoscamente…

—No pasa nada. —Sonrió—. Por cierto, ¿sigues llevando los negocios o tienes un ayuda de cámara?

—Yo llevo lo que puedo por Internet y el ordenador, pero sí, sigo al mando. También tengo algún socio de confianza que me gestiona otros asuntos que yo no puedo atender por mi condición… Aunque espero estar pronto al mando otra vez. Con suerte, me van a operar dentro de poco. Espero que salga bien y que funcione conmigo…

—Claro que va a funcionar. —Puse mi mano sobre la de Jonathan, que reposaba en el brazo de la silla. Su mano no se movía, así que cuando se la acaricié, no me devolvió el gesto. Por suerte, podía comer con la otra mano, ya no necesitaba que yo le ayudara, salvo a cortar el filete. Él se volvió y me sonrió.

—Te deseo mucha suerte, Jonathan, estoy seguro de que lo vas a conseguir, y si puedo ayudarte en algo, lo haría encantado. —Jonathan se volvió a Paul.

—Gracias Paul, por cierto, ¿qué te trae a Nueva York? —Jonathan parecía más abierto a Paul, pero aún tenía ciertas reservas. No le había confiado sus negocios y cambió de tema enseguida. Sin embargo a mí me había dado más detalles de algunas gestiones, y eso que yo no entendía de inversiones y compra de empresas.

—Negocios, lo de siempre. —Sonrió—. Acompañé a tu madre esta vez porque justo tenía que venir a Nueva York este mes, así que aproveché que venía a la ciudad para ya de paso conocerte. Elizabeth me ha hablado de ti muchas veces y siempre decía lo trabajador e inteligente que eres. Como hombre de negocios que soy, me interesa conocer gente de mi rama. Además, me dejaste impresionado cuando

hace años salió en las noticias que te hiciste de oro al invertir en Danson, la empresa que llevaba fundada más de cuarenta años hasta que entró Joss y lo arruinó todo. —Estas últimas palabras las dijo con cierta sorna, como si se riera de la desgracia, y en ese momento me pareció ver algo de esa oscuridad que yo estaba segura que tenía.

—Sí, esa fue una buena jugada. Vi un negocio muy lucrativo, tenía los fondos y decidí apostar, aunque a veces se pierde y otras se gana… Pero debo decir que, de momento, todos mis negocios van bien. Gracias a que Internet y la tecnología están en alza en estos tiempos, se puede hacer mucho trabajo desde casa. Aunque, lógicamente, llega a cansar. Echo de menos asistir a reuniones, ir a comer a restaurantes… tener movimiento… Desde lo del accidente vivo como una planta, aquí parado…

—Bueno, no creo que sea del todo así. Con Kate has hecho un avance muy sustancioso. ¡Mover el brazo! Reconozco que me quedé perplejo al verte… ¡Casi pensé que ibas a levantarte de la silla incluso! —Exclamó sonriendo.

—No, por desgracia los avances no han llegado a tanto… Aunque el que pueda mover otra parte de mi cuerpo, sin duda, ha sido un gran paso. Sin Kate, no hubiera sido posible. —Giró la cabeza y me sonrió. Yo le guiñé un ojo.

—Me alegro mucho, de verdad. —Sonrió afablemente—. Entonces, ¿sois pareja? —Yo me quedé parada en seco. Era una buena pregunta, pero sentía que era mejor que Jonathan contestara. Por suerte, lo hizo.

—Sí, llevamos muy poco tiempo, apenas dos meses, desde que Kate está aquí, pero ha surgido algo muy fuerte entre nosotros. Hay mucho amor, cariño, admiración y respeto. Kate es, sin duda, extraordinaria, muy cercana, paciente y cariñosa.

—Y también muy hermosa —dijo Paul con un tono seductor.

—Sí, por supuesto. —Sonrió Jonathan—. Es preciosa —dijo mirándome embelesado.

—Bueno… gracias. —Sonreí tímidamente.

—Por cierto, he traído una caja con varias botellas de vino español. De las mejores cepas del sur. Sangre de toro lo llaman. Es un presente para ti, Jonathan. Creo que en las comidas dará un toque especial de sabor.

—Ah, muchas gracias Paul. Estaré encantado de descorchar una botella y probar ese vino.

—He bajado la caja al sótano, a la bodega. Luego subiré una botella. Por cierto, me gustaría brindar. —Alzó la copa de vino—. Por vuestra relación, para que siga floreciendo y dando dulces frutos, y para que la operación sea todo un éxito.

—Sin duda brindaré por todo eso. —Jonathan alzó la copa y yo también hice lo mismo. El problema fue que, al levantar el brazo, el

hombro me crujió y un latigazo de dolor me atravesó el brazo entero. Grité y solté la copa, que cayó a la mesa, rompiéndose en varios trozos y empapando el mantel blanco de color sangre. Jonathan y Paul me miraron perplejos.

—¡Kate!, ¿estás bien? ¿Qué te ocurre? —exclamó Jonathan, preocupado.

—No es nada, tranquilo, es que me ha dado un calambre en el brazo, no pasa nada, estoy bien. —Sonreí, pero Jonathan seguía mirándome preocupado.

—Eso ha sido por el forcejeo con mi madre —dijo con un tono de voz duro—. Te ha hecho daño, ¿verdad?

—¡Que no, de verdad! Jonathan, estoy bien.

—¿Pero cómo vas a estar bien si dices que te ha dado un calambre? Y se te nota en la cara que te duele… —me dijo con cierto aire de enfado.

—Chicos, si me permitís… ¿Puedo examinarte el brazo, Kate? —Yo le miré dubitativa.

—¿Eres médico, Paul? —preguntó Jonathan, que había vuelto a destilar acidez en sus palabras.

—Estudié algo de fisioterapia. Creo que con esto puedo defenderme. ¿Me permites, Kate? Ven aquí… —Paul se levantó de la mesa, y yo hice lo mismo. Me cogió suavemente del brazo bueno e hizo que me sentara en el sofá blanco de tres plazas, a escasos metros de la mesa donde comíamos. Jonathan dirigió la silla hasta el sofá. Nos sentamos—. A ver, déjame que te eche un vistazo. Si te duele, dímelo ¿vale? —Asentí con cierto temor.

—Paul, déjalo, sería mejor que llamáramos a un médico. Coge mi agenda.

—Por favor, Jonathan, dame unos minutos. —Pidió Paul con cierta brusquedad. Cogió mi brazo y lo estiró sobre su regazo. Me sujetaba la muñeca delicadamente con una mano y con la otra, y los dedos índice y pulgar en pinza, empezó a presionarlos sobre mi brazo, haciendo un recorrido de abajo a arriba desde la muñeca hasta el hombro. En el hombro gemí de dolor cuando presionó sus dedos sobre él. Entonces, con la mano completa, hizo unos movimientos en círculo sobre el hombro, con la palma apoyada en él y ayudándose con los dedos, como si exprimiera un limón en el exprimidor. Gemí de dolor de nuevo y me aparté ligeramente de él. No quería que me tocara más si iba a dolerme tanto.

—Ya basta, Paul, le haces daño —dijo Jonathan en tono severo—. ¿Qué ha pasado?

—Tiene el hombro desencajado… Lamento decir que fue cuando Elizabeth y Kate forcejearon…

—¡Mierda, lo sabía! —Jonathan tensó la mandíbula. Ardía de

enfado. Yo le miré con gesto temeroso—. ¡Maldita sea! Tenemos que llevarla al hospital.

—No, esto puedo arreglarlo yo. No es una rotura. Puedo encajarlo de nuevo en un segundo, pero va a doler… Puedo hacerlo, de verdad. No me metería en algo así si no supiera lo que hago. —Jonathan pareció pensárselo por un momento. Miró a Paul y después a mí.

—Kate, tú decides —me dijo Jonathan seriamente. No tuve ni que pensármelo.

—Vale, hazlo Paul, confío en ti… —dije, mirándole con el miedo reflejado en mi rostro. Me daba miedo el dolor.

—Bien, será rápido, pero te va a doler mucho… Después, te daré unos calmantes y te pondré calor sobre la zona con una almohada térmica. Mañana estarás bien otra vez. ¿Preparada?

—¡Espera! —Jonathan exclamó. Le miré y vi cómo se aproximaba a mí con la silla. Alargó el brazo y me tendió la mano—. Cógeme de la mano y aprieta fuerte cuando te duela. —Sonreí y le cogí de la mano, suave y caliente. Él me apretó para inspirarme fuerza—. Adelante, Paul. —Paul apoyó la palma de su mano en mi hombro y con la otra mano me cogió del brazo a la altura del codo.

—¿Preparada? Cuando diga tres… Respira hondo y al llegar a tres, suelta el aire —yo asentí—. Uno… dos… ¡tres! —Paul apretó la palma de la mano sobre mi hombro ,ejerciendo presión hacia abajo, como si quisiera hundirlo y meterlo dentro de mi cuerpo. Se oyó un crujido. Yo grité de dolor y apreté tanto la mano de Jonathan que bien podría haberle partido los dedos. Entonces caí de espaldas sobre el respaldo del sofá, cerré los ojos y la cabeza se me cayó también hacia atrás, en el cabecero del sofá. Estaba hecha polvo. Noté que Paul me examinaba de nuevo el hombro, tocándolo y hundiendo los dedos, y para mi sorpresa, ya no lo notaba agarrotado ni como si tuviera una protuberancia en su interior.

—Kate, ¿cómo estás? —Jonathan estaba preocupado. Abrí y los ojos y le miré, cansada. Él me miraba angustiado.

—Mejor, mucho mejor… Perdona por el apretón de manos…

—No pasa nada cielo, lo importante es que tú estés bien. —Jonathan alzó mi brazo y me besó la mano, puesto que él no podía inclinarse del todo debido a su parálisis.

—Ya está colocado, Kate —dijo Paul con voz afable—. Voy a traerte un calmante y la almohada de calor. Deberías subir a acostarte un poco, querida… Puedes subir a tu habitación, ahora te subo todo. Yo atenderé a Jonathan.

—Sí, no te preocupes por mí, estaré bien. Tú descansa. Subiré a verte después —me dijo Jonathan dulcemente. Me levanté del sofá, me incliné y le besé en los labios.

—De acuerdo. —Volví a besarle.

—Descansa, cielo. —Le guiñé un ojo y crucé el salón, subí las escaleras y me fui derecha a mi habitación. Estaba muerta de cansancio. Me tumbé en la cama y me dormí antes de que viniera Paul.

****

Cuando me desperté estaba cubierta de cintura para abajo con una manta de seda china color blanco. Tenía en la mesilla un vaso de agua con una píldora sobre una servilleta blanca, pulcramente doblada en forma de cuadrado, y la almohada térmica reposaba en mi hombro, desprendiendo calor. Paul había sabido cuidarme, aunque yo hubiera preferido que hubiese sido Jonathan.

Me moví un poco, y al mover un poco el brazo comprobé que el dolor había remitido bastante. Me quité la almohada térmica y apagué el mando que llevaba incorporado al cable. Había descansado bastante bien. Miré el reloj de la mesita y eran las siete de la tarde. Había dormido unas tres horas, y eso sin calmante.

Tenía la boca seca, así que di un buen trago del vaso de agua y me tomé el calmante.

Me fijé en que la puerta de mi habitación estaba entreabierta, y pude oír a lo lejos unas voces de hombre y mujer.

Me levanté sigilosamente y me aproximé a la puerta. Miré al vestíbulo en forma de círculo, bordeado de habitaciones, y una de ellas estaba con la puerta abierta. Era la de Elizabeth. Decidí salir y avancé unos pasos hasta poder escuchar bien.

—¡Casi le rompes el brazo! Paul tuvo que recolocarle el hombro a Kate. Quiero que te disculpes con ella, madre. —La voz de Jonathan sonaba dura y acusadora.

—¡Yo no pretendía tal cosa! Pero entiéndeme tú a mí por una vez. Dejé a esa chica para que cuidara de ti, y vengo y la encuentro sobre tu regazo, besándote y dejándote los labios llenos de carmín, por Dios… ¡Como una vulgar fulana!

—Te pido por favor que no hables así de Kate. No es ninguna fulana. —Las voces de Jonathan y Elizabeth sonaban casi en susurros. Estaba claro que no querían que les oyeran, y asumía que Paul no estaba ahí. Solo esperaba que no subiera y me pillara allí cotilleando.

—¡Pero si el comportamiento que ha tenido es de una fulana a todas luces! Seguramente quiere tu fortuna. Que le dejes todo a ella y luego gastárselo con otro…

—¿Pero cómo puedes ser tan retorcida, madre? De verdad que me avergüenzo de tus palabras… De que pienses cosas tan horribles… Kate es una persona maravillosa. Si la conocieras un poco, no hablarías esas enormidades sobre ella.

—No me hace falta conocerla, es igual que todas…

—¿Qué todas? ¿Te refieres a todas esas vulgares materialistas con ropa de Chanel que querías para mí? ¿Prefieres eso para mí?

—Son chicas de bien, con posición… Tú no eres un obrero, eres un millonario, un empresario de prestigio con una imagen que proteger. ¿Con quién pensabas casarte?

—Madre, no estamos en 1800. Me casaré con quién me dé la gana. Te guste o no. Me jodiste lo de Melissa y he arrastrado ese dolor toda mi puñetera vida, pero te aseguro que esto no me lo vas a joder. No dejaré que te interpongas entre Kate y yo. Bastante lo hiciste ya con Melissa.

—¡Otra vez Melissa! ¿Cuándo vas a dejar de recordarme aquello? Han pasado doce años, ¿cuándo vas a olvidarlo? —exclamó Elizabeth, disgustada.

—¡No tengo intención de olvidarlo! —exclamó Jonathan, airado—. ¡Yo quería a aquella chica! Era buena y me salvó la vida. Solo por eso deberías haberla aceptado. Podría haber muerto ahogado y ella fue la única que tuvo pelotas de tirarse al agua y sacarme de la muerte. Nunca lo olvidaré porque la sigo queriendo, aunque solo la viera una vez en mi vida y aunque hayan pasado doce años, y porque me partiste el corazón al separarme de ella. Fuiste una madre cruel, ignoraste mi dolor, mis lágrimas… Me convertí en un ricachón triunfador, pero como hombre era repugnante, y eso os dio igual a padre y a ti. Solo veíais a un hijo triunfador y guapo, os daba igual cómo estuviera por dentro. ¿Y sabes qué más? En todas las chicas que usé intentaba encontrar rasgos de Melissa, ¡¡y me las follaba pensando en ella!!

—¡Jonathan! —exclamó su madre escandalizada—. No quiero oír más estupideces…

—Pues las vas a oír… ¡Sí! Buscaba que tuvieran ojos verdes, pelo largo, labios carnosos, sonrisa dulce… Incluso Shannon me pareció que se parecía a ella por la manera de tratarme. Pero resultó ser un fiasco. Otra típica *newyorker* materialista y fascinada por el lujo, al fin y al cabo. Pero Kate no es así. Lleva aquí casi dos meses y no se emborracha de este lujo. Disfruta más de un picnic en el campo y una suave brisa que de coger el Mercedes y pasearse por la zona para presumir. Esta chica sí es de verdad. Sé que no me engañaría ni se aprovecharía de mí.

—Pues espero que no te decepcione, entonces.

—No lo hará, confío en ella. Y quiero dejar esta conversación, me está doliendo la cabeza. Pero no pienso repetirlo, y mucho menos voy a decir nada delante de ella. No quiero escenas ni situaciones incómodas. Trata a Kate con educación. No te pido que la quieras si no te apetece, pero trátala con respeto y educación. Hazlo al menos por Paul, tu invitado… No te pongas más en evidencia delante de él…

—No metas a Paul en esto, Jonathan, él no…

—¡Él nos apoya, madre! —exclamó Jonathan—. Arregló el brazo de Kate, brindamos por nuestra relación y trata a Kate con educación y amabilidad. Ya solo por eso me cae bien… —Decidí marcharme. Ya había oído bastante y me sentía saturada de emociones.

Bajé las escaleras, crucé el vestíbulo y salí al jardín. Ya era de noche. Las farolas estaban encendidas, iluminando la finca y los árboles, y la brisa soplaba. Me senté en los escalones del porche. Me abracé y cerré los ojos, respirando aire fresco. Quería contarle a Jonathan que yo era Melissa. Que no me había perdido. Que Daniel era su hijo… Pero ahora, con Elizabeth en casa, la situación era cuanto menos, inconveniente.

Había estado tentada de contárselo muchas veces antes de la operación, pero siempre seguía callando porque pensaba que no era el momento. Me preocupaba que Jonathan reaccionara mal a esa mentira y pasara del amor al odio. Que se desencantara conmigo igual que con esa Shannon. Estaba realmente agobiada. Entonces sentí una mano en mi hombro. Di un leve respingo y miré hacia atrás. Era Paul.

—Hola, Kate, lo siento, ¿te he asustado, querida?

—Hola, no, no… Es que estaba aquí sola y no esperaba a nadie. —Sonreí torpemente. Él se sentó a mi lado. Le miré. Era un hombre atractivo, con pelo moreno y frondoso, rasgos bonitos, varonil, alto y fuerte. Si hubiera sido él quien hubiera forcejeado conmigo, de seguro que me habría roto el brazo.

—¿Qué tal el brazo? —me preguntó jovialmente.

—Oh, mucho mejor, ya no me duele apenas… Gracias por los cuidados, Paul.

—De nada, guapa. —Sonrió y después miró al horizonte—. Se está tranquilo aquí. El olor a campo, esta brisa… Hasta llega olor salino del mar si afinas mucho el olfato —dijo como en una ensoñación.

—Sí, se está a gusto. —Me sentía incómoda con Paul a mi lado, sentado tan cerca que su brazo estaba prácticamente pegado al mío. Quise echarme a un lado un poco, pero habría resultado feo.

—¿Sabes cuánto tiempo vas a quedarte en Hamilton House? —Le miré un tanto extrañada por la pregunta.

—Bueno, pues de momento indefinidamente… Jonathan necesitará cuidados durante el resto de año, me imagino. Y si estamos en relaciones, supongo que más allá de este año… Si todo va bien…

—Claro. —Sonrió—. Seguro que todo sale muy bien. He notado que te quiere mucho… Aunque Elizabeth no te acepte, él no dejará que te vayas… Ni aun faltando ella… Creo que nunca te echará de aquí… A no ser que le hicieras algo realmente malo, como traicionarle… —Su voz parecía más oscura y empecé a asustarme—. Hablé con él sobre muchos temas esta tarde, y dice que no perdona la

mentira. Pero a ti se te ve sincera y buena, así que no hay de qué preocuparse, ¿no? —Me sonrió. Se me heló la sangre. ¿Es que me había leído la mente? ¿Sabía algo de mi vida?

—¿Por qué me dices eso? —le pregunté un tanto preocupada.

—Por nada, es solo que creí que debías saber cómo es Jonathan… No sé si te habrá hablado de eso, pero me dijo que odia la mentira, la falsedad. Está bien conocer a tu pareja más a fondo, ¿no crees?

—Sí, claro… Bueno, no es nada revelador… Supongo que a nadie le gusta que le engañen y mientan, es normal…

—Sí, aunque el mundo está lleno de mentira. Todos mentimos un poco en nuestras vidas. Creo realmente que nadie conoce a nadie… ¿Nos metemos dentro? Está refrescando bastante, creo que esta noche va a llover. —Se levantó y me tendió la mano. Yo le miré con cierto temor. Su sonrisa era falsa. Su imagen de hombre campechano y amable. Me lo había dejado claro con sus palabras. Era como si me hubiese avisado de algo, pero, ¿de qué?

Me levanté por mí misma, ignorando su mano.

—Sí, entremos, creo que hace más frío que hace unos minutos, no sé por qué… Quizá sea el diablo, que ha pasado volando, como dicen… —Paul emitió una risilla jovial y se encaminó a la entrada.

Desde ese momento mi confianza en él cayó por completo.

****

Por la noche, Elizabeth, Paul, yo y Jonathan cenamos en el salón. Fuera llovía, el aire estaba más fresco y parecía que el buen tiempo se había acabado con la llegada de Elizabeth y la tensión añadida.

Elizabeth me había pedido disculpas por lo del brazo. Era educada, pero distante, y yo me sentía incómoda con ella y Paul, al que veía un lado oscuro.

Jonathan estaba a mi lado, ajeno a todos mis pensamientos y preocupaciones. Me hablaba y estaba pendiente de mí constantemente, lo que ayudaba a rebajar la tensión y a que no me sintiera especialmente sola y fuera de lugar…

Aun con todo, no me sentía cómoda en ese entorno donde no me sentía aceptada. Paul no me había tratado mal, pero sus palabras en el porche me habían dado que pensar. Parecía que quisiera ponerme nerviosa, pero era imposible que supiera de mi secreto, ya que no me conocía de nada.

Y Elizabeth, claramente, no me aceptaba por haberme liado con su hijo. Aunque creo que tenía más que ver con que yo no fuera una chica rica.

Durante la cena pasó algo que despertó aún más las alarmas en mi interior.

Paul había subido de la bodega una botella de vino de sangre de

toro español. Solo había traído seis botellas, que estaban dentro de una caja de madera. La descorchó él mismo, y llenó hasta la mitad la copa de Jonathan.

—Bueno, lamento decir que este vino es exclusivo para Jonathan. No traje muchas botellas y quisiera compartirlo solo con él, ya que dicen que este vino tiene propiedades sobre la salud. Da vigor, aumenta las defensas y es un potenciador de salud. Lo toman algunos enfermos, aunque de posibles, claro… Y el truco: beberlo en la cena antes de acostarse. —Hablaba siempre con una sonrisa, y alegremente, pero yo no me lo creía—. Si me permiten, damas, solo será de uso exclusivo para Jonathan. —Paul tendió la copa a Jonathan con una sonrisa, y él la cogió y bebió un largo sorbo.

—Por mí no hay problema, tengo gastritis y Dios sabe que el vino por la noche me pondría realmente indispuesta —dijo Elizabeth tranquilamente, cortando un trozo de filete. Yo no me fiaba de aquello. ¿Cómo que un vino solo para Jonathan? Quizá estaba paranoica… O no.

****

Aquella noche, Paul fue quién acostó a Jonathan, ya que yo aún tenía el brazo delicado y había sido un día muy intenso. Cuando Elizabeth y Paul se acostaron, me metí en la habitación de Jonathan. Las luces estaban apagadas, pero en su habitación entraban algunas luces de las farolas, pues algunas se quedaban encendidas por la noche para que la finca no estuviera completamente a oscuras. Él aún estaba despierto. Como había refrescado, me había puesto una bata blanca encima de mi camisón largo. Cerré la puerta con sigilo y le saludé casi en un susurro.

—Kate, cariño, te estaba esperando. Ven aquí —me dijo dulcemente. Yo me sentía muy sensible. Casi corrí a la cama y me lancé a su cuerpo, apoyando mi cabeza en su pecho y rodeándole parte de la cintura. Olí el perfume de Chanel de su camiseta interior y el after shave de aroma marino. Cerré los ojos y aspirando su olor, me sentí más tranquila.

Él sonrió y me abrazó, pasándome el brazo izquierdo por la espalda y acariciándome el pelo.

Jonathan no estaba completamente en posición horizontal. Aún tumbado, tenía un almohadón que le levantaba un poco desde la cabeza hasta mitad del pecho. Así respiraba mejor.

En ese momento quise que solo fuéramos él y yo. Otra vez solos en Hamilton House. Sin Elizabeth ni Paul. Suspiré y ahogué un sollozo. Tenía muchas ganas de llorar y Jonathan, que no era tonto ni se le escapaba una, debió de notarlo.

—Kate, ¿qué ocurre, nena? —Me acarició la cabeza con tanta dulzura

que no pude

más. Me eché a llorar de golpe. La tensión acumulada de todo el día tenía que salir por algún sitio. No me corté en sollozar y pronto tuve la cara llena de lágrimas—. ¡Kate! Cariño, ¿qué te ocurre? Háblame por favor. —Me incorporé del pecho de Jonathan y me quedé sentada a su lado. Le cogí de su mano buena y la estreché contra las mías. Necesitaba su calor y su apoyo.

—Es que estoy sobrepasada, Jonathan… Lo siento, no quería ponerme así. —Él me secó las lágrimas, me acarició la mejilla y yo, hipando, le cogí la mano otra vez y entrelacé mis dedos con los suyos, apoyando su mano en mi regazo. Jonathan suspiró.

—No pasa nada, cielo, es normal. Ha sido un día muy duro. Además, mi madre es así de exasperante. Yo no recuerdo haber sido feliz con ella desde hace muchos años… Cuéntame qué te preocupa. Sincérate… —Me sorbí la nariz y por un momento miré los ventanales de la terraza, a pocos metros de la cama. Las luces entraban casi de una manera romántica, dando un toque de relax incluso. Realmente no podía contarle todo, pero contar algo serviría.

—Es que tu madre no me acepta. Me duele que me ignore o que me hable poco porque es una situación muy incómoda. Hay mucha tensión y me siento tan fuera de lugar… Además, Paul me habló de una manera muy rara esta tarde en el porche. Me dijo que cuánto pensaba quedarme en Hamilton House y que odiabas la mentira y no sé qué más…

—Cariño, seguro que Paul no te lo dijo con ninguna mala intención. Está encantado con nuestra relación y no ha tenido más que palabras amables para ti. Me dijo que eres preciosa y que se te ve sincera y buena. Te aseguro que Paul te aprecia. De mi madre, bueno… no puedo decir lo mismo… Le ha sorprendido que estuviéramos juntos y, además, no nos llevamos bien, así que está más susceptible… Mira, haremos una cosa. Voy a hablar con ella y que se marche con Paul a un hotel. Está claro que no voy a permitir que estés sufriendo. Y yo tampoco estoy cómodo con esta situación. No voy a permitir que te trate así. La pedí educación y respeto, pero no es suficiente.

—Jonathan, yo no quiero abrir más la brecha que hay entre tu madre y tú. Echarla no es algo que quiera que hagas, aunque está claro que tenerla aquí tampoco está resultando bien… Quizá debería irme yo, pero te quiero y no puedo dejarte así sin más.

—Eso no lo digas ni en broma. Tú no te vas a ningún sitio, ¿me

oyes? —Me acarició de nuevo la cara y me clavó sus ojos azules, iluminados por la luz de luna y tan penetrantes que, en cierta manera, me intimidaron—. Además la relación con mi madre está más que muerta. Entre ella y tú, me quedo contigo. Tú me quieres de verdad, me haces feliz… Con ella no me siento así, Kate. —Le miré lastimeramente.

—Dios… Me siento estúpida por haberme puesto así y contarte todo esto…

—De eso nada, si no tenemos confianza, ¿qué nos queda? —Sentí un aguijonazo de temor—. Escucha, Paul me dijo que el viernes tiene una cena y el sábado otra. Parece ser que mi madre y él se marchan el viernes y regresan el domingo. Se quedarán en un hotel de Nueva York, creo que en el Mandarín Oriental. Volverán el domingo, pero el lunes, creo, mi madre y Paul deberían quedarse en la ciudad, o que sigan instalados en el Mandarín hasta que vuelvan a Los Ángeles. Tenemos que hacer nuestra vida, Kate. Necesitamos intimidad, tiempo… Y con mi madre en medio todo será más difícil.

—Pero es que siento que yo estoy ocasionando problemas… Que te aparto más de ella, cuando debería hacer algo para uniros. —Él sonrió y volvió a acariciarme la cara.

—Eres un encanto. Pero ni tú ni nadie puede hacer ya nada para salvar esa relación. Me gustaría decir que estoy orgulloso de mis padres. Que me siento querido, apoyado, valorado y arropado por ellos, pero no es así. No lo fue con mi padre y tampoco lo fue ni lo es con mi madre. La vida me dio malas cartas en ese sentido… Pero te tengo a ti y eres lo mejor que me ha pasado. —Me sonrió. Yo sonreí por primera vez en esa noche—. Así me gusta, que sonrías. Estás preciosa cuando lo haces. Dame un beso. —Sentí que esas palabras me excitaban. Fue su tono, su voz masculina, con una dicción perfecta, y un toque sensual. Me incliné y le besé. Él metió sus dedos en mi melena y me acarició la nuca, provocándome un dulce cosquilleo que me hizo estremecer y sonreír. Nuestro beso duró unos largos segundos, y me llenó de vida y fuerza—. Hazme un favor, abre el primer cajón de la mesita y coge lo que veas. —Le miré extrañada enarcando una ceja—. Tú hazlo.

—Vale… Espero que no sea una serpiente o alguna broma macabra. —Él se carcajeó. Me incliné sobre él, alargué el brazo y abrí el cajón. Había una cajita de plástico transparente con lo que parecían galletas pequeñas. Lo cogí y con la luz de la luna que iluminaba la cama, pude ver que se trataba de maccarons, esas galletas pequeñas rellenas de café, fresa, vainilla o chocolate—. ¡Vaya! ¿Cómo es que tenías esto aquí?

—Las trajo Alex no hace mucho. Las tengo ahí para momentos agrios… Un dulce siempre viene bien.

—¿Eres de los que cree que el chocolate es un antidepresivo? —Sonreí, más animada.

—Soy de los que creo que compartir un dulce sube mucho el ánimo. Abre la caja y saca uno. Te dejo elegir el sabor. —Miré la caja, levanté la tapa y elegí el maccaron de chocolate—. Ponlo en mi boca, pero solo hasta la mitad. La otra mitad muérdela y cométela, pero desde mi boca… —Le miré con cierta timidez y una sonrisa de picardía. Hice lo que me pidió. Le metí el maccaron en la boca y él lo mordió hasta la mitad, sujetándolo con los dientes, yo hice igual con la otra mitad que sobresalía. Nuestros labios estaban pegados el uno junto al otro. Él fue el primero en morder. Su trozo se perdió en su boca, y cuando yo iba a apartarme, me besó de nuevo, fundiéndose en mi boca el sabor de su chocolate, la galleta y su calor. En mi boca, eché mi trozo de maccaron a un lado, pegándolo a la cara interna de la mejilla, para que no me molestara. Jonathan había hecho lo mismo con su maccaron, pero su boca sabía a chocolate y azúcar. El beso fue largo. Después se apartó de mí con una sonrisilla y se comió su maccaron. Yo hice lo mismo. Lo cierto es que me sentía mucho más animada. Sonreía y se me había metido cierta excitación en el cuerpo —. ¿Te ha gustado el maccaron?

—Me ha gustado más tu beso… —Me incliné de nuevo y le volví a besar en los labios mientras hundía mis dedos en su pelo. Absorbí ese momento, me llené de su amor, y el miedo de mi corazón desapareció para dar paso a la felicidad de sentirse amada. Sus besos eran dulces, lentos, y llenos de sentimiento—. Gracias por hacerme sentir tan llena… Hace diez minutos estaba en un pozo oscuro y ahora… me siento llena de luz.

—Tú eres la luz, mi vida… Ven aquí, duérmete aquí conmigo, y no te preocupes por nada. Ya verás como todo se arregla ¿vale?

—Vale. —Le sonreí, y volví a besarle—. Te quiero… —Me recosté sobre su pecho y él me rodeó la espalda, apoyando la palma de su mano en mi hombro.

—Y yo a ti… No sabes cuánto… —Con esas palabras y el sentimiento de sentirme querida, me quedé dormida.

****

Thornton Hill. 1989

Carter no se sentía querido. Al menos por Elias, su padre. Todavía era un niño, pero, para tener ya siete años, se daba cuenta de muchas cosas pues era un niño avispado y vital.

Else le trataba con cariño, dulzura y compresión. Veía en su sobrino al hijo que ella no tenía y no dudaba en colmarle de

atenciones y caprichos.

La nueva vida en la casa de Thornton Hill tras el incendio de Thornton Mile, era tranquila, pero triste. Elias había cambiado mucho, y no porque le quedara una cojera permanente y pareciera de pronto más mayor y cansado. Su cambio consistía en que ya no era el Elias alegre, jovial y positivo de antes. Parecía tener siempre un nubarrón gris encima de la cabeza que le apagaba y ensombrecía. Y era normal. En su vida había habido un gran cambio que situaba su vida en dos partes, un antes y un después.

La idea de que tenía otro hijo en el mundo al que no podía ver le atormentaba, así como también haber perdido a Elizabeth de la noche a la mañana y quizá para siempre.

No podía arriesgarse a volver a Hamilton House y poner en peligro a Elizabeth y, quizá, a Jonathan. Ya había visto de lo que era capaz George y no quería llegar a más tragedia. Elias no tenía tantos contactos ni influencias ni poder, pero sabía que George sí, y no quería ver hasta dónde llegaban sus tentáculos. Quería que Jonathan tuviera una vida y sabía que, si se inmiscuía, George haría daño a Jonathan. Y también a Elizabeth.

Tras darle miles de vueltas, Elias comprendió que no tenía por donde atacar. George parecía haberle cortado todos los caminos, con sus amenazas y sus actos. Así que renunció, se rindió. Se dedicó a seguir con sus negocios y vivir con Else y Carter. Les quería, pero le faltaba una gran parte de su corazón, y ya no fue nunca más feliz.

Else, veía con desaprobación y disgusto que Elias parecía inhibirse de todo y todos y se recluía largas horas en su despacho con la excusa de que tenía mucho trabajo. Y aunque lo tenía, Else sabía que muchas veces Elias quería estar solo y que había empezado a abusar de las pastillas para calmar los nervios, y también, de paso, se daba buenos lingotazos de whisky o bourbon.

Carter, a veces, preguntaba a Else si papá estaba bien, y Else, que sentía que por dentro se la partía el corazón, miraba a Carter con una sonrisa, le despeinaba y le contestaba que sí, que solo es que estaba cansado de tanto trabajo.

Carter sonreía y parecía tranquilo, pero Else nunca estaba segura de los verdaderos pensamientos de su sobrino.

Un día ocurrió una tragedia en Thornton Hill. Cuando la policía llegó a casa e investigó, tras unos días, se deliberó que Elias era inocente, pero para Carter, que lo había visto todo, no se lo parecía y siempre culpó a su padre de la tragedia sucedida una aciaga tarde de noviembre, aunque se cuidó de contar la verdad, pues habría terminado en un orfanato y el Estado se hubiera quedado los bienes. Era un niño y tenía miedo, así que calló.

Una tarde de noviembre, Carter estaba en su habitación

durmiendo. Fuera llovía, hacía fresco y el ambiente estaba impregnado de un toque lúgubre que parecía pronosticar los tristes acontecimientos que iban a suceder aquel día. Elias estaba en su despacho, y Else entró en él con cierta rabia. Carter había hecho un dibujo en el colegio, de la casa de Thornton Hill, pintando a Else y Elias con él. Eran unos monigotes muy graciosos, pero a Elias no le movió nada. Dedicó a Carter una sonrisa rápida y forzada y después le ignoró. Carter había llorado en brazos de Else un rato más tarde. Ella, le había consolado y el pobre niño se había quedado exhausto y se durmió.

Else no iba a tolerar más esa actitud hacia el niño y se encaminó al despacho de Elias. Al entrar, no le sorprendió ver a Elias de pie, junto al mueble bar, sirviéndose una copa, con gesto cansado. Else apretó los dientes llena de rabia. Si su hermana Tamara viera esa situación, volvería a morirse.

—Elias. —La voz de Else sonó dura. Elias se volvió y la miró, casi indiferente. Con la copa de whisky en la mano, casi sin inmutarse.

—Else, ¿qué ocurre? —dijo con un tono de voz casi mustio. Elias estaba pasando un día de los malos.

—¿Que qué ocurre? ¡Que estoy harta de que seas un padre tan pésimo! Harta de que trates a Carter con esa frialdad y hasta pasotismo. Tu hijo te necesita, por si no te has dado cuenta, y tú no haces más que darle la espalda. Si no sabes ser un padre para él, estaré encantada de llevármelo a mi casa de Nueva Jersey y así no tendrá que crecer viendo cómo pasas de él. —Elias pareció reaccionar y abrió los ojos como platos. Dejó la copa en su escritorio, sin haber probado aún una gota de alcohol. Else estaba tensa, le miraba con cara de enfado y expectación.

—Else, creo que te estás excediendo… A Carter no le falta de nada ni le va a faltar. Aquí estará mucho mejor que contigo en Nueva Jersey. Y además, no te vas a llevar a mi hijo… —Quiso añadir algo más, pero decidió callar. Else ya lo sabía.

—Sí, bastante has tenido ya con perder a Jonathan ¿no? Siento que haya pasado eso, Elias, pero tienes otro hijo del que ocuparte, y no solo a nivel económico y de estudios. Necesita tu cariño, tu apoyo y que le demuestres todos los días que le quieres. Yo no soy bastante. Necesita también a su padre. ¡¿No ves el daño que le estás haciendo?!

—Mira Else, no te consiento ese tono. Estoy pasando por un infierno del cual no tienes ni idea. Tú no tienes hijos, no puedes entender lo que es esto. Que George me haya segado de mi vida a mi hijo y a Elizabeth es una herida que me sangra y duele a diario. Que no pueda ver crecer a mi hijo, ni que él sepa de mí es un dolor constante, un tormento. A veces siento que me voy a volver loco y quiero acabar con este sufrimiento, y quiero ir a Hamilton House y

llevarme lejos a Jonathan, y hasta matar a George, pero sé que eso lo complicaría todo. No puedo hacer nada, esa es la verdad… No sé lo que George podría hacer si me ve aparecer por Hamilton House. Pero está claro que traería consecuencias. Bastante tuve con ver a Elizabeth golpeada y maltratada… Me moriría si le hiciera algo así a Jonathan… No puedo volver a Hamilton House. Debe de tenerlo todo rastreado y vigilado. No me fío… Nunca pensé que tuviera tanta influencia… Y ni siquiera sé quién le dijo que Elizabeth y yo estábamos juntos, pero lo destruyó todo… —Else sintió un aguijonazo de miedo, pero también tuvo ganas de decir que había sido ella, para hacer daño a Elias, pues él no dudaba en hacérselo a Carter, aunque no fuera intencionadamente.

—Elias, lamento cómo te sientes, pero tienes que ocuparte de Carter a nivel emocional. Si no lo haces, crecerá con ese vacío y siempre te lo echará en cara cuando sea mayor. Antes se ha llevado un gran disgusto porque no has hecho ni caso de su dibujo… Me duele en el alma que el niño se haya dormido después de llevarse ese berrinche. Si Tamara estuviera aquí, no permitiría que a su hijo le trataran así. —Elias la fulminó con la mirada y avanzó unos pasos hacia Else.

—No vuelvas a mentar ese nombre en ésos términos… Estoy cuidando de mi hijo y tú no eres su madre, no tienes nada qué decir sobre esas cuestiones.

—No soy su madre biológicamente, pero sí soy su madre porque estoy haciendo todo lo que una madre ¡y un padre! deben hacer por un hijo. —La voz de Else sonaba airada—. Darle cariño, preocuparme por él y velar por su bienestar. Si crees que porque le des unos billetes de cien ya has cumplido, es que nunca debiste ser padre… —Elias sintió como el dolor de su corazón se intensificaba. No pudo remediarlo. Estaba saturado de dolor y las palabras de Else le habían hecho aún más daño. Casi parecía que le comparaba con George y se sintió asqueado. Abofeteó a Else. Fue una bofetada sonora y fuerte, sin ningún miramiento.

Else emitió un pequeño grito y se llevó la mano a la cara, impresionada, y en cierta manera asustada, pero también llena de ira. Cerró los ojos y contó hasta diez mentalmente para evitar empujar a Elias y patearle con los tacones de sus zapatos. La mejilla de Else empezó a arder y a producirle un cosquilleo. Le miró con cierto odio.

—Eres un canalla —dijo con una voz que parecía hielo—. Lamento que Carter tenga un padre así… —Else se dio la vuelta y salió del despacho, ante un atónito Elias, que todavía no podía creerse que hubiera pegado a una mujer. De pronto reaccionó y fue tras ella. Else había salido al amplio pasillo y se encaminaba para bajar las escaleras.

—¡Else, espera! ¡Lo siento! —exclamó. Ella se volvió hacia él.

Ambos se pararon frente a frente al pie de la escalera. Else estaba tan dolida y herida por la actitud de Elias, que decidió hacerle aún más daño. Hacerle reaccionar y sacarle de su mundo de víctima absoluta.

—¿Sabes qué, Elias? Yo fui quién se chivó a George de tu asqueroso asunto con Elizabeth. —Elias perdió el color. Se quedó boquiabierto. La voz de Else sonaba llena de triunfo y rencor—. Sí, fui yo, maldito canalla. Tu mujer, mi hermana Tamara, me hizo prometerle antes de morir que velaría por Carter y no permitiría que otro le quitara su patrimonio, su herencia por derecho. Era mi hermana y le quería, y le juré que me encargaría de que Carter fuera el único en tu vida. Tú querías apartarle y dárselo todo a ese otro maldito crío que tuviste con esa fulana rubia… —Elias intentó procesar toda esa información. El secreto de Else. El secreto de Tamara. ¿Era todo una conspiración en su vida?

—¿Qué estás diciendo? ¡¿Qué estás diciendo, Else, por Dios?! —Elias no sabía si gritar, llorar, pegarse un tiro o pegárselo a ella. Estaba sobrepasado y sentía que la cabeza le daba vueltas.

—¡La verdad! Ibas a quitarle todo a Carter, estabas obsesionado con ese crío, Jonathan, ya no hacías ni caso a Carter y con el tiempo todo empeoraría. Yo lo corté a tiempo.

—¡Estás loca! Yo nunca habría hecho eso a Carter. Si tenía otro hijo, hubiera repartido los bienes equitativamente, nunca hubiera dejado fuera a Carter por Jonathan. ¿Cómo has podido destrozarme así la vida? ¿Por qué hiciste caso a Tamara? ¡¡Estaba enferma, no sabía ni lo que decía!! —Elias empezó a alterarse.

—¡Tamara estaba bien cuerda cuando me lo dijo! Y tenía razón, yo misma he visto como con la llegada de Jonathan, Carter pasaba a un segundo plano.

—¡Estaba ilusionado con la llegada de un nuevo hijo, como cualquier padre! —bramó a punto de echarse a llorar—. ¡Eso no significaba que fuera a dar de lado a Carter! Dios mío, eres una serpiente, una bruja de la peor calaña. Recoge tus cosas y lárgate de mi casa hoy mismo. No quiero volver a verte en la vida.

—¡No pienso irme a ningún sitio! Carter es como mi hijo. ¡Échame de aquí y te juro que me aliaré con George para hacerte la vida imposible! —Else le clavó unos ojos de ira absoluta—. No vas a apartarme de Carter, tú no le quieres ya, ni sabes cuidarle. Vas listo si crees que voy a dejarle en tus manos. Como padre no vales para nada, y ese crío está mucho mejor con George… —Else se dio la vuelta dispuesta a poner un pie en el primer peldaño.

—¡Maldita seas! —Elias sintió que la ira le corría por las venas como fuego. Se sintió engañado y traicionado. De no ser por Else, nada habría pasado. George no habría sabido nada y hubiera podido vivir feliz con Elizabeth, Jonathan y Carter. Y quizá, sí, ser mejor

padre de lo que era.

La mente no le funcionaba racionalmente, solo sentía dolor, ardor y un fuego que no se apagaba. Casi le parecía ver todo en tonos rojos. Había perdido su ser. Empujó a Else. Sí, lo hizo. Casi sin pensar, sus manos salieron disparadas. Tocó la blusa de raso azul cielo de Else, y empujó con todas sus fuerzas. Ella gritó, y cayó rodando por la escalera. Cuando llegó al final de esta, dejo de gritar y se quedó en un extraño ángulo. Boca abajo, con la cabeza ladeada y los brazos estirados a ambos lados. Una pierna estirada y la otra torcida hacia dentro como si su pierna fuera de goma y se la hubieran doblado de forma macabra. Un tacón de su zapato se había roto y estaba tirado a un lado de su cuerpo, como si fuera un bicho muerto.

La sangre le salía por la nariz y la boca, manchando el suelo. Elias se dio cuenta de que no respiraba. Estaba muerta.

El corazón le latía desbocado, el sudor perlaba su frente y se sentía aturdido. Pensó que tenía que llamar a una ambulancia. Con suerte, saldría airoso del incidente. Diría que estaba en el despacho cuando oyó un ruido en la escalera y unos gritos. Culparían al tacón de Else, que se había roto y había propiciado la caída.

Elias se sintió salvado, pero aun así, estaba intranquilo.

No quería matar a Else. Esa no había sido su intención. Solo quería darla una lección, tirarla por la escalera, que se hiciera daño como ella se lo había hecho a él con sus palabras. Quizá una pierna rota o un brazo roto como mucho. Pero tanto como matarla no había sido su deseo.

Estaba asustado de lo que había hecho. No había controlado su ira y la situación se le había ido de las manos. Se dio la vuelta dispuesto a llamar por teléfono desde su despacho.

Se le heló la sangre cuando vio que a unos escasos metros estaba Carter, en el amplio pasillo y el vestíbulo del segundo piso. Estaba de pie, con su pijama de Star Wars, en el que se veía el casco de Darth Vader y las cabezas de Yoda y el robot dorado, C3PO, Y R2D2. Carter tenía la cara desencajada de horror. Los ojos llenos de miedo, la boca entreabierta. Miraba a Elias como si fuera un monstruo.

Elias corrió hacia él. Se arrodilló en el suelo y le cogió suavemente de los brazos.

—Carter, ha sido un accidente, pequeño. No pasa nada, ¿vale? No te asustes. Voy a llamar a un médico.

—¿Tía Else está muerta? —preguntó con voz temblorosa.

—Creo que sí, pero no te preocupes por nada, ¿vale? Ven aquí. —Elias abrazó a Carter. Ya no se acordaba de cuándo fue la última vez que había tenido contacto físico con su hijo. Carter no le abrazó, estaba tieso y quieto como una estatua. Estado de shock—. Tranquilo, ¿vale?, vamos a tu habitación, vuélvete a dormir. —Elias cogió en

brazos a Carter y se lo llevó a su cuarto para acostarle. Por suerte, a esas horas no estaba el servicio, aunque hubiera deseado tener una criada o una niñera para que se llevara a Carter fuera de casa, incluso. No era situación para un niño.

Las cosas no se complicaron tanto como podían haberlo hecho. Llegó la ambulancia, y un médico con pinta de cansado y aburrido, de unos cincuenta años, certificó la muerte de Else y dijo que la caída la mató sin lugar a dudas. Se había partido el cuello y también una pierna por varios sitios.

La policía no investigó apenas y caso cerrado.

Carter, pronto tuvo a una niñera nueva, Sarah, una joven de veinticinco años que era alegre, dulce y cariñosa. Se quedó de interina en Thornton Hill hasta que, con quince años, Carter pudo valerse por sí mismo más que de sobra, y pidió a su padre que despidiera a Sarah.

La vida de Carter transcurrió sin el calor de su padre, y con los años, Carter se volvió cada vez más frío, introvertido y desanimado por la vida. Pasaba de estudiar, discutía con Elias y le echaba en cara todas sus frustraciones.

—Sé que tuviste otro hijo, un tal Jonathan con Elizabeth, la mujer de George, esa que me cuidaba de pequeño. Y sé que empujaste a Tía Else aquella tarde. Lo escuché y lo vi todo. Vuestros gritos me despertaron. —Le espetó un día que estaba borracho de Jack Daniels, en el amplio salón de casa. Elias le miraba hastiado. No hacía carrera de su hijo y sentía que cada día se volvía más en su contra. Se había sacado el carnet de conducir y a veces desaparecía por la ciudad durante días, comprando y consumiendo droga, para evadirse del vacío y dolor que sentía.

—Eso fue un accidente —dijo Elias con voz cansada—. Nunca quise que tu tía muriera.

—Sí, claro… Fueron tus manos quienes la empujaron. ¡Lo hiciste a propósito! No me jodas, ¿a quién quieres engañar?

—Estoy harto de tu actitud. Tienes diecinueve años, Carter. Solo sabes salir a la ciudad, emborracharte e ir vestido como un drogadicto. O cambias o las cosas voy a cambiarlas yo.

—¿Ah sí? ¿Qué vas a hacer? ¿Tirarme por la escalera o por la terraza? —dijo con una sonrisa bobalicona y ojos enrojecidos y acuosos. Elias le miró serio y fríamente, ya no le afectaban sus palabras.

—Voy a dejarte esta casa y la casa de Jersey que te dejó tu tía en herencia. El resto de mis bienes irán a parar a otra persona que los sepa aprovechar mejor…

—¡No me digas! ¿A qué lo adivino? ¡Jonathan Hamilton! —Sonrió como un loco. Elias le miró con pena y le dio la espalda. Carter borró la sonrisa de su cara al ver que era cierto. Elias ya lo tenía todo

pensado, y era verdad, pensaba dejar los negocios y ciertos bienes a su otro hijo. Carter no tenía mano para hacerse cargo de nada. Era un fracaso en todos los niveles. Carter cogió un jarrón de cristal y lo estalló contra el suelo haciéndolo añicos. Así consiguió la atención de Elias, que le miró con cierta sorpresa—. ¿Qué clase de padre eres? Tía Else tenía razón en todo… Para ti siempre ha sido primero ese bastardo ¿verdad?

—Carter, no voy a discutir. Si cambias, yo también cambiaré. Pero tal y como estás ahora no se me ocurriría nunca dejarte mi patrimonio. Lo echarías a perder en dos meses. Empieza a pensar qué carrera quieres hacer y en qué universidad. Empieza por algo.

—¡Vete a la mierda! —gritó Carter. Salió de casa como el rayo. Cogió su coche y se marchó de nuevo a la ciudad, a por más crack, con la esperanza de que le aliviara el dolor de su interior. Lloraba, gritaba y odiaba. Su padre siempre había sido frío, había matado a su tía Else, y se sentía culpable por haberle cubierto. Cuando la policía le preguntó, él, aleccionado por Elias, contestó que estaba dormido en su cuarto y no vio ni oyó nada. Elias le dijo que si le metían en la cárcel, él iría a un orfanato. Carter estaba asustado y mintió.

Odiaba a su padre. Y odiaba su vida. Se hubiera suicidado de no ser porque poco tiempo después, conoció a Paul Weston, su salvador. El hombre que le dio dinero y posición cuando su padre le había ignorado.

Cuando se metió en la vida de Paul, Carter abandonó su casa y a su padre. Cortó toda comunicación con él, y Elias, ya cansado y mayor, no se vio con fuerzas de pelear. Al final, un cáncer de hígado pudo con él y se lo llevó años más tarde. Quizá el alcohol le destrozó del todo. O quizás Elias buscaba una salida.

Sea como fuere, en testamento dejó sus bienes a Jonathan Hamilton King y a Carter Thornton solo la casa de Thornton Hill y la casita de Jersey de Else. Pero Carter ya tenía un apartamento grandioso en Nueva York, así que cerró Thornton Hill y alquiló la casita de Jersey. Con los negocios que llevaba, ya se valía por sí solo y con el tiempo trabajó en el mismo edificio que Jonathan.

Sus caminos iban a cruzarse estrechamente en el futuro, pero Jonathan aún no lo sabía.

****

Hamilton House. Unos días después

La semana pintaba intensa. Peter llamó por teléfono avisando de que planeaba visitar a Jonathan para informarle de últimos detalles sobre

su operación.

Febrero estaba terminando, y marzo sería el mes estrella, el mes de la operación de Jonathan. Peter ya lo tenía casi todo preparado. Adicionalmente, yo había seguido ayudando a Jonathan con su terapia, aunque no había habido nuevos progresos.

Por otro lado, Elizabeth y Paul llevaban alojados varios días en el hotel El Mandarín Oriental de Nueva York. Paul me mandó un mensaje al móvil diciendo que volverían el miércoles.

Era martes.

Volver a estar a solas con Jonathan me trajo paz y alegría. Con Elizabeth por medio todo era más tenso. Jonathan pensaba decirle que era mejor que siguiera en el Mandarín, si seguía mostrando hostilidad hacia mí. Yo me sentía en cierta manera culpable, aunque sabía que la brecha entre Elizabeth y Jonathan ya estaba abierta desde hacía mucho.

Alex vino con Peter aquel día. Mientras Alex hacía los estiramientos con Jonathan, Peter se quedó sentado en el butacón de la habitación, contándonos a todos el proceso. Yo estaba sentada en otro butacón, cerca de la chimenea. Alex estiraba las piernas de Jonathan y las flexionaba. Yo miraba atenta la fisioterapia a la vez que escuchaba a Peter con toda mi atención.

—Lo haremos dentro de una semana. El injerto de células del tabique nasal a la médula. Si hay regeneración, con eso y mucha fisioterapia, se podría conseguir una movilidad casi total. Merece la pena intentarlo. También he hablado con mi colega, Robert Kingston.

—¿Ese que llevaba a cabo una investigación adicional para los tetrapléjicos? —preguntó Jonathan con gran interés.

—Efectivamente. Hemos estado trabajando casi codo con codo. Es un buen colega, y de confianza. Aunque su técnica es otra.

—¿Cuál? —quise saber. Necesitaba un plan B en caso de que la operación de Peter no diera resultados.

—El método de Robert es bien diferente. Él piensa que lo efectivo sería poner un electrodo, como una especie de bypass dentro de la cabeza, en la corteza cerebral más concretamente, que recoge la señal neuronal, y otro en la médula espinal, así se generaría una especie de corriente entre ambos y produciría respuesta a los músculos. De ese modo, Jonathan podría volver a moverse y a caminar y todo normal, prácticamente como antes del accidente. Aunque la terapia post operatoria sería intensa. Mucha fisioterapia, ejercicio diario y cierta medicación. Hay muchas probabilidades de que esa operación dé frutos, pero todavía no ha sido probada. Estoy hablando teóricamente.

—¡Pero eso es una buenísima noticia, Peter! —Esbocé una amplia sonrisa. Jonathan sonrió mirándome.

—¿Crees que volveré a andar, Peter? —preguntó Jonathan

ilusionado, pero con cierta cautela.

—Yo diría que hay un alto porcentaje de posibilidades, Jonathan. —Peter le sonrió y asintió.

—Cuenta conmigo para la fisioterapia intensiva, tío… Voy a machacarte hasta que corras una maratón. —Bromeó Alex, con una sonrisa. Jonathan rio.

Me alegraba estar en un ambiente tan positivo, aunque por desgracia iba a durar poco…

****

Jonathan invitó a Peter a quedarse en Hamilton House un par de días. Peter aceptó. Estábamos tan contentos que queríamos celebrar con él la inminente operación. Ya contábamos con que saldría bien. Jonathan pidió una cena exquisita a un restaurante cinco estrellas que servía a domicilio, previo pago con tarjeta bancaria.

Alex también se quedó a cenar, aunque dijo que se marcharía antes de medianoche.

La velada fue perfecta. Hablamos, reímos, y un halo de positivismo inundaba la atmósfera. Yo preparé una habitación para Peter. En Hamilton House había lo menos ocho habitaciones. Yo ocupaba una, Jonathan tenía la suya y Elizabeth y Paul ocupaban otra. Todas en el segundo piso.

Estábamos encantados de tener a Peter en casa. Era un hombre amable, trabajador y había sido mi mejor amigo, aparte de médico personal.

Aquella noche, al irnos a acostar, mientras Jonathan me esperaba en la habitación, ya acostado, yo salí al pasillo y le di a Peter unas toallas limpias por si quería darse una ducha. El baño de su habitación solo tenía toallas pequeñas. Suponía que la habitación llevaba tiempo sin usarse.

—Gracias Katie. —Me sonrió afablemente, cogiéndolas, perfectamente dobladas.

—De nada, Peter… Y muchas gracias por quedarte. Estos días pasados fueron difíciles con la llegada de Elizabeth. No me aceptó una vez y sigue sin aceptarme ahora —dije con tristeza.

—Y eso que no sabe que eres la misma de entonces —me contestó Paul con una astuta mirada y media sonrisa. Al final yo hice un mohín que imitaba torpemente una sonrisa—. Aunque ella se lo pierde, porque eres un cielo, y Jonathan lo sabe. A veces creo que ha sabido ver en ti más allá de la cubierta…

—Yo también lo pienso, aunque es imposible que sepa nada. Sanders no hablará, y nadie sabe lo mío. Solo tú, y sé que no dirás nada… Has sido mi apoyo todo este tiempo. No sé qué haría sin ti,

Peter. —Puse una mano en su brazo y le sonreí. Él me acarició la mano y me sonrió.

—Sobrevivirías como siempre has hecho. Ahora tienes a Jonathan, ya no me necesitas. Pero siempre estaré ahí para ti. Ven aquí, dame un abrazo. —Yo sonreí más abiertamente y le di un caluroso abrazo.

—Gracias, Peter. Gracias por todo.

—No tienes qué agradecer. Ya verás cómo Jonathan se recupera… Volveréis a ser felices. Sé que será así. Tanto amor tiene que triunfar. —Se deshizo del abrazo y me acarició la cara—. Anda vete con Jonathan, descansad. Mañana nos vemos.

—De acuerdo. Que descanses, Peter, y si necesitas algo, avísame…

—Me sé cuidar solito, Melissa. —Me guiñó un ojo

—Lo siento, a veces creo que todo el mundo es Jonathan…

—Lo dicho, ¡descansa! Buenas noches. —Me dio un beso en la mejilla y se encaminó a su cuarto.

—Buenas noches, Pete. —Me dijo adiós con la mano sin volverse, yo sonreí y me metí en la habitación de Jonathan. Me subí a la cama, tumbándome a su lado, y con una sonrisa, le acaricié la cara, bajé la cabeza y le besé en los labios. Me sentía de nuevo llena de esperanza y fuerza.

****

Elizabeth y Paul volvieron a Hamilton House el miércoles por la tarde. Jonathan y yo nos pusimos un poco mohínos al ver que se nos había acabado la intimidad. Peter, que sabía lo que pasaba, nos prometió mediar para rebajar tensión.

Jonathan pensaba decir a su madre que no era buena idea que se quedara en Hamilton House, puesto que no aprobaba nuestra relación y el ambiente con ella se tornaba incómodo. Las opciones eran volver a Los Ángeles o seguir hospedada en el Mandarín Oriental. Lo tenía claro y aunque pareciera cruel, pues era su madre, no iba a permitir que yo sufriera por su desdén.

De noche cenamos todos juntos en el salón, y Elizabeth se mostró más simpática que de costumbre al saber que Jonathan muy seguramente se recuperaría. Yo me sentí algo más aliviada al ver que con Paul, Jonathan y Peter, el vacío que me hacía Elizabeth no era tan evidente, y además ella andaba ocupada hablando con Peter todo el tiempo, sonriéndole y escuchándole encantada.

La cena fue tranquila y todos parecíamos inundados de optimismo y alegría con la presencia de Peter y las buenas noticias sobre los proyectos para que Jonathan se recuperase.

—Mañana debo volver al hospital. Tengo trabajo que hacer y, después de tomarme dos días libres, ya toca trabajo. —Sonrió Peter

mientras se llevaba a la boca una cucharada de tiramisú.

—Te acercaré yo con el coche. —Se prestó Elizabeth—. Tengo que ir a la ciudad a por unos encargos que hice en Dior.

—Oh, no, gracias Elizabeth, pero tomaré un taxi, no quiero molestar…

—Yo te llevo, Peter —dije yo.

—No es necesario. —Elizabeth me fulminó con la mirada—. He dicho que mañana tengo que ir a la ciudad y no me cuesta nada llevar a Peter.

—Madre, Kate solo estaba siendo amable —intervino Jonathan mirando a su madre con crudeza—. Además, conoce a Peter de mucho antes que tú…

—Jonathan, yo voy a la ciudad mañana y estaría encantada de ir con Peter, visitar el hospital, ver las instalaciones e informarme mejor de tu próxima operación.

—Kate, gracias, pero ya que Elizabeth insiste y está interesada en conocer el hospital, esta vez dejaré que sea ella quién me lleve. Creo que es bueno que sepa cómo va a ir todo. —Me guiñó un ojo.

—Muy bien, Peter, como desees… —Elizabeth me miró con cierto aire triunfal. Jonathan puso un gesto de hastío y desvió la mirada a su plato de ternera estofada, pinchando un trozo de zanahoria y carne.

—Ya traje a Jonathan los papeles de la firma de consentimiento a la operación. Tanto Kate, Alex y Jonathan, están debidamente informados de todo el proceso. Y, como expliqué antes, básicamente es ingresarle 24 horas antes, se le opera, y una semana ingresado como mínimo. A partir de ahí, si todo va bien, a casa y con fisioterapia continua, visitas al hospital para controlar cómo avanza, y si no sale bien, recurriremos a Robert Kingston. Jonathan sería el pionero en esa operación.

—Seguramente que la operación de las células regeneradoras sale bien —comentó Paul animadamente—, y no haya que recurrir a Robert.

—Bueno, eso espero. —Sonrió un poco Peter—. Aunque Robert es una eminencia. Un hombre muy profesional, serio y amable. Trabaja en el hospital conmigo y es uno de los mejores compañeros que he tenido. Quizá mañana te le presente, Elizabeth.

—Por favor, claro que sí. —Sonrió animada—. Todo lo que tenga que ver con mejorar la vida de Jonathan, me interesa. —Miré a Jonathan y este hizo una mueca de sonrisa irónica.

—¿Pasamos al postre? —dijo con un tono mordaz. Reprimí una risita. Peter captó la indirecta y después me miró con complicidad. Elizabeth empeoró la vida de Jonathan al separarle de mí y obligarle a vivir una vida que no sentía. A veces me preguntaba si de haber sido las cosas diferentes, él habría acabado igualmente en la silla de

ruedas. Fuera como fuera, yo había llegado a su vida para acabar con aquello, y también con su eterno pesar.

****

Aquella noche, Peter y yo fuimos los últimos en acostarnos. Jonathan se había quedado dormido en cuanto se le acostó, quizá porque la lluvia y el fresco le daban sueño, o quizá el vino «milagroso» de Paul le había adormecido un poco.

Elizabeth y Paul se acostaron pronto. Elizabeth quería ir por la mañana a visitar el hospital con Peter y había que madrugar.

Me quedé recogiendo el salón y doblando unas camisetas de Jonathan. Peter había estado usando el portátil de Jonathan para mandar unos e-mails. Se reunió conmigo con una sonrisa y un vaso de zumo de naranja.

—¿Te ayudo con eso? —Se prestó, dejando el vaso en la mesa de cristal que estaba enfrente del sofá donde yo estaba sentada doblando las camisetas.

—No, ya termino, gracias, Pete. —Le sonreí. Él se sentó a mi lado.

—¿Qué tal está Daniel? ¿Has podido hablar con él?

—Lo cierto es, que no mucho —dije con un mohín—. Estoy muy centrada en Jonathan ahora mismo, y estamos creando mucho vínculo. Partimos de cero, ya sabes… Él no sabe quién soy realmente.

—Sí, pero te está aceptando en su vida y le noto que está enamorado de ti.

—Sí, eso creo yo también… Hemos hecho avances… Solo llevo aquí dos meses, pero me he ganado su confianza y su cariño. En enero éramos dos desconocidos y ahora pareja… —Sonreí tímidamente.

—Y además adora a Daniel, por lo que me dijiste… —Peter me sonrió dulcemente.

—Sí, eso es lo mejor de todo… La química que ha tenido con él desde el primer momento, y Daniel también ha estado encantado con él. No podía creerme que todo fuera tan fácil, que conectaran con esa fluidez, pero así es… Supongo que cuando le diga que es su hijo, todo será aún mejor…

—Por supuesto que sí, y con mi operación será el broche final para cerrar vuestra historia feliz. No sabes lo mucho que me alegro por ti, Melissa. Te mereces todo el amor del mundo.

—Gracias Pete. —Me incliné y le di un fuerte abrazo. Tuve una extraña sensación. Sentí dentro de mí un gran amor, pero también cierta tristeza. No entendía por qué me sentía así, pero sentí un dolor dentro de mí que no supe interpretar… Peter me abrazó afectuosamente. Al retirarse, bebió un sorbo de su zumo.

—Jonathan duerme bastante bien por lo que veo. Me comentaste que al principio no era así, que tenía ansiedad, insomnio y dolores musculares.

—Sí, así era. Quiso que durmiera con él y eso le calmó la ansiedad y pudo dormir bien. Con la medicación controla más o menos bien los dolores musculares. También le doy masajes y Alex es muy bueno con la fisioterapia. Por regla general duerme bien. Pero ahora lleva como dos o tres días que duerme bastante más… Supongo que será por el tiempo frío.

—¿Y eso? ¿Cómo que duerme más? —Peter pareció ligeramente intrigado. Yo no veía nada de anormal en eso, pero su mirada me intranquilizó un poco.

—Sí, al acostarse, después de cenar, le entra un sueño muy pesado. Debe ser ese vino milagroso de Peter…

—¿Qué vino?

—Uno que trajo. Es vino español, sangre de toro creo que se llama. Dice que es como un reconstituyente. Lo toma después de cenar…

—¿Y dices que le da mucho sueño? ¿Cuánto bebe? ¿Lo toma con pastillas? Kate por favor, no me digas que…

—No me regañes. —Le corté—. No estoy haciendo nada indebido. No toma pastillas a esas horas y solo toma como tres sorbos en una copa pequeña. ¿Es que hay algo que debo saber? —Le miré preocupada.

—No, no creo… Escucha, si sigue teniendo mucha somnolencia, suspende la toma de ese vino… Porque solo le pasa cuando lo bebe… No quiero pensar que le siente mal, pero si en una semana sigue igual, déjalo ¿vale? —Asentí—. De todas maneras, antes de operarle se le harán unas pruebas de preoperatorio. Electrocardiograma, analítica de sangre…

—Peter me estás asustando un poco… ¿Es que podría pasarle algo a Jonathan?

—No, no, tranquila, no me hagas caso. Como médico siempre miro más allá, aun cuando no pasa nada. No te preocupes, hasta ahora Jonathan está bastante bien, dada su situación. Estoy seguro de que va a superar con éxito la operación.

—Eso me alivia porque estoy un poco preocupada… Como hay gente que se ha quedado en el quirófano…

—Melissa, eso no va a pasar… Soy médico y sé cuándo un paciente puede salir o no. Jonathan es fuerte y tiene resistencia para aguantar esa operación. Además, la mía no es demasiado agresiva. La de Robert sí lo es porque hay que hacer una incisión en la nuca y meter el bypass. Y hacer otra incisión en la columna. Pero creo que no hará falta llegar a tanto. Ya verás como todo resulta bien. —Me dio un apretón en el hombro y yo le sonreí con un poco más de esperanza—.

Y ahora me voy a la cama o mañana no podré levantarme.

—Sí, yo también. Voy a subir esta ropa al cuarto de Jonathan. ¿A qué hora te vas mañana? Jonathan y yo solemos estar hasta las diez acostados. Alex no viene hasta las diez y media.

—Temprano, quizá a las ocho y media… Pero no te levantes, tranquila, quédate con Jonathan descansando. Ya nos veremos otra vez. —Me guiñó un ojo. Nos levantamos del sofá y nos fundimos en un afectuoso abrazo.

—Cuídate, Pete. —Él me dio un beso en la sien.

—Y tú, Melissa… Y cuida a Jonathan, aunque sé que lo harás perfectamente.

—Haría lo que fuera por él… Le amo con todo mi ser.

—Lo sé, y estoy seguro de que él a ti también. Buenas noches. —Me volvió a guiñar el ojo y yo le sonreí encantada. Era tan amable y esperanzador… Peter era también mi gran apoyo.

Al final nos acostamos, sin saber lo que nos esperaría al día siguiente.

****

Al día siguiente. Hamilton House. 10:35 a.m.

Alex estaba ocupado con la fisioterapia de Jonathan. Yo había salido al invernadero a coger unas flores para poner en agua en un jarrón de cristal. A Jonathan le gustaban las flores y daban siempre un toque alegre al ambiente.

Elizabeth y Peter se habían marchado a la ciudad temprano. Paul decidió quedarse en casa trabajando con el ordenador. Le había visto usando el portátil de Jonathan en su despacho, llevando unas gafas de montura negra que le daban aire de intelectual.

Yo, mientras tanto, coloqué las flores en el jarrón de cristal, y decidí preparar un zumo de piña para Jonathan. Cuando estaba en la cocina, se oyó el sonido del interfono. Alguien llamaba. Fui hacia el amplísimo vestíbulo que daba a la puerta de salida de casa, donde había un pequeño cajetín que, al pulsar un botón, abría las verjas de Hamilton House, permitiendo entrar dentro a la gente que estuviera afuera.

—Residencia Hamilton House, ¿sí? —hablé al cuadrado con agujeritos.

—Buenos días, ¿vive aquí el señor Jonathan Hamilton? —se oyó la voz de un hombre joven.

—Sí, señor, ¿qué desea?

—Policía. Necesitamos entrar, señora. Ha habido un accidente en la carretera. —El corazón me dio tal vuelco que creí que iba a vomitar. Sin pensarlo, presioné el botón y sin más dilación, dejé que la

policía entrara. Salí corriendo atravesando el porche, bajé las escaleras y vi cómo al abrirse las verjas, el coche policial entraba por el paseo de baldosas apto para los coches.

En cuestión de pocos minutos, el coche aparcó y bajaron dos policías. Uno de unos cuarenta años y otro más joven. Sus semblantes eran serios.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —Estaba a punto de echarme a llorar.

—¿Usted es…? —preguntó el policía maduro a una distancia de tres metros de mí.

—Kate Foster, la cuidadora del señor Hamilton.

—Señorita Foster, creo que sería conveniente que llamara al señor Hamilton. —Los dos policías se pararon frente a mí.

—Por supuesto, pero, por favor, dígame qué ha pasado. —Mi voz sonaba temblorosa.

—Señorita Foster, lamento informarle de que en el accidente de coche han muerto la señora Elizabeth Hamilton y el señor Peter Carver. Su coche está destrozado, pero pudimos recoger la documentación y los cuerpos. El coche se salió de la carretera en una curva y cayó por una pendiente de treinta metros. Creemos que podía ir a bastante velocidad y al girar en la curva, perdió el control del coche y se salió de la carretera. Además hubo una explosión y el coche está prácticamente calcinado… Los cadáveres están también muy mal, pero la documentación está más o menos intacta. Tendrán que identificar los cadáveres… ¿señorita Foster, está bien? —No oí nada más. Sentí que la tierra se abría ante mis pies y que caía en un abismo.

La cabeza me daba vueltas, sentí que me mareaba, y solo noté que unos brazos fuertes me agarraban de la cintura. Entonces, todo se desvaneció ante mí.

Capítulo 9

Una semana después. Hamilton House

No eran tiempos alegres en Hamilton House. El accidente de Peter y Elizabeth nos sumió de tristeza y pesar. Yo no sentía especialmente la muerte de Elizabeth porque nunca me había querido y, de haber podido, me habría vuelto a echar del lado de Jonathan. Aunque como ser humano, sentía que hubiera muerto. Pero quién me sumió en la tristeza más oscura fue Peter. No sabía ya cuántas lágrimas había derramado por él. Jonathan me había producido mucho pesar y

lágrimas en el pasado, pero Peter se puso casi al mismo nivel.

No me esperaba perderle de la noche a la mañana, y además Karen, su mujer, estaba inconsolable y también lo sentía por ella, pues ambos me habían tratado siempre con mucho cariño y amor. Asistimos al entierro de Peter una mañana fría y gris. Jonathan y yo de riguroso luto, con semblante serio Jonathan, y yo llorando casi continuamente.

Había sido una gran pérdida. Para mí, porque era como parte de mi familia, amigo, padre y una persona que admiraba. Para Jonathan, porque se había esfumado su posibilidad de recuperación. Peter llevaba todo el proceso y ahora, sin él, estábamos en tierra de nadie. Por la tarde asistimos al entierro de Elizabeth, pero Jonathan no lloró. Su semblante volvía a ser del Jonathan de antes. Ese que salía en las fotos de prensa serio, altivo y sin ilusión en los ojos.

Todo lo que yo había construido desde mi llegada parecía haberse derrumbado. Jonathan perdió el brillo en sus ojos y su mirada era triste y apagada. Yo echaba de menos su sonrisa, el sonido masculino y alegre de sus carcajadas. Hasta echaba de menos mi propia risa, que había muerto tras saber de la muerte de Peter.

La policía dijo que Elizabeth debió de perder el control del volante, quizá por una distracción, pero se llevó el secreto a la tumba.

Yo había sentido la necesidad de llevar a Peter en el coche de Jonathan, pero Elizabeth había insistido en llevarle en el suyo, y me preguntaba si su muerte se podría haber evitado, o habríamos muerto los dos también. Si era el destino de Peter, no podía cambiarse, o eso decían…

Paul sintió mucho la pérdida de Elizabeth. Estaba más callado y serio, aunque amable. Jonathan y yo le pedimos que siguiera quedándose en casa hasta que terminara sus negocios en Nueva York y volviera a Los Ángeles. Nos parecía un tanto cruel echarle de casa después de la muerte de Elizabeth y que se alojara solo en un hotel. Al menos en compañía parecía que el dolor era más llevadero, aunque sentía que todos estábamos tan invadidos por la pena, que no nos ayudábamos mutuamente para nada.

Paul aceptó quedarse durante varias semanas más, pero dijo que no se quedaría el mes completo.

Personalmente, Paul era quién menos me importaba. Mi mente estaba dividida. Por un lado, invadida de las imágenes de Peter. Sus sonrisas, sus palabras de aliento, su manera de trabajar y todo lo que me había ayudado desde que fue asignado como mi médico en el hospital… Pensaba en él y volvía a llorar como una niña, aunque me cuidaba de hacerlo a solas. Por otro lado, Jonathan también estaba presente continuamente en mi mente. Estaba preocupada por él y se me rompía el alma de verle triste, cansado y somnoliento. Parecía haber perdido las ganas de vivir, de luchar y hasta de mantenerse vivo

y respirar. Dormía más que de costumbre y parecía haberse vuelto a cerrar en su caparazón.

Había hablado con Molly por teléfono, a escondidas, y le conté llorando lo que había pasado. Me consoló y tranquilizó, pero sentía que estaba sola con la situación. Pero entonces reaccioné. No podía dejar de luchar. Tenía que hacerlo por Jonathan y por la memoria de Peter. Él me hubiera empujado a luchar.

Tenía que ir al hospital, buscar a Robert Kingston y rogarle que se hiciera cargo de la operación de Jonathan. Pero no sabía si él sabría poner en práctica el trabajo de Peter. Con todo, tenía que intentarlo. Me había jurado sacarle de esa silla de ruedas y no iba a dejarle tirado. Le amaba y tenía que luchar por él.

Una mañana, me sacudí la tristeza y el cansancio, cogí el coche de Jonathan y mientras le dejaba al cuidado de Alex, fui a la ciudad y me presenté en el hospital. Exigí ver al doctor Robert Kingston y di el nombre de Jonathan. La recepcionista hizo una llamada de teléfono y me permitió entrar en el despacho de Robert. Suponía que al saber que el caso era el de Jonathan y que lo conocía por Peter, le interesaría cogerlo por orgullo profesional. Si la operación era un éxito, Robert se haría famoso.

—Pase señorita Foster, por favor. —Sus palabras me dieron una punzada de dolor. Ya no era Peter quién me las decía. No era el despacho de Peter. Era otro médico que no conocía y con el que no tenía ningún tipo de relación especial. En ese despacho noté aún más la ausencia de Peter y eso me entristeció profundamente.

El despacho de Robert era amplio, y él estaba sentado en una mesa grande de caoba, con un ordenador portátil abierto, varias carpetas de folios y una réplica de un cráneo con la columna vertebral que reposaba en un pedestal. Eso me dio fuerzas porque pensé en Jonathan y su recuperación, y que quizá Robert podía ser la salvación.

—Buenos días, doctor Kingston, con permiso. —Me senté en una silla también de caoba, enfrente de él. Robert Kingston también estaba en la cuarentena, como Peter. Pero este médico era diferente a él, al menos físicamente. Tenía un bigotillo fino negro y el pelo negro, abundante y peinado hacia atrás. Vestía pulcramente y parecía afable. Me dio cierta tranquilidad.

—Buenos días, verá, me ha dicho Trina, la recepcionista, que está aquí por Jonathan Hamilton. Me imagino que quiere que yo me haga cargo de su operación tras la muerte de Peter. —Sus palabras hacia Peter sonaron un tanto melancólicas. Si eran amigos, debía de sentirlo. Aunque no sabía si tanto como yo.

—Así es doctor Kingston… Peter me habló de que trabajaban codo con codo y tanto el uno como el otro sabían de sus respectivos trabajos. Yo confiaba en Peter y su método, y ahora me pongo en sus

manos. Peter decía que usted tenía otro método. Un bypass y unos electrodos o algo así. Mire, yo solo le ruego que por favor no abandone a Jonathan. —Me incliné sobre la mesa y puse gesto lastimero—. Tenía mucha ilusión en recuperarse, y le contaré algo que solo compartí con Peter. Jonathan tiene un hijo pero él no lo sabe… Es mío y de él…. Yo estaba esperando a que le operaran y se recuperara para decírselo y que empezara una nueva vida. Por favor, le suplico que acepte el caso… Aunque sé que Jonathan no era su paciente. —Robert me escuchó y miró atentamente. Creí que me lo había ganado. Le miré impaciente, a la espera de una respuesta. Entonces esbozó una sonrisa.

—Señorita Foster, no se preocupe. Voy a aceptar el caso sin ninguna duda. —Abrí la boca para decir algo, pero no me salieron las palabras. Iba a echarme a llorar. Me tapé la boca con el dorso de la mano para reprimir un sollozo—. Peter me habló de todos los detalles, casi es como si yo mismo lo hubiera llevado. Pero yo voy a dar un paso adelante con Jonathan. Le injertaremos las células regeneradoras, y también el bypass, para asegurarnos que será un éxito. Creo que utilizando los conocimientos de Peter y los míos conseguiremos quitarle la silla al padre de su hijo. Tranquilícese. —Me tendió un kleenex. Lo cogí y me enjugué las lágrimas que ya empezaban a salirse por las comisuras de los ojos.

—No sabe cuánto se lo agradezco doctor Kingston. Tenía tanto miedo de que dijera que no… Jonathan está pasando unos días muy malos, está muy disgustado y no le levanto el ánimo con nada. Tengo miedo de que enferme y empeore…

—No se preocupe, señorita Foster. A partir de ahora yo soy su médico. La dejaré mi número personal para que me llame por si necesita cualquier cosa. Peter me habló muy bien de usted, y no sería buen amigo si no la diera la atención que merece. Peter le estimaba. Me ocuparé de tener todo el historial de Jonathan. Peter compartía conmigo el ordenador y sé su contraseña. Me pondré a estudiar los detalles más minuciosos y también necesitaré la documentación firmada para disponerlo todo para la operación. Creo que podremos hacerla éste mes, como Peter tenía previsto. —Sentí que entre tanta tristeza, era la primera vez que venía algo bueno que me hacía sentir de nuevo viva e ilusionada.

No podía esperar para ir corriendo a casa y contarle a Jonathan la noticia.

****

Paul

Sabía perfectamente lo que iba a pasar si Peter se montaba en el coche de Elizabeth. Que reventaría, igual que ella. Podría haberlo impedido, pero lo cierto es que no me interesaba. Si Elizabeth moría pero Jonathan era operado, viviría, se restablecería y yo no sacaría nada.

Necesitaba esos bienes. Ese dinero que era tan cuantioso que casi no se podía ni contar. Había hecho algunos tratos con personas equivocadas y también algunas malas inversiones. El juego me había quitado más dinero del que podía contar. Sumando todo, estaba en una situación desesperada. Los hombres poderosos también pueden ser destronados y pasar de la riqueza más absoluta a la ruina más total. Yo mismo me había arruinado la vida. Debía dinero a tipos más peligrosos que yo, que también podían matarme, o algo peor.

Así que no pude dejar que Peter viviera y acelerara el proceso de llevarse a Jonathan y curarle. Él lo heredaría todo y yo tendría que volver a Los Ángeles o quedarme en Nueva York temiendo lo peor…

La toxina tarda en hacer efecto, por lo menos, tres semanas, dijo Alan. Jonathan iba a ser operado en mucho menos tiempo. Con él curado, ya no habría nada que hacer.

Se me acababa el tiempo. Me daban un mes. O si no, me atendría a las consecuencias. Eso dijeron.

Sin duda, Jonathan tiene que morir. Entre él o yo, tiene que ser él.

—Revienta de una vez, cabrón —susurró Paul mientras se bebía un sorbo de bourbon y miraba la pantalla del portátil y sus cuentas de Los Ángeles, prácticamente vacías.

****

Antes de llegar a Hamilton House, pasé por el cementerio y dejé rosas frescas en la tumba de Peter. Volví a llorar y, frente a su tumba, le dije que Robert había aceptado el caso y que iba a seguir luchando como él me había dicho tantas veces.

Después llamé a Molly y le puse al corriente. Con la alegría y la ilusión renovadas, estuve de acuerdo en que Daniel visitara de nuevo Hamilton House para el próximo fin de semana. No lo había consultado con Jonathan, pero con la buena noticia de la operación, estaba segura de que iba a alegrarse de nuevo. Iba a recuperar al

Jonathan más alegre y cariñoso. Y puesto que adoraba a Daniel, dos buenas noticias iban a ponerle de buen humor.

Al llegar a Hamilton House, aparqué el coche en el garaje y entré a casa con una sonrisa, subí corriendo las escaleras y entré como un cohete en la habitación de Jonathan. Tenía la música puesta en alto, con los altavoces activados y miraba a la ventana con gesto apesadumbrado, sumido en sus pensamientos, triste. La sonrisa se me desvaneció, en parte, al ver un panorama tan triste. Pero estaba decidida a hacerle frente.

—Jonathan, cariño —dije con voz dulce. Él giró la cabeza. Su cuerpo seguía rígido, y aunque ya estaba acostumbrada a verle así, siempre me dolía. La tristeza seguía en sus ojos. Tiré el bolso a la cama y también el abrigo blanco. Corrí hasta él y me senté en su regazo. Parece que la acción le espabiló un poco. Me rodeó la cintura e hizo un gesto alzando un poco las cejas y esbozando una ligerísima sonrisa.

—Kate, ¿qué ocurre? Te veo muy animada…

—Sí, y tú también lo estarás en cuanto sepas lo que tengo que decirte. —Le rodeé el cuello con los brazos y le miré sonriente. Tenía toda su atención—. Cariño, he hablado con Robert Kingston, el amigo de Peter y… ¡ha aceptado tu caso! ¡Va a operarte en marzo, tal y como Peter iba a hacer! —exclamé ilusionada y sin parar de sonreír. Los ojos de Jonathan se agrandaron como platos y volvieron a brillar y a salir del letargo donde estaban sumidos. Mis palabras le despertaron.

—¿Qué estás diciendo? ¿De verdad? —Su sonrisa se ensanchó más.

—¡Sí! Lo va a preparar a todo, tiene los documentos de Peter, solo le falta ultimar detalles para la operación. Es muy buena persona, charlamos en su despacho y me ha dado mucha fuerza y confianza.

—Y tú has ido al hospital sin decirme nada… —dijo como maravillado.

—Sí, quería arreglar las cosas. Te prometí que te sacaría de esta silla de ruedas. Vine a tu casa con ese propósito y lo cumpliré. —Metí mis dedos en su pelo castaño y le acaricié el cuero cabelludo. Él me miraba con amor y esa mirada me hizo ver al Jonathan de antes, el verdadero. El Jonathan dulce y amoroso. Me sentí más fuerte.

—Eres un encanto. Perfecta como nadie más podría ser. —Me acarició la cara y me besó. Su beso me calmó las heridas de mi interior. Desde la muerte de Peter, Jonathan se había mostrado distante, triste y nada cariñoso. Echaba de menos sus besos, aunque yo tampoco tenía ganas de nada en esos primeros días. La muerte de Peter nos afectó muchísimo. Aunque no sabía qué efecto había tenido la de Elizabeth en Jonathan, y me daba cierto corte preguntar.

—No soy perfecta… Solo quería que fueras feliz. Estos días estás muy decaído y me duele verte así. No has hablado conmigo mucho…

¿Sientes ahora que quieres decirme algo? —Le miré con toda la dulzura del mundo. Quería que se abriera a mí, que me contara todo su pesar y se apoyara en mí.

—Lo cierto es que me siento muy raro. —Su semblante volvió a teñirse de tristeza—. He sentido más la muerte de Peter que la de mi propia madre… No es que me alegre, pero no sé, me siento como aliviado, indiferente… Y me siento horrible por sentirme así respecto a mi madre. Suena cruel y antinatural. Pero es que no teníamos buena relación. Me dejó solo emocionalmente en mis peores momentos y creo que nunca la podré perdonar eso. Además te estaba tratando mal… Otra vez imponiendo sus deseos ante los míos, como hizo cuando era adolescente… Quería apartarte de mí como hizo con Melissa… Pero no pensaba dejar que nos hiciera daño. Iba a decirle que se marchara. La verdad es que ella vivía en su mundo y yo en el mío… Me hacía sentir solo y… —La voz de Jonathan se quebró, sus labios temblaron ligeramente.

Entonces me incliné y le besé dulce y lentamente en la mejilla, suave. Le acaricié la cara con mis dedos, mientras tenía mi cara pegada a la suya.

—Shhh —susurré—. No pienses más en eso… Yo estoy ahora aquí contigo. No te dejaré solo. Nunca. Y te querré toda mi vida, incluso aunque tú dejaras de quererme.

—Yo nunca podría dejar de quererte, Kate… De hecho, creo que no podría querer a nadie más que a ti… —Me aparté de su cara y le miré a los ojos azul cielo. Su mirada era sincera, aunque todavía tenía un toque triste. La palma de mi mano tomó su cara y mis dedos acariciaron su cara. Deseaba amarle y cuidarle continuamente. Me parecía tan hermoso, frágil y necesitado de cariño… Deseaba que pudiera reconocerme. Deseaba decirle en ese momento que yo era Melissa y que nunca le iba a abandonar otra vez. Que nadie se entrometería, pero sentí que ya había demasiadas emociones en el ambiente como para añadir más.

Le besé en los labios y él me devolvió el beso. Fue un beso dulce y tierno. Me aparté de sus labios y le susurré al oído.

—Y tengo otra sorpresa para ti. —Le mordí ligeramente el lóbulo de la oreja. Entonces rio, y yo cerré los ojos de gusto. Por fin volvía a oír su bonita risa.

—¿Ah sí, cuál?

—Daniel va a venir a visitarnos éste viernes, si tú quieres. —Sonreí y, entonces, me aparté de su oído y le miré con una sonrisa. Para mi asombro, sonreía aún mucho más que cuando le dije lo de la operación.

—¡¿De verdad?! ¿Pero cuando has hecho todo eso, mi brujita? —Me sonrió rodeándome la cintura y apretándome contra él.

—Esta mañana. —Sonreí—. Quería que las cosas se fueran arreglando…

—Pues lo has conseguido de lleno… No podría sentirme más feliz, aunque todavía lamento lo de Peter y la muerte de mi madre ha sido un shock. Pero quiero sentirme mejor… Estoy harto de estar alicaído, cansado y hecho una pena —dijo con gesto hastiado.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Muchísimo mejor. —Me sonrió de nuevo—. Contigo siempre todo es mejor. —Le sonreí y le besé de nuevo en los labios. Sentí que volvíamos a recuperar cierta paz. Pero, ¿duraría?

****

Marzo. Hamilton House

La llegada de Daniel por segunda vez a Hamilton House llenó de alegría el ambiente y terminó de devolver la vitalidad y positivismo a Jonathan. Yo no podía sentirme más orgullosa de ver cómo padre e hijo se entendían y compenetraban tan bien. Casi parecía que ya estaban metidos de lleno en una relación padre e hijo. Daniel sabía que Jonathan era su padre, y disfrutaba al máximo de estar con él. Jonathan tuvo una explosión de alegría al ver entrar a Daniel en casa, con su mochila y su anorak verde. Daniel, por su parte, corrió a abrazar a Jonathan, y por poco le tira la silla hacia atrás, a lo que Jonathan respondió con una carcajada.

—¡Daniel, cuidado! —le regañé. Jonathan y él se abrazaron fuerte.

—Déjale, Kate, no pasa nada. Has tardado un poco en venir a verme, campeón. —Daniel se bajó del regazo de Jonathan.

—Es que tenía muchos deberes del colegio, pero te he traído esto. —Daniel traía una bolsa grande que había dejado encima de una mesita del salón. Quitó la bolsa y Jonathan y yo nos quedamos boquiabiertos. Se trataba de una maqueta a escala pequeña de la casa de Hamilton House, hecha por él mismo, en 3D y con una pequeña luz en el interior. Jonathan se quedó maravillado, no paraba de sonreír y mirar a Daniel con alegría y admiración.

—Pero bueno, campeón, ¿tú has hecho esta preciosidad? —preguntó Jonathan sonriendo mientras Daniel sostenía la plataforma de madera tamaño folio, donde descansaba la casa.

—Sí, en clase de tecnología. Teníamos que hacer un proyecto a elegir y elegí tu casa. Venía en Google. —Sonrió. Jonathan le revolvió el pelo y Daniel se rio.

—Es preciosa, Kate, ponla ahí en la mesa del salón, que se vea bien… O no, mejor súbela a mi habitación, ponla encima de la chimenea, quiero verla desde la cama. Quizá si vuelvo a ser quién era,

y si puedo volver al trabajo, la pondré en mi despacho.

—Como gustes —le dije sonriendo. Cogí la casa, orgullosa, y me encaminé a la habitación de Jonathan.

—¡Hola jovencito! —Se escuchó la voz de Paul, que venía de la cocina. Entró al salón y sonrió a Daniel—. Tú debes de ser Daniel.

—Sí, Jonathan Daniel, pero todo el mundo me llama Daniel. —Paul puso cara de sorpresa sin perder la sonrisa.

—¡Vaya! Te llamas como Jonathan, qué bueno… Yo soy Paul, y oye, ¿te gusta jugar al baloncesto? Hay una cancha ahí fuera y ahora no llueve…

—¡Sí, claro! ¿Puedo, Jonathan? —Daniel miró a Jonathan, que le miraba alegremente, pero ahora aprecié una pequeña pizca de tristeza en su mirada.

—Pues claro, campeón, sal a jugar un poco, anda, antes de que vuelva a llover otra vez. Estarás harto de estar sentado después del viaje en coche.

—¡Gracias! —Daniel besó a Jonathan en la mejilla y salió corriendo al porche, con Paul detrás.

—Luego os contaré quién ha ganado. —Paul nos guiñó un ojo y salió al porche. Nosotros no dijimos nada.

Al salir Paul con Daniel, me acerqué de nuevo a Jonathan, que se había quedado como petrificado. Dejé la maqueta sobre una mesa.

—Jonathan, cariño, ¿estás bien? —Le masajeé el hombro.

—Sí, claro… Estoy bien. —Su sonrisa era forzada. Yo sabía lo que estaba pensando.

—Muy pronto podrás jugar con él, correr y hacer todo lo que quieras… —Jonathan suspiró.

—Sí, supongo… Espero… Kate, quiero acostarme, me siento un poco cansado. —Me fijé en que tenía unas ligeras ojeras. Le acaricié la cara.

—Claro, ¿pero has dormido bien? ¿Cómo te encuentras?

—Solo un poco cansado, no sé, será por éste tiempo… Subamos a mi habitación, quisiera descansar una hora o así. Luego quiero aprovechar el tiempo para estar con Daniel.

—Claro, cariño, como quieras. —Y así fue. Subimos a la habitación de Jonathan en el ascensor. Una vez dentro, con ayuda de la grúa, le pasé de la silla a la cama, y le tumbé con el colchón algo flexionado, no totalmente horizontal.

—Quítame los zapatos y échame una manta. —Así lo hice. Me senté a su lado. No tenía muy buena cara. Parecía fatigado—. Kate, ¿puedes traerme la palangana, por favor? —Corrí a por ella al baño. Volví en un segundo—. Tráela, tengo que vomitar. —Como accionada por un resorte, le puse la palangana bajo el cuello, sobre el esternón, y él vomitó. Era prácticamente el desayuno. Le puse una mano en la

frente—. Vale, ya está… Estoy bien. —Su voz sonaba apagada. Dejé la palangana en el suelo, le limpié la boca con una toallita pequeña mojada en agua.

—Jonathan, ¿qué ocurre? —Estaba muy preocupada—. ¿Quieres que llame al médico?

—No, no, es solo que algo me ha sentado mal… nada más… Necesito descansar un poco… —Sus ojos parecían cansados—. He estado un poco revuelto estos días atrás, pero nada serio.

—¿Llevas días sintiéndote mal y no me has dicho nada? —exclamé.

—Kate, no es nada… No dije nada porque sé cómo te preocupas, y no es necesario… Es solo que hay veces que tengo el estómago algo revuelto… He tenido muchas emociones y he estado algo más nervioso y sensible… Siempre me afecta al estómago. Ahora con Daniel aquí irá todo mejor.

—Jonathan, por favor, si te encuentras mal no dudes en decírmelo. Por favor. —Le miré lastimera.

—Túmbate aquí a mi lado. Durmamos un poco. Luego bajaremos a comer y estaremos con Dan…

—Claro, pero por favor, si necesitas lo que sea, dímelo… Estoy muy preocupada. No te he visto así en todo este tiempo que llevo aquí…

—Todavía tienes que conocerme mucho mejor. —Sonrió un poco. Yo hice un mohín, no muy conforme con su sentido del humor. Cogí la palangana, la vacié en el baño y la limpié bien.

Volví a la habitación y me tumbé al lado de Jonathan. Me parecía que le fallaban un poco las fuerzas. No parecía estar tan despierto y fuerte como otras veces. Le rodeé la cintura y apoyé mi cabeza en su pecho. Él se durmió enseguida, pero yo no pude. El miedo se había instalado ya en mí.

****

Daniel entró a la habitación a los quince minutos de que Jonathan se quedara dormido. Entró con paso normal, pero jadeando un poco. Supuse que habría jugado como un loco. Yo me incorporé lentamente para no despertar a Jonathan que parecía dormir plácidamente.

—Mamá, ¿puedo tomarme una Coca Cola? —Se aproximó a la cama y miró a Jonathan—. ¿Está bien Jonathan?

—Sí, cariño, es solo que Jonathan estaba un poquito cansado. No te preocupes. Ven aquí, dame un beso, cielo. —Daniel se aproximó y me dio un abrazo y un beso—. Quiero que vayas a ducharte y te cambies de ropa, en una hora comemos. Deja la Coca Cola para luego, ¿vale? Ahora mejor coge un zumo de naranja.

—Vale, mamá, ¿quieres que te suba algo?

—No, cariño, estoy bien, gracias. ¿Qué tal el juego?

—Bien, Paul me ha ganado, pero solo por una, hemos quedado tres a dos. —Le sonreí.

—Bueno, está muy bien, casi casi le ganas. Para la próxima. —Le alboroté el pelo.

—¡Mamaaa, que me despeinas! —protestó.

—¿Más de lo que ya lo estás? —Sonreí—. Venga, ¡a la ducha!

—Vale. —Se inclinó y me dio otro beso, entonces salió de la habitación casi corriendo. Sonreí. Miré a Jonathan y pensé que me había dado el regalo más hermoso del mundo: nuestro hijo.

****

Pasó de manera fortuita. Paul no estaba escuchando, simplemente subió al segundo piso unos segundos después de Daniel. Se dirigía a su habitación para cambiarse de ropa, pues había sudado debido al esfuerzo de jugar con Daniel al baloncesto. Al pasar cerca de la habitación de Jonathan, le sorprendió oír al niño llamar «mamá» a Kate, y que esta lo aceptara. Jonathan le había dicho que Daniel era sobrino de Kate. Paul pensó que ya tenía el as en la manga que necesitaba.

****

Por la tarde, Daniel y Jonathan se pusieron a jugar a la Xbox. Fue una tarde tranquila y amena. Daniel y Jonathan se reían y disfrutaban del juego. Paul trajo Coca Cola y sándwiches de chocolate y crema de cacahuete. Yo no estaba tranquila. Unas ligeras ojeras habían aparecido bordeando los ojos de Jonathan y me parecía un poco más pálido. Empecé a pensar si no sería ese vino que llevaba tomando ya varias semanas. Recordaba las palabras de Peter sobre dejar de administrárselo si seguía adormecido. Decidí probarlo yo también, para ver si me sentaba igual de mal. Tenía un olor muy bueno que invitaba a beber. Un aroma dulzón y ligero. Había empezado a tomarme una copita después de cenar. Peter me habría tachado de loca, pero tenía curiosidad. Quizá no era el vino y es que Jonathan estaba empezando a sentirse mal por otras razones.

Estaba planchando ropa en el salón, y así conseguí entretenerme, aunque no por ello quitarme del todo los pensamientos negativos. Entonces, a media tarde, llamaron a casa. Paul, Jonathan y Daniel estaban merendando mientras hablaban de los juegos de la Xbox y se comentaban trucos. Fui a responder al interfono. Era un envío para Daniel. Accedí a que entrara el repartidor, aunque me quedé completamente extrañada.

Al volver al salón, no pude evitar preguntar.

—Jonathan, hay un envío para Daniel, ¿qué has hecho esta vez? —Jonathan me miró sonriente. Daniel abrió mucho los ojos, miró a Jonathan y le sonrió.

—Es una sorpresa. —Se volvió a Daniel—. Jovencito, creo que deberías salir ahí afuera, te espera una bonita sorpresa si la quieres… —Le guiñó un ojo. Daniel aulló de alegría y salió corriendo como un loco, haciendo rechinar la suela de goma de sus zapatillas de deporte contra el suelo. Abrió la puerta y salió antes de que pudiera decir nada. Parecía el rayo. Paul se echó a reír.

—Ese chico es un cohete, y más listo que el hambre, por cierto. —Comentó Paul, divertido.

—Salgamos fuera, no podemos perdernos este momento —dijo Jonathan alegremente. Paul salió por el porche, pero yo fui con Jonathan por la puerta trasera de la cocina, que daba acceso al jardín y tenía acceso para la silla de ruedas, pues en el porche había escaleras y, aunque se había construido una rampa anexa, Jonathan prefería casi siempre salir por la cocina al exterior.

Pronto supimos de qué se trataba todo aquello. Daniel se puso como loco a reír y a gritar de alegría cuando el conductor de la camioneta de reparto sacó un perro de raza husky siberiano. Era todavía un cachorro. Precioso, de pelaje gris y blanco con unos ojos azules claros como el cielo.

Pesaría unos cuatro kilos y medía menos de medio metro.

—¡Me encanta! ¡Es precioso! Chico, ven aquí. —Daniel cogió al husky, mientras el conductor traía un papel que tenía que firmar Jonathan como entrega recibida. Acto seguido se marchó.

—¡Menudo ejemplar! —Comentó Paul sonriendo—. Es realmente precioso. —Daniel corría, trazaba círculos con el husky y reía sin parar. El perro corría con Daniel y parecía haber conectado con él perfectamente.

Jonathan miraba a Daniel con gesto de cariño. Parecía que le quería más de lo que expresaba con palabras y el corazón se me derritió.

—Daniel, ¿sabes cómo se llama? He pensado un nombre para él, si a ti te parece bien, pero tú eres quién tiene la última palabra, puesto que el perro es tuyo —le dijo con una sonrisa.

—¿Cómo se llama? —Quiso saber Daniel, que se acercó a Jonathan con el perro correteando al lado de Daniel.

—Apollo. —Sonrió Jonathan.

—¡Apollo! ¡Me gusta! —Sonrió Daniel. Entonces se abrazó a Jonathan con fuerza—. Gracias Jonathan, eres el mejor. —Jonathan le abrazó con su brazo bueno y apoyó su cara en la cabeza de Daniel. Cerró los ojos y sonrió. Parecía absorber cada abrazo de Daniel y su semblante resplandecía con el niño. No podía esperar más a decirle que era su hijo. Daniel se levantó del regazo de Jonathan

—¿Qué te parece si te subes a mi silla y echamos una carrera con Apollo? —Jonathan no paraba de sonreírle.

—SÍÍÍÍ. —Daniel se subió al regazo de Jonathan y este le rodeó la cintura con su brazo bueno.

—Jonathan, por favor, ten cuidado, a ver si os vais a caer —dije preocupada.

—No pasa nada, Kate, vamos a divertirnos un poco ¿verdad, campeón?

—¡¡Sí!! ¡Vamos! ¡Apollo, síguenos!

—Encendiendo motores… ¿Preparado, listo? Yaaa. —Jonathan pulsó el mando de su silla y la activó para que corriera. Daniel se partía de risa y Apollo corrió tras ellos. Jonathan también se reía. Fueron corriendo por la amplia finca, a veces trazando círculos o zigzagueando los árboles. Daniel gritaba de alegría y animaba a Jonathan para correr aún más. Yo y Paul los mirábamos de pie, con semblante alegre. Era una maravilla ver a Jonathan tan animado y disfrutando.

—Es un chico estupendo, Kate —comentó Paul—. Aunque es una pena que lo ocultes y le hagas pasar por tu sobrino. —El corazón me dio un vuelco. Le miré, casi horrorizada. Sentí que la boca se me secaba y que un nudo me atenazaba la garganta. Me miró con una sonrisa que me pareció diabólica—. Venga Kate, oí a Daniel llamarte mamá… No estaba escuchando, te lo prometo… Pero al pasar por el vestíbulo, le oí. ¿Por qué engañas a Jonathan? Sabes que odia la mentira… Y a ti te tiene en un pedestal… —Le atravesé con la mirada. Al principio sus palabras me dieron miedo, pero después sentí rabia. ¿Quién se creía que era para juzgarme?

—Paul, permíteme que te diga que no te incumbe para nada el tema de Daniel. Y si no he dicho que es mi hijo, es por una gran razón de peso que desde luego no pienso explicarte.

—Kate, tranquila, no pienso decir nada a Jonathan si eso es lo que te preocupa. —Sonrió de nuevo, pero su sonrisa era falsa.

—Más te vale, porque no durarías aquí ni un día más. Si Jonathan tiene que elegir, te aseguro que me pondrá a mi primero. Tú no eres nadie para él.

—Bueno, teniendo en cuenta que le has mentido, no sé quién se largaría primero… La verdad es que me parece muy rastrero que mientas a Jonathan, que ocultes a tu hijo… Te creía más íntegra, Kate… —La mano me salió disparada. Abofeteé a Paul con todas mis ganas.

—Tú no tienes ni idea de nada. Sabía que no eras de fiar, que tenías algo oscuro en ti… ¿Qué es lo que quieres? —le dije llena de rabia.

—Nada, Kate… Absolutamente nada… —me dijo serio y clavándome la mirada. Se frotó la mejilla, y pasó a mi lado, para meterse en casa enseguida. Dejó el olor de su perfume caro

impregnando el ambiente y a mí el alma en vilo.

¿Qué pretendía al decirme todo aquello? ¿Y cuánto sabía? A lo lejos vi a Jonathan y Daniel correr con Apollo. Era una imagen idílica, pero yo me encontraba desasosegada, como si estuviera en el peor infierno.

+ +

Estar en casa con Paul se me hacía harto difícil. Aunque procuré disimular delante de Jonathan. Paul y yo ya no volveríamos a llevarnos bien. Desde esa conversación, las cosas se habían roto irremediablemente. No podía contarle a nadie mis preocupaciones.

Aquella noche, Daniel y Jonathan hicieron una especie de acampada en el jardín. Daniel encendió una fogata y comieron nubes pinchadas en un palo que acercaban al fuego.

—¿Y sabes que el plesiosauro es gemelo del monstruo del Lago Ness? Se cree que era herbívoro, así que dice Tommy Armstrong, de mi clase de mates, que si nos coge en pleno nado, de seguro no nos comería, aunque no sé yo… —Jonathan miraba a Daniel sonriendo. Le hacía gracia todo lo que decía. Yo estaba sentada al lado de Jonathan, en posición india, al igual que Daniel. Yo me encargaba de calentar las nubes de Jonathan, ya que al estar él en silla de ruedas, no tenía tanta libertad de movimiento. No hacía frío pero sí algo de fresco. Jonathan llevaba una chaqueta algo gruesa, tipo lana, de color verde y vaqueros. Daniel llevaba un anorak verde y yo una chaqueta larga de punto color blanco con un jersey debajo.

—No quisiera comprobarlo yo tampoco —dijo Jonathan—. ¿Y qué tal las clases? ¿Qué asignaturas te gustan más?

—Pues música, tecnología… Y soy muy bueno en cálculo. Naturales también está bien… ¿A ti cuales te gustaban?

—Pues hace ya mucho de eso, campeón, casi historia antigua. —Jonathan rio—. Pero las mismas que a ti. Música, cálculo, tecnología y literatura. Al final estudié económicas y administración y finanzas. Es un rollo, demasiado número. —Jonathan imitó un ronquido de dormir y cerró los ojos ladeando algo la cabeza. Daniel se rio y Jonathan al momento le devolvió la sonrisa.

—Venga ya, no te quejes, eres muy bueno en lo que haces —dije

—Era… Ahora ya no estoy al mando como antes… pero espero estarlo, y oye, Daniel, si te animas, podemos hacer un viaje al Lago Ness y montar una expedición para cazar a Nessie. Tú serás el capitán al mando…

—Waow, ¿en serio iríamos a Escocia? He visto fotos y mola mucho, la madre de Tommy Armstrong es de allí. Tommy dice que en verano se van allí de vacaciones y un día trajo a clase unas fotos y me gustó

mucho.

—Pues si tía Kate pide permiso a tu mamá y ella dice que sí, viajaremos a Escocia en verano. Cuando tengas vacaciones en el cole. Tú, yo y tía Kate, ¿qué me dices? —Jonathan le guiñó un ojo.

—¿De verdad? ¿Iríamos a Escocia los tres?

—Pues claro, hay que buscar a Nessie, ¿no? Cuando le encontremos, imagínate lo famosos que nos haremos… El capitán Daniel descubrió a Nessie ¡¡con tan solo once años!!

—Pronto cumpliré doce. —Sonrió Daniel—. En Abril.

—Vaya, ¡todo un chico mayor ya! Pues lo tenemos que celebrar, ¿eh? No se te ocurra celebrarlo por ahí sin mí. Además, te perderías la sorpresa que te tendría preparada. —Jonathan puso cara de interesante. Apollo estaba sentado a mi lado, tranquilo y sobre sus cuatro patas.

—Lo celebraré contigo, Jonathan, si mamá me deja…

—Mamá está invitada. Y puedes traer aquí a tus amigos, hay más que sitio. ¿Te gustaría celebrarlo aquí en Hamilton House?

—¡Sí! ¡Sería una pasada! Kevin alucinaría. —Jonathan rio y asintió.

—Entonces ya está hecho. El mes que viene haremos una gran fiesta.

—Gracias Jonathan. —Daniel se levantó y le dio un abrazo. Jonathan le rodeó la cintura y le abrazó. Daniel era un niño muy cariñoso y afectivo.

—De nada, campeón. El domingo, cuando te vayas, Apollo te acompañará… Ahora tienes un nuevo amigo.

—Sí, y como vivo con mamá en una casa con jardín, no habrá problema para que Apollo corra y salga al aire libre.

—Claro, seguro que a mamá le gusta Apollo, con esos ojazos azules no creo que se resista… ¡Hey, mirad, están pasando estrellas fugaces! Pedid un deseo, ¡deprisa! —Era cierto, pasaron dos estrellas fugaces. Todos miramos y cerramos los ojos por un segundo. Yo pedí que Jonathan se curara y estuviéramos juntos de nuevo, junto a Daniel. Parecía una noche mágica y deseé que la dicha durara y que mi deseo se cumpliera. Pero Paul me había quitado el sueño y la tranquilidad. No sabía si él acabaría contándole la verdad a Jonathan tras la marcha de Daniel el domingo. Pensé en sincerarme y contárselo yo. Solo sería decirle que era mi hijo. No tenía que decirle que era suyo, ni que yo era Melissa.

Pero me daba miedo que reaccionara mal. Aunque quizá, como me quería, no se lo tomaría tan mal. Con todo, no estaba segura de nada y tenía la intranquilidad instalada desde que Paul me puso en aviso. Eso, junto con Jonathan y esa palidez, me tenían hecha un manojo de nervios.

—Seguro que se nos concede lo que pedimos. Y por cierto, hoy es

día de regalos. Tengo uno también para ti, Kate. Daniel, saca la cajita que hay en la bolsa de la silla, por favor. —Yo le miré asombrada. Daniel se levantó, se puso detrás de la silla de Jonathan y, de la bolsa que iba adherida al respaldo, sacó una cajita roja y alargada con un lazo dorado. Tenía pinta de ser la funda donde se guardan las estilográficas caras. Pero no me parecía que fuera eso.

—Jonathan, ¿pero por qué? —dije sonriéndole, todavía en shock.

—Porque puedo y quiero. Venga, ábrelo. —Así lo hice. Lo desenvolví con cuidado. Abrí la cajita y exclamé, maravillada. Era un alfiler japonés para recogerse el pelo. Era de metal, en rojo y dorado, con la cabeza de un dragón chino en el cabezal, y alargado, terminado en una punta. A lo largo de la varilla, se enroscaba el cuerpo del dragón, como una serpiente, con escamas y una cresta ondulada. El dragón tenía las fauces abiertas y los ojos negros, de puro azabache. Pensaba que parecía un cuchillo. Medía unos doce centímetros. Me recogí el pelo como si me hiciera un moño alto, y me lo coloqué, metiendo la varilla en el pelo y dejando fuera la cabeza del dragón, coronando el moño. Era cómodo y no hacía daño—. Estás preciosa, Kate. Te queda genial. Lo compré en Japón… Aunque por Internet, claro…

—Es precioso, me encanta. —Sonreí y me levanté. Le di un beso en los labios y Daniel sonrió.

—Te queda muy bien, tía Kate, es muy chulo.

—Sí, ¿verdad? —Sonreí—. Gracias, cariño —le dije susurrándole al oído y dándole un beso en la mejilla.

—De nada, me encanta haceros regalos. Os merecéis lo mejor. Soy muy feliz desde que estáis en mi vida… —Le acaricié la cara y le sonreí. Por unos momentos me olvidé de Paul.

****

Al día siguiente. Sábado. Hamilton House. Mediodía

Daniel jugaba con Apollo en el jardín. Mientras, Alex estaba haciendo su sesión de fisioterapia con Jonathan dentro de casa. Antes, Alex venía de lunes a viernes, pero puesto que la operación estaba próxima, creímos conveniente añadirle un día más con tres horas para que Jonathan estuviera físicamente lo mejor posible. Yo había salido a tender la ropa para que se secara al sol. Hacía algo de frío, pero con el sol luciendo, esperaba que se secara pronto.

—Mamá, ¿puedo coger un refresco? —Oí a Daniel detrás de mí. Estaba poniendo pinzas a un jersey de Jonathan.

—Sí, cariño, pero baja a la bodega, hay una nevera con zumos y refrescos. Anoche se me olvidó llenar la nevera.

—Vale, ¿puedo ir con Apollo?

—Claro, cariño. —Entonces oí como Daniel llamaba a Apollo y se metía dentro de casa. Seguí tendiendo ropa, pero entonces recordé que necesitaba más pinzas para la ropa. Había puesto una lavadora esa mañana y había metido ropa de Daniel y de Paul, por lo que, al haber más ropa, me faltaban pinzas. Decidí meterme en casa y coger más pinzas del paquete que había en la cocina.

Entré en casa, y cuando me dirigía a la cocina, cruzando el amplio pasillo, oí un ruido estrepitoso.

Provenía de la bodega. Corrí dirigiéndome al amplísimo salón, a una puerta lateral que había, y bajé corriendo las escaleras.

—¡Estúpido crío! ¡Mira lo que has hecho, maldita sea! ¡Tú y ese perro de mierda! —Era la voz de Paul. El corazón se me encogió. Al bajar los peldaños, vi al final de la escalera a Paul agarrando del brazo a Daniel. En el suelo estaban rotas las botellas de vino que Paul había traído de Los Ángeles. La caja de madera estaba tirada en el suelo, al lado de un taburete pequeño de madera.

—¡Suelta inmediatamente a mi hijo, pedazo de cabrón! —Grité y aparté el brazo de Paul de un manotazo. Cogí a Daniel en brazos, aunque pesaba mucho—. Cariño, ¿estás bien? —Daniel asintió con gesto lastimero.

—Sí, estoy bien… Es que Apollo entró corriendo y tiró esa caja de madera que estaba encima del taburete. Lo hizo sin querer… Lo siento…

—Cariño, no pasa nada, no te preocupes. Sal al jardín a jugar con Apollo, ¿vale? ahora te llevo un refresco… Y no le digas nada de esto a Jonathan, ¿vale? —Él asintió. Le besé en la frente y le bajé de mis brazos. Subió corriendo los peldaños y Apollo le siguió.

Paul me miraba airado.

—El perro de tu hijo ha tirado todo este vino que vale miles de dólares —dijo enfadado

—¿Y qué? ¿Es que valen más unos litros de alcohol que el perro y mi hijo? Ha sido un accidente. No se te ocurra volver a acercarte a mi hijo nunca más. Y esto se va a acabar. Voy a decirle a Jonathan que te marches de aquí, ya no eres bienvenido.

—Muy bien, ¿por qué no subes arriba y hablamos con él? Dile que quieres que me vaya porque… ¿Qué? ¿Qué excusa vas a darle?

—Que has agarrado a Daniel del brazo y le has gritado de mala manera. Él adora a Daniel y te aseguro que te va a echar a patadas.

—Bien, díselo, y así aprovechamos para decirle que es tu hijo. A ver qué tal le sienta saber que estás engañándole y que manipulas al niño para que te llame «tía Kate». —Le clavé la mirada.

—Eres un miserable. ¿Qué interés tienes en quedarte aquí? Elizabeth ya no está y esta no es tu casa… Y juraría que Jonathan te

importa una mierda. ¿Qué es lo que quieres?

—Nada, Kate. Solo estar aquí unos días, después me iré, te lo prometo. Eres tú quien lo está poniendo difícil. Te ha sentado mal que descubriera tu secreto y estás a la defensiva.

—Estabas agarrando a mi hijo del brazo como si fuera un maleante. No te atrevas a tocarle, no te diré más. —Le di la espalda y subí los peldaños. Salí de allí, y me fui derecha a la cocina.

Saqué de la nevera la botella de vino español. Ya estaba casi acabada. Habría unos dos centímetros de líquido. Suficiente para que fuera analizada en los laboratorios del hospital donde trabajaban Peter y Robert. Una vez Daniel se marchara el domingo, el lunes a primera hora, iría al hospital. Necesitaba saber qué contenía ese vino. Llevaba pocos días tomándolo, pero había empezado a sentir alguna ligera náusea y me sentía muy adormecida tras tomarlo. Decidí guardar la botella de vino en un estante alto del armario donde se guardaban algunos productos de limpieza. Escondí la botella, poniendo delante otras botellas de limpieza y varios trapos.

Jonathan ya no tomaría más vino español. Estaba decidida a averiguar qué estaba pasando.

****

Lunes. Hamilton House

Después de tener a Daniel en casa, mi hijo había regresado a Ohio, por lo que, ya teniendo tiempo libre, había llevado la botella al laboratorio para que la analizaran. Le conté a Robert que sospechaba que algo pasaba con ese vino, pues Jonathan y yo lo habíamos bebido y a ambos nos producía náuseas y somnolencia. Además, mencioné que me parecía sospechoso eso de que solo Jonathan bebiera del vino.

Satisfecha, me subí en el coche de Jonathan que me había llevado de Hamilton House y me encaminé hacia la casa.

****

Jonathan había terminado su sesión de fisioterapia con Alex. Este quiso quedarse con él hasta que Kate volviera, pero Jonathan dijo que ya estaba Paul allí, así que Alex se marchó.

Entonces Paul aprovechó. Tenía una oportunidad de lujo y no podía desperdiciarla. Jonathan casi nunca se quedaba solo. Kate estaba siempre con él. Comía con él, dormía con él, le aseaba, le ayudaba a comer y Jonathan tampoco parecía querer desprenderse de la compañía de Kate ni aún para ver una película en el salón.

Al acabar la fisioterapia, Jonathan estaba de nuevo sentado en la

silla de ruedas, y ya salía de la habitación, para coger el ascensor y bajar al piso inferior, cuando Paul le paró en el vestíbulo.

—Jonathan, ¿podemos hablar tranquilamente un momento?

—Sí, claro, Paul. Vamos abajo al salón, por favor. —Las puertas del ascensor se abrieron y Paul y Jonathan entraron. Una vez abajo, en el salón, Paul se sentó en un butacón, al lado de la silla de Jonathan. Supuestamente, el vino se había acabado, y como el condenado perro había roto el resto de botellas, ya no podía reponer la botella acabada y seguir envenenando a aquel desgraciado. Su plan B era quitar de en medio a Kate y matar a Jonathan asfixiándole con la almohada. Paro cardíaco. Muy natural.

Además estaba debilitado, pálido, y aunque moviera un brazo, no opondría mucha resistencia. Había sido previsor y planeó un segundo ataque en caso de que lo del vino no funcionara, como había sucedido por culpa del maldito perro.

—Verás, Jonathan, tengo que hablarte de un tema muy serio. Es sobre Kate… Y Daniel… —Jonathan pareció ponerse más serio y perder la relajación que su rostro había tenido momentos antes.

—¿Qué pasa con ellos? Me estás asustando…

—Pues pasa que Kate ha estado engañándote. Ese niño no es su sobrino para nada. El otro día, al subir al segundo piso para cambiarme de ropa y ducharme tras jugar con Daniel, oí al niño llamar «mamá» a Kate y ella no lo negó. Más tarde se lo comenté, que cómo podía engañarte así y usar al niño de ese modo, y dijo que tenía razones de peso, pero que no eran de mi incumbencia. Así que Daniel es hijo de Kate, no de esa tal Molly como ella dijo. —Una vez soltó la bomba, miró a Jonathan atentamente para ver cómo sus ojos reflejaban miedo y tristeza. Su boca se entreabrió. El daño ya estaba hecho.

—¿Estás seguro de eso? ¿No sería algún juego entre ellos o… —Su boca sonaba pastosa.

—No, Jonathan, nada de eso. Ya te digo que yo mismo la dije que si era su hijo, y no lo negó. La dije que debería contártelo, pero se puso a la defensiva y dijo que me echarías a patadas de aquí si ella se lo propusiera. Está en mi contra totalmente, y todo porque no quiere que sepas la verdad.

—No puedo creerlo… De veras que no… Kate mintiendo… No puede ser, ella no es así.

—Pregúntale cuando venga de la ciudad de hablar con ese tal Robert sobre tu operación. Si es que de verdad ha ido a eso. —Jonathan estaba en shock. No podía hablar, ni reaccionar. Su cabeza parecía estar a punto de partirse en dos. Creía en ella fielmente, y ahora resulta que era una mentirosa y toda esa dulzura e inocencia era una careta. Si Daniel era hijo de Kate… ¿por qué ocultarlo?—. Lo peor

ha sido cómo utilizó al niño para que él también mintiera y la siguiera el juego. ¿Qué clase de persona manipula a un niño?

—Paul, por favor déjame solo… Necesito pensar en esto… —Jonathan sintió que se le clavaban espinas en el corazón.

—Claro, Jonathan, como gustes. —Paul se levantó—. Solo te lo he dicho por tu bien. Eres buena persona y no podía soportar que te engañaran… —Paul salió del salón, dejando a Jonathan sumido en la más honda tristeza y confusión.

Tenía que hablar con Kate. Ella le explicaría todo y las cosas se arreglarían. Paul debía estar equivocado… ¿O no?

****

Al llegar a casa, entré al vestíbulo y colgué mi abrigo y mi bufanda en el perchero del gran hall. Me sentía cansada y esa mañana había vomitado un poco. Al entrar al salón, oí crujir la leña de la chimenea y el calor me envolvió como una agradable manta. Encontré a Jonathan sentado en su silla, pulcramente vestido con un pantalón azul marino y un jersey de cachemir rojo a pico con una camiseta blanca debajo. Miraba a las llamas con gesto apagado.

—Jonathan, cariño, ya estoy aquí, ¿qué tal con Alex? —Fui hacia donde estaba él, me incliné y le besé la mejilla. Para mi asombro, él se apartó como si le hubiera quemado.

Entonces me miró, y su mirada era hielo puro. Apretaba ligeramente los labios, en gesto duro, y juraría que tenía los ojos ligeramente enrojecidos. Las llamas iluminaban sus ojos azules, convirtiéndoles en un tono verde precioso.

—Kate, solo te lo voy a preguntar una vez… ¿me has mentido en algo desde que estás aquí? —El corazón me latió desbocado. Un nudo me atenazó la garganta. No me esperaba una pregunta tan directa, ni que al volver a casa Jonathan me recibiera con esa frialdad. Entonces lo supe, Paul se lo había contado. Le miré con gesto triste y sorprendido. ¿Qué iba a contestarle? —Dime la verdad, lisa y llanamente. No sigas mintiendo o pondrás las cosas peor…

—Jonathan, si supiera al menos de qué estás hablando —dije con cautela. Yo le miraba con cierto miedo, pero él me clavaba su mirada, entre triste y dura.

—Sabes perfectamente de lo que hablo. Pero te lo pondré fácil para que acabemos de una vez. Paul dice que Daniel es tu hijo, no tu sobrino como me dijiste. Dice que oyó a Daniel llamarte «mamá», que te dijo que lo escuchó y que tú no negaste que fueras su madre, pero que no quisiste contarle nada y que estás a la defensiva con él. ¿Es cierto todo eso? No voy a creerlo solo porque Paul lo diga, porque yo confío más en ti. Por eso necesito saber si es verdad o el mentiroso es

él. —Una parte de mí se relajó. No sabía la verdad que yo quería ocultar y que para mí tenía más peso. Pero Paul me había puesto en la cuerda floja y eso tampoco era bueno. Jonathan no iba a sacarme la verdad, por mucho que insistiera. Aceptaría que Daniel era mi hijo, pero hasta ahí.

—Daniel es mi hijo, sí. Molly es su tía, junto con su marido Fred, que viven en Ohio. Molly mintió y Daniel también porque yo se lo pedí. —Jonathan abrió los ojos como platos y también la boca, me atravesó con su mirada azul. Incluso en esa situación, me pareció hermoso.

—No me lo creo… Me niego a aceptar esto…

—Lo siento, Jonathan… No quería que te enteraras así… Iba a decírtelo, te lo juro.

—Entonces es verdad… Me has mentido deliberadamente… Pero ¿por qué? ¿Por qué me habéis engañado todos de esa manera? Yo fui abierto y sincero y os habéis reído de mí. —Su tono de voz subió.

—Jonathan, no culpes a nadie más que a mí. Sobre todo, no culpes al niño, por favor…

—No estoy culpando a Daniel, ¿qué clase de monstruo te crees que soy? Solo digo que me habéis mentido y eso es lo que ha pasado. ¿O no, Kate? ¿No es cierto que Daniel te llamaba tía Kate, que Molly decía ser su madre y que tú decías que era tu sobrino? Y resulta que tú eres su madre y Molly su tía. ¿Acaso no es eso mentir? Pero no te preocupes, sigo queriendo a Daniel… Al fin y al cabo ha sido una víctima de tu manipulación…

—No me hables así, por favor, haces que parezca una criminal…

—¿Y no lo eres? —Apretó los labios y me pareció que sus ojos iban a derramar lágrimas, pero se contenía. —Me has destrozado el corazón… Yo te creía diferente Kate… Dulce, inocente y buena. Pero veo que eres como todas. No serás materialista, pero eres una mentirosa. Lo peor es que eres la primera persona con la que me he abierto de verdad, en la que he confiado y con la que he sentido que volvía a ser yo. Pero ha sido todo una mentira, una ilusión…

—No, Jonathan. —Reaccioné. Mi voz pasó de sonar firme a más lastimera. Empezaba a tener miedo de perderle—. No soy una de esas chicas falsas que conociste, te lo juro. Aunque tú creas ahora que sí. Si hice lo que hice fue por una buena razón. Te lo contaré en su momento, te lo prometo. Dame tiempo y sigue confiando en mí por favor…

—¡¿Pero cómo voy a confiar en ti después de saber que me has mentido miserablemente?! Me da igual lo que digas, la verdad es que me has mentido, que usaste a Daniel para seguir la mentira y eso es rastrero, Kate. Imaginar al niño tener que llamarte tía cuando eres su madre me parece aberrante. Eso cambia por completo el concepto que

tenía de ti. Lo cambia todo. No puedo verte con los mismos ojos que antes, lo siento. —El corazón me dio un vuelco. El miedo me ahogaba. Como activada por un resorte, me puse en cuclillas, junto a la silla, y le cogí de su mano buena.

—No por favor, no digas eso. —Estaba a punto de llorar. Sentí que se abría un abismo a mis pies—. Por favor, confía en mí. Daniel es mi hijo, sí, pero te conté que era mi sobrino por una razón de peso…

—¿Y qué razón es esa? Esa que te llevó a mentir y usar a un niño —dijo con tono inquisitorio.

—No puedo contártelo ahora, cariño…

—¿Por qué no? ¿Qué está pasando? No entiendo nada, Kate… y además, ¿quién es el padre de Daniel? ¿Sigue vivo por ahí y por eso no dijiste nada, por qué te avergüenzas? —Le miré a los ojos y la barbilla me tembló. Sentí un nudo en la garganta que me ahogaba. Entonces una lágrima me resbaló por la mejilla. Mi dolor no le ablandó. Parecía un animal herido.

—No puedo decirte eso… Solo decirte que tuve a Daniel muy joven y lo tuve que criar sola… —Jonathan me miró con mirada inquisitoria, pero por un momento vi cierta confusión en su mirada. Como si por unos segundos parara su furia. Pero no duró mucho. Exhaló un suspiro.

—Si no me cuentas la verdad, lo nuestro se ha acabado. —Entonces sollocé. Él se soltó de mi mano. Me eché a llorar. No podía aguantar más dolor. ¿De verdad iba a dejarme? Después de haber llegado a él tras tanto tiempo, ¿iba a perderle de nuevo? Las imágenes de Paul, Daniel, Molly, Fred, Nana y de todos, se me agolparon en la mente. Las emociones me estaban devorando el alma.

—Jonathan, por favor… Te suplico que me des tiempo. Te lo contaré, pero no ahora… No puedo, de verdad. —Me agarré a la pernera de su pantalón, desesperada.

—Lo siento, Kate, pero ahora mismo no creo que sea bueno para los dos estar juntos. Tengo que pedirte que cojas algunas cosas y te marches unos días de Hamilton House. Hasta que me cuentes la verdad. Cuando estés dispuesta, puedes volver y contarme esa verdad que te empeñas en ocultar, aunque no creo que podamos volver a los mismos términos en que estábamos antes. Tú y yo hemos terminado. —Sollocé de nuevo, y aunque seguí llorando, a él le dio igual. Su voz sonaba fría y dura, y su gesto no era mejor.

—Jonathan, por favor, no me eches de tu lado… Tengo que cuidarte, me necesitas y…

—Alex vendrá como siempre, y de momento Paul está aquí, ya se encargará él. No te necesito aquí, ni te quiero aquí. Estoy harto de la gente y sus falsedades. Por favor, levántate y vete. No quiero que nos peleemos y nos hagamos daño. Ahora mismo no quiero verte…

—Jonathan, solo estás enfadado, lo entiendo, pero no me pidas que me vaya… —Puse mis palmas en su cara, mirándole con amor y tristeza, con la cara surcada de lágrimas, intentando remover algo en él. Entonces vi que sus labios se fruncían, apretaba la mandíbula, y apartó la cara bruscamente. Movió la silla y se apartó de mí unos metros. Me puse de pie, le miraba llena de dolor.

—Kate, no te quiero… Quiero que te vayas porque ya no te quiero. Me has mentido y me has hecho daño. Todo en lo que creía sobre ti, se ha roto. Tienes que irte, por favor. Robert seguirá adelante con la operación, no es necesario que tú estés presente ya en mi vida. Te agradezco que me trajeras la posibilidad de volver a andar y recuperarme. Te haré un cheque. Pero vete, por favor. No creo que ya podamos seguir juntos… Después de estas mentiras, ya no… He visto que no confías en mí… Yo no hubiera dudado en contarte lo que fuera, pero veo que tú tienes reservas. Sin confianza no hay amor, y a mí ya se me ha agotado la paciencia. Lo siento…

—No… no, Jonathan… —Sollocé—. No puede ser que hayas dejado de quererme… No te creo… —Le miré sollozante. Advertí en él un gesto que le delató. Le temblaron débilmente los labios, mientras apretaba la mandíbula y cerraba un momento los ojos como para contener unas lágrimas que no quería dejar salir, quizá por orgullo. Pero sus ojos estaban rojos, irritados.

—Kate, no tienes ni idea del paso tan pequeño que hay para pasar de amar a alguien a dejar de amarlo. —Su voz sonaba dura, pero teñida de tristeza. Estaba segura de que tenía tantas ganas de llorar como yo. Solo que él se aguantaba, y mi cara ya era un océano de lágrimas.

—¿Y no sirve de nada decirte que lo he hecho por una causa de fuerza mayor? No lo he hecho para hacer daño a nadie, Daniel lo sabe, y Molly… Si no fuera así, no habría sometido a mi hijo a ese engaño.

—Kate, sea lo que sea eso que escondes, puedo entender tus razones hasta cierto punto, pero ahora mismo solo me siento engañado y traicionado. Siento que he vuelto a confiar para nada. Siento que cuando me creo seguro y feliz, algo lo estropea todo. Y contigo he sido feliz de verdad. Después de Melissa no lo fui con nadie. Tú pareciste traerme otra vez esa paz y felicidad que tanto anhelaba. Esa honestidad y pureza que no veo en nadie. Pero ahora es todo una ilusión. Me has estado mintiendo todo este tiempo, y muy bien, por cierto. Felicidades, eres una actriz estupenda. —Me eché a llorar nuevamente. Las palabras de Jonathan se me clavaban como puñales. Él no era consciente del daño que me estaba haciendo. Me dolió que no confiara en mí y que solo se dejara llevar por un hecho, sin conocer la historia a fondo para ponerse a juzgar—. Solo siento haberme abierto a ti, contarte ciertas cosas… He sido un estúpido por

creer en ti.

—Jonathan, tú y yo nos queremos —dije entre lágrimas—. No podemos terminar así, por favor… Si no quieres verme, no saldré de mi habitación, haré lo que tú quieras, pero no me alejes de ti, por favor… No quiero estar lejos de ti…

—Kate, esto no funciona así… —Me miró con tristeza y dureza—. ¿Crees que no me duele que te vayas? ¿Crees que no te he querido? Estoy roto por dentro, pero ahora mismo no quiero tenerte aquí. No me siento a gusto, es todo demasiado raro entre nosotros.

—Kate, no lo hagas más difícil, por favor. Estás fatigando a Jonathan. —La voz de Paul sonó tras de mí. Me giré y vi que había entrado al salón. Su semblante era relajado, pero en sus ojos vi una sonrisa de malicia. Llevaba las manos metidas en los bolsillos. Me limpié la cara de lágrimas con el dorso de la mano. Estaba tan herida, que sin casi pensarlo, me tiré a Paul.

—¡Hijo de puta, tú tienes la culpa de todo! —Le abofeteé la cara varias veces para su sorpresa, pero entonces me cogió de los brazos y me apartó. El bolso se me cayó al suelo, desparramándose en el suelo casi todo su contenido.

—¡Kate, tranquilízate! —Me obligó a sentarme en el sofá. Yo caí en el asiento, agotada. Jonathan miraba con gesto triste y hastiado.

—Kate, por favor… —dijo Jonathan con gesto cansado—. Te lo vuelvo a repetir por última vez, ¿por qué me mentiste? ¿Quién es el padre de Daniel? —Le miré, mordiéndome el labio inferior y derramando nuevas lágrimas. Me sentía acorralada y asustada. Como si me hicieran un interrogatorio cruel y duro. Paul me miraba severamente a dos metros de mí. Tenía las mejillas enrojecidas a causa de mis bofetones.

—Lo siento, no puedo —le dije con un hilillo de voz. Entonces él tensó la mandíbula y apartó su vista de mí.

—Muy bien, entonces ya sabes lo que hay. Márchate por favor.

—Kate, ya has oído a Jonathan, será mejor que…

—Paul, por favor, te ruego que abandones la estancia. Esto es entre Kate y yo, y sinceramente agradecería un poco de intimidad. —Jonathan no le miró al decir eso. Paul le miró unos segundos, con gesto de haberse sentido dolido. Suspiró.

—Muy bien, llámame si necesitas algo.

—¡Sí, lárgate! Después de lo que has hecho, miserable —le dije con odio. Él hizo caso omiso de mí, y salió del salón cerrando la puerta.

Avergonzada por todo, me agaché al suelo a recoger mis cosas para meterlas en mi bolso. Me daba vergüenza que Jonathan me viera llorando, frustrada, triste y enfadada.

—Kate, quiero que sepas que te he querido todo este tiempo. He sido honesto contigo. Te he abierto mi corazón como no hice con

nadie… Pero necesito que tú seas sincera. A lo mejor todo cambia cuando me cuentes eso que ocultas con tantas ganas. O a lo mejor no y algo se ha roto para siempre. En cualquier caso, creo más oportuno que te vayas. Coge dinero de mi despacho y alójate en un buen hotel de la ciudad. Yo te estaré esperando aquí para que me cuentes la verdad. —Después de meter todas las cosas en mi bolso, me puse en pie. Me sorbí la nariz y me juré que no iba a llorar más delante de él. Al menos había echado a Paul, pero aun así, me sentía muy mal tratada. Quise marcharme volando, de haber podido.

—Haré lo que me pides, Jonathan. Me marcho. —Me eché al hombro el bolso. Jonathan me miraba con una tristeza más intensa que antes. Ahora que ya no le rogaba, parecía más vulnerable.

—Cuéntame eso que te empeñas en ocultar… Te estoy dando una oportunidad…

—No puedo… Todavía no —le dije mirándole con dolor. Entonces él asintió y miró hacia el suelo. Movió la pequeña palanca del brazo de la silla y esta se alejó de mí. Salió por un lateral del salón.

Me quedé sola, parada durante varios minutos, intentado asimilar mi nueva situación. El viento soplaba fuera. Todo estaba en silencio dentro de la casa.

Me sentí más sola y desamparada que nunca. Entonces subí presurosa a mi habitación. Cogí una maleta pequeña y metí mis cosas más básicas. Ya recogería lo demás cuando las cosas se calmaran. Por el momento no sabía qué hacer. Lo fácil hubiera sido rendirse y volver a Ohio y fingir que nunca vi a Jonathan. Pero no podía. Estaba demasiado involucrada ya. No podía vivir sin él. Además Daniel le había conocido y le quería. No podía hacer que mi hijo cortara todo vínculo con el que era su padre. Yo tampoco podía cortarlo, pues estar sin él me suponía una angustia terrible.

Tenía que esperar a que todo se calmara y entonces contarle a Jonathan la verdad.

Yo quería que él se enamorara de mí de nuevo, no por un recuerdo del pasado. Quería que volviera a enamorarse con ilusión, con fe y ganas, como una primera vez. Decirle desde el principio que yo era Melissa hubiera sido como obligarle a quererme, y aunque parecía seguir enamorado de mí, yo quería que se enamorara de Kate. Que yo fuera su gran amor, tras Melissa. Había conseguido que me quisiera, pero no que se enamorara. De haber sabido que yo era Melissa, no me habría dejado ir. Pero era Kate, una chica mentirosa y nada que ver con Melissa, así que me había echado.

Pese a todo, no podía volver a Ohio. Sentía que aún no estaba todo terminado.

Aún esperaba el informe de laboratorio del vino español de Paul. Si salía algo raro, iría a contárselo a Jonathan y entonces veríamos. Si no

salía nada, y el vino era normal, entonces volvería a Hamilton House y le contaría la verdad a Jonathan.

De una forma u otra pensaba volver, pero en esos momentos, Hamilton House no era mi lugar.

****

Al día siguiente

A dos manzanas de Central Park, encontré un hotel de dos estrellas perfecto para mi estancia temporal, que no planeaba alargar demasiado. Se trataba del *Days Inn*. Tenía confort, limpieza, y me hice con una habitación por un precio módico. Disponía de algo de dinero ahorrado. No había querido coger el dinero de Jonathan por orgullo. Había incluso llamado a un taxi para abandonar Hamilton House.

Mi marcha fue triste. Paul y Jonathan andaban por la casa, ajenos a mí, y yo procuré irme sin más dilación ni discusión.

No había comido mucho, pues no hacía mucho más que llorar y estar descansando en la cama.

Había empezado a tener dolores abdominales, y algunos calambres. No tenía que venirme la regla y empecé a preocuparme. Pensé si sería el vino, o que mi estado emocional tan débil y gris, estuviera dañándome físicamente.

Me di un baño caliente en la bañera y al salir, me tomé un té caliente. Me eché de nuevo en la cama pero no conseguía dormirme. Los dolores eran cada vez más intensos y los calambres más continuos. Daba vueltas en la cama, en posición fetal, y casi lloraba de dolor.

Decidí ir al hospital de Robert, al servicio de Urgencias. A duras penas bajé a la calle, cogí un taxi y me encaminé a Lenox Hill. Al salir del taxi, me dio otro calambre que intenté disimular. Pagué al taxista y este se marchó. Caminé despacio hasta la entrada del hospital, pues parecía que con cada paso que daba, un nuevo calambre me atenazaba las entrañas. Pero entonces me fallaron las piernas y justo cuando iba a caer al suelo, sentí que alguien me agarraba por detrás.

—¡Señorita! ¿Se encuentra bien? —Era una voz masculina. Al girarme vi frente a mí a un hombre que se parecía mucho al actor Jeffrey Dean Morgan. Incluso pensé que era él, pero entonces vi que llevaba una bata blanca y una tarjeta prendida en el lateral de la pechera de la bata, con una foto tamaño carnet de su cara y el nombre Brian Lowell.

—Creo que no… —dije cansada—. ¿Puede ayudarme, por favor? —Me sentía muy fatigada.

—Claro que sí, ¿qué la pasa? —Me rodeó la cintura con un brazo,

yo me apoyé en su espalda y me agarré a su hombro.

—No me encuentro nada bien… Me cuesta andar… Me duele mucho… y los calambres cada vez me dan más fuerte. —Empecé a hiperventilar. Tenía miedo. Sentí que por la cara interna de los muslos me corría un líquido caliente. Me asusté y me toqué. Por suerte llevaba medias altas con liguero, no pantis, y pude tocar que corría por mi piel. Agradecí no haber llevado vaqueros. Saqué la mano y vi sangre. Grité asustada y el médico abrió los ojos como platos. En un acto reflejo, me cogió en brazos.

—Dios mío, tenemos que darnos prisa… Dígame qué siente.

—Calambres, dolor abdominal… Desde ayer… Tuve nauseas estos días… Por favor, busque a Robert… Robert Kingston —le dije con voz entrecortada.

Brian Lowell entró casi corriendo por la entrada de urgencias, llevándome en brazos y hablando a voces a unos enfermeros que nos cruzamos nada más entrar, pero a partir de ahí no recuerdo qué pasó. Solo sentía mucho dolor, fatiga…, y me mareé. Estaba en sus brazos, que no eran los de Jonathan, pero deseé que lo hubieran sido.

Pensando en su nombre, me desvanecí y todo se fundió en negro.

****

Hamilton House. Martes

Aquella mañana amaneció gris. Jonathan estaba en la cama, sentado, con la espalda apoyada en almohadones y las piernas estiradas. Alex estaba flexionándole las piernas como de costumbre, pero ese día todo era diferente. Jonathan estaba serio y callado, parecía ajeno a todo, solo metido en su propio mundo gris. Alex ya sabía lo que había pasado con Kate porque Jonathan se lo había contado brevemente. Aunque no le pareció bien la mentira, sentía que Jonathan se había pasado al echarla de casa, y que Paul había actuado con maldad.

El ambiente estaba tenso, pues Jonathan no tenía ganas de hablar, estaba dolido y enfadado. Se sentía el vacío sin la presencia de Kate, y su ausencia, unida al clima gris y triste, convertía todo en un panorama aún más desolador.

Alex miraba a Jonathan de vez en cuando, pero este miraba al techo, o a algún punto de la habitación, con la mirada perdida. Su silencio era demoledor. Y entonces Alex sintió que no lo aguantaba más. Tenía que hablar y romper ese hielo.

—Jonathan… Permíteme que te hable con franqueza, ¿puedo? —Jonathan miró por un momento a Alex. Iba a aceptar. En el fondo, se moría por hablar con alguien.

—Sí, claro…

—Mira, creo que te estás equivocando con lo de Kate… Es una chica maravillosa y sé que te adora. No he visto en nadie tanto amor y tanta entrega como ha tenido ella contigo. No sé por qué te habrá mentido, pero tendrá alguna justificación. Tú las has juzgado sin escuchar la historia completa. Y ese Paul… No me fío de él… Estás ciego si no ves que ha hecho eso con alguna intención oculta. Yo no lo habría hecho. Le correspondía a ella contártelo. —Jonathan miró a Alex con un poco más de vida en los ojos. Las palabras de Alex habían movido algo en él.

—Lo cierto es, que no puedo estar sin ella. Desde ayer llevo un dolor dentro de mí que no me deja comer ni dormir. Me siento incómodo en mi propia piel… Desearía que Kate estuviera aquí conmigo. No puedo sacarla de mi pensamiento ni de mi corazón… Cada segundo sin ella es una tortura… pero me ha mentido, Alex. Yo creí que Daniel era su sobrino, y ahora tengo tantos pensamientos y sentimientos agolpándose dentro de mí, que me voy a volver loco… Mi cabeza no entiende lo que mi corazón me dice… Estoy hecho un lío…

—¿Qué ocurre, Jonathan? ¿Qué te atormenta tanto? —preguntó Alex calmadamente. Jonathan le miró unos segundos y Alex vio como le temblaba ligeramente la barbilla.

—Pues que lo que pienso no tiene sentido. Temo decirlo en voz alta y que me mandes a un manicomio…

—Venga ya, Jonathan, di lo que sea, sabes que conmigo hay más que confianza… —Jonathan le miró de nuevo, dudó unos segundos y finalmente habló.

—Sé que Melissa murió, pero en Kate siempre he visto rasgos de Melissa. Desde que entró a mi casa el primer día. Llevaba el mismo perfume, tiene la misma mirada, la misma manera de besarme, dulce y pausadamente, deteniéndose en cada milésima de segundo de beso… Melissa hacía igual… Y su manera de ser, tan dulce, cariñosa, atenta conmigo… Ignorando todo el lujo, disfrutando más de un picnic en el césped que una cena lujosa en una mesa de gala… Y luego Daniel, que es un calco a mí cuando era niño. He llegado a pensar que fuera mi hijo, pero es imposible porque ya tiene otros padres, pero ahora resulta que es hijo de Kate y del padre no se sabe nada… Me estoy volviendo loco, Alex… —La voz de Jonathan tembló.

—Ya sé lo que estás diciendo… ¿Has llegado a pensar que Kate era Melissa y Daniel tu hijo?

—No exactamente eso porque sé que es imposible. Pero he pensado que Kate es clavada a Melissa, y que Daniel podría pasar por mi hijo. Son solo hechos, casualidades… Pero me desconciertan. Yo sé que Melissa murió y que nunca antes he estado con Kate como para

hacerla un hijo. Es como una broma macabra del destino. —El semblante de Jonathan cambió para dar paso a un gesto atormentado.

—Jonathan, escucha y céntrate. Tienes que hacer que Kate vuelva. No se merece que la trates así. No quiero imaginar cómo lo estará pasando de mal…Y a ese Paul, échale de aquí. Ese tío no es nadie y os ha separado sembrando cizaña deliberadamente.

—¡Pero es que lo que dijo era verdad! Kate me estuvo engañando, Alex.

—Jonathan, deja de centrarte en eso porque estás perdiendo la perspectiva de lo importante. Te mintió y te dijo que lo hizo por una razón de peso. Si no te lo ha contado aún bajo la amenaza de romper vuestra relación, es que es algo muy serio. Tienes que respetarlo y entenderlo. Es su hijo, su vida, y ella decide cuándo contarlo. Si te dijo que pensaba contártelo, entonces no iba a mentirte siempre… Probablemente ocultó esa verdad por algo muy gordo, como te digo. Tú la pusiste entre la espada y la pared y ese cerdo de Paul la acorraló, os puso en contra. ¿Cómo has podido echar a Kate y quedarte tan tranquilo con ese tío que no conoces de nada? —Jonathan sopesó la situación y pensó que Alex tenía toda la razón.

Había sido cruel con Kate, ignorando sus sollozos y sus lágrimas. No se quitaba de la cabeza la imagen de ella, sollozante y llorosa y se le encogía el alma por haber permitido que siguiera en ese estado. Pero le había dolido la mentira tan profundamente que se dejó llevar. Ahora que lo pensaba fríamente, Paul había sido un liante.

—Lo cierto es que desde que Kate se fue he estado deseando llamarla para que volviera. De estar fuera de esta condenada silla, habría ido ya a buscarla… Supongo que solo necesitaba que alguien me lo dijera en voz alta… He sido un cabrón con ella. —Alex no dijo nada más. Sacó del bolsillo de su pantalón su teléfono móvil. Marcó el número de Kate y le puso el móvil a Jonathan en la oreja.

—Arréglalo, tío… Por ella. Por ti. —Jonathan cogió el teléfono. Tragó saliva. Los tonos sonaban, pero Kate no lo cogía. Entonces salió el contestador.

—Kate, soy Jonathan… Oye, lamento mucho lo que ha pasado. Me siento fatal y te echo de menos. ¿Puedes llamarme cuando escuches este mensaje, por favor? Tenemos que hablar. Me gustaría que volvieras a Hamilton House. No es necesario que me cuentes ahora nada sobre Daniel. Lo siento mucho, Kate, deseo que puedas perdonarme… Te quiero… Adiós. —Jonathan colgó.

—Contestador, supongo —dijo Alex, cogiendo el móvil que Jonathan le entregaba.

—Sí. —Suspiró Jonathan—. Le llamaré más tarde con mi BlackBerry. Quizá ahora esté ocupada con algo…

—Es un buen paso que quieras arreglarlo. Las cosas siempre se

pueden hablar, Jonathan. Hacer lo que hiciste, es lo último…

—Sí, tienes razón. Supongo que me dejé llevar por el enfado. Dios, espero que Kate esté bien… Estoy preocupado…

—Claro que estará bien. Y arreglaréis lo vuestro. Todo saldrá bien, Jonathan. —Alex puso una mano en el hombro de Jonathan y este le miró con gesto preocupado.

—Eso espero… —Pero Jonathan ya tenía el miedo en el cuerpo. Kate nunca desconectaba el teléfono y siempre lo cogía al tercer toque como mucho. ¿De verdad estaba bien? ¿Por qué sentía que algo estaba pasando? Jonathan lamentó más que nunca haber echado a Kate de la finca. Si le había pasado algo, nunca se lo perdonaría—. Alex, bajemos abajo, creo que necesito despejarme un poco. Vayamos al salón, la chimenea está encendida y me gustaría tomar un té caliente. Te invito a uno si te apetece.

—Jonathan, yo nunca digo que no a un té caliente, y menos en un día frío como hoy. —Sonrió Alex. Jonathan sonrió un poco, pero todavía arrastraba el pesar por haber echado a Kate.

Paul había ido a la ciudad y se sentía más a gusto con Alex. Había visto la diferencia entre él y Paul, y sentía que Alex era el buen consejero. Cuando Paul volviera, le diría que debía marcharse. Necesitaba que Kate volviera y con Paul en casa las cosas no irían bien. Kate era su prioridad. Se había enamorado de ella y no soportaba perderla.

Alex y Jonathan bajaron a la primera planta en el ascensor. Mientras Alex fue a la cocina a preparar las tazas de té, Jonathan se quedó cerca de la chimenea, mirando el fuego, sintiendo su calor y echando de menos a Kate cada segundo de cada minuto de cada hora. La recordaba ahí mismo llorando, casi suplicándole, y él, frío como el hielo. Todavía casi podía oír sus sollozos, y a Jonathan se le retorció algo por dentro—. Aquí están los tés bien calientes. Recién salidos del horno —bromeó Alex, que traía una bandeja con dos tazas humeantes y un par de cucharillas pequeñas de plata. Se sentó en un butacón de piel, al lado de la silla de Jonathan, con la chimenea dando calor y creando un ambiente tranquilo y acogedor.

—Alex, ¿puedes volver a llamar a Kate, por favor? Con tu móvil —Jonathan sonaba preocupado. Alex depositó la bandeja en la mesita.

—Sí, claro, ahora mismo. —Alex se puso en pie. Sacó del bolsillo de su vaquero el móvil, pero este se cayó al suelo—. ¡Mierda! —Alex se agachó fastidiado al suelo y metió la mano bajo el sofá de tres plazas. Jonathan le observaba impaciente. Alex frunció el ceño. Sacó su móvil, pero también algo más. Parecía un plástico delgado como una hoja de papel. ¿Una tarjeta?—. ¿Qué es esto?

—¿Qué pasa, Alex? —Jonathan estiró el cuello lo que podía. No

lograba ver qué era lo que Alex tenía en la mano y que miraba primero con atención y después con sorpresa. Los rasgos tranquilos del fisioterapeuta pasaron a un gesto casi contraído, asustado. Miró a Jonathan con la boca entreabierta y los ojos llenos de sorpresa.

—Jonathan, ¿cómo me dijiste que se llamaba aquella ex novia tuya? ¿Melissa qué más?

—Melissa Cadwell. No sé más… ¿Pero a qué viene eso ahora?

—Jonathan… Creo que debes ver esto… Es el documento de identidad de Kate. —Jonathan sintió que el pánico le inundaba el cuerpo. ¿Qué pasaba para que Alex tuviera esa cara de espanto?

—Dios. Alex, parece que has visto un fantasma… ¿qué tiene de misterioso el documento de Kate?

—Jonathan… Lee lo que pone, y entenderás… —Alex le tendió la tarjeta plastificada con el nombre y apellidos, dirección y foto pequeña de Kate. Jonathan, que agradeció más que nunca poder mover el brazo, cogió la tarjeta. Lo miró y lo leyó. Entonces, su semblante cambió por completo. Sus ojos parecieron quedarse congelados. A Alex le pareció que el tiempo se paraba. Miró a Jonathan, pues él estaba tan sorprendido y emocionado que le costaba hablar, pero para Jonathan sería aún más duro. Jonathan abrió la boca para hablar unas palabras que no le salieron. Sus ojos permanecían abiertos y empezaron a llenarse de sustancia acuosa, lágrimas retenidas que estaban a punto de desbordar sus ojos y caerían por sus mejillas.

—Dios mío… No puede ser. —Su voz temblaba y era casi un susurro. Pero sus ojos no mentían, porque Alex también lo había visto. En el documento ponía claramente «Melissa Catherine Foster Cadwell». Jonathan empezó a hiperventilar. Le faltaba el aire—. ¿Kate es Melissa? —A Jonathan le temblaba el mentón. Miraba a Alex horrorizado, asustado, emocionado y a punto de darle un infarto.

—Jonathan, tranquilízate. —Alex empezó a asustarse. Comprobó el pulso de Jonathan y este iba acelerado. Jonathan empezó a atar cabos en el caos que se había convertido su mente al procesar esa nueva información.

—Ese documento se cayó del bolso de Kate cuando discutió con Paul… Pero yo nunca lo vi. Cuando mi madre la contrató, en todos los papeles que trajo del hospital ponía Kate Foster… —Jonathan hablaba atropelladamente. Alex estaba en shock también.

—Bueno, su nombre es Kate, aparte de Melissa, solo que no te dijo ese nombre y el apellido es diferente así que no sé… Yo estoy tan sorprendido como tú…

—Dios mío. —Jonathan se echó a llorar. Ya está, había estallado. Lloró como un niño. Melissa no había muerto. Sanders debió mentirle, ¿pero por qué? ¿Y por qué Melissa le ocultó su identidad? ¿Y quién

era Daniel? ¿Su hijo? Ya la idea no le pareció tan descabellada. Por fechas, tenía sentido que lo fuera, unido al parecido físico. Ahora todo tenía sentido. Y que Kate fuera tan dulce y hermosa, que tuviera tanto parecido físico y espiritual con Melissa. No es que se pareciera, es que era ella. Todo ese tiempo había sido ella. Ahora entendía muchas de sus reacciones, de sus miradas, y por qué estaba tan afectada la primera vez que Daniel visitó Hamilton House.

Todo encajaba. Pero aún tenía muchas preguntas que hacer. ¿Por qué le había mentido en tantas cosas? ¿Por qué no entrar en su vida ya diciendo la verdad? ¿Por qué Sanders le dijo que había muerto? Aun así, la quería. Quizá más que nunca.

Y en ese momento la deseó tener a su lado más que nunca.

—Alex, llama a Kate. Tiene que volver aquí inmediatamente. —La voz de Jonathan intentó sonar serena, pero estaba cargada de emoción.

Alex cogió el móvil y llamó de nuevo a Kate. Jonathan le miraba con lágrimas en los ojos, la nariz enrojecida y respiración entrecortada.

—Lo siento, Jonathan, pero sigue sin cogerlo. —Jonathan apretó la mandíbula en gesto de fastidio.

—Melissa, ¿dónde te has metido? —Su voz sonó cargada de preocupación—. Tenemos que seguir llamándola, Alex. Es de vital importancia que vuelva aquí conmigo. Tenemos mucho de qué hablar. He recuperado al amor de mi vida. —Y entonces la coraza de Jonathan Hamilton se rompió.

Capítulo 10

Lenox Hill. Miércoles

Cuando me desperté, vi que estaba en una habitación de hospital individual. Estaba acostada en la cama, arropada con una sábana y una colcha. Me encontraba cansada, y tenía la boca seca. A mi lado estaba sentado en una silla el médico que se parecía a Jeffrey Dean Morgan, ese que me había cogido en brazos y me había llevado a urgencias cuando yo era incapaz de hacerlo por mi propio pie. Me miraba atentamente, con sus ojos oscuros, y estaba ligeramente inclinado sobre mí, pero cuando abrí los ojos y le miré, se echó hacia atrás, como si le hubiera dado vergüenza que le viera.

Me moví un poco y sentí que me dolían los riñones y un poco la

tripa.

—Señorita ¿cómo se encuentra? —La voz del doble de Jeffrey Dean Morgan sonaba masculina y cargada de preocupación. Su mano me cogió suavemente de la muñeca. Me di cuenta de que llevaba un camisón de hospital. ¿Quién me había vestido? Esperaba que hubiera sido una enfermera. Me fijé mejor en aquel médico. Tenía el pelo negro y corto, pero muy abundante, algo revuelto, ojos castaños, y bigote y barba cortos, casi como si llevara barba de varios días, y el mentón cubierto de algunas canas mientras que el bigote era negro. Sus facciones eran de un hombre varonil, muy masculino. Debajo de la bata blanca llevaba una camisa granate con dos botones abiertos que dejaban ver un vello negro que partía del pecho y le subía hasta la clavícula

—¿Es usted el actor…

—¿Jeffrey Dean Morgan? No. —Sonrió. Sus dientes eran blancos y perfectos. Al sonreír se le hicieron unas rayas a modo de hoyuelos en las mejillas—. Me lo dicen siempre, pero no, yo me dedico a la medicina. Soy Brian Lowell, psicólogo y médico de cabecera aquí, en Lenox Hill. Su caso no es de mi campo, de hecho le atendió un colega mío, el ginecólogo Carl Brady. Luego se pasará a verla.

—¿Ginecólogo? —Le miré asustada—. ¿Qué me ha pasado?

—Señorita, tranquilícese… ¿Por qué no me dice su nombre? Miramos en su bolso, pero no llevaba ningún documento de identidad. —Le miré frunciendo el ceño. El corazón me dio un vuelco. ¿Había perdido mi documento de identidad? No quería imaginar que hubiera sido en casa de Jonathan por la pelea con Paul. Había recogido mis cosas casi sin mirar. Si Jonathan encontraba ese documento, todo se revelaría. Empecé a ponerme muy nerviosa.

—Catherine Foster. Kate… —dije nerviosa.

—Bien, Kate… Verá, entró muy mal… Señorita Foster, verá… Ha tenido un aborto. Un aborto natural. Estaba de pocas semanas. La hemos hecho alguna prueba cuando estaba sedada y todo está bien… Es decir, podrá volver a quedarse embarazada si lo desea. Ha perdido mucha sangre y estos días perderá un poco más. El cuerpo tiene que liberar ciertas sustancias del útero como si fuera una regla, ¿comprende?

—¿Cómo que un aborto? —balbuceé. Le miré asustada y empecé a temblar—. Yo no estaba embarazada… No puede ser… Tuvo que ser cosa del vino de Paul… —El médico me miró extrañado. Me cogió de la mano suavemente.

—Escuche, señorita Foster… De verdad que ha sido un aborto. Por lo que sea, su cuerpo no acogió bien el embarazo. Puede pasar y es completamente normal. La ofreceré apoyo psicológico si lo necesita… Y tendrá que quedarse ingresada unos días más. Necesita descansar.

—No… No puede ser… Oh, Dios… Jonathan… —Me eché a llorar. ¿Podía tener más mala suerte? Recordé que el mes anterior me había acostado con Jonathan, y dos veces. No usamos protección y la primera vez que lo hicimos me quedé también embarazada. Claro que podía ser. Los sentimientos y pensamientos se me agolparon. Pensar que en veinticuatro horas había perdido a Jonathan y también a un niño nuestro terminó de hundirme aún más. Mis sollozos eran incontrolables. Estaba sola en un hospital, con Jonathan lejos, probablemente odiándome y sin su cariño en un momento tan duro. Y nuestro niño, deshecho, fuera de mi cuerpo. Nunca le conoceríamos ni sabríamos si hubiera sido niño o niña.

—Kate, tranquila, shhhh, vamos, tranquila, ya verá cómo lo supera… Se lo prometo. —Brian se levantó de la silla y se sentó a un lado de mi cama. Entonces me incorporé y, sentada sobre la cama, intenté respirar mejor, ya que tumbada me costaba, a causa de mis sollozos y respiración acelerada.

—Me quiero morir —sollocé derramando más lágrimas.

—No, no por favor, no me diga eso Kate. —Me cogió de la mano derecha y me apretó ligeramente. Le miré a los ojos, sollozando y con la cara surcada de lágrimas. Los ojos de Brian me parecieron sinceros y llenos de ternura. En ellos creí ver los de Peter. Yo estaba tan necesitada de cariño y apoyo que, casi sin pensar, me incliné hacia delante y abracé a Brian. No le conocía de nada, era solo un médico, un desconocido. Pero era el único ser humano que estaba a mi lado en un momento duro y crucial de mi vida. Si no me abrazaba a alguien, me iba a morir del disgusto. Era demasiado con lo que lidiar. Necesitaba calor humano. Me abracé al cuerpo de Brian. Le rodeé la espalda con mis brazos y lloré en su hombro. Para mi sorpresa, él me abrazó también y me acarició la cabeza—. Tranquila, no está sola, estoy aquí con usted. Llore todo lo que quiera, no pasa nada, Shhh. —Derramé un océano de lágrimas.

Había estado embarazada y ni lo sabía. Quizá el vino no tenía nada de malo y esas nauseas que había sentido, junto con el dolor de estómago ocasional, habían sido los síntomas de lo que se avecinaba. Quizá Paul no era ese ser oscuro que yo creía y quizá todo me había parecido lo que no era y ni siquiera Jonathan me había querido, por eso le había sido fácil echarme de su lado.

Olí el perfume caro de Brian. Era Bleu, de Chanel. Lo sabía porque Jonathan usaba el mismo. Ese perfume había estado todo el tiempo flotando en el ambiente y quizá por recordarme a Jonathan, también accedí a abrazar a Brian. En sus brazos sentí que estaba, de alguna manera, con él.

No sé cuánto tiempo permanecí así. Llegó un punto en que estaba tan agotada de llorar que no pude más, me deshice del abrazo de

Brian y me dejé caer en la cama. Agradecí el lecho y estar sin nada que hacer, porque no me apetecía más que dormir y estar descansando. Sentía que la cabeza me estallaba. Mi nariz estaba congestionada y los ojos me dolían.

—Te voy a poner un Valium inyectado. Necesitas descansar, Kate. —Ahora me tuteaba. ¿Qué había cambiado? Se levantó, y trasteó por la habitación. Sacó una inyección, después de andar rebuscando en un maletín que tenía apoyado en una mesa, cerca de la ventana, y en el que yo no había reparado.

—Quiero hablar con Robert, saber qué dijo el análisis del laboratorio. Por favor, ¿puedes buscar a Robert?

—Aquí hay unos cuántos Robert, tendrás que ser más específica… —Se acercó a mí y me pinchó en la vena del brazo derecho, en la cara interna del codo.

—Robert Kingston. Cirujano. Va a operar a Jonathan —dije con gesto cansado.

—Claro, lo buscaré. Si tiene un hueco, le diré que pase a verte. ¿Qué necesitas de él? Quizá yo pueda ayudar…

—Le traje un vino para analizar. Sospechaba que contenía algo raro… Cuando Jonathan y yo lo bebimos, empezamos a tener nauseas, aunque ya no sé qué hay de verdad en todo esto…

—Kate, eso que dices es muy serio. ¿Crees que alguien te ha querido envenenar?

—A mí no sé, pero a Jonathan quizá, aunque no entiendo por qué. Ya no sé nada sobre nada. —Me sentía cansada y somnolienta.

—De acuerdo, tú reposa, yo iré a buscar a Robert Kingston. No te preocupes. Duérmete, ¿vale? Más tarde vendré a ver cómo estás. —Se inclinó y me acarició la cara con los dedos índice y pulgar. Agradecí el gesto. Le miré, aunque se me cerraban los ojos. El llanto me había desgastado mucho.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí? Tú no eres ginecólogo…

—Pero soy quién te recogió de la calle cuando no podías con tu alma. Siento responsabilidad de tu salud. Además, soy psicólogo y creo que me necesitarás… Ahora descansa, deja de pensar y hacer preguntas. —Asentí, y cerré los ojos. Estaba muy cansada y me sumergí en la oscuridad plácidamente.

****

Hamilton House. Mediodía.

—No es normal. Algo ha pasado, estoy seguro. —Jonathan estaba nervioso y preocupado. No había dormido apenas la noche anterior y apenas comía. Había llamado a Kate unas cuarenta veces y nada. El

teléfono sonaba, pero nunca lo cogía. Había dejado lo menos diez mensajes pidiéndole perdón, aunque no le dijo nada de que sabía lo de su identidad. Era un tema que había que hablar cara a cara y no quería acorralarla más.

Alex también le llamó con su móvil, pero nada. Era como si hubiera desaparecido de la faz de la Tierra. No dijo a dónde se había ido, y no había manera de buscarla. Alex llamó a casa de Karen, la mujer de Peter, pero no sabía nada, y Jonathan no tenía el teléfono teléfono de Molly, aunque dudaba que se hubiera marchado a Ohio.

Melissa vivía en Ohio, y cuando Kate dijo que también vivía allí, se le removió algo por dentro, pero ¡quién hubiera dicho que se trataba de la misma Melissa!

Ahora a Jonathan todo le parecía una broma macabra del destino. Tener al amor de su vida al lado y ni saberlo. Esos dos meses que habían estado juntos habían sido maravillosos. Jonathan recuperó mucho de su antiguo yo. Y vio en Kate a una nueva Melissa, una cura para su sufrimiento constante. Porque Melissa, sin quererlo, había sido el demonio personal de Jonathan durante todos esos años. Ahora volvía a tenerla. Pero él se había encargado de echarla, y no encontrarla le estaba volviendo loco.

Alex le miraba atentamente, también preocupado. Habían terminado la sesión de fisio, que esta vez se había hecho en la primera planta de la casa. Jonathan estaba hastiado de estar en su habitación, tenía la ansiedad por las nubes, y sin Kate y con el nuevo descubrimiento, estaba muy nervioso. Alex decidió dar la fisioterapia en el salón, aunque Jonathan no estaba nada colaborador. No se centraba en los ejercicios y no paraba de resoplar, suspirar y quejarse por todo.

—Creo que si estaba muy afectada por la discusión, quizá prefiera dejar pasar unos días. Quizá ahora no tenga ganas de hablar… Dale tiempo, un par de días a lo sumo… —Alex intentaba calmar a un Jonathan que parecía inconsolable.

—Un par de minutos ya son suficiente tortura, Alex… No me pidas que me lo tome con calma. Desde el martes no sé nada de ella y es muy raro que no coja el teléfono. Ni siquiera a ti te lo ha cogido…

—Sí, la verdad que es raro, pero la manera en que se fue, tan brusca… No sé, Jonathan, pero yo creo que es normal que ahora quiera marcar distancia de ti y todo lo que te rodea. Tendrás que tener paciencia.

—Dame el teléfono. Tengo que hablar con ese bastardo de Sanders… —Alex miró a Jonathan con cierto miedo. Las cosas se estaban tensando mucho. Alex tendió a Jonathan el teléfono inalámbrico. Marcó el número personal de Sanders y para sorpresa de Jonathan, este contestó al segundo tono.

—¿Dígame? —contestó Sanders con tono despreocupado.

—Sanders, soy Jonathan Hamilton. —La voz de Jonathan sonó seria y acusadora.

—Señor Hamilton, ¿qué tal está? ¿En qué puedo ayudarle?

—Dejémonos de ceremonias, le llamo solo para preguntarle una cosa y por favor sea sincero y no lo complique más. ¿Por qué me mintió sobre Melissa? ¡No está muerta, bastardo! ¡¡Ha sido todo el tiempo Catherine Foster!! —Gritó Jonathan hasta ponerse casi rojo.

—Jonathan, cálmese, por favor… No podía decírselo… Primero me amenazó su madre… Vino a verme y no quería que supiera de la existencia de la chica y amenazó con hundir mi matrimonio y mi carrera. Después apareció Kate, y me rogó que callara por un tiempo porque ella pensaba decírselo. Lamento mucho haberle mentido…

—¡Me ha jodido la vida durante años! No tiene justificación ninguna lo que ha hecho. De haber sabido que Melissa vivía me habría ahorrado mucho sufrimiento. —La voz de Jonathan estaba cargada de ira, pero también de sentimiento. Alex no sabía ya si Jonathan iba a llorar o a cabrearse, o las dos cosas. Estaba sometido a mucha tensión y podía entenderle. Su situación era para volverse loco.

—Lo siento… Perdone, pero ahora no puedo hablar. Solo le diré que esa tal Melissa estuvo viviendo en Ohio todo el tiempo hasta que regresó a Nueva York este año y fue a verle. Y ese niño que tiene es hijo suyo, por si se lo ha preguntado. Su madre, Elizabeth, no lo quería como nieto y aún menos quería que se casara con esa chica, quiso poner tierra de por medio. Que sepa que de no haberme amenazado, no le habría mentido, pero tenía mucho que perder. Por favor no me contacte más, no quiero más problemas con su familia. —Colgó.

Jonathan se quedó demudado, con el teléfono en la mano y la boca abierta. Alex le cogió el teléfono y colgó por él.

—¿Qué ha pasado, Jonathan?

—Lo sabía… Siempre lo he sabido, aunque mi razón me decía que era imposible. —La voz de Jonathan era casi un susurro. Tenía la mirada perdida—. Daniel es mi hijo. Y Kate es Melissa. Cuando hace años contacté con Sanders, creí que me dijo la verdad, pero, por lo visto, mi madre se enteró de mis planes, se metió por medio y amenazó a Sanders para que no me revelara nada de Melissa ni nuestro hijo. Mi propia madre me engañó, Alex. —Jonathan miró a Alex con gesto de horror—. Cuando murió, no sentí el dolor que se supone que debe sentir un hijo por su madre, pero ahora sí que no lamento para nada que haya muerto. Era un monstruo, una madre desnaturalizada. ¿Cómo pudo repudiar al niño, si no tenía culpa de nada? ¡Su propio nieto! —Jonathan avanzó con la silla de ruedas a un estante del salón donde había libros, estatuas de arte y un par de fotos

de Elizabeth. Con su brazo bueno, lo alargó, cogió los retratos de su madre y los tiró al suelo con tal furia que el cristal estalló en mil pedazos. Alex se encogió—. Saca esa maldita basura de mi casa ahora mismo. Y hazme el favor de vaciar la habitación de mi madre. Tira toda su ropa a la basura, y cualquier foto que haya. Las joyas serán vendidas. No quiero nada de esa maldita bruja.

—Jonathan tranquilo… Ahora estás enfadado y…

—¡Alex, haz lo que te he dicho, por favor! —gritó. Alex no cuestionó nada más. Se puso a la tarea mientras un furibundo Jonathan, al que era mejor no molestar, se iba a la cocina y salía al jardín por la puerta trasera. Necesitaba respirar aire puro, aunque de poco le valdría. Tenía tanto rencor y furia acumulados que un poco de brisa fresca no iba a ayudarle mucho. Sentía que el pecho le ardía de dolor. Eran demasiados pensamientos y sentimientos. Su vida estaba cambiando a marchas forzadas. Eran demasiadas emociones. Quiso poner su mente en blanco y relajarse, pero solo consiguió llorar de rabia. Lloró por Melissa, por Daniel, que ahora estaban lejanos y perdidos, otra vez, y esta vez había sido por su culpa. Lloró por pensar en la madre que le había tocado y lo que le había hecho. Nunca podría perdonarla. Ella les había separado por segunda vez, algo que Jonathan no habría imaginado ni en sus peores pesadillas. El rencor le comía por dentro. Su madre ya no estaba, así que no podía recriminarle nada, y esa frustración le consumía. Todo había salido mal, y si su madre no se hubiera metido por medio, él habría encontrado a Melissa varios años antes. Quizá ni habría tenido el accidente. Se preguntaba tantas cosas que sentía que su mente se desbordaba de preguntas, preocupaciones y pensamientos.

Su objetivo era encontrar a Melissa. Tenía que seguir llamándola, y si no, contrataría a un detective que la buscara por todos los hoteles, moteles, hospitales. Tenía que encontrar a Melissa ahora que la vida la había puesto de nuevo en su camino. Y Daniel, tenía que volver a verle. Jonathan sabía que nunca más viviría tranquilo sin ellos en su vida.

—Os voy a encontrar, aunque me cueste la salud o la vida. —Se prometió mirando el horizonte.

****

Paul no se olvidaba de las palabras de Anderson. Recordaba la conversación una y otra vez.

—Se te acaba el tiempo, Weston, y yo sigo sin ver mi dinero… —dijo con voz seria.

—Lo voy a conseguir en breve, pero llevará gestiones de papeleo que tardaran días. El mes que viene tendrás todo lo que me pides. No

tardaré más en pagarte, te lo juro.

—Más te vale si no quieres quedarte igual que tu amigo Jonathan. Me debes mucha pasta, y la voy a cobrar sea como sea. Ya te di un aviso hace poco, no me hagas volver a dártelo. —Colgó.

Sí, recordaba cómo la tienda de deportes que había montado en Los Ángeles reventó y saltó por los aires. Afortunadamente, era hora de cierre y no había empleados, por lo que nadie salió herido ni muerto. Algo reventó y estalló en la tienda, provocando un gran incendio. El local quedó siniestro total. Había sido un aviso. Paul sabía que Anderson era más peligroso de lo que pudiera imaginar.

Nunca debió haberse metido en el juego, apostar tantas cantidades y con esos tipos. Pero los negocios de Paul triunfaban y él quería más y más. Los millones que tenía siempre se podían duplicar y triplicar, así que, ¿por qué no jugar y apostar?

Hasta que empezó a perder más dinero y varios de sus locales empezaron a ir mal. No entraba tanto dinero como tiempo atrás y otros locales, que incluso recibían famosos, se hacían de oro, a diferencia de los suyos. Era una zona de mucha competencia, no mejor que Nueva York.

Paul estaba en la habitación del segundo piso. Miraba por la ventana a un desolado Jonathan, que en el jardín, y todavía en su silla de ruedas, miraba al cielo, y parecía ensimismado en sus pensamientos. Sin duda le había afectado mucho la marcha de Kate. Con ella fuera de juego, lo tenía fácil. Pensaba hacerlo pasados unos días para que todo quedase natural. De haberle matado al día siguiente de irse Kate, habría parecido raro, como preparado. De momento todo estaba saliendo bien.

Le ahogaría con la almohada. Rápido y fácil. Lo haría por la tarde o por la noche, cuando ese metomentodo de Alex no estuviera por la casa.

—Tranquilo, tu sufrimiento está a punto de acabar, Jonathan Hamilton —susurró Paul mientras miraba a Jonathan a través del cristal de la ventana y se relamía de gusto al pensar en su fortuna.

****

Lenox Hill. Jueves

Estaba harta de estar en el hospital después de casi tres días. No me gustaban los hospitales ni estar sola. Pero necesitaba descansar. Todavía me dolía la tripa y la zona de los ovarios, como si tuviera la regla. Había estado manchando desde el martes, como si fuera una

regla extraña, e iba a estar unos días más así. Mi cuerpo estaba eliminando todas las sustancias de deshecho y eso podía llevar una semana o dos, según el ginecólogo. Me visitó varias veces y dijo que el viernes podía irme a casa siempre que guardara reposo y estuviera tranquila.

Los análisis tampoco estaban listos todavía, y aunque Robert me había visitado y había sido muy comprensivo y atento, yo seguía sintiéndome triste y decaída.

Había cogido el móvil de mi bolso y tenía más de cuarenta llamadas perdidas de Jonathan y otras tantas de Alex. Había oído sus mensajes, pidiéndome perdón y suplicándome que volviera, pero yo estaba en un momento tan delicado y oscuro que no me veía con ánimo de hablar con él, y mucho menos de volver a Hamilton House y mirarle a la cara y pensar en mi aborto, en el hijo que él me había hecho, y que habíamos perdido.

Se me acumulaba la información y temía su reacción. Decirle que era Melissa, que Daniel era su hijo y que había tenido un aborto natural, era una bomba emocional para cualquiera. Y yo no estaba en mi mejor momento emocional.

Brian me había estado visitando mucho. Preocupándose como si fuera Peter, lo cual agradecí, pues era mi única visita, a excepción de alguna enfermera, Robert y Carl Brady, el ginecólogo. Pero Brian era quién más me visitaba, pues siempre conseguía escaparse tras terminar sus consultas y no dudaba en emplear su tiempo libre para venir a verme.

En él veía muchos rasgos de Peter. Era atento, cariñoso, positivo y amable. Me trataba con respeto y cuidado. Empecé a cogerle cariño.

Aquella mañana vino a verme sobre las once, cuando me había despertado. Al verle entrar con su bata blanca, le sonreí un poco porque me alegraba verle.

—Hola Kate, buen día, ¿cómo estás? —Se acercó a mí cama, se inclinó y me besó en la frente.

—Un poquito mejor… Aunque estoy deseando salir de aquí.

—Bueno, quizá mañana por la tarde ya te puedas ir. Pero lo primero es lo primero, y tienes que estar aquí para asegurarnos de que estás bien y no hay complicaciones. De momento, todo va muy bien. He hablado con Carl y dice que no hay daños en el útero ni secuelas aparentes… Estás bien, dentro de lo que cabe, así que no creo que haya problema en que mañana te vayas. Yo mismo te llevaré a casa mañana. ¿Dónde vives? —Se sentó a un lado de mi cama y me miró con esos ojos castaños, que no eran como los de Jonathan. Me dio una punzada de dolor al pensar en él.

—No tengo ningún sitio… Estaba en Nueva York de paso, me instalé en casa de una persona por trabajo, pero he perdido el trabajo

y ahora mismo solo puedo vivir en un hotel…

—Entonces vente a mi casa. Vivo solo y tengo sitio de sobra. Si quieres, claro…

—No, Brian, eso sería abusar mucho de ti…

—Kate, solo hasta que te recuperes del todo. Necesitas estar con alguien, no puedes quedarte sola estos días. O eso, o sigues aquí ingresada.

—¿Lo dices en serio? Sé cuidarme sola…

—Ya sé que eres adulta y todo eso, bla, bla, bla, pero hablo en serio, como médico. Deberías estar cuidada por alguien lo menos una semana más, o dos como mucho. Después vete a donde quieras, pero mientras, deje que te cuide por unos días. No me cuesta nada prepararte la habitación de invitados. Vivo en un penthouse, un dúplex con vistas a Central Park. Tres habitaciones, dos baños, y en la terraza tengo una pequeña piscina y jacuzzi, ideal para relajarse, no me digas que vas a rechazar tal lujo. —Sonrió

—Una piscina en marzo, con este fresco, no invita mucho —dije con una media sonrisa.

—¿Y el jacuzzi calentito tampoco? Te prometo que te dejaré horas allí y no te molestaré… Ni siquiera me quejaré si lo dejas llenos de pelos largos…

—¡Oye! —protesté dándole un manotazo en el brazo, en broma. Él se echó a reír. Yo sonreí un poco más.

—Bueno, piénsatelo, una suite en el hospital o una suite en un penthouse de Central Park… —dijo burlonamente.

—Mañana te digo algo, ¿vale? —dije dulcemente, ya un poco más seria.

—Vale, pero que sepas que hago un chocolate caliente con cupcakes para chuparse los dedos…

—¿Vas a seguir tentándome como el demonio? —Él se carcajeó. Me sentía a gusto con Brian. Todo fluía entre nosotros y era agradable estar con él. Habíamos hablado mucho esos días y ya le sentía como un amigo. Aunque seguía teniendo el dolor de Jonathan en mi corazón, las bromas y risas de Brian me daban un pequeño bálsamo.

—Vale, ya me callo. —Me incorporé en la cama, ayudándome con los brazos, y sentí un pinchazo en la zona de los ovarios. Se me escapó un pequeño grito y un gesto de dolor. La sonrisa de Brian se borró.

—¿Qué ocurre, Kate?

—Nada, nada, es solo un pequeño pinchazo… Es que necesito ir al baño…

—No te muevas, todavía no estás bien. —Antes de que pudiera decir o hacer nada, Brian pasó sus brazos por debajo de mis piernas y me cogió en brazos. Me alzó como si no pesara nada. El camisón se me levantó y se me subió por los muslos, dejando a las vista mis piernas

largas. Con un brazo me agarré a su cuello. En ese momento nos miramos a los ojos. Yo me sentía cortada, pero en Brian me pareció ver algo más. Sus ojos parecían revelar algo que yo no podía captar.

—Estoy bien, Brian, bájame. —Le pedí casi en un susurro.

—De eso nada. —Me llevó hasta el baño, y me metió dentro, sentándome en una banqueta con sumo cuidado.

—Gracias, Brian, ya estoy bien, de verdad.

—Salgo, pero si necesitas algo, llámame. —Asentí. Él salió y yo pude hacer pis y, después, darme una breve ducha que necesitaba con urgencia. Por suerte había un camisón de repuesto colgado en una percha del baño. Me lo puse, y me sorprendió ver un paquete de plástico con cremallera, con lo que parecía ropa interior dentro. Lo abrí y había un sujetador y un par de braguitas, en blanco, de mi talla. Tenían encajes de rosas y no me pareció que fuera prendas que el hospital regalara. También había una miniatura de perfume de Dior. Me lo puse, agradecida de sentirme limpia, y me eché el camisón por encima.

Salí de la habitación y Brian me esperaba sentado en el borde de la cama. Me miró, se levantó como accionado por un resorte y corrió casi a mi lado. Me rodeó la cintura, estrechándome contra él. Volví a oler el perfume de Jonathan desprendiéndose de su cuerpo, y de nuevo sentí un aguijonazo de dolor en mi alma al pensar en Jonathan.

—¿Estás bien, puedes andar, te duele algo? —Se inclinó, me miraba preocupado.

—Estoy bien, Brian, tranquilo… —Me condujo a la cama, donde volví a tumbarme. Brian me tapó con la sábana y la manta y volvió a sentarse a un lado de la cama—. ¿De dónde ha salido la ropa interior y el perfumito? Me da que el hospital no da tales concesiones…

—Lo traje yo. Me imaginé qué talla usarías… ¿Acerté? —Asentí—. Me alegro. Supuse que te sentirías más cómoda y que querrías tomar una ducha y echarte algo de perfume. Son cosas básicas.

—Muchas gracias, Brian… No sabes cuánto te agradezco lo que haces por mí. En estos momentos tan duros, necesito todo el apoyo y cariño del mundo. Contigo me siento protegida y cuidada. —Él me miró y me sonrió.

—Es lo que hay que hacer, ni más ni menos. Por cierto, hablé con Robert, cree que para el martes estarán los análisis. —Eso me hizo despertar un poco de mi letargo de tristeza.

—¿En serio? No sabes qué ganas tengo de saber el resultado.

—Robert me lo ha contado. Parece una historia de película… Ese tal Paul del que hablabas, ¿crees que metió algo en el vino?

—No lo sé… Sé que Jonathan lo tomó y empezó a sentirse más cansado, tenía ojeras y vomitó. Yo lo tomé y me pasó casi lo mismo, pero ya no sé si es por el vino. Quizá era que mi cuerpo estaba

avisándome de lo que iba a pasarme. —La mirada se me ensombreció y también la voz.

—Bueno, tranquila… Sea lo que sea, lo sabremos. Tú ahora descansa, y si te sientes mal o te duele algo, no dudes en decirlo. —Asentí.

—Tengo consulta en cinco minutos, tengo que irme, pero me pasaré en un par de horas. Por cierto, te he traído esto. —Se levantó y fue hacia un mueble pequeño que había a un lado de la puerta de entrada. Abrió un cajón y sacó un par de revistas y un libro. Me lo dio y vi que las revistas eran de prensa rosa y cotilleos, el libro era *20000 leguas de viaje submarino*, de Julio Verne.

—Muchas gracias, Brian, eres un cielo. —Sonreí—. Me encanta Verne, parece que me leíste la mente.

—Soy psicólogo, recuérdalo. —Sonrió dándose unos toquecitos con el dedo índice en la cabeza.

—Para esto tendrías que haber sido clarividente… —Él se encogió de hombros—. Descansa, lee y come algo, luego te veo.

—Hasta luego, Brian. —Él salió por la puerta y la cerró con cuidado. Volví a quedarme sola.

Dejé en la mesilla el libro y una de las revistas. Me quedé con la otra y decidí abrirla para leer alguna noticia. Pasé varias páginas, pero no vi nada interesante hasta que el corazón me dio un vuelco al ver en una página a Jonathan anunciando los nuevos relojes Rolex. El anuncio era de hacía tres años. Llevaba una camisa blanca de raso, abierta, y una americana azul eléctrico. Se le veía en grande, hasta el pecho. El pelo rubio cortado pulcramente, su nariz recta con aletas perfectas, sus párpados carnosos envolviendo sus ojos azules vacíos y carentes de emoción, y una media sonrisa totalmente falsa, mientras alzaba el brazo para enseñar el reloj y apoyaba su mano en una columna blanca. «La elegancia es estilo», rezaba el titular.

El corazón me latió deprisa y me eché a llorar.

****

Me había quedado dormida llorando. Y con la revista sobre mi regazo. Estaba agotada. Agotada de mentir, de ocultar la verdad, agotada de sentirme triste. Una vez despierta, me quedé mirando la habitación con la mirada perdida. Me sentía cansada y pensar en Jonathan me dolía y me hacía llorar. Quería dormir y desconectar de todo porque estaba cansada de mi vida. Pero, por otro lado, estaba harta de sentirme un vegetal. Llevaba en cama y encerrada en esa habitación varios días y me estaba volviendo loca.

Me iría a casa de Brian, aunque solo fuera por perder de vista el hospital.

Pensé en Jonathan y el centenar de veces que me había llamado. En sus mensajes suplicantes. Casi se echaba a llorar de lo desesperado que estaba. Yo también le necesitaba. Tenía que oír su voz, y no quería que sufriera por mi causa.

Me levanté y comprobé que todavía me dolían los riñones. Estaba harta de estar así. Cogí el bolso, lo abrí y encendí el móvil. Ahora tenían ciento cincuenta llamadas perdidas. Jonathan debía estar volviéndose loco. Marqué pausadamente el número de Jonathan y con mano temblorosa me puse el teléfono al oído.

Al segundo tono descolgaron.

—¡Kate! gracias a Dios, Kate ¿cómo estás? ¿Dónde estás, cariño? —La voz de Jonathan sonaba eufórica, a la vez que preocupada. Había cambiado por completo. Yo quise llorar de nuevo. Tuve que respirar hondo, y agarrarme la tela de la falda del camisón para reprimir el llanto. Tenía un nudo en la garganta que me impedía hablar, pero hice acopio de valor.

—Hola Jonathan —dije casi en un susurro—. Siento no haberte llamado antes… Escuché tus mensajes…

—Kate, siento muchísimo lo que pasó. Solo quiero que vuelvas, por favor. Me estoy volviendo loco sin ti… Tenemos mucho de qué hablar, pero te prometo que esta vez no voy a ser el gilipollas de la otra vez. Reaccioné muy mal y lo lamento muchísimo. —Su voz sonaba sincera y eso me tranquilizó en parte. Aun con todo, no sabía si al revelarle la gran verdad reaccionaría tan bien.

—Jonathan, ahora no puedo volver. Tengo asuntos que resolver…

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estás?

—En Ohio. —Mentí—. Me quedaré unos días. Te prometo que volveré a Hamilton House, pero ahora no.

—¿Es que ha pasado algo? ¿Está bien Daniel?

—Sí, sí, no te preocupes por él, está muy bien, pero soy su madre y tengo que quedarme aquí unos días por temas del colegio, nada grave. Además, necesito unos días tranquilos después de lo que pasó entre nosotros, ahora se me hace difícil volver…

—Kate, respeto tu decisión, pero por favor no tardes en venir. Te necesito… Te necesito más que nunca… Por favor.

—¿Estás bien? ¿Ocurre algo?

—No ocurre nada, salvo que te amo y quiero estar contigo. Tu ausencia me ha roto en dos, y me he dado cuenta de que no importa lo que pase, mientras estemos juntos.

—No sé, Jonathan… El otro día no parecía que pensaras eso…

—Lo sé, y lo siento muchísimo, no sabes lo que daría por volver atrás y actuar de otra manera. No he dejado de lamentarlo desde ese día. Kate, te lo suplico, vuelve conmigo por favor…

—Jonathan por favor. —La voz me tembló—. Te pido que tengas

un poco de paciencia. Lo he pasado mal estos días y me he quedado anímicamente muy débil… Necesito unos días para recuperarme. Te pido solo eso, que tengas un poco de paciencia. Ya hablaremos en otro momento, tengo que dejarte…

—Está bien Kate, tendré paciencia. Si me prometes que volverás, te creo. Siento haber sido el responsable de tu mal estar… Lo siento en el alma. —Su voz sonaba frágil.

—Vale, no pasa nada… Ya hablaremos en otro momento… Adiós…

—Kate… —Antes de que dijera nada más, colgué. Ya no podía aguantar más, y en cuanto corté la llamada, me eché de nuevo a llorar. Odiaba mentirle y estar lejos de él. Su voz me sonó frágil, dulce y cargada de preocupación. No era el mismo Jonathan que me hablaba con frialdad e ignoraba mis lágrimas. Pero aun así, todavía me dolía su reacción y me daba miedo que reaccionara peor si le decía todo lo demás que no sabía.

Volví a la cama y me acosté. Me puse de lado, en posición fetal. No podía con mi vida y quería desaparecer.

****

Jonathan

Paul se marchará en cuanto Melissa vuelva aquí. Incluso antes de que vuelva. La necesito aquí. ¿Cómo no busqué más allá? ¿Por qué me quedé solo con la palabra de Sanders? Pero claro, ¿quién podría sospechar que mentía y que mi madre estaba detrás, como una gran conspiración?

Recuerdo a Daniel, lo dulce, cariñoso e inteligente que es. Melissa supo cuidarle y le dio todo el amor que ella tiene por dentro, pero ¿por qué no vino a mí y me dijo que teníamos un hijo? ¿Por qué no apareció antes? Tengo tantas preguntas que hacerle, hay tanto que quiero saber…"

****

Domingo

Acepté la proposición de Brian cuando el viernes por la tarde me dieron el alta. Brian tuvo el detalle de ir al hotel donde me había alojado y me trajo mi maleta pequeña donde guardaba algo de ropa y cosas de aseo.

Me instalé en su penthouse, que me pareció estéticamente increíble. Tenía dos plantas con escalera, una pequeña piscina y un

jacuzzi en la terraza, junto con un par de hamacas y una mesa de cristal con dos sillas y una sombrilla. En la casa, las habitaciones eran espaciosas y los ventanales del salón, que llegaban del suelo al techo, ofrecían una vista espléndida de la ciudad, casi como si fuera una postal.

Me sentí mejor de verme fuera del hospital. Parecía como si poco a poco saliera del pozo oscuro donde me hallaba.

Todavía sangraba y me encontraba algo cansada, pero Brian me cuidó como si fuera una niña pequeña. Me dejaba semitumbada en el sofá, arropada con una manta, me traía caldos calientes, filetes de pollo y carne con ensalada, fruta y hasta postres. Vimos películas y charlamos de muchas cosas.

Una noche, me costó conciliar el sueño. Estaba tumbada de lado en la cama. La luz de la luna y de las luces de la ciudad entraba en la habitación a través de los visillos blancos que cubrían el ventanal. Yo pensaba en Jonathan, al recordar que en Hamilton House también entraba la luz de luna muchas veces por la cristalera de la terraza de su habitación. En esas noches él dormía a mi lado y yo me apoyaba en su pecho. Pero ahora estaba sola y su vacío me dolía.

Me puse a llorar de nuevo hasta el punto de que mojé la almohada. Y debí de llorar un poco alto, aunque procuré hacerlo en silencio, porque noté una presencia en la habitación.

—Kate. —Era la voz de Brian. Se había levantado. Miré el reloj de la mesita. Era la una de la noche.

—Lo siento, ¿te he despertado? —dije con voz congestionada y enjugándome las lágrimas con el dorso de la mano. Me iba a girar para mirarle, pero entonces noté su cuerpo sentándose sobre la cama. Me di la vuelta, quedando boca arriba, y le miré. Llevaba una camiseta de manga corta y pantalones largos de pijama. Estaba despeinado, pero pude ver el brillo de sus ojos.

—No, es que me levanté a beber agua y te oí llorar… No podía dejarlo estar, siento si soy pesado.

—Eres un cielo —dije alzando el brazo y tocándole la mejilla con la palma de la mano. Él cerró los ojos por un momento y suspiró, como absorbiendo ese momento. Retiré la mano por si le había incomodado.

—Todo se va a arreglar —me dijo—. Arreglarás las cosas con Jonathan, ya verás. —Yo le había hablado de Jonathan, pero no le había contado todo. Solo que trabajaba en su casa y que habíamos tenido una relación, que habíamos discutido y me había echado. No le había contado lo de Daniel ni que yo ocultaba mi identidad. Brian había sido muy respetuoso y no quería preguntar si yo no lo contaba. Le había explicado lo de Paul y mis sospechas. Había sido liberador poder hablar con alguien sobre lo que me preocupaba, aunque fuera solo en parte.

—Gracias por tus ánimos, Brian… Es que me siento tan sensible con todo lo que ha pasado. —Mi voz empezó a temblar de nuevo—. Han sido tantos cambios bruscos en poco tiempo… Y lo del aborto me duele tanto… Nunca sabré si era niño o niña, ni cómo habría sido…

—Kate, no te centres en ese pensamiento. Eso ya no tiene arreglo, cariño. Tienes que pensar que no has sufrido daños internos, y podrás volver a quedarte embarazada. Muchas mujeres tienen incluso varios abortos y después pueden llevar otro embarazo a término. Eres fuerte, tienes salud y eres joven. Tienes que centrarte en ese pensamiento. —Yo asentí, pero volví de nuevo a llorar al pensar en que un hijo se me había perdido por el camino—. Ven aquí. —Me abrazó. Yo no me opuse. Lo necesitaba. Me abracé a Brian, rodeándole la espalda y ocultando mi cara en su cuello. Lloré un poco más y le mojé la camiseta con mis lágrimas, pero a él no le importó, siguió acariciándome la espalda. Su cariño y sus palabras me reconfortaron. Tras un rato, me volví a recostar en la cama. Él me limpió las lágrimas con un kleenex.

—Perdona por molestarte tanto con mis quejas y lloros. Llevo unos días horribles…

—Kate por favor, eres un ser humano, si no estuvieras así, serías un trozo de madera. —Sonreí ligeramente—. Descansa. Duerme todo lo que necesites. Yo mañana vuelvo al hospital, pero vendré a las tres de la tarde. Mi casa es tu casa, así que no tengo que decirte más…

—Gracias, Brian. Descansa tú también. —Se levantó de la cama, me arropó mejor y se inclinó para darme un beso en la frente.

—Buenas noches

—Buenas noches, papá. —Bromeé. Él rio un poco. Casi con una pequeña sonrisa, logré dormirme.

****

Lunes. Hamilton House

Después de que Alex se hubiera ido, Paul puso la mesa y sirvió la comida. Ensalada de pollo, sopa de carne y flan. Jonathan seguía mustio, poco hablador y serio la mayor parte del tiempo. Paul sabía que era por la marcha de Kate, pero le daba igual el estado de ánimo de Jonathan. Ya había pensado cargárselo el miércoles o jueves y así terminaría su sufrimiento por esa chica. Estaba harto de esperar.

Se sentó a comer con Jonathan y, aunque Paul tenía hambre y devoraba la comida, él comía lentamente y en pocas cantidades. Además, no hablaba, y eso hacía más tenso el ambiente. Paul empezaba ya a estar más que harto.

—Jonathan, deberías comer más. Llevas unos días muy alicaídos,

comiendo mal, y eso no es bueno para tu salud…

—¿Y cómo quieres que esté? —Increpó Jonathan, mirándole dolido por su falta de sensibilidad—. Kate se ha ido… La quiero aquí conmigo y no está…

—Tú la echaste… Deberías haber hablado con ella más calmadamente quizá…

—¿Qué? —Exclamó Jonathan airado—. Tú fuiste quién me vino con el cuento de que ella me había mentido… A mí me sentó fatal, se me rompieron los esquemas y tú no hiciste nada por mediar.

—¿Y qué podía hacer? Tú tenías bastante claro que no la querías aquí. Yo solo te dije que te había mentido. No te dije que la echaras.

—Paul, ¿sabes qué? Creo que deberías irte de Hamilton House. La verdad es que planeo que Kate vuelva. Vamos a arreglar las cosas y creo que contigo aquí todo sería más difícil. Lo siento, pero creo que deberías irte dentro de unos días. Esta misma semana a ser posible… No quiero sonar maleducado, pero creo que, al contarme eso, jodiste todo, y yo estaba muy bien con Kate antes de que mi madre y tú llegarais. Es mejor que te marches a Los Ángeles o te alojes en un hotel.

—No te preocupes, Jonathan, pensaba marcharme esta misma semana. Dame un par de días más si no te importa y me iré. Lamento haberte molestado, no era mi intención. Solo creí que no debías ser engañado. Me pareces buen chico y por respeto a Elizabeth…

—A mi madre ni la nombres —cortó Jonathan apretando la mandíbula—. Fue una mala persona. No tienes ni idea de qué cosas me hizo…

—Vaya… Lo siento… Subiré a hacer unas llamadas para aligerar mi marcha. No quiero molestarte más.

—Sí, por favor, haz lo que tengas que hacer, pero márchate pronto. No puedo esperar más a que Kate vuelva. Ella es mi prioridad.

—Muy bien… —Paul se levantó de la mesa. Se le habían quitado las ganas de comer.

****

4:35 p.m. Bosque de Lynn

El día anterior había llovido. Así es cuando Carter disfrutaba más del footing, Correteando por los caminos de arena, ramas y piedrecillas, o por la hierba mullida de los bosques, aspirando ese aroma a vegetación fresca y mojada de lluvia. Estaba pasando unos días en casa de Shannon y adoraba los bosques que había a pocos kilómetros de la urbanización de casas donde Shannon vivía.

Solía salir a correr, aunque solo, pues Shannon no era aficionada al

deporte y solía venir cansada de la oficina.

Carter disfrutaba de la soledad del bosque de Lynn. En plena ciudad siempre había demasiada gente, y eso que le encantaba Central Park, pero el bosque de Lynn tenía un encanto especial por ser tranquilo y salvaje.

Carter llevaba corriendo más de cinco minutos. Decidió parar y andar con paso tranquilo mientras tomaba aire. Oyó el cantar de unos pájaros y parándose, cerrando los ojos y poniendo los brazos en jarra, respiró el aire que aún olía a lluvia.

Después de jornadas intensivas de trabajo en la oficina y el bullicio de la ciudad se agradecía esa paz y silencio.

Llevaba unos guantes de semi lana rojos y un chándal negro Nike compuesto de pantalón y sudadera, y un ligero chubasquero corto. No tenía frío, pese a que en el bosque hacía más fresco que en la ciudad. Además, correr le había calentado el cuerpo.

—¡Socorro! ¡Por favor! ¿Puede ayudarme? —Carter abrió los ojos. Salió de su estado zen de relajación. Miró a los laterales del bosque y al sendero de arena que se abría paso frente a sus pies. No vio nada, pero entonces, instintivamente miró hacia atrás. Entonces le vio. Era un chico de unos veintitantos, vestía ropa deportiva, un chándal negro y una sudadera blanca de Nueva York.

Estaba inclinado, doblado sobre sí mismo y apoyando las palmas de sus manos en las rodillas. Jadeaba y parecía fatigado. Carter se extrañó de no haberle visto antes ni haber oído nada. Aquel chico parecía haber salido de la nada.

Carter fue corriendo hasta él, pues se encontraba a una distancia de unos veinte metros.

—¿Qué le ocurre, se encuentra bien? —Carter se aproximó al joven.

—Creo que me he torcido un tobillo y además estoy mareado. ¿Puede agarrarme, por favor? Creo que me voy a desmayar… —Su voz sonaba cascada.

—No se preocupe. —Carter llegó por fin al chico—. Me llamo Carter, ¿y usted?

—Nick Johnston. —Carter estaba a escasos centímetros de Nick, preocupado y frunciendo el ceño, intentando ver qué le pasaba. Entonces Nick se irguió lentamente, hizo que apoyaba su mano derecha en el hombro izquierdo—. Creo que además tengo un tirón en el brazo.

—Vale, tranquilo, Nick, déjeme ver. —Fue un segundo o quizá menos. El brazo de Nick salió disparado, dando un codazo a Carter en la cara. Eso sirvió para dejar fuera de juego a Carter, que aulló de dolor y se llevó las manos a la cara. Nick, entonces, cerró la mano en un puño y dio con todas sus fuerzas un puñetazo a Carter en la boca

del estómago. Este se dobló lleno de dolor y Nick aprovechó para dar su golpe final. Otro puñetazo en la zona cervical de Carter, haciendo que este cayera finalmente al suelo de arena y ramitas secas.

Carter estaba mareado, dolorido y confundido, pero una furia que no esperaba se despertó en él y le hizo reaccionar. Se sorprendió de que la nariz no le hubiera sangrado. Sus guantes rojos no estaban manchados de sangre, como él hubiera esperado.

Carter alzó la vista, aún tirado en el suelo, y se incorporó de medio cuerpo. Vio que Nick se echaba mano a la cintura y en un segundo sacó una pistola. Tenía un cañón apuntándole y Carter pensó que era el fin. Pero entonces su instinto de supervivencia se activó.

—¡Espera! ¿Quién eres? ¿Qué quieres? —Carter quería distraer a ese tipo.

—Te lo he dicho, Nick. Y querer, solo matarte. No es nada personal, solo un encargo.

—¿Un encargo? ¿De quién? —Las alarmas de Carter se activaron.

—Confidencial. —Sonrió. Amartilló la pistola y Carter sabía que ante eso no podía hacer nada. La bala saldría rápido y en un segundo le alcanzaría de lleno. Tenía a Nick a menos de un metro y luchar era imposible.

Nick apretó el gatillo pero, para su sorpresa y la de Carter, no salió ninguna bala. La pistola se había encasquillado milagrosamente, o eso pensó Carter. Nick miró a la pistola, torciendo la boca en gesto de fastidio, y volvió a apretar. Esa pequeña fracción de segundo de distracción le dio tiempo a Carter para reaccionar. Propinó una patada fuerte a la espinilla de Nick. Este aulló de dolor y Carter se levantó del suelo.

En menos de dos segundos, Carter, lleno de furia por la afrenta y por el dolor de los golpes, derribó al suelo a Nick con un fuerte empujón, aprovechando el desconcierto y sorpresa de Nick.

No tuvo tiempo ni de reaccionar, pues todavía se preguntaba qué demonios había pasado con la pistola.

Tirado en el suelo, Carter aprovechó para patear a Nick en los costados, lo que dejó fuera de juego al sicario. Nick perdió la pistola cerca de los pies de Carter. Este, como un gato, se agachó y cogió el arma apuntando a Nick.

—Bien, ahora mismo vas a decirme quién coño te ordenó que me mataras… Me lo vas a decir o voy a apretar el gatillo y te aseguro que ahora no se va a encasquillar.

—Espera, espera, no dispares joder. —Nick intentó levantar las manos, pero los golpes le habían dejado aturdido y no podía casi con su alma.

—No tengo tiempo ni paciencia, dime de una puta vez el nombre de quién te ordenó matarme y por qué o te juro que disparo… Y

puedo hacerlo antes en otras partes de tu cuerpo que no te matarán en el acto. No me pongas a prueba…

—Paul Weston. —La voz de Nick sonó seca, pastosa por el miedo —. Fue Weston. No me explicó mucho, solo que no quería dejar cabos sueltos y que no confiaba en ti. Tenías un acuerdo en el que tú le habías contratado para algo y le habías prometido beneficios, pero me dijo que creía que le acabarías matando después de que el trabajo estuviera hecho. No sé más, te lo juro. —Carter se quedó de piedra. ¿Paul Weston? ¿Su mentor? ¿El hombre que le dio la vida que su padre Elias le negó? La mente de Carter reaccionó rápido. El peligro era mayor de lo que él hubiera imaginado.

—Muchas gracias. —Y Carter apretó el gatillo. La bala salió disparada y aterrizó en la frente de Nick. Este cayó fulminado de espaldas sobre el suelo. Sus ojos estaban abiertos. Carter agradeció que la pistola tuviera silenciador. El disparo ni se oyó. Por suerte, llevaba guantes. Tiró la pistola al lado del cuerpo inerte de Nick.

No podía dejarle con vida, no se fiaba de que no volviera, y, además, si Paul se enteraba, que lo haría, seguramente por las noticias, vería que su plan había fallado y que Carter era más peligroso y duro de lo que parecía. Era un aviso a Paul.

Pero aún con todo, Paul no se libraría de su merecido. Carter tenía contactos, y no era la primera vez que había matado a alguien. Tendría que quitar de en medio a Paul ahora que este le había declarado la guerra. Con Paul muerto, todo sería más fácil. Un enemigo menos.

Carter echó a correr y se alejó del cadáver de Nick. Salió por el bosque de Lynn gracias a un atajo que un día Shannon le había enseñado mientras daban un paseo. En menos de diez minutos llegó a la urbanización. Agradeció no haberse encontrado con nadie por el camino. Entró en casa… Shannon aún no había llegado, lo cual era extraño. Entonces le pitó el móvil. Tenía un mensaje de WhatsApp. Era de Shannon. Le decía que había quedado a comer con una amiga del trabajo y que se retrasaría. Ese día estaba de suerte. Si la policía preguntaba a los vecinos e interrogaba a la urbanización y le tocaba a él, diría que ese día estaba ocupado en casa trabajando con el ordenador. Algunas veces así era, así que eso le diría a Shannon cuando volviera de la ciudad. No podía dejar suelto ningún cabo.

Subió al piso de arriba y se dio una ducha caliente y larga, mientras maquinaba cómo quitar de en medio al hombre que había estado dispuesto a acabar con su vida.

****

Miércoles. 23:30 p.m. Penthouse de Brian

Había dejado de sangrar el martes. Como pronosticó Carl, la hemorragia podía durar siete días, diez o cuatro. Cada cuerpo era un mundo.

Después de unos días de dolores tipo regla, cansancio, tristeza, hemorragia y muchas lágrimas, el miércoles, tras una semana del aborto, parecía encontrarme bastante recuperada.

Había hablado solo un par de veces con Jonathan, pero intentaba colgar enseguida para no echarme a llorar, pues todavía me dolía estar lejos de él.

Brian y yo nos habíamos hecho buenos amigos y sabía que le echaría de menos, pero amaba a Jonathan y mi lugar estaba con él. Aun así, siempre recordaría con afecto que Brian me había cuidado y apoyado en un momento oscuro y triste de mi vida. Incluso me había comprado algo de ropa para que estuviera más cómoda en casa. Unos vestidos de tirantes, semi largos y de algodón, pintados a mano, muy originales. Uno de color azul con lunas blancas y otro lila con un gato y un árbol. Cuando me los trajo, me hizo tanta ilusión su detalle que le abracé y casi me echo a llorar. Alguien me cuidaba y se preocupaba por mí. Era una pequeña alegría en un pozo de tristeza.

Aquella noche fue la despedida.

Había tomado la decisión de volver por sorpresa a Hamilton House el jueves. Ya no podía aguantar más sin Jonathan.

Brian pidió comida china para cenar, en plan despedida. Comimos en el sofá, frente a la televisión, con las cajitas de pasta, arroz y sushi en la mesa de cristal frente a nosotros. Brian había puesto música de George Michael y el ambiente era ameno.

—Lamento que te vayas, pero lo entiendo. —Ambos estábamos sentados en posición india, frente a frente, en el sofá de piel color caramelo. Brian metió los palillos en su cajita blanca de cartón y se comió unos tallarines. Yo iba a coger un pedazo de sushi consistente en un cuadradito de arroz con una tira de salmón.

—No perderemos el contacto, Brian. Has sido mi médico y mi amigo en los días oscuros que pasé. No podría irme y olvidarme de ti. Quedaremos alguna vez, y me gustaría que conocieras a Jonathan.

—Estaré encantado de hacerlo y de teneros entre mis amistades… Sobre todo a ti, Kate. —Su mirada dulce y profunda pareció cambiar —. Por cierto, Los Hamptons están muy lejos de aquí. ¿Cómo piensas irte?

—En transporte público o taxi, supongo.

—De eso nada. Te llevas el Audi. Yo tengo dos coches en el garaje y con uno me basta para ir al trabajo y el otro lo necesitas tú. Ya iré a Hamilton House a recoger mi coche. —Me guiñó un ojo. Sonreí.

—No quiero abusar más de tu amistad, Brian. Ya has hecho mucho

por mí…

—Tonterías. Te llevas el Audi. Me quedo más tranquilo si lo haces. Y cuando llegues allí, y soluciones todo, llámame y dime qué tal todo. Aunque sé que todo saldrá bien, ya verás.

—Ojalá sea así—dije suspirando.

****

Cuando llevaba conduciendo más de dos horas, sonó el móvil. Lo cogí del salpicadero, activé el altavoz y lo dejé sobre mi pierna.

—¿Dígame?

—¿Kate? Soy Robert Kingston, del hospital.

—¡Hola, Robert! ¿Qué tal? —Supuse que llamaba para preguntar qué tal estaba, como había hecho otros días anteriores…

—¿Cómo estás tú, querida?

—Bastante mejor, ya no sangro y anímicamente me encuentro más recuperada.

—No sabes cómo me alegro, pero Kate, te llamo para algo sumamente urgente. Ha pasado algo… Tienes que saberlo y creo que vamos a necesitar de los servicios de la policía… Si es que aún estamos a tiempo… —Las alarmas se me dispararon. Supe que se trataba de los análisis.

—¿Qué ha pasado, Robert? —Mi voz estaba cargada de preocupación.

—Me ha llegado el informe de laboratorio. El vino contenía una toxina derivada y alterada de una medicación para dolores musculares, el nevtrill. Tomada durante más de dos semanas en dosis inadecuadas provoca infarto de miocardio y la muerte. Pero anteriormente da síntomas como cansancio, palidez, vómitos… Kate, ese hombre que te trajo la botella quiere matar a Jonathan. Voy a llamar a la policía, si está todavía allí hay que ir a detenerle… Tenemos la botella como prueba, y hay algo más… Tu aborto fue provocado por la ingesta de ese vino… No cabe duda… Lo siento muchísimo…

—Dios mío —dije horrorizada. Sentí un nudo en el pecho y la garganta. Quise llorar, pero tenía que mantenerme fuerte para lo que iba a pasar. Con Paul destapado, ya podía oler un nuevo caos. Policía, preguntas, detención… Un nuevo reto emocional para Jonathan y yo —. Estoy yendo ahora mismo a Hamilton House, creo que llegaré en media hora o menos si me doy prisa. —Aceleré un poco—. He dejado a Jonathan en manos de un loco… Si le pasa algo no me lo voy a perdonar en la vida, Robert… —Mi voz estaba teñida de pesar. El corazón me palpitaba salvaje.

—¡No, Kate! Escucha, no puedes ir tú sola allí, ese hombre es un

peligro. Voy a llamar a la policía, no se te ocurra ir allí tu sola…

—Estoy de camino, Robert. No me echaría atrás ni aunque pudiera… Llama a la policía. —Bajé la mano al móvil y colgué. No quería discutir más. Si me daba prisa, podía llegar a Hamilton House en veinte minutos. Estaba muerta de nervios. Me eché a llorar. Por saber que el aborto se podía haber evitado, por todo lo que ocultaba a Jonathan, porque si llegaba a Hamilton House y me encontraba a Jonathan herido o muerto me culparía toda la vida y sería una desgraciada. Las cosas iban a cambiar. Ya no podía más. Tras el aborto y la nueva ausencia de Jonathan a mi lado me había planteado muchas cosas. Tuve mucho tiempo de reflexionar. Estaba decidida a contar a Jonathan toda la verdad. Por fin me quitaría la máscara. No más mentiras. Ni siquiera le ocultaría lo del aborto, aunque le doliera.

No podía seguir mintiendo al hombre que amaba y yo ya no podía más con la pesada carga que llevaba mi alma.

Las próximas horas serían decisivas.

****

Hamilton House. 15:15 p.m.

Un cielo gris plomizo y un viento fresco coronaban Hamilton House. Las copas de los árboles se agitaban y se avecinaba lluvia.

Jonathan se sentía más alicaído ese día. Seguía echando de menos a Kate, que no había hecho amago de volver, y el tiempo gris unido a su aburrimiento, no hizo más que empeorar su estado de ánimo. Pidió a Paul que le acostara en la cama. Quería echarse una siesta. Ni siquiera había comido. No tenía ganas. Cada día sin Kate se le hacía más cuesta arriba. Paul le colocó en la cama con ayuda de la grúa. Le quitó los zapatos, pero le dejó los calcetines y le echó una ligera manta por encima. Jonathan casi ni le miraba. Tenía la mirada triste y perdida. Paul ya lo había pensado la noche anterior. Ese sería el día. Ya no podía esperar más. Le ahogaría con la almohada. De noche sería mucho lío, con la policía en casa de madrugada, preguntas y una noche eterna. Decidió aprovechar esa siesta para hacerlo. Así todo se terminaría antes. Llamaría a emergencias diciendo que Jonathan no respiraba, que no se había despertado de la siesta.

Se fijó en que Jonathan tenía en la mesilla derecha el alfiler de pelo que le había regalado a Kate. Era un dragón muy bonito, y la varilla de metal acababa casi en un pico. No le extrañaba que ella lo hubiera dejado ahí tirado. Se le antojaba incómodo de llevar y, como habían roto, supuso que ella no había querido nada de él.

—Muchas gracias, Paul… Puedes retirarte —dijo Jonathan con voz cansada. Tenía ganas de haberle contestado «no soy tu criado, chico»,

pero decidió no montar ninguna escena ni alterar a ese muerto viviente. Prefería tenerlo como estaba, cansado, alicaído y sin ánimo para nada.

—Si necesitas algo, estoy en la habitación de al lado. —Jonathan asintió ligeramente y se quedó recostado sobre la cama, no completamente tumbado. Miró a la ventana con gesto triste y cansado, y Paul decidió salir de la habitación.

Se metió en la suya, y esperó nervioso un rato para que Jonathan se durmiera y entonces atacar. Pasaron diez minutos o quizá quince. Entonces decidió hacerlo.

Sigilosamente, salió de su habitación y se metió en la de Jonathan. Le encontró con los ojos cerrados y su respiración era tranquila. Se fijó en que había un cojín grande y mullido en una hamaca de la habitación. Kate se había sentado ahí muchas veces mientras Alex hacía la fisioterapia a Jonathan. Paul se acercó con paso sigiloso y lento. Incluso se había quitado los zapatos para no hacer ruido. Cogió el cojín con ambas manos. Miró de nuevo a Jonathan. Seguía dormido. Se aproximó a él lentamente, con el cojín en las manos, y alzó los brazos un poco para echárselo sobre la cara en un acto rápido. Le preocupaba que se defendiera con el brazo que tenía bueno. Pero sabía qué hacer. Hincaría la rodilla en su brazo y se echaría con todo su peso sobre su él, mientras le ponía el cojín en la cara y apretaba. Forcejearía inútilmente con ese brazo, pero el resto de su cuerpo seguiría inmóvil. Lo tenía fácil.

Paul pensó «Uno… dos… ¡tres!». Fue rápido como un felino. El cojín pareció comerse la cara de Jonathan y Paul soltó una risita. Jonathan sofocó un grito, gemía y gritaba ahogadamente, y su brazo se movía frenético, pero Paul le puso encima la rodilla y cargó todo su peso mientras con los brazos presionaba el cojín.

—Lo siento Jonathan, pero es la única forma… —se oyó una puerta abrirse estrepitosamente. Paul sintió una punzada de miedo. Alzó el cuello e intentó afinar el oído.

—¡Jonathan! ¡He vuelto! —Paul sintió que le abofeteaban. Era la voz de Kate. ¡No podía ser! ¿Justo en ese momento? ¿En serio?

Paul apretó con más ganas el cojín y aulló de dolor cuando sintió un pellizco que le atenazó la piel. Apartó la pierna por puro acto reflejo ante el dolor, liberando el brazo de Jonathan y quitando fuerza a la presión que ejercía contra el cojín.

Entonces se dio cuenta de que Jonathan se las había ingeniado para pellizcarle con todas sus fuerzas y su rabia. Con el brazo bueno, Jonathan sacó fuerzas y apartó un poco el cojín, ladeó la cara y encontró una pequeña abertura de aire.

—¡Socorro! ¡Kate! —gritó con todas sus fuerzas. Pero Paul, airado, volvió a presionar el cojín, solo que ahora Jonathan usaba su brazo

bueno, y a ciegas, intentaba apartar las manos de Paul con su mano funcional, pero no era suficiente. Necesitaba dos manos para quitársele de encima. Entonces Jonathan pensó que era el fin.

****

Eché a correr. Crucé el vestíbulo casi tropezándome, y subí las escaleras como si fuera la carrera de mi vida.

El grito de Jonathan me dio fuerzas y puso a mi cuerpo en alerta. Su voz sonaba ahogada, a punto de desfallecer, asustada, y supe que algo horrible estaba pasando. Robert había avisado a la policía, según su última llamada, así que era cuestión de poco tiempo que llegaran a la finca. Por suerte, me había llevado las llaves. Dejé la verja y la puerta principal abiertas para facilitar la entrada de la policía.

Corriendo, llegué al segundo piso y entré veloz a la habitación de Jonathan. Cuando crucé la puerta, grité horrorizada. La imagen no podía ser más horrible. Paul estaba ahogando a Jonathan con un cojín.

—¡¡NOOO!! —Ni tuve que pensármelo. Saqué del bolsillo de mi vaquero un spray de pimienta. Me tiré a la cama y sobre Paul como una gata enfurecida. Sorprendentemente, en su locura, y obsesionado con matar a Jonathan, supuse, me ignoró y prosiguió con su intento de asesinato. Yo aproveché para, una vez encima de Paul, arañarle la cara con mis uñas, pero él se giró y yo le rocié la cara con el spray… Él gritó de dolor y se llevó la mano a los ojos. Aprovechando que estaba ciego temporalmente, le empujé y cayó al suelo, al lado de la cama.

Quité el cojín de la cara de Jonathan y lo tiré al suelo.

—¡Jonathan! —sollocé. Su cara estaba roja, congestionada. Todavía estaba vivo, pero muy atontado. Le di unas palmaditas en la cara y él reaccionó, parpadeando varias veces y por fin abriendo los ojos—. ¡Jonathan, mi amor! Estoy aquí…

Jonathan no habló, respiraba entrecortadamente. Le cogí de la cintura y del cuello y le erguí más sobre la cama.

—Cariño tranquilo, estoy aquí… Respira, respira. —Le rodeé el cuello con mi brazo. Su respiración empezaba a ser más normal. Me miró y me encontré con sus ojos azules. Su mirada era dulce, llena de amor. Había cambiado completamente. Pero ¿por qué? Ni siquiera cuando las cosas iban bien entre nosotros me miró con tantísimo amor y esperanza.

—Melissa —me dijo. Me miró profundamente y su barbilla tembló —. Has sido tú todo este tiempo, y creo que en el fondo siempre lo supe, aunque sabía que era imposible. —Su voz se quebró. Yo me quedé de piedra, mirándole con la boca entre abierta, el corazón latiéndome a mil por hora y sintiendo que me mareaba. ¿Sabía la verdad? ¿Pero cómo?

—Jonathan, yo… —No pude reaccionar. Jonathan gritó «cuidado». Me había descuidado de Paul. Este había gateado por el suelo, hasta ponerse en el otro lado de la cama, y había saltado sobre mí. Me agarró del cuello y me tumbó boca arriba a unos centímetros de Jonathan. Sus manos fuertes y grandes se cerraron en mi cuello, presionando y atenazando como una pinza. Sentí presión en la cabeza, las sienes y un dolor lacerante en la garganta. Oía los gritos de Jonathan, sus sollozos de rabia, de impotencia. Se había echado a llorar, pero también gritaba loco de ira.

—¡Suéltala, hijo de puta! ¡Suéltala! ¡Te daré lo que quieras, pero déjala, déjala por Dios! —Jonathan gritaba y lloraba desesperado. No podía moverse, su brazo no era suficiente y, además, lo sentía medio dormido y dolorido por la presión que Paul había ejercido sobre él. Paul le ignoró y siguió apretando, mirándome con odio, apretando los dientes en un gesto de desprecio.

—¿Sabes qué? Te diré algo antes de que te mueras. Yo propicié el accidente de Elizabeth. Tu amigo Peter reventó y se podía haber salvado solo con que no hubiera metido las narices aquí. Pude haberlo evitado, pero no lo hice. Quiero a tu amado muerto y yo heredaré todo como Elizabeth me prometió. No sabes cómo me están pisando los talones, no puedo hacer otra cosa. Así que pónmelo fácil y muérete. Enterraré tu cuerpo por ahí y nadie te echará de menos… —Me apretó aún más. No quise pensar en lo que me había dicho. Ahora tenía que sobrevivir. Yo intentaba quitar sus manos inútilmente. Parecían de piedra, y como si se hubieran fundido con mi cuello. Entonces la idea vino a mí como un destello. Recordaba que había visto fugazmente mi pinza del pelo en la mesita de Jonathan. Solo tenía que estirar el brazo, cogerla y, entonces, clavársela en el cuello a Paul. Él seguía apretando, concentrado en mí. Los gritos de Jonathan cada vez eran más fuertes. Sollozantes, llenos de súplicas e insultos. Estaba desquiciado. Me recordó a cómo se puso el día que nos separaron en Blue Lagoon, casi lloraba y suplicaba igual, y el corazón se me partió de nuevo. Tenía que parar aquello.

Estiré el brazo. La mesita estaba casi rozándome. Agarré el alfiler del pelo y, con un movimiento rápido, se lo clavé con todas mis fuerzas a Paul en un lateral del cuello. Este no gritó. Sus ojos se abrieron como platos. Se llevó mano al cuello. El alfiler estaba metido hasta la mitad y un chorro de sangre empezó a deslizarse por su garganta. Este se apartó, despacio, y al bajar de la cama, se tambaleó y cayó al suelo, con la espalda apoyada en la pared. Yo tosí varias veces, todavía algo mareada. El cuello me dolía y todavía notaba los dedos de Paul como garras.

—¡Melissa! —gritó Jonathan sollozando—. ¡Melissa! —Me incorporé lentamente. Le miré. Sus ojos reflejaban terror y tristeza.

Tosí de nuevo. Casi me arrastré a su lado. Me apoyé en él, posando mi cara en su cuello y rodeándole la cintura. Entonces me eché a llorar. Habíamos estado a punto de morir. Él me abrazó fuerte con su brazo bueno y se echó a llorar. Yo también. Supongo que lloramos por todo. Por nuestra vida entera separados y por ese día tan dramático y teñido de dolor.

Paul seguía apoyado en la pared, con gesto de dolor, sin hablar. Ninguno hablamos. El silencio se vio roto por las sirenas de la policía y los agentes al entrar en casa.

Capítulo 11

Jonathan y yo estábamos en Lenox Hill a las cuatro de la madrugada el día del trágico suceso. Teníamos que estar en observación unas 24 o 48 horas y se nos haría un análisis toxicológico. Sobre todo a Jonathan, que había bebido más vino que yo.

Me encontraba cansada, la garganta me dolía y tenía marcas moradas en el cuello. Jonathan llevaba una mascarilla de oxígeno y una vía de suero, pues presentaba algo de deshidratación. Nos dieron una habitación donde estábamos los dos solos, cada uno en una cama.

Brian y Robert habían entrado a vernos, y para mi sorpresa Brian y Jonathan se habían conocido algunos años atrás en una fiesta. Brian se había ofrecido como psicólogo de Jonathan, pero este nunca requirió sus servicios. Según Jonathan, se dio cuenta de que nadie iba a cambiar su pensamiento por muchas palabras que le dijera, y decidió romper la tarjeta de Brian. Ahora en el hospital, tras destaparse todo, incluido mi aborto, Jonathan le había cogido estima al saber lo bien que Brian me había cuidado. Pude ver que nacía una amistad entre los dos hombres.

Robert programó la operación de Jonathan para finales de mes. También declaró a la policía y presentó el informe de laboratorio del vino envenenado. Yo declaré, y Jonathan también, añadiendo que Paul había confesado preparar el accidente de Elizabeth que también acabó con la vida de Peter.

Paul había muerto de camino al hospital, en la ambulancia, pese a que le atendieron y taponaron su herida. Murió desangrado, por complicaciones de la puñalada, dijeron. Había sido claramente en defensa propia, así que no me pasaría nada. Pasados unos días, podría volver a Hamilton House.

Nos dejaron dormir unas horas, después del caos de tarde y noche con la policía, las declaraciones y las pruebas.

Era de madrugada, y aunque Jonathan dormía gracias a un Valium,

yo no lo conseguía. No dejaba de dar vueltas a todo lo que había pasado. Recordaba la conversación que Jonathan y yo habíamos tenido cuando al declarar a la policía, Robert dijo que mi aborto había sido provocado por el nevtrill. Habrían acusado a Paul de homicidio de haber quedado vivo, y se le imputarían tres muertes.

Jonathan tragó saliva y se echó a llorar amargamente después de mirarme demudado, sorprendido y con su cara hecha un poema… Él no sabía que iba a ser padre de nuevo y la noticia del aborto le partió en dos. Brian pidió que nos dieran unos momentos a solas. Entonces pudimos hablar de todo.

—Iba a contártelo cuando pasáramos este caos. No voy a mentirte nunca más sobre nada, te lo juro —dije con lágrimas—. Pero no quería hacerte más daño… No estaba preparada, además… Todavía lidiaba con nuestra ruptura, y el aborto me descolocó por completo. Fue horrible… Lo siento…

—No estabas en Ohio como me dijiste. —Sollozó, con la barbilla temblándole y los labios en una mueca de tristeza—. Estabas en un hospital y habías perdido a nuestro niño… Melissa, yo habría estado a tu lado… ¿Cómo pudiste afrontar eso tu sola? Tenías que habérmelo dicho… Siento que siempre te he dejado sola con todo… Cuando nació Daniel, cuando perdimos al bebé… Me siento fatal…

—Cariño, no fue tu culpa, no podías saberlo, no eres adivino. —Le acaricié la cara y le limpié las lágrimas.

—Iba a ser padre otra vez —susurró, con la mirada perdida y nuevas lágrimas inundando sus ojos—. Dios mío… Ese hijo de puta solo vino para sembrar el mal. —Rompió a llorar y entonces le abracé de nuevo. Y él a mí. Lloramos de nuevo juntos, compartiendo el dolor.

—Lo volverás a ser —sollocé—. Carl me dijo que no había sufrido daños internos y que podría volver a quedarme embarazada. Te quiero… Y nunca más me separaré de ti, nunca más te mentiré sobre nada, te lo juro.

—Así será… Dios, no me puedo creer que estés aquí conmigo. —Se separó de mi abrazo y me miró con ojos llenos de emoción, sus preciosos ojos azules que rebosaban lágrimas. El duro Jonathan Hamilton, con su coraza rota, su corazón de hielo derretido, y más frágil y humano que nunca—. He sufrido como un condenado todos estos años sin ti. He sido tan infeliz y desgraciado… Cuando Sanders me dijo que habías muerto… Esa noche quise suicidarme, estuve a punto de volarme los sesos, pero me daba miedo… Fui un cobarde incluso entonces. Solo quería estar a tu lado, Melissa…

—Ahora lo estás, y siempre estaremos juntos, cariño. Nadie nos va a volver a separar —dije con voz cargada de sentimiento.

—¿Por qué no viniste a mí? Sabías de mi existencia… Si hubieras venido a Hamilton House o a mis oficinas podríamos haber estado

juntos desde entonces. Y haber compartido juntos los años de Daniel… Ahora siento que me he perdido la mitad de su infancia…

—Cariño, quise hacerlo, pero me daba miedo… Te veía tan duro, frío. Pensé que habías cambiado tanto que quizá no me querrías o que sería cruel con el niño… Ya no había nada del Jonathan de Blue Lagoon… Quizá yo también fui una cobarde…

—Te entiendo. No puedo culparte… Yo era un cabrón, entiendo que no reunieras ánimo de venir a verme… Pero nunca habría rechazado a Daniel… Estoy orgulloso de nuestro hijo. Lo has criado muy bien. Solo que lamento no haber estado ahí, lo lamentaré todos los días…

—Ahora te quedan muchos años más para estar con él, y conmigo…

—Melissa. —Me besó en los labios. Yo también le besé, mientras dos lágrimas me resbalaban por la cara. Me apretó contra él. Nuestro beso duró y duró. No queríamos separarnos ni un segundo—. De alguna manera supe que eras tú, aunque parece una locura. Sentí contigo una conexión especial. Como Kate, me enamoré de ti. Quiero que lo sepas. Aunque todavía tenía a Melissa en mi cabeza, tú eras como ella. Me has hecho feliz desde que llegaste en enero. Es justo que lo sepas. Siempre te he querido, incluso cuando parecía que no.

—Lo sé… Sabía que me querías… Tuve dudas en algunos momentos, pero en el fondo sabía que me querías.

—¿Por qué no me dijiste desde el principio quién eras? Quizá todo hubiera sido más fácil… —Sus ojos azules me miraban dulcemente.

—No podía. Para empezar, una noticia así te hubiera roto todos los esquemas, y yo quería toda la atención para tu salud y tu recuperación, sin distracciones ni sobresaltos. Y, además, quería que te enamoraras de mí desde cero, no porque te sintieras alimentado por un recuerdo del pasado.

—Pero para mí eras más que un recuerdo. Mis sentimientos por ti nunca cambiaron. Sé que solo estuvimos un mes escaso juntos, pero nos amamos de verdad, pese a ser adolescentes y ser novatos en todo. Para mí nunca fue un amor de verano, fue el amor de mi vida. Me hubiera gustado tenerte en mi vida mucho antes. No sabes cuánto te necesité. Lo infeliz que fui, y más creyendo que habías muerto. Mi madre lo enturbió todo por segunda vez. Creo que nunca se lo perdonaré…

—Cariño, no pienses en eso ahora… Ella era como era, seguro que también tuvo cosas buenas.

—Pues yo apenas recuerdo nada salvable. Lamento también lo de Peter… Era un buen hombre… —yo suspiré.

—Yo también. No se merecía ese final para nada. He pensado mucho que, si no hubiera ido en ese coche, estaría vivo… Pero se

empeñó en ir con tu madre y no pude hacer nada… o eso quiero pensar —dije con voz triste.

—No es tu culpa, Mel. —Esbocé una leve sonrisa y le acaricié el pelo—. Todo ha sido tan fuerte… Incluso cuando no sabía nada de la verdad. Por ejemplo, con Daniel sentí como electricidad cuando le vi la primera vez. Nunca te lo dije, pero me enamoré de él. De su vitalidad, alegría, inocencia… De lo divertido y educado que es. Se parecía tanto a mí que me quedé en shock… Me decías que era hijo de Molly y mi mente no podía entenderlo. —Sonreí un poco.

—Siento haberte puesto en esa situación. Daniel lo sabía, y siempre se lo tomó todo con mucha deportividad. Le prometí que un día estaríamos juntos los tres. Él guardaba muchos recortes de fotos tuyas. De la colección de Rolex, de los trajes Armani…

—Oh por favor, qué encanto. —Sonrió—. Ahora me tendrá en persona. Nunca más me separaré de él ni de ti… Si todo sale bien y me recupero quiero volver a vivir en la ciudad, en el loft de Manhattan. Buscaremos un buen colegio para Daniel, pero no interno, quiero que le tengamos en casa a las cuatro de la tarde. Ya me le he perdido bastante… Y aprovecharemos los fines de semana para cambiar de aires y volveremos a Hamilton House.

—Me parece un plan estupendo. —Sonreí.

—Y otra cosa… Cuando sea el momento, quiero que nos casemos… Quiero que estemos unidos de todas las formas posibles. Melissa, eres mi alma gemela, no sabes lo feliz que soy de tenerte a mi lado… Para mí esto ya era imposible en esta vida. —La voz se le quebró, la barbilla le tembló, y entonces yo le abracé y le besé la cara.

—Nada me hará más feliz que ser tu esposa, vivir con Daniel y volver a tener otro bebé contigo… Nuestro futuro será de ensueño… Nos lo merecemos y estoy segura de que seremos muy felices.

—Si estás conmigo, sí. No quiero perderte nunca más. —Me estrechó contra él. Me apretó fuerte, pero no me importó. Le quería tanto y le sentía tan cercano que bien podría haberme fundido con él y ser los dos un solo ser.

****

Carter estaba sentado en el sofá de la casa de Shannon viendo las noticias. Había salido la noticia de la muerte de Paul Weston y la reportera informaba de que Weston había estado a punto de matar a Jonathan Hamilton y a su cuidadora, Melissa Catherine Foster.

Carter no mostró exteriormente ninguna reacción, porque no quería delatarse especialmente y que Shannon notara nada, pero sentía que todas las alarmas se le disparaban. El plan que ideó con Paul había fracasado estrepitosamente. Jonathan se le había vuelto a

escapar. Tendría que pensar en algo para volver a hacerle daño y recuperar su fortuna.

Por otro lado, había salido limpio de la muerte de Nick. La policía llegó, alguien avisó de un muerto en el bosque de Lynn. Hicieron preguntas a los vecinos, pero no se sacó nada en claro y no había sospechosos. Carter estaba tranquilo.

Iba a vengarse de Paul, pero Jonathan se lo había puesto fácil, o mejor dicho la tal Melissa, que, según las fuentes, había defendido su vida clavando en el cuello de Paul un alfiler japonés de pelo. Carter sonrió, aquella chica tenía arrestos. Le gustaba. Pero era de Jonathan. Como siempre, todo lo mejor era siempre para él.

Carter empezó a pensar en cómo infiltrarse en la vida de Jonathan, mediante quién y cómo. Ahora, sin Paul, estaba solo de nuevo. Tenía contactos y gente de confianza, pero había confiado más en Paul, que era como su mentor. Ahora tendría que empezar de cero. Pero lo haría. Era como un ave fénix que resurgía de las cenizas. Y volvería a resurgir.

****

26 de Marzo. Hospital Lenox Hill

Era el día de la operación. Todos estábamos muy nerviosos, y no era para menos. Aunque Daniel ya sabía que Jonathan se había enterado de todo, y pese a sus ganas para estar con su padre en un día tan importante, decidimos dejarle mejor en Ohio al cuidado de Molly, Fred y la abuela Nana. No queríamos que un niño tuviera que aguantar las largas horas en el hospital, la espera, el cansancio y los nervios. Tenía mi móvil y pensaba llamar a casa en cuanto supiera algo.

Estaba en la habitación de hospital con Jonathan. Robert ya estaba en quirófano y Jonathan iba a ser llevado hasta allí por dos enfermeros en cuestión de minutos. Brian había subido para dar ánimos. Los dos juntos, pegados brazo con brazo, estábamos sentados cerca de la cabecera de la cama de Jonathan. Yo cogiéndole de la mano y Brian sonriendo.

—Va a salir bien Jonathan, y después de esto te retaré a carreras por Central Park… Veremos quién gana —bromeó Brian con aire jovial.

—Sabes de sobra que ganaré yo… Siempre gano, amigo. —Sonrió Jonathan.

—No me cabe duda, tienes a Melissa… Me parece el mejor premio. —Yo le miré sonriendo.

—Sí, con ella todo es más fácil… solo espero poder volver a ser el que era. Daniel y ella me necesitan completamente funcional y sano.

—Oye, que en la silla de ruedas también has hecho muchas cosas —dije dulcemente. Él sonrió un poco—. Te querré igual si no resulta… Y Daniel también, sabes que te adora… Molly me dijo que no ha dormido nada en toda la noche. No ha ido siquiera al colegio. Está muy preocupado por ti, cariño. Pero ya le he dicho que todo saldrá bien.

—Y claro que saldrá bien —dijo Brian—. Robert es muy bueno en lo suyo, y a mí me parece una operación innovadora y con bases muy asentadas. Que me aspen si no sale bien…

—No apuestes mucho, Brian, y cuidado con lo que apuestas…

—Estoy seguro, Jon. Algo me dice que esto va a ser un éxito. —La puerta de la habitación se abrió y entraron dos enfermeros. Suspiré y el corazón me latió desbocado.

—Hola Jonathan, ya tenemos que bajarte. Está todo listo en quirófano, ¿estás preparado?

—Preparadísimo —contestó Jonathan.

—Pues vamos allá. —Los enfermeros se apoyaron en la cabecera de la cama y la sacaron de la habitación. Se disponían a meterle en el ascensor—. Melissa, Brian, hasta aquí podéis llegar. Ya le bajamos nosotros. Robert dice que dentro de unas horas se sabrá qué tal fue. Podéis esperar en la habitación, más tarde subirá el doctor Kingston.

—De acuerdo —musité—. Jonathan cariño, todo saldrá bien, eres un luchador y un ganador, ya verás cómo todo sale perfecto. Te quiero. —Le tiré un beso.

—¡Mucha suerte Jonathan, lo lograrás! —le animó Brian.

—¡Gracias! —se despidió y las puertas se cerraron. Tenía el corazón en un puño.

Brian me estrechó contra él pasándome un brazo por los hombros.

—Tengo mucho miedo, Brian… No quiero perderle…

—No digas enormidades, Melissa… Va a salir bien, lo presiento. Vamos, te llevaré a la habitación. Ahora no hacemos nada aquí y Jonathan te necesitará despierta y «funcional», como él dice. —Yo sonreí un poco.

—Está bien. —Nos metimos en la habitación y esperamos, y esperamos. En unas horas la vida de Jonathan cambiaría o seguiría igual.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 12

Siete meses después. Octubre 2016. Hamilton House

La finca de Jonathan estaba vestida con motivos de Halloween. Calabazas, esqueletos, luces que pendían de los árboles y colores naranjas, negros, rojos y morados. Había un cubo negro con agua lleno de manzanas, dulces y postres; música, y, como no, una docena de niños disfrazados de los monstruos más variopintos.

Daniel había optado por disfrazarse de vampiro, y aún con la cara pálida y los chorretes de sangre por las comisuras, estaba guapísimo. Seguía siendo un calco de Jonathan, con su flequillo despeinado cayéndole en mechones por la frente.

Daniel y sus amigos estaban celebrando la festividad de Halloween en Hamilton House.

Molly, Fred y la abuela Nana también estaban instalados en la finca, pasando unos días.

Daniel tenía, incluso, una casita en el árbol y no dudó en usarla y compartirla con sus amigos del colegio.

Yo estaba sacando unas calabazas con luz y poniéndolas en las escaleras del gran porche. Me agaché y las coloqué, cada una a un extremo. Me erguí y, al darme la vuelta, proferí un grito. Una cara de hombre lobo, con las fauces abiertas, me cortó el paso, congelando aún más el ambiente con un gruñido gutural. Entonces, segundos después, se escuchó una risita, y la máscara reveló la verdadera cara.

—Siempre picas… —me dijo todavía riendo y sosteniendo la careta con una mano.

—Eres un diablo de lo peor —contesté meneando la cabeza, todavía con el corazón latiéndome fuerte.

—Pues no lo sabes tú bien. —Y, sonriendo, me besó en los labios. No fue un beso rápido, sino un beso dulce, húmedo y lleno de amor. Creo que estuvimos besándonos casi un minuto, o eso me pareció. Siempre nos pasaba que cuando nos besábamos, ya no podíamos soltarnos y encadenábamos una ristra de besos uno tras otro.

Me rodeó la cintura con un brazo. Yo le abracé la espalda. Sentir su contacto siempre me hacía subir al cielo. Me abracé a él, sonriendo, aspirando su perfume, y apoyando mi cabeza en su hombro, en su jersey gris de lana, suave y mullido. Sus brazos me rodearon y abrazaron fuerte.

Tenía a Jonathan conmigo, sano, feliz y sin su silla de ruedas. Lo había conseguido. Peter hubiera estado orgulloso.

Desde el porche, vimos como Daniel y sus amigos reían y jugaban

en la casa del árbol. Tenían juegos de mesa de miedo y habían instalado luces de colores, música y jugaban tranquilos y felices. Sus risas y voces nos llegaban desde lejos. Me sentía feliz y plena, con toda la familia reunida por fin. Me desprendí del beso de Jonathan antes de calentarme mucho más.

—Creo que la abuela Nana habrá horneado ya los cupcakes. Voy a llevárselos a Daniel —dije con voz melosa a un centímetro de los labios de Jonathan.

—Voy contigo. —Sonrió. Nos cogimos de la mano y entramos en casa. Cruzamos el amplio vestíbulo y entramos a la cocina, donde la abuela Nana, con un delantal rosa y blanco, sacaba una bandeja del horno repleta de cupcakes de chocolate, vainilla, nata y fresa. Fred estaba apoyado en la encimera de la mesa rodeando a Molly de la cintura y bebiendo una Budweiser.

—E aquí la parejita. —Sonrió Fred.

—Buenas, familia —saludó Jonathan sonriendo. Se acercó a la bandeja de los cupcakes y metió el dedo índice, llevándose un trozo de crema de cacao en el dedo. Jonathan lo chupó y Nana le dio un ligero manotazo.

—¡Jonathan! Eres peor que el niño. —Protestó Nana. Fred se rio.

—Abuela Nana, no es mi culpa que seas tan buena cocinera y pastelera. —Sonrió pícaro.

—No me vengas con halagos, zalamero. —Sonrió ella intentando parecer seria.

—Es verdad Nana, eres muy buena —apostilló Fred e hizo lo mismo que Jonathan. Nana protestó de nuevo y todos estallamos en risas.

—Creo que le llevaré yo la bandeja a Daniel, que veo que por el camino os vais a comer todos los dulces —dijo, atravesando la cocina con la bandeja en alto para que ninguno pudiéramos picar de nuevo.

—Nana, ¡es Halloween! Tiempo de dulces. —Sonrió Jonathan—. No seas tan dura.

—¡Peores que niños! ¡He dicho! —Y desapareció por la puerta de la cocina. Reímos.

—Bueno chicos, ¿os vais a quedar unas semanas más, no? —preguntó Jonathan cogiendo una cerveza de la nevera.

—Uff, no sé, Jony, tengo algunos trabajos en Ohio que me requieren. Varias vecinas me han llamado para trabajillos de arreglos en casa. Son trescientos dólares más. No puedo decir que no. Creo que solo podremos quedarnos unos pocos días más —dijo Fred con aire lastimoso.

—Yo te pago tres mil si te quedas. —Molly abrió los ojos como platos y Fred se quedó boquiabierto. A mí no me extrañaba y sonreí, mirando al suelo.

—No podemos aceptar eso, Jonathan… Es mucho dinero y sería abusar de tu confianza —dijo Molly con timidez.

—Por favor, somos familia… Estoy muy contento de teneros aquí… No quiero que os marchéis tan pronto. Dentro de unos meses nos mudamos a la ciudad, a Manhattan. He comprado allí un penthouse increíble, con habitaciones de sobra para todos, y estáis más que invitados a venir cuando queráis. Entiendo lo de vuestros trabajos, pero en fin… Haced una excepción. —Sonrió arrebatador.

—Yo debería volver a la escuela con las clases. Me debían vacaciones y me las tomé ahora, como un favor personal de la directora. Creo que también tuvo que ver que salieras en todas las noticias con motivo del éxito de tu operación… Trato de favor, supongo —dijo Molly, afable.

—Sea lo que sea, te permitieron unas minivacaciones, pues aprovéchalas, Molly. Y tú, Fred, igual. Ya volveréis a Ohio. Y por favor, aceptad el dinero.

—Jonathan, no podemos. Es muchísimo dinero. Volveremos en otra ocasión, nos vamos a ver millones de veces, pero dentro de tres días tenemos que volver a Ohio. El trabajo nos requiere…

—No puedo convencerte ¿verdad? —preguntó Jonathan bebiendo un trago.

—Sabes que no, soy terco como una mula. —Sonrió Fred

—Por favor, aceptadlo —dije. Todos me miraron—. Daniel está muy feliz, yo también, y Jonathan. Nos gustaría que después de todo lo que ha pasado, todo lo que hemos luchado, y ahora que tenemos días felices, los aprovechemos. Al menos por Daniel… Está encantado de teneros aquí. Ha sido un poco duro para él pasar de vivir en Ohio y veros a diario, a venirse a Nueva York, con colegio y amigos nuevos, y no veros ya tanto… Hacedlo por él… —Fred y Molly intercambiaron una mirada de duda.

—Venga, no os lo penséis tanto, simplemente, decid que sí —dijo Jonathan jovial.

—De acuerdo, nos quedaremos… pero con una condición —dijo Fred.

—Soy todo oídos —dijo Jonathan, sonriendo como el gato de Cheshire.

—Nada de dinero. Y nos quedamos solo cinco días más, casi una semana… Ese es el trato. Ni para ti ni para mí…

—Hecho. —Jonathan ofreció la mano y cuando Fred iba a cogérsela, Jonathan la apartó y dio un abrazo a Fred. Ambos rieron y se palmotearon la espalda. Yo y Molly nos miramos, sonriendo. Sabía que Jonathan se saldría con la suya de algún modo. Era un negociador nato, y sabía que solo había dicho que sí a Fred para contentarlo.

Sonreí. Estaba orgullosa de Jonathan.

Aún recordaba los meses anteriores. Cómo la operación fue un éxito, salió en las noticias y se hicieron entrevistas a Robert y Jonathan. La operación pionera había dado sus frutos gracias a las ideas de Peter y Robert.

Jonathan pudo empezar a moverse a las cuarenta y ocho horas de ser operado. Su rehabilitación era diaria y de cuatro horas. En parte en el hospital y en parte en casa con Alex. Jonathan andaba al principio con ayuda de un andador, y luego con muletas. Sus pasos parecían los de un anciano. Lentos y a veces tambaleantes. Era como aprender de nuevo a andar. Los brazos los movía, y cogía pesas pequeñas para fortalecer el bíceps, y cada vez la carga era mayor. Al final, sus brazos se pusieron tonificados, fuertes y con músculo marcado.

Cada vez empezó a andar con más soltura, más rapidez, y su entrenamiento físico modeló su cuerpo, esculpiendo sus pectorales y su abdomen. Su cuerpo parecía el de un Aquiles o un Héctor. Su piel era suave, y a veces nos quedábamos en la ducha, de pie, abrazados, con el agua cayéndonos encima y absorbiendo esos momentos juntos, queriéndonos sin nada que lo impidiese. Yo pegaba mi cara a sus pectorales. Su vello negro y fino me acariciaba la cara y a veces depositaba besos pequeños en su pecho de casi piedra, mientras él esbozaba una sonrisa y me acariciaba el pelo.

El día que dejó la silla definitivamente, en mayo, lloré de alegría. Él también lloró y nos abrazamos emocionados.

Ahora, Jonathan ya andaba bien, y se movía tranquilo y seguro como si jamás hubiera estado en una silla.

Estábamos enamorados y teníamos una familia unida. Mi padre se había ido de viaje por ciudades de Europa, pero pensaba regresar pronto. Ya había estado en verano con nosotros y todo había ido bien. Aunque Jonathan no tenía familia, yo le cedí completamente la mía. Y así, éramos felices.

****

Habíamos subido al ático. Nos besábamos sin dejar un resquicio para tomar aire. La pasión entre nosotros parecía crecer con cada día nuevo. Jonathan siempre estaba muy caliente y siempre tenía ganas de sexo. Ahora que estaba bien y que podía volver a hacer vida normal, y además me había recuperado, tenía motivación más que suficiente para querer siempre estar besándome, tocándome o estar dentro de mí.

Yo le deseaba mucho y me entregaba encantada a sus apetitos, que también eran los míos. Me parecía el hombre más sexy del mundo, con su flequillo despeinado, sus ojos azules, que con la luz se tornaban

casi verdes, su cara agraciada y ese cuerpo fuerte, tonificado, con músculos marcados y con la curva de la uve en la cintura. ¿Cómo no iba a apetecerme entregarme a él y a la roca que era su cuerpo? Había entrenado su cuerpo a conciencia para ser el que una vez fue. Y ahora que yo estaba en su vida, tenía más motivación y ganas por todo.

No recordaba haberle visto triste desde aquel aciago día en que se enteró del aborto.

Durante todos esos meses hablamos mucho y de todo.

Jonathan estaba maravillado y sorprendido de que durante todos esos años yo no hubiera tenido pareja ni nuevas experiencias sexuales. Eso le hizo idolatrarme aún más y el brillo en sus ojos aumentó. Por el contrario, él había tenido varios encuentros sexuales que yo prefería no conocer.

—Pero quiero contártelo —me dijo, cogiéndome de las manos en el balancín del porche de una fresca madrugada de julio—. Yo solo buscaba calmar mi alma con tu recuerdo, Melissa. Aunque supiera que todo era un engaño. Buscaba chicas que se parecieran a ti… y en el momento íntimo les tapaba media cara con un pañuelo que olía al perfume que llevabas en el campamento… Pensaba en ti todo el tiempo y lloraba de rabia. Nunca quise a esas chicas ni estuve enamorado. Estaba loco por no estar contigo. No hubo más que un coito normal… ni preliminares, ni sexo oral, ni nada más… No podía hacer nada con nadie… Siempre estabas en mi cabeza. No me dejabas avanzar, eras como mi demonio personal. Quiero que lo sepas todo. La verdad. No los chismes que contaban sobre mí. No soy ese hombre golfo que parecía… y las conquistas no fueran tantas…

—Gracias por ser sincero. —Sonreí un poco y le acaricié las manos —. Lo cierto es que sí que me dolía saber de esas cosas, así que me siento mejor al saber lo que había detrás… Yo no podía entregarle mi cuerpo a otro teniéndote en mi pensamiento y mi corazón. Me hubiera sentido sucia y violada. Y seguía enamorada de ti. Sabía que algún día volvería a verte… No sé cómo, quizá por Daniel… Pensaba buscarte a la larga… Cada vez me era más difícil ignorarte cuando te veía en ciertas revistas, y hasta en televisión, en galas y premieres. Sufrí mucho por no tenerte y verte tan frío y diferente… Sin embargo, Daniel te adoraba y guardaba un montón de recortes de ti anunciando Rolex, trajes o asistiendo a galas. Se lo permití, por supuesto, eras su padre después de todo.

—Gracias, Mel… gracias por no meterle ideas raras o hablarle mal de mí… Has sido una madre perfecta y has luchado mucho. Por eso tengo que decirte algo. Y darte algo. —Puse cara de sorpresa y alcé una ceja. El cielo estaba bañado de estrellas, la luna asomaba redonda, blanca y resplandeciente. La finca se extendía ante nosotros, amplia, como un mar de color verde. Las copas de los árboles se balanceaban.

En el porche, estábamos sentados y pegados uno junto al otro en el mullido balancín, con varias luces titilando en la pared. Jonathan sacó del bolsillo de su vaquero una cajita roja de terciopelo. El corazón me dio un vuelco—. Ya he esperado bastante y no quiero esperar más. —Abrió la cajita y se reveló un anillo de pedida. Era un aro de plata con un corazón con la forma de un diamante perfectamente tallado. Brillaba y lanzaba destellos aún con la poca luz que había. Abrí la boca, miré a Jonathan, emocionada—. Melissa Catherine Foster, ¿quieres casarte conmigo? ¿Ser mi esposa? —Asentí emocionada

—¡Sí, sí, y mil veces sí! ¡Claro que sí! —Jonathan esbozó una amplia sonrisa y me colocó el anillo en el dedo anular derecho. Me lo quedé mirando absorta, feliz y emocionada.

—No sabes lo feliz que me haces… No puedo esperar a que seas mía completamente —me dijo en un susurro en mis labios, mirándome con amor y rodeándome la cintura. Me besó y yo acaricié su cara, me fundí en su beso, que me pareció que duró más de cinco minutos. Al separar nuestros labios, ambos sonreímos y nos miramos embebecidos de nuestro amor. Cualquiera diría que estábamos bobos.

—Es lo que siempre he querido —le dije a punto de llorar—. Soy tan feliz. —Y me eché a llorar—. No sabes cuánto deseaba estar a tu lado, y con Daniel… Te hemos echado tanto de menos…

—Oh cariño, ven aquí. —Me abrazó contra él y me estrechó fuerte. Le rodeé la cintura con los brazos y yo también me apreté contra él—. Nunca más os dejaré… te lo prometo.

—¿De verdad? Porque no podría soportarlo, Jonathan, otra vez no… Si me quedo sin ti, prefiero morirme… —dije con la voz congestionada por el llanto.

—Te lo prometo, cariño, nunca nos volveremos a separar. Nos casaremos en diciembre, con la Navidad. Nuestra boda será de ensueño, como un cuento de hadas. No te mereces menos. Te quiero, mi vida. —Me besó la frente varias veces. Estando en sus brazos me sentí inundada de su amor. Recordé la de noches que me dormí llorando, anhelando su calor y su cuerpo. Sobre todo cuando estaba embarazada de Daniel, cuando me sentía más vulnerable. Echaba de menos tener su apoyo, su amor, y compartir con él la llegada de nuestro niño. Sin embargo, estaba sola afrontando un embarazo, con el corazón roto. Aunque tenía a mi familia, no me bastaba. El amor de Jonathan me faltaba y eso me ensombrecía, pero con la llegada de Daniel y el parecido con Jonathan, el mal ánimo se me había aplacado un poco. Era como tener a Jonathan, en cierta manera. Aunque a veces no sabía si eso me aliviaba o me daba más pesar por no tenerle, pues Daniel era el recuerdo latente y vivo de Jonathan, que no estaba conmigo.

Quizá Jonathan también había sido mi demonio personal.

Pero, con todo, en la distancia nos amábamos y no podíamos vivir el uno sin el otro. Quizá éramos almas gemelas o algo más trascendental que no sabía explicar.

En el ático, solos y tranquilos, podíamos dar rienda suelta a nuestra pasión. Allí no subía nadie y podíamos tener intimidad. Entre besos y risas, nos íbamos chocando con cajas y algunos muebles. Pero cuando oímos que algo se caía al suelo con gran estrépito, nos paramos en seco y cortamos el beso. Jonathan se agachó al suelo y cogió un cuadro de menos de un metro de alto que había caído de una mesa donde estaba puesto tumbado.

—Vaya, ¿pero qué tenemos aquí? —Esbozó una sonrisa maravillado mientras cogía el cuadro con ambas manos y estiraba los brazos para contemplarlo mejor. El marco era de pan de oro. Me acerqué y abrí la boca, perpleja. En el cuadro estaba pintada una pareja joven. La chica era muy hermosa, de ojos verdes, pelo castaño oscuro, largo hasta la cintura, espeso y con raya en medio. Su cara era redonda, con labios carnosos pero pequeños, cejas un tanto arqueadas, nariz pequeña. Parecía una muñeca, sexy y dulce a la vez. Vestía un corsé azul marino de raso coronado con un broche de zafiro cuadrado de unos siete centímetros. Supuse que esa joya valdría una fortuna. Sus hombros y brazos estaban al descubierto y la falda larga del vestido también era de raso, estilo princesa, como si llevara un miriñaque que abombara la falda.

A su lado había un joven. Iba vestido de chaqué. El traje era negro, el chaleco gris claro y la corbata negra de raso con un alfiler que era una bola de nácar, quizá una perla. Tenía el pelo rubio peinado pulcramente, raya a un lado y un flequillo peinado hacia un lado y levantado ligeramente, haciendo un poco de tupé. De haberlo despeinado, le habría caído un flequillo por las cejas. Sus ojos azules tenían un brillo extraño. Miraban sonriendo un poco, parecían felices, aunque adoptaban una pose seria para el retrato. Ambos estaban de pie el uno junto al otro, como si estuvieran unidos por la cadera. La chica tenía el brazo derecho doblado, pues su mano se apoyaba en el pecho del hombre. Alrededor de su cintura se veía la mano del joven, con dedos elegantes, uno de ellos coronado por un sello de rubí. La otra mano reposaba en un bastón con la empuñadura de oro y la cabeza de un león. El bastón era de madera barnizada. El otro brazo de la chica caía sobre su falda, casi tapado, pues ella estaba ligeramente de lado.

—Jonathan… ¿quiénes son? —pregunté en un susurro de asombro. Apoyé mis manos sobre sus hombros y pegué mi pecho a su espalda—. Se parecen mucho a nosotros… —Empecé a estar asustada. Cuánto más miraba el cuadro, más parecido le veía a nosotros.

—Se trata de Claire Brenneman y Mitchell William Henry

Hamilton. El primer Hamilton. Es muy antiguo. Por lo menos de 1900. Nunca me he encontrado parecido físico con mi padre ni con mi madre. Pero cuando descubrí este retrato supe a quién me parecía. Hacía años que no lo veía. Antes estaba puesto en el salón, cuando yo era muy pequeño, pero más tarde mis padres lo quitaron, no sé por qué. Creo recordar que un día Elias trajo este cuadro, pero era muy pequeño y no lo recuerdo bien, me suena que fue un regalo.

—Eres igual que él…

—Y tú eres igual que ella, mi amor —me contestó, girando la cabeza, sonriéndome—. Por eso supe que eras mi alma gemela cuando te vi. Creerás que estoy loco, pero puede que seamos ellos. Quizá nos reencarnamos.

—No puede ser —dije perpleja—. Pero a la vez sí que podría… Somos iguales…

—Y Claire tenía un par de lunares en la parte posterior del cuello, como si fueran dos marcas de alfiler. Tú los tienes también. Los vi una noche que te sujeté el pelo mientras te ponía un colgante.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Cómo sabes que Claire tenía esos lunares?

—Bueno, una historia familiar ha pasado oralmente de generación en generación. Mitchell escribió un diario contando su amor por Claire, pero se perdió y solo se conservó el retrato y la historia de manera oral, pues al morir Mitchell, algunos familiares se metieron en casa, leyeron el diario y fue la comidilla de la familia. Me la contaron una noche de Halloween cuando era adolescente. Fue mi madre quién me la contó, pero me hizo prometer que mi padre nunca lo sabría, aunque nunca entendí por qué. Quedé fascinado por esa historia. Cuando me hice más mayor y empecé cada vez a parecerme más a Mitchell, se retiró ese cuadro. Creo que fue mi padre el que lo hizo y me pareció oír una discusión por ello. Al parecer, mi madre dijo que había comprado el cuadro, pero mi padre la acusaba de mentir y de que se lo había dado un tal Elias. Mi padre quería quemarlo, pero al ser casi verano y no usar la chimenea, lo tiró a la basura. Mi madre lo rescató a hurtadillas y lo escondió en el ático, echándose a llorar. Yo decidí no meterme en cosas que no entendía. Mis padres siempre me parecieron raros… Como si ocultasen algo, no sé… El caso es, que me alegro de que mi madre rescatara el cuadro. Este cuadro tiene magia, fuerza…

—Quisiera saber de esa historia… Estoy muy sorprendida… Y quizá deberíamos bajarlo al salón y colgarlo.

—Por supuesto que sí, es un orgullo tener esta joya. Creo fielmente que mis antepasados están muy ligados a nosotros. Creo que somos ellos, Mel… aunque parezca un disparate. Ellos no pudieron vivir su amor y según la historia, Mitchell y Claire prometieron encontrarse en otra vida, quizá en otro tiempo.

—Vaya… ¿Cómo es que nunca me has contado esto? Es muy fuerte para obviarlo…

—Bueno, desde mi accidente yo cambié mucho… mucho más incluso que cuando te perdí. Después, al conocerte, estaba absorbido por tu llegada y las dudas que sentía. No me acordé de ese retrato, supongo que tenía muchas más cosas en la cabeza en las que pensar. Por ejemplo tú, mi operación…Pero creo que hoy es una noche perfecta para narrar esta historia. Claire y Mitchell se conocieron el día de Halloween. Casi es una tradición contar esta historia durante esta festividad.

—¿En serio? No puedo esperar a saber qué pasó con Mitch y Claire.

—Bien, bajemos abajo y se lo contaré a la familia. Aunque los detalles sensuales los guardaré para nosotros, para cuando estemos solos. —Sonrió pícaro, besándome en los labios. Yo sonreí. Bajamos cogidos de la mano, y Jonathan portaba el cuadro, orgulloso.

Convocamos a Fred, Nana y Molly frente al fuego del salón. Daniel estaba tan absorto con sus amigos en la casa del árbol que preferimos dejarle a su aire. Ya le contaríamos la historia más adelante.

Jonathan colgó el cuadro en una pared del salón, cerca de la chimenea. Era un retrato majestuoso. A la familia le encantó.

—Bueno, ¿preparados para volar a 1900? —Jonathan estaba sentado a mi lado. Se remangó el jersey hasta el codo y se frotó las manos.

—¡Por supuesto! —exclamó Fred.

—Cariño, estoy impaciente, empieza ya, sin florituras —dijo Nana con un tono afable pero apremiante. Jonathan sonrió

****

Lo cierto es que Mitchell no se apellidaba Hamilton, sino Thornton, y era pariente no muy lejano de Elias. Por eso Elias le había regalado el cuadro a Elizabeth antes de que la tragedia los separara. Al nacer Jonathan, Elias vio en él los mismos ojos que Mitchell, y su misma sonrisa, y supo que iba a ser igual a él de mayor. Henchido de orgullo, le regaló el cuadro a Elizabeth, contándole la historia familiar, un romance dramático entre Claire y Mitchell que él mismo escribió en un diario que Elias pudo leer cuando tenía veinte años, pero que más tarde se perdió en el incendio de la casa de campo de su abuela Susan.

Al menos se podía contar oralmente, y Elias había leído el diario tantas veces que casi se sabía de memoria cada detalle.

Por suerte, el cuadro se había salvado gracias a que estaba en la casa de la playa de la abuela Susan, lejos de aquel incendio que destrozó dos habitaciones enteras al prender una vela en unas cortinas, o eso dijeron…

****

1905. Thornton Ville

Mitchell William Henry Thornton había heredado la gran mansión de columnas blancas y amplias terrazas unos años antes, al fallecer la abuela Edith. Dejó por escrito que la casa de Thornton Ville sería para Mitchell y así había sido. Claro que Edith tenía otras propiedades parecidas, que también dejó a Brandon y Angelica, los hermanos de Mitch.

Brandon, un abogado de prestigio, vivía en Londres con su mujer e hijo pequeño, y Angelica viajaba por Europa con la tía Helen.

Mitchell, sin embargo, se había asentado en Albany, Nueva York. Su mansión estaba rodeada de una extensa finca y tierras de cultivo. Tenía contratados a un capataz, Harrington, y a un gran número de trabajadores que trabajaban la tierra seis días a la semana y se hacían cargo de todos los cultivos. Acabada su jornada, marchaban en carretas a la ciudad o al pueblo más cercano, donde vivían en casas humildes.

Aunque Mitchell había heredado muchos millones de dólares de su abuela Edith, con el negocio agricultor estaba ampliando su ya extensa fortuna. En casa tenía un mayordomo, cocinera y un par de criadas que se ocupaban de lavar, planchar y adecentar la casa. Todas ya de cuarenta años, pues para Mitchell la edad y experiencia eran una ventaja imprescindible. En la finca había una casita construida solo para el servicio. Una casa de dos plantas, humilde, con un pequeño porche y tejado marrón. Allí vivían las gentes del servicio cuando acababan su jornada en casa del señor.

Mitchell era tan privativo de su vida que no quería a nadie más que él mismo durmiendo de noche en la mansión.

Y su mansión era un sueño. Escalinata blanca, un porche gigantesco coronado de columnas blancas de más de doce metros de altura, terrazas en la segunda planta, invernadero y todos los lujos y comodidades de la época.

Mitchell salía a montar a caballo, de caza, leía obras cumbre, iba al club a charlar con intelectuales y amigos de alta cuna entre cafés, licores y puros. Pero le faltaba algo y no sabía qué era. Quizá hijos, una mujer, o una vida más humilde donde las pequeñas cosas hicieran su vida. A veces, entre tanta grandeza se perdía la perspectiva de lo importante.

Muchas solteras ricas querían casarse con Mitchell, pero él las ignoraba de forma educada. No había conocido aún a ninguna mujer que le gustara lo bastante, tanto física como intelectualmente. Ya tenía

veinticuatro años, y le apuraban en casarse, pero Mitchell se decía que los hombres lo tenían fácil para casarse, pues había hombres de cincuenta casándose con chicas de veinte, sin embargo la mujer era la que siempre tenía más prisas, pues a los treinta ya era considerada vieja y tildada de solterona, además de ser dada de lado por algunos círculos sociales. Mitchell pensó que el mundo estaba loco.

Ocurrió una noche de lluvia y tormenta. Era la noche de Halloween. El frío se metía en los huesos, aunque Mitchell ni lo notaba; la chimenea del salón estaba encendida calentando la amplia estancia y había dado orden de encender también la chimenea de su habitación.

Una vez los criados se retiraron a la casa de servicio, Mitchell leyó durante una hora sentado en su butacón de terciopelo rojo, escuchando el crepitar de la leña y el sonido del viento en las ventanas. Ciertamente, hacía una noche de perros. En la ciudad y las casas vecinas la gente estaría celebrando la noche de almas con disfraces y fiestas, pero a Mitchell no le gustaba esa fiesta, que consideraba macabra y pagana. Para él era una noche más. Sissy, la criada, había sugerido poner una calabaza con luz en el porche, pero Mitchell se había negado rotundamente.

Por suerte, la ciudad quedaba a veinte minutos de distancia en carruaje, y las casas vecinas, de otras familias ricas, estaban a diez minutos de Thornton Ville. No es que hubiera vecinos en la puerta de al lado. Las familias ricas también disponían de extensas fincas y grandes casas, y había centenares de metros de distancia entre unas y otras.

Si te asomabas a las ventanas de Thornton Ville, veías la extensa finca verde con árboles y la zona de cultivo de varias hectáreas.

En las caballerizas, Mitchell tenía a sus caballos preferidos. Azabache, de color negro y pelaje de terciopelo, y Destello, un caballo blanco como la nieve. También tenía a Belarofonte, de castaño oscuro brillante, y a Phoebe, una yegua color canela.

El carruaje de Mitchell aguardaba en la cochera, silencioso y solitario. Sin los caballos amarrados, presentaba un aspecto triste y vacío.

Mitchell se acostó a las once, pero se despertó a la una de la madrugada. La tormenta era fuerte y la rama de un árbol había chocado estrepitosamente contra la cristalera de la terraza, arrancándole del sueño y sobresaltándole. Escuchó a los caballos relinchando, nerviosos. Intentó volverse a dormir, pero esta vez el aire había tirado un tiesto de la terraza, volcando arena en el suelo. Mitchell chasqueó la lengua, incómodo, y abrió las puertas de cristal de la terraza. Un viento gélido le azotó la ropa y la lluvia le abofeteó. Levantó el tiesto de metro y medio y, sin saber, por qué, miró al

horizonte.

Un trueno crujió en el cielo y durante un par de segundos un rayo iluminó la finca. Entonces lo vio. Una figura oscura se recortaba en la noche, al lado de un árbol frutal, Mitchell pensó que de un manzano. Frunció el ceño, y, preocupado y turbado por la visión, volvió a mirar por si veía algo. Reinaba la oscuridad absoluta, a excepción de cuando un rayo caía iluminando toda la finca.

Otro rayo volvió a iluminar la finca, y de nuevo la figura estaba allí. Mitchell sintió que el corazón le latía fuerte. Era la noche de ánimas, ¿era posible que hubiera allí una aparición? No era un cobarde, y era su finca, así que tenía que saber quién estaba allí a esas horas y con qué intención, ya fuera muerto o vivo.

Se puso una bata roja de seda sobre el pijama negro de seda china, regalo de Angelica. Cruzó el vestíbulo y bajó la gran escalera vestida de alfombra roja con varillas doradas. Se puso el abrigo negro largo. Quizá unas botas fueran mejor que las zapatillas, pero, con las prisas, decidió no esperar más.

Mitchell había cogido una lamparilla de cristal con una vela dentro para alumbrarse en la oscuridad de la finca. Bajó los escalones del gran porche. Se había metido una pistola dentro del abrigo, en un bolsillo interior, por si acaso. Se fijó en que la verja de entrada estaba abierta, quizá por el aire tan fuerte. O por un ladrón que había forzado la entrada.

Las dos puertas de hierro chocaban entre sí, desprendiendo un ruido metálico. Mitchell corrió por el camino recto que empezaba a los pies de la escalinata del porche hasta la entrada a la finca. Bastantes metros de distancia, aunque nunca había calculado si eran cincuenta o setenta. A ambos lados del camino se extendían los cultivos y los campos de Mitchell. La figura estaba en el sendero cuando Mitchell había mirado desde la terraza, pero ahora se había desplazado unos metros a la derecha. Se había metido en el jardín y estaba debajo de un árbol, como refugiándose. No parecía un hombre, pues vestía ropajes largos.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¡Salga inmediatamente de mi propiedad si no quiere que le descerraje un tiro! —Mitchell gritó entre el ruido de la lluvia y los truenos.

La figura se quedó parada… Cuando Mitchell se acercó lo bastante, ya estaba lleno de ira por estar empapado y por haber tenido que salir de casa a esas horas. Se aproximó a la figura casi a zancadas. No sentía miedo. La figura no se movió ni habló. Todo pasó rápido. Mitchell alargó el brazo, dispuesto a coger a esa extraña figura, y lo primero que agarró fue la tela de lo que parecía una capa y una muñeca fina, delgada. Se oyó una exclamación y una manzana, mordida, cayó al suelo rodando. Otro rayo iluminó la finca, y Mitchell

zarandeó a la figura, que, envuelta en ropajes y con la capucha echada, aún no había revelado su rostro. Entonces Mitchell la zarandeó fuerte y la atrajo hacia él, haciendo que el cuerpo de la figura chocara con el suyo, sin dejar de agarrarla fuerte la muñeca. Fue entonces, cuando comprendió.

La capucha cayó hacia atrás y se reveló el rostro de una joven, de nuevo alumbrado por otro rayo. Estaba empapada y asustada. Tenía la cara redonda, el pelo oscuro, largo, con raya en medio. Labios algo carnosos, boca tirando a pequeña y una nariz muy mona.

Mitchell sintió algo en su alma. Como una punzada de atracción y confusión.

—Lo siento, señor… Me perdí… Su finca estaba abierta y vi los árboles… Quise guarecerme y cogí una manzana, pero es que llevo dos días sin comer… —Su voz sonaba lastimera. Mitchell sintió que el corazón se le derretía. Soltó la muñeca de la chica, y ella se la frotó con cara dolorida, pero no le reprochó nada, ni siquiera le había pedido que la soltara.

—¿Cómo ha entrado a mi finca? ¿Ha forzado la entrada?

—No, no señor, se lo juro… Estaba abierta la puerta… Creo que un rayó dio de lleno en la puerta y rompió la cadena con candado. —Mitchell no podía ver bien entre tanta oscuridad. Se acordó de la luminaria que portaba y la alzó para ver a la chica, que tenía ojeras, gesto cansado y estaba empapada como si se hubiera caído en una tina de agua. La capa, de tela barata, se le pegaba al cuerpo casi como una segunda piel y no la protegía del frío ni la lluvia.

—Esta noche debería quedarse en mi casa, no puede ir así a ningún sitio. —Entonces dejó la luminaria en el suelo y se quitó el abrigo—. Quítese esa capa, está empapada. —La chica obedeció y se la quitó torpemente. Mitch la cogió y la tiró al suelo, sin miramientos, y al caer sobre el suelo mojado, emitió un ruido de *choff*. La puso el abrigo por encima y se lo cerró bien. La chica era tímida, evitaba mirarle y se dejaba hacer.

—Señor, no quiero molestarle, pero le agradezco su hospitalidad. Puedo quedarme en un establo, si tiene… No quiero mancharle la casa ni darle molestias. Me marcharé por la mañana temprano…

—Bueno, ahora va a hacer lo que yo le diga, para eso ha entrado en mi propiedad. Además, yo decido dónde se queda, y he dicho que iremos a casa. No me conteste ni replique, es algo que detesto.

—Sí, señor —dijo ella tímidamente. Entonces Mitchell se fijó en que portaba un hatillo. Llevaría pocas pertenencias, se imaginó.

—Vamos, no podemos estar aquí parados por más tiempo, cada vez está lloviendo más. —Mitchell y la chica se encaminaron a casa. Ella iba con paso más lento, lo que molestó a Mitchell—. Corramos a casa, este tiempo no es para ir dando un paseo. —Mitchell echó a correr,

creyendo que la chica le seguiría el paso, pero cuando avanzó unos metros, se paró en seco al ver que la chica no corría a su lado y que ya no oía sus pasos.

Se volvió y miró atrás. El flequillo mojado, se le agolpó en la frente. Un rayo iluminó de luz blanca y vio a la chica tirada en el suelo, como un bulto inerte. Mitchell corrió hacia ella. Se agachó y la dio la vuelta.

—¡Eh! ¡Muchacha! —Le dio en la cara unas palmadas, pero no se despertó. Con la luz de otro rayo pudo ver que estaba muy demacrada y ojerosa. Era muy hermosa, pero estaba desfallecida. Mitch sintió pena por aquella desconocida, que, sin conocerla de nada, parecía haber tocado algún punto de su corazón. La cogió en brazos, se levantó y fue a casa con ella.

Agradeció entrar en casa, lejos de la lluvia que le había golpeado en la cara con fuerza y le había empapado el pijama y la bata de seda china. Entró en el salón y tumbó a la chica en el diván. Encendió la chimenea. Pensó en llamar a una de las criadas para que le ayudara, pero pronto decidió que prefería ocuparse él. Lo primero que se le ocurrió fue cambiarle de ropa. Por suerte, cuando Angelica le había visitado alguna vez, había dejado ropa en el armario de la habitación que siempre tomaba como suya. Mitchell subió corriendo las escaleras, se metió en la habitación de Angelica, y del armario tomó lo primero que le pareció más obvio para ese momento. Un camisón largo blanco, de manga corta, ropa interior y una bata blanca con puntillas y lazos. También cogió una toalla de baño.

Bajó al salón. La chica seguía dormida, desfallecida, pero el calor del fuego la estaba avivando un poco las mejillas.

Mitchell la quitó el abrigo. Se reveló un vestido sencillo, de campesina casi. De color azul y tela desvaída. Mitch le dio la vuelta y se lo desabrochó. Lo tiró empapado al suelo una vez se lo quitó. Aunque odiaba tomarse esa libertad, tuvo que quitarle también la ropa interior, pues estaba igualmente mojada. El cuerpo de la chica le maravilló. Tenía una piel blanca, casi cremosa. Los pezones eran un color rosa claro y parecía hecha de nieve y rosas. Mitchell sintió que la deseaba, aun viéndola inerte y desmayada, como muerta. Pensó que sus pensamientos estaban siendo insanos, y la secó con una toalla y vistió a toda prisa con la camisa blanca de tirantes anchos, que abotonó deprisa, y le puso los pantalones cortos. Después el camisón. Entonces la cogió en brazos y decidió subirla a la habitación de Angelica, ahora vacía. Mitchell abrió un lado de la cama y depositó dentro a la chica, que empezó a despertarse lentamente. La arropó con las sábanas, la manta y la colcha roja. La almohada era mullida, blanca y olía todavía a las gotas de azahar que Angelica usaba como perfume para dormir. Comprobó que tenía fiebre, pues su frente

estaba muy caliente. El resto de su cuerpo estaba frío y blanco. Todavía no se había despertado del todo. Mitchell encendió la chimenea deprisa y metió dentro de la cama unas bolsas de agua caliente. No supo cuánto tardó en prepararlo todo. Bajó a la cocina y calentó un vaso de leche, le añadió azúcar y miel y cortó unas rebanadas de pastel de mantequilla y azúcar que había hecho la cocinera por la mañana. También decidió añadir un vaso de zumo de naranja, unas tostadas con mantequilla, huevos revueltos y una tira de bacon. Mitchell subió todo en una bandeja de plata. Parecía un criado Él nunca había servido a nadie ni preparado un desayuno o una cena. Se sentía raro, pero por la chica no le importaba hacerlo.

Cuando entró en la habitación, se sorprendió de ver que ella estaba despierta, aunque parecía cansada y desorientada.

—Me alegro ver que se ha despertado, señorita. Le he traído esto, supongo que estará hambrienta. —Mitchell dejó la bandeja en la mesita de al lado de la cama.

—Señor, le estoy dando muchísimo trabajo. Por favor, no se moleste más… Siento haberle causado tanto trastorno. Mañana mismo me marcharé. —Mitchell la miró serio se sintió molesto por que ella quisiera dejarle tan pronto.

—No está para marcharse tan pronto. Tiene fiebre, se ha desmayado y está desfallecida. La he puesto las ropas de mi hermana Angelica, me alegro de que la sirvan. Me tomé la licencia de vestirla porque estaba empapada. Espero que me perdone, pero no podía hacer otra cosa… No quería despertar a los criados en esta noche es infernal.

—Es considerado… ¿Es el señor de la casa? —Ella obvió que él la había visto desnuda. O no le importaba o estaba demasiado cansada y aturdida para darse cuenta y quejarse.

—Así es… Estás en Thornton Ville y yo soy Mitchell William Henry Thornton. Llámame Mitch… —De repente la tuteaba y no sabía ni por qué. Mitchell siempre guardaba normas de protocolo y no se tomaba confianzas con nadie. Con la chica se le estaban rompiendo todos los esquemas. La chica intentó incorporarse en la cama, pero le costaba. Entonces Mitchell corrió a su lado y le ayudó, sujetándola por los hombros y la espalda, hasta ponerla sentada sobre la cama, con la espalda apoyada en el almohadón—. Aún no sé tu nombre… —le dijo mientras le miraba con dulzura y deseo de saber. Las mechas del flequillo le cayeron sobre la frente, y ella le miró, cansada, pero con timidez y cierto amor. Sus miradas se fundieron y Mitch supo que algo había empezado entre ellos.

—Claire… Me llamo Claire Brenneman… —dijo ella como atontada, mirándole—. Muchas gracias, señor… pero me siento tan inútil, y estoy abusando de su confianza… —Ella desvió la vista como

avergonzada.

—Te he dicho que me llames Mitch… Bueno, decidiste venir a mi finca, ¿no? Pues ahora tendrás que aguantarte con mis normas. Llamaré a un amigo mío médico, vendrá por la mañana a verte. Tienes fiebre y estás famélica. Come ahora y vuélvete a dormir. Yo te cuidaré, aquí estarás bien. ¿Tienes familia? —Ella negó con la cabeza, un poco triste.

—Mi madre falleció hace semanas. Vivíamos en un pueblo y decidí marcharme y buscar trabajo. Una amiga me dijo que en Albany estaban contratando criadas. Vine para ofrecerme como tal. Asaltaron el coche de caballos y me robaron el poco dinero que tenía… Y he estado yendo a pie para llegar a la ciudad. Encontré su finca y vi las puertas abiertas. Solo quería refugiarme y comer una pieza de fruta. No pretendía ocasionarle tantísimo trastorno. Pero con la lluvia y este frío, y sin comer… supongo que no he aguantado… No es una buena referencia decir que mi salud no parece muy fuerte…

—Siento lo que te ha pasado… Es normal que estés desfallecida, si no tuvieras salud, te habrías muerto ya. No me imagino estar en tu situación… Come ahora, por favor. —Ella le miró tímidamente y Mitchell le puso en el regazo la bandeja. La comida era deliciosa y Claire estaba muerta de hambre. Se hubiera comido todo en un minuto, pero tenía que guardar las formas. Mitchell se había sentado a un lado de la cama y la observaba con las manos cruzadas sobre su regazo.

Claire pensó que era sumamente atractivo y tuvo miedo de sentir algo por él porque sabía que era un imposible. Él era un señor y ella una chica pobre, una sirvienta. Su madre la había advertido, antes de morir, de que no se fiara de ningún señorito, y mucho menos que se entregara a él. La contó historias de criadas que se acostaban con sus señores y acababan embarazadas, solas y despedidas.

A Claire eso la daba un miedo atroz. Morirse de hambre y repudiada por la sociedad. Y mucho peor, que su hijo padeciera penurias y también pagara por sus pecados. Así que se juró que, aunque Mitchell la gustara mucho, tendría que ignorarlo.

Estudió su rostro. Los ojos azules, párpados carnosos. Su boca pequeña, su corte de cara esbelto y redondo. Era guapísimo. La bata de seda se le había abierto un poco y Claire pudo ver un poco de su pectoral, bien definido y fuerte, con un poco de vello negro. Claire sintió un poco de deseo en ese caos que era su mente y su cuerpo.

Comió, mojó las tostadas en la yema del huevo, bebió naranja y, antes de que se diera cuenta, se había acabado todo, ante la mirada divertida de Mitchell. Después volvió a recostarse en la cama. La dolían los ojos y estaba muy cansada.

—Gracias por todo… Me siento mucho mejor… No sé cómo

pagárselo… —Mitchell chasqueó la lengua molesto.

—Empezando por llamarme Mitchell. Nada de señor ni de tratos de usted…

—¿Por qué?

—Porque yo lo digo y punto. Y ahora descansa, Claire. Te pondré compresas de agua a ver si te baja la fiebre hasta que venga el médico temprano. —Claire no dijo nada más porque estaba muy fatigada y el sueño la invadió. Mitch cogió una palangana blanca que llenó de agua y algunos paños blancos de la cocina a modo de toallas. Se pasó varias horas refrescando la frente y el cuello de Claire con las toallas húmedas.

Mitchell no tenía sueño, Claire le había desvelado totalmente. Hasta se había olvidado de cambiarse de ropa, pero su pijama ya estaba seco gracias al calor que proporcionaba la chimenea de la habitación. Miraba a Claire estudiando sus facciones, maravillado, y supo que esa chica le había calado hondo. La veía hermosa y terriblemente sola y desamparada. Se dijo que cuidaría de ella. No la dejaría marchar tan fácilmente. Necesitaba conquistarla, seducirla. Por una fracción de segundo, se imaginó que era su esposa. Aunque su familia pondría el grito en el cielo. Todos daban por sentado que Mitchell se casaría con una joven de rica familia y amplia dote. Claire no tenía ni lo uno ni lo otro.

Mientras su mente bullía de pensamientos, Mitchell cerró los ojos y suspiró. A Claire ya le había bajado la fiebre y eran las cuatro de la madrugada. Estaba agotado. Se sentó en un butacón al lado de la chimenea. Miró a Claire, que respiraba tranquila y dormía, con los brazos extendidos sobre la colcha y el pelo largo coronando las sábanas, como una manta negra. Mitchell cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz. Solo pensaba descansar cinco minutos, pero al final se quedó dormido.

Al día siguiente, Mitchell se despertó a las siete en punto. Hacía fresco y en la chimenea ya solo quedaban rescoldos. Miró a Claire, instintivamente, que seguía dormida, ahora tumbada de lado. Se levantó y fue a comprobar si tenía fiebre. Le tocó la frente y ya no ardía. Enseguida bajó a llamar por teléfono a Charles, su amigo personal y médico. Tras hablar un rato, quedaron en verse a las once. Charles le hizo un hueco para ir a Thornton Ville y examinar a Claire.

Una vez que Charles vio a Claire dictaminó que sufría agotamiento, desnutrición y un incipiente resfriado. Tras dejar en la mesita un botecito de pastillas y un jarabe, recomendó reposo, guardar cama y comer bien. Charles no hizo preguntas indebidas. Mitchell le contó que se había encontrado a la chica tirada en la finca y, como buen cristiano, le ayudó. Y eso mismo contó también al servicio, que mostraron educación y discreción, y, si pensaron algo, no hicieron

gesto ni comentario alguno.

Mitchell cuidó de Claire, sobre todo los primeros días, cuando ella se sentía más débil. Le subió la comida a la habitación y hasta le ayudaba a comer como si fuera una niña de un año. Al quinto día, Claire ya se encontraba mejor como para levantarse. Había pasado días de fiebre y pesadillas y Mitchell no se había separado de su lado. Le ponía compresas de agua fría, le daba la medicina, y hasta le cepillaba el pelo cuando ella se sentaba en la cama.

Aquel jueves por la tarde Claire bajó las escaleras arrastrando su camisón blanco, algo entreabierto por el pecho, y el pelo largo cayéndole por los hombros hasta la cintura como un manto negro. Mitchell reparó en ella enseguida, pues se hallaba en el salón escogiendo unos libros para leer.

—¡Claire! ¿Qué haces levantada? —Mitch corrió a las escaleras y Claire se paró, apoyando una mano en el pasa manos de caoba.

—Me encuentro mucho mejor… Necesitaba andar, estoy cansada de estar en cama… —protestó ella lastimeramente.

—Claire, has estado muy enferma y aún no estás bien. Lo siento, pero ahora es cama lo que necesitas. Vamos, te llevaré a tu cuarto, muchacha rebelde. —Mitch iba a agarrarla del brazo, pero ella alzó un poco la mano.

—No, por favor, espera. —Ella le miró suplicante—. ¿Puedes leerme un poco en el salón? Necesito distraerme un poco… He tenido pesadillas… —Mitch suspiró y le miró con dulzura.

—Si me prometes que comerás algo…

—Prometido —dijo ella con una sonrisita que desarmó a Mitchell.

—De acuerdo, entonces. —Mitch ofreció su brazo con una sonrisita y Claire, sonriéndole también, lo tomó. Bajaron la escalera y Mitch sentó a Claire en el sofá de terciopelo, enfrente de la chimenea. Cogió una campanita, la agitó y al punto se presentó Beth, una de las criadas —. Beth por favor tráeme un brandy y a la señorita un vaso de leche con canela y los bollos de crema que preparó la cocinera hoy.

—Sí, señor, enseguida. —Al poco, Claire miró maravillada una bandejita de plata con unos bizcochos redondos de chocolate, y más maravillada se quedó cuando, al morder el blando bizcocho moreno, salió una crema blanca. Mitch sonrió al ver la expresión de sorpresa de Claire, con la boca medio llena. Estaba claro que nunca había probado tales manjares.

—Chocolate blanco. Lo último en París… —dijo Mitchell. Acabó leyendo *Romeo y Julieta* a la luz del fuego. Claire se sentía tan a gusto como si se hubiera muerto he ido al cielo.

Cuando en un momento dado, Claire tembló por un escalofrío, Mitch interrumpió su lectura y cogió una manta de un butacón y la puso encima de los hombros de Claire. Además, la rodeó con los

brazos y pegó su cuerpo al de ella. Se miraron a los ojos. A Claire, los de Mitch le parecieron preciosos. Mitch deseó besarla y hacerla suya. Le parecía irresistible, con una belleza natural jamás vista. Su pelo largo liso y oscuro, su cara redonda de virgen, sus ojos verdes que le miraban tímidamente. Mitch la tomó por el mentón dulcemente. Su piel era suave y Mitch sintió que su virilidad gritaba.

—¿Estás bien? Si tienes frío puedo avivar más el fuego o traer una manta de lana.

—Estoy bien así, gracias. Ha sido solo un momento… —dijo ella tímidamente, agradecida. Se miraron, sin decirse nada de palabra, pero sus miradas hablaban por sí solas.

—La luz del fuego te hace preciosa… —dijo él de repente.

—Gracias, pero estoy horrible con estas ojeras y pálida tez… —Sonrió tímidamente.

—Pues a mí me pareces preciosa las veinticuatro horas del día —le susurró cerca de los labios. Sus bocas estaban tan cerca que si Claire movía un poco la cabeza se daría de lleno con los labios de Mitch—. Me alegro de haberte conocido. Desde que estás aquí, siento que me llenas un vacío que sentía desde hace años…

Claire le miró y sonrió. No se atrevió a decir más nada. De repente se levantó.

—Creo que voy a acostarme, estoy un poco mareada. —Se excusó.

—Por supuesto, te acompaño, querida. —Claire se moría por besar a Mitch. Pero recordaba las palabras de su madre. Un señorito nunca se iría con una criada y mucho menos se casaría. Podía entregarse a él y disfrutar un tiempo, pero, a la larga, él se prometería con una chica rica y la dejaría deshonrada y con el corazón roto. Claire tenía miedo de un futuro así y por eso no aceptaba los acercamientos de Mitch, aunque le dolía, pues le amaba y no sabía ni por qué.

Quizá fue cuando una noche se despertó entre fiebre y malestar y vio a Mitch mirándola dulcemente y acariciándola la frente. Tenía el flequillo despeinado y la luz del fuego le arrancaba destellos rubios del pelo. Estaba cansado, pero parecía feliz de cuidarla. La mirada de Mitch llena de ternura y el tacto de sus dedos suaves la tocaron algo por dentro y ya no podía mirarle sin sentir algo.

Ella se había llenado de pequeños momentos y su corazón no podía ignorarlo.

Una noche, Claire tuvo escalofríos y mucho sueño por causa de la fiebre y las pastillas. Aunque Mitch tenía encendida la chimenea y ella estaba bien arropada, no parecía suficiente. Tumbada de lado, se abrazaba a sí misma en posición fetal y tiritaba. No sabía cuántas veces se había despertado y vuelto a dormir. En una de esas, al despertarse, sintió un peso en su cuerpo. Mitch estaba tumbado de lado, pegado a ella, abrazándola para darle más calor. Se había

quedado dormido y ella, aturdida por la fiebre, se agarró a una mano de Mitch, y entrelazando sus dedos con los de él pareció sentirse mejor. Se durmió relajada y sintiendo que no estaba sola.

Al día siguiente, Mitch le trajo zumo de naranja y una rosa roja. La colmaba de atenciones y afecto, y Claire cada día le quería un poco más.

Otra noche en que Claire se sentó en el tocador de la habitación, frente al espejo, Mitch cogió un peine de plata a estrenar y la peinó el cabello largo y sedoso durante un cuarto de hora. Le echó gotas de perfume en la clavícula, el cuello y las sienes y le colocó una flor blanca en el pelo, cerca de la sien. Ambos se miraron en el espejo, él tras ella, orgulloso y atractivo, y ella cansada y ojerosa. Mitch se agachó y le besó a un lado de la cara, después le cogió de la mano delicadamente y le condujo de nuevo a la cama. La cuidaba y trataba como a una princesa o una muñeca.

Pasaron algunos días más y su salud mejoró. Comía de todo, como nunca antes había comido. Mitch no escatimaba en gastos tanto de comida como de vestuario o demás objetos. Había ido personalmente a la ciudad y había comprado ropa, joyas y dulces.

El carruaje estaba lleno de cajas y el cochero se asombró de ese repentino cambio en su señor.

Claire se quedó impactada cuando, al volver Mitchell y entrar al salón, él mismo portaba varias cajas y, para mayor asombro, el mayordomo y las criadas iban hasta arriba de cajas y bolsas también. Le pareció excesivo y se sintió abrumada.

Ella estaba leyendo en el salón, a la luz del fuego. El invierno estaba siendo crudo y la chimenea nunca se apagaba. Dejó el libro sobre su regazo. Aún llevaba el camisón blanco con la bata a juego.

—Te he traído un poco de todo. Cuando te recuperes, podrás ir tú misma de compras, conmigo. —Sonrió—. Te gustará la ciudad. Además, he pensado que te animaría ver lo que te he comprado… — Se sentó al lado de Claire, con varias cajas en el regazo.

—Mitch, espera. —Él le miró confuso. No parecía demasiado contenta ni entusiasmada y eso le borró un poco la sonrisa.

—¿Qué ocurre?

—No puedo aceptar todo eso que has comprado… ni siquiera una sola cosa… —Su voz y su semblante destilaban cierta tristeza. Mitch empezó a preocuparse. Y más que preocuparse, sintió que el corazón le dolía y la garganta se le cerraba en un nudo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, Claire?

—Mitch… Tú eres un señor, y yo… una chica pobre… una futura sirvienta. No quiero hacerme ilusiones… Ni quiero hacerte perder el tiempo. Tú sabes que te casarás con una chica de tu posición. No es necesario que gastes el dinero en mi… Te agradezco tus detalles y tu

preocupación, pero ya me has cuidado mucho y es lo mejor que has podido hacer por mí. Ya estoy mejor y dentro de un par de días debería irme a la ciudad. Iba en busca de un trabajo como sirvienta y eso es lo que haré. Pero siempre te agradeceré lo mucho que me has cuidado. —Mitch la miraba atónito, dolido profundamente y sin saber muy bien qué decir.

—Claire, no me esperaba esto…. Tus palabras me hieren profundamente… No me conoces lo bastante como para juzgarme con tanta crudeza.

—Lo siento si te he ofendido, no era mi intención, solo trataba de ser sincera con lo que pienso… Es cierto que no te conozco, pero…

—No me conoces, pero me juzgas…

—Mitch, sé que eres buena persona, me lo has demostrado cuidándome, pero es que yo no soy nadie y tú eres un señor. No tengo nada que ofrecerte… Mi madre siempre me dijo que fuera honrada y…

—Claire, te quiero. —Mitch decidió lanzarse y romper los temores de Claire. La miró intensamente y la cogió de las manos—. Escúchame, por favor… Sé que evitas mi acercamiento… Más de una vez hemos estado a punto de besarnos y he visto cómo te retirabas. Te respeto y no te forzaré a nada, pero quiero que sepas que nunca te haría daño ni te utilizaría. Para mí no eres una criada, eres una mujer preciosa y dulce, y eso es lo que cuenta. Sé que hay casos de señoritos y criadas que no han acabado bien, pero yo no soy así… ¿De verdad crees que si fuera un señorito de esos te habría recogido y cuidado en mi casa? —Claire miró a los ojos de Mitch, cargados de preocupación y de aparente sinceridad.

—Quiero creerte… Me pareces bueno, diferente, sí, pero…

—Claire, por favor, déjame demostrártelo. Inténtalo al menos, por favor… Déjame enseñarte que mi corazón es sincero y no miento. —Claire le miró todavía preocupada—. Danos un tiempo al menos, pero no te cierres ya de entrada. Quiero que me conozcas y veas que yo nunca te haría daño ni te utilizaría. Me he enamorado de ti desde que apareciste en mi casa aquella tormentosa noche. Me gustaría que tú sintieras lo mismo por mí… pero si no me correspondes, entonces no insistiré. Dime, Claire, ¿tú también me amas? —Los ojos de Mitch eran suplicantes, deseosos de recibir un sí y de que Claire quedara desarmada.

—Sí, yo también te amo, esa es la verdad. —Mitch sonrió triunfal y aliviado—. Pero eso no basta… Yo no tengo nada que perder y tú sí. Tienes un estatus, tu familia es rica, proteges tu imagen.... ¿Qué dirían si te vieran casar con una criada? ¿Lo soportarías?

—Claire, tú eres la única que me importa —dijo con gesto serio—. Lo demás son fruslerías y melindres. Soy un señor y hombre, estoy al

mando de todo y nadie va a decirme qué hacer. —Tras una pausa, Claire sopesó la situación. A Mitch le pareció una eternidad el tiempo que Claire se tomó en dar una respuesta.

—De acuerdo… Confiaré en ti. —Mitch le sonrió, se acercó a su boca, y entonces Claire dejó que la besara por primera vez. Y ella no se arrepintió.

Pasaron semanas y la relación de Mitch y Claire tomaba cada vez más fuerza. Claire ya estaba recuperada y, aunque era invierno, algunas mañanas soleadas, paseaban por la finca cogidos de la mano, y ya era por todos sabido que era la pareja del señor Thornton aunque se cuidaban de chismorrear, pues era algo que el señor odiaba y lo había dejado muy claro, así que, por temor a ser despedidos, los criados y trabajadores preferían callar.

Una mañana, Mitch arrancó una amapola roja y se la puso a Claire en el pelo, sonriéndola y besándola. No podía separarse de ella ni un segundo. La deseaba a todas horas y a veces, cuando ella estaba haciendo algo, Mitch le sorprendía acercándose por detrás, rodeándole la cintura y besándole el cuello ante la risa de Claire. También la hacía cosquillas en los costados y los dos reían como niños.

Otras veces Mitch se sentaba frente al fuego, en su butacón preferido, y Claire se sentaba sobre su regazo a petición de él. Se miraban absortos el uno al otro. Claire miraba con dulzura a Mitch, que le devolvía una mirada llena de amor y devoción y le colocaba tiernamente los mechones rebeldes que se habían escapado de su flequillo peinado y engominado. Los ojos azules de Mitch eran bonitos a la luz del fuego y tenía unas pestañas largas que hacían su mirada aún más arrebatadora. Pero Claire no se quedaba atrás… Su cara redonda de virgen casaba bien con su boca pequeña y rosa, sus ojos verdes brillantes, y con cómo le caía el pelo adornando su bonito rostro. Entonces Mitch no podía más, apretaba el cuerpo de Claire contra el suyo y le besaba en los labios durante minutos y minutos enteros. No se cansaba de ella y quería más, mucho más.

Una noche nevó y Mitch había preparado la habitación donde dormían juntos con velas y pétalos de rosas sobre la cama.

Claire se sentía preparada. En la habitación, Mitch y Claire se deshicieron en besos apasionados y cuando Mitch no pudo más, alzó a Claire en brazos y la depositó en la cama sin dejar de besarla.

La miró jadeante y ella le devolvió una mirada de deseo y una sonrisilla. Mitch sonrió y se inclinó sobre ella para besarla de nuevo una y otra vez. Claire acarició el pelo rubio y abundante de Mitch, metiendo sus largos dedos entre sus cabellos suaves. Estaba segura de que estaba preparada, pues le deseaba muchísimo. Tenía miedo de la primera vez.

—¿Me va a doler? —preguntó ella dulce y temerosa. Mitch le quiso

incluso más al verla tan inocente. Le sonrió y le acarició la cara suavemente. Él no era una mujer, así que no sabía bien cómo era la primera vez de una mujer ni qué se sentía, pero sí sabía que algo dentro de ella se rompería, sangraría un poco y, con toda seguridad, dolería, pero no quería asustarla y él sabía cómo mitigar ese dolor.

—Yo me aseguraré de que no… Apenas notarás dolor, confía en mí, cariño —le susurró en la boca, y ella sintió que se excitaba aún más. Le deseaba dentro y cada vez más.

Se desnudaron y Mitch reveló un cuerpo fuerte, musculoso y en forma. Claire se maravilló del cuerpo de Mitch; nunca lo hubiera imaginado tan perfecto, varonil y sensual debajo de toda esa ropa incómoda y recargada que llevaba siempre. Sus abdominales y los músculos del estómago se le marcaban y contraían según cómo se moviera. Sus pectorales eran fuertes y tenía una ligera mata de vello negro cubriéndolos. Sus brazos eran fuertes, vigorosos, y su espalda también. Entonces se fijó en el sexo de Mitch, porque nunca antes había visto a un hombre desnudo ni sabía bien cómo era su parte íntima.

Claire sintió deseo al ver lo bien dotado que estaba, pero también miedo porque no se imaginaba tener algo tan voluminoso dentro de ella. No se imaginaba cómo podría caberle dentro sin que le doliera.

Mitch se puso encima de ella y la separó las piernas, agarrando la parte interna de sus rodillas y acomodando sus piernas a la cintura suya para que ella le rodeara.

Se inclinó sobre ella, la miró y la volvió a besar mientras metía sus dedos en la cabellera oscura de ella y la acariciaba el cuero cabelludo. Claire cerró los ojos, sintiendo un suave cosquilleo en el cuero cabelludo, y los besos de Mitch por su cuello y su boca. Después bajó la mano y la tocó los pechos, la acarició los pezones y trazó círculos, o tironeaba de ellos ligeramente mientras la mordía ligeramente el cuello y su flequillo despeinado se desparramaba por la mejilla de Claire.

Mitch bajó la mano al sexo de Claire. Ella, avergonzada, intentó cerrar las piernas pero no podía porque el cuerpo de Mitch sobre ella se lo impedía. Mitch tocó su clítoris, también haciendo círculos y presionando sobre él con los pulgares, y notó que Claire estaba ya lubricada.

—Cariño, ¿estás preparada?

—Sí —jadeó ella—. Hazlo ya, por favor, te deseo muchísimo. —Se avergonzó de decir esas palabras, pero era verdad que estaba inmersa en un universo de placer que le parecía imposible que pudiera existir. Su cuerpo estaba envuelto en deseo, placer y felicidad. Deseaba a Mitch y estar con él era todo su mundo.

Mitch se introdujo en ella lentamente. Claire sintió un aguijonazo,

emitió un pequeño grito y se aferró a la espalda de Mitch, clavándole las uñas un poco. A Mitch no le importó. Claire estaba lubricada y al ser virgen estaba muy estrecha por dentro, lo cual le excitaba aún más. Mitch sonrió. Empezó a embestirla lentamente para no hacerla daño y que ella se acostumbrara a él.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pare?

—¡No! Sigue, por favor, me gusta cómo lo haces… —Mitch sonrió y le besó de nuevo dulcemente. Claire nunca se imaginó que el sexo pudiera ser tan placentero y se preguntó por qué la gente lo consideraba pecado. Algo tan bueno no podía ser pecado y más cuando era la culminación de amor entre dos personas.

Claire sentía una pequeña presión y el dolor de al principio empezó a desaparecer. Un placer la invadía y el sexo de Mitch se acoplaba bien en ella. Le notaba duro y caliente y las paredes de su vagina estaban invadidas por él. Claire sintió que los dos eran uno, que no podía haber más amor que en ese momento y se sintió tan feliz que quiso llorar y reír al mismo tiempo.

Después de un rato, llegó el orgasmo, y Claire sintió que explotaba en pedazos. Gritó y se aferró aún más a Mitch. Entonces se quedó totalmente relajada, jadeando. Durante el acto no había parado de gemir y de besar en la boca a Mitch. Tenía los labios hinchados de tanto beso, pero no le importó.

—¿Estás bien, cielo? —Ella asintió. Mitch se tumbó a su lado, boca arriba, jadeaba un poco también y sonreía. Claire ni se lo pensó, se recostó sobre su pecho y sintió que volvía a desearle. Su vello negro la hacía cosquillas en la piel y sus pectorales firmes y duros la excitaban. Mitch la rodeó la cintura, acariciándosela con las yemas de los dedos. Claire entrelazó los dedos de su mano izquierda con los dedos de la mano derecha de Mitch—. Claire, te amo más que nunca… No hay duda de que estás hecha para mí… ¿Te quedarás conmigo para siempre? —Ella alzó la cara y le sonrió.

—Sí, no deseo nada más que estar contigo… —Él sonrió y ella le dio un dulce beso en el pecho. Mitch la acarició la cabeza.

—Pues así será, cariño… Estaremos siempre juntos. Nada ni nadie nos separará. Ni en esta vida ni en otra… —Se quedaron dormidos. Claire ni se dio cuenta de las palabras de Mitch, pero marcarían sus vidas.

Navidad llegó antes de que Mitch y Claire se dieran cuenta. Como regalo, Mitch mandó a un artista pintar un cuadro de él con Claire y lo colgaron en la habitación que compartían, a petición de Claire. Ella llevaba un vestido azul y un broche que era un zafiro. Mitch la había comprado mucha ropa y joyas, aunque Claire todavía guardaba su hatillo con pocas pertenencias. Un par de vestidos, un broche de su madre y un par de mudas. Los vestidos eran de tela sencilla, pero los

había confeccionado su madre y no quería deshacerse de ellos.

Habían ido a la ciudad y Mitch fue la envidia de todos. Claire era tan hermosa y sexy que todas las mujeres quedaban feas y simples al lado de ella. Con su abrigo rojo de terciopelo y pelo blanco y el vestido carmesí de raso, Claire puso la nota de Navidad a la ciudad, ya decorada, pero aún más hermosa con la presencia de la joven. Mitch la llevaba de su brazo, vestido con abrigo negro, guantes de piel negros y sombrero. No podía estar más orgulloso. Todas las mujeres llevaban moño, pero Mitch no quería que Claire ocultara su larga melena y le recomendó solo recogerse los laterales del cabello con dos horquillas de oro, o ponerse una diadema de flores, de filigranas de plata o terciopelo. Él ya se había encargado de comprarle todo lo necesario para ir a la última.

Pero las cosas se tuercen cuando todo va bien.

A mediados de febrero, el destino quiso que la tía Adele, su amiga Veronique y su hija Mary Eunice visitaran la finca Thornton. Habían viajado por Italia, Praga e Irlanda y volvían a los Estados Unidos. Aunque su lugar fijo era Canadá, decidieron hacer una visita a Mitchell, pues la tía Adele lo adoraba y esperaba que él y Mary Eunice se conocieran y, con suerte, casaran. Mary Eunice estaba enamorada de Mitchell desde que lo había conocido en una fiesta de verano que habían dado en la finca, hacía menos de un año. Bien cierto era que Mitch no se había fijado en ella, y aunque Adele le presentó a Mary Eunice, Mitch fue educado, hablaron del tiempo y de Roma, y la cosa no fue más allá. Sin embargo, Mary Eunice quedó prendada de Mitchell y no se lo sacaba de la cabeza. Le confesó la naturaleza de sus sentimientos a su madre y esta habló con Adele.

—Iremos a ver a Mitchell, y seremos las carabinas de su historia de amor. —Sonrió con picardía.

Mandaron carta de su visita a Thornton Ville, pero la mala suerte quiso que se perdiera y no llegara.

La mañana en que el carruaje de tía Adele llegó a las puertas de la finca, Claire y Mitchell habían estado riendo y manchándose de harina en la cocina de la casa.

Claire sabía cocinar y era buena repostera. Aunque Mitchell no la dejaba trabajar ni que se manchara las manos, le permitió preparar unos bollos de miel, receta de su abuela. Mitch se metió en la cocina para ayudarla y ver cómo se cocinaban. Para no mancharse los lujosos vestidos, Claire se puso uno de sus viejos y sencillos vestidos y un delantal. Mitch apenas miraba la elaboración de los bollos. Estaba absorto en Claire, sus movimientos y su voz. Un par de veces se pegó a ella y empezó a besarla sin parar por el cuello y la boca. Ella le correspondía entre risas. En una de esas, Mitch cogió un poco de harina y se la tiró a Claire, tiznándola la nariz. Ella abrió los ojos

como platos, se rio y tiró harina a Mitch, que se manchó el pelo. Él abrió la boca perplejo, rio y corrió tras Claire por la amplia cocina.

—¡Ven aquí, vas a ver lo que es bueno! ¡Haré un bollo de ti y luego te comeré! —Reía él bordeando la mesa.

—Tendrás que cogerme primero. —Rio Claire, corriendo hacia el otro extremo de la cocina. Al final, Mitch cogió a Claire, o ella se dejó coger, y entre risas se besaron una y otra vez.

Una vez se limpiaron, Mitch sugirió irse a darse un baño juntos. Otras veces lo habían hecho, bañarse juntos en la bañera de porcelana blanca, con velas, y Claire, en brazos de Mitch, acariciándose mutuamente, besándose y saliendo del agua arrugados como pasas porque el tiempo se les iba sin que se dieran cuenta.

—¿Qué te parece, eh? —Mitch tenía en sus brazos a Claire y la miraba sonriente.

—Tendrá que ser después, los bollos se están horneando y podrían quemarse… —Le sonrió.

—Hmm… Vale, pero más tarde no te vas a librar. —Mitch la volvió a besar y ambos sonrieron—. Voy a salir fuera a dar unas instrucciones a Norbert para la cena. Cuando los bollos estén listos, avísame… Quizá podamos probarlos en la cama. —Mitch le guiñó un ojo y Claire le dio con la servilleta en el hombro. Los dos rieron y volvieron a besarse.

Pasó una hora.

Mitch estaba dando un paseo por la finca montado en Azabache. Los trabajadores cultivaban la tierra, recogían los frutos y sembraban en huertas nuevas. Mitch suspiró satisfecho. Todo iba perfecto. Llevaban tres meses de relación y él ya pensaba en casarse con ella. De hecho, había pedido por encargo a París un anillo de compromiso para Claire. Su amigo Michael iba a visitar París y en abril volvería y traería ya de paso el anillo de Claire. Entonces Mitch la pediría en matrimonio. Se casarían en Navidad, con las luces y el ambiente mágico, que sería el broche de oro para coronar su fantástico amor.

Mitch sonreía al pensar en Claire y él. Ella había cogido más confianza y destreza en el acto sexual. Al principio era Mitch quien hacía casi todo, pero, después, Claire también quiso explorar y llevar las riendas.

Se sentaba desnuda encima de Mitch, que yacía semitumbado en la cama, desnudo también, con almohadas apoyadas en la espalda. La luz de las velas iluminaba la habitación en tonos dorados, y el pelo de ella caía en cascada hasta su cintura. Mitch se volvía loco de excitación al tener semejante belleza sobre su regazo. Le acariciaba la cintura, los pechos, se la comía a besos, le abrazaba y apretaba contra él mientras se metía dentro de ella completamente y ella gemía, arqueaba el cuello y, loca de excitación, le devoraba a besos metiendo los dedos en

el pelo de él.

Ella le cabalgaba y los dos gemían como locos y estallaban juntos. Mitch, a veces, agarraba fuerte el trasero de Claire, la pellizcaba o la daba un azote fuerte. Pero ella, lejos de molestarse, se derretía más. Mitch sentía que Claire estaba hecha para él completamente.

Casi todos los días hacían el amor y pasaban horas en la cama. Mitch no se cansaba de Claire y sentía que, al estar un minuto sin ella, se ahogaba.

Mitch salió de sus pensamientos cuando vio un carruaje parar en la entrada de la finca. Frunció el ceño extrañado y vio a uno de sus trabajadores aproximarse a la entrada para abrir la verja y dejar pasar al carruaje. Mitch no esperaba a nadie. Azuzó a Azabache y llegó a galope a la entrada. El corazón se le desbocó cuando vio bajar del carruaje a su tía Adele, su amiga Veronique y su hija Mary Eunice. El mayordomo, Norbert, cogía las maletas con ayuda de un trabajador de la finca, mientras tía Adele, ataviada de galas y con un sombrero de plumas más grande que ella, hablaba sin parar, y Veronique escuchaba sonriendo mientras una tímida Mary Eunice las seguía.

¿Qué iba a hacer con Claire? No tenía pensado decir que era su futura mujer. Quería presentar a Claire en otras circunstancias, como una gran dama, no una criada. Claire ni siquiera estaba bien vestida, pues aquel día se había puesto uno de sus viejos vestidos para cocinar, para no mancharse las galas. Mitch había pensado organizar un baile e invitar a la alta sociedad a Thornton Ville. Entonces presentaría a Claire, pero antes de eso, en los meses previos, dotaría a Claire de una educación digna de una señorita. La enseñaría a tocar el piano, aprendería francés y canto, leería literatura variada y pasaría por una gran dama, no una chica humilde.

No es que Mitch despreciaría sus orígenes humildes, pero sabía que si presentaba a Claire como una chica pobre y de oficio sirvienta todas las puertas se le cerrarían a ella. Las mujeres la ignorarían deliberadamente, harían comentarios jocosos e hirientes y a la larga, Claire despreciaría esa vida de ricos. Sería infeliz y el matrimonio se vendría abajo. Mitch quería evitar que la sociedad repudiara a Claire. Quería integrarla en la sociedad de la que él era parte. Hipócrita y materialista, sí, pero así era el mundo y no les quedaba más remedio que adaptarse y vivir en él.

Mitch quería ponérselo fácil a Claire. Nadie sabría que era de orígenes pobres. Mitch lo ocultaría, y Claire era tan bella e inteligente que pronto todo el mundo quedaría eclipsado por su belleza y cultura y no preguntaría demasiado por su pasado.

Lo malo era que para llegar a ese punto tendría que mentir. Tendría que decir a tía Adele que Claire era su repostera. Tendría que negarle y hacerle daño. Mitch se sintió miserable por dar ese paso,

pero era un mal menor. Cuando la tía Adele viera a Claire en las fiestas de sociedad, diría que era la repostera, pero entonces Mitch lo negaría y nadie creería a tía Adele, puesto que, para entonces, Claire ya habría tomado lecciones de protocolo y nadie pensaría que esa chica culta, bella e inteligente, fuera una simple criada, analfabeta y sucia.

Además, Mitch siempre podía amenazar a tía Adele con sacar ciertos asuntos turbios de su marido Philippe. Sería un escándalo y Adele no querría eso. Por suerte, Mitch era un hombre de recursos y ases en la manga.

—¡Mitch, querido! ¡Por fin hemos llegado! El viaje ha sido tedioso, tantas horas en carruaje. —Se quejó con cierto aire dramático y cómico. Mitch desmontó de Azabache y se acercó al grupo de mujeres. Norbert y el granjero ya se habían metido en casa para dejar el voluminoso equipaje.

—Querida tía Adele, bienvenida a Thornton Ville. Y también a Mary Eunice y Veronique. Es un placer teneros aquí. —Mitch abrazó a tía Adele y esta le dio dos sonoros besos. A Mary Eunice le besó la mano y ella se ruborizó. A Veronique también le besó la mano, pero esta le sonrió.

Tía Adele y Veronique ya estaban en sus cincuenta. Orondas y recargadas de galas lujosas y joyería, Mitch no veía el momento de que se marcharan. Ya sentía lejos a Claire y un dolor se instaló en su corazón.

—No sabía de vuestra llegada ¿por cuánto tiempo me honraréis con vuestra presencia?

—Oh, querido, pues mandé carta de mi visita… ¿no la has recibido?

—No, tía… De hecho, me ha sorprendido ver que venía un carruaje porque no esperaba a nadie…

—Vaya, entonces debió perderse… ¡qué fastidio! Ya ni el correo funciona como debe… Bueno, vamos a quedarnos solo un par de semanas, o un poco menos. Nuestra próxima visita es España y no queremos demorarnos, nos han dicho que hay sitios divinos. No puedo esperar para conocer tal país.

—Muy bien, tía, pues estaré encantado de teneros aquí esas dos semanas. Como ves, todo va muy bien. La fortuna sigue creciendo. Estas tierras son fértiles y sus frutos ricos y de calidad.

—Cuánto me alegro, hijo. Edith te dejó una buena herencia; ahora mismo, tener tierras es un sueño al alcance de pocos. Brandon prefiere su mundo de leyes y tribunales, pero tú has sabido elegir mejor. Estar al mando de tus bienes y en esta preciosa finca es mucho mejor ¿verdad, Veronique?

—Cierto, cierto… —Sonrió.

—¿Dónde está el servicio, Mitch? Necesito un té con pastas, y unos dulces no me vendrían mal. El viaje ha sido agotador.

—En casa, tía. Ponte cómoda y avisaré a la cocinera para que prepare lo que gustes. Supongo que Veronique y Mary Eunice también tendrán hambre….

—Por supuesto, estaré encantada de acompañar a Adele en un té con pastas y bollos. —Contestó Veronique. Mitch asintió.

Al entrar en casa, las damas se quitaron los sombreros y se acomodaron en el salón. Mitch se sentó en un butacón que siempre compartía con Claire. Ella se sentaba encima de él por las noches, a veces desnuda, y se besaban mil veces mientras el calor del fuego calentaba la piel de Claire. A veces habían hecho el amor en la alfombra de oso que reposaba en el suelo junto a la chimenea.

Mitch se fijó en que una horquilla dorada brillaba en la alfombra. Era de Claire. De pronto pareció verla de nuevo, desnuda, preciosa, con su pelo desparramado, despeinada y riendo cuando Mitch le besaba los pezones.

—Mitch, ¿me has oído? —Tía Adele le miraba con una sonrisa tonta.

—Perdona tía, ¿decías?

—La fiesta de Carole Bowden, ¿fuiste en navidad? Dicen que compró una casa lujosa, que el arquitecto era italiano, ¿era tan bonita como dicen?

—No tengo idea, tía. En Navidad no fui a fiestas… Estuve en casa y aquí pasé las festividades. —Tía Adele le miró incrédula.

—¿Pero cómo? ¿Y qué hiciste aquí en Navidad? Tan solo… ¡sería aburridísimo!

—Tía Adele, me gusta la soledad. —Sonrió afable—. Fue una navidad bonita, de verdad.

—Ay Mitch, querido… Hay ciertas cosas que no entenderé nunca, ¡pero en fin! —Tía Adele se tomó la libertad de usar la campanita para llamar al servicio. Era una campanita dorada que reposaba en una mesita al lado del sofá. Mitch sintió que el corazón le latía deprisa. Las criadas estaban ocupadas en otros quehaceres y Claire era la única que estaba en la cocina. La tragedia estaba servida. Al poco, Claire entró en la estancia, sonriente. Llevaba una bandeja de plata con los bollos de miel perfectamente alineados y espolvoreados de azúcar. Mitch se temió que Claire hablara y todo se revelara. Decidió intervenir, poniéndose en pie y adoptando una pose seria.

—Tía Adele, te presento a Claire, la repostera. Hace poco que entró al servicio. Es muy eficiente y sus bollos son mucho mejor que esos franceses rellenos de frambuesas y moras…

—Bueno, habrá que ver… Los frutos rojos de Maurice son difíciles de comparar… —Claire perdió la sonrisa, y miró preocupada a las

mujeres, y luego a Mitch—. Jovencita no te quedes ahí parada, estamos hambrientas.

—Por favor, sírvele a mi tía, viene cansada del viaje. Ella y sus acompañantes van a quedarse unos días en la finca. —Mitch sonó sereno. La miró queriendo explicarle todo, pero no podía, no en ese momento. Claire le miró como un cervatillo asustado y Mitch sintió que se le rompía el corazón.

—Sí, señor —contestó Claire demudada. Pareció perder el color. Colocó la bandeja de bollos, que había traído para enseñar a Mitch, no para servir a unas señoras.

—Ve a la cocina y trae platos, un té bien caliente y pastas de té. Y apúrate por favor. —El tono de Mitch sonaba frío. Claire le miró buscando una respuesta. Su rostro estaba descompuesto, pero supo disimular.

Mitch no sabía que el corazón de Claire se había roto en el momento en que él la presentó como una sirvienta. Lo sabía. Era un señorito y, después de todo ese sexo, ya se había cansado de ella. Su madre se lo advirtió. Al final los señoritos hacían que no te conocían y olvidaban todos los ratos buenos. Para ellos las relaciones sexuales no eran un nexo de unión entre dos almas que se amaban, sino mero placer.

Claire sirvió a las señoras y al mismo Mitch. Cuando se retiró, se encerró en la cocina. Un nudo la atenazaba la garganta. Sentía náuseas y empezó a llorar en silencio, apoyada en la mesa de madera. Cogió un paño y se lo puso sobre la boca para amortiguar el sonido del llanto.

Lloró un océano de lágrimas. El trato de Mitch la había herido profundamente.

Cuando estaba cansada de llorar y no podía más, se limpió la cara, se echó agua fresca para descongestionar sus ojos hinchados.

Fue entonces cuando alguien entró en la cocina. Claire se volvió y vio a Mitch, que cerró la puerta tras entrar y se aproximó a ella con gesto de preocupación.

—Claire, mi vida. —Se abalanzó sobre ella y le abrazó. Claire, no sabía cómo reaccionar. —Se quedó parada, en silencio, como si fuera una figura de cera. No le apetecía devolver el abrazo. Tenía el corazón roto.

Después del abrazo, Mitch se apartó, pero le cogió de las manos. Claire sintió un latigazo de dolor cuando sintió las manos suaves y cálidas de Mitch. Los puños blancos de su camisa asomando por las mangas de la chaqueta negra, los gemelos de oro.

—Cariño, siento haberte ocultado. Esto es algo temporal, no hagas caso de nada de lo que haga o diga. Por el momento es mejor que crean que eres sirvienta. —Claire le miró con gesto cansado y roto.

Apartó las manos de Mitch y él hizo un gesto de sorpresa.

—¿Por qué me has ocultado? ¿Por qué no has dicho la verdad?

—Cariño, porque no quiero que la sociedad te cierre las puertas. Si te ven como una criada, te ignorarán y aislarán. Tú eres ya una señorita y una dama, aunque seas humilde, pero ellos no lo verán así. Te daré una educación. Aprenderás francés, canto, poesía, piano… Deslumbrarás a todos, Claire. He encargado un anillo de compromiso a París. No debería decírtelo hasta abril, pero quiero que sepas que está en mis planes que pasemos el resto de nuestra vida juntos. —Miró a Claire esperanzado y sonriente, pero Claire le devolvió una mirada de desdén.

—Así que quieres cambiarme… Era eso…

—No, Claire, yo te amo por cómo eres. Solo quiero que la sociedad también te quiera. Sé que serías infeliz a mi lado si te vieras ignorada y humillada por las señoras… Son muy crueles, y tú eres tan dulce. —Mitch fue a acariciar la cara de Claire, pero ella dio un paso atrás.

—No me conoces. No sabes nada. —La voz la tembló—. No me importan esas señoras ni sus comentarios, ni ser excluida de estúpidas fiestas… Sería feliz simplemente estando contigo. —Se echó a llorar—. No necesito más que eso. No quiero vida social ni ágapes. Aborrezco esa sociedad hipócrita. Solo quiero estar contigo, aunque sea en una choza o debajo de un puente. Creí que ya lo sabías… Nunca pensé que me harías esto… que me negarías… Me has roto el corazón, Mitch…

—Claire, por favor… —Mitch avanzó hacia Claire, pero ella se apartó aún más—. Te juro que lo he hecho por un buen fin.

—Déjame por favor… —Claire le dio la espalda a Mitch, pero él insistió. Le cogió de la muñeca y ella se revolvió, le pegó manotazos en los brazos y se soltó de él, llorando de nuevo—. Déjame Mitch, vete, ¡déjame sola, por favor!

—Lo siento Claire… —Mitch musitó con tristeza—. Siento que te lo tomes así. Pero es por tu bien. Al final me lo agradecerás. De verdad… —Y salió de la cocina.

Claire estalló en sollozos.

Las cosas cambiaron drásticamente. Para que las señoras no sospecharan, Claire tuvo que abandonar la habitación de Mitch y trasladarse a la casa del servicio, donde tenía una habitación que compartía con Toukie, una de las criadas, de raza negra y más joven que Sissy o Lauren.

Toukie tenía unos treinta años, era color café con leche y fue la que más apoyó y consoló a Claire cuando esta se pasaba la noche sollozando contra la almohada.

En la habitación había dos camas con mesitas de noche. Claire se sentía desterrada. Recordaba las noches con Mitch a la luz de las velas, los dos desnudos, abrazados. Las caricias y besos de Mitch, y

ella, con su cara sobre el pecho de Mitch, con su vello acariciándola. Ahora estaba sola en la cama y lloraba amargamente.

Intentaba hacerlo bajito, pero Toukie la oía. Se levantó, y se sentó a un lado de la cama de Claire. Ella estaba de lado y sabía que lloraba porque sus hombros subían y bajaban.

—Claire —dijo suavemente tocándola el hombro—. ¿Quieres que te traiga un vaso de leche o una manzanilla? —Claire se dio la vuelta y reveló una cara enrojecida surcada de lágrimas. Tenía los ojos hinchados y ojeras rojas.

—Gracias, Toukie, pero no… —dijo con voz quejumbrosa.

—Claire, el señor te quiere. Todos lo sabemos. Él tampoco anda muy contento… Tiene ojeras y apenas le apetece comer. No parece nada feliz de tener en casa a su tía Adele y a las otras señoras. Pero te quiere, eso ya es más de lo que una podría desear —dijo pensativa.

—¿A qué te refieres? —preguntó extrañada Claire.

—Hace años yo también me enamoré del señorito… No del tuyo, sino de otro, George Anderson, en Virginia. Yo tenía veinte años y el seis más. Nos quisimos mucho, pero su madre se enteró y al poco le casó con una chica rica de Alabama. Él no se negó porque temía que le desheredaran. Sin casa y dinero se sentía perdido, y era estar conmigo en el arroyo o en su casa tranquilo y con lujos. Eligió lo segundo. No nos volvimos a ver, y aunque no le he olvidado, ya no le amo. El tiempo todo lo cura, supongo… Pero no es tu caso. El señor ni mira a la señorita Mary Eunice, y cuando sirves los postres, el señor te mira como un cordero degollado…

—Siento que te pasara aquello, Toukie… Pero mi historia no es muy diferente. El señor y yo no acabaremos juntos. Somos muy diferentes. Para él todo es aparentar y la etiqueta. Ya me lo ha demostrado. Ahora soy yo quien no quiere estar con él…

—¿Ah sí? Y si ya no quieres, ¿por qué lloras tanto?

—Porque le amo… Y ese es mi gran dolor. No se merece que le quiera, pero lo hago…

—Tú y el señor vais a acabar juntos. Vuestra historia no es como la mía. Ya lo verás. —Toukie frotó el hombro de Claire y esta le respondió con una pequeña sonrisa. Abrazó a Toukie. Y Toukie la abrazó fuerte.

Otras veces Sissy o Lauren habían también abrazado a Claire, que estaba inconsolable y solo en casa del servicio se atrevía a llorar abiertamente. El servicio estaba enterado de todo lo sucedido y sentían pena por Claire, que era hermosa pero estaba dolorosamente triste. Era buena persona, pues cuando estuvo en la casa, nunca trató mal al servicio y hasta ayudaba a recoger la mesa. El servicio la quería y lamentaban su suerte.

En la casa, las cosas iban mal para Mitch, que estaba harto de la

compañía de las señoras y sus tonterías varias.

Apenas veía a Claire, tan solo para las comidas y para hacer postres y servir la mesa. Ahora era criada. Claire le había dicho a Mitch que sería criada para aparentar delante de las señoras, pero que después se marcharía. Sería su manera de pagarle por el tiempo que le había cuidado y por las cosas que le había comprado, aunque no pensaba llevarse ninguna. Mitch aceptó, aunque solo para que se callara, pues no pensaba dejarla marchar.

Pero pasaron cosas dramáticas. Los celos empezaron a cobrar protagonismo. Una noche, tía Adele se puso tan pesada que Mitch tuvo que bailar un vals en el salón con Mary Eunice. Cuando Claire los vio al pasar por el pasillo, y sintió que la apuñalaban el corazón.

Mitch, vestido elegantemente con un frac negro, guantes blancos y la música que salía del gramófono. Las señoras sonriendo y aplaudiendo encantadas. Bailaba con Mary Eunice sonriendo y dando vueltas con ella, con soltura y ligereza.

Sirvió la cena más tarde y Mary Eunice se sentó al lado de Mitch. No dejaba de tocarle la mano encima de la mesa y de contarle tonterías entre risitas y pestañeos. Mitch no quitó la mano y a veces le miraba sonriendo. Pero miraba mucho más a Claire cuando nadie le veía. Claire le observaba con gesto serio y carente de emoción. Mitch apretaba la mandíbula y su mirada parecía ensombrecerse. Cada día la perdía un poco más y la idea le estaba amargando.

Tres días después las señoras se fueron a la ciudad para ver una ópera. Mitch dijo que se encontraba cansado y que iría otra noche. Pero era un pretexto para estar con Claire después de varios días sin haberla abordado para hablar. Eran las ocho de la tarde. Ya era de noche, hacía media hora que las señoras se habían ido, y Claire no estaba. Según Sissy, Claire se había marchado a hacer un recado, pero Mitch no la había mandado a nada y no sabía que tía Adele lo hubiera hecho, y mucho menos Veronique o Mary Eunice. Por fin, a las ocho y media, Claire apareció. Mitch oyó la voz de Claire y su risa y le extrañó. Se acercó al ventanal y vio a Claire en el camino de entrada, unos metros antes de llegar al porche, con un cesto de manzanas, sonriendo a un chico joven, pelirrojo y jornalero. Trabajaba para la finca de los Dallas, a veinte minutos de Thornton Ville. El chico le sonreía, y se despidieron. Mitch sintió que una ira desconocida hasta ahora le explotaba en el interior. Cuando el chico se marchó, Claire se encaminó a la casa. Cuando entró, cerró la puerta. Se alegró de que el servicio no apareciera hasta las nueve para servir la cena. Claire no esperaba encontrarse con Mitch, que la fulminaba con la mirada en el salón, de pie. Ella le ignoró y se encaminó hacia la cocina.

—¿A dónde demonios crees que vas? Ven aquí ahora mismo —le dijo con voz llena de ira. Ella entró con paso tranquilo al salón.

—¿Qué desea el señor? —dijo con voz cargada de indiferencia. Mitch sintió que reventaba de rabia. A grandes zancadas llegó donde Claire y le agarró de una muñeca, fuerte, haciéndole daño. Ella reaccionó. Le miró con gesto de sorpresa y enfado.

—¿Dónde has estado? ¿Y quién era ese pelirrojo con el que te reías? —Apretó más la muñeca.

—Suéltame, me haces daño…

—¿Ahora me tuteas de nuevo? ¿A qué juegas? —Hizo una pausa al ver el cesto de manzanas, rojas y brillantes—. ¡¿De dónde has sacado esas manzanas?!

—Me las ha dado Ben, de su finca. Me acompañó hasta casa porque era de noche. Fui al pueblo a por ingredientes para los postres y me lo encontré por el camino. —Mitch sabía del pueblo que había en la zona de casas y mansiones, antes de llegar a la ciudad. Pero no sabía que Claire hubiera ido al pueblo, quizá lo habría hablado con la cocinera, que era la que se encargaba de administrar el dinero que Mitch la daba para comprar comida. Aun así, su ira no se aplacó.

—Querrás decir de la finca de sus señores. Ya me encargaré yo de hacérselo saber a los Dallas, ¡que su criado anda robando y regalando la fruta! —Y entonces Mitch dio un manotazo a la cesta. Cayó al suelo y las manzanas cayeron rodando. Claire le miró asombrada.

—¿Por qué has hecho eso? Ben trajo las manzanas que le dio su señora. ¡No ha robado nada y es un buen chico!

Entonces pasó algo que hizo que el corazón de Claire, ya roto, se rompiera otra vez. Mitch la agarró del brazo y la tiró al suelo con violencia. Ella exclamó un grito de sorpresa y dolor al darse con el suelo en las rodillas, que, aun tapadas por la falda, recibieron un gran impacto.

—¡No quiero oír una palabra más sobre ese mequetrefe! —gritó—. Y como le vea de nuevo por mi finca, le acusaré de robo y no querrás ver lo que le esperará. Así que, por su bien, mantente alejada de él. Recoge todas esas malditas manzanas y haz una tarta, ya que ahora es lo único en que me sirves. —Mitch salió de la habitación a grandes zancadas, airado, dejando su perfume en el ambiente. Claire se quedó en el suelo, rota de dolor, llorando de nuevo.

Mitch ya no era Mitch.

Al día siguiente a la hora de comer, las cosas volvieron a ponerse mal. Mitch estaba iracundo, malhumorado y taciturno. Incluso tía Adele lo notó, pero Mitch dijo que se debía a una de sus migrañas. Era mentira, claro. Ver a Ben y Claire juntos le había desarmado y preocupado. Quizá Claire ya pensaba en irse con un granjero, un chico humilde, y quizá ya no le quería.

En los últimos días ella se había mostrado triste, pero distante y más entera que los primeros dos días, cuando se le notaban ojeras de

haber llorado. Quizá ya lo estaba superando y no le había querido tanto. Esos pensamientos amargaban a Mitch, y con cada nueva indiferencia de Claire, más dolido y cruel se mostraba él.

Durante la comida, Mitch no perdió detalle de cómo Claire colocaba la mesa, con gesto serio, mirada baja y obediencia absoluta. Él esperaba un gesto de ella, algo que le diera esperanza, pero nada. Le ignoraba deliberadamente.

—Trae la sopa y sírvela —dijo Mitch con voz seria. Claire le miró confundida.

—De eso se ocupa Sissy, señor. Yo tengo que preparar las tartaletas para el postre.

—No me contestes. —Le fulminó con la mirada—. Estás a mi servicio y si yo te digo algo, lo haces, ¿entendido?

—Sí, señor… Soy su sirvienta, lo sé perfectamente —dijo ella un poco altiva. Mitch le fulminaba con su mirada azul, sus mechones de flequillo cayéndole por la frente y su mano alzada sosteniendo la copa de vino.

—Pues más te vale servir y callar. Que sea la última vez que me replicas una orden.

—Sí, señor, lo siento… —Claire se retiró a la cocina. Tía Adele miró a Mitch.

—Hijo, ¿te ocurre algo de gravedad? No pareces el mismo de hace días…

—No ocurre nada, tía… Es solo que estoy harto de ciertas cosas. —Dio un sorbo de vino. Tía Adele y Veronique intercambiaron miradas de confusión.

—Quizá esta tarde podríamos ir a la ciudad, Mitch —dijo dulcemente Mary Eunice. Mitch la miró, desganado—. Un paseo por los jardines de Apolo te vendría bien para despejarte.

—Gracias, Mary Eunice, pero creo que me quedaré en casa descansando. —Mary Eunice hizo un pequeño mohín de desilusión y bebió un sorbo de champán.

Al llegar Claire, trajo la sopera con una deliciosa sopa de cangrejo y fideos. Sissy serviría faisán con patatas y verduras de segundo.

—Sirve primero a las señoras y después a mí. —Así lo hizo Claire. Las señoras probaron la sopa y alabaron a la cocinera. Cuando Claire se puso al lado de Mitch, él no paraba de mirarla, airado, pero ella se mostraba fría. El corazón de Mitch latía fuerte, enfadado y frustrado. Claire le sirvió la sopa. Ya iba a retirarse, cuando Mitch la agarró de la muñeca y la paró. Claire por fin le miró—. Esta sopa está fría. —Las señoras pararon su conversación y miraron a Mitch, que estaba dando un espectáculo. Era imposible que la sopa estuviera fría. Había sido servida directamente de la sopera, que humeaba.

—Señor, le he servido la sopa de la sopera caliente, es imposible

que…

—¡Y yo te digo que está fría! —le gritó—. Estoy harto de tus contestaciones. Te acabo de decir hace un minuto que no me repliques. Está claro que te gusta provocarme. —Las últimas palabras sonaban acusatorias y el brillo de los ojos azules de Mitch parecían emitir un destello diabólico. Claire empezó a estar asustada. Mitch estrelló el plato contra el suelo. Las señoras exclamaron, pero no se atrevieron a decir nada ante una atmosfera tan tensa. El suelo estaba perdido de fideos y caldo—. Recoge ese desaguisado. Límpialo todo ahora mismo. —Agarrándola del brazo, le empujó al suelo. Claire cayó de rodillas, casi en un sollozo. Mitch le tiró una servilleta al regazo. Ella ya se había puesto casi a llorar—. Empieza a limpiarlo todo. —Claire cogió el trapo y limpió el suelo, temblorosa. Mary Eunice sintió una lástima tremenda por esa criada y la miraba con gesto compungido. Ya se la habían quitado todas las ganas de que Mitch la cortejara. No quería un marido así—. ¿Vas a limpiarlo así? Trae agua de la cocina, ¿o es que no sabes ni fregar un maldito suelo? Levántate de ahí. —Claire se levantó—. Estoy harto —dijo hastiado. Claire volvió enseguida con un cubo de agua y se agachó a limpiar. Las lágrimas la salían de los ojos como un torrente, pero sabía llorar en silencio. Mitch la miró y sintió que le daba pena, pero se sentía tan dolido con ella que la hizo el blanco de su frustración.

Cuando Claire hubo limpiado, se levantó y se retiró a la cocina y volvió para recoger los trozos del plato roto.

La llevó un buen rato poner orden al desaguisado que había ocasionado Mitch.

Después le sirvió otro plato de sopa, con manos temblorosas.

—¿Es de su gusto, señor? —preguntó ella con timidez y mirada baja.

—Retírate a la cocina y trae los postres cuando te avisemos.

—Sí, señor. —Claire se marchó. Cuando la comida terminó, Mitch subió a su habitación a acostarse con el pretexto de que le dolía la cabeza. Las señoras se quedaron un rato más en la mesa.

—Creo que pasa algo entre esa criada y tu sobrino, Adele… Tanta inquina no es propia de Mitch —apuntó Veronique.

—Pienso lo mismo. Nunca he visto así a Mitch. Parece poseído, fuera de sus casillas, cuando él siempre ha sido correcto y educado. Tratar así a esta chica… Estoy avergonzada…

—Madre, quizá deberíamos irnos de aquí… No me siento demasiado cómoda —apuntó Mary Eunice tímidamente.

—Tienes razón, será mejor que marchemos mañana o pasado mañana a más tardar. Aquí no están las cosas para visitas… —contestó Veronique preocupada.

—Pasado mañana nos marchamos a la ciudad. Ahora tengo más

ganas que nunca de viajar y estar en otro sitio hasta que a mi sobrino se le pase esa tontería que tiene…

Esa misma tarde las señoras avisaron a Mitch sobre su plan de irse. Mitch aceptó, deseoso de que las cosas con Claire volvieran a ser lo que habían sido.

Pero las cosas no iban a salir como él esperaba.

Las señoras salieron a dar un paseo por la tarde y Claire estaba en la cocina preparando unos postres. Estaba sola y Mitch aprovechó para entrar y hablar con ella. Cerró la puerta al entrar y Claire se giró.

—Claire, tenemos que hablar —dijo él suavemente, pero serio. Ella tragó saliva y volvió a su tarea.

—Tengo mucho trabajo con los postres. Su tía Adele me ha dicho que quiere esta noche una mousse de vainilla con canela y…

—No me aburras con detalles absurdos de los gustos culinarios de mi tía. Me interesas tú y nada más. —Mitch se pegó al cuerpo de Claire y la abrazó, absorbió el aroma de su pelo, pegando su nariz al pelo de ella y suspiró—. Cuánto te echo de menos, Claire. —Pero Claire temblaba.

—Por favor, no… Mitch… —Ella se despegó de su cuerpo con gesto desganado. Mitch la siguió con la mirada, confuso y dolido. Claire se puso en el extremo opuesto de la mesa. Su gesto era de cansancio y tristeza.

—Claire, quiero que las cosas entre nosotros vayan bien, como antes. Nos queremos mucho y desde la llegada de mi tía todo se ha venido abajo. Cada día sufro más, y reconozco que he pagado contigo mis frustraciones, pero mañana ya se van y…

—No, Mitch… Eso no me vale. Has sido cruel conmigo. Nunca pensé que tuvieras ese fondo tan oscuro… Me das miedo… No confío ya en ti y la marcha de tu tía no arreglará nada. Pienso irme en cuanto ella se marche… Lo siento. —Mitch sintió que se derrumbaba el mundo.

—¿Qué estás diciendo? Tú y yo somos almas gemelas, Claire. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Por favor no me rechaces, ¡no dejes que nos separen!

—Eso es algo que has hecho tú mismo, Mitch. —Claire le dio la espalda. Mitch se encendió de ira y dolor, avanzó hasta ella y la dio la vuelta cogiéndola de los hombros y arrinconándola contra la pared.

—Claire, deja de tratarme así, deja de ponerlo difícil. Perdóname, he sido un canalla, pero he actuado así porque me moría de celos y dolor, por tu indiferencia, por ese Ben… Nunca más te trataré de nuevo así, lo juro. Te quiero más que a mi vida, Claire… Por favor. —Claire le miraba con tristeza e indiferencia. Ninguna palabra iba a hacerle cambiar.

—Suéltame, por favor —dijo ella incómoda—. Me haces daño… —

Mitch le apretaba fuerte los brazos, sus manos parecían tenazas de hierro. En sus ojos se veía desesperación y miedo.

—Dime que todavía me quieres, vamos, sé que todavía me quieres, es imposible que hayas dejado de quererme en unos días si de verdad me amabas con todo tu corazón. —Él la miraba con desesperación.

—Mitch… me duele lo que has hecho… Ocultarme a tu tía, pasar por criada… aunque, bueno, es lo que soy, para eso vine a Albany, no sé por qué creí que podía ser una señora… ni por qué creí que sería tu mujer… Sé que nunca nos casaremos, algo me lo dice…

—Claire, no deseo otra cosa que convertirte en mi esposa. Mandé pedir un anillo de pedida especialmente para ti. Un amigo mío lo traerá dentro de un par de meses y planeaba nuestra boda para Navidad. Iba a pedírtelo pronto. Te quiero como mi esposa. Y no serás más una criada. Voy a contarle todo a mi tía. Me arrepiento de no haberlo hecho antes… He sido un estúpido.

—No, Mitch, ya no importa, de verdad, déjalo…

—Claire, tengo que hacerlo y quiero hacerlo. No he hecho más que hacer las cosas mal contigo. Dame otra oportunidad, te lo suplico. Claire, déjame hacer las cosas bien. Todo el mundo merece una segunda oportunidad… Enmendar los errores y hacer las cosas bien. Tú eres buena, y no puedo creer que no pienses lo mismo que yo… Siento haberte ocultado, haber mentido, y haberte hecho daño… Lo que hice con la sopa, tirarte al suelo con las manzanas… Me avergüenzo terriblemente. Perdóname por favor… por favor… —Mitch le cogió la cara entre sus manos y le miró como si fuera a echarse a llorar.

Claire se ablandó. Si Mitch se arrepentía, entonces estaba todo dicho. Asintió.

—De acuerdo, te perdono. Pero las cosas tienen que cambiar o me iré. No quiero mentiras entre nosotros. Confío en ti…

—Mi amor. —Mitch la besó con fuerza y sintió que su dolor desaparecía. Claire le echaba de menos y se dejó besar. De hecho, se besaron llenos de pasión y ganas. Se abrazaron y Mitch suspiró, emocionado—. Oh Claire… No puedo vivir sin ti… ¿Qué me has hecho? Creo que si viviera cien vidas, en todas tendría que encontrarte. Necesitaría encontrarte. No puedo tener a otra que no seas tú. —Claire sonrió y se dejó querer en los brazos de Mitch. Ella pensaba igual, si viviera otra vida, sin duda, buscaría siempre a Mitch. Era su alma gemela.

Mitch contó en la comida que Claire era su prometida. Tía Adele, Veronique y Mary Eunice se quedaron perplejas y entendieron pronto la hostilidad de Mitch y su trato duro hacia la criada. Claire bajó al salón de la mano de Mitch, enfundada en un vestido rojo de raso con los hombros al aire, un broche de diamante prendido en el escote del

vestido y el pelo suelto. Mitch resplandecía de orgullo y Claire veía que no mentía, que de verdad la quería y estaba orgulloso de presumir de ella. Cogidos de la mano, Mitch contó la verdad, de pie en el salón, para estupefacción de los comensales.

Tía Adele se mostró fría y no habló mucho. Felicitó a Mitch, pero interiormente desaprobaba la unión. Para ella, Claire era una chica pobre, criada, y sin dote. Una desgracia para la familia. Mary Eunice volvió a estar interesada en Mitch, que volvía a ser amable, educado y encantador. Se llevó un buen disgusto al ver que él ya estaba interesado en otra y bastante enamorado.

Al día siguiente, antes de marchar, tía Adele encontró a Claire recogiendo flores. Amapolas y lilas. Quedaban dos horas para marchar y Mitch había ido a la caballeriza a ver a sus caballos. Tía Adele tenía planeado arruinar la felicidad de su sobrino, impedir esa unión que no generaría ningún beneficio y, quizá, conseguir que tiempo después Mitch casara con Mary Eunice.

Se inventó una mentira horrible la noche anterior, en la cama, cuando no podía pegar ojo, y decidió llevarla a cabo al día siguiente.

—Claire… querida, vengo a hablar contigo. Dentro de poco marcho en carruaje para la ciudad. —Claire, agachada en el suelo, se giró y se levantó.

Esta vez llevaba un vestido rosa de tipo terciopelo y gasa blanca. Le parecía que cada vez estaba más guapa. Llevaba los lados del pelo recogidos con un broche en forma de flor. Era pobre, pero más hermosa, delicada y fina que muchas chicas ricas que por más que se maquillaban y vestían de gala, no conseguían resultar hermosas. Para Claire era fácil quedar hermosa, porque lo era de manera natural.

—Oh, muchas gracias por tomarse la molestia, señora…

—Déjate de ceremonias y florituras. Tengo que decirte algo muy importante que debes saber sobre Mitch. Y más si va a ser tu marido…

—Usted dirá…

—Mitch tiene un hijo. Un niño pequeño, Adair. Vive en Londres. Lo tuvo con una criada llamada Belle. Ni que decir tiene que no se ocupa de él y que dejó tirada a la madre nada más enterarse del embarazo. Por eso dejó Londres y se instaló en Albany, lejos de Europa. Ahora allí solo vive su hermano Brandon, que es quién se ocupa del niño cuando sus obligaciones se lo permiten. Por pura compasión, claro… —Claire se quedó demudada. La garganta se la cerró y perdió el color. Sentía que el mundo daba vueltas a su alrededor. Tía Adele la miró con cierta astucia y maldad—. ¿No te lo dijo? —Claire negó con la cabeza, rota de dolor. Una vez más, Mitch había mentido. No le extrañaba. Para alguien que está acostumbrado a mentir, una mentira más no es nada—. Oh querida, siento darte esta noticia… pero supuse que Mitch no te lo había contado…

—No… no me dijo nada…

—Lo siento… Para evitar males mayores sería mejor que te marcharas discretamente… Si se lo dices, lo negará y discutiréis. Y yo quedaré como la mala, cuando lo único que quería era aconsejarte y prevenirte. Te veo buena chica y entiendo que te hayas enamorado de mi sobrino. Es muy atractivo, y encantador… pero no has sido la única… y supongo que para ti él ha sido tu primer amor y tu primer hombre, pero para él no eres su primera mujer… En fin, tu conciencia te dictará qué hacer. Solo espero que obres bien, te marches y no dejes que arruine tu vida… —Tía Adele sonrió levemente y le dio una palmadita en el brazo; entonces se marchó.

A Claire se le cayeron las flores de la mano. Se apoyó en el tronco de un árbol y se echó a llorar.

Si Mitch tenía un hijo al que ignoraba, y había dejado a esa criada, lo mismo podía hacer con ella. El mundo se le vino encima. La desolación la abrumó y el dolor se instaló en su pecho como una pesada losa. Decidió ir a ver a Mitch a las caballerizas y sacar el tema de Londres sutilmente para ver cómo reaccionaba. Allí se le encontró, peinando a Azabache su larga cola negra y sedosa. Mitch estaba orgulloso de sus caballos y Azabache parecía ser el preferido. Pero cuando Claire entró, toda la atención cayó en ella y Azabache pasó a un segundo lugar.

—Claire. —Sonrió Mitch—. Estás preciosa con ese vestido, cariño. Ven aquí. —Mitch la abrazó con fuerza y suspiró. Parecía que la necesitaba para vivir y respirar. Ella ya no se sentía tan a gusto en sus brazos. Se retiró despacio y le miró a los ojos, intentó sonreír y parecer normal.

—Mitch, ¿has pensado en que nos fuéramos a Londres? He oído que es una ciudad bonita, con museos, teatros, y me gustaría estar allí contigo. —A Mitch se le congeló la sonrisa para gradualmente irla perdiendo lentamente. Ese primer signo ya alertó a Claire.

—¿Londres? ¿Y para qué irnos allí? Estamos mucho mejor aquí, en Albany, con todo este aire puro, campos… Allí en Londres no se me ha perdido nada… —Avanzó unos pasos hacia Azabache. Parecía incómodo. Cogió el cepillo y peinó los lomos del caballo y su melena negra, como si quisiera cambiar de tema y centrarse en otra cosa. Claire le observaba con tristeza. Tía Adele tenía razón. Algo había pasado en Londres para que Mitch no quisiera volver allí y estaba claro lo que era.

—¿Te ha molestado algo que he dicho?

—No, claro que no… —Mitch no la miraba—. Es solo que no me gusta especialmente la ciudad… Mi hermano vive allí y bueno… no le envidio para nada. Aquí en mi finca no puedo ser más feliz…

—Sí, la verdad que el campo es mucho mejor. —Sonrió Claire,

cuando solo quería llorar—. Te dejo con tu tarea, no quiero entretenerte. Voy a beber un vaso de agua, entro en casa.

—Vale, cielo, iré dentro de un rato. —Mitch la sonrió fugazmente y siguió con su tarea.

Claire se dio prisa. Entró en casa y subió a su habitación. Cogió el hatillo con sus cosas, se puso un sencillo vestido azul que le hizo su madre, la capa, y dejó el vestido de Mitch y las alhajas que llevaba, unos pendientes y una pulsera.

En la finca, lejos de Mitch, se internó por unos campos de trigo y pidió a uno de los trabajadores que la llevara al pueblo en la carreta, pero que no dijera nada al señor. Así lo hizo Harry.

Tía Adele tuvo que posponer el viaje para el día siguiente, pues Mary Eunice se había puesto indispuesta del estómago debido a la ingesta de fruta y agua a la vez.

Cuando Mitch volvió a casa y no encontró a Claire, preguntó y nadie sabía nada. Se volvió loco al ver que faltaba su ropa humilde y que le había dejado en la cama el vestido rosa con el que la había visto hacía unas horas. Las joyas y el resto de ropa estaban también. Mitch se puso frenético. Nervioso, enfadado, triste, preocupado. Salió al campo y preguntó a gritos a los trabajadores sobre Claire, montado en Azabache, hasta que consiguió saber la verdad. Otro trabajador que no tenía idea de nada y solo obedecía dijo a Mitch había visto a Harry llevarse en la carreta a la señorita Claire. Le dijo que ella llevaba un hatillo y parecía disgustada.

Mitch trotó a galope con Azabache y mandó al cochero preparar el carruaje para ir al pueblo y después a la ciudad. Tenía que encontrarla como fuera. Estaba frenético. Hacía frío, pero él sudaba, su respiración era agitada y casi lloraba de rabia y miedo. No podía estar sin Claire.

—Deprisa —apuró al cochero—. Tenemos que encontrar a la señorita. Se avecina una tormenta horrible. —Mitch subió al carruaje recogiendo los bajos de su largo abrigo negro.

Como Mitch predijo, la tormenta no se hizo esperar. Aunque hacía unas horas nada pronosticaba ese cambio radical de tiempo, la tormenta había entrado fuerte con una gélida lluvia y truenos.

Para entonces, Claire estaba vagando ya por el pueblo, cubierta con su fina capa azul marino y el hatillo con las pocas pertenencias que tenía. La lluvia la cayó encima cruelmente, empapándola de nuevo. Parecía volver a repetirse lo que había ocurrido la noche de Halloween, solo que ahora no estaba Mitch, y Claire se puso a llorar. Todavía quería a Mitch, pero le dolía saber que era un mentiroso y que quizá no le quería de verdad. Las lágrimas de Claire se mezclaron con las gotas de lluvia que le golpeaban la cara. Se quedó de pie pegada a la pared de una tienda que tenía un pequeño tejadillo, pero, aun así, la lluvia la mojaba el vestido, los pies. La calle estaba

desierta, todo el mundo se guarecía y los comercios tenían sus puertas cerradas. Ella no llevaba dinero, así que no podía alojarse en ningún sitio. Intentó meterse en una tienda, guarecerse un poco haciendo como que iba a comprar, pero el tendero la echó al ver que no iba a comprar nada y que estaba empapando todo el suelo.

De nuevo, la lluvia y el frío la azotaron. Decidió quedarse en la pared, bajo el tejadillo. Era mejor que quedarse en plena calle o un callejón. Terminó empapada y tenía frío. Recordaba cuando Mitch le puso ropa seca y le metió en la cama, calentita y con la chimenea. Con esos pensamientos, se ensombreció mucho más. Llegados a un punto, cansada de estar de pie, se sentó sobre el suelo. Parecía una mendiga, toda mojada, pálida y allí sentada el suelo. Entonces vio pasar un carruaje. No había nadie en la calle del pueblo, y el carruaje paró en seco. A Mitch se le desbocó el corazón cuando vio a Claire en la pared de la tienda del tejadillo rojo. La reconoció enseguida. Lo habría hecho aunque hubiera estado entre una multitud de mil personas. Mitch abrió la puerta del carruaje y saltó de él, quitándose el abrigo y la chaqueta del traje.

—¡Claire! ¡Claire! —gritó con la lluvia empapándole. Corrió como un loco hacia Claire y ella se puso en pie—. Dios mío, Claire, ¿qué has hecho? —Mitch casi lloraba. Claire le miraba con tristeza. Le había encontrado y eso le alegró. Mitch parecía su ángel guardián. Pero volvía a lo mismo. Tenía un hijo al que había abandonado y eso decía mucho de su persona. Claire estaba desencantada—. Estás empapada, Dios mío. —Él se quitó el abrigo y la chaqueta. La despojó de la capa. El vestido estaba algo mojado también, pero no tanto como la capa.

Mitch puso la chaqueta a Claire y también el abrigo.

Él se quedó con una camisa blanca y el chaleco. Pronto la lluvia empezó a mojarle con fiereza, haciendo que la camisa blanca se le pegara como una segunda piel. El pelo lo tenía completamente mojado.

—Vamos ahora mismo al carruaje.

—No, Mitch, espera, no puedo volver contigo. Lo siento. —Ella le miró con tristeza. Los dos se miraron, empapados, Mitch confuso y Claire casi a punto de llorar.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado ahora, Claire?

—Me has mentido…. Me mentiste. —Claire rompió a llorar. Mitch le miraba boquiabierto, sin comprender nada. No parecía importarle que la lluvia y el viento le azotaran con crudeza. Solo quería saber qué había pasado y por qué Claire volvía a rechazarle.

—Te juro que no te he mentido en nada, Claire… por favor, explícame qué está pasando. No entiendo nada…

—Mitch… Tu tía me dijo que no querías vivir en Londres porque allí dejaste un hijo… Tuviste un hijo con una criada y la dejaste

también. Me advirtió que no me fuera contigo, que me harías lo mismo. Luego te saqué el tema de Londres y reaccionaste mal, como si te incomodara la sola mención, así que es verdad… No puedo estar a tu lado sabiendo que has hecho eso y que me lo podrías hacer a mí. —Claire lloraba.

Mitch estaba boquiabierto.

—Claire… ¡Eso no es verdad! Lo juro por mi vida. Yo nunca he tenido un hijo ni he estado con ninguna criada. Me marché de Londres porque veía mucho materialismo y estaba harto. Las mujeres solo veían en mí a un buen partido con buenas rentas y propiedades. Quería vivir alejado de tanta hipocresía y etiqueta. Esa es la verdad… Tía Adele no se tomó bien nuestra relación y ha intentado separarnos. Te lo juro, Claire. Vayamos a casa y ella te lo contará. Aún no se ha marchado. Dame esa oportunidad, por favor… Dejame demostrar mi inocencia al menos… —Los ojos de Mitch eran sinceros. Claire confió en él y asintió. Subieron al carruaje. Mitch estaba literalmente empapado, mientras Claire estaba inundada de ropa seca y se había recostado sobre la ventanilla, quedándose dormida e ignorando los escalofríos de Mitch.

Al llegar a la finca, Mitch entró hecho una furia al salón, donde estaban las señoras tomando un té al calor del fuego. Abrió las puertas con tal ímpetu que estas chocaron con las paredes y las señoras miraron asustadas. Claire estaba unos pasos detrás de Mitch, abrazándose a sí misma con el abrigo de Mitch, que la venía largo de mangas y la llegaba al suelo como un vestido. Estaba pálida y asustada. Tenía los ojos hinchados de haber llorado y prefería mantenerse al margen, pero dentro de la escena para ver si Mitch había mentido o si había sido tía Adele.

—¡Tía Adele! ¿Se puede saber qué patrañas le has contado a mi prometida? ¿Es así cómo agradeces mi hospitalidad para contigo y tus amigas? —Mitch estaba calado hasta los huesos. Su flequillo empapado despedía gotas de agua cuando movía la cabeza, airado, para hablar. Las damas miraron tímidamente con las tazas en las manos y tía Adele se levantó y se aproximó hasta Mitch.

—Mitchell, ¿de verdad vas a casarte con una criada? ¿De verdad vas a meter en tu familia a una desarrapada sin recursos? Vas a ser la vergüenza de la familia y, porque te quiero, te estoy evitando una vergüenza pública.

—No puedo creer lo que oigo. ¡Amo a Claire! Me da igual que no tenga títulos o dinero, le amo como mujer, como ser humano que me hace feliz. Lo que es una vergüenza para mí es tener por familia a una tía tan desnaturalizada como tú. Nunca pensé que me pudieras hacer este daño. Quiero que te marches de mi casa ahora mismo. Alistair te llevará al pueblo en el carruaje que está preparado. Y quiero que

admitas que mentiste a Claire sobre esa retorcida historia de un hijo que sabes que no tengo. Di la verdad ahora mismo. —Mitch la agarró de un brazo y apretó, mirándola con fiereza. Tía Adele dio un respingo.

—Sí, yo inventé esa historia… ¿Y qué? Estarás mejor sin esa criada que no tiene nada que aportarte. —Se zafó del brazo de Mitch con un gesto de desdén.

—Me aporta amor, felicidad, honestidad… Me quiere de verdad, no por mi dinero.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes?

—Porque se marchó y no se llevó ni una sola cosa de las que la regalé. Y porque la conozco y sé cómo es. Y ahora fuera de mi casa. Tenéis las maletas hechas, así que fuera… —la voz de Mitch era puro hielo y tía Adele le miraba asombrada—. ¡Fuera! —Tía Adele se estremeció y se encaminó para salir, pero, al pasar junto a Claire, Mitch le dio un alto—. Antes, una cosa más. Disculpate con Claire ahora mismo. Se lo debes. Hazlo o juro que te arrepentirás de no hacerlo… Tú sabes a qué me refiero. —Tía Adele sabía que Mitch hablaría de los asuntos sucios de su marido. Miró a Claire con gesto serio.

—Te pido disculpas. —Salió de la estancia con orgullo y aire dolido. Mitch avanzó hasta Claire y la abrazó.

—Siento haber dudado de ti, Mitch… Lo siento… —Ella le miraba con ojos tristes, suplicando perdón con esa mirada.

—No pasa nada cariño… Ya ha pasado todo. —Ella le abrazó con fuerza. Mitch empezó a toser y Claire le miró preocupada.

—¿Estás bien?— Él sonrió y asintió.

—Claro que sí, y más ahora que estás tú aquí. —Veronique y Mary Eunice se aproximaron a la pareja. Mitch y Claire se habían olvidado de ellas.

—Siento mucho lo sucedido, Mitchell. Yo no tenía ni idea de que Adele había hecho tal cosa… —Veronique parecía avergonzada—. Os deseo felicidad. Adiós… —Mitch y Claire no dijeron nada. Siguieron abrazados y para ellos no había más mundo.

Al día siguiente, Mitch tosía, estaba pálido y había tenido escalofríos toda la noche. Se levantó por la mañana, pero no se sentía bien, solo que no quería preocupar a Claire. Sus labios estaban casi blancos, igual que su tez, y se sentía cansado y sin fuerzas.

Claire se había puesto un vestido blanco de raso y estaba feliz y radiante. Encontró a Mitch en un pasillo de la casa.

—Mitch, cariño. Había pensado ir al pueblo para comprar miel y algunos productos de repostería. Toukie me acompañará. ¿Necesitas algo? —Mitch se sentía mareado. Se dio la vuelta y cuando iba a contestar a Claire, se mareó, parpadeó dos veces y cayó al suelo.

Claire gritó asustada y corrió hasta Mitch, que yacía en el suelo. Pidió ayuda a gritos y vinieron el mayordomo y Sissy. Levantaron a Mitch entre los dos y lo condujeron a la habitación, que, por suerte, estaba a tan solo cuatro metros de distancia. Estaba inconsciente y Claire no paraba de llorar, cogerle de la mano y llamarle.

—Señorita, hay que llamar al médico —dijo el mayordomo con preocupación.

—Sí, hágalo deprisa por favor. —Sollozó Claire, que estaba sentada en la cama junto al cuerpo inerte de Mitch—. Mitch, por favor, no te mueras… Por favor… No sé vivir sin ti… —Ella se abrazó al cuerpo de Mitch y apoyó su cara en su pecho llorando amargamente.

El médico dijo que Mitch tenía un resfriado muy fuerte, casi rayando en la neumonía. Claire se sintió culpable y lloraba inconsolable. Si no se hubiera ido, Mitch no habría ido tras ella ni se habría calado hasta los huesos al ponerle la ropa. El médico, que era el mismo que le atendió a ella hacía meses, tranquilizó a Claire y le dio las medicinas oportunas. Un jarabe, una crema balsámica para el pecho y un botecito de pastillas. Guardar reposo, calor y comidas como caldos, carne y pescado.

Claire bajó la fiebre de Mitch poniéndole compresas frías, y cambiaba el agua de la palangana cuando esta se ponía un poco templada. Claire no quería comer ni dormir y, pese a que Toukie o Sissy se prestaron a ayudar, ella era la única que quería ocuparse de Mitch.

Horas después se despertó, pero estaba débil. Claire a su lado, le cambiaba la compresa fría.

—Claire —musitó él—. ¿Qué ha pasado? —Claire se volvió.

—Mitch, cariño ¿cómo estás? —Ella sonaba nerviosa y preocupada.

—Cansado… y caliente… Solo recuerdo haberme mareado…

—Ha venido el médico. Te has puesto enfermo, Mitch. Un resfriado fuerte, y ha sido por mi culpa… Fui una estúpida por irme… Por mi culpa te calaste de agua al ponerme tu ropa… Me siento tan culpable. Lo siento, perdóname por favor, es culpa mía que estés así… —Ella estaba a punto de llorar, pero Mitch la acarició la cara y sonrió.

—Me debías una. Yo te cuidé a ti y ahora te toca a ti. —Le guiñó un ojo.

—No bromees… Estoy muy preocupada… No quiero que me dejes, no quiero que te pase nada… —Claire se agarró a una mano de Mitch y entrelazó sus dedos con los suyos.

—Vaya, así que me quieres de verdad… —Él sonreía, pero Claire no soltaba el mohín de preocupación en que se había convertido su cara.

—Sabes que sí… —dijo ella tímidamente.

—Me voy a poner bien. Te lo prometo. Tengo que casarme contigo

y no quiero perderme eso por nada del mundo. —Ella sonrió un poco, él también—. Ven aquí. —Claire se recostó sobre el pecho de Mitch y le rodeó la cintura como pudo. Mitch le acarició el pelo y la besó la cabeza.

Claire siguió cuidando a Mitch. De noche, le untaba la crema balsámica en el pecho y para Claire era todo un reto. Sentía deseo por Mitch cuando pasaba sus dedos llenos de crema blanca con olor a mentol por sus pectorales fuertes y manchaba de crema el vello negro de su pecho, que aunque no era demasiado abundante, bastaba para mancharse y quedarse pegado de crema blanca.

Habían pasado muchos días desde que había tenido sexo con Mitch por última vez y, al verle sin ropa, y ver sus pectorales y abdominales fuertes y tonificados, sintió el deseo otra vez, aunque pensaba que no era ético sentirlo en un momento en el que él estaba enfermo y ella le cuidaba como a un niño.

Pensaba en Mitch encima de ella, con sus mechones de flequillo cayéndole, sonriendo, embistiéndola y besándola, mientras Claire, debajo, aferraba sus piernas y brazos a su cuerpo, y se derretía en gemidos, y cerraba los ojos porque se mareaba de tanto placer continuo. O cuando era ella la que estaba encima de Mitch cabalgándole y él se aferraba a sus caderas o su trasero y estallaban juntos de placer.

Pero ahora las noches no estaban llenas de sexo, velas y amor. Ahora Claire cuidaba de Mitch, le alimentaba como a un niño de tres meses, y, cuando él se quedaba dormido, ella no hacía más que mirarle y estar pendiente de cualquier necesidad que tuviera o no tuviera.

Una noche, la luz de luna, azulada, iluminaba toda la estancia. La chimenea se había apagado y Claire se había quedado dormida fruto del cansancio. Era de madrugada. Mitch dormía plácidamente y la luz de luna le iluminaba, con los mechones sobre la frente, su cara ladeada en la almohada, respirando tranquilamente.

Claire le amó más que nunca y sintió que le querría aunque viviera mil vidas. Se levantó y le besó en los labios.

—Te quiero, Mitch —susurró bajito. Entonces se levantó, encendió la chimenea y se acostó a su lado. No tenía fiebre.

Le rodeó la cintura, por encima de la manta y las sábanas, y sintió que sin él estaba perdida y sola. Si Mitch se moría, ella se suicidaría. Quizá con pastillas o con esa pistola del coronel que había sido abuelo de Mitch y que él guardaba en la habitación.

Pasados unos días, Mitch se recuperó. Ya era marzo y el tiempo parecía mejorar algunos días. Claire y Mitch paseaban de la mano por la finca, mientras los rayos de sol los bañaba en su luz. Todo iba bien y su relación volvió a brillar y latir con más fuerza.

En abril, Mitch coronó el dedo anular derecho de Claire con un anillo de compromiso y la proposición formal de matrimonio. Se arrodilló en pleno campo, tomó la mano de Claire

—¿Querrías casarte conmigo, ser mi esposa? —Claire, que llevaba un ramillete de rosas, lo tiró al suelo, sonrió asintiendo, y Mitch sonriendo, se puso en pie.

—Sí, sí, y mil veces sí… No deseo otra cosa que ser tuya. —Mitch le cogió en brazos, alzándola, ambos rieron y le abrazó fuerte, se besaron sin parar un buen rato.

El anillo, traído desde Paris, era un diamante en forma de corazón con un aro de oro blanco.

El sol bañaba con su luz la finca y arrancaba destellos verdes del campo y vivos colores de las flores. Parecía una estampa de cuento y la felicidad era absoluta.

Pero las cosas no podían acabar bien para Mitch y Claire, que parecían condenados a que su amor no sobreviviera, al menos en ese tiempo y esa vida.

En mayo ocurrió la fatalidad más absoluta que podía ocurrir.

Mitch lo había anotado todo en su diario, donde dejaba escrito el legado de su historia de amor que conocerían el resto de familiares. Por eso toda la familia, hasta la llegada de Jonathan y Melissa, pudo saber la historia tan triste de aquellos amantes.

Una tarde de mayo, un domingo, los trabajadores libraban. Claire había salido a dar un paseo por la finca, como acostumbraba a hacer a diario con el buen tiempo. Solía recoger flores y llevarlas a casa, donde las ponía con agua para que el aroma de las rosas o las margaritas perfumaran la estancia. Mitch se había quedado en casa, dormido en el butacón de su despacho, después de anotar cuentas y cosas relacionadas con su patrimonio y las rentas. Claire llevaba una pequeña cesta de mimbre y había metido algunas manzanas y unos ramilletes de violetas. Cerca de la verja de entrada, un hombre la llamó. No por su nombre, sino diciéndole «señorita». Claire enseguida vio que era un mendigo, un vagabundo de esos que iban pidiendo. Sus ropas medio rotas y sucias y su barba de días eran muy evidentes.

—Señorita, llevo días sin comer, ¿puede darme algo, por favor?

—Sí, claro, espere por favor. —A Claire le dio pena y no era la primera vez que daba limosna.

Abrió la verja, quitando el cierre de la portezuela. El hombre avanzó unos pasos. Claire le tendió una manzana que el hombre cogió y casi devoró.

—Tome buen hombre… Llévese algunas más si quiere.

—Gracias señorita, me muero de hambre —dijo, masticando la fruta. Claire no notó en él nada extraño, pero fueron segundos. De repente, el hombre, que le había observado mientras comía y reparó

en el anillo brillante, sacó un cuchillo de debajo de sus ropas y la amenazó con él, blandiéndolo a escasos centímetros de su cuello.

El cuerpo de Claire se tensó.

—Por favor, no tengo dinero… Solo llevo fruta y flores… No me haga nada…

—Viviendo en esta finca, seguro que tiene mucho más que eso. Además, esa cosa que brilla en su dedo debe valer una fortuna. Démela ahora mismo.

—¡No! ¡No pienso hacerlo! Escuche, le daré dinero, lo que quiera, pero no me quite este anillo por favor…

—¿Cree que estoy loco? No voy a entrar en esta finca, me abatirían a tiros o llamarían a la policía… Es de lógica que no vive sola. Solo quiero el anillo para venderlo, démelo y me marcharé…

—No puedo darle este anillo. Vale mucho para mí sentimentalmente. Le juro que le daré dinero para comer y para que se instale en una pensión, pase a casa, no le pasará nada. —Pero el hombre se impacientó. Se abalanzó sobre Claire e intentó agarrarle de la mano, abrirle los dedos y quitarla el anillo. Pero Claire no se lo puso fácil, cerraba los dedos, forcejeaba y empezó a gritar.

Mitch se despertó de pronto y oyó unos gritos desgarradores, sobre todo uno que le heló la sangre porque sonó como un grito de dolor espeluznante. Su instinto le dio la alarma. Era Claire. Como el rayo, corrió escaleras abajo y salió al porche. Lo primero que vio fue a Claire, desplomándose al suelo y un hombre al lado de ella, con un cuchillo ensangrentado.

—¡Claire! —gritó Mitch con tanta fuerza que las venas del cuello se le hincharon hasta casi reventar.

Corrió como el rayo, y el hombre echó también a correr, pero fruto del miedo y la confusión, lo hizo dentro de la finca, donde estaba acorralado, aunque él creía que sería como un bosque y que tendría salida. Al ver a Mitch que corría en línea recta hacia él, pensó que para despistarle, sería mejor correr en zigzag por la finca, internarse en los árboles, donde la zona de bosque era más extensa. Ahí no le vería y podría camuflarse y esconderse, pero si salía fuera de la finca, en el camino recto y despejado, sería presa fácil.

Mitch quería ayudar a Claire y a la vez coger a ese hombre. Pero sabía que dentro de la finca, con la verja cerrada de casi cinco metros de altura y pinchos, sería como encerrar a una rata dentro de una jaula. No podría escapar y se ocuparía de él más tarde.

Corrió junto a Claire, que estaba tirada en el suelo. Su vestido azul cielo de gasa y manga corta estaba completamente teñido de sangre en la zona del estómago. Claire tenía la tripa cubierta con sus manos, llenas de sangre.

—Claire, cariño, tranquila —jadeó Mitch. Ella le miraba asustada.

Temblaba y estaba pálida. Mitch comprendió que Claire se iba a morir cuando quitó las manos de ella para ver la herida, y un reguero de sangre oscura salió. Sus órganos internos estaban heridos, así que iba a morir.

—Mitch —susurró ella, alzó una mano, y Mitch la tomó, poniéndola sobre su mejilla, que quedó manchada de sangre—. Lo siento…

—Claire… —Mitch aguantó el llanto que le ahogaba la garganta—. Mi amor, estoy aquí contigo… No voy a dejarte… Tranquila…

—Mitch… Te quiero. Siempre te he… querido. —Le costaba hablar —. Me temo que me estoy muriendo… Quédate conmigo…

—No pienso dejarte…

—Siento que yo a ti sí…

—No… no, no, no, no… —sollozó Mitch con la cara roja.

—Escúchame… Nos volveremos a encontrar… En otro tiempo, en otra vida… Un amor como… el nuestro… no puede acabar aquí. —La boca de Claire se volvió pastosa. Mitch, arrodillado a su lado, le sujetaba la cabeza en sus muslos, y no soltaba la mano, que estaba apoyada en su cara, tiñéndosela de sangre—. Te encontraré yo a ti, o tú a mí…

—Claire, por favor… no puedo vivir sin ti, no me hagas esto… No me dejes…

—Lo siento, cariño… Vive lo que te queda de vida… Intenta ser feliz… No acabes por mí… Te queda toda la vida….

—No quiero vivirla sin ti… —Claire exhaló un suspiró y murió antes de que Mitch pudiera decir nada más. Sus ojos quedaron abiertos. Un hilo de sangre salía por la comisura de su boca y su cabeza quedó ladeada. Mitch profirió un grito desgarrador y los pájaros de los árboles echaron a volar en bandada, como asustados. Mitch lloró como un niño, casi a gritos, y echando lágrimas a borbotones. Abrazó el cuerpo muerto de Claire.

Su anillo de diamante estaba manchado de sangre. El hombre no había conseguido quitárselo. Ver la cesta de manzanas tirada, con las manzanas esparcidas y el ramillete de violetas pisoteado, devoró de dolor aún más el corazón destrozado de Mitch y le dio una fuerza que era furia llena de rabia.

Buscó al hombre, corrió, las ramas le arañaron la cara, los brazos, se metió en un riachuelo empapándose de agua los zapatos y los pantalones. Encontró al hombre escondido tras un tronco de árbol. Mitch vio el ala de su sombrero de paja, desvaído. Hizo que pasaba por el árbol sin verle, pero se volvió, y le atacó, lanzándose sobre él con un grito gutural, más de animal que de humano.

Mitch cogió una piedra grande y le reventó la cabeza a golpes.

No podía parar de asestarle golpes ni aun cuando su cabeza ya era

solo una masa pulposa sanguinolenta y asquerosa.

La mejilla con sangre seca de Claire le daba un aspecto más fiero. Mitch se había convertido en una bestia salvaje.

Enterró al hombre y volvió donde estaba Claire.

La cogió en brazos y la llevó dentro de casa. Con ella en brazos, lloró amargamente hasta quedarse dormido. Más tarde, se despertó con una idea clara como el día. Sabía lo que iba a hacer.

Escribió en un diario de diez páginas todo lo que había sucedido desde noviembre hasta mayo. Lavó a Claire y le puso ropa limpia. Parecía una novia, con un vestido blanco de raso y perlas que Mitch la había comprado en la ciudad. Una noche había bailado un vals con ella llevando ese vestido, en el salón, sonrientes y felices. Mitch le había besado muchas veces al acabar el baile y después habían hecho el amor tres veces, para acabar comiendo fresas con nata en la cama, desnudos. La vida sin Claire ya no era vida, y él nunca podría querer a otra.

Mitch se vistió de etiqueta. Se sentó al lado de Claire, cogiéndola de la mano. Ella yacía tumbada, fría, rígida. Había pasado casi un día entero.

Mitch miró a una cruz que tenía colgada en la pared, enfrente de él.

—En nombre de Dios, yo te tomo como esposa a ti, Claire, para amarte aún después de la muerte, honrarte y ser tuyo para siempre. Que Dios me deje encontrarte nuevamente. —Se santiguó y se inclinó sobre Claire, besando sus labios fríos.

En la otra mano Mitch llevaba una pistola. Se sentó de nuevo sobre la cama y se apuntó a la sien, cerró los ojos y disparó. Su cuerpo cayó hacia atrás, quedó tendido al lado del de Claire, ambos cogiéndose de las manos.

Parecían unos novios recién casados, pero muertos. Mitch había llamado a su amigo médico una hora antes y le había dado instrucciones de que debía ir a visitarle ese mismo día para un asunto urgente.

Charles, el amigo médico de Mitch llegó a casa y vio extrañado que todo estaba abierto. La verja de entrada, la puerta del porche. Entonces llamó a Mitch, pero este no contestó. Descubrió los cadáveres en la cama y vio el diario escrito en la mesita junto con una carta.

Como testamento, dejaba la finca en un cincuenta por ciento a Brandon y otro cincuenta a Angelica.

Por teléfono, Mitch le dijo a Charles que al entrar en la habitación reparara en el cuaderno y en la carta de la mesita. Charles no entendía nada y Mitch no quiso explicar más.

La policía llegó. Se hizo un funeral. Y la historia de Claire y Mitch

se contó durante varias generaciones. Los amantes perpetuos que juraron encontrarse en otra vida, en otro tiempo. ¿Lo consiguieron?

****

Todos quedamos maravillados con la historia. Hipnotizados más bien.

Claire y Mitch parecíamos yo y Jonathan. La descripción física y psíquica de ellos era la misma que Jonathan y yo.

Me quedé perpleja.

Aquella noche, en el baño, me miré en el cuello y, efectivamente, tenía los lunares de Claire en el mismo sitio que describía Mitchell en su diario.

Sonreí al mirarme en el espejo. ¿Era yo Claire Brenneman? Al volver a la habitación, vi que Jonathan dormía plácidamente, con la luz azulada de luna bañando su imagen. Sentí un déjà vu, mi corazón pareció brincar desbocado y presionado por algo y no tuve dudas de que, quizá, ese tiempo y esa vida, en la que Claire y Mitch juraron encontrarse, era la vida que yo estaba viviendo.

Capítulo 13

Noviembre 2016. Nueva York, Manhattan

Brian pasaba consulta en su despacho de Manhattan. Perfectamente enmoquetado, con butacones cómodos, plantas frescas, un ambientador que inundaba la estancia de un olor suave y fresco, y en la mesa, una caja de pañuelos de papel y un bol de caramelos.

Era psiquiatra, médico de medicina general y psicólogo. Brian no tenía tiempo de aburrirse, o eso habría dicho cualquiera. Pero, fuera del trabajo, su vida sí que era aburrida. Solitaria y monótona. No tenía pareja ni demasiados amigos para salir. Conocidos de aquí y allí, para tomar una copa al salir del trabajo y poco más.

Sin embargo, Kate había llenado sus días cuando le acogió en su casa tras el aborto. Se había enamorado de ella, pero era un imposible, y para no perderla de amiga, al menos, se calló lo que sentía. En esos días, Brian deseaba terminar su trabajo para volver a casa y estar con Kate viendo una película, hablar de pensamientos, cenar juntos o simplemente ver alguna serie americana de comedia y reírse en el sofá con la mantita puesta. Ella le daba salsa a su insulsa vida y durante esos días Brian respiró un aire diferente que le sentó genial. Pero eso se había acabado pronto, y ahora Brian ya no tenía ganas de volver a

casa especialmente porque no le esperaba nadie salvo su casa, fría y sola, silenciosa. Kate había llenado ese silencio y esa soledad, pese a que ella estaba pasando su propio infierno personal. Pero, aun triste, pálida y ojerosa, sabía sacar alguna sonrisa y seguía siendo hermosa. Brian no se la quitaba de la cabeza y rogaba para poder olvidarla en parte y así aplacar el amor que sentía por ella. Ahora vivía con Jonathan en Hamilton House e iba a casarse con él para Navidad. Además tenían un hijo juntos, el pequeño Daniel, cuya existencia Brian no conocía. Cuando en verano Brian visitó Hamilton House y vio cómo se cogían de la mano, cómo se sonreían y se miraban, comprendió que estaban hechos el uno para el otro y que él nunca tendría ninguna posibilidad.

Se alegraba por Jonathan, ya que aún recordaba sus ojos tristes y vacíos en aquella azotea del edificio donde se hacía la fiesta donde se conocieron, ya varios años atrás. Se podía ver que Jonathan no era un hombre feliz y que su alma acarreaba una pesada carga. Al verle con Kate, sus ojos brillaban y tenían otro enfoque. Se podía ver que su alma estaba viva de nuevo.

Brian tenía una capacidad innata para saber ver en los ojos de las personas. En Jonathan vio la tristeza absoluta de alguien derrotado que no espera levantarse y después vio alegría de alguien que sale de un infierno y pisa la gloria. En Kate pudo ver dulzura, una tristeza llevada con buena cara, optimismo y cierta inocencia. Y al chico que tenía delante, Denny, Dennis Reynolds, ah, ese era otro cantar. Hecho de otra pasta, como decían. Sus ojos decían tantas cosas, que algunas no podían leerse. Denny ocultaba mucho, y Brian dudaba de que pudiera saberlo todo, pese a que Denny hablaba en las sesiones y colaboraba en la terapia. Llevaba yendo a la terapia de Brian desde poco antes del verano. Iba un par de veces al mes y con eso bastaba. En ese tiempo, Denny había contado a Brian su propio drama personal, pero se callaba cosas y Brian lo sabía. Por cómo Denny desviaba la vista, se movía inquieto en la silla o cambiaba de conversación. En algunas partes de la historia, no quería dar demasiados detalles.

La historia de Denny no era una historia agradable. Ni medio bonita siquiera. La época feliz de Denny no había durado mucho. A los dieciséis años, su padre se había suicidado tras arruinarse. Podía haber acabado ahí, pero las desgracias de Denny iban a crecer más con cada año. Su madre empezó a beber y a abusar de las pastillas. No superaba la muerte de su marido ni no tener un céntimo. No podía cuidar bien de Denny porque no podía cuidar de sí misma siquiera, y Denny fue mandado a casa de la tía Cressida y su marido Jean durante una temporada. Vivían en un pueblo, tenían una pequeña granja y nunca se habían visto mucho, cada uno tenía sus vidas y no eran la típica

familia unida. La madre de Denny pasó un tiempo en una clínica de reposo para intentar curarse de su depresión y los servicios sociales pensaron que podía ir a un centro de acogida al ser menor y ser adoptado temporalmente por una familia o irse con la tía Cressida. Denny prefirió irse con su tía. Recordaba de pequeño haber estado en la granja y haber sido bien tratado. Cressida y Jean tenían dos hijos, Sandra y Sergei, que por aquella época eran de edad parecida a Denny. Recordaba que jugaban y que todo era normal, así que Denny se confió y decidió apostar por ir a casa de su tía. Pero se equivocó. Allí no iba a estar bien.

Denny no quería entrar en muchos detalles, le costaba revivir ese pasado contado oralmente, y Brian poco pudo sacarle, salvo lo que Denny quería contar. Supo que Denny recibió vacíos, desprecios y una falta de cariño enorme en el momento más delicado y crucial de su vida. Además, Sandra y Sergei estaban lejos de ser educados como él. Eran, básicamente, niñatos malcriados, se reían de que Denny fuera educado, responsable, «un señorito», y se metían con él. Cuando Denny se quejó un par de veces, sus tíos casi se enfadaron con él y claramente sacaron la cara por Sandra y Sergei. Denny comprendió que estaba solo. En la escuela las cosas no fueron mejor. Por ser educado y tímido, era objeto de burlas de chicos gamberros y chulos. Luego vinieron los maltratos físicos en el colegio, y en casa de sus tíos le cayó también cuando se quejaba del colegio tímidamente. El tío Jean usó el cinturón con él unas cuantas veces y una vez le dio tan fuerte que la hebilla de metal se le estampó en la frente, dejándole una pequeña cicatriz de por vida. Denny aguantó así un par de años.

Con dieciocho, se plantó y volvió a Nueva York. Su madre parecía estar mejor y pudo regresar a casa. Pero Denny se había cerrado a la gente y a la vida. Ya no se fiaba de nadie ni confiaba. Si le habían dejado solo en la peor etapa de su vida, ya no podía esperar nada de nadie. Denny dejó los estudios y empezó a trabajar de cualquier cosa. De camarero, en un burger, atendiendo llamadas de clientes en una compañía de seguros. Su madre murió de un infarto de la noche a la mañana, quizá por las pastillas que todavía tomaba. Denny casi ni lo sintió. Su madre y él vivían en mundos diferentes y Denny siempre se había sentido solo con ella. Aprendió a no encariñarse con nadie. Pero su espíritu quedó quebradizo para siempre. Antes de que su madre muriera, Denny se cortó las venas en el baño. Su madre entró, le vio y llamó a emergencias. Denny se salvó, pero las cicatrices de sus muñecas quedaron como una marca macabra. Tiempo después fue a un taller de reiki, energías y cosas espirituales, intentando pasar la fase oscura en la que su alma se encontraba, y se hizo un tatuaje en la muñeca derecha, tapando un poco la cicatriz. Un trébol de cuatro hojas, ya que su padre era irlandés. Lo hizo en memoria de él,

influenciado por un amigo de la clase de yoga.

Pero la depresión volvió y la segunda vez Denny tomó pastillas con alcohol para poner punto y final a su vida. De nuevo, su madre le encontró tirado en la habitación. Un lavado de estómago arregló todo. Denny parecía condenado a tener que vivir. Y él estaba harto. Entonces, un tiempo después, Denny empezó la terapia con Brian y de momento todo parecía ir bien. Tenía pesadillas con su pasado, ansiedad y se sentía incómodo en la vida. Trabajaba en McDonald's y, según él, su vida era la de un perdedor. Y hasta ahí sabía Brian. Lo que no sabía era la parte que Denny ocultaba y se guardaba para él. El gran secreto que guardaba y que le había dado la fuerza para vivir y no intentar más suicidios. Al menos hasta que consiguiera su último propósito, después, quizá, podría matarse.

Un día, Denny vio una película que le dio una idea. Era un chico que había sido maltratado y abandonado en un callejón, dado por muerto, tras una fuerte paliza. A consecuencia de ello, se había quedado sordo de un oído y ciego de un ojo. Juró que iba a vengarse del daño que le habían hecho, torturando y matando a sus agresores, y lo hizo. Después, el protagonista descubre que la paliza venia por encargo de parte de un rico empresario de dudosa moral. Denny entonces recordó algo que había olvidado parcialmente. Había escuchado a su madre algo sobre que un empresario rico le había quitado la empresa a su padre y que por culpa de él su marido había muerto. Denny supo la verdad, leyendo papeles de su padre y un diario que escribió su madre como terapia a su depresión. Al parecer, su padre tenía un hotel. Al principio dio beneficios, pero luego salieron otros hoteles con mejoras y nuevas tecnologías y el hotel del señor Reynolds fue dando menos beneficios. La gente se iba a la competencia. Perdió dinero en varias acciones y los gastos eran mayores que las entradas de dinero.

Liam no quiso contar la verdad a su mujer e hijo y siguió dejando que tuvieran vida de ricos, pero tirando ya de ahorros. El banco le iba a embargar el hotel y sus bienes hasta dejarle casi en la indigencia. Debía dinero de préstamos que había pedido para seguir dando comodidades a su familia en cuanto a ropa, comida, educación, caprichos, hogares… Y el banco exigía sus préstamos. Acorralado, Liam pidió ayuda a Jonathan Hamilton. Era un empresario excelente, las cosas le iban bien y había levantado empresas de la ruina, además, siempre estaba dispuesto a escuchar propuestas de otros empresarios. Liam le ofreció un trato, que pagara su deuda con el banco y llevar el hotel al cincuenta por ciento, mientras Liam le pagaba en plazos la gran deuda. Jonathan se negó. Según él, no iba a conseguir mucho dinero a corto plazo, como en otras compras de empresas, y encima Liam podía tardar años en devolverle una cantidad de dinero

descomunal. Tampoco era seguro que el hotel generara muchos beneficios, aun reformándolo, pues la gente prefería ya otro tipo de instalaciones y estructuras y el hotel de Liam se había quedado algo pasado de moda. Reformarlo requería otro gran gasto de dinero y Jonathan lo veía como un mal negocio donde él perdería dinero. Se negó, y Liam se pegó un tiro en su despacho. Cuando Denny se enteró de que Jonathan había sido el culpable, y adoptando el rol del chico de la película, empezó a tener un motivo para vivir. Vengarse de Jonathan Hamilton.

Estuvo aquella noche en la que Jonathan tuvo el accidente. Fue él quien empujó el coche de Jonathan hasta sacarlo de la carretera. Le había estado siguiendo y sabía que los viernes se iba a Long Island. Había sido fácil. Jonathan era un personaje de cierta fama. Había sido empresario del año y dio alguna breve entrevista por televisión. En una ocasión se le escapó decir que los viernes marchaba a Long Island para recargar pilas de la semana llena de trabajo. Allí, al parecer, tenía una mansión familiar. Y las noticias se encargaron de decir dónde trabajaba, así que solo fue cuestión de seguirle, vigilarle, estudiar sus movimientos y cuándo hacía las cosas, y actuar. Denny solo tuvo que esperar unas horas en la acera de enfrente del edificio donde trabajaba, un viernes, y cuando vio salir a Jonathan, le siguió con el coche rumbo a su loft. Después le siguió, cuando salió del loft, ya muy de noche, y supo camuflarse por las carreteras y no ser visto en algunos tramos, para no parecer sospechoso si su coche le seguía durante todo el recorrido. Eso sí, sin perder de vista el coche de Hamilton. Al principio Denny creyó que sería difícil camuflarse, cambiar de carril y meterse en otras vías de acceso, quizá perdería de vista a Jonathan y el plan no saldría adelante, pero era muy bueno conduciendo y supo hacerlo bien. Llegados a un punto, salió a plena carretera, por donde el coche de Jonathan circulaba tranquilo, sin prisa pero sin pausa, y ya no se despegó más de él. Con toda su fuerza, pensando en su padre, dio un volantazo, lleno de ira, y consiguió lo que quería, sacarle de la carretera. Encima tuvo la suerte de que no había ningún coche más, salvo un par, pero a más de cuarenta metros de distancia.

Denny quería matar a Jonathan. Le culpaba de que su familia hubiera acabado destrozada, de que su padre se suicidara y él tuviera que ir con los tíos y de haber sufrido toda clase de burlas y humillaciones. Cuando Liam vivía, Denny era feliz. Tenía amigos, una familia, una buena escuela… Pero todo se acabó tras el suicidio, y Jonathan había sido el culpable, pues si hubiera ayudado a Liam, este no se habría suicidado. Así lo entendía Denny. Entonces, por las noticias, se supo que Jonathan había quedado vivo, aunque en pésimas condiciones. Denny se alegró de haberlo dejado postrado en

una silla de ruedas y, sobre todo, de haberle quitado su lujosa vida. Se sentía feliz por primera vez desde hacía años. Tenía diecinueve años por entonces, pero ya se había forjado su personalidad para siempre. La noche que se retrasmitió en la tele el éxito de la operación de Jonathan, a Denny se le cayó el vaso de cristal con whisky al suelo, rompiéndose en añicos. No podía creer que ese malnacido volviera a andar, que estuviera feliz y encima en una entrevista dijera con orgullo y lágrimas de felicidad que había encontrado al amor de su vida y a su hijo, y que no podía ser más feliz. Entonces, Denny ideó un nuevo plan. No iba a dejar que Jonathan ganara. Su padre seguía muerto mientras su asesino tenía una vida de éxito. No iba a permitirlo. El próximo objetivo de Jonathan sería hacerle daño a través de alguien que él quisiera mucho, con toda su alma. Y no se le ocurrió pensar en nadie mejor que en Daniel, su hijo.

Denny había sufrido al perder a su padre, sangre de su sangre. Jonathan sufriría lo mismo al perder a su hijo. La cuestión era cómo acceder a ese niño. Según la cuenta de Twitter de Jonathan, a principios de año se mudaban a la ciudad, dejando la mansión para fines de semana y vacaciones. Daniel ya estaría yendo a un colegio a la ciudad, así que era de suponer que, mientras vivía en la finca, le llevaban en coche hasta la ciudad, pues era noviembre y los colegios estaban en periodo lectivo. Denny pensó en contratar un detective privado, pero no quería dejar cabos sueltos y que nadie más que él supiera de sus planes. Entonces decidió recurrir al viejo método. Volvería a espiar a Hamilton. Le seguiría y averiguaría horarios, y también seguiría a su hijo. Solo era cuestión de tiempo y paciencia.

Denny se agachó a recoger los restos del vaso roto. Se clavó un cristal y se cortó la yema del dedo índice. La televisión estaba puesta, se enfocaba a Jonathan sonriente, en el pasillo del hospital, con un par de médicos, sonrientes y orgullosos, y la periodista, que acercaba el micrófono a los labios de Jonathan, que aún se sostenía con ayuda de un andador, pero al menos estaba en pie ya. Denny no pudo dormir esa noche. Su cabeza daba vueltas sobre cómo llegar a su objetivo. Al día siguiente tenía cita con el doctor Brian.

—Bueno Denny, ¿qué tal ésta semana? Cuéntame. —Brian le sonrió amablemente, dándole la mano al entrar en el despacho.

—Hola doctor Brian… He dormido poco esta noche… Tuve turno doble en el trabajo, pero bien…

—Siéntate por favor, ponte cómodo. —Brian hizo un gesto con la mano para invitar a Denny a sentarse en el butacón verde. Él rodeó la mesa y se sentó en su silla giratoria—. Bien Denny, vamos a hablar de cómo te has sentido esta semana. Pensamientos, emociones… Haz un balance y dame un adjetivo que resuma tu estado actual…

—Ilusionado.

—Vaya, eso es muy bueno. Cuéntame, ¿vas a empezar algo que te ilusiona?

—Sí… y creo que podrá curar viejas heridas… Tengo un proyecto, pero no puedo contárselo, doctor Brian… Se estropearía… Ya lo sabrá en su momento… —Denny se miró las muñecas y se acarició el trébol que tenía tatuado en la muñeca derecha. Era verde y grande. La cicatriz de Denny se notaba, pero el tallo verde del trébol la disimulaba. Denny pareció sonreír levemente y su mirada estaba teñida de oscuridad y misterio. Brian le miró, estudiando su mirada perdida en el tatuaje, la media sonrisa y el gesto de ensoñación, y sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

****

Enero 2017. Hamilton House

Jonathan se despertó. Era aún de noche, de madrugada. La luz azulada de la luna entraba por el ventanal de la terraza. Giró el cuello y vio a su lado dormida a Melissa. A veces todavía no sabía si llamarla Kate o Melissa. Dormía apaciblemente, con el pelo largo y sedoso desparramado por la almohada, y un camisón blanco de tirantes. Era preciosa y Jonathan sonrió y suspiró aliviado por tenerla a su lado. Alargó un brazo para tocarle suavemente el pelo. No quería despertarla. Entonces notó que no podía. Todo su cuerpo estaba rígido y no se movía. Jonathan sintió que la respiración se le aceleraba y el corazón le latía rabioso y descompasado. El miedo le atenazó el alma. Iba a hablar, pero tampoco podía. Oía, veía y sentía, pero no podía hablar ni moverse. Quiso llorar de pánico, pero ni lágrimas le salían. Entonces Melissa se despertó. Le miró, sonrió y le saludó, pero él no la respondía. Entonces Melissa perdió la sonrisa, se incorporó en la cama.

—¡Jonathan! ¡Jonathan! ¿Qué te ocurre? —Le sacudía, pero él no se movía. Melissa se puso a llorar y a gritar. Jonathan también gritaba, pero sin ser oído. «Melissa, estoy aquí, ¡no he muerto! ¡Estoy aquí! —Pero Melissa lloraba inconsolable. Le daba por muerto—. ¡Melissa, por Dios, ayúdame! —Todo eran gritos de horror.

—¡NOOOOOOO! —gritó. Se levantó de la cama como accionado por un resorte, quedándose sentado. Jadeaba y su frente estaba perlada de sudor. A su lado, Melissa dormía tranquila, con el pelo largo y oscuro esparcido por la almohada. No había gritado, solo en su sueño, así que, por suerte, no le había despertado. La luz aluzada de la noche entraba en la habitación. Todo era como en su sueño, solo que estaba en la vida real y podía moverse. Jonathan salió de la cama y

decidió «dar un paseo». Necesitaba despejarse y mover las piernas. La casa estaba en silencio. Daniel dormía con Apollo a un lado de la cama. La imagen le pareció tierna y Jonathan sonrió. Tener a Melissa y a Daniel le llenaba de felicidad. Ya no sentía ese vacío y ese dolor que tuvo en su vida de antes. Ahora sentía que tenía una vida nueva, como si hubiera renacido. Diciembre había sido el mes estrella.

El dos de diciembre, Melissa y él se casaron en una boda oficiada por un cura en la finca Hamilton, decorada de navidad y de motivos nupciales. Aunque hacía frío, típico del mes, la boda fue de cuento de hadas y todo salió perfecto. Jonathan estaba borracho de felicidad. Mandó instalar unas carpas especiales en un recinto cerrado protegido del frío, y parecía que estuvieran en una gran sala de fiestas de la ciudad. Había música, bailes de vals, una orquesta que tocaba música de saxofón, piano, flores por todas partes, manteles blancos en mesas coronadas con bolas de cristal llenas de agua y flores blancas naturales recién cortadas. Jonathan invitó a la familia de Melissa y llevó a algunas personas del mundo de los negocios con sus esposas. También llegó la prensa, que hizo un reportaje y una sesión de fotos que más tarde se vendió a la revista *Vanity Fair*, donde Jonathan y Melissa posaban vestidos de novios, cogidos de la mano, besándose. Jonathan se había hecho aún más famoso tras la operación pionera en devolver por primera vez la movilidad completa a un tetrapléjico. Además, era de nuevo el empresario astuto y tiburón de antes. Ahora, otra vez al mando, Jonathan se sentía pletórico. Tenía un trabajo donde era el rey de la corte, y además tenía familia. Una esposa preciosa y un hijo inteligente y encantador. Su sueño hecho realidad. Habían ido de luna de miel a Escocia. Querían estar tranquilos, ajenos a la ciudad, el tumulto y el ruido de siempre. Melissa y él hablaron mucho sobre el destino de viaje. Jonathan propuso ir a Italia, Paris o Grecia, pero Melissa se decantó por Escocia o Irlanda, y Escocia fue la elegida. Melissa se enamoró de Glasgow, y, cogidos de la mano y sonriendo, paseaban por sus calles y por sus amplísimos campos verdes y pastos. A Melissa le gustaron especialmente las granjas, llenas de vacas con pelo largo, cerditos rosados y toda clase de animales típicos. Los granjeros montaban también tiendas con productos ecológicos y naturales, sin aditivos químicos ni ingredientes dañinos, lo cual maravilló a Melissa, que era partidaria de una vida sana.

—Creo que podría vivir aquí toda la vida —suspiró Melissa, sonriente. Estaba sentada sobre un muro de piedra de medio metro. Una extensa pradera verde se extendía frente a ella. Había árboles y una granja cercada con vacas y caballos y una casita típica de cuento. Jonathan le miraba atento y feliz. Estaba hermosa, con su jersey rosa de cuello alto, la cazadora negra de cuero y el pelo largo y liso movido por el viento. Cada segundo se enamoraba más de ella. Cada gesto

suyo le maravillaba y ahora que tenía al amor de su vida al lado, absorbía cada segundo con ella—. Pero tú aquí no serías feliz…. Eres un hombre de negocios y Nueva York es tu vida… —Melissa no sonó triste, ni su tono era de reproche. Más bien sonaba divertida, y miró a Jonathan sonriendo y guiñándole un ojo. Jonathan le acarició la cara y le besó en los labios. El viento soplaba y el cielo estaba teñido de gris. Se respiraba tranquilidad y el mundo parecía haberse parado para dejar al matrimonio como únicos habitantes. No había nadie que molestara.

Tras andar por bosques y pastos, habían encontrado un rinconcito privado en una zona del prado cerca de la granja de Anderson, un granjero joven que tenía una miel deliciosa. Melissa y Jonathan a veces se llevaban rebanadas de pan untadas en miel y las comían sentados en la pradera verde, debajo de un árbol. Anderson y ellos ya eran prácticamente amigos, y Melissa prometió llevarse a Nueva York algunos tarros. La gente de las granjas era sociable y familiar, y Melissa se enamoró de ese aspecto, alejado de la gente fría e independiente de Nueva York. Jonathan pensó si sería feliz allí en Escocia, alejado de la ciudad que nunca dormía.

—Yo sería feliz en cualquier parte mientras esté contigo. No puedo estar sin ti, Melissa… Ahora que te he encontrado siento que voy a explotar de felicidad cada segundo que paso contigo… —dijo Jonathan, fundiéndose en un abrazo con Melissa, y ella le abrazó con fuerza también. No podían quererse más. Su estancia en Escocia fue romántica y tranquila, y Jonathan y Melissa tuvieron tiempo de hablar, conocerse mucho mejor, y recuperar tiempo perdido. Hacían el amor a diario y no paraban de abrazarse, besarse y cogerse de la mano. Parecían dos personas en una.

Daniel se había quedado en Long Island con la abuela Nana y Elaine, una cuidadora de treinta años que era trabajadora, simpática y leal. Melissa y Jonathan iban a estar de vacaciones hasta el día veinte de diciembre. Después regresarían a Nueva York para pasar navidad con Daniel. Era el primer año que en Navidad estarían todos juntos. Ni que decir tiene que Jonathan se gastó más de cuatro mil dólares en regalos.

Al regresar de Escocia les esperaban las festividades de Navidad y Año nuevo, y Jonathan aparcó un poco sus obligaciones como hombre de negocios. Regaló a Melissa muchas joyas y ropa, y a Daniel un montón de ropa, videojuegos, un ordenador, tecnologías para su habitación, realidad virtual, y todo tipo de lujos y caprichos. La vida de Jonathan no podía ser más feliz. Pero su pasado había sido oscuro y él tenía miedo de que alguna parte de ese pasado volviera para romper su felicidad. Que su salud se resintiera y la operación fallara y volviera a quedarse tetrapléjico. Que le pasara algo a Melissa o que

algún socio descontento viniera para hacerle daño. Jonathan recordaba muchas veces lo sucedido con Paul. El hecho de que quisiera matarle le había calado hondo y le había dejado una cicatriz de por vida. Además, por culpa suya Melissa había tenido un aborto y un hijo se había perdido por el camino. Jonathan había llorado mucho a escondidas por la pérdida de ese niño. No delante de Melissa, para no hacerle daño, pues ella todavía acarreaba ese dolor. Se culpaba de haber bebido el vino, en vez de mandarlo analizar y dejarse de experimentos. A veces se culpaba más ella misma del aborto que a Paul. Algunas veces era ella la que necesitaba un abrazo o había llorado por ese hijo no nato, y Jonathan había ocultado su dolor y la había abrazado y besado, reconfortado. Aparte de la tristeza del aborto y de no poder conocer ya a ese niño o niña, a Jonathan se le había instalado el miedo de ser dañado intencionadamente otra vez, o a lo peor, que lo fuera su familia. Si los perdía, estaba seguro de que se suicidaría. No podría afrontar la vida sin ellos, después de todo ese maremágnum de felicidad.

Jonathan bajó al primer piso, entró en la amplísima cocina. La chimenea del salón estaba aún encendida y las estancias estaban calientes. Encendió una luz nocturna, que era blanca pero más tenue que la luz de la gran cocina. No quería despertar a nadie, aunque era absurdo, pues Daniel y Melissa dormían en el piso de arriba, ajenos a las luces del resto de la casa. Aun así, Jonathan prefirió no encender las luces. Se sirvió un vaso de leche, que calentó en el microondas. Salió un momento de la cocina para cruzar un vestíbulo y meterse en el cuarto de baño. Allí tenía escondido, entre botes de crema de afeitar y frascos de perfume, un botecito pequeño. Brian se lo había dado sin que Melissa lo supiera. Contenía pastillas para calmar la ansiedad y los nervios, y cuando Jonathan se sentía especialmente intranquilo o tenía una pesadilla, recurría a las pastillas. Así, al menos, dormía sin soñar nada. O cuando de repente le asaltaba el miedo de que al volver a casa faltaran Melissa o Daniel, volvía a recurrir al botecito, no sin antes haber llamado a Melissa para asegurarse de que todo iba bien. No quiso decirle a Melissa lo de las pastillas para no preocuparle o quedar como un paranoico y que ella le cogiera cierta aprensión. Ese pánico a perder la felicidad le hacía sufrir en algunos momentos. Aunque la mayoría del tiempo se sentía feliz y se obligaba a pensar que no tenía nada por lo que preocuparse.

Melissa y él eran pasionales, sexuales, mejores amigos, confidentes, almas gemelas y Daniel adoraba a Jonathan. Era un niño divertido, cariñoso y despierto. Jonathan se sentía orgulloso de él y se alegraba de que el paréntesis de doce años no afectara al amor de Daniel sobre Jonathan. Eso había sido gracias a Melissa, que siempre había estado hablando de él a Daniel, y recortaba fotos de prensa y revistas y las

pegaba en un álbum especial. Así, Daniel creció con Jonathan, pero a distancia. Ella le prometió que un día conocerían a papá y todo saldría bien.

Jonathan aún recordaba sus días en la silla de ruedas, inmóvil, hastiado de todo, y cómo Kate apareció y su mundo oscuro pareció resplandecer. Al principio solo era una lucecita titilante, pero después se convirtió en una explosión de luz. Kate le había salvado la vida en todos los aspectos. Sin embargo, él, al igual que su antepasado, Mitchell, también había tratado mal a Kate en ocasiones, y se arrepentía muchísimo de ello, de lo cruel que había sido. Y no solo con ella. Jonathan había tratado mal a mucha más gente. Shannon, otros empresarios, gente que le pedía ayuda, chicas, el sastre que le tomaba medidas para los trajes, camareros o camareras que le servían comidas… Jonathan tenía mala cara para todo el mundo. Quizá era porque Melissa no estaba en su vida. Quizá, porque era un poco cabrón, o quizá todo eso y nada de ello. Lo cierto era que desde que se había recuperado, había abandonado la condenada silla y se había casado con Melissa, él había cambiado. Trataba mejor a la gente, era más caritativo, condescendiente y le gustaba más ese nuevo Jonathan, una buena persona.

Un tiempo antes, un empresario vino a pedirle ayuda económica por una mala inversión. Necesitaba un préstamo y Jonathan se lo concedió. Le dio pena, pero en años anteriores le hubiera echado a patadas alegando que él no era un banco. Ahora Jonathan miraba al espejo del baño y el reflejo era el de un hombre feliz, pero todavía ligeramente atormentado. Se miró largo rato, apoyando las palmas de las manos en el lavabo blanco de porcelana, se inclinó ligeramente y se miró, estudiando su rostro. Su mirada azul e intensa, sus mechones de cabello cayéndole por la frente. A veces, Melissa, desnuda debajo de él, sonreía y, mordiéndole el labio, le cogía con los dedos los mechones de flequillo, tiraba de ellos hasta obligarle a bajar la cara y le besaba con pasión y dulzura. Jonathan sonrió solo de pensarlo. Decidió salir del baño, beberse la leche y acostarse. Gracias a la pastilla, le entraría sueño a los cinco minutos.

Se dio la vuelta y abrió la puerta. Para su sorpresa, se topó con Melissa en el vestíbulo, que tenía cara de sueño, le miró confusa y solo llevaba su camisón blanco largo de tirantes. A Jonathan se le antojó preciosa.

—Jony, ¿qué ocurre? ¿Te encuentras bien, cariño? —Ella se aproximó a él. Jonathan le sonrió.

—Estoy bien, preciosa, no te preocupes. Es que bajé a tomarme un vaso de leche. Me apetecía… y bueno, fui al baño a mear, claro que estoy bien. —Le sonrió, le rodeó los hombros con un brazo y la besó en la frente, rezando para que no preguntara más.

—Vale, es que me desperté, vi que no estabas, y me preocupé…

—Estabas muy dormida cuando bajé, ¿o es que duermes con un ojo abierto y otro cerrado, brujita? —La sonrisa de Jonathan se ensanchó más. Ella sonrió tímida.

—No, es que no sé, llámame tonta, pero de pronto sentí que no estabas a mi lado y me preocupé… —Jonathan la estrechó contra él y suspiró.

—Cariño, ahora estamos juntos y será para siempre. Anda, vámonos a la cama, es tarde y estoy deseando acurrucarme contigo bajo las sábanas. —La besó la frente.

Ella le rodeó la espalda con un brazo y juntos subieron a la habitación. Jonathan fingió alegría y despreocupación, pero sintió una punzada de miedo cuando le dijo a Melissa que siempre estarían juntos. Sus palabras sonaron sinceras a Melissa, pero Jonathan no terminaba de creérselas. Sentía como si un gran peso fuera a caer sobre él en cualquier momento. Era hora de hablar de nuevo con Brian.

****

Enero 2017

Shannon tenía un portátil Apple con el que trabajaba para todo. Desde trabajo de oficina a uso particular. A veces lo dejaba encendido y ni se acordaba de apagarlo. Y lo que era más, dejaba a su novio, Carter, que trabajara con él con su misma sesión y nombre de usuario. Ese fue el fallo que la catapultó al desastre que iba a cernirse sobre ella en breve. Carter, que a veces se quedaba en casa de Shannon, empezó a usar su ordenador para conectarse a Internet, bajar música o terminar algún informe del trabajo. El disco duro del ordenador era un caos de información. Shannon tenía más de cien carpetas con contenido diferente y alguno mezclado. Carter se lo comentó una tarde, cuando él estaba sentado frente al portátil, bebiendo una bebida energética. Shannon se disponía a salir, tenía cita para depilarse y ya se estaba calzando sus deportivas rosas cuando alzó la vista a Carter, que tenía cara de asombro.

—Está claro que tengo que ponerme ya mismo a ordenarte todo esto. ¿Me dejas?

—Sí, claro, pero no hace falta si no te apetece, de verdad. Yo me entiendo. —Carter la miró con un gesto que decía que no se lo creía. Shannon se rio—. Carter, no es para tanto —dijo atándose el cordón —. En mi caos, encuentro el orden.

—Sí, claro, comentario típico de quién no tiene argumentos para justificar su desorden… Si es que se puede justificar. —Carter la miró

con los ojos muy abiertos y torciendo un poco la boca. Ella suspiró, fue hasta él, y se inclinó, se besaron—. Eso es chantaje emocional, ¿lo sabías?

—No, es simplemente que te quiero y me encanta besarte ¿lo sabías? —Carter le sonrió, volvió a besarla y le agarró del culo, cubierto por unos pantalones deportivos ajustados negros.

—Noo, ni se te ocurra calentarme… tengo que irme, pero a mi regreso… lo que quieras. —Le guiñó un ojo sonriendo.

—Muy bien, pero date prisa, no creo que aguante mucho después de haberte visto así…

—¿Así? Carter, por favor, es solo ropa deportiva…

—¿Y qué? Estás buena igualmente. —Shannon se echó a reír. Carter la miraba divertido. Ella volvió a besarle. Cada día le quería más. Ya no se acordaba mucho de Jonathan, y, cuando lo hacía, sentía una punzada de dolor. Le había hecho mucho daño con sus palabras y gestos, y la última vez que habían estado juntos había sido un desastre, aparte de traumático. Todavía se acordaba del asesinato. Durante esos años no había pasado nada y esperaba que así siguiera.

—Bueno, luego te veo, pórtate bien niño bonito. —Shannon le dio un último beso, cogió el bolso y se aproximó a la puerta.

—Yo siempre soy bueno.

—Hasta que dejas de serlo… no me hagas hablar…

—Hasta luego guapa. —Le guiñó un ojo, ella le tiró un beso y se fue. Después, Carter se puso a ordenar algunas carpetas del PC. El trabajo era tedioso, pero había prometido ayudarla. Tras un rato ordenando y eliminando archivos inútiles, Carter se extrañó al ver una carpeta llamada «Archivos Cam 2013».

Carter pensó que era el año en el que Shannon había tenido su relación con Jonathan, y quizá eran fotos de una cámara. Le picó la curiosidad, pero, cuando abrió la carpeta, vio varios archivos de vídeo. Carter abrió uno, y solo salía el jardín de la casa de Shannon y la calle. Tenía un botón de zoom para agrandar la vista, y, durante un rato, Carter no vio nada de particular, solo la calle, vacía, y la misma imagen del jardín solitario. Comprendió que era un vídeo de la cámara de vigilancia que Shannon tenía en casa y que enfocaba al exterior. Carter pensó que no tenía nada de particular ni que le generara interés, así que iba a salir del vídeo, pero distraído, tocó un botón del teclado y sin querer, bloqueó por unos momentos el ordenador. El cartelito de «no responde» salió y Carter decidió esperar a que el ordenador se recobrara del bloqueo momentáneo. El jardín de Shannon seguía saliendo, sin ofrecer nada nuevo. Carter decidió esperar mientras daba otro sorbo a su lata de bebida. Miraba el jardín de Shannon, en color, con el césped bien recortado, la pequeña fuente, los cerezos, las farolas de la calle y la tranquilidad que se respiraba.

Entonces algo llamó su atención. La imagen ahora mostraba a una chica y a un hombre que iba con ella. Las luces de las farolas iluminaban bien.

Carter acercó la cara a la pantalla y escrutó quiénes eran. Entonces sintió que el corazón le brincaba desbocado. Eran Shannon y Jonathan. Hablaban algo, ella parecía entre tímida y nerviosa y él llevaba un abrigo negro y el aspecto de triunfador de siempre. Carter volvió a sentir una punzada de rabia al ver a Jonathan y recordar su pasado, cómo Elias le había preferido a él y le había dejado los bienes sin ningún miramiento hacia Carter, que solo heredó la mansión familiar y la casa de tía Else. Casi deseó dejar de mirar, pues los recuerdos le estaban amargando de nuevo. Pero la curiosidad pudo más, y Carter se quedó helado tras ver el vídeo completo. Lo que pasaba que le interesaba duraba apenas cinco minutos. Un chico se había parado, habló y al poco sacó una pistola. Tras una breve conversación, el chico apuntó a Shannon y para su sorpresa, Jonathan había sacado una pistola y disparado. El chico se desplomó muerto y ellos, tras hablar algo, corrieron y se metieron en casa. No había más. Lo que pasara después se había quedado dentro de casa. Las cámaras del jardín tenían una vista de la calle que abarcaba unos metros más de distancia de la casa de Shannon. El cuerpo del chico se había quedado a unos doce metros de la casa de Shannon. Tenía pinta de drogadicto, o de andar metido en problemas, por sus ropas y delgadez. Carter se acordó de sí mismo, cuando cayó en manos de Paul Weston, que le transformó y le dio una buena vida.

Shannon nunca le había hablado de que ella estuviera involucrada en ese suceso y mucho menos que Jonathan hubiera estado con ella. Ya habían roto desde hacía meses, así que, ¿qué hacía Shannon otra vez con Jonathan cuando por aquel entonces ella ya estaba en relaciones con Carter?

Carter sintió que de nuevo Jonathan le ganaba y que le quitaba algo. Como siempre. Apretó la mandíbula, lleno de rabia y rencor. Quería hasta llorar, pero de rabioso que estaba no le salía. Carter no podía creerse que Shannon le hubiera traicionado y mentido así. Solo sabía que hubo un asesinato en su calle, que estuvo la policía, y que Shannon no dejaba de llorar y se abrazaba a él histérica cuando él había llegado a casa tras todo el jaleo. Pero nunca pensó que ella tuviera algo que ver. Solo achacaba su nerviosismo a la situación tan dramática, que no era para menos. Lo cierto era que le había cogido cariño, le gustaba sexualmente y le parecía buena chica, pero ya le odiaba. No podría volver a quererla. Pensar que se había visto a escondidas con Jonathan le destrozaba por dentro. Precisamente Jonathan. ¿No podía haber sido otro? Eso es lo que más le dolía, pues suponía que Jonathan no sabía nada de que Shannon y Carter estaban

juntos. Si Shannon no le había dicho nada, no era culpa de él a efectos prácticos, pero, aun así, le odiaba. Desde la noticia en televisión, hacía semanas, de que Jonathan había sido operado con éxito, Carter había henchido aún más su odio por su hermano. Volvía a salir libre de todo mal, y, para colmo, era más feliz que antes. Presumía de mujer e hijo y su mirada brillaba de alegría. Era un Jonathan diferente a los años anteriores, el que salía en fotos con mirada vacía y seria. Se notaba que no era feliz, pero lejos de derrumbarse y ser un deshecho, había decidido alzarse con fiereza y ser incluso malo. Era su única forma de sobrevivir. Pisotear a los demás y ser un eterno rey con corona. Jonathan había sido malo, pensó Carter. Al final, su padre Elias no había sabido elegir bien.

Carter empezó a pensar, a hilar, como una arañita. Tenía una prueba vital en su mano. Solo bastaba llevar eso a la policía para que se emprendiera una investigación, quizá un juicio… Podría arruinar la vida de Jonathan y quizá la de Shannon, por cómplice. Quién había matado al chico era Jonathan, así que quizá por homicidio le caerían treinta o cuarenta años. Una vida arruinada. Y Shannon, de paso, también cumpliría algunos años por encubrimiento y falso testimonio a la policía. Así pagarían los dos. Pero Carter enseguida descartó esa idea. Le parecía que no era una manera demasiado buena para hacer daño a Jonathan. Verdadero daño. Empezó a pensar y llegó a la conclusión de que ya no quería el patrimonio. No quería fortunas ni propiedades, pues él ya era bastante rico y tenía varias casas. La mansión familiar de Thornton, la casa de tía Else, una casita en la playa y un loft en plena ciudad. No era eso lo que quería quitarle a Jonathan, aunque un año antes era justo lo que quería. Que Paul matara a Jonathan, heredar los bienes que le correspondían, según él, por ser hijo legítimo y primogénito. Pero entonces pensó que eso no le haría feliz. Ver a Jonathan tan alegre y triunfador partía en dos a Carter, que odiaba que su hermano quedara por encima.

Pensó que para resarcirse era mucho mejor usar otra táctica, meterse en la vida de Jonathan, hacerse su amigo, estar cerca de él y de su familia. Ese era el objetivo de Carter. Hacer daño a Jonathan quitándole lo que más quería, a su familia. Carter era observador y se fijó, en fotos y vídeos, que el ojito derecho de Jonathan era Melissa, su mujer. Aunque Daniel, su hijo, también estaba con él, Carter notaba mucho más interés por parte de Jonathan en Melissa, más incluso que en Daniel. Esa chica era para él su vida. Ella era la clave de todo. A través de ella, le haría daño. Así que Carter lo tuvo fácil. Se echó a reír cuando se le ocurrió el plan que había ideado para meterse en la vida de Jonathan y ganarse su confianza. Se rio porque no lo vería venir, se rio porque le quitaría lo que más quería, se rio porque Shannon también lo pagaría, aunque ella no lo sabría hasta el momento final.

Por fin tenía un nuevo plan tras la muerte de Paul, cuando se había quedado sin opciones. Se podía decir que se había quedado sin cartas con qué jugar. Ahora las volvía tener, y sus cartas eran las mejores.

****

20 de enero 2017

Con el comienzo de año, Jonathan, Melissa y Daniel se mudaron a la ciudad. Jonathan había comprado un nuevo loft en Manhattan (poniendo en alquiler su anterior loft de soltero), mucho más grande y con baño en cada habitación. Además tenía una terraza y una pequeña piscina que a Melissa le recordó con cariño el piso de Brian. Hasta principios de enero habían vivido en Hamilton House, pero, puesto que Jonathan estaba plenamente recuperado, ya tenían el loft acomodado y dispuesto como Jonathan quería y, con el colegio de Daniel, no había más excusa para prolongar el cambio.

Daniel había empezado el colegio en octubre. Para que no perdiera clases y llevara retraso, se decidió que, antes de alquilarlo, se quedaría en el antiguo loft de Jonathan junto con Nana, que había venido desde Ohio y estaba encantada de ocuparse del pequeño. Molly y Fred tenían que quedarse en Dayton, por trabajo, pero Nana, que tenía tiempo libre de sobra, fue la primera en ofrecerse para asentarse en Nueva York. El viernes por la tarde, el chófer de Jonathan recogía a Nana y Daniel y pasaban el fin de semana en Long Island, en la mansión familiar, junto a Melissa y Jonathan, hasta que el domingo volvían a la ciudad. Melissa, al principio, estaba preocupada por Daniel, no quería dejarle solo toda la semana, y tampoco quería pasar tanto tiempo separada de él. Ya apenas le veía debido a que tenía que cuidar de Jonathan las veinticuatro horas antes y después de la operación. El médico había dicho que era de vital importancia que después de la operación Jonathan hiciera fisioterapia intensiva, tomara los fármacos prescritos y acudiera a revisión cada dos semanas. Alex ayudó mucho, pero Melissa fue el verdadero apoyo de Jonathan. Tanto moral, como para otras cuestiones. Era como tener otro niño recién nacido que necesitaba toda la atención, y Daniel pasó a un segundo lugar, para tristeza de Melissa. Pero no se podía hacer otra cosa. Jonathan se recuperó plenamente, pero Melissa fue quién le ayudó con las muletas, con el andador, quien le ayudaba a sentarse, a levantarse, a lavarle y a diversas tareas, hasta que Jonathan pudiera hacerlas por sí mismo plenamente.

Tuvieron tiempo de hablar, de planear y de ajustarse a los cambios. Irían el fin de semana a Long Island y también en las vacaciones o festividades. Una vez hecha la mudanza, Nana regresó a Ohio, y

Melissa, que no tenía ninguna ocupación, se dedicó de momento a disfrutar de la vida de ricos que Jonathan la proporcionaba. Jonathan no quiso que Melissa se cansara y trabajara en las tareas del hogar, así que contrató a una señora que preparaba las comidas y cenas de la semana, viniendo un par de veces por semana tres horas. También venia otra chica a limpiar, aunque era Melissa quien solía encargarse, pero el loft era grande, con dos plantas, y a veces parecía misión imposible. Así que Melissa tenía tiempo libre de sobra y lo empleaba para leer, hacer compras, ir al gimnasio o al spa y ocuparse de la casa en la medida de lo que la quedaba, tras el trabajo de la cocinera y la limpiadora. Después del año agotador que había tenido con Jonathan, necesitaba un descanso.

De mañana, temprano, Jonathan se encargaba de llevar a Daniel al colegio en su mercedes platino. El colegio tenía servicio de transporte, pero Jonathan lo rechazó. Quería disfrutar de su hijo y ser padre en todos los niveles. Cuando Daniel salía a las cuatro y media de la tarde, Jonathan quería recogerlo también, y si tenía reuniones o más trabajo, iba Melissa en el Audi azul marino que Jonathan la había regalado hacía meses. Jonathan quería pasar la tarde con Melissa y Daniel y llegaba a casa sobre las cinco. Por la tarde, ayudaba con los deberes a Daniel, merendaban en algún sitio o paseaban, iban al parque a hacer deporte, corrían juntos, jugaban a tirar el disco a Apollo, y Jonathan no podía sentirse más feliz. A veces, si veía a alguien en silla de ruedas, sentía lástima y, tras mirar un par de segundos, apartaba la vista con pena y suspiraba. Nunca podría olvidar sus días oscuros en aquella silla. Habían sido casi dos años atado a esa silla, pero le habían parecido siglos. Ahora podía volver a correr, sentir la fatiga, el calor en sus músculos, incluso tenía agujetas, y todo era señal de que la operación había sido un éxito total. Jonathan lo había conseguido, aunque otros pacientes se habían quedado a medio camino. Él había sido afortunado de poder volver a moverse y andar, y más afortunado aún por recuperar al amor de su vida y a su hijo. Quería tener más hijos con Melissa y vivir con ella cada día como si fuera el último.

Pero aún con toda esa felicidad, había ido a ver a Brian en calidad de médico un par de veces. Una cuando vivía en Hamilton House y otra tras mudarse a Manhattan. Brian era su amigo, confidente y médico personal. Aquella tarde de viernes, Jonathan había ido a la consulta de Brian para desahogarse y hablar en privado. No quería que Melissa supiera nada. Eran las tres y media y Jonathan solo podría quedarse media hora o tres cuartos de hora, pues tenía que recoger a Daniel del colegio a las cuatro y media. Le había prometido llevar a merendar a McDonald's para que le dieran unos robots que coleccionaba y que regalaban con el Happy Meal. Jonathan acordó con Melissa quedar en el McDonald's a las cinco para merendar algo

los tres juntos.

Jonathan llevaba un traje gris perla y una corbata negra de Chanel, con camisa blanca de Armani. Su perfume de Dolce inundaba el ambiente mientras Jonathan andaba presuroso por los pasillos del edificio donde Brian tenía la consulta. Iba pensando en Daniel y en lo que iba a decirle a Brian, cuando se chocó de bruces con un chico que salía del ascensor… El chico exclamó y levantó las manos como para protegerse, aunque ya se habían chocado.

—Lo siento, lo siento —se disculpó Jonathan—. ¿Se ha hecho daño? Discúlpeme, voy con prisas y creí que al llamar al ascensor y bajar, vendría vacío. —El chico se le quedó mirando, sin decir nada, casi boquiabierto. Jonathan le miró extrañado. Se fijó en que el chico llevaba algo verde tatuado en una de sus muñecas y le pareció una flor rara. El chico bajó enseguida las manos y se colocó bien las mangas de su chaqueta de cuero, que llevaba algo abiertas pues tenían una pequeña cremallera metálica.

—Estoy bien… gracias… —El chico le echó una última mirada y desapareció como asustado. Jonathan pensó que era un chico extraño, y también que tenía una mirada triste. Quizá la más triste que había visto nunca después de la suya durante los años anteriores.

Cuando subió al despacho de Brian, se saludaron con un abrazo y Jonathan comentó el incidente a Brian.

—Oh, debe ser Denny. Se llama Dennis Reynolds, pero le gusta que le llamen Denny. Tiene un tatuaje de un trébol verde en la muñeca, por su padre… —Jonathan frunció el ceño—. Era irlandés… —terminó Brian con una media sonrisa.

—Oh, ya veo… Pues me ha mirado de una forma rarísima… En fin, supongo que te ganas cada puto centavo de tu tarifa, Brian…. —Brian sonrió fugazmente y le invitó a sentarse. Rodeó la mesa y se sentó en su silla giratoria de cuero. Tras de sí tenía un amplio ventanal de cristal con vistas a la ciudad. Jonathan se sintió a gusto de volver a estar en su entorno. Trabajo, ciudad, actividad y vida de triunfador. Nunca pensó que tras el accidente podría volver a su trono de antes. Ahora valoraba cada cosa que hacía, por pequeña que fuera.

—Bueno, tú dirás, ¿cómo va tu ansiedad y esos pensamientos?— Brian se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa y sosteniendo un bolígrafo entre los dedos.

—Hay días buenos, otros regulares… No diré que malos, porque tener a Melissa y Daniel y estar sano de nuevo es una alegría diaria, pero sí es cierto que a veces me siento raro, incómodo en mi propia piel…

—¿Te da miedo perder lo que tienes?

—Exacto… pero es algo más. Tengo una sensación rara, como de que algo va a pasar. Sé que sueno absurdo, paranoico… Quizá sea

fruto de mi ansiedad, pero en las últimas semanas lo he notado más.

—Jonathan, no va a pasar absolutamente nada. Es tu mente la que está en estado de alerta y teme que tu estado de felicidad cambie y vuelvas a sufrir. Estuviste en un infierno y temes caer en él otra vez. Te has quedado traumado… y no era para menos… pero tienes que quitarte esos miedos de tu cabeza y disfrutar de tu nueva vida. Has vuelto a vivir en la ciudad y eso es un cambio importante, y temes que pase algo, que este cambio también traiga algo, pero no exactamente positivo. Has salido de tu nido, de tu zona de confort, que era Hamilton House.

—Eso es, Brian… Joder, ¿me lees la mente?

—No. —Sonrió—. Son cosas de pura lógica… Disfruta de tu hijo, y de Melissa… Eres muy afortunado. No pierdas el tiempo amargándote, no vale la pena.

—Gracias, Brian…. Pero es que lo de Paul me afectó mucho. No tenía ni idea de que quería matarme… Y además está la persona que me empujó el coche. Esa persona sigue por ahí, viva, y sabe Dios si podría volver a intentar matarme…

—Espera, ¿tu accidente de coche fue provocado? —Brian frunció el ceño, con asombro.

—Sí… lo saben solo Melissa y la policía, bueno, y ahora tú, pero sí… Nunca se supo quién fue, pero me empujaron el coche intencionadamente. Querían matarme, Brian, sin ninguna duda…. Reconozco que no fui una persona muy buena en el pasado… Supongo que tengo muchos enemigos… Tengo miedo de que haya más gente por ahí que quiera hacerme daño otra vez.

—Escucha, Jonathan, si notas la más mínima amenaza, llama a la policía. Pero no creo que te vaya a pasar nada. Como te dije, no te centres tanto en el pasado, vive el presente… Ya has sufrido bastante, y ahora te toca disfrutar. ¿Lo harás?

—Lo intentaré….

—Bueno, poco a poco. Es normal que estés intranquilo si piensas eso que me has comentado, pero Paul murió y esa otra persona del coche quizá solo quería hacerte daño de manera puntual, no tiene por qué volver. Esos miedos están solo en tu cabeza.

Las palabras de Brian reconfortaron a Jonathan, que salió de la consulta más aliviado, y pensó que quizá todo era fruto de su temor, pero que no había nada de real en ello, por tanto, no había que vivir preocupado. Al recoger a Daniel del colegio, el mundo se le iluminó de nuevo. Daniel corrió a los brazos de Jonathan, y este cogió a su hijo en brazos.

—Hola, papá. —Sonrió Jonathan.

—Hola, campeón, ¿qué tal tu día?

—Muy bien, he sacado un notable en Informática

—Waow, pero qué listo es mi chico. —Jonathan le besó en la cara —. Eso tiene premio. ¿Qué me dices de ir al McDonald's y ver que robot nos has tocado hoy?

—¡¡Síií!! —Daniel exclamó contento. Jonathan rio. Depositó a Daniel en el suelo y le cogió de la mano para meterle en el coche.

—Mamá nos espera también a las cinco. Luego podemos ir al cine. Hoy es viernes, mañana no hay cole, ¿qué te parece? ¿O estás muy cansado?

—¡No, para nada! ¡Gracias, papá! —Jonathan le sonrió de nuevo y le revolvió el pelo. Daniel se sentó en el asiento de detrás. Jonathan no podía estar más orgulloso. Un rato después se encontraron con Melissa en la puerta del McDonald's. Daniel estaba loco de contento, Jonathan besó a Melissa y cogieron asiento cerca de la ventana de cristal. Daniel pidió ir él mismo a pedir los menús, pues se encontró allí con un compañero del colegio, Regie. Jonathan le dio veinte dólares. Daniel se fue corriendo y contento como si le hubiera tocado la lotería. Melissa y Jonathan le miraron sonriendo. Ambos sentados uno al lado del otro, y cogiéndose la mano.

—Qué estupendo es…. Cómo lamento habérmelo perdido todos esos años…

—Cariño, no te pongas tristón… Ahora le tienes, disfruta de él y no pienses nada más…

—Vale. —Jonathan sonrió y besó a Melissa. Parecían las mismas palabras de Brian.

Cuando Daniel y Regie fueron a pedir la comida a la caja, les atendió un chico de pelo castaño y ojos verdes.

—Las alitas están en cinco minutos. Yo te las llevo a la mesa, peque. ¿En qué parte estás?

—Donde los ventanales, cerca de la zona de juegos. Es donde están mis padres.

—Muy bien, pues ahora voy allí. Puedes llevarte esto ya y así puedes comer con tus padres, ¡buen provecho! —Y le tendió una bandeja con hamburguesas y bebidas. Mientras iban hacía Melissa y Jonathan, Regie habló.

—¿Te has fijado lo que llevaba ese chico en la muñeca? —preguntó Regie mientras sostenía su vaso de Coca Cola.

—¿El tatuaje del trébol? Sí, es muy chulo… aunque no creo que nosotros podamos hacernos nada de eso hasta dentro de unos años…

—Tú seguro que sí, tu padre es muy enrollado.

—Sí, pero no tanto. —Sonrió Daniel. Al llegar a la mesa, Daniel dejó la bandeja. Regie se sentó al lado de Daniel.

—Vaya, ¿este es tu amiguito, Daniel? —preguntó Melissa en tono dulce sonriendo a Regie.

—Sí, es Regie, mamá.

—Muy bien, pues encantada, Regie, yo soy Melissa, la mamá de Daniel. Merendad y luego podéis iros a jugar si queréis. —Al poco, Denny fue a la mesa que Daniel le había indicado. Casi se le cae la bandeja con la cajita de alitas al ver a Jonathan sentado, cruzado de piernas, cogiendo de la mano a una chica guapísima de pelo largo liso y ojos verdes. Era el mismo que se había chocado con él en la consulta de Brian. Ya se había quedado de piedra antes al encontrarse con Jonathan en el edificio de la consulta de Brian y ahora volvía verle en el mismo día. Y para más inri, así, de golpe, se enteraba de quién era el hijo de Jonathan. Ese niño era su hijo. Y la chica debía ser su mujer, la madre del niño. Ver esa familia junta y feliz pellizcó el corazón de Denny, que recordaba a su padre Liam y a él mismo de pequeño, yendo también a comer a burgers. Jonathan era feliz con esa vida familiar y Denny no tenía familia ni nada que se le pareciera.

Al servirles la comida, Denny volvió al trabajo con el corazón acelerado y la cabeza dándole vueltas. Ahora tenía que pensar cómo dar su siguiente paso.

****

En casa de Shannon, Carter ya tenía preparado su discurso. Ya había elaborado el plan meticulosamente e iba a dárselo a conocer a Shannon, pero solo en parte. Habían pasado unos días y por fin iba a contarle a Shannon la verdad. Sentía que no podía esperar más, necesitaba meterse en la vida de Jonathan Hamilton lo antes posible. Unas horas antes, Carter le dijo a Shannon que tenían que hablar. Después de comer y fregar los platos, Shannon se sentó en el sofá, expectante. Carter no mostró ningún sentimiento negativo o positivo. No quería adelantar acontecimientos.

Carter se sentó al lado de Shannon.

—Bueno, Shane… como te dije, tenemos que hablar… O más bien yo contigo. —Sonrió.

—Claro, tú dirás, cariño. —Carter se aclaró la garganta—. Shannon, durante todo el tiempo que llevamos juntos, ¿me has mentido alguna vez? —Ella le miró un poco tensa.

—¿Mentirte? No… ¿por qué?

—Pues yo creo que sí. Y no con una mentira de nada, por cierto… —Shannon perdió casi el color. Le miraba asustada y tensa.

—¿A qué te refieres? No te entiendo…

—Seré claro… No quiero alargarme demasiado. Vi en tu ordenador el vídeo. Aquel vídeo donde Jonathan se cargaba a un tío… —Shannon abrió la boca y miró a Carter demudada.

—Carter, escucha… Eso fue en defensa propia…

—Claro, ¿y entonces por qué no fuisteis a la policía? —Carter

sonaba irónico. Tenía a Shannon entre la espada y la pared y lo estaba disfrutando. Cuando fuera el turno de Jonathan lo disfrutaría mucho más, y ya ansiaba que llegara ese momento.

—Porque quizá la cosa se liaría… Ese chico sacó una pistola, iba a matarme, pero Jonathan le disparó… Luego descubrimos que la pistola era de plástico. Fue un homicidio involuntario, pero Jonathan lo pagaría… y además, la pistola había sido comprada ilegalmente… Todo se complicó… —Carter se carcajeó de risa. Eso no lo sabía y no lo hubiera esperado ni en mil años. Por fin parecía que la vida era justa y también gastaba crueles bromas a Jonathan, el eterno triunfador.

—No me lo puedo creer… Qué jugada más mala… Es tan raro que algo así le pase a Jonathan Hamilton… el triunfador, empresario del año, el más amado por todos, número uno en provocar orgasmos y esas cosas…

—Carter por favor, no hables así, me estás asustando, no te reconozco…

—¡Me tomaste por estúpido! —gritó él—. Quedaste con ese bastardo cuando ya estabas conmigo. Y entonces pasó lo de ese tío que tu héroe mató. ¿Qué ocurrió después para que no volvieras con él? No me creo que no quisieras volver, ¿para qué si no quedaste con él después de lo que te hizo? Debió ser cosa de él no querer estar a tu lado… ¿fue por el asesinato?

—No… Él no me quería. —Shannon temblaba. Iba a llorar, pero a Carter le daba igual—. Siempre quiso a esa tal Melissa, la que es su mujer… Lo entendí en cuanto le vi por la tele tan feliz con ella…

—No me extraña… es un bellezón, y parece dulce como la miel… —Carter sonó cruel y su tono de voz se infló para hacer daño deliberadamente. Shannon empezó a sollozar—. Esa sí que le quiso de verdad… Sin embargo, tú a mí…. —Carter puso cara de desprecio.

—Carter, yo te quería… y te quiero… no iba a irme con Jonathan…

—¡MIENTES! —Carter bramó y se puso en pie. Señaló con el dedo a Shannon—. ¡Tú ibas a volver con él de no ser porque él te rechazó! ¿Verdad? No me mientas; ni se te ocurra mentirme o será peor, te lo juro.

—Nuestra ruptura era muy reciente, y sí, todavía tenía esperanzas de que pudiéramos volver… Solo me recogió en la calle porque llovía a mares y me estaba calando. En el coche me llevó hasta casa… No pasó nada más, te lo juro. —Ella rompió a llorar—. Después no he vuelto a pensar en él y no volvería aunque me lo pidiera… te quiero a ti, Carter… Llevamos casi cuatro años juntos, ¿de verdad crees que aún le quiero con lo mal que me trató?

—Creo… que volverías con él si las cosas fueran distintas, sí. Ese

tío te caló, lo sé, no lo niegues. Pese a que era un cabrón, tú y esa Melissa le adorabais. Así sois de estúpidas algunas mujeres…

—Carter, te juro que no siento nada por él… Siento haberte mentido… solo quería olvidar lo sucedido… estaba asustada. —Shannon le miraba suplicante y llena de lágrimas.

—Me da igual ya… Lo que sé es que me mentiste. Me ocultaste algo enorme y ya no puedo volver a mirarte con los mismos ojos. Lo nuestro está muerto y enterrado, quiero que lo sepas. Pero eso sí, antes de separarnos quiero que hagas algo por mí. O llevaré ese vídeo a la policía. Lo he cogido. Ya no está en tu ordenador. Ahora lo tengo solo yo. Dependes de mí para que tu vida siga como hasta ahora o empieces a vivir en la cárcel.

—Carter, por favor….

—Cállate y escucha. Vas a hacer exactamente lo que yo te diga, cómo te lo diga y cuándo te lo diga. Porque si no la policía verá ese vídeo y tú y ese bastardo os pudriréis en la cárcel. Ahora serás una abejita atareada. Tendrás que poner toda tu fuerza y energía en que las cosas salgan justo como yo quiero. —Shannon lloraba inconsolable. Carter cogió del brazo a Shannon, la levantó hasta que la puso a su altura. Carter sonreía, y Shannon lloraba mirándole aterrada —. Escucha, abejita atareada… Escúchame muy de cerca…

****

10 de Febrero 2017

Después de varias semanas, Denny sabía que los viernes Jonathan y su hijo iban al McDonald's. Cuando vigilas a alguien, estudias sus movimientos, sus horarios, y tienes paciencia, esperas. Eso es lo que Denny hizo. Había tenido días y noches para pensar en cómo y cuándo asestar el golpe. Quería que todo saliera perfecto. Había seguido varias veces a Hamilton, cuando, tras salir del McDonald's, se había ido a casa con su hijo. Conocía sus movimientos. Hamilton vivía en un edificio caro, pero estaba fuera del ajetreo de la ciudad, no había demasiado movimiento, no era como en Times Square. Y si era rápido, se largaría antes de que se le echaran encima.

Así pues, aquel viernes de febrero estaba listo para poner en marcha el plan que había ideado. Como de costumbre, por la tarde, sobre las cinco y pico, Jonathan, Melissa y Daniel se presentaron en el McDonald's sonrientes y habladores, como siempre. Destilaban felicidad y eran la viva imagen de familia feliz. Denny no podía soportarlo. Había pensado en que hacer daño al niño podía ser cruel, pero entonces pensaba en que con él nadie había tenido ninguna

consideración, aun estando huérfano y siendo muy joven también. Y Hamilton tenía la culpa. De su aciago pasado, de que su padre muriera, de que todo hubiera salido mal. Y encima la vida le volvía a sonreír. Denny no podía permitirlo. Tenía que vengar a su padre. Era una burla que su asesino campara alegre por la vida mientras Liam estaba bajo tierra.

Aquel viernes, Denny libraba, pero eso no impidió que llevara a cabo su plan. Vigiló a Jonathan desde cierta distancia, para asegurarse que iba al McDonald's. Tenía su moto aparcada cerca y cuando Jonathan se dispusiera a marchar, haría su mismo recorrido pero por otro tramo para acabar llegando al mismo destino. No quería ser visto. Veía a Jonathan con su familia, hablando, y él aguardaría.

Jonathan cortó un trozo de brownie, lo mojó en nata y antes de llevárselo a la boca, habló.

—He aparcado el coche en la acera de enfrente, pero al llegar a casa lo meteré en el garaje. Tú puedes subir con Daniel a casa mientras, yo tardaré un rato porque quiero cambiar una rueda que va algo floja. —Entonces se llevó el trozo de brownie a la boca y lo masticó.

—Vale, cariño, como tú digas… Allí te esperaremos, pero eso sí, no tardes. Por cierto, tendrás que dejarme tus llaves para subir, me temo que me dejé las mías en otro bolso que cambié hoy… Ya luego te abro yo cuando subas.

—Vale, luego te las doy en el garaje… —Jonathan la acarició la cara, ella le sonrió.

Cuando más tarde los Hamilton se marcharon, Denny arrancó su moto. Tenía una oportunidad de hacer daño a Jonathan, y tenía que aprovecharla. Quizá no pasara nada o esa noche fuera un punto crítico para Jonathan.

****

Por la tarde enseguida se hacía de noche. Era lo malo del invierno. Después de pasar una tarde amena en el McDonald's, los Hamilton se dirigían a casa. Jonathan había aparcado en el garaje, y Melissa y Daniel salieron a la calle para subir a casa. Solo tenían que cruzar el paso de peatones. Pero Melissa se paró y metió la mano en su bolso de color canela para coger las llaves de Jonathan.

—No me lo puedo creer, ¡Daniel! ¿Tienes las llaves de papá?

—Nooo. —Daniel estaba a unos metros de Melissa, dispuesto ya para cruzar. No había mucha gente por la calle en esos momentos. El gran portal del edificio estaba justo enfrente. Melissa casi podía ver al portero, perfectamente uniformado, en el hall de entrada.

—No encuentro las llaves….

—¡Melissa! —oyó la voz de Jonathan, que justo estaba al otro lado

de la calle.

—¡Jonathan! ¿Pero qué haces ahí?

—¡He salido por un lateral del garaje… te has dejado las llaves en el salpicadero, Mel!

—Dios, qué cabeza. —Hablaban a gritos.

—¡Yo las cojo, papi! —Daniel decidió cruzar la calle. El suelo estaba mojado de la lluvia que había caído hacía una hora.

Melissa creyó estar en un sueño. Todo pasó muy rápido. Una moto salió de pronto cruzando la carretera. Daniel gritó. Se oyó el chirrido de las ruedas. Melissa chilló y el robot de plástico rojo de Daniel cayó al suelo partiéndose en dos.

Capítulo 14

Shannon estaba llorando, metida en la ducha. Últimamente lo hacía mucho. Desde que Carter había roto la relación dejándole una amenaza como despedida y un plan contra Jonathan. Carter se lo había contado. Que Jonathan era su hermano por parte de padre. Que su padre Elias se lo había cedido todo a Jonathan, el bastardo, mientras que él, como hijo legítimo, se había quedado con migajas. Que su padre nunca le había querido por estar pensando en Jonathan y arrastrar una pena muy honda.

No la había contado todo, claro. Shannon no sabía que Carter había matado a gente, que Paul había sido su mentor y el que le había dado una vida buena de dinero y trabajo cuando su padre casi le había desahuciado. Shannon creyó morir cuando supo que Jonathan era hermano de Carter. Nunca jamás lo hubiera imaginado. Era cierto que en ocasiones Shannon había pensado que Carter a veces tenía ciertos gestos y un ligero parecido con Jonathan, pero lo achacó a que en el fondo quería a Jonathan y veía lo que quería ver. Con el tiempo, se había enamorado de Carter, que era mucho más cariñoso y amable de lo que Jonathan había sido en los meses que estuvieron juntos. Y en el sexo la satisfacía plenamente. Sin embargo, Jonathan era puro hielo. Hacía el acto sexual muy mecánico, no se le veía realmente disfrutando, y esa tontería del pañuelo con el perfume… Una vez le había pillado llorando desconsolado, rojo como un tomate, sentado en el baño, con el pañuelo del perfume agarrado con una mano, respirando su fragancia y roto de dolor

Ella, alarmada, preguntó qué le pasaba, pero él le echó del baño y le dijo que olvidara lo que había visto. Pero Shannon no lo olvidó. Temía preguntar por si le perdía, aunque muchas veces pensaba que no podía perderle porque realmente nunca le tuvo. Jonathan estaba en otro mundo, emocional y mentalmente.

Shannon deseaba a veces que Jonathan hubiera tenido la personalidad de Carter, puesto que le parecía mucho más humano y buena persona, pero todo había sido un espejismo. Carter no era esa buena persona que Shannon había creído. Ni de lejos. Se había quitado la máscara aquel día que la agarró del brazo y, apretando, acercó su boca al oído de Shannon y la reveló todos sus venenos.

Ese era el verdadero Carter. Por la manera de hablar que usó y los gestos que ponía, Shannon supo que esa maldad, odio y rencor, habían estado siempre en Carter. Ocultas y bien escondidas en su corazón, si es que lo tenía. Según él, su padre se lo había roto hacia mucho. Sus ojos destilaban un brillo de locura, de ansias de venganza y alegría por lo que se le vendría encima a Jonathan. Estaba pletórico. Como un Calígula o un Nerón. Así le pareció Carter en esos momentos. Se relamía de gusto ante la tragedia. Alguien así no podía ser buena persona. A Shannon se la había caído el alma a los pies cuando supo

que Carter había descubierto el vídeo y que encima la chantajeaba con ello. No se hubiera esperado nada así viniendo de él, pero claro, desconocía el odio que vivía dentro de Carter, el odio que le generaba Jonathan.

Ver que ella había quedado con él, le había confirmado una vez más que su hermano siempre era en primer lugar objeto del amor de todos y Carter quedaba fuera. Había sido así con su padre, y ahora con su novia. Se debió sentir traicionado y fracasado. Pero entonces Shannon cayó en la cuenta de que Jonathan era el eje central. ¿No se habría liado Carter con ella para hacer daño a Jonathan de alguna manera? Quizá todo había sido un engaño desde el principio. Pero entonces pensó en que no tenía mucho sentido. Carter, anteriormente, no había dicho nada sobre Jonathan y aún mucho menos de hacerle daño. Carter vivía su vida ajeno a Jonathan. Ni siquiera se inmutó cuando salió en las noticias el suceso de Paul Weston y su intento de asesinato. Estaba claro que Carter le ignoraba, le había sacado de su vida. Pero al descubrir que Shannon y él habían quedado, Carter se había sentido tan ofendido que pedía a cambio una compensación.

—¿Por qué ahora? —preguntó Shannon asustada, mirando a ese Carter iracundo y temible.

—Porque me siento humillado, afrentado. Y quiero que me lo compenses. Estoy harto de que mi puto hermano se meta siempre en medio…

—Carter, no sé si funcionará como tú quieres… No sabemos su reacción… Y lo de la pistola, no le veo sentido… ¿Para qué usarla? Solo con amenazarle con el vídeo bastará para que te dé lo que quieres. —Carter apretó la mandíbula y la propinó un sonoro bofetón que tiró a Shannon sobre el sofá. Por suerte, había caído sobre blando. Si hubieran estado unos metros más lejos, habría dado con sus huesos en el duro suelo. A Carter ya le daba igual todo. Hacerle daño parece que le satisfacía incluso.

—Yo soy el que da aquí las órdenes. Haz estrictamente lo que te he dicho e ingéniatelas para que todo salga como te he explicado. Después te daré el vídeo y desapareceré de tu vida. No tengo ningún interés en verte más de lo necesario. —Shannon sollozaba.

—Haré lo que dices… yo también quiero dejar todo esto atrás.

—Muy bien —contestó él secamente—. Recojo mis cosas y me largo. No te despidas, sé dónde está la puerta. —Carter salió del salón con aire soberbio y recto. Tuvo una sensación de *déjà vu*. También Jonathan la había tratado así cuando se había marchado de casa al día siguiente del asesinato. Con la misma crudeza y soberbia. No le cabía duda de que Jonathan y Carter eran hermanos. Parecían compartir los mismos genes de maldad. Shannon se quedó descorazonada, pensando en las palabras duras de Carter. Con él ya no tenía nada que hacer. Le

daba miedo estar con alguien así y, aunque todo acabara y él la viniera pidiendo perdón, ella no aceptaría. Había cosas que, una vez rotas, ya no tenían arreglo posible.

Sintió un dolor inmenso de que todo acabara así. Se sentía a gusto y feliz con Carter y pensaba en casarse con él, viajar más, o formar, incluso, una familia. Él siempre había sido bueno con ella. Sobre todo cuando estaba inconsolable tras la ruptura de Jonathan. Carter fue el único que le consoló, apoyó y trató con cariño. Parecía entenderla en su dolor, y las pestes que arrojaba contra Jonathan más parecían fruto de un resentimiento, como si Jonathan le hubiera hecho algo malo a Carter y por eso él entendía tan bien a Shannon. Ella nunca pensó que de verdad Carter tuviera un problema personal con Jonathan, pero ahora lo entendía todo. Carter llevaba oculto ese dolor y rencor por su hermano, y aliarse con alguien a quien Jonathan había despreciado era ganarse un aliado.

¿Sintió pena por Carter? En parte, sí. Al menos por la parte que le tocaba como niño pequeño huérfano al que le había faltado el calor propio de una madre. Tener a su padre, frío y mohíno por pensar en Jonathan había calado hondo en Carter, pero para mal, había crecido sin amor. En el fondo era un desgraciado, lleno de rencor y sintiéndose un segundón. Aun así, le tenía miedo y deseaba acabar cuanto antes con aquel plan. ¿Pero funcionaría? Shannon esperaba que sí. Su futuro dependía de ello.

****

Desde que Carter se arrimó a Shannon para consolarla, tuvo un objetivo claro. Los enemigos de su enemigo eran sus amigos. Aunque Shannon le gustó desde un primer momento, se arrimó a ella porque empezó a trazar un plan contra Jonathan. Carter, que era muy previsor, pensaba que, llegados a un punto, Shannon le serviría para hacer daño a Jonathan. Aún no sabía cómo, así que decidió esperar. No tenía ninguna prisa. Y fue entonces cuando, tiempo después, habló con Paul y salió la idea de matar a Jonathan y coger sus bienes. En esa época a Carter solo le interesaba recuperar sus bienes, esos que le correspondían por derecho y su padre le había negado, pero ahora que Jonathan tenía familia, salud y era feliz, prefería arrebatarle eso, su familia. Reducirse a quitarle cosas materiales era simple, y no haría daño ninguno en Jonathan, que al mes siguiente volvería a recuperar las ganancias perdidas. Si quería hacerle daño tenía que ser con algo que le provocara un dolor hondo e insufrible. Le había venido de lujo encontrar el vídeo del asesinato. Iba a tener a Jonathan en la cuerda floja. Estaba seguro que aceptaría ir al encuentro con Shannon. Y después de ese encuentro, se metería en la vida de Jonathan como una

aguja en la piel. Sutil y suavemente. Al morir Paul, Carter no sabía cómo arrancar un nuevo plan. No veía razón de peso para poner como excusa y meterse así en la vida de Jonathan, pero al final, Shannon, su pieza de ajedrez guardada, había sido realmente valiosa.

El plan que había trazado sería muy radical con Shannon. Sopesó si era eso lo que quería porque, una vez hecho, ya no habría vuelta atrás. Quería a Shannon, le había querido mucho, al menos hasta el límite donde él podía querer, que no era mucho. Más bien la había utilizado. Le trataba bien y le decía lo que quería oír. Era lo contrario a Jonathan, un novio cariñoso y humano. Así se la ganaría completamente, y así había sido. Además era guapa y a nadie le amarga un dulce. Pero era más importante infiltrarse en la vida de Jonathan y así poder llevar a cabo su plan. Iba a quitarle a Melissa. Iba a hacerle daño a través de ella, hasta el momento final, cuando tenía preparada la sorpresa final… Jonathan desearía morir.

****

—¡¡Dios mío!! —Melissa gritó y, presa del pánico, corrió como el rayo hasta la acera, pero no fue sino después de que Jonathan actuara.

Una moto había pasado a toda velocidad, saliendo de la oscuridad y doblando la esquina del edificio de enfrente. Iba a atropellar sin remedio a Daniel, que ya había cruzado parte de la calzada, pero Jonathan había salido como un tigre feroz. Melissa estaba a lo menos siete metros de distancia, pero Jonathan estaba a solo tres metros de su hijo. Rápido y feroz, echó a correr. Sabía lo que podía pasar. Resultar herido en mayor o menor gravedad, o morir. Dejaría de nuevo solos a Melissa y Daniel. Pero no podía dejar que su hijo muriera atropellado. No sabía si la moto iba a demasiada velocidad como para parar o iba directa a matar. Jonathan no tuvo demasiado tiempo de pensar. Le parecía que su abrigo largo y negro volaba como una capa. Por suerte lo llevaba desabrochado y no le dificultó para echar a correr. Sus piernas fuertes y largas respondieron bien. Hacia gimnasia y estaba tonificado y fuerte. Al ser alto, le pareció que cruzaba la calzada en dos segundos, a grandes zancadas. Empujó a Daniel con todas sus fuerzas, aun sintiendo hacerle daño. Daniel creyó que por unos breves segundos volaba y de repente caía de bruces en la acera. Puso las palmas de las manos como barrera y al caer al suelo, se raspó las rodillas y las palmas de las manos sintiendo un dolor lacerante. Oía el tronar de una moto alejándose y los tacones de las botas de su madre repiqueteando el asfalto. Y entonces vio como su padre caía al suelo también, a corta distancia. Cayó también de bruces y emitió un gemido de dolor.

Melissa no sabía a quién socorrer primero. Daniel y Jonathan

estaban tirados en el suelo con gesto de dolor.

—Estoy bien Melissa —jadeó Jonathan, que empezó a incorporarse. Melissa vio sangre en el dorso de la mano de Jonathan.

—Dios mío —Melisa sollozó asustada—. Daniel, cariño, ¿cómo estás?

—Me he hecho daño pero estoy bien, mamá. —La voz de Daniel se quebró—. Papá… —Daniel estaba a punto de llorar. La situación le superaba.

—Cariño, tranquilo, no pasa nada, ha sido un susto, no pasa nada pequeño. —Melissa abrazó a Daniel, arrodillada en el suelo. Jonathan se unió a gatas a su hijo y su mujer. Se abrazaron entre sí—. Jonathan, oh Dios… —Melissa rompió a llorar. Daniel lloriqueó un poco. Jonathan estaba en shock. En el fondo de su ser sabía que ese accidente no era tal, sino un acto deliberado. Estaba seguro de que querían matar a Daniel para hacerle daño. El miedo que ya tenía dentro desde hacía meses había sido de momento una mera ilusión, excepto esa noche, en la que empezó a cobrar forma.

Algunas personas se pararon a mirar y otras ofrecieron ayuda. El portero del edificio, August, que lo había visto todo desde recepción, salió corriendo y ofreció ayuda a los Hamilton. Solo eran heridas superficiales que podían curarse en casa. Jonathan quería irse pronto a casa, donde se sentía más seguro. No se fiaba ni de la gente que ofrecía ayuda, y cogió a Daniel en brazos, cruzó la calle y se metió enseguida en el edificio, derecho a su loft.

—Será mejor que hablemos con Larry —musitó Jonathan cuando subía en el ascensor con Melissa y Daniel todavía en brazos. Melissa le miró, todavía con la cara congestionada por las lágrimas y agarrada a un lado de su abrigo, como una niña asustada que buscara protección. Jonathan estaba serio, preocupado. Su semblante hablaba lo que su boca no decía.

Larry Minnesota era el padre de Rory, el mejor amigo de Daniel. Iban juntos al colegio y alguna noche Rory se había quedado a dormir con Daniel en el loft, o Daniel había ido a casa de Rory, en un apartamento de planta baja con dos pisos y un pequeño jardín situando en el otro extremo de la ciudad. La mujer de Larry, Faith, era buena amiga de Melissa. Faith recogía a Rory del colegio y a veces había coincidido con Melissa cuando Jonathan no había podido recoger a Daniel a la salida. Faith y Melissa habían hablado de muchas cosas y, entre ellas, de sus maridos. Faith conocía a Jonathan de la televisión, pero Larry era un desconocido para Melissa. Pronto supo que Larry era jefe del departamento de policía de Nueva York. Era un policía muy bueno, ya con varios premios, y solo tenía cuarenta años. Había salvado la vida de unos niños en un incendio y la vida de Joel cuando se puso por medio y recibió el balazo que iba destinado para

su compañero. Además era bueno resolviendo casos o aportando información que a otros se les pasaba. Los dos matrimonios eran buenos amigos. Por la amistad de sus hijos y la de Faith y Melissa, Larry y Jonathan habían acabado siendo amigos. Además, su amistad se había estrechado más tras un suceso que tuvo lugar en secreto, un día en la cocina, mientras Larry abría unas cervezas, cuando le contó preocupado a Jonathan que su cuñado debía dinero al banco y tenía un aviso de embargo. Su cuñado tenía dos niñas pequeñas de tres y seis años, y estaba con el agua al cuello. Larry no tenía tanto dinero para prestarle. Jonathan se prestó a ello.

—Cuenta con ello. Dame la cuenta de tu cuñado y le haré el ingreso mañana.

—No, Jonathan, no puedo aceptar eso. Solo te lo he contado porque me has insistido mucho en por qué tenía esta cara de agotado…

—Larry, por favor, no se me ocurre nada mejor en qué emplear mi dinero. Tengo más del que puedo gastar y en el pasado no lo empleé bien. Simplemente, quiero hacerlo.

—Es mucho dinero, Jon… Estamos hablando de trescientos mil dólares.

—Para mí, calderilla. —Jonathan le cogió una botella de cerveza y dio un sorbo. Larry le miraba estupefacto—. No lo pienses más. —Se fueron a un partido de fútbol con los niños y cuando días después un lloroso Tony acudió a la oficina de Jonathan para casi besarle los pies, Jonathan le palmeó la espalda y le dijo que se olvidara de devolverle nada. Larry, que había oído de la fama de Jonathan antes de su accidente, no daba crédito. Pero no le cabía duda de que ahora Jonathan era un buen hombre. Su mujer e hijo, sin duda, le habían ubicado en el camino exacto.

El viernes, a las once de la noche, Daniel había caído rendido de sueño en la cama. Dormía plácidamente mientras Jonathan marcaba el número de Larry. Anteriormente, Melissa había curado las heridas de Daniel y Jonathan. Daniel tenía raspones y piel magullada en las rodillas y palmas de la mano. Se había roto el pantalón de chándal al caer al suelo y Melissa lo tiró a la basura. Después de la ducha, le dio una manzanilla que llevaba tila y le acostó. Jonathan se había dado una larga ducha, y ahora, con ropa limpia y algo despejado de mente, entró a la habitación de su hijo y vio a Melissa tumbada en posición fetal, mirando a Daniel, hablándole con dulzura y cogiéndole de la mano. Daniel la miraba tranquilo y relajado. Al ver que Jonathan entraba, Daniel le miró, espabilándose. Jonathan se sentó en la cama y Daniel se abrazó a él soltándose de la mano de Melissa.

—Gracias papá… Me salvaste… —Su voz sonaba compungida.

—Cariño, lo hubiera hecho mil veces más… Te quiero. —Jonathan

abrazó fuerte a su hijo, le besó en la cabeza y le recostó, mientras este le miraba con ojos cansados. Melissa estaba al otro extremo de la cama, mirando emocionada a padre e hijo. Había deseado un momento así toda su vida. Echaba mucho de menos a Jonathan, y cuanto más crecía Daniel, más echaba en falta Melissa una figura paterna para él. Pero no quería a otro que no fuera su padre biológico. La era imposible retomar su vida sentimental tras Jonathan y se alegró de no haberlo hecho. El destino la había juntado de nuevo con su único y gran amor y no creía que hubiera podido ser más feliz con otra persona. Jonathan era su alma gemela sin duda.

—Ahora descansa, ¿vale? Mañana saldremos si te apetece y puede venirse Rory si quiere.

—¿En serio?

—Claro, campeón. —Sonrió Jonathan, revolviéndole el pelo—. Podemos pedir pizza e ir a algún sitio chulo a pasar el sábado. ¿Te gustaría?

—Sí, mucho. —Sonrió Daniel, encantado.

—Entonces no estás tan mal después de todo, ¿eh? —Y de repente Jonathan hizo cosquillas a Daniel en la tripa. Daniel estalló en risas y pequeños gritos mientras se retorcía y la ropa de cama quedaba hecha un lío. Melissa se levantó y con una sonrisa decidió parar la escena. Quería que Daniel descansara y estaba deseando saber qué diría Larry.

—Bueno, chicos, ya está bien, es hora de descansar. Abriremos el ring otro día, a ver quién aguanta más y mejor las cosquillas. —Melissa acarició el hombro de Jonathan. Él se volvió, le cogió la mano y se la besó. Se levantó, y arropando bien a Daniel, se agachó y le besó. Melissa hizo lo mismo. Le dejaron encendida una luz nocturna con tonos azules claro.

—Buenas noches, que descanséis —dijo Daniel con voz tranquila.

—Buenas noches, cariño, si necesitas algo, llamanos, ¿vale? —dijo Melissa dulcemente. Daniel emitió un sonido de afirmación.

—Hasta mañana, campeón, que descanses. —Jonathan le guiñó un ojo. Ambos salieron de la habitación.

Melissa se desplomó en el sofá blanco, enfrente de la chimenea, con un suspiro. Jonathan se sentó a su lado. Le cogió de las manos y la miró dulcemente. Melissa miró con pena el dorso de la mano magullada de Jonathan. Ella se la acarició.

—¿Te duele mucho?

—No, para nada, es solo un raspón… —Melissa asintió.

—Estoy impresionada de la fuerza de Daniel… Creí que iba a estar más derrumbado, pero es increíblemente fuerte. Siempre supera todos los obstáculos y todavía sonríe.

—Ha salido a ti, mi vida —dijo Jonathan mirándola con amor—. No has podido criarlo mejor…

—No ha sido nada… Con él todo es muy fácil… —Melissa suspiró y miró al suelo.

—No te preocupes, hablaremos con Larry. Él sabrá qué hacer —dijo Jonathan con un tono de voz tranquilo que de verdad no sentía.

—Lo sé… pero, Jonathan, ¿qué ha podido pasar? ¿Crees que ha sido un accidente y el conductor se largó así sin más? ¿O crees que fue adrede? Es que salió de golpe y parecía ir de lleno hacia Daniel….

—Cariño, no creo que fuera intencionado. Seguro que era el típico chico que iba a mucha velocidad, el típico motero… Retiré a Daniel a tiempo y supongo que, al ver que no le atropelló, se largó para no buscarse líos.

—Sí, puede ser… ¿tú viste algo? Yo estaba aturdida y no pude ver gran cosa…

—La moto era oscura y el conductor llevaba casco, cazadora de cuero, vaqueros… Pero es imposible identificarle… Los datos que le vamos a dar a Larry serán muy vagos…

—Sí, pero es muy listo, es de los que encuentra una aguja en un pajar… Hablemos con él ahora, creo que es urgente y no puedo esperar a mañana… Sé que no son horas, pero lo comprenderá… Él también tiene un hijo, y una niña…

—Sí, le llamaré. —Jonathan iba a levantarse para coger el teléfono, pero Melissa le retuvo un momento, al no soltar sus manos.

—Jonathan… Gracias por haberle salvado la vida a Daniel… Si le hubiera pasado algo, yo… —Entonces rompió a llorar.

—Cariño tranquila, shhh, tranquila. —Jonathan la abrazó y la acunó en su pecho—. No tienes que agradecerme nada, por favor… Tenerte a ti y a Daniel es lo mejor que podría tener. No concibo la vida ya sin vosotros. Pero nada nos pasará, te lo prometo. No dejaré que pase, lo juro… —Melissa se aferró a él y su llanto se calmó. Jonathan estaba descorazonado y desasosegado. No le dijo nada a Melissa, pues ya estaba muy nerviosa y solo la pondría peor. No tenía sentido añadir más tensión al ambiente. Pero no estaba seguro de cumplir esa promesa. Esa vez había reaccionado pronto y salvó la vida de Daniel gracias a que Melissa se había dejado las llaves de casa y él había salido para dárselas por una salida lateral del garaje que daba a esa acera. Casualidad o no, gracias a Dios, Daniel estaba vivo. Melissa no hubiera podido salvarle, estaba demasiado lejos y en la acera de Jonathan no pasaba nadie en ese momento como para empujar a Daniel y arrebatarle de las manos cercanas de la muerte.

Esa noche había estado a punto de perder a su hijo. Sus alarmas estaban todas encendidas. Su ansiedad era fuerte y esa noche necesitaría la medicación prescrita por Brian y en dosis más altas de lo normal. Se sintió más vulnerable que nunca. Expuesto. Sentía que sus temores bien podían haber sido una premonición de que la catástrofe

se iba a cernir sobre él. Quizá tanta felicidad no estaba permitida para un mortal. O quizá para alguien que había sido tan cruel en el pasado.

Jonathan quiso llorar, pero se abrazó a Melissa y apretó la mandíbula para no hacerlo. Se moría de ganas.

****

Cuando Denny llegó a casa, tiró el casco al sofá como si fuera una pelota de baseball.

—¡Joder! —bramó. La ira le hervía la sangre. Empezó a dar patadas a los muebles de la cocina, a tirar cosas al suelo, como la cesta de la fruta, la tostadora. Había estado tan cerca… Y el maldito Jonathan había salido como un superhéroe de comic, como un Batman o un Superman, para defender a su hijo. Se había marchado antes de ver mucho más, pero por el espejo de la moto vio que el niño y Jonathan quedaban tirados en la acera. No había dado a ninguno.

Pero ¿cómo podía ser? ¿Cómo podía ser que se hubieran librado así, sin más? Había seguido al matrimonio, y cuando vio que la chica y el niño salían solos del garaje, pensó que ya de paso se los cargaría a los dos. Así haría más daño a ese asesino que había matado a su padre. No tenía por qué estar el niño solo. Y si hubiera estado Jonathan también habría intentado atropellarle, pero sin matarle, para que viviera con el dolor de no tener al crio y la chica. Como él, cuando perdió a su padre y todos le dieron la espalda. Estar cara a cara con el dolor, a solas. Ese era el peor infierno y era el que quería dar a Jonathan. Con la moto podría llevarse por delante al crio y la madre perfectamente. Su moto era potente, con buena delantera. Entonces se largaría corriendo, sin mirar atrás. Era bueno en la moto y sabía que podría chocar con dos cuerpos sin que la moto se cayera. Y en caso de que lo cogieran, ya tenía planeado qué hacer. Estaba claro que una vida en la cárcel o el manicomio no era una opción.

Después de dos horas, Denny trazó su segundo plan. No iba a rendirse. Se fumó un paquete de cigarrillos y machacó dos pastillas de Covesil, un analgésico para sus dolores cervicales, que más tarde esnifó. Más tranquilo, ya supo qué hacer. Asumía que el crio seguiría yendo al McDonald's los viernes. La semana siguiente seguro que volvería a verlo. Y entonces pondría en marcha su plan. El conejo iba a ser cazado.

****

Larry no pudo arrojar mucha luz. No se sabía la matrícula, ni se había visto al conductor. Además, como la moto no colisionó, no tendría desperfectos, por lo que, aun sabiendo el modelo y color, y buscando en talleres de mecánica o chatarrerías, no se podría dar con el individuo. Solo se podía poner una denuncia para que constara, pero,

a efectos prácticos, no se podía sacar nada en claro. Aun así, Jonathan dio parte de lo que había pasado y se hicieron fotos a las heridas de Daniel. Larry llevaría los archivos personalmente.

Una tarde, sin que Melissa lo supiera, Jonathan habló con Larry en privado en su oficina. Larry cerró la puerta y ambos compartieron un café.

—Sinceramente, temo que quieran hacer daño a mi familia, Larry… No quiero preocupar a Melissa, ya ha sufrido mucho y no quiero que se disguste más o que Daniel se lo note. Pero me parece mucha casualidad que esa moto saliera así de la nada y fuera directa a Daniel… No me dio la impresión de que fuera a parar… —Larry le escuchó atento.

—Jonathan, lo cierto es que no puedo negar tu teoría. Pero tampoco afirmarla. Podría ser lo que dices o ser otra cosa. ¿Crees que tienes muchos enemigos?

—Sí… bastantes. En el pasado no fui como soy ahora… Era cruel y duro… Pude ayudar a muchas personas y no lo hice… Y cada día me arrepiento de ello. No me gusta la persona que fui, pero ahora he cambiado… Solo que el daño que hice, hecho está, y supongo que algunos no perdonan…

—Me contaste que tu accidente de coche fue provocado. ¿Crees que se trata de la misma persona? —Jonathan de repente pareció despertarse. Abrió mucho los ojos y miró a Larry sorprendido. Ni se le había ocurrido pensar en eso.

—Pues ni me lo había planteado… ¿Crees que podría ser?

—Podría. —Larry había encendido un cigarro y le dio una calada —. Esa persona quería matarte. Por eso sacó tu coche de la carretera, obviamente. Con un golpe así, hay mucha probabilidad de muerte. Pero no moriste, te quedaste en una silla de ruedas y ahora has resurgido como un ave fénix, y más fuerte que nunca. Has salido en la tele y las revistas. Todos saben que eres un triunfador. Quizá esa persona lo sepa, te haya visto y haya querido vengarse de tu nueva felicidad. El de la moto parece que iba con la misma intención de ir a matar, salvo por un pequeño dato. Según me has contado, iba a por Daniel. Solo se me ocurre que se trate de esa misma persona, que quiere hacerte daño a través de tu hijo, o que sea otra persona diferente. Ahora mismo, sin más datos, es imposible saberlo. Son solo conjeturas. —Jonathan se quedó demudado.

—Pero Larry, ¿entonces Daniel está en peligro? Dime la verdad.

—Todos lo estamos, Jon. Y en esta ciudad más. Pero esto es la tierra, y hay mucha mala gente suelta por ahí. Cualquiera estamos expuestos a la mente criminal de cualquiera. Si notas algo extraño, lo que sea, ven y dímelo. De momento no creo que tengas que preocuparte en exceso… Aunque reconozco que ese incidente es

bastante preocupante. Solo puedo decirte que consigas guardaespaldas para Melissa y Daniel si crees que vas a estar más tranquilo. Que no te fíes de casi nadie y que sigas haciendo vida normal. No es cuestión de emparanoiarte… Ahora mismo se puede hacer poco.

—Poner guardaespaldas haría saltar las alarmas de Melissa y yo no quiero que se preocupe.

—Bien, entonces tendrás que poner buena cara y tragarte la preocupación. Te hablo como policía y amigo… Si pasa cualquier cosa sabes que puedes llamarme, a cualquier hora, siempre que lo necesites. Te ayudaré en todo lo que este en mi mano, Jonathan.

—Gracias, Larry, te lo agradezco de verdad. —Jonathan se puso en pie—. Ya tengo que irme, he quedado con Melissa para recoger juntos a Daniel. Ya hablaremos. —Larry se puso en pie y dio un abrazo a Jonathan palmeándole la espalda.

—Disfruta de ellos y dales un abrazo de mi parte. Por cierto, ¿te parecería bien si Daniel se viniera con nosotros y Rory a casa después de la fiesta? —Jonathan frunció el entrecejo como si no comprendiera —. Jonathan, la fiesta de tu cumpleaños en el hotel… ¿No era dentro de una semana, el sábado?

—Oh, Dios, sí, claro que sí. Me gustaría tener una noche especial con Melissa, y sí, estaría genial que Dan se quedara en tu casa. Si no te importa…

—Por supuesto, ¡si yo te lo he ofrecido! Además, así te relajas un poco. Lo necesitas.

—Gracias, Larry. —Jonathan intentó sonreír, pero seguía preocupado.

Había estado tomando más pastillas. Ansiolíticos. Ahora guardaba los botes en una caja de zapatos, en el armario de la habitación.

****

Marzo 2017

No había habido cambios negativos. Jonathan pareció recuperar un poco de tranquilidad con el día a día y su familia. Ver que no pasaba nada raro y que la vida familiar seguía bien. Su fiesta de cumpleaños, rodeada de amigos y familia, pareció alegrarle bastante más y distraerle de sus pensamientos grises. Lo celebrarían en el hotel de cinco estrellas The Ritz and Carlton. Era un hotel que incluía spa, vistas a la Estatua de la Libertad y Jonathan creyó que era perfecto para pasar la noche con Melissa. Para la cena, se juntarían todos en el salón, decorado con flores, lámparas de cristal Swarovski, orquesta… Jonathan se había encargado de todos los detalles. Los invitados serían estrictamente familiares y amigos. Larry y Faith con su hijo

Rory y su hija Rosie, Brian, Fred y Molly, Nana, y por supuesto Melissa y Daniel.

Y así llegó el día. Melissa se había puesto un vestido rosa claro palabra de honor con falda de vuelo, salpicada de brillantitos. El pelo suelto. Y Jonathan de smoking. La canción de Jo Stafford *You belong to me* empezó a sonar en un salón que era solo para ellos. Jonathan había pagado una generosa suma para tenerlo en privado y que la estancia fuera solo para su camarilla. Las lámparas de cristal soltaban destellos de color, caían como racimos sobre Melissa y Jonathan, que bailaban sonrientes y agarrados como la pareja más romántica del mundo. A varios metros, el resto de familia y amigos estaban sentados en la gran mesa, contemplándoles fascinados. Jonathan y Melissa parecía que salieran de un cuento de hadas, de un musical de Hollywood de los años 50 o de una historia romántica contada a calor del fuego. La mirada de Jonathan era de puro amor hacia Melissa. Su mirada azul intensa, el brillo de sus ojos o la sonrisa dulce y relajada de quién está con quién desea. Melissa y él parecían volar mientras bailaban. No se tropezaban y estaban perfectamente sincronizados. En un momento dado, Jonathan se acercó al oído de Melissa y le susurró algo que hizo que ella sonriera aún más y tuviera un gesto de cierta timidez. Siguieron bailando la melodía, acercándose a los cortinajes rojos de terciopelo y a la terraza con cristaleras que daba vistas a la Estatua de la Libertad y a la ciudad iluminada con el mar bañándolo todo.

Melissa y Jonathan habían estado de acuerdo en que Daniel se fuera a casa de Rory, y así ellos podrían pasar la noche juntos en el hotel. Al día siguiente volverían al loft. Jonathan había recibido varios regalos, pero el que más le gustó fue el de Daniel, que enmarcó una foto de él con Jonathan y Melissa, los tres abrazados el día de Navidad y sonrientes en el sofá, al lado del árbol blanco. La fiesta fue bonita y familiar. A medianoche, empezaron a recogerse. Fred, Nana y Molly se irían al loft de Jonathan, y esperarían allí hasta que Melissa y Jonathan regresaran al día siguiente a mediodía. Daniel se iría con Larry y Faith.

Por la noche, en la habitación del hotel, Jonathan y Melissa eran pura pasión. Entre besos, risas y jadeos, se iban dando golpes con los muebles, la pared, mientras se quitaban mutuamente la ropa ardiendo de deseo. Sus ropas quedaron tiradas por toda la habitación, hasta que se quedaron desnudos y Jonathan cogió en brazos a Melissa, sin dejar de besarse. Ella le cogía de la nuca, metiendo sus dedos en su pelo rubio, y sus bocas se fundían sin parar, cogiendo un breve aliento para volver a devorarse. Entraron en el amplio baño y Melissa miró con asombro que la gran bañera redonda estaba preparada con espuma blanca, había un aroma en el ambiente como a perfume y Melissa reconoció un perfume caro de Dior.

—He mandado preparar el baño con gel de baño de Dior. —Sonrió Jonathan, sacándola de su confusión.

—¿Cuándo has hecho esto? —Sonrió maravillada.

—Hice una llamadita. —Sonrió de nuevo y Melissa volvió a besarle. Se metieron en la bañera y dieron rienda a su deseo. Jonathan había estado deseando a Melissa toda la noche, con ese vestido ceñido al cuerpo y su pecho voluptuoso, coronado de tela rosa y diamantes. Melissa también había deseado a Jonathan, que llevaba un caro perfume de Chanel y un traje de Armani color negro perla. Melissa le devolvió una sonrisa traviesa y se abalanzó sobre la cara de Jonathan, besándole aún más. En la bañera hicieron el amor varias veces. Melissa se puso encima de Jonathan y recorrió de besos su cuello y su mandíbula hasta llegar a su boca. El cuerpo de Jonathan era hercúleo y, al estar su piel mojada, se resaltaba aún más su musculatura. Melissa le tocaba los brazos, los pectorales, mientras le besaba el cuello. Se lo comía, literalmente.

El suelo quedó empapado de agua y espuma. El sexo había sido intenso y mucha agua de la bañera había caído fuera. Después del ejercicio, Jonathan y Melissa se acostaron en la cama, con sábanas rojas de seda, pedidas por Jonathan. Se acostaron de perfil, mirándose mutuamente, abrazándose, como si fueran un solo cuerpo. Ninguno podía creerse todavía que se tuvieran de nuevo. Absorbían cada segundo que pasaban juntos como si no hubiera mañana. Nunca podía saberse qué sería lo próximo. Mucha gente decía que la vida era corta y que había que exprimirla cada día. Jonathan ahora lo entendía, y cada día con Melissa era un mundo para él. Ella se durmió antes que él.

La miró hasta que le venció el sueño.

****

Larry Minnesota tenía un físico curioso. En años anteriores, incluso, había llevado el pelo largo hasta mitad de espalda. Le apodaban «vampiro» y no era para menos. Tenía ojos azules claros como el cielo, unos labios finos y una cara con ángulos perfectos, se le marcaba el hueso del pómulo ligeramente, ejerciendo una sombra en la mejilla que le confería un cierto aspecto gótico. Para rematarlo, su piel era pálida y su cabello, negro azabache y brillante como el ala de un cuervo. Era altísimo, de metro noventa y tres. Cuando se ponía un traje negro, parecía una torre humana. A Larry le gustaba todo lo que tenía que ver con lo gótico y el terror. Ya de adolescente le gustaba, y aunque su madre no aprobaba que quisiera vestirse siempre todo de

negro, él a veces conseguía convencerla de que le dejara llevar prendas oscuras. Después, cuando tenía diecisiete, se dejó el pelo largo. La gente le miraba curiosa porque Larry era un fuera de serie. Parecía un vampiro guapo. Tenía un hermano, Jules. Era su hermano gemelo y, curiosamente, también era gótico, así que también llevaba pelo largo, casi hasta la cintura, solo que Jules se lo dejó largo mucho antes que Larry. Era más atrevido. Larry le quería muchísimo y los dos hermanos estaban muy unidos. Lo malo era que Jules había muerto a los veintitrés años, una aciaga tarde de verano; mientras viajaba en moto y sin casco, se estrelló contra un árbol al coger mal una curva, y, literalmente, se reventó la cabeza. Larry siempre sintió que le faltaba una parte vital de su ser. Jules ya no estaba y dejó un ambiente vacío y triste.

Entonces Larry, pasada la depresión y el luto, estudió y se convirtió en policía. Y era de los buenos. Su familia y trabajo eran el eje de su vida, y Larry, comprometido hasta la médula, se tomaba muy en serio lo que hacía. Era un buen padre y marido, y también un buen amigo. Jonathan le caía bien y su historia con Melissa le había sobrecogido. Parecía de película o de libro. Iba a ayudarle en lo que necesitara. Lo de la moto le había dado que pensar. Larry estaba seguro de que había sido intencionado. Sumado a que también fue provocado el accidente de coche que le dejó tetrapléjico, estaba claro que alguien quería hacer daño a Jonathan. Estaba seguro de que iban a pasar más cosas. Ahora Jonathan era feliz, un hombre nuevo, y había alguien en las sombras que detestaba esa felicidad. Pero Larry pensaba que no se trataba solo de una persona. Jonathan le confesó que en el pasado había sido un canalla y que había dañado a mucha gente. Ahora estaba arrepentido, pero el daño ya estaba hecho. Y Larry sabía que esa gente dañada, al menos algunos, intentarían vengarse del hombre de éxito.

No quiso alarmar demasiado a Jonathan, pero Larry estaba aguardando el siguiente incidente en la vida de Jonathan.

—¡Larry! —La voz de Faith le sacó de sus pensamientos. Entró en su despacho de la casa que compartían, llevando una taza humeante —. Chocolate caliente, ¿te apetece? Lo acabamos de hacer los niños y yo. —Faith le sonrió. Era alegre, cariñosa y guapísima. Tenía los ojos verdes, como Melissa, pero su mujer tenía el pelo ondulado, raya a un lado y un tono castaño con reflejos rubios naturales. Mucha gente decía que parecía una pin up. Se había enamorado de ella nada más conocerla en un grupo de teatro cuando ambos tenían diecinueve años. Interpretaron la obra de *Drácula*, y, como no, Larry hizo del conde, mientras que Faith era Mina, la esposa de Jonathan Harker. Pero Faith congenió con Larry, tanto que se hicieron mejores amigos. No fue hasta después de unos años que se hicieron novios y se casaron

al poco. Larry lo había estado deseando casi desde el primer día. Faith se tumbaba al lado de Larry, que yacía boca arriba tumbado en la cama, y con sus largas uñas rojas le peinaba el pelo largo negro y sedoso, mientras apoyada en un codo, sonreía, divertida y disfrutando la escena.

—Pareces Loki —dijo ella de pronto—. El hermano malo de Thor, el de las películas, claro. —Larry sonrió. Se lo habían dicho más veces. Solo que él tenía el pelo mucho mejor que Loki, que lo llevaba más corto, y enmarañado. El pelo de Larry era largo, sedoso y liso. Parecía un brujo, un vampiro y, por qué no, Loki también, el hermano diabólico del dios nórdico, Thor. Loki, con su piel pálida, sus pómulos marcados y su mirada azul de hielo. Pero entonces, un día, se cortó el pelo. Faith ya lo tenía asumido. Para ser policía y dar imagen de seriedad, no podía llevar ese pelo largo de mujer.

Aun con el pelo corto, Larry seguía siendo atractivo con ese toque gótico. Su pelo aún quedaba algo largo si se lo dejaba suelto. Solo que ahora le llegaba por mitad del cuello y las capas largas de los laterales eran más cortas. No tenía flequillo, se lo peinaba hacia atrás con ayuda de gomina y ese nuevo look le resaltaba aún más los rasgos. El cuello largo, esbelto, su palidez natural, en contraste con el brillo azabache de su cabello, le hacían parecer un vampiro. De perfil se le notaban los rasgos afilados y angulosos. Además, Larry imponía seriedad. Su semblante era de alguien ordenado y serio. Pero, cuando sonreía tenía una sonrisa amplia, sincera y que contagiaba alegría. Era curiosa esa doble cara de una misma moneda.

Larry era feliz con Faith y los niños, pero a veces pensaba en Jules y le echaba de menos. Aún le recordaba saliendo de casa aquella mañana de verano, para no volver más.

****

Algunos años atrás

Jules quería estudiar contabilidad, y lo estaba haciendo con excelentes resultados. Un día, la clase hizo una especie de excursión a Ohio, para juntarse con otros grupos de estudiantes de administración, secretariado y contabilidad. Por aquel entonces, los Minnesota vivían en Filadelfia, Pensilvania. Se habían juntado lo menos cinco grupos de veinte personas cada uno. El punto de encuentro era Ohio, y profesores y alumnos hicieron un picnic en primavera, luego de visitar unas instalaciones de administración e informar al alumnado de las posibilidades de trabajo.

Jules se fijó enseguida en Melissa, que estaba a cierta distancia. Le

pareció preciosa y quiso conocerla enseguida. Melissa no era gótica, pero si lo fuera, sería una novia gótica perfecta, pensó. Tenía unos rasgos dulces y delicados, ojos verdes, pelo largo liso y castaño, y su piel era rosada. Los grupos de alumnos estaban mezclados y todos hablaban con todos. Más parecía una quedada entre jóvenes para hacer amistad que una excursión educativa. Jules, que andaba un poco solo, decidió acercarse a aquella joven que fue a rellenar su botella de agua a una fuente cercana a un pinar. Tras visitar las instalaciones en la ciudad, los dos autocares habían continuado el viaje hacia una zona de campo, para comer y pasar la tarde. A las ocho de la tarde los autocares harían viaje de regreso a sus respectivos destinos. Jules tendría que volver a Filadelfia. Se preguntaba si aquella chica sería de Pensilvania.

—Hola, soy Jules —dijo él animadamente. Melissa movió la cabeza y vio una mano blanca y larga con dedos igual de largos y uñas pintadas de negro. Una muñequera de cuero negro con una calavera de plata adornaba la muñeca de aquella mano. Melissa se irguió, la botella ya rebasaba el agua. Aquel chico le pareció curioso. Era altísimo, iba todo de negro y era delgado. No era feo de cara, de hecho, le pareció atractivo, con un toque gótico nada visto. Su pelo era largo y sedoso, brillaba más que el suyo propio y el de otras chicas de clase, y era de un color azabache intenso que contrastaba con el tono porcelana de su piel. Unos ojos azules le miraban con cierto misterio, pero también bondad. Melissa notó enseguida que aquel chico no era malo. Sus ojos no tenían esa intensidad de la maldad que había visto en otra gente. Se le veía inteligente y mordaz, pero no malo. Le cayó bien tras solo echarle un vistazo. Sonrió un poco y tendió su mano.

—Hola Jules, Melissa. —Se estrecharon la mano y Jules le sonrió.

—Soy de contabilidad, ¿y tú?

—Administración… Es decir, secretaria… O futura secretaria… Soy de Ohio.

—Oh, yo de Filadelfia, en Pensilvania… —Jules pareció un poco apenado, y lo estaba. Hubiera sido más fácil que vivieran en el mismo estado, sobre todo si al hacerse amigos querían quedar para verse. Jules tenía moto, y ya se imaginaba resolviendo el contratiempo cogiendo la moto y yendo a ver a Melissa a Ohio. ¿Pero si apenas la conocía, por qué ya adelantaba acontecimientos?

—Bonito sitio… Vi fotos en Internet un día… ¿Dónde está tu grupo de amigos?

—Oh, bueno… Lo cierto es que no tengo amigos, lo que se entiende por amigos… Mi amigo es mi hermano Larry. Somos gemelos, y él también es gótico. No creo que pudieras diferenciarnos. —Sonrió de nuevo—. Aquí solo tengo compañeros de clase. Y en

Pensilvania más o menos igual. Es difícil conectar con alguien… O es que yo soy exigente.

—Yo estoy igual, tranquilo… Las chicas que he conocido parece que solo saben hablar de ir de compras y del dedo índice de Brad Pitt. —Jules rio, Melissa sonrió.

—Te vi sola y me decidí a hablarte. Espero no te moleste…

—No, para nada, te lo agradezco, empezaba a aburrirme, la verdad.

—He visto que hay un lago aquí cerca, ¿te apetece que vayamos allí a mojar los pies? Se está más tranquilo. —Melissa agradeció escuchar eso. El campo estaba lleno de barullo con risotadas, conversaciones y música alta en pequeñas radios. Todo el mundo parecía tener acompañantes con los que hablar y reírse, sin embargo, ella estaba sola. Lo prefería a estar con chicas que le hacían sentir vacía y no le aportaban nada. En Jules vio algo distinto. Una cierta madurez y soledad, como ella.

—Por supuesto, creo que no se puede respirar tranquilidad con este barullo… Se pierde la esencia del campo… —Se encaminaron juntos por un sendero de pinos que desembocaba en un pequeño claro de bosque donde había un lago y hasta un pequeño embarcadero de tablas de madera. Melissa y Jules caminaron por él, con la madera crujiendo bajo sus pies. Se sentaron al llegar al final del pasillo de madera y metieron los pies en el agua, pero el agua les llegaba hasta casi las rodillas. El sol despedía destellos naranjas de media tarde. El viento sopló y el pelo azabache de Jules se movió rebelde. Le llegaba hasta la cintura y su cabeza quedaba envuelta en una maraña de pelo, hasta que él se lo peinó y colocó detrás de las orejas con sus uñas negras largas. Melissa le miraba divertida. Aquel chico le parecía curioso. Como sacado de un cuento de terror gótico. Siempre la había llamado la atención la gente gótica, pues ella adoraba la cultura gótica, los libros de Poe y toda película de terror decente. En Jules vio a un igual, pero en chico. Con las chicas no había tenido suerte en hacer amistad. No compartían mucho y al final Melissa prefería retirarse que estar metida en una falsa amistad.

Jules y ella conversaron de muchas cosas. De sus vidas, sus ideas, su pasado. Aunque Melissa omitió contarle lo de Jonathan. No quería remover ese pasado, aunque le contó que tenía un niño pequeño, Daniel. Jules sonrió al escuchar a Melissa hablar de Daniel con tanta devoción y dulzura. Vio que era una chica cariñosa y dulce y le gustó aún más. A Jules también le parecían vulgares el resto de chicas y pensaba que sus conversaciones eran banales y vacías, pero con Melissa todo fluía. Era tranquila y dulce al hablar y tenía una sonrisa bonita. Al terminar la excursión y regresar a casa, Jules y Melissa intercambiaron los teléfonos. Y por suerte su amistad no quedó solo en

una promesa, sino en una realidad. Hablaban mucho por teléfono, se contaban todo, lo que sentían y pensaban, y reían, y también se preocupaban. A veces Jules cogía la moto y visitaba a Melissa en Ohio.

Melissa empezó a coger a Jules mucho cariño. Cuando él se marchaba con la moto y dejaba una estela de ruido atronador, Melissa se quedaba nostálgica, mirando hasta que su figura se perdía en la lejanía. Ya le echaba de menos incluso antes de que se fuera. Le gustaba estar en compañía de Jules. Hablaban mucho y de todo, se reían, se daban consejos y apoyo. Una noche de luna llena en abril bailaron en el jardín *Love song for a vampire*. Hicieron una especie de escenificación. Jules le contó que Larry había conseguido el papel de Drácula en una obra de teatro y que él se había quedado fuera. No porque no le eligieran, ni siquiera se presentó. Pero cuando supo que Larry iba a enfundarse la capa y a representar a uno de sus personajes favoritos, sintió una envidia sana. Melissa le escuchó atenta, sonrió e ideó un plan. Alquiló dos trajes. Uno de conde Drácula para Jules y otro gótico y negro de satén para señorita. Ella haría de Mina Murray. Sacó su radiocasete con la canción de *Love song for a vampire* y bailaron a la luz de la luna, dando vueltas, sonrientes, ligeros como el viento. Jules llevaba una capa negra con forro rojo, y debajo un frac negro con pechera blanca y lazo a juego. El vestido de Melissa era sexy y gótico. Corsé negro de raso coronado con un broche de piedra roja de rubí falso y una falda a juego, con mucho vuelo, tipo falda de princesa. El pelo negro y largo de Jules brillaba a la luz de la luna. Bailaron como una pareja sacada de un cuento de Poe.

Al terminar, se sentaron en un balancín del jardín. Jules cogió de la mano a Melissa, y la miró con amor. Se aproximó a ella y se dieron un pequeño beso en los labios. Pero entonces la imagen de Jonathan vino a la mente de Melissa como un fogonazo. Vio a Jonathan fumando un cigarro en un jardín de una grandísima finca. Tenía ojeras, su mirada era de alguien triste y torturado. Tenía el pelo despeinado y parece que fumaba para relajar sus nervios. No quedaba nada de aquel joven alegre y lozano. Este Jonathan era una versión triste y gris. Melissa se apartó de los labios de Jules como si la hubieran dado un latigazo. Él la miró extrañado.

—Melissa… ¿estás bien? Lo siento, ¿te he molestado?

—No, no pasa nada, Jules… perdona… Es que no estoy preparada aún para esto…

—Entiendo… ¿Es por el padre de tu hijo? ¿Aún le quieres? — Melissa miró a Jules y no supo qué decir. Era cierto que aún quería a Jonathan, pero esa imagen que había visto, fugaz, la había trastornado. ¿Cómo explicar eso a Jules? ¿Le creería? Ni ella misma se lo creía. ¿Es que así estaba Jonathan ahora? ¿Le había visto a

distancia?

—Supongo que sí… Daniel se parece tanto a él que es difícil olvidarle… —La mirada de Jules se entristeció un poco. Melissa se sintió mal por haber estropeado una noche tan bonita—. Pero también te quiero a ti, Jules…

—Pero no como a él, claro… —musitó.

—Ahora mismo no… Pero estoy muy a gusto contigo, de verdad… No quisiera perderte… Jules… —Melissa lucía tímida y con cierto gesto de preocupación. Jules sintió compasión. No quería incomodarle ni hacerle sentir mal por una acción que al fin y al cabo había iniciado él. Otra chica quizá le hubiera abofeteado. Melissa le besó durante unos segundos.

—No me perderás… Quizá necesitas más tiempo… No me importa esperar. —Jules apretó un poco la mano de Melissa. Ella le sonrió un poco y le acarició la mejilla. Era suave. A la luz de la luna su piel blanca parecía pura porcelana. Era una piel tersa y blanca, sin imperfecciones de marcas rojas ni granos. Parecía casi una estatua de piedra blanca. Se preguntó si podría enamorarse de él algún día.

—Gracias… me dolería mucho no volver a verte… Cuando te vas te echo mucho de menos. —Jules sonrió un poco. Las palabras de Melissa sonaban sinceras. Sí, quizá con el tiempo podría pasar algo más.

—Yo me siento igual… —Jules entrelazó sus dedos con los de Melissa, y ella apoyó su cabeza en el hombro de él. Miraron a la luna. Una brisa sopló. Melissa se sintió rara. Quería a Jonathan, pero ya hacía años que no le veía. ¿Cómo es que aún le quería tanto? Tenía a su lado a Jules, que era buena persona, y cariñoso con Daniel, y ella pero no estaba enamorada. ¿Cómo estaría Jonathan? ¿Y dónde? El corazón se le encogió. Jules sintió lo mismo, pero porque no sabía si Melissa alguna vez le querría tanto como a ese tal Jonathan. Él ya se había enamorado de ella, había pasado casi un año desde que eran amigos y Jules aguantaba. Prefería tener a Melissa de amiga que perderla y no verla más. Así que suspiró y miró a la luna, pensando en cómo se sacaría a Melissa de la cabeza, y el corazón si ella le seguía rechazando, porque le parecía imposible. Ella se había convertido en una espinita que se le había clavado en el corazón. Melissa suspiró también, casi para sí misma, pensando en Jonathan y su mirada triste.

La amistad de Jules y Melissa siguió después de aquella noche. Siguieron viéndose, hasta que en verano ocurrió el accidente. Jules no contestaba al móvil ni al mail. Habían pasado dos días y aquello no era normal. Jules dio a Melissa el teléfono de casa y Melissa llamó. Pensó que quizá Jules se había hartado de esperarla y había decidido ignorarla y olvidarla. Contestó una voz quebrada de mujer. Era la madre de Jules.

—Perdone, señora, es que quería hablar con su hijo… Lleva sin cogerme el teléfono varios días y no responde el mail… Estoy preocupada… ¿Está bien o…?

—Jules ha muerto. Tuvo un accidente de moto hace dos días. Lo hemos enterrado esta mañana… —La mujer se echó a llorar—. Lo siento, no puedo hablar ahora… ¿Quién eres? —Melissa colgó el teléfono. Se quedó de piedra. Boquiabierta. Sintió que la tierra se abría a sus pies. Otra vez esa sensación de irrealidad, de que el mundo se la caía encima. Ya había tenido esa sensación antes, cuando la separaron de Jonathan. Sintió que el corazón la iba a mil, que la garganta se la contraía en un nudo que la ahogaba. Apoyó la espalda en la pared y cayó lentamente al suelo. No se lo creía, o no se lo quería creer. Recordaba los momentos con Jules. Cuando bailaron a la luz de la luna, cuando reían y se hacían fotos juntos, cuando paseaban cogidos de la mano, cuando Melissa peinaba el pelo de Jules para desenredarlo después de un baño en el lago, o cuando veían una película de miedo en el sofá compartiendo un cubo de palomitas. Melissa supo que ya no tendría esos momentos y se echó a llorar. Sollozaba alto, desgarrada de dolor.

—¡Melissa! Corazón, ¿qué te ocurre? —Era Nana, que había venido casi corriendo de la cocina. Llevaba un delantal blanco con manzanas rojas bordadas en hilo. Se agachó al lado de Melissa.

—Jules ha muerto, abuela… Con la moto… Su madre me lo dijo. —Sollozó con la cara roja como un tomate.

—¡Ay Dios mío! —Nana se santiguó—. Mi niña levántate, ven aquí. —Melissa abrazó a Nana y lloró como un bebé.

Pasaron unos días. Melissa sintió que estaba viviendo una situación parecida a la que ya había vivido años atrás con Jonathan. Cuando estaba embarazada de pocos meses y no paraba de llorar y echarle de menos. No se quitaba la angustia por no tenerle a su lado y no sabía qué hacer para volver a encontrarle. Pero con Jules era peor. Porque Jules no iba a volver. Esos días Nana tuvo que cuidar a Daniel más de la cuenta. Melissa apenas salía de la cama, estaba sin fuerzas y lloraba a casi todas horas. La dolía la cabeza de tanto llorar, volvía a dormirse. Se despertaba y el agujero de dolor ahí seguía. Pero entonces una noche algo pasó. Algo diferente. Soñó con Jules. En el sueño él estaba en un campo soleado y verde. Tiraba piedras a un lago, distraído, sentado en una roca cerca de la orilla. Melissa andaba por el camino de hierba. Su pelo negro brillaba incluso más, su cuello blanco y estirado parecía de porcelana y, por cómo se le marcaba la línea de la mandíbula, tenía que ser él.

—¿Jules? —Él se volvió. Miró a Melissa con cierta sorpresa, sonrió y bajó de la roca. Pero antes de que él se acercara más, Melissa echó a correr hasta él y se lanzó a sus brazos. Jules rio y le rodeó la cintura

con los brazos. Melissa le abrazó fuerte. Aspiró el aroma de campo que impregnaba el pelo de Jules. Allí enterró Melissa la nariz, y apoyó la cara como si fuese una almohada. ¡Qué a gusto estaba en los brazos de Jules! Quizá le quería más de lo que ella creía. O es que ahora que no le tenía le quería más. Jules se rio.

—Vaya abrazo de oso me has dado… Creo que es el mejor que me has dado nunca. —Él sonaba alegre.

—Jules, te echo muchísimo de menos… Estoy pasándolo muy mal sin ti… —Jules suspiró y acarició la cabeza de Melissa.

—Lo siento mucho Mel… No me puse el casco y bueno… Ya sabes lo que pasó. Madre está muy mal, pero se le pasará. Igual que a ti, pequeña. —Melissa se apartó del pelo de Jules y miró a su amigo a la cara.

—No lo creo… me está doliendo más de lo que creía…

—Lo sé, pero es temporal, te lo prometo. Te esperan cosas increíbles Mel, tienes que vivir por ello…

—¿Cómo sabes eso?

—Cuando se está aquí, se saben esas cosas. —Melissa se bajó de la cintura de Jules. Él le miraba dulcemente con su mirada azul. Se cogieron de la mano.

—¿Qué sabes?

—Cosas que ni te creerías… pero pasarán. Tu vida va a ser emocionante y peligrosa… Te queda mucho por vivir, ya lo verás. ¿Recuerdas el colgante que te di? El de Embry… —Melissa asintió. Jules la regaló un día un colgante de plata con un dios egipcio. Había una historia que contaba que si la vida del que aceptaba el regalo estaba en peligro, un espíritu vendría a impedir la muerte de esa persona. Podía ser un espíritu cualquiera, pero si moría la persona que regalaba el colgante, ese sería el guardián. A Melissa le pareció un regalo curioso y bonito. Aquella noche se puso el colgante, colgado del cuello y lo apretó mientras lloraba antes de dormirse.

—Llévalo siempre contigo. Y recuérdame.

—Jules, nunca te olvidaré… Ojalá pudieras volver… —Melissa le abrazó de nuevo. Oyó una melodía en la lejanía. Reconoció la canción *Theme from a summer place*. Un sol dorado que no hacía daño brillaba inundando de luz el bosque.

—¿Bailas? —Sonrió tendiéndole la mano. Melissa asintió. Y bailó con Jules en aquel campo soleado con la melodía de fondo. Dieron vueltas, la música les envolvía y no existía nada más. Melissa se sentía feliz, llena, y tranquila como nunca lo había estado antes.

Entonces se despertó. Vuelta a la realidad, a su habitación. Vuelta a la tristeza. Jules ya no estaba. Ni el bosque. Ni siquiera el sol, pues aún era casi de noche. Melissa miró el reloj de la mesita, las siete de la mañana. Aún no había amanecido. Todavía recordaba la música y el

suave tacto de la mano de Jules. Suspiró, conteniendo el nudo en la garganta. Había visto a Jules en otra realidad. Estaba vivo, o eso quería creer. Se dijo que nunca le contaría nada a nadie sobre aquello. Y se juró no desprenderse nunca del colgante egipcio.

****

Hotel Ritz and Carlton

Jonathan había dormido relajado y a gusto. Se había levantado mientras Melissa aún dormía y se había duchado, afeitado y vestido. Tenían que volver a casa a mediodía o antes para despedirse de Fred, Nana y Molly. Larry y Faith llevarían a Daniel a la hora de comer. Pero a Jonathan le daba cierta nostalgia dejar esa habitación. Estar a solas con Melissa era relajante. Tanto tiempo que la había añorado, y ahora la tenía otra vez, y era su esposa. Jonathan se sentía vivo y feliz cada segundo que pasaba con ella. Suspiró, mirándole dormir desde la puerta del baño de la habitación. Con su pelo castaño largo desparramado por la almohada, desnuda, con sus hombros redondos y perfectos, tapada con la ropa de cama por debajo de la axila y con el brazo doblado en ángulo de noventa grados. Respiraba tranquila. Jonathan se puso sus gemelos de oro mientras le miraba con aire ensoñador.

Llamaron a la puerta. Jonathan salió de su ensoñación. No quería que Mel se despertara, así que se apresuró en ir al hall de la habitación. Eran las nueve de la mañana. Al abrir la puerta vio a un botones del hotel portando una caja más pequeña que una caja de zapatos. Era roja y llevaba un lazo de plata.

—Buenos días, señor Hamilton, le han dejado este paquete en recepción.

—Oh… Gracias… —Jonathan se quedó extrañado. ¿Quién podía darle un regalo? La noche anterior ya todos le habían dado los presentes. ¿Sería de Melissa? ¿Algún tipo de regalo sorpresa post-fiesta?—. Perdone, ¿Cuándo dejaron este paquete?

—Oh, anoche, señor. Pero pidieron que lo entregaran hoy por la mañana.

—¿Quién lo dejó?

—Un chico joven, señor. Parecía de esos que hacen recados, no creo que pasase de los diecinueve. No sabría decirle más. Lo dejó y se fue…

—Bien, muchas gracias. —Dio una propina al botones y Jonathan cerró la puerta. Frunció el ceño y decidió meterse en el baño de nuevo. Echó el pestillo. Se sentó sobre un taburete y abrió la caja nervioso. Contenía un móvil. Y una tarjeta donde se leía: «Míralo solo.

Por tu bien. Código 5629. Carpeta “mis vídeos”. Feliz cumpleaños». Jonathan sintió una punzada de miedo e intriga. Presuroso, metió el código pin y el teléfono se abrió.

Jonathan hizo lo que decía la tarjeta. Abrió la carpeta y vio el vídeo. Se quedó horrorizado. Palideció. En el vídeo, de apenas dos minutos, se le veía pegando un tiro a un chico. Shannon estaba a su lado, asustada. Corrieron a meterse en casa. Recordaba aquel incidente. Había pasado hacía ya varios años. No creía remotamente que eso volvería a llamar a su puerta. El miedo le corroía. Shannon era la única que podía tener acceso a ese vídeo. Recordaba que había puesto cámaras de seguridad. ¿Pero por qué mandarle eso ahora? Vio que dentro de la caja había una nota. «Llámame al 555 321 897 si no quieres que ese vídeo salga a la luz». Jonathan se levantó del taburete y corrió a vomitar al inodoro. Era demasiado para él. Sentía un mareo que se apoderaba de él. La angustia le comía por dentro. ¿Qué iba a hacer ahora?

****

Pasó una hora. Una hora en la que Melissa siguió durmiendo. Una hora en la que pudo intentar relajarse y parecer normal para que Melissa no le notara nada. Se volvió a duchar, lloró en la ducha, pegó puñetazos a la pared mojada con el dorso de la mano. Se maldijo. Su pasado volvía. Ser mala persona solo le iba a traer problemas ahora que se había redimido. No podía decírselo a Melissa. Le odiaría. Temía perderla. Tenía que hacerlo solo.

Llamó al número desde el móvil que le habían «regalado». El teléfono dio dos tonos y descolgaron.

—Hola, Jonathan —contestó una voz de mujer. Era Shannon. ¿Quién si no?

—Eres una hija de puta. ¿Qué coño quieres de mí? —Su voz sonó como el hielo y cargada de ira.

—Vaya, veo que sigues tratándome como a una mierda… Bien, déjame decirte que ahora soy yo la que manda aquí. La que se pone chula y da las órdenes. Trátame con más respeto si no quieres que tu mujercita sepa con qué pieza se ha casado. —La voz de Shannon sonaba firme, cargada de poder y triunfo.

—¿Qué es lo que quieres? Dilo de una vez y acabemos ya.

—Muy bien. Quiero que traigas un cheque por importe de cuarenta millones de dólares.

—¿Qué? Estás loca… Eso es una fortuna… ¿Para qué quieres tanto dinero?

—No te importa. Tienes ese dinero de sobra, no te costará nada hacer un cheque. Nos vemos el lunes en el parking del cine Westpoint,

a las doce de la noche. A esa hora está vacío. Trae el cheque y yo te daré el vídeo del asesinato. El original. Después, no volverás a verme.

—¿Y cómo sé que no hay copias? ¿Cómo sé que dentro de un tiempo no me vendrás con lo mismo? En el móvil que me has mandado ya hay una copia.

—Te aseguro que no hay copias. No tengo ningún interés en chantajearte toda la vida, tengo cosas mejores que hacer. Dame ese dinero y el vídeo es tuyo. No faltes y, por supuesto, ni se te ocurra traer a nadie. Ven solo. —Shannon colgó. Jonathan estaba estupefacto. ¿De verdad le estaba pasando eso? Lo que le extrañaba era que Shannon hiciera eso. No era propio de ella. Aunque habían cortado de mala manera y él había sido cruel hasta el último momento, no consideraba a Shannon una chica rencorosa y mala. Esa maniobra no parecía propia de ella. Parecía de alguien retorcido y manipulador. Con todo, Jonathan aceptó la dura verdad. No le quedaba otra que obedecer. Sintió que ese peso que iba a caer sobre él ya había caído, pero solo en parte…

****

Hamilton House. Domingo noche

Jonathan estaba algo distraído y Melissa lo había notado. No estaba tan hablador ni tan alegre como otras veces. Parecía cansado, quizá más mental que físicamente. Le había observado, pero él no parecía notarlo. Durante la cena había estado revolviendo la ensalada de langosta más que comiéndola. Y cuando Daniel estaba jugando a la Play y se reía mientras los sonidos del juego de la selva atronaban la estancia, Jonathan había apretado la mandíbula y había saltado como la pólvora.

—Daniel, por Dios, ¿quieres bajar el sonido de esa maldita cosa? —Se puso las yemas del dedo índice y pulgar presionando el tabique nasal. Cerró los ojos. No le había gritado, pero alzó un poco la voz y su voz sonaba irritada. Daniel se volvió preocupado. Su padre nunca le había hablado así. Melissa tuvo que intervenir.

—Dan, cielo, papá está cansado, ¿te importa seguir en tu cuarto? —Sonó dulce.

—Sí, claro… Lo siento, papá… —Daniel apagó la Play y al ir hacia su cuarto y cruzar el amplio salón, pasó por la mesa de cristal donde Melissa y Jonathan estaban cenando. Jonathan estiró el brazo y agarró suavemente a Daniel de la manga de la sudadera de Batman que llevaba.

—Daniel mi vida, lo siento… no quería ser grosero…

—No pasa nada, papá… pero… ¿estás malo?

—No, solo cansado… Pero se me pasará si me das un abrazo. —Daniel sonrió y abrazó a Jonathan, que le devolvió un abrazo fuerte y le besó en la cara. Melissa sonrió un poco. Se sentía feliz de ver a padre e hijo tan unidos, pero estaba preocupada. Algo le pasaba a Jonathan. Le había notado raro desde la mañana siguiente al cumpleaños. No podía ser que cumplir un año más le llenara de pesar. Y había estado feliz toda la velada. Se lo habían pasado bien por la noche cuando se quedaron solos, así que, ¿qué estaba pasando? Daniel subió las escaleras hacia el segundo piso donde estaba su habitación. Melissa tenía ahora a Jonathan justo donde quería. Solo para ella. Al irse Daniel, Jonathan cambió de nuevo su semblante. Volvía a estar preocupado.

—Jonathan… —Melissa estiró el brazo y tomó de la mano a su marido. Entrelazó sus dedos con los de él. Jonathan le sonrió y apretó los dedos.

—Mi vida —le dijo como en una ensoñación.

—Jonathan… ¿qué te pasa, cariño? Sé que algo te ronda la cabeza y nada bueno. Estás muy mohíno desde que salimos del hotel.

—No es nada, Mel, es que estoy cansado y me gustaría estar de ocio siempre para dedicar todas las horas a estar contigo. —Melissa sonrió, pero no terminó de creérselo. Jonathan le estaba mintiendo. Pero sabía que presionándole no conseguiría sacarle nada. No querría preocuparla. Pero Melissa esperaría y, entonces, lo descubriría. Se levantó y besó en los labios a Jonathan. Le pareció que por un segundo le había temblado la barbilla. Pero de nuevo le sonrió.

—Voy a traer el postre… —Sonrió acariciándole la cara.

Más tarde esa noche, ocurrió. Era de madrugada. Todos dormían o eso creía Jonathan. Se había despertado a las cuatro de la madrugada. No podía dormir bien de los nervios que tenía. Salió y bajó al piso de abajo. Era de noche y se veían las luces de la ciudad a través de la cristalera de la terraza del salón. Jonathan fue a coger las pastillas de Brian, los ansiolíticos. En el loft tenía otro escondite para ellas. Entró en la habitación de la plancha. Había un pequeño armario y dentro, unas cajas de cartón con deportivas. Jonathan sacó su caja. Dentro de una zapatilla, metido dentro de un calcetín, estaba escondido el tubo de pastillas. A nadie se le ocurriría buscar ahí nada. A Jonathan le pareció un sitio seguro. Había bajado con una pequeña linterna led de luz azulada. No quería encender ninguna luz para no despertar a nadie. Arrodillado en el suelo, Jonathan cogió entre los dientes la pequeña linterna, mientras alumbraba con su luz a la caja de zapatos, la abría y sacaba el tubo de pastillas del calcetín.

De pronto la habitación se iluminó. Alguien había encendido la luz. Jonathan sintió que un latigazo de miedo le recorrió el cuerpo. Alzó la

vista y vio a Melissa envuelta en una bata rosa, con gesto preocupado y el pelo algo despeinado.

—Lo sabía… Sabía que me estabas ocultando algo… —Su voz parecía dolida.

—Mel… ¿qué haces levantada? —Jonathan quiso esconder el bote de pastillas pero ya era tarde, ella lo había visto y ahora miraba a Jonathan. Dolida, preocupada.

—Jonathan, no has parado de dar vueltas en la cama. No has cenado apenas… Estás pálido como la cera. ¿Desde cuándo me tomas por idiota? ¿Qué son esas pastillas?

—Cariño, escucha. —Jonathan se levantó del suelo y se aproximó a ella—. No quería preocuparte, ¿vale? Pero no es nada… Son solo unas pastillas para dormir mejor. A veces las necesito.

—¿Desde cuándo tomas eso? ¿Quién te lo recetó? No, espera, ya lo sé… Brian, ¿verdad? —Hizo un gesto con la boca que delató que se sentía dolida porque Brian no la hubiera contado nada. Era su amigo y Melissa confiaba en él.

—Sí, así es… Pero no la tomes con él. Es médico, no puede ir por ahí contando lo que les pasa a sus pacientes…

—¿Eres su paciente? Yo creí que erais amigos… ¿qué está pasando, Jonathan? Creí que confiabas en mí. Que no teníamos secretos el uno para el otro. —Melissa sintió que iba a llorar. Miraba a Jonathan con gesto roto, triste.

—Cariño, es solo que tengo ansiedad. Soy tan feliz contigo que temo que pase algo y vuelva a perderte. Tengo un trauma o una fobia, llámalo como quieras. He hablado de ello con Brian y me tranquilizó. Y me mandó esas pastillas. Las tomo desde hace poco. No quería preocuparte, no tiene ninguna importancia. Solo las tomo cuando me siento algo agobiado…

—¿Y por qué confías más en Brian que en mí? Me duele que no sientas que puedes contarme a mí las cosas, Jonathan… Sé que Brian es médico, y que quizá él te ayude más que yo en algunos aspectos, pero que no hayas recurrido a mí me duele…

—Mel, por favor, no me odies… Te juro que lo hice porque no soporto hacerte daño. No quería preocuparte, cariño.

—Hay algo más. Desde que volvimos del hotel. No me mientas más, Jonathan… Por favor…

—No hay nada que contar, no insistas con eso por favor. —Melissa le miró suplicante, más preocupada que nunca. Se acercó a él y le tomó de las manos. Jonathan había vuelto a cerrarse. Miraba al suelo y no quería hablar ni mirarla. Ahí se descubrió todavía más.

—Cuéntame qué pasa… Lo que sea, lo comprenderé. Te daré mi apoyo, mi amor… No estarás solo con eso, sea lo que sea. Por favor Jonathan, antes de casarnos nos prometimos no mentirnos nunca más.

No me hagas dudar de ti, porque si dudo una vez, dudaré siempre… y nuestra relación no será transparente. Yo no quiero eso para nosotros. Bastante suciedad hay a nuestro alrededor… con la gente, la sociedad que hay, no dejes que nos toque a nosotros también. —Jonathan miró a Melissa, la apretó un poco las manos, suaves y cálidas. Ella le miraba suplicante, deseando saber qué pasaba. Quién sabe si de verdad lo entendería y, aún más, si le ayudaría. Si quería saber la verdad, no iba a sentirse nada contenta. Jonathan quería decírselo, pero a la vez no estaba preparado. Era demasiado duro.

—Melissa, no estoy seguro de que quiera que lo sepas…

—Jonathan… Si no me lo dices, te juro por mi vida que me alejaré de ti. Si quieres que lo nuestro perdure, no quiero secretos. Por favor, no me mientas más… —Jonathan la miró unos segundos más. Tragó con dificultad, respiraba mal fruto de los nervios. Las manos le iban a empezar a sudar. Se apretó más a las manos de Melissa. Casi jadeaba de lo nervioso que estaba. Melissa le seguía mirando impaciente y preocupada. Si no contarle el secreto iba a romper su vínculo emocional, entonces se lo contaría. No quería perder el amor de Melissa.

—Está bien, te diré la verdad… La mañana que desperté en el hotel, me trajeron un paquete. Alguien lo dejó la noche anterior y supuse que era un presente por motivo de mi cumpleaños. Lo abrí y… era un móvil con un vídeo y una amenaza. Cuarenta millones de dólares a cambio de un vídeo… —Melissa abrió los ojos como platos. Sí, era una cuantiosa suma. Jonathan decidió continuar. Ya estaba todo perdido—. Un vídeo en el que salgo yo matando a un hombre…

Los dedos de Melissa perdieron fuerza. Se había quedado petrificada. Sus hombros quedaron caídos, su boca se entreabrió un poco. Ahora era Jonathan el que estaba agarrado con fuerza a las manos de ella. Sus dedos entrelazados. Los de Jonathan, fuertes, agarrándose a los de Melissa, suplicando, rogando porque le ayudara emocionalmente. Los de ella, ahora, muertos y estáticos. Parecían los dedos de una estatua. Melissa estaba en shock.

«Lo sabía», pensó Jonathan amargamente. Y su alma se volvió a cubrir de pesar.

Capítulo 15

No había sido fácil. Actuar como una mujer de hielo. Actuar como alguien que hace daño y lo disfruta. Pero Carter le había enseñado. Le había dicho qué decir y cómo decirlo. Ya anticipaba la reacción que podría tener Jonathan, y en base a eso, le dijo qué contestarle. Era cierto que Shannon se había quedado hundida tras su relación con

Jonathan. Había sido cruel, frío y déspota. Ella nunca le había tratado mal y él volcaba en ella todo su pesar. Como si le culpara por no ser esa tal Melissa. Ahora Shannon lo entendía todo. En una entrevista a Jonathan por motivo de su exitosa operación, había dicho que desde que había perdido a Melissa había acarreado una tristeza infinita que le hacía ser un hombre cruel con su entorno. Shannon supo sumar dos más dos. Todas las reacciones que Jonathan había tenido cobraban sentido tras saber que un amor del pasado le atormentaba. Que sucio por su parte haberle engañado, fingiendo que la quería solo para olvidar… Shannon podía encontrar ahí una buena razón para devolvérsela a Jonathan. Ser ahora ella quien hiciera daño. Así se lo había dicho Carter. Y había salido bien. Ya lo tenían todo preparado. Carter quería ese dinero. Decía que ya que su hermano le había quitado sus bienes, ahora se cobraría su parte y que esos cuarenta millones le pertenecían. Si eso es lo único que quería y luego se iría, a Shannon le parecía bien. Quería acabar de una vez con esos hermanos que solo la habían traído pesar. Primero Jonathan, y después Carter, que quizá había resultado ser más cruel y vengativo.

—¿Por qué una pistola? —preguntó ella casi en un susurro—. No creo que haga falta… y mucho menos cargada…

—La sacarás solo para ponerle más tenso. No tienes que usarla, te lo he dicho mil veces. Solo es para dramatizar más. Recuérdalo, Shannon… Ese dinero es para mí. Me pertenece por ser hijo legal y primogénito. No sé si al final heredó el patrimonio que le dejó mi padre, pero esos cuarenta millones me valdrán para cobrarme lo que ese bastardo me debe. Es por orgullo ¿entiendes? —Shannon asintió, callada, asustada—. Después cada uno por su lado. —Su voz sonaba fría, insensible. Y el lunes por la noche, tras la entrega, todo terminaría. Shannon llevaría un DVD con el vídeo del asesinato. El original lo tenía Carter en su portátil, su pequeño ordenador notebook. Nunca sabía si volvería a necesitarlo para amargarle la vida a Jonathan. Hubiera sido idiota si se deshacía de él y, por supuesto, Shannon no podía saber nada. Como tampoco sabía nada de la naturaleza del verdadero plan para la noche del lunes. Carter le había contado a Shannon lo que pasaría, pero era una verdad a medias. Él intervendría, y ahí cambiaría la cosa. Solo que Shannon aún no sabía que ella sería la gran víctima, y no Jonathan…

****

Marzo 2017

Bartholomew Canvass se recuperaba poco a poco en su casa de Greenwich Village, al norte de Downtown, en Nueva York… Con su

acera coronada de árboles y apartamentos a los que se accede pasando una pequeña verja y subiendo varios escalones, Bartholomew, o Bart, como le llaman sus allegados, había vuelto a saborear las pequeñas cosas en una vida que había vuelto a empezar para él.

De profesión abogado, exitoso y fiero hombre de negocios, Bartholomew Canvass era el abogado personal de Elias Thornton. Antes de morir, cuando Elias ya estaba enfermo, dejó hecho un testamento y redactó una carta. Elias sabía que se iba a morir tarde o temprano y no quería irse sin que Jonathan supiera la verdad. George había muerto, pero Elias no lo sabía. Tampoco sabía nada de la vida de Elizabeth. Se había desvinculado por completo de los Hamilton por miedo a las represalias de George, y ya había pasado tanto tiempo que Elias se acostumbró a la pérdida de Jonathan. Pero, aunque no le tenía a su lado, a veces sabía de él gracias a los medios de comunicación. Jonathan había salido alguna vez en los ecos de sociedad y en alguna noticia sobre negocios y empresarios del año. Jonathan era de los buenos. Elias sabía que su hijo era de esos, de los triunfadores, de los trabajadores, y estaba orgulloso de él, en la distancia. Carter, sin embargo, era una causa perdida.

Se había marchado de casa y, por más que le había buscado, no sabía nada de él. Carter no quería que le encontraran y lo último que supo de él fue una carta en la que le decía que tenía nueva vida y que no le buscara, así que Elias se rindió. Estaba cansado y enfermo y no tenía fuerzas para luchar más. Incluso cuando supo por la tele que el empresario del año, Jonathan Hamilton, se había quedado en silla de ruedas, Elias se mantuvo al margen. Elizabeth ya estaba ahí, y, según decía, su hijo vivía en un hastío y disgusto permanente. No era fácil vivir con él, y Elias pensó que revelarle que era su padre quizá hundiría más su mundo y le amargaría más el carácter. Quién sabe cómo se lo tomaría, y con lo sensible que ya estaba, Elias se puso en lo peor.

Ya tenía bastante con tener que vivir en una silla de ruedas como para encima saber que su pasado era una mentira. No necesitaba más peso en su carga emocional. Pero en 2016 la cosa cambió. Elias pensó que aunque Jonathan se disgustara, tenía que saber la verdad, estuviera en silla o no. Fuera duro o no. Quizá, como Elias estaba a las puertas de la muerte, se lo pensó mejor y no quiso que Jonathan viviera una mentira aún más grande y quizá peor: creer que George era su padre. No podía abandonar el mundo dejando ese gran secreto sin revelar.

Una mañana, Elias acudió al despacho de Bartholomew y le habló de sus últimas voluntades.

—He redactado ésta carta, y quiero que sea adjuntada junto con los documentos de la herencia. A Jonathan Hamilton King. Es muy

importante que al fallecer yo, le sea entregado a Jonathan este sobre. —Elias entregó un sobre blanco de tamaño normal a Bartholomew. Este lo cogió—. Puedes abrirlo, leerlo y ver lo que contiene. Es una carta donde revelo a Jonathan que soy su padre. Y que tiene un hermano, Carter. Adjunto una foto de él… —Bart abrió los ojos un tanto sorprendido.

—Pero, Elias, ¿no sería mejor que se lo dijeras tú mismo en persona? Es un tema muy serio, y recibir estas noticias por carta… es un tanto frío… —Bart podía permitirse hablar así a Elias porque eran prácticamente amigos de varios años.

—No, Bart, créeme que es mejor así. Sé que no me queda mucho… Los médicos lo han dejado claro, ya lo sabes… —Bart hizo un gesto de disgusto y afirmación. Ya lo sabía, Elias se lo había contado—. Encárgate tú de que Jonathan reciba estos papeles cuando yo muera. No se lo digas a nadie, por favor. Guarda secretismo total. Es de vital importancia.

—Claro, Elias, no te preocupes. Se hará como tú desees. ¿La foto de Carter es para que Jonathan conozca a su hermano?

—No… Es para advertirle sobre él. Para que le ponga cara. Que sepa quién es y, si un día se le encuentra, le evite a toda costa. Conozco a Carter. Seguro que al morir yo, se enterará, y querrá hacer daño a Jonathan por despecho. Sabrá que ha heredado, y querrá pisotearle… Tiene que estar advertido.

—Elias, sabes que haré lo que me pides, pero… ¿estás seguro de querer proceder así? Todo esto parece una grandísima intriga… ¿Estás seguro que es para tanto?

—Y para mucho más… —La mirada de Elias pareció perdida por un momento. Pensó en la mirada cruel y llena de resentimiento de Carter. Sus ojos rebosantes de lágrimas y odio. Claro que era capaz de vengarse. Carter estaba lleno de rencor, odio y tristeza. Era una bomba humana. Y Elias tenía el presentimiento de que su hijo podía ser letal. Él no podría hacer nada, pero si Jonathan estaba advertido, podía protegerse.

Aunque Elias lo había dejado todo atado, el destino quiso dejar un cabo suelto. Al fallecer Elias, Bartholomew se encontraba de viaje en Londres. Cuando volvió, casi había pasado un mes. Se disponía el lunes a visitar a Jonathan y entregarle la herencia y los documentos que Elias había dejado. Pero el sábado, Bartholomew fue a montar al club de hípica. Con tan mala suerte que su caballo, Rey, tropezó con un montículo en la hierba, chocó con la valla y Bartholomew cayó al suelo de cabeza. Su mujer, Barbara, gritó y todo el mundo se volvió a mirar. Tras el revuelo inicial, y tras la llegada de la ambulancia y los sanitarios, se supo que Bart no se había roto el cuello, pero tenía una gran hemorragia cerebral, y parte del hueso del cráneo se había

hundido hacia abajo, tocando la masa encefálica. Así de mal estaba la cosa. Bart fue operado de urgencia. El resultado fue que salvó la vida, pero de momento estaba en coma. Su cabeza estaba muy dañada y necesitaría quizá más de un año para recuperarse, si es que recobraba la conciencia y despertaba. Pasaron varios meses así, y en enero del 2017 Bart despertó. La secuela era que había perdido gran parte de la memoria y los recuerdos. En su despacho de su casa de Greenwich Village tenía todos sus documentos. Le dijeron que era abogado, pero Bart no recordaba nada. Le dolía la cabeza y tomaba calmantes que le tenían dormido gran parte del día. Así sería al principio, le dijeron.

Cuando su mujer Barbara le enseñó la casa que compartían, guiado del brazo, fue como si viera la casa por primera vez. Era febrero y volvía a casa tras una estancia en el hospital de bastantes meses. De momento, no recordaba nada, pero un médico le había dicho que poco a poco los recuerdos le vendrían a la mente, como pequeños destellos, y que de otras cosas quizá nunca se acordaría. Bart vio su despacho. Sus muebles de caoba, las sillas de cuero verde, los cortinajes de terciopelo, todo perfectamente ordenado y pulcro. Se fijó en su portátil, su maletín color café y le gustó ese orden. Le gustó ser alguien así, con un buen trabajo y una buena posición. Barbara le instó a ver otras habitaciones, y Bart echó un último vistazo a su despacho. Miró aquel maletín suyo, con sus iniciales en dorado impresas en el cuero. Dentro del maletín, descansaban los documentos de Elias, pero Bart no recordó nada.

****

Melissa intentó procesar lo que Jonathan la había dicho. Que había matado a un hombre. Perdió la fuerza, sintió que otra emoción fuerte la apaleaba. Como el casi atropello de Daniel. Se quedó paralizada, y sin saber qué decir o hacer. Pero entonces reaccionó cuando miró a los ojos de Jonathan. Azul cielo, profundos, llenos de miedo, culpa y también inocencia. Sabía que Jonathan no era un asesino. Algo más había pasado. Tenía que seguir escuchando para saber la verdad. Entonces Melissa reaccionó. Tragó saliva, parpadeó, y como saliendo de un letargo que le hubiera dejado inmóvil, apretó los dedos de Jonathan. Él bajó la mirada un segundo y la posó en sus manos. Parecía no creerse que ella le cogiera de las manos inspirándole fuerza.

—Cuéntame qué pasó… —dijo ella. Jonathan la miró, con cierta incredulidad, pero decidió continuar. Tenía el apoyo de Melissa.

—No fue intencionado… Nunca mataría a nadie a propósito. Acompañaba a Shannon a su casa. Era una chica con la que salía… Me recordaba a ti, al menos al principio. Era mi secretaria… pero después rompí con ella… No eras tú y no quería engañarla más. Pensé que

quizá podía funcionar, pero no… Lo cierto es que lo dejamos y meses después me la encontré empapada de agua en la parada del bus, llovía a cántaros, me dio pena… El caso es que de camino a su casa salió un chico. Nos apuntó con la pistola, quería atracarnos. En un momento dado, iba a disparar a Shannon. Yo tenía un arma también. La había comprado por mi cuenta. No era legal… Y la saqué…

—Y disparaste para defender a Shannon…

—Sí, pero entonces, al caer al suelo el chico, vimos que era una pistola falsa. De plástico. Corrí con Shannon a casa y juramos no decir nada. La policía lo investigó, pero no se supo nada. El caso es que Shannon me ha mandado una película donde se ve que mato a ese chico. Era una grabación de una de sus cámaras de seguridad de su jardín. Las tenía por miedo a que entraran a robar en su casa. Ahora me chantajea. Si no le doy cuarenta millones de dólares, publicará ese vídeo… Lo llevará a la policía…

—Dios mío, Jonathan… Pero… ¿y si se lo decimos a Larry? Es amigo nuestro y…

—Melissa, Larry no podrá hacer nada… Es nuestro amigo, sí, pero, si se abre una investigación, llegará un punto donde él no podrá llegar a más. Tiene superiores y creo que no me libraría de una condena si esto se llega a saber…

—Fue en defensa propia, en el vídeo debe verse claramente, ¿no? —Melissa sonaba desesperada, y asustada.

—Aun así, Melissa… ¿Crees que no me caería nada por posesión de un arma de manera ilegal? Shannon me tiene pillado totalmente. No me queda otra que ir a la cita. Será el lunes a medianoche en un parking.

—¿Dónde? Quiero ir contigo. —Melissa estaba angustiada.

—Ni se te ocurra. No puede venir nadie, ya me lo advirtió. Por favor, Melissa, quédate en casa con Daniel. Yo vendré lo antes posible, te contaré todo.

—Pero, Jonathan, ¿y si es un farol? Ella es cómplice, ¿cree que no la pasará nada si destapa ese suceso? Todo este tiempo ha estado callada.

—Seguramente dirá que no dijo nada por miedo. Que la tenía amenazada o algo, y que ya no podía aguantar más y por eso confesó. Se pondrá a llorar y se hará la víctima. No sé, no puedo arriesgarme…

—Oh, Jonathan… —Melissa sintió que iba a echarse a llorar. Era demasiado con lo que lidiar. Empezó a hiperventilar—. Necesito sentarme… Estoy mareada… —Melissa se sentó en una silla. No quería decir a Jonathan lo que sentía y pensaba. Que estaba enfadada con él. Por tomar malas decisiones, por no haber sido como ella, que vivía tranquila en Ohio y no se metía en líos, por mucho que la doliera no tener a Jonathan. Sin embargo, Jonathan parecía haber tenido un

pasado lleno de errores y malas decisiones, todo fruto de su frustración por no tenerla. Melissa se masajeó las sienes. Quiso pensar en algo que salvara la situación. Decían que todo tenía arreglo. ¿Cómo encontrar una salida para algo así?

—Melissa, lo siento en el alma… Sé que esto es mucho para ti. —Jonathan se arrodilló a su lado y apoyó una mano en sus rodillas, acariciándoselas bajo la bata rosa. La miró con cierta pena y preocupación. Estaba avergonzado. Melissa pensó lo duro que sería para él también. Le daba pena. Se inclinó a él y le abrazó. Lo necesitaba. Por ella. Por él. Las cosas no eran más fáciles porque ahora Jonathan hubiera recuperado su vida. No la que tenía antes, sino la que siempre quiso tener. Una vida con ella y sin la silla de ruedas, que había sido lo más difícil de dejar atrás. De hecho, Melissa sentía que cada vez se presentaba un nuevo reto. Primero, lo del casi atropello de Daniel. Ahora, la amenaza de Shannon. ¿Qué sería lo próximo? ¿Vendrían más cosas? Melissa se sintió más preocupada al pensar que Jonathan la ocultaba cosas. Que aunque habían hablado mucho, él no se lo había contado todo. Eso de matar a un hombre era muy serio, aunque fuera en defensa propia. Y lo de tomar pastillas a escondidas. Sentía que Jonathan no confiaba en ella y que quizá no conociera tan bien a su marido y eso la dolió.

—Jonathan, ¿hay algo más que no me hayas contado? Dime la verdad, por favor…

—No, no hay nada más, te lo juro. Creo que esto y lo de las pastillas es lo único que no te conté. Lo de las pastillas era para no preocuparte. Solo las tomo muy de vez en cuando… Y lo de ese crimen… bueno… quise olvidarlo desde que pasó. No quería sacar ese tema, me daba miedo que me vieras como a un monstruo… Te enseñaré el vídeo. Verás por ti misma que es verdad lo que digo. —Jonathan se levantó y sacó de la caja de zapatillas el móvil. Por lo visto, también lo guardaba ahí, junto con el bote de pastillas. Sus secretos oscuros en una caja de zapatillas. Encendió el móvil, buscó el vídeo y se lo enseñó a Melissa. Ella no se negó a verlo. Necesitaba verlo por sí misma. Comprobar que de verdad Jonathan no le estaba mintiendo. Después de verlo, se quedó más tranquila. Jonathan no mentía. Había sido un accidente tal y cómo él contaba. El chico había sacado un arma, parecía dispuesto a disparar. La chica era el blanco y Jonathan actuó justo a tiempo. Quiso salvar su vida. Pensó que quizá pudo apuntarle al brazo o a la pierna, pero en el vídeo se veía que Jonathan sacaba el arma y disparaba casi sin mirar. La bala le había dado de lleno al chico, que cayó al suelo en cuestión de segundos.

—Está bien… No diremos nada a Larry. Puedes confiar en mí. Pero, Jonathan, ni un secreto más. Por favor… —Jonathan abrazó a Melissa. Se echó a llorar. Ella estaba enfadada, pero al ver a su marido tan

frágil, tan hecho polvo, llorando como un niño, tragándose solo ese dolor… No pudo seguir enfadada. Sintió una pena enorme y le abrazó. Pero su corazón no estaba tranquilo. ¿Qué más iba a pasar?

****

Medianoche. Lunes. Parking de Westpoint

El día había llegado. Jonathan llevaba el cheque por valor de cuarenta millones. A nombre de Shannon Derwent Hollister. Hacía frío y Jonathan se puso su abrigo negro largo de Armani y un traje a juego. Más parecía que iba a un entierro. Prefirió ir andando. Eran veinte minutos desde la parada del autobús. No quiso ir en coche propio ni en taxi. No sabía qué le esperaba, y no quería dejar cabos sueltos. Ir en coche podía despertar dudas si pasaba algo grave y tenía un accidente. Ir en taxi era tener un testigo. Llegó al parking a la hora señalada. No había ni un alma por la calle. Había algún coche aparcado, pero no habría más de doce… El cine aún funcionaba, pero para películas eróticas. El parking, totalmente al aire libre, no era más que un amplio terreno de asfalto con las plazas para coches pintadas de pintura blanca. A lo lejos estaba la entrada al cine, con alguna luz anunciando los estrenos de cartelera. La ciudad y su bullicio quedaban lejos. Ese parking era una zona solitaria a esas horas. Shannon había sido lista al elegir un sitio tranquilo.

Oyó unos tacones. Sabía que era ella. Jonathan se volvió. A unos seis metros vio de pronto a Shannon. Debió de haber salido de alguno de los coches, pues había aparecido como de la nada. Llevaba un abrigo largo blanco, y botas de tacón en charol negro. Seguía guapa, con su pelo largo castaño, pero no era Melissa. Había hecho bien en dejarla. Aunque hubiera sido mejor no cogerla nunca, visto lo visto.

—Hola, Jonathan —dijo con una voz entre sensual y misteriosa—. Puntual como siempre… Veo que has cambiado solo en los aspectos más humanos. Cuando estuviste conmigo no me trataste tan bien como a esa tal Melissa… —Jonathan hizo un gesto de sonrisa maliciosa.

—Sabía que lo hacías por eso. Por despecho… pero no te creí con tanta maldad, Shannon. Hasta donde yo te conocí eras una persona honesta. ¿Tanto daño te hice que te convertí en esto?

—El suficiente para darme cuenta de que fui una imbécil. —Su voz se endureció—. Te fuiste de rositas, ahora eres un triunfador otra vez, y no has pagado nada. No es demasiado justo, ¿no crees?

—¿Esto lo has hecho tú sola? No me lo creo… Tú no tienes tanta maldad, no eres así de retorcida…

—Me subestimas, Jony… como siempre… —Ella suspiró. Estaban a

un metro de cercanía—. No estoy aquí para charlar. ¿Has traído lo que te pedí?

—Por supuesto. —Jonathan dijo secamente. Sacó del bolsillo de su abrigo el cheque. Un papel blanco rectangular—. ¿Qué hay de lo mío? —Shannon sonrió y se echó a reír.

—¿Sabes, Jonathan? Esto es tan surrealista… Parece que estamos en una película de gánsteres… Ahora que lo recuerdo, se me olvidaba esto, para hacerlo más real, meternos más en escena, ya sabes… —Al principio Jonathan no entendió esas palabras. Solo vio que Shannon metía la mano en el bolsillo de su abrigo y se disponía a sacar algo. Y lo sacó. Una pistola, negra y brillante. Jonathan sintió que se le revolvía el estómago. Dio un paso atrás y alzó las manos, mostrando las palmas.

—Shannon, por Dios… Quieta, por favor… —Ella le miró divertida.

—Por cierto, se me olvidaba un pequeño detalle. No tengo tu vídeo. No he traído nada. El original está en el teléfono que te mandé. Bórralo si quieres o quédatelo de recuerdo por si un día lo ve tu mujercita y se le cae el mito de quién eres. —Jonathan le miró asombrado, cabreado y frustrado. No se lo podía creer. Menuda jugada más sucia. Quiso estrangularla. Pero no era momento de ponerse gallito—. Ahora te tengo agarrado por los huevos, ¿no? —dijo triunfal, apuntándole con decisión—. ¿Era tanto pedir que fueras buena persona conmigo, Jonathan? ¿Qué me trataras como a un ser humano? Fuiste todo lo cruel que pudiste, y, sin embargo, con tu Melissa eres el caballero más galante del mundo… —Su voz sonaba a desprecio. Jonathan tenía que controlar la situación si no quería acabar con un tiro en la cabeza o el pecho.

—Fui un cabrón. Una mala persona. No sabes cuánto me arrepiento de ello. Mi pasado no es algo de lo que pueda estar orgulloso, lo sé. Pero, Shannon, no merece la pena que te manches las manos con mi sangre. De verdad, no valgo la pena…

—En eso tienes toda la razón, no vales la pena, Jonathan Hamilton… —Shannon se acercó a Jonathan. Él no sabía si retroceder —. No te muevas. —Shannon avanzó hasta Jonathan. Había solo centímetros de distancia entre uno y otro. La respiración de Jonathan era acelerada. Miró a los ojos de Shannon y vio algo. En el fondo de sus ojos percibió algo. Una mirada profunda que decía que esa no era ella. Que le miraba con gesto duro, pero que era una fachada, que sus ojos le decían otra cosa, pero ¿qué? Jonathan quiso escrutar esa mirada más a fondo.

—Shannon… —Cuando Jonathan iba a decir algo más, se oyó una voz masculina. Jonathan desvió la mirada y vio que unos metros más allá de él había un hombre. Llevaba una cazadora de cuero negra y

vaqueros con botines de cuero negros. Jonathan se preguntó quién sería ese. ¿De dónde había salido? ¿Vendría del cine?

—¡Hey, chica! ¡Suelta ese arma! —gritó el hombre. Empezó a acercarse. Para entonces Shannon se había dado la vuelta y ahora apuntaba a ese hombre. Pero, para asombro de Jonathan, el hombre avanzaba tranquilo; no levantó las manos ni se paró.

—¿Quién coño eres tú? —bramó Shannon frunciendo el ceño.

—Oye, tranquila, ¿vale? Solo quiero hablar… Te vas a meter en un buen lío si matas a alguien… Dame ese arma. —El chico se acercó cada vez más. Shannon estaba como paralizada, apuntándole, casi temblando. ¿Por qué temblaba? Aquel tío parecía haber acaparado toda la atención de Shannon.

—Tú no lo entiendes… ¡Este cabrón me arruinó la vida! —gritó.

—Vale, lo puedo entender si me lo explicas. Mi ex también era una cabrona de cuidado… ¿cómo te llamas?

—No te importa, tío… Deja de acercarte a mí. ¿Qué es lo que quieres?

—Hablar y que sueltes el arma. De verdad, no te conviene usarla. La vida en la cárcel no es buena, por mucha comodidad que haya ahora… Una chica como tú no debe acabar en un sitio así.

—¿Qué coño sabes tú de… —A Shannon no le dio tiempo a decir más. El chico estaba cerca de ella, pero en cuestión de un segundo se tiró a Shannon como un gato. Con una agilidad y rapidez que asombró a Jonathan. Vio que el chico y Shannon forcejeaban. Jonathan no quiso intervenir, de hecho, retrocedió unos pasos, confuso, aterrado. Todo se había salido de madre. Pensó que bastaba con dar el cheque a Shannon y adiós. Pero ella no había traído nada, ¿sería verdad que no había copias? Jonathan vio como Shannon y el chico se movían de un lado a otro, sus brazos entrelazándose como tentáculos de un pulpo, él intentando quitarla la pistola y ella retorciéndose para evitar que la desarmara—. ¡Suélteme maldita sea! —El cañón de la pistola salió de pronto de entre los cuerpos de Shannon y el chico y apuntó a Jonathan. Iba a dispararle con toda seguridad. Jonathan exclamó de sorpresa, pero sin emitir ningún sonido.

—¡No, quieta! —El chico agarró de la muñeca a Shannon, la pistola ya no apuntaba a Jonathan, volvía a ocultarse entre los cuerpos forcejeantes de Shannon y el chico. Parecía una lucha sin fin.

Entonces se oyó un disparo. En el silencio de la noche sonó atronador. Ya no forcejeaban. Jonathan sintió que el tiempo se paraba. No podía moverse ni hablar. Estaba en shock. Vio que el cuerpo de Shannon cayó al suelo. Una mancha roja tiñó su abrigo blanco a la altura del pecho. El chico estaba jadeando, mirándola.

—Dios… Se ha disparado… No sé cómo. —El chico le miró aterrado, como intentando explicarse. Tras mirar unos segundos a

Jonathan, como si de pronto hubiera reaccionado, se agachó al lado de Shannon y le tomó el pulso unos segundos. Jonathan seguía en shock, mirando casi boquiabierto, sin poder moverse, con el viento soplando gélido—. Está muerta… El disparo la ha dado de lleno… Intenté quitarle el arma, forcejeó de alguna manera que se disparó no sé cómo… Dios mío… —El chico se pasó la mano por el pelo, agobiado. Jonathan no podía creer que Shannon hubiera muerto. No quería que eso pasara. Pero ¿cómo había podido llegar la cosa a tanto? De repente se le ocurrió, como un destello. Tenía que llamar a Melissa. Debía llamar a Faith y Larry. Si él llevaba el asunto, mucho mejor. Además Larry ya le había dicho a Jonathan que le llamara a cualquier hora pasara lo que pasara. La muerte de Shannon era una cosa grave y además estaba ese chico, que se había metido para ayudar y ahora podían acusarle de asesinato. Sentía que debía ayudarle. Sentía que le debía algo muy grande.

—Voy a llamar a mi mujer. Que avise a Larry, es un buen poli, nos ayudará… Tranquilo… —El chico casi se había puesto a llorar. De pie, daba vueltas de un lado a otro como un león rabioso enjaulado.

—Dios mío, yo no he matado a nadie… Usted está de testigo. —El chico le miraba suplicante y asustado—. Tiene que ayudarme, por favor…

—No se preocupe, no le va a pasar nada, se lo prometo, cálmese. Deme un minuto. —El chico estaba alejado de Jonathan unos pocos metros. Nervioso, abrazándose a sí mismo. Eso dio a Jonathan la ventaja que necesitaba. Jonathan llamó a Melissa, que lo cogió al primer tono. Intuía que no habría dormido nada, ni siquiera se habría acostado, nerviosa y preocupada por la cita de esa noche—. Melissa, cielo, escucha… Tienes que llamar a Larry ahora mismo, que venga aquí. Todo se ha complicado.

—Dios mío… Jonathan, ¿qué ha pasado?

—Shannon me amenazó con una pistola. Un chico se interpuso para ayudar, forcejearon y el arma se disparó. Shannon ha muerto, pero fue un accidente. Cuéntaselo tú misma a Larry. Y Melissa, borra el vídeo del móvil. Van a hacer muchas preguntas.

—Jonathan, pero…

—Escucha, tú solo escucha. Ni Larry puede saber la verdad. Nadie debe saber que yo maté a un tío cerca de la casa de Shannon, por eso debes borrar ese vídeo. Diré que Shannon me hizo chantaje con mostrarte un vídeo sexual sobre nosotros. Pero tú debes decir que no sabías nada, ¿lo has entendido?

—Sí, sí, Jonathan. —Melissa estaba al borde del llanto. Era demasiado para ella, podía entenderla y odiaba haberla metido en semejante lío. La policía haría preguntas, habría que declarar… El lío ya estaba servido, aunque Larry ayudara.

—Hazlo ya. Deprisa. —Jonathan colgó. Se acercó al chico—. Muchas gracias por lo que ha hecho… Me llamo Jonathan Hamilton. —Jonathan le tendió la mano. El chico miró su mano y después le miró a la cara. Le estrechó la mano.

—Carter Thornton.

—Gracias por salvarme la vida, Carter. Creo que he contraído con usted una deuda de por vida. —Carter apretó los labios en señal de aceptación. Ya se había ganado a Jonathan. Misión cumplida. Delante de Jonathan pareció afligido, pero por dentro, Carter sonreía satisfecho.

Su plan no podía haber salido mejor. Shannon solo sabía que tenía que sacar la pistola y amenazar con disparar a Jonathan. Carter aparecería y forcejearía con ella hasta quitarla el arma. Entonces Shannon se marcharía corriendo a su coche, humillada y asustada con el cheque que cobraría después. Pero ese no era el verdadero plan de Carter. Su verdadero plan era forcejear con Shannon y apretar el gatillo. Matarla, quitarla de en medio. Y que pareciera un accidente. Salvar a Jonathan de una especie de atraco no iba a crear un vínculo tan grande. Jonathan le daría las gracias, pero tras esa noche no se volverían a ver. Sin embargo, haberle salvado la vida, impedir que Shannon disparara y que por accidente él cargara con una muerte, crearía un vínculo más fuerte. Sabía que Jonathan le dejaría entrar en su vida. Entonces se ganaría su amistad y su confianza, y le dejaría caer que era contable, que buscaba trabajo y que podría ayudarle en los negocios. Seguro que Jonathan aceptaría sin dudar. Carter fingió miedo y desesperación, pero no podía estar más satisfecho del éxito de su plan. Por fin tenía a Jonathan cerca para hacerle un daño profundo. Y no tenía que ver con quitarle dinero ni negocios, sino quitarle algo más valioso. Algo que no era como el dinero, que iba y venía. Le quitaría algo que en este mundo a veces no se encontraba y muy raramente podía encontrarse dos veces. El amor verdadero. El de su mujer. Él había carecido de ese amor verdadero. Sin embargo, Jonathan lo había tenido y lo tenía. No era justo. Y algo había que hacer. Carter no podía esperar para verle sufrir.

****

Cuando Melissa llamó llorando a Faith era más de medianoche. El teléfono sonó estrepitoso en la mesita de noche de la habitación de Faith y Larry. Faith, con un camisón de tirantes en satén negro y encaje, dormía abrazada a Larry, que dormía devolviéndole el abrazo. Faith se separó del cuerpo caliente de su marido y cogió el teléfono. Larry se había despertado también. Faith tranquilizó a Melissa como pudo y encendió la lamparita de la mesita de noche, para ver a un

Larry despeinado y somnoliento que solo llevaba media hora durmiendo. Faith colgó tras unos minutos.

—Cariño, es Melissa. Jonathan está en el parking de Westpoint. Una mujer le quiso disparar, intervino un chico y el arma se disparó en un forcejeo. La chica ha muerto. Estaba llorando y Jonathan le llamó para pedirle ayuda.

—Dios… Tengo que ir inmediatamente allí… —Larry salió de la cama casi como activado por un resorte. Faith se fijó en las piernas largas de Larry, enfundadas en un pantalón de pijama color negro. Cómo odiaba que Larry le dejara sola, y sobre todo a esas horas… Pero pensó que se trataba de Melissa y Jonathan. No podía salir porque los niños estaban en casa, pero al día siguiente visitaría a Melissa en el loft. La cosa era seria.

—Llámame en cuanto sepas algo, por favor. —Larry se vistió en cuestión de segundos. Se inclinó sobre Faith y la besó en los labios.

—Luego te llamo. Vuélvete a dormir, cielo. Vendré lo antes que pueda, pero me espera una noche larga… —Faith suspiró. No creyó que pudiera volver a dormirse con esa noticia y sin Larry a su lado.

****

00:50. Comisaria de Nueva York

Los vasos de café iban y venían. Todos estaban cansados. Jonathan, Carter, Larry. En Nueva York eso no era una novedad. Larry ya estaba acostumbrado a cosas así. Solo sintió que esta vez Jonathan estuviera involucrado.

Tomaron declaración a Carter y a Jonathan. Jonathan contó que Shannon le había amenazado con hacer público unos vídeos donde tenían sexo cuando fueron pareja. Que se los iba a enseñar a Melissa si no quedaba con ella para hablar. Previamente Jonathan había pedido ir al servicio solo para tirar por el inodoro el cheque. Cubierto de agua y hecho trozos, Jonathan había tirado de la cadena. Una prueba menos. Contó todo lo que había pasado hasta la aparición de Carter y la muerte de Shannon. Carter, por su parte, contó que había ido al cine para ver una película erótica. Tenía el ticket como prueba, y había salido al terminar la película, a las doce de la noche. Dijo que atravesó el parking para irse en su coche, cuando vio lo que estaba pasando y decidió intervenir. La historia era limpia.

Carter se había cuidado de comprar la entrada y entrar en el cine, para salir a la hora señalada y meterse de lleno en la escena, pero eso nadie lo sabía ni lo sospechaba. Ni siquiera nadie sabía que él y Shannon habían sido novios. Carter solía ser discreto y no se dejaba ni

hacer fotos. No había manera de relacionarlos. En la ciudad actuaban como compañeros de trabajo, y en el barrio de Shannon la gente iba a lo suyo y él siempre procuraba que no le vieran con ella. Casi siempre se quedaban dentro de casa.

Una ambulancia se llevó el cuerpo de Shannon. Se hicieron los partes. En un momento dado, Carter y Jonathan se sentaron juntos en una sala despacho mientras Larry hacía papeleo. Los dos hermanos estaban juntos después de años. Hablaron. Jonathan no paraba de darle las gracias, sentía que le debía la vida a aquel chico, aunque él parecía modesto y tranquilo, como si no tuviera importancia lo que había hecho. Pero para Jonathan había sido su salvador, casi como Melissa, que le había sacado de la silla de ruedas y le había dado sentido a su vida.

—¡Jonathan! —Una voz de mujer hizo que Carter y Jonathan giraran sus cabezas y miraran a la puerta. No era Larry. Era Melissa. Ojerosa, nerviosa, preocupada y con los ojos hinchados de haber llorado. Tenía el pelo revuelto, llevaba un abrigo rosa, vaqueros y botines. Se había arreglado a todo correr. No había podido evitarlo y se había presentado en la comisaria.

—Melissa, cariño… —Jonathan se puso en pie. Melissa se lanzó a Jonathan, abrazándole y echándose a llorar. Jonathan la apretó contra él.

—No podía quedarme en casa, lo siento. He dejado a Daniel avisado de que no abra la puerta a nadie y le he dicho que nos llame si necesita algo. Siento haberle dejado solo en casa, pero no quería traerle a este horror y tampoco podía quedarme en casa… Larry me ha contado todo… Casi te matan. —Sollozaba. Estaba muy nerviosa. No le parecía bien que Daniel estuviera solo en casa de madrugada, pero no podía culpar a Melissa. Él hubiera hecho lo mismo.

—Cielo, estoy aquí, no ha pasado nada. Carter me salvó la vida. Gracias a él estoy bien. —Jonathan cogió la cara de Melissa entre sus manos, le sonrió dulcemente y le besó en los labios. Carter sintió que algo se le retorcía por dentro. Pero su cara no expresaba ningún sentimiento. Parecía impasible—. Cariño, este es Carter Thornton. Quitó la pistola a Shannon, de no haber sido por su intervención, quizá, ahora estaría muerto… —Melissa se volvió hacia Carter, que la miraba atento. Se limpió las lágrimas con el dorso.

—Señor Thornton, muchísimas gracias por lo que ha hecho, ha salvado a mi marido… —Melissa cogió la mano de Carter entre las suyas y la apretó dulcemente en señal de agradecimiento. Estaba muy emocionada—. Siento que le haya traído problemas este incidente… Pero cuente con nosotros para lo que quiera, por favor. Nuestra casa siempre estará abierta para usted.

—No ha sido nada, por favor… Era mi deber actuar. Somos seres

humanos, no podía mirar a otro lado. Pero gracias por su ofrecimiento, Melissa. —Carter sonaba educado, amable y encantador. En ese momento entró Larry. Llevaba papeles en la mano y al entrar vio a Carter y Melissa cogiéndose las manos. Sonrió un poco. Ciertamente, de no haber sido por Carter, Jonathan podría haber muerto. No era de extrañar que Melissa se mostrara tan agradecida.

—Siento interrumpir —dijo mientras rodeaba su mesa y se sentaba —. Bueno, ya están los partes en orden. Ahora debo informaros de que habrá un pequeño juicio en los próximos días. Se ha informado al juez, ha habido una muerte y la cosa es grave. Pero está bastante claro que ha sido un accidente. No os preocupéis, es un trámite más.

—Siento traerle tanta complicación, Carter —dijo Jonathan con gesto preocupado dirigiéndose a él.

—No pasa nada, de verdad, me alegro de haberle ayudado, y lo volvería a hacer. —Carter sonrió apretando los labios hacia dentro en un gesto de ¿afecto? Jonathan, entonces, no pudo resistirse y abrazó a Carter. Era casi un desconocido, pero tras hablar un rato, le gustaba aquel hombre educado y tranquilo. Y encima un valiente que le había salvado la vida.

—Gracias, Carter… gracias. —Carter sonrió y palmeó la espalda de Jonathan. Nadie podía ver su verdadero interior, donde deseaba haber apuñalado a Jonathan aprovechando ese abrazo.

****

Días después se celebró el juicio. Carter quedó absuelto. La historia era limpia y nadie salió con cargos. Del verdadero vídeo que había en el móvil de Jonathan no se supo nada. Lo comprobaron y vieron que la historia de Jonathan era cierta. Todo coincidía. El registro de la llamada a Shannon, la fecha, la hora. Y la nota que Shannon había escrito. Al juicio asistió Melissa enfundada en un traje de chaqueta oscuro y pañuelo blanco al cuello. Al salir, del brazo de Jonathan, ya relajada porque todo hubiera terminado, Carter los acompañaba, impecable, con un traje azul marino y un abrigo negro semilargo. Hablaron y Carter quedó invitado para comer en casa de los Hamilton. Iban a hacer una comida de celebración y Carter no podía faltar. Él aceptó la invitación, agradecido.

Melissa preparó pasteles, tarta, cordero asado, ensalada de gambas y crema de marisco. Mientras ella daba una horneada más a los pasteles, Carter y Jonathan charlaban tranquilos en el sofá del salón, bebiendo una copita de vino.

—Así que estuve trabajando años para esa firma, pero los horarios son una locura… Casi no tengo tiempo para mí… Estaba pensando en buscar otro trabajo. De contable, pero con un poco menos de horas. —

Carter comentaba con las piernas cruzadas, relajado. Jonathan le escuchaba atento.

—Entiendo. Los horarios en esta ciudad son una locura. Yo mismamente también hay días que no paro. Un contable personal a modo de secretario me vendría genial. Así no tendría que ir al despacho tanto, y podríamos quedar aquí para revisar papeleo y tener alguna reunión, presentación de cuentas y demás. ¿Te parecería bien trabajar para mí, Carter? —Ya después del juicio habían decidido tutearse.

—Pues, sinceramente, sí. —Sonrió—. Es una oferta tentadora y me viene bien en este momento.

—Pues entonces ya está hecho. De lunes a viernes, de nueve a dos, y para reuniones puedes venir aquí y miramos las cuentas y demás, así puedo irme del despacho un par de horas antes los viernes. El contable que tengo ahora se alarga demasiado… Honestamente, estaba pensando en buscarme alguien más eficiente y con más agilidad.

—Pues yo puedo garantizar eso. Los números se me dan muy bien y mis reuniones duran media hora. Presentación de cuentas, gastos, ingresos, porcentajes de…

—¡Perfecto! Brindemos pues por nuestra nueva empresa. —Jonathan alzó la copa y Carter hizo lo mismo. Brindaron y bebieron. Carter no podía estar más satisfecho.

Ya estaba dentro.

+ +

Los días sucesivos a la muerte de Shannon, ni Jonathan ni Melissa estaban tranquilos. No querían que Daniel notara nada, y no le habían contado lo sucedido para que no se impresionara. Le dejaron muchas tardes al cuidado de Roser, la niñera. Una señora de cincuenta años, dulce y amable que adoraba a Daniel y era su canguro puntual. A la salida del colegio, Roser había llevado varios días al McDonald's a Daniel y a Rory. Allí jugaban mucho, merendaban y salían fuera a la pista de patinaje sobre ruedas y monopatín. Rory enseñaba a Daniel a usar el monopatín y el niño estaba entretenido. Melissa prefería que Daniel estuviera ajeno a los problemas y, sobre todo, que no le viera triste ni preocupada.

Esos días, Melissa y Jonathan solían pasarse horas abrazados en la cama, a veces sin decir nada, pero hirviéndoles la mente de pensamientos y preocupaciones. Otras veces se tumbaban de perfil, mirándose, acariciándose la cara, simplemente disfrutando de estar juntos y a salvo. Disfrutando esa tranquilidad y soledad de tenerse el uno al otro. Jonathan había estado a punto de morir, y Melissa quería

absorber cada momento con él. Ahora Melissa tenía casi el mismo miedo que Jonathan. Miedo a perderle. Quizá también ella necesitara esas pastillas que Brian le había recetado a su marido.

En los momentos más inoportunos del día se encontraba inmersa en nuevos pensamientos negativos. Primero, el casi atropello a Daniel, luego el intento de asesinato de Shannon. ¿De verdad iba a matarle o solo iba a intimidarle? Melissa le daba mil vueltas al asunto sin llegar nunca a ninguna conclusión. ¿Habría Shannon disparado? No podía saberse. Y eso traía revuelta a Melissa, que empezó a pensar que sus vidas estaban en peligro. Quizá necesitaban una vida más tranquila y anónima, y en una ciudad no tan caótica como Nueva York. Pero ahí estaba la vida de Jonathan, su trabajo, y también la de Daniel, con su colegio y sus amigos. Se sentía egoísta, por un lado, por desear arrancarles de ese entorno y embarcarlos en otra nueva vida que solo Dios sabía si les haría felices.

Melissa, a espaldas de Jonathan, empezó a tomar alguna de sus pastillas. En el baño, de madrugada, a puerta cerrada. Ahora Jonathan ya no escondía las pastillas. Las tenía en un botecito, en el baño, dentro del armarito del espejo. Había tantas que Jonathan no notaría que le faltaba alguna. Melissa tragaba la pastilla y miraba su reflejo en el espejo. Se veía cansada, preocupada. Cuando Jonathan había estado paralítico, no se encontraba tan cansada ni tan hecha polvo, y eso que la incertidumbre también la atenazaba. Se suponía que la vida en Nueva York sería estupenda. Se suponía que ahora estaban todos juntos y Jonathan podía andar, deberían tener una vida perfecta. Pero no parecía estar siendo así. Melissa empezó a pensar que Nueva York era letal para ellos. Que algo pasaba en esa ciudad que hacía que su familia estuviera siempre en peligro. Intentó quitarse ese pensamiento, achacarlo todo a los nervios, y creer que era una paranoia. Pero su miedo no se iba. Cada día crecía más. Y aún no habían pasado el resto de incidentes que lo justificarían plenamente.

****

Roser no sabía que aquel empleado del McDonald's era un peligro. Era demasiado educado y simpático para sospechar nada de él. Y trataba a Daniel con mucho cariño, hasta regalándole a escondidas los coches que esa semana habían sacado con el Happy Meal. También le invitaba a algún helado. Daniel era un cliente muy habitual y Denny se ganaba su confianza con cada día nuevo. Últimamente no le veía con sus padres, solo con esa señora rubia que a veces se quedaba leyendo la novela un poco ajena a los juegos de Daniel.

—Hola, Dan. —Sonrió Denny, mostrándole un helado de nata coronado con sirope de chocolate. Había salido en su hora de descanso

a la zona de juegos cerca del parque. Había una gran pista circular de cemento donde algunos niños jugaban con los patines y monopatines. A unos escasos metros, bancos de madera, farolas, zona de juegos con toboganes, columpios, y el parque, lleno de árboles, pradera verde y paseos de asfalto donde la gente caminaba con sus perros, hacía footing y disfrutaba de paseos en pareja o con amigos. Daniel estaba sentado en un banco cerca de la pista de patinaje atándose las zapatillas mientras Rory daba vueltas con el monopatín a unos metros. Denny sonrió.

Daniel alzó la vista. Era su amigo Denny.

—Hola, Denny —dijo alegre.

—Hola, Dan, mira lo que te traigo, chaval… Secreto nuestro. —Le guiñó el ojo derecho. Daniel cogió el helado con una sonrisa.

—Gracias, Denny. ¿Ya sales?

—No, es mi rato de descanso. ¿Te importa que me siente contigo un rato?

—Que va, para nada. —Denny se sentó al lado de Daniel.

—¿Dónde está Roser?

—Creo que ha ido al baño —dijo Daniel despreocupado, lamiendo el sirope encantado.

—¿Qué tal todo, Dan? Últimamente no veo a tus padres…

—Sí, pero es que están ocupados. Mamá dice que ayuda a papá con cosas del trabajo. Y supongo que también necesitan su tiempo a solas, pero no me molesta… Han estado mucho tiempo separados.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Bueno, mamá me contó que se conocieron de adolescentes, pero que la abuela los separó. Mamá me prometió que un día estaríamos juntos los tres. Ella fue quién sacó a papá de esa silla de ruedas.

—Vaya, menuda historia… Qué bonita… Supongo que tus padres se quieren mucho y son muy felices ahora…

—Yo creo que sí… pero a veces papá parece cansado y como preocupado. A mí no me cuentan nada, pero creo que le pasa algo… Quizá fue por eso de la moto…

—¿Qué moto? —Denny fingió sorpresa.

—Una que casi me atropella una noche… Papá me salvó. Luego llamaron a Larry… Es amigo de mis padres y policía, y le contaron lo que pasó. Pero no se supo nada.

—Vaya, sí que lo siento, Dan… Me alegro que no te pasara nada. —Denny dio un abrazo a Daniel. Apretándole contra él durante unos segundos—. Oye, y supongo que desde entonces te darán miedo las motos…

—Pues no, me siguen gustando bastante…

—Pues entonces te gustará saber un par de sorpresas que tengo para ti. Aunque no sé si debería decírtelo… Si se supone que son

sorpresas no debería…

—¡Por favor, Denny! ¡Cuéntamelo! —Daniel le cogió de la manga de la chaqueta y tiró.

—Vale, vale, está bien. —Sonrió alzando las manos—. La semana que viene van a dar una colección de motos. De Carlee Dangrich, el piloto. —Daniel abrió los ojos como platos.

—¡Me encanta Dangrich! ¿En serio?

—En serio, pero no digas nada, es un secreto. Quizá te consiga tres modelos para ti solito… —Denny le guiñó un ojo—. Y otra cosa, ¿te gustaría dar un paseo en moto?

—¡Waow! Denny, ¡sí! ¡Claro que sí! Me chiflan las motos. Papá no tiene ninguna, solo coches, aunque dice que sabe montar en moto. Me gustaría mucho subirme a una… Pero no creo que mis padres me dejen, y mucho menos Roser. —Daniel puso los ojos en blanco.

—Bueno, somos colegas, ¿no? Y los colegas tienen secretos…

—Vale, pero, ¿cómo voy a hacer para que no sepan que me he ido contigo en la moto?

—Fácil. Primero, no diciendo nada de esa escapada. Y segundo, diciéndole a Roser que tienes que ir al baño.

—Pero eso no me llevaría más de diez minutos. Si ve que tardo, vendrá a buscarme y me meteré en un lío…

—Suficiente para un rodeo. Mi moto va muy rápido. Te aseguro que en diez o quince minutos quedarás satisfecho…

—Y con ganas de más, eso seguro. —Denny carcajeó.

—Bueno, esta es la primera vez. La de prueba, como digo yo. Te traeré un casco para ti y nos dará tiempo a un rodeo y que Roser no se dé cuenta, ¿vale?

—Vale. —Sonrió Daniel ilusionado—. ¿Cuándo será?

—¿Te parece bien dentro de un par de semanas? ¿El miércoles? Sobre las cinco y media.

—Vale, me va bien. ¡Tengo ganas de que llegue el miércoles!

—Tranquilo Dan, será una experiencia increíble, ya verás qué bien. —Denny se levantó del banco. Roser ya venía a lo lejos—. Bueno colega, vuelvo al curro. Y ya sabes, de esto ni una palabra, ¿vale?

—Vale, hasta luego Denny. —Daniel estaba muy animado.

—¡Hasta luego! —Denny le guiñó un ojo y se despidió con la mano. Volvió dentro del burger. Su plan ya estaba en marcha. Había convencido al niño. Ahora solo tendría que salir con él por un lateral, en una zona que daba casi a un callejón y que conectaba con la carretera, una donde no había mucho tránsito. Ese día trabajaba hasta las ocho. Tenía una hora de descanso. En esa hora aprovecharía para montar a Daniel en la moto y llevárselo al bosque aquel que había descubierto un día paseando con la moto. Era un bosque lleno de árboles, con algún pequeño lago y unas alcantarillas hechas de tubos

anchos de un metro y medio de diámetro. El sitio perfecto para dejarlo tirado una vez estuviera muerto. Le metería dentro, pero solo a medias, para que le encontrara pronto alguien que paseara por allí y diera la alarma a la policía. Cuando Jonathan llegara a la escena y viera a su hijo muerto, dentro de un tubo de alcantarilla, querría morirse. Su dolor sería infinito, lacerante y horrible. Justo como Denny lo sintió el día que murió su padre.

****

—¿Jules? —Melissa entornó los ojos. Había mucha luz. Era un sol grande y dorado. Cuando sus ojos se acostumbraron, vio que era su amigo. La miraba con gesto preocupado. Jules estaba frente a ella, apoyado sobre una barandilla de bambú que daba a un prado verde. Claro que era Jules. Seguía con su look de siempre. Vestido de negro, con su eterno pelo largo y brillante, oscuro, en contraste con su piel de porcelana.

—Mel… Las cosas no andan bien, ¿verdad?

—Me temo que no… —Melissa suspiró, con gesto triste. Se apoyó en la baranda, con Jules al lado, que le miraba con cierta compasión —. Han pasado cosas desde que nos mudamos al loft. En Hamilton House había más tranquilidad, y eso que Jonathan estaba en esa silla y las cosas no eran fáciles…

—Ponte mi colgante. Llévalo, por favor. Te protegerá. Ahora lo necesitas más que nunca.

—Oh sí, lo tengo. El de Embry. Guardado en una bolsita roja.

—Póntelo. —Jules le miraba preocupado. Parecía que quisiera decir algo y no se atreviera por miedo.

—¿Qué pasa, Jules?

—No puedo decírtelo. Pero estás en peligro. Alguien cercano a ti quiere hacerte daño. Tenéis que iros de Nueva York.

—Eso mismo estaba pensando yo desde hace días. Siento que esta ciudad no es segura…

—Pues haz caso a tu instinto.

—Hacia mucho que no te veía… ¿por qué ahora?

—Supongo que no me echabas de menos. No pensabas en mí. Jonathan es tu amor verdadero, él lo eclipsa todo. Aunque yo siempre te quise… Deseaba que me amaras a mí con esa misma intensidad, pero sabía que era imposible…

—Oh, Jules… —Melissa abrazó a su amigo. Era reconfortante sentirle, olerle. Pero entonces, cuando Melissa le abrazaba, y cerró los ojos para sentir su cariño, sintió que Jules desaparecía, y que ella, sin nada a lo que agarrarse, caía de bruces hacia delante. Quiso gritar, pero no pudo. Se despertó justo cuando caía hacia delante y su golpe

contra el suelo era inminente. Melissa se sobresaltó. Sintió vértigo de ver que caía. ¿Qué había significado aquello? ¿Y por qué Jules insistía con lo del amuleto de Embry? Jonathan dormía a su lado. No quería despertarle. Se levantó sigilosa y fue a la habitación contigua donde estaba el gran vestidor. Melissa dio la luz. Vio sus vestidos colgados, los zapatos, todo como una estrella de cine, y la pareció demasiado. Y que ciertamente ese lujo no daba la felicidad. Somnolienta, fue hacia un maletín redondo de piel y lo abrió. Era su joyero. En un compartimento había una bolsita de tela color rojo. La abrió y sacó una cadena de plata con un colgante de un dios egipcio sentado en su trono y con un cetro. Sonrió al pensar en Jules. Le sacó brillo con un pequeño paño especial para plata y se lo colgó. Quizá fueran paranoias, pero sintió que al tener contacto con su piel, una extraña energía la invadía. Suspiró.

—Oh Jules… Ojalá esto funcione…

****

Pasaron tres días. Melissa no había comentado nada sobre su sueño con Jules. Quizá Jonathan no lo entendería y no quería cargar más el ambiente con estrés añadido. Pero lo cierto era que no quería sacar el tema de Jules. Cuando conoció al marido de Faith, Larry, y vio que era el gemelo de Jules, casi se desmayó. Un mareo la invadió, y unas ligeras náuseas. Había sabido anteriormente, por Faith, que Larry tuvo un hermano gemelo llamado Jules y que había muerto con la moto un día que se disponía a ir a Ohio. De eso Melissa no sabía nada. ¿Así que había sido por ella? Lo lamentó mucho y se sintió fatal. Cuando Faith le contó eso, Melissa se acordó de Jules y de cuando le había hablado de su hermano gemelo Larry, que iba a ser policía. ¿Cómo podía ser esa macabra coincidencia? Melissa no quiso revelar que ella era la chica a quién Jules iba a ver. Sabía que podían culparla, aunque ella no tuviera la culpa y ellos en el fondo lo supieran. Dirían «si no la hubiera conocido, él no habría salido ese día con la moto». Así que decidió callar. Cuando conoció a Larry en persona, intentó guardar la compostura para no desmayarse ahí mismo. Era duro tener a Larry delante, pues era como tener a Jules, y él ya no estaba, pero estar con Larry era como estar con Jules, pero sin ser Jules. Todo era muy raro, pero Melissa al final se acostumbró. Faith era su mejor amiga, y Larry y Jonathan también se llevaban muy bien. No quería estropearlo todo por contar que ella y Jules habían sido amigos íntimos.

Así que calló lo del sueño. Como también calló su miedo y sus ganas de irse de Nueva York. Simplemente, no quería preocupar. Prefería pensar que todo se arreglaría y que no pasaría nada más.

Entonces, como caído del cielo, Brian le llamó por teléfono para

charlar, preguntar cómo estaba y quedar. Fue un momento perfecto. Parecía que Brian la hubiera leído la mente. Melissa le contó todo. Incluso lo de Jules. Necesitaba desahogarse y hablar con alguien. Brian fue un gran consuelo. La dio fuerza y la habló con dulzura, mostrando apoyo y comprensión. La invitó a comer en un restaurante italiano, Adagio. Melissa aceptó la invitación. A la una y media, allí estaba con Brian. Los dos sentados en una mesa con mantel blanco, cerca de los ventanales de cristal que mostraban la calle, llena de transeúntes. Pidieron pasta, ensalada y vino.

—Cielo, ¿por qué no me llamaste para hablar? Sabes que puedes confiar en mí. —Brian le miró con ojos llenos de dulzura y preocupación. Melissa se sentía rara. Triste y confundida por confiar más en Brian que en Jonathan. Se suponía que Jonathan era su alma gemela. Que se lo contarían todo, que confiarían el uno en el otro. Y sin embargo, Jonathan había recurrido a Brian a espaldas de ella para contarle sus preocupaciones y no le había dicho lo de las pastillas. Ni lo de que había matado a ese chico para defender a Shannon. Había mentido a la policía por Jonathan. Eso sí que no se lo contó a Brian. Era demasiado fuerte, y era de esas cosas que no podían salir a la luz. Sentía que había una especie de pared que separaba a Jonathan de ella. Una pared donde la confianza no era total y donde había secretos. Melissa se sintió descorazonada. Como si hubiera una grieta en el amor que tenía con Jonathan. Y solo llevaban casados tres meses.

—No sé, no quería preocupar a nadie… Siempre he sido de callarme las cosas, supongo… —dijo con voz mustia.

—Pues haces mal. Eso te reventará por dentro. Soy tu médico, pero, lo primero, tu amigo. Lo que me cuentes, quedará entre nosotros. Lo sabes ¿verdad?

—Sí, Brian. Pero es que no sé… Me siento rara… creo que no soy feliz en esta ciudad… Creí que al mudarnos aquí, con Jonathan sano, todo iría bien. Pero siento que no es así, que nada va bien y que esta ciudad nos da mala suerte… —Brian sonrió, estiró el brazo y tocó la mano de Melissa, suave, con las uñas largas pintadas de rosa claro. Era hermosa y tenía estilo aun cuando parecía que estaba sumida en la más honda depresión. Incluso entonces, sacaba fuerzas para vestirse bien y lucir coqueta.

—Melissa, estás afectada por los acontecimientos y es natural. Lo del atropello, lo de la ex de Jonathan… todo en tan poco tiempo… Cielo, es normal que te sientas desubicada, pero pasará, ya verás. ¿Por qué no sales a cenar con Jony? ¿O a bailar o ver un teatro o un cine? Creo que os vendría bien salir un poco y hacer actividades positivas. Dan podría quedarse en casa de Rory a dormir, y tú y Jonathan tendríais la noche libre. ¿Qué te parece?

—Sí, supongo… pero es que siento que Jonathan no confió en mí. Que me ocultó cosas… Fue a verte, y no me dijo nada, y…

—Y tú también estás aquí conmigo ¿y le vas a decir algo sobre esto que me cuentas, sobre esas preocupaciones? —Brian la interrumpió antes de que Melissa hablara más. Con esas palabras le cortó en seco. Le miró con cariño, y ella le devolvió una mirada un tanto triste. Negó con la cabeza como derrotada—. Entonces has hecho igual que Jonathan. Puedes entenderle. Él también lo hizo para no preocuparte, porque te quiere. Igual que haces tú. Melissa, no siempre contamos todo. Las personas siempre nos guardamos una parte para nosotros. Algo que no queremos contar por miedo, o vergüenza… Eso de que las mejores parejas se lo cuentan todo, es una utopía. Pero lo que sí es cierto es que Jonathan te ama de una manera sobrehumana. Cómo habla de ti, sus gestos… Lo he observado todo y te juro que no he visto a nadie tan enamorado. Por favor, no le mires con otros ojos… Así es como destruiríais vuestro amor.

—Gracias, Brian. —Melissa sonrió un poco y apretó la mano de Brian—. Te agradezco mucho que estés conmigo en un momento así. Y que me cuentes todo esto. —Suspiró.

—No hay que agradecer. Sabes que te quiero, y me hace feliz verte bien. Venga, ahora comamos, esta pasta tiene una pinta buenísima. —Le guiñó un ojo. Melissa sonrió y pinchó los tallarines con carne picada y tomate en el tenedor. Se sentía bien con Brian. Era un buen hombre y siempre la había apoyado. Es verdad, había juzgado mal a Jonathan. Cuando le viera, al salir él del trabajo, le abrazaría y le animaría para que salieran juntos. Estaban dando un musical japonés en el Lincoln Center, todo con efectos de luz, en plan romántico. Melissa ya pensó en qué ropa ponerse, y lo dichosa que se sentiría al ir de la mano de Jonathan a tal espectáculo. Eso le animó, y la nube gris pareció desaparecer.

—Y por cierto, yo creo en lo sobrenatural. Lo de tu colgante de Embry no me parece para nada una locura. Me alegro de que me lo contaras. —Brian dio un sorbo a su copa de vino. Melissa llevaba el colgante en plata de Embry. Colgaba sobre su jersey rojo de cuello alto. Melissa sonrió un poco. Tocó y acarició el colgante.

—Sabía que podía contártelo. Una vez en tu casa me dijiste que te gustaban estos temas.

—Y me gustan. Leo cosas sobre ello para aprender, y leí que los muertos se comunican con los vivos a través del sueño. Estoy seguro de que era tu amigo, aunque su mensaje resultó algo siniestro…

—Sí… Me puso en aviso… ¿Quién crees que podría ser esa persona cercana a mí que quiere hacerme daño?

—No tengo ni idea, Mel. Te aseguro que yo no… —Melissa chasqueó la lengua.

—Lo sé, Brian… No sé… Como personas cercanas están Larry, Faith, tú… bueno, y Carter.

—¿Y de quién sospechas?

—De nadie… No veo a nadie como para que quiera hacerme daño. No le veo sentido. ¿Qué motivo podrían tener? Todos me parecen buena gente.

—Gracias por la parte que me toca —dijo Brian divertido. Melissa le sonrió.

—De nada… Bueno, a Carter le conocemos de poco tiempo. Parece buena persona, aunque a veces parece como si sus ojos ocultaran algo que no dice. Pero no sé, salvó la vida de Jonathan.

—Efectivamente. Aunque bueno, nunca se puede saber… Los mejores asesinos parecían tíos normales. Recuerda a Ted Bundy, guapo y encantador. Quién diría que se ocultaba un sádico asesino en él…

—Cierto… —Melissa pareció pensativa por un momento. ¿Carter? ¿Podía ser que aquel chico bien parecido de ojos claros y pelo semi ondulado fuera la amenaza? Compararle con Ted Bundy era gracioso. Se parecían un poco, pero Carter era más atractivo y alto. Quizá las palabras de Jules querían decir otra cosa. ¿Pero cómo saberlo? Todo era muy confuso.

Una vez hubieron comido, Brian y Melissa se dispusieron a marcharse. El postre de tarta de tiramisú les había dejado llenos. Al salir de Adagio, tomarían el autobús. A veces llevar el coche propio en una ciudad con tanto tráfico era peor que tomar el transporte público. A unas escasas manzanas había una parada de autobús. Brian y Melissa anduvieron bajando la calle hacia la parada. Estaba abarrotada de gente. Habría lo menos quince personas, formando bulto, cada uno queriendo coger el mejor sitio para subir cuanto antes al autobús.

—¡Corre! Creo que ya viene. —Melissa echó a correr súbitamente. Los tacones de sus botines negros repiqueteaban en el suelo. Había dejado atrás a Brian, que se quedó parado por un momento y ladeó la cabeza para ver si venía el autobús. Efectivamente, el bus dobló una esquina y se aproximaba a la parada con cierta velocidad. Vio a Melissa metida entre el grupo de gente, agitando el brazo para que Brian corriera. Todavía no entendía cómo se había ido de su lado corriendo como una niña pequeña tras un globo al viento. Meneó la cabeza con una pequeña sonrisa y fue hacia el grupo de gente. El autobús ya se aproximaba. Entonces pasó. Otra vez, otro suceso. De esos que no se olvidaban. De esos que te traumaban por días y que hacían que se diera parte a la policía, se bebieran tilas y se masticaran ansiolíticos. De esos que quitaban el sueño y marcaban canas nuevas. Porque era un nuevo incidente.

Había conseguido ponerse la primera, al borde de la acera, con las puntas de sus botas saliendo hacia fuera y apuntando a la carretera, ya lista para coger el autobús y encontrar un buen asiento para ella y Brian. Pero de repente, Melissa sintió un golpe seco pero fuerte en la espalda. Y un dolor como una descarga eléctrica o algo parecido. Y pasó como en su sueño. Como cuando estaba apoyada en Jules y él desapareció. Y cayó hacia delante, directa al suelo, pero despertó. Solo que esta vez cayó de verdad hacia delante, sin tiempo para reaccionar, sin nadie que le cogiera. Y esta vez no era un sueño. Era real y la caída era real. Melissa gritó, empujada a la calzada. Y el autobús echándose encima. Se preparó para morir. ¿Dolería ser atropellada? Solo pensó dos cosas. «Adiós Jonathan. Adiós Daniel. Lo siento». Brian gritó también. Y el tiempo pareció pararse.

Capítulo 16

Faith se había pintado las uñas de negro. Llevaba un vestido negro transparente, de lencería. Atado al cuello, con la espalda al aire. La falda larga. No quedaba mucho para la imaginación. Pelo suelto y ondulado. Unos tacones negros peep toe, de Manolo B, cortesía de su marido. Seiscientos dólares. Pero no era nada para complacer a su princesa. Larry había tenido suerte. Faith era una belleza y una mujer increíble. Responsable, dulce, cariñosa, inteligente. Una buena esposa y amiga. Y también compartía gustos con él. La gustaba el mundo gótico, la literatura de Poe e Irving, los clásicos de la Hammer y la Universal. No por nada Larry y Faith se habían casado la noche del diablo, el treinta de octubre. Larry sabía que quería pasar el resto de su vida con Faith, que era su alma gemela y podía compartir con ella todos sus gustos porque también eran los de ella. Alguna gente le había tildado de raro y demente por su gusto por lo oscuro, pero Faith le entendía y respondía con la misma pasión. Para ella era una delicia hacer el amor en una cama de sábanas negras rodeada de cortinas rojas de terciopelo, poner velas y música gótica mientras lo hacían, o pintarse las uñas de negro los dos y estar cogidos de la mano durante horas. Ciertamente Faith era su alma gemela… No se imaginaba la vida sin ella.

Por eso entendía a Jonathan, que multitud de veces le había dicho que, si se quedaba otra vez sin Melissa, se moriría de pena. Ni siquiera tener a Daniel le calmaría. Palabras duras, pero ciertas, y salidas de su corazón. Si Melissa era su alma gemela, la vida sin ella sería horrible. Esos momentos que compartían ya desaparecerían y dejarían un dolor y un vacío eternos en su alma. Nadie podría llenar ese vacío. Larry se ponía en la situación de Jonathan. Y no le gustaba. Presentía que su

amigo no estaba a salvo. Era famoso, deseado y odiado, y encima había sido un canalla. Era el blanco perfecto para la ira.

Se alegraba de ser un policía con una vida normal y, aunque también había sido discretamente famoso por sus actos heroicos que salvaron vidas, no llevaba una diana pintada en el pecho. No había cabreado a nadie. No había sido un canalla. No había hecho daño deliberadamente. Sin embargo, Jonathan sí. Lo de su novia Shannon había dejado helados a Faith y a él. Gracias a Dios que ellos no tenían esos lastres en sus vidas.

Y en ese día libre, Larry, tras reflexionar mucho sobre la vida de Melissa y Jonathan, saboreó aún con más gusto y placer sus momentos con Faith. Quería absorber cada segundo con ella. Jonathan le había hablado tanto de su miedo a perder a su esposa que contagió un poco a Larry con ese mismo miedo. Pero ahora estaban solos en casa. Los niños no vendrían a casa hasta las cinco. Los traería Doreen, la niñera. Eran las dos y media, y Faith y él aprovechaban esas horas a solas. Primero había sido Faith quién le picó. Se untó sirope de chocolate en el cuello, terso y dulce por el aroma a perfume. Con una sonrisa pícara invitó a Larry a que la besara y mordiera. En su intimidad, se creían vampiros. En la cocina, Larry sonrió, vestido con una camisa blanca ajustada y pantalones negros que le remarcaban sus increíbles piernas largas y esbeltas. Se había cortado el pelo hacía poco. El corte de toda la vida, nuca despejada y el pelo hacia atrás haciendo unas ligeras ondas en el casco del cráneo. El pelo negro brillaba como el azabache. Larry tenía la camisa abierta hasta el pecho. Su cuello largo, esbelto y blanco como la porcelana despertó el deseo de Faith, que se lanzó a él, lo besó, mordió y succionó, mientras con una mano se agarraba a su espalda y apretaba su piel enfundada en la tela blanca. Larry se estremeció de gusto al sentir las uñas largas de Faith presionarle. Con la otra mano, Faith le bajó la cremallera del pantalón y, ronroneando, metió la pequeña mano. Tocó a Larry en su intimidad, mientras le succionaba el cuello y le mordía el lóbulo de la oreja. Larry gimió, cerró los ojos, loco de deseo, y actuó como una fiera, algo que gustaba a Faith.

De repente la agarró de los brazos y le dio la vuelta. Ella exclamó, divertida, con una sonrisa en los labios. La empujó contra la encimera de la mesa, donde estaba el platito pequeño de porcelana con resto de sirope del pastelito que se había comido hacía unos minutos. El vientre de Faith estaba pegado al borde de la encimera. Larry estaba pegado totalmente a su cuerpo y Faith pudo notar que Larry estaba excitadísimo. Su cuerpo no mentía. Sonrió por haberle provocado ese efecto. Era halagador que tu marido te deseara y estuviera listo en cuestión de segundos. Larry fue quién esta vez mordió, chupó y saboreó el cuello de Faith, expuesto y manchado de sirope dulce. A

Faith le daba gusto y sonreía encantada de sentir la lengua húmeda y caliente de Larry, sus labios finos que conocía tan bien. Estiró un poco la mano y se untó la yema del dedo índice de sirope y se pintó los labios con él. Alzó la cabeza para mirar a Larry, más alto que ella, apoyando el casco de la cabeza en el pecho de él. Le miró pícaramente y alargó el brazo, con la mano agarró el cabello negro de Larry y le obligó a inclinarse. Él sonrió y la besó con verdadera pasión, devorándola los labios y untándose él mismo de sirope. Faith también le besaba sin soltarle. Sus lenguas se juntaron y entonces Larry no pudo aguantarlo más. Le iba a reventar el pantalón. Con Faith siempre era así. Era fácil ponerse así con ella, siendo tan sexy y hermosa. Larry le levantó la falda de seda y le rompió las bragas, pequeñas y finas. Faith se rio. Entonces Larry apoyó una mano en la cintura de ella y se metió de lleno en su interior. Faith gimió y clavó las uñas al muslo de Larry, cubierto por el pantalón. Larry gimió, rio, y dio un azote cariño en el trasero de su mujer.

La embistió mientras una mano se metía bajo la pechera del vestido, que, al quedar atado al cuello, hacía como una bolsa en el pecho. Larry cogió un seno de Faith entre su mano larga y suave. Con la otra mano le presionaba el clítoris y Faith empezó a gemir y gritar. La mesa casi temblaba de soportar los movimientos fuertes de Faith y Larry. Él se inclinó un poco y volvió a besar a Faith sin soltarla. Entonces el móvil empezó a sonar. Era el móvil de Larry, que reposaba en la mesa del salón.

—Ni se te ocurra parar. —Jadeó Faith, estirando el brazo para agarrarse al cuello de Larry.

—No tenía intención. —Jadeó él también, sonriendo sobre el cuello de su mujer.

—Bien. —Sonrió ella. Siguieron un rato más. Y el móvil volvió a sonar. Pero Larry y Faith estaban demasiado ocupados. Demasiado para pensar por un momento que se tratara de una emergencia. Una emergencia como Jonathan llamando desesperadamente.

****

Brian sintió que el corazón se le desbocaba. Vio que Melissa se cubría la cabeza con los brazos, tirada en el suelo, esperando el golpe, el destino fatal. La gente gritó. Brian también quiso gritar, pero estaba paralizado de miedo y no le salió ningún sonido. Solo miraba boquiabierto y atenazado de miedo. Porque Melissa iba a morir irremediablemente. Pero no. Simplemente no pasó así. El autobús frenó en seco con un chirrido estridente en el asfalto. Quedó a escasos centímetros del cuerpo de Melissa. Brian no supo ni cómo el autobús había tenido tiempo de frenar. Le pareció un milagro.

Corrió hacia Melissa haciéndose paso entre la gente, a empujones, y ya en la calzada, se agachó hacia ella, mientras el resto de personas se agolpaban curiosas. Algunas quisieron venir a ayudar, pero Brian declinó.

—Soy médico, por favor no se preocupen —dijo jadeante. Aún el corazón le latía desbocado. Melissa estaba en shock, sollozante, agarrándose al colgante de plata con fuerza. Brian le levantó, le sujetó por la cintura y le asió de un brazo. El conductor del autobús se había bajado. Estaba nervioso, jadeante. No era para menos. Si hubiera atropellado a Melissa ya habría tenido problemas para una buena temporada.

—Señorita, ¿se encuentra bien? ¿Pero qué la ha pasado? Por Dios, ¡he estado a punto de matarla! —Melissa pareció reaccionar a la palabra «matarla». Miró horrorizada al conductor como si cayera en la cuenta de algo y se horrorizara más.

—No lo sé… me caí… sentí un latigazo de dolor en la espalda… Lo siento… lo siento… —Se echó a llorar.

—Por favor, debo llevármela. Soy médico, me aseguraré de que está bien y daremos parte a la policía. No se preocupe, usted no ha hecho nada… Gracias por frenar a tiempo. —Brian habló cortésmente. El conductor pareció conforme, pero todavía miraba entre preocupado y extrañado a Melissa, que se le había echado casi encima. Se preguntó si intentaría suicidarse, como hacían esas personas que se tiraban al metro. Brian se alejó con Melissa de los curiosos y la gente que preguntaba y exclamaba con asombro y comentaba el suceso.

—Han querido matarme, Brian… han querido matarme. —Sollozaba.

—Shhh, tranquila, estás bien, Melissa. Y yo estoy aquí contigo, no te va a pasar nada. —Brian la apretó contra su pecho. Parecía frágil, como una niña perdida y llorosa. A Brian se le partió el corazón—. Vamos a mi casa, ¿vale?, allí tengo cosas del hospital y así podré mirarte mejor. En cuanto lleguemos, llamaré a Jonathan para que venga enseguida. No pienso dejarte sola. —Brian pidió un taxi. Metió delicadamente a Melissa, sin soltarle la mano. Ella se aferraba a él con fuerza, y también al amuleto de plata. Al llegar a casa, llamó a Jonathan. Este, en cuanto se enteró del suceso, se alarmó. Era de esperar. Llegaría en diez minutos. Mientras, Brian tendió a Melissa en el sofá. Comprobó que estuviera bien. Le tomó la tensión, comprobó su espalda y curó sus rodillas, un poco despellejadas y con sangre a causa de la caída.

—No te diste ningún golpe, salvo en las rodillas, ¿verdad? —Ella asintió—. Bien, tienes la tensión un poco alta. Voy a inyectarte un Valium, dormirás y después te sentirás mejor. No te preocupes por nada, ¿de acuerdo?

—Pero, Brian, han querido matarme, ¿cómo no voy a preocuparme? —Brian se sentó al lado de Melissa. Le miró con dulzura. Ella le devolvió una mirada preocupada y angustiada.

—Melissa, no creo que haya sido eso. Quizá te dio un latigazo cervical y por eso caíste hacia delante. Cuéntame otra vez qué sentiste.

—Al principio creí que unas manos me empujaban. Pero no. Sentí un golpe seco en la espalda, como un dolor, una descarga… no sé… Y caí hacia delante como impulsada, pero no sé ni cómo…

—¿Crees que alguien te empujó?

—No, no sé…. No sentí unas manos ni un cuerpo que me impulsaran… ¿pero entonces qué pasó?

—Cielo, como te dije, pudo ser un latigazo cervical. Estás muy tensa y quizá te sobrevino de golpe esa descarga que dices. A veces ha pasado. No creo que nadie quisiera hacerte daño.

—¿Estás seguro, Brian?

—Pues claro, cielo. ¿Para qué iban a querer matarte? No tiene sentido. Duerme un poco, ¿vale? Cuando te despiertes estarás mejor.

—De acuerdo… —Melissa empezó a sentirse invadida por el sueño. Se durmió, y Brian la cogió en brazos, depositándola en la cama del cuarto de invitados. Recordó los días que había dormido en su casa, cuando lo del aborto. Se sorprendía muchas veces echándola de menos en casa, ahí, con él. Suspiró. Tapó a Melissa con una manta tras quitarle el calzado y dejarle lo más cómoda posible. Y pensó en lo que había pasado. ¿Qué había pasado realmente?

****

En el salón de la casa de Brian estaban reunidos Larry, Faith y Jonathan. Jonathan había llamado a Larry casi una veintena de veces. Y Larry lo había tenido que coger. Eran demasiadas llamadas para ignorarlas y Faith y él ya no se sentían relajados para seguir sus juegos sexuales. Podía estar pasando algo. Y no se equivocaban. Se quedaron de piedra al saber lo sucedido con Melissa. Por suerte, Doreen, la canguro, estaba con los niños, así que Faith llamó a Doreen para decir que al salir del colegio los llevara al McDonald's y que de paso se llevara también a Daniel. Últimamente la tensión parecía haberse instalado en la vida de los Hamilton. Antes de que Melissa despertara, el grupo había tenido una conversación a espaldas de Melissa. En el sofá sentados. Faith y Larry cogidos de la mano. Ella preocupada y él con el gesto serio de alguien que ya no se fia de nada. Jonathan estaba nervioso y no paraba de beber copas del mueble bar de Brian. El médico, por su parte, parecía el más tranquilo, aunque preocupado también.

—Son demasiadas cosas ya, ¿no crees Larry? —Jonathan paseaba

por el salón como un león enjaulado y nervioso.

—Por un lado tienes razón, pero por otro puede ser circunstancial, Jon. Lo del accidente de la moto pudo no ser intencionado… Lo de Shannon sí, está claro, pero murió.

—Pero puede haber más gente ahí fuera. —Jonathan gesticuló nervioso—. Son demasiadas cosas, y esto ha sido ya demasiado. ¡Melissa podía haber muerto, por Dios!

—Shh, Jonathan, vas a despertarla —protestó Faith. Larry la miró por un instante.

—Sinceramente, yo no vi a nadie empujarla. Había mucha gente y de pronto ella se desplomó hacia delante. Dice que sintió como un dolor repentino, un latigazo… La verdad es que tiene las cervicales bastante inflamadas, fruto de la tensión. Y las lumbares también. Necesita un masaje de un osteópata, para recolocar los músculos y aliviar la tensión. Por lo demás, no veo nada preocupante en su salud —comentó Brian.

—Podría ser un kubotan, también llamado Yawara. —Dijo de pronto Larry. No había hablado mucho, pero su mente no había dejado de bullir. Las miradas de Jonathan, Brian y Faith se posaron en Larry, como si él hubiera dado con la solución al misterio—. Realmente es un arma de autodefensa no más grande que un bolígrafo. Suele ser en forma de tubo alargado, cilíndrico y de metal. Podría pasar casi por un rotulador o un llavero en forma de tubo. Esa arma está basada en el Tenouchi, el Suntetsu y en el Dokko, armas tradicionales japonesas. Se aplica en puntos de presión del cuerpo al que se quiere dañar. Digamos que hace palancas en puntos de dolor y puede inmovilizar y hacer bastante daño. ¿Y si alguien usó el Kubotan para hacer daño a Melissa? —Todo el mundo se quedó en silencio. A nadie se le había ocurrido pensar en eso. Ni siquiera sabían que existiera una cosa llamada así.

—Larry, ¿entonces no fue un accidente? —Jonathan estaba sudando, estaba nervioso, con la corbata quitada y la camisa abierta. El pelo despeinado de tanto mesárselo fruto de los nervios.

—No lo sé, Jonathan… Lo que dice Brian tiene sentido. Como médico, es una teoría buena. Yo te doy la mía como policía…

—Pero, cariño, ¿para qué iban a querer hacer daño a Melissa? Es un cielo de persona. —Faith miró a su marido compungida.

—Para hacer daño a Jonathan. Está muy claro…

—Dios mío… —Jonathan se pasó la palma de la mano por la cara, estresado—. Melissa últimamente no está bien… y yo tampoco, la verdad. Estamos nerviosos, preocupados… Yo he llegado a tomar pastillas, a mentir a Mel para no preocuparla… Desde hace poco parece que nuestra vida aquí es un continuo rosario de problemas. Y ahora esto… —Jonathan estaba muy afectado, casi parecía que fuera a

llorar.

—Jonathan, tranquilo, estoy seguro de que es una mala racha. —Brian se levantó, fue hacia su amigo y le invitó a sentarse y dejar la copa. Jonathan cayó sobre el sofá con un pesado suspiro—. Si pasara algo más, ¿qué habría que hacer, Larry?

—Pues depende de lo que pasara. Habría que investigar, pero si no tenemos nada es como buscar una aguja en un pajar… Podrían usarse medidas preventivas, si acaso poner un guardaespaldas a Melissa, cámaras de vigilancia en casa… Pero hasta ahora han sido accidentes que dudo que se pudieran haber evitado con ayuda de un guardaespaldas y unas pocas cámaras… Desde luego podéis poner una denuncia, contar que Melissa pudo ser empujada…

—Pero no sabemos si lo fue —dijo Brian.

—Es decisión de Jonathan y Melissa, me temo —terció Larry con voz suave.

—No, no, una denuncia no serviría para nada…. Tendremos que dejarlo pasar otra vez, como lo de la moto… ¡Maldita sea!… Voy a ver cómo está Mel…

—Jonathan, espera —dijo Larry—. No le digas nada de esto a Melissa. Que crea que fue un accidente. Que crea lo que dijo Brian. Al menos de momento. No conviene preocuparla, ¿vale? —Jonathan asintió, se levantó, abandonó el salón y fue a la habitación de Melissa. En el salón todos estaban preocupados.

—¿Mel, estás despierta, cariño? —Jonathan susurró. Se sentó en la cama, al lado de Melissa. Estaba despertándose. Rezaba para que no hubiera oído la conversación.

—Jonathan, estás aquí… —Ella, de repente, estiró los brazos y Jonathan se echó sobre ella. Melissa le abrazó. Todavía estaba cansada y medio sedada por el Valium—. Tú eres quien borra todo el pesar de mi alma… Ahora, contigo, ya estoy mejor. Te necesitaba tanto…

—Lo sé, mi amor, pero ya estoy aquí. Y también han venido Faith y Larry. Todo está bien, Larry apoya la teoría de Brian. Creo que tenemos que pedir cita para el osteópata.

—De acuerdo. —Ella se sentía tan a gusto en sus brazos que casi olvidó el incidente. Tener a Jonathan era su fuente de felicidad.

****

La infelicidad era algo que Carter conocía muy bien. Se había pasado toda su vida sintiendo un vacío interior. La falta de una familia de gente verdadera que le quisiera. Lo más cerca que había estado de llenar ese vacío fue con Shannon, los primeros años, cuando su relación era romántica y fluía. Pero ni con esas consiguió cambiar. Necesitaba vengarse de Jonathan. Seguía queriendo hacerle daño para

bajarle del pedestal del triunfo. Quería arrancarle la corona de laurel, pisotearla y verle en el suelo arrastrándose y muerto de dolor.

Ese día sabía que Melissa iba a ir a Adagio. Estaba en el despacho con Jonathan, repasando unas cuentas, cuando Melissa llamó a Jonathan al móvil. Hablaron un rato, y como Jonathan tenía confianza con Carter, le contó tranquilamente que Melissa iba a ir a comer a Adagio con un amigo. Carter preguntó si el restaurante era bueno y Jonathan se lo recomendó, diciendo que él y Melissa habían ido allí a comer en varias ocasiones, y le recomendó el pudding de flan con nata. Carter sonrió. Le venía perfecto. Jonathan había sido tan estúpido que hasta le dijo la hora, y Carter salía del despacho a las dos. La ocasión era perfecta. Carter lo ideó en menos de un minuto.

Pasó por una tienda de disfraces y compró un bigote ancho y un sombrero. Le fue fácil ponérselo, antes de salir de la tienda, en un hall apartado de la mirada del vendedor. Carter siempre llevaba encima su kubotan, su arma de defensa personal, y decidió emplearlo con Melissa. Nadie le reconocería. Y había sido pan comido. Estaba fumando cerca del Adagio cuando vio salir a Melissa con un hombre alto, corpulento y de aspecto muy masculino. Debía ser Brian, el amigo médico del que Jonathan le había hablado. Carter había sido más listo, y antes de que ella llegara a la parada, ya se había infiltrado en la multitud. Cuando ella se abrió cierto paso entre la muchedumbre, deseosa de ser la primera en coger el transporte, le rozó el brazo y Carter la tuvo justo donde quería. Podía oler el pelo de Melissa, como a jazmín, y su perfume de Chanel o Dior. Era preciosa, sin duda. Deliciosa. Pero no podía distraerse de su plan. Tenía que hacerlo. Sacó despacio el kubotan y lo presionó ligeramente sobre la espalda de Melissa. Presionó y entonces ella dio un respingo y cayó a la calzada. El autobús venía y nadie iba a salvarla. Jonathan se quedaría sin su mujer.

Pero entonces todo se echó a perder. El maldito autobús había parado en seco. Por centímetros no la había arrollado. Carter aprovechó el tumulto para escabullirse. Se marchó sigiloso, andando y metiéndose por una calle entre las tiendas y comercios, hasta que dejó atrás todo el caos. Nadie se fijó en él, todos estaban pendientes de la chica que casi había sido atropellada. Una vez a salvo, en un callejón, se arrancó con furia el bigote, guardándolo de mala gana en el bolsillo del abrigo. El sombrero se lo quedó. Después en casa, quemaría las dos cosas. Y tendría que pensar en otro plan para cargarse a Melissa. Pero aún era pronto. Les daría cierta tranquilidad, y entonces, de repente, ocurriría. Sin previo aviso, sin sospecharlo. Carter solo tenía que saber cuándo y dónde. Y entonces atacaría.

Pero esa tarde tuvo otra idea. Usar el polvo de Eve. Ese que creaba alucinaciones y que hacía que una persona se pusiera violenta. Él ya

había coqueteado con las drogas antes, conocía camellos de confianza. Ya no usaba drogas, pero podía acceder a ellas si quería. Empezó a darle vueltas a su nuevo plan. Un plan en el que, por supuesto, Melissa saldría perjudicada. Lo bueno era pensar qué cabeza de turco coger para usar el polvo. Debía tener terreno libre. Así que empezó a pensar y su cabecita empezó a trabajar, como una araña construyendo la red para su próxima presa.

****

Mayo. 2017

Doreen era una chica de veinte años dulce y educada que estudiaba magisterio en la Universidad cuatro horas por la mañana. Faith y Larry la habían contratado para casos puntuales en los que tuviera que cuidar de Rory y Rosie. Normalmente era Faith quien se encargaba de recoger a los niños, pero a veces Doreen echaba una mano. Melissa y Jonathan también tenían a Roser, su propia canguro, aunque más mayor que Doreen.

Tras el casi atropello de Melissa, las cosas se habían normalizado. Ningún nuevo incidente había ocurrido. En abril, Daniel había cumplido años y la celebración no había podido ser más amena y feliz. Los invitados habían sido la familia del niño y gente cercana, como Brian, Faith, Larry, y Carter, que era ya un amigo en la familia. Incluso a veces traía su pequeño notebook a casa de Jonathan, lleno de música y películas, y lo compartía con Daniel. Pero en una de esas ocasiones, Daniel se había metido en Internet para bajar música mientras Carter y Jonathan tenían una de sus reuniones, y un virus se había cargado todo el sistema.

Carter no dijo nada, pero detestó a Daniel por ese incidente. No había hecho copias de seguridad, confiado, y había perdido el vídeo del asesinato de Jonathan. Ya no podría usar esa baza contra él. Aunque no hacía falta. Su cabeza era un hervidero de ideas. Siempre las tenía. Venían a él por sí solas. Y había ideado lo del polvo de Eve. En realidad no era un polvo, sino una pastilla redonda del tamaño de un grano de arroz que se disolvía en cuestión de segundos al contacto con un líquido. Ya lo tenía, lo había conseguido en la calle, y había pensado echarlo en la bebida de ese desgraciado. El policía. Larry. Ese podía investigar y arruinarlo todo, aunque Carter fuera precavido. Si Jonathan le sacaba fuera de su círculo de confianza, Carter se sentiría más tranquilo. La imagen de Larry quedaría dañada y más porque sería visto como un violento y un loco. Haría el ridículo delante de mucha gente, y sobre todo de sus amigos, y ese era el peor daño.

La fiesta sería en el 230 Fifth, un bar de espacio lounge con terraza panorámica que tenía vistas al Empire State, Manhattan y a los rascacielos de Midtown, donde Carter y Jonathan trabajaban juntos. La terraza era amplia y tenía carpas, sofás, plantas, palmeras y música. De noche se servían platos que podían compartirse, como ensalada César, pasta o hamburguesas. Ideal para una noche entre amigos. Los negocios de Jonathan iban viento en popa y había salido en la revista Forbes como uno de los empresarios de Nueva York que más dinero hacían y de los más influyentes y profesionales de la ciudad. Así que se había decidido salir en grupo a una fiesta muy típica neoyorkina para celebrarlo. Melissa y Jonathan volvían a respirar tranquilos tras los incidentes pasados y, siendo jóvenes, tenían ganas de salir y pasarlo bien. Se acordó que Doreen se quedaría a dormir en casa de Larry, cuidando de Rosie, Rory y Daniel. El 230 Fifth abría hasta las cuatro de la madrugada y probablemente volverían a casa de madrugada. Con esas fiestas y buena compañía, nunca se sabía cuándo uno podía acabar. Doreen ya había terminado los exámenes, así que tenía libre y podía quedarse en casa con los niños hasta el día siguiente. La idea de que durmiera en casa había sido de Faith, que no quería que Doreen se marchara sola a casa de madrugada y tampoco le apetecía que Larry saliera y le acompañara en coche.

Los días previos a la fiesta del 230 Fifth, Jonathan había invitado a casa para comer a Larry, Faith, Carter y Brian. Reunidos en la mesa redonda de cristal del salón, compartían ensalada, pechugas asadas en salsa, puré de patata, guisantes con jamón y de postre tarta de queso con frambuesa.

—No tenía ni idea de que con esa maniobra del siete por ciento se pudiera coger tanto beneficio. Sin duda eres bueno, Carter… Deberías salir tú también en Forbes o alguna revista similar, pero de contables… —dijo Jonathan cortando un trozo de pechuga.

—No fue nada, tras hacer unas cuentas básicas, se me ocurrió que se podía aprovechar un poco más de ganancia subiendo ligeramente el impuesto. Y como tienes bastantes empresas, era de lógica que daría beneficios altos.

—No tan de lógica, a mi anterior contable, Kevs, nunca se le ocurrió…

—Creo que necesitaré que me ayudes un poco con la contabilidad, Carter… Siempre que Jonathan no te ahogue con su trabajo —dijo divertida.

—Todo tuyo. —Sonrió Jonathan, desplegando la mano y apuntando a Carter. Este sonrió tímido.

—Tú dirás, Faith, ¿qué puedo hacer por ti?

—Verás, tengo un pequeño negocio. Una tienda de cupcakes y pastelería, básicamente. Abro por las mañanas cuando los niños están

en el cole. He pensado que quizá podrías echarle un vistazo al libro de cuentas. Ver si lo hago bien o no. A veces creo que pierdo dinero… No sé…

—Faith, mi amor, todo eso está bien —dijo Larry mirándola con cariño y acariciándola la pierna—. Haces unos dulces estupendos, se venden bien… hay beneficio. No creo que tengas que molestar a Carter para eso. —Carter sintió por dentro que ardía de rabia. Ese policía metomentodo, como siempre. Pero pronto se le iba a acabar la suerte.

—No, creo que me quedaría más tranquila si Carter le echara un vistazo. Quizá de cara al mes que viene, con los nuevos pedidos y la contabilidad desde el día uno, como yo digo. —Sonrió.

—Por supuesto, será un placer. ¿Puedes darme tu teléfono o el de Larry? Por si os tengo que llamar para comentaros algo. Necesitaré revisar papeles, cuentas anteriores.

—Eso son deberes para casa… y de los jodidos —comentó Jonathan burlón.

—No me importa, me encantan los deberes. —Sonrió Carter. Jonathan bebió un sorbo de Chardonnay.

—Claro, déjame tu móvil, te los apunto en la agenda. —Faith alargó un brazo de piel de porcelana y cogió el móvil de Carter entre sus dedos largos y uñas largas pintadas en rojo oscuro. Marcó rápido los números y le devolvió el móvil a Carter con una sonrisa. Había planeado coger el móvil de Jonathan con un pretexto y robar el número de Larry, pero ya lo tenía. Y le vino bien, porque iba a necesitarlo para su plan.

—Oye, Bri, ¿al final vendrás a la fiesta o qué? —preguntó Melissa, que había recuperado su alegría.

—Hmmm… Quisiera ir, pero me temo que ese día tengo guardia… —Brian frunció los labios.

—Oh, qué mala suerte… Nuestro mejor médico y fuera de la fiesta… ¿qué pasa si necesitamos tus servicios? —dijo Faith sin parar de sonreír. Larry pensó que estaba un poco achispada.

—Seguro que estaréis bien sin mí. Pero oye, podemos ir otro día a otro sitio. ¿Qué os parece el Sky Room? Dicen que es un sitio estupendo.

—He oído buenas referencias de él —dijo Carter.

—Pues hecho. Próxima reunión en el Sky Room. Y brindo por eso. —Jonathan alzó la copa y todos brindaron.

—Mel, ¿tú que vas a llevar? —quiso saber Faith.

—Había pensado en el vestido negro de Chanel. —Faith abrió los ojos como platos y se llevó la mano al pecho—. ¿Y tú?

—Madre mía, ¡y yo!

—¿Tenéis el mismo vestido? —preguntó divertido Carter mientras

se servía guisantes.

—Sí, no pudimos evitar comprarlo igual. —Melissa se sonrojó un poco—. Fuimos de compras hace un mes… Lo vimos y era tan bonito… Imposible dejarlo

—Sobre todo yo, que me encanta el negro. —Faith miró a Larry con cierta complicidad y él la regaló una sonrisa.

—Sería divertido que lo llevarais igual las dos. Pareceríais hermanas. Y con lo unidas que estáis… Podríamos hacernos fotos… Estaría bien —comentó Carter. Larry le miró con cierta picardía. Era siempre callado y serio, se reía poco, pero era muy inteligente, y cuando había visto en un llavero de Carter el kubotan, empezó a pensar si sería fiable tener a ese chico en el grupo. Claro que kubotanes los había por miles, y seguro que Carter no era el único que lo tenía y menos en una ciudad como Nueva York. Aun así, había algo en Carter que no gustaba a Larry, aunque se había cuidado de comentarlo, salvo a Faith. Su eterna alma gemela a la que le era incapaz de ocultar nada. Y Faith le había quitado importancia. Había besado a Larry y habían comentado otro asunto. Pero Larry no pudo evitar comentar lo del kubotan a Carter un día que tomaron unas copas Jonathan y él y Carter se les unió. Jonathan había ido al baño, dejando solos a Carter y Larry. Carter era tímido y educado, y Larry le atravesaba con su mirada azul de hielo y su cara vampiresca, intimidante.

—No sabía que tenías uno de esos… —Señaló a la cinturilla de su pantalón, donde tenía un llavero de mosquetón con tres llaves y el kubotan.

—¿Un qué? —preguntó Carter con media sonrisa.

—Un kubotan… Ese arma japonesa, ya sabes… Te lo vi en el llavero…

—Oh, sí, es que bueno, estamos en Nueva York… ya sabes… ¿qué te voy a contar? —Sonrió para quitarle importancia.

—Sí, muy cierto… Sé bastante de lo que pasa en ésta ciudad. —Larry dio un sorbo a su copa de ron con miel, tratando de intimidar a Carter y sacarle alguna reacción que le delatara, pero Carter siguió tranquilo. Incluso siguió el juego.

—Yo no sé defenderme… Me pareció bien conseguir uno de estos …Aprecio mi vida…

—Solo que ten cuidado cómo lo usas. Podrías dañar a alguien. Asegúrate de usarlo solo cuando te ataquen….

—Por supuesto. —Carter le guiñó un ojo. En ese momento llegó Jonathan y Larry ya no pudo ser más mordaz. Pero Carter notó que a Larry no le gustaba.

Ahora, comiendo en la mesa, su indiferencia se dejaba ver. Pero como Larry era por norma altivo y reservado, nadie notó nada.

Aunque Larry podía parecer antipático, en confianza, con sus amigos y su mujer, podía ser bromista y divertido, pero con Carter ese aspecto de su personalidad no salía.

—Me parece una idea increíble. —Faith parecía entusiasmada como una niña pequeña—. ¿Qué opinas, Larry?

—No sé, a mí me parece algo propio de adolescentes… —Carter le miró y tensó la mandíbula.

—Oh venga, será divertido —dijo Jonathan—. Claro que sí, ponéroslo. Estaréis muy guapas, y así lo estrenáis.

—A mí me parece bien —comentó Melissa. Carter pensó que una vez la alucinación hubiera invadido la mente de Larry, bien podría atacar a su mujer, o a Melissa, que vestiría igual que Faith. A Carter ya le bastaba con que Larry diera el espectáculo, pero quiso añadirle más salsa al guiso haciendo que las dos mujeres vistieran igual. Quizá la mente de Larry se desbordaría de muy mala manera y atacaría a Faith o a Melissa al verlas vestidas igual y de negro. En su alucinación, ver dos mujeres casi iguales podría crear más alucinación y confusión. Carter sabía que el polvo de Eve aceleraba el pulso, te hacía sentir un río de fuego en las venas y una hiperactividad brutal. También creaba alucinaciones auditivas y visuales. Podían ser buenas o malas, dependía de la mente de la persona, pero casi siempre eran malas. Había gente que tomaba esa droga para alucinar, ver monstruos, peligros y vivir una especie de aventura de película. Carter estaba deseando ver cómo el policía estirado era ridiculizado, mal mirado y perdía la confianza de todos. Con ese miserable fuera de camino, se sentiría más tranquilo para seguir desplegando su plan. Porque ya tenía un nuevo plan para Melissa.

****

La canción de *Come and get your love* de Redbone sonaba mientras Jonathan la bailaba con ritmo y Melissa sonreía contenta, bailándola animosa y encantada de compartir un momento así con el amor de su vida. Jonathan cogía la mano de Melissa y la hacía dar una vuelta y otra con el brazo estirado y alto, después la pegaba contra su cuerpo, ambos se sonreían y movían el cuerpo haciendo eses con la cintura mientras él la rodeaba la cintura y bajaba la mano hasta su trasero. Entonces Melissa enterraba su cara por un momento en el cuello de Jonathan y le daba un beso entre sonrisas sin para de bailar. Así eran de felices.

Faith y Larry también bailaban, aunque ellos preferían canciones algo más lentas como *I'm not in love* de 10CC, que bailaron cuerpo con cuerpo, mirándose intensamente y vestidos de negro, como compartiendo un momento único que fuera ajeno al mundo. Eran una

pareja curiosa. Larry besaba el cuello de Faith y le rodeaba la cintura con sus largas manos blancas… Parecían una pareja clásica, de otra época y otro tiempo, con un amor intenso, más sereno y romántico, pero fuertísimo.

Carter bailaba, también disfrutando de la canción de Redbone, con mucha gente más alrededor. Era una canción que se podía bailar suelto o en pareja. Después empezó otra, *Everything to lose,* de Dido y esa sí que fue buena. Había una plataforma redonda con luces led que cambiaban de color y era una especie de pista de baile que había sido colocada en la terraza y que dejaba vía libre a una pareja para bailar. A la que mejor hubiera bailado se le otorgaba un premio después de una votación. Se trataba de un pequeño trofeo de dos bailarines en color dorado y con un pedestal negro. Como una especie de Oscar de cine. A Melissa le hizo gracia y tiró del brazo de Jonathan para ir a la pista y coger la siguiente canción con él. La gente ya había dejado sitio y muchos esperaban impacientes alrededor del círculo para ver a la siguiente pareja en acción. Jonathan se quitó la chaqueta y se la tiró a Carter, que la cogió con una sonrisa, pues Larry estaba ocupado rodeando el cuerpo de Faith y estrechándola contra él.

Se dejó la corbata rojo oscuro de satén. Melissa iba divina con un vestido negro atado al cuello, ceñido a la cintura y con una falda larga con una abertura lateral que dejaba al descubierto toda su pierna derecha desde el muslo. La música de Dido empezó a sonar, y Melissa y Jonathan bailaron. Sensualmente, rítmicamente. Dando a cada tono el movimiento adecuado. Jonathan se puso pegado tras el cuerpo de Melissa, con su pecho pegado a la espalda de ella. La cogió de la cintura y ella se apoyó en sus manos, bailaron haciendo ondas con sus cuerpos, Melissa echó hacia atrás la cabeza y Jonathan se inclinó y se besaron con fuerza. La gente vitoreó, gritó y aplaudían excitados. En otro momento, Melissa se giró, bailó para provocar a Jonathan, a un metro de él, moviendo las caderas y los brazos, alzando el pecho, dando círculos sobre sí misma con los brazos en alto. Jonathan fue a por ella, sin dejar de bailar y sonreír, pero ella le apartó, estirando el brazo. No solo bailaba, también actuaba, como una actriz. La gente no paraba de seguirles con la mirada. Daban mucho juego. Y los gritos se alzaron más cuando de pronto Melissa tiró de la corbata de Jonathan y le besó en la boca mientras la música les envolvía y convertía su juego en un acto erótico y excitante.

Carter lo miraba todo desde cierta distancia. Odiaba a Jonathan cada vez más. Con cada sonrisa de Jonathan, con cada triunfo, su dolor se incrementaba más y también su ansia de hacerle daño y borrarle esa maldita sonrisa de la cara. Era hiriente ver a su hermano como un triunfador en todos los aspectos. En los negocios sobresalía a Carter. Su hijo era un crío listo y divertido. Tenía el respeto y

admiración de todos, era casi uno de los reyes de la ciudad y las finanzas. Y Melissa era una fuera de serie. Shannon nunca había sido así de apasionada, sensual y creativa. Hasta en eso Jonathan había tenido más suerte. Melissa no podía compararse con otra. Entendía que Jonathan hubiera estado amargado por haberla perdido. Era un diamante en bruto. Una mujer que tenía muchas facetas. Era puro arte, una obra de arte hecha mujer. Al verlos bailar y ver esa química entre ellos, esa unión tan natural, se sintió de nuevo mal. Estaba harto de sentir que Jonathan se lo llevaba todo. Después miraba a Larry y Faith, que estaban enamorados como en una novela de Austen, y sentía aún más odio.

—¡Pero bueno! Míralos cómo se mueven. —Carter giró la cabeza. Vio a su lado a Brian, que sonreía y miraba embelesado a Melissa.

—Hey, Brian, ¿cómo es que has venido por aquí? —preguntó Larry yendo hacia Brian y dándole un abrazo con una sonrisa.

—Hola, Brian, bienvenido. —Carter le sonrió y palmeó su espalda.

—Bueno, no podía perderme un evento así… Un amigo me cambió las últimas horas de turno y me vine aquí derecho, y he hecho bien, menudo espectáculo…

—Te apuesto lo que quieras a que se llevan el trofeo —comentó Faith divertida, rodeando la cintura de Larry.

—¿Dan un trofeo? —preguntó Brian enarcando una ceja.

—Sí, a los que mejor bailen. Y hay otro premio de canto a dúo. Creo que Larry y yo lo vamos a intentar, ¿no, cariño? —Larry la sonrió y se inclinó, se besaron.

—Lo que tú desees, mi reina. —Carter se sorprendió. Larry tenía corazón, tras esa fachada de seriedad y arrogancia.

Todos miraban divertidos a Jonathan y Melissa, que movían las caderas al mismo tiempo, mientras Jonathan la tomaba de los laterales de su cadera y hacia movimientos sensuales con la pelvis, imitando sutilmente a un movimiento sexual. Como era de esperar, ganaron el trofeo tras una votación nada reñida. Todos lo tenían claro. Melissa cogió el trofeo como si fuera un Oscar, dio las gracias y sonrió diciendo que todo se lo debía a su increíble marido. Tras besarse de nuevo y estallar los aplausos, Larry y Faith tomaron el relevo. Melissa y Jonathan saludaron y abrazaron a Brian, y Carter se sintió excluido de nuevo. Los Hamilton mostraban más afecto por el médico o el policía que por él. Claro que no se conocían de tanto tiempo como ellos, pero aun así dolía. Sentirse siempre excluido había sido el pan de cada día en el alma de Carter.

Faith y Larry cantaron a dúo *Quando Quando Quando*, imitando la versión de Michael Bublé y Nelly Furtado. Si Melissa y Jonathan habían dejado la pista caliente y el listón alto con su pasión, Faith y Larry lo subieron apelando al romanticismo. Larry rodeaba la cintura

de Faith, y, según cantaban, cambiaban de postura, para cogerse la mano, y mirarse tiernamente con una sonrisa. Reunieron a una buena multitud, que les miraba encantados y sorprendidos. Después de la canción de Larry y Faith, se cerraba ya el plazo de canciones, así que se haría votación de cantantes… Una hora antes, una pareja había cantado *Something Stupid* muy melosamente, pero Faith y Larry eran tan atractivos, misteriosos y pegaban tan bien el uno para el otro, que Melissa supo enseguida que ellos iban a ganar. Larry, tan alto, con esas piernas kilométricas enfundadas en el pantalón negro, su largo cuello como de cisne, su piel blanca de porcelana y su amplia sonrisa bastaban para cautivar a cualquiera. Y Faith parecía una estrella de cine, con ese aire sexy sofisticado de Rita Hayworth. Cada uno cantaba una frase y en ciertos momentos cantaban a la vez, entrelazando los dedos de sus manos. En un momento dado Faith cantaba y le guiñó un ojo a Larry, y él respondió tirándole un beso. En la parte instrumental bailaban cuerpo a cuerpo lentamente y agarrados de la mano, tipo vals, mirándose y sonriendo.

Cuando las últimas notas sonaron, Larry y Faith se despidieron de una forma emotiva que caló en todos. Larry giró el brazo de Faith, haciendo que diera una vuelta sobre sí misma y depositó un dulce beso en su cuello. La gente aplaudió, y Melissa, Jonathan y Brian los que más. Ganaron, por supuesto. Después de tales eventos emocionantes, los amigos se sentaron en una mesa a cenar. Las luces de la ciudad iluminaban todo, la vista era preciosa, viendo el Empire State iluminado, las estrellas sobre el cielo oscuro y una luna llena redonda y blanca, como un queso perfecto. El grupo disfrutaba de una charla y cenaban animosos. Carter fingía estar a gusto, pero no dejaba de pensar en el próximo golpe. Arruinaría la noche y eso calmó su dolor. Era una dicha momentánea, se decía.

—Chicos, ¿queréis unas copas? ¿Os traigo algo para hacer bajar el postre? —preguntó Carter de repente. Ya habían cenado y tomaban un postré de sufflé de nata y flan.

—Sí, por favor, yo quiero un Martini, ¿tú quieres algo, cielo? —preguntó Jonathan a Melissa. Ella le sonrió y negó con la cabeza.

—Bien, un Martini para Jonathan, ¿y el resto?

—Yo nada, gracias, todavía estoy intentando acabar la cerveza —sonrió Brian.

—Yo quisiera un chupito de ron con piña —dijo Faith—. Tráele otro a Larry, pero de ron con miel, es su favorito.

—Marchando… Vengo enseguida, chicos. —Carter sonrió y se levantó.

—Gracias, Carter. —Jonathan le guiñó un ojo en agradecimiento.

Habían incluido una barra de bar, a unos metros de las mesas de comensales, en la amplísima terraza. Carter pidió las bebidas y al poco

se las sirvieron. Ahora tenía que llevarlas a la mesa. Aprovechando el gentío, Carter sacó la diminuta pastilla del bolsillo del pantalón y la vertió en el pequeño vaso de cristal donde se disolvió en el ron con miel en cuestión de segundos. Cuando Carter ya se disponía a llevarlas, se chocó casi con el cuerpo de Larry, tan alto que parecía una farola. Carter le miró y Larry le devolvió una mirada llena de desconfianza. Iba de la mano de Faith, que le sonrió.

—Hemos pensado que Larry y yo tomaremos los chupitos en la barra —comentó alegre.

—Oh, bueno, como queráis… Entonces le llevaré el Martini a Jonathan. Con permiso… —Carter se abrió paso entre varias personas, llevando el Martini a la mesa de Jonathan. Los dos vasitos de chupitos aún estaban en la barra. Algunas personas se habían agolpado en la barra del bar, hablando, riendo, bebiendo. Faith cogió su chupito y se apoyó en la barra. Larry hizo lo mismo, dando la espalda a una chica que no paraba de reírse y besarse con el novio, y que también había pedido un chupito de ron, pero no lo había probado. Larry iba a coger su chupito cuando de pronto, una vez que Faith se lo bebió, le cogió de la corbata negra, tiró de él hasta atraerle a su boca y le besó con pasión y dulzura. La boca de Faith sabía a ron y piña, dulce y fuerte a la vez. La saboreó y se deleitó en ese beso. Fue entonces cuando la chica, que también jugueteaba con su novio, alargó el brazo para coger su chupito y bebérselo entre risas. La chica, que se llamaba Anna, no vio si su vaso era suyo. Simplemente estiró el brazo y cogió el vasito por instinto. Lo que no supo es que su vaso y el de Larry estaban a escasos centímetros y contenían la misma bebida. Anna, sin mirar, había cogido por error el vaso de Larry, que besando a Faith ni se había dado cuenta del cambiazo.

—Quería que lo probaras primero de mí —dijo Faith sensualmente rodeando la espalda de Larry con un brazo suave y cálido.

—Sabe mucho mejor de tu boca, sin duda. —Larry la sonrió mientras la volvía a besar—. Quizá tú quieras probar de mí ahora….

—Lo estoy deseando, mi rey… —Larry sonrió y se giró para coger su vasito, pero la sonrisa se le ensombreció. Vio que su vasito no era aquel que estaba allí, pues estaba a unos centímetros de distancia y el suyo estaba más cerca. Entonces vio que una chica pelirroja, entre risas, dejaba un vasito igual que el suyo en la barra y se alejaba con su novio, para bailar—. Vaya…

—¿Qué ocurre, cielo?

—Pues que esa chica se ha bebido mi chupito… Se supone que este vaso era el de ella… El mío estaba más cerca.

—Pues si está sin tocar, puedes bebértelo…

—Nah, se me ha pasado la gana… Además, esto sabe mucho mejor de tu boca… —Larry se inclinó de nuevo y besó a Faith. Se cogieron

de la mano y volvieron a la mesa con los demás. Jonathan bebía su Martini, y Carter y Brian apuraban sus cervezas.

—Habíamos pensado ir a Barbados este verano. ¿Os apuntaríais? —preguntó Jonathan.

—Yo en julio tendré vacaciones, por mí sí —comentó Brian.

—¿Barbardos? Waow, qué nivel. —Sonrió Faith—. Estaría bien, ¿cuánto tiempo estaríais?

—Oh, una semana o dos. No queremos basar todo nuestro verano en el mismo sitio. Es mi primer verano en el que estaré plenamente recuperado de mi invalidez. Las últimas pruebas han salido perfectas, y además quiero viajar a lugares con Mel, que Daniel vea diferentes países, en fin, la vida que nos merecemos, creo yo… Pero nos gustaría que os vinierais si os apetece. —Carter no quitaba ojo a Jonathan. Como siempre, tenía que alardear. Cada día era más snob. Y le detestó aún más.

—Yo voto por ir también. Tendré permiso de un mes, y así Dan podría estar con Rory, son inseparables. —Larry parecía más relajado. Faith y él estaban cogidos de la mano, con los dedos entrelazados. Las uñas negras de Faith, y los dedos largos y finos de Larry. Vaya pareja.

—El año pasado llevamos a Rory a un campamento, pero creo que Barbados es una opción mucho mejor. Y, como dice Larry, así los chicos estarán juntos. Aunque tendremos que buscar una niñera para esos días….

—Yo me ocupo, conozco una página buenísima —dijo Melissa. Faith le guiñó un ojo en señal de aprobación.

—Por cierto, ¿has considerado la idea de trabajar conmigo en la pastelería? Aunque fueran unas horas solo, o tres días… Esos cupcakes y bollos de nata te salen de vicio, Melissa…

—Son recetas de Nana, mi abuela. Todo el crédito a ella…

—Habrá que darle un trofeo como estos —comentó Jonathan sonriendo.

—Por cierto, ¿dónde los vais a poner? —preguntó Brian—. Oí decir que una actriz los tenía en los pies de la bañera…

—Creo que en el mueble de caoba del salón, al lado de uno de nuestros retratos —dijo Jonathan.

—El nuestro encima de la chimenea o en nuestro cuarto —comentó Larry.

—Qué suerte que ganarais las dos parejas, felicidades chicos. —Sonrió Carter

—Gracias. —Melissa le sonrió y Faith también. Pero Larry pareció ignorarle.

De pronto se escucharon unos gritos, la gente murmurando, algunos abriéndose paso. La chica pelirroja, Anna, era el centro del espectáculo. Daba gritos y movía los brazos como si se defendiera de

algo que volaba y la atacara. Su novio miraba petrificado, sin saber muy bien qué hacer.

—¡Quíítamelos, quítamelos Charles, por favor! —La gente se arremolinó entorno a ella.

—Cariño, ahí no hay nada, tranquilízate por favor. —El chico intentó cogerla, pero ella le dio un manotazo en la cara. De pronto la chica cayó al suelo, se protegía con los brazos, abrazándose a sí misma.

—¿Pero qué coño está pasando ahí? —Jonathan rompió el silencio del grupo. Se pusieron en pie para ver mejor.

—Esa chica está teniendo un ataque o eso parece —comentó Carter. Larry le miró. Su alarma se despertó. Esa chica era la que había bebido del vaso que era para él. Los chupitos que Carter había pedido. ¿Qué estaba pasando?

—Voy pará allá —dijo Brian, resuelto.

—¡No, Brian! No te metas en ese lío, por favor —le rogó Melissa con gesto de preocupación.

—Melissa, soy médico… Y creo que me necesitan —dijo dulcemente. Brian fue hasta la chica. Se agachó a su lado. Carter, Jonathan, Melissa, Larry y Faith se quedaron a unos metros, mirando, asustados y más preocupados que el resto, pues su amigo se estaba metiendo en terreno pantanoso.

—Larry, tú no vayas por favor…

—Tranquila, cariño… —Faith le apretó aún más la mano. Melissa rodeó la cintura de Jonathan, temerosa.

—¿Señorita? Soy médico, me llamo Brian, ¿qué le ocurre? —La chica alzó la mirada a Brian, como una posesa. Brian necesitó solo un segundo para darse cuenta de que sus pupilas estaban dilatadas exageradamente. Brian lo tuvo claro. Debía haber tomado un alucinógeno.

—¿No los ve? ¿Esos murciélagos? ¡Quieren atacarme! ¡Mátelos, por favor!

—Señorita, aquí no hay nada, de verdad, levántese, déjeme ayudarle. —Brian la tomó del brazo para levantarla, pero la chica creyó que era una garra negra y con uñas, como un ave de rapiña. Las voces de la gente que exclamaban se tornaban chillidos de murciélagos en sus oídos.

Vio la barandilla de la terraza. Parecía un puente, y debajo había agua o quizá matorrales. Si saltaba por ahí, podría nadar, sumergirse y perder de vista a los monstruos, o esconderse al abrigo de la maleza. Se desquitó de Brian de un empujón, echó a correr y antes de que nadie pudiera hacer nada, saltó sobre una hamaca y puso otro pie en la baranda de la terraza. Alguien gritó «NO», quizá fue Brian, pero

nadie tuvo tiempo de reaccionar. Justo donde la chica iba a saltar no había nadie. Solo una hamaca y la barandilla de la terraza. La chica saltó y cayó al vacío. Todo el mundo gritó. Melissa se refugió en el pecho de Jonathan, que miraba boquiabierto. Faith y Larry corrieron a la baranda, como casi todo el mundo, y vieron el cuerpo diminuto e inerte tirado en el suelo, a cientos de metros de distancia de la terraza. Había sangre. Brian aún estaba en estado de shock, parado en su sitio, boquiabierto y jadeando. Carter era el único que mostraba frialdad. Tensó la mandíbula y miró a Jonathan abrazando a Melissa, que sollozaba nerviosa.

¡Qué bien podría haber salido con Larry tirándose de la terraza! O, sin llegar a tanto, simplemente que se pusiera en evidencia delante de todos, quedando como alguien alucinado, trastornado y débil. Su imagen de hombre serio, firme y cabal, tirada por tierra. Pero no había salido bien. De nuevo, una vez más, su plan se había ido a la mierda. ¿Qué había pasado?

—Dios mío, no puedo creerlo —musitó Jonathan. Miró a Carter, pero este, con una frialdad extraña, le miró un segundo y pasó de largo por su lado para ir al ver el desaguisado. Era la actitud más normal que podía tener y no quería llamar la atención revelando sus verdaderos sentimientos. En ese momento sintió que el alma le ardía de odio y frustración.

****

Cinco días después

Carter se enteró de todo en su momento. La chica tenía fobia a los murciélagos. Cuando era pequeña y pasaba unos días en la granja de sus tíos, al ir por su bicicleta al cobertizo, salieron varios murciélagos que casi le picaron. Desde entonces les tenía un miedo mortal. La droga le había alterado su mente, sacando fobias, malos recuerdos, y por eso su alucinación había sido basada en su mayor temor. La droga funcionaba así, por eso Carter la había elegido.

Larry debía tener algún punto débil y la droga lo sacaría a relucir. Por desgracia, no había podido verlo. Había sido la chica quién había sucumbido. Su novio, Charles, lo había explicado en las noticias. Fue un suceso sonado y la prensa no se hizo esperar para escribir titulares, sacar fotos y hacer entrevistas a todo el que hubiera estado presente y viera lo que pasó. El forense determinó que la chica estaba bajo un efecto alucinógeno, como había supuesto Brian. Los análisis del laboratorio dieron positivo a sustancias en sangre y se supo que la sustancia era polvo de Eve, un alucinógeno que provocaba visiones

terroríficas y alucinaciones de pesadilla. Se pensó que la chica lo había consumido por cuenta propia, aunque el novio decía que nunca habían consumido antes. Se hizo una investigación, pero no se llegó a ninguna conclusión clara. La policía dio carpetazo al asunto. Pero Larry no lo olvidaba. No había dicho al grupo lo que había pasado con el cambiazo del vaso, pero Carter lo dedujo por lógica. La chica también había bebido ron con miel y estaba al lado de Larry, así que era fácil sacar la conclusión. Carter había estado echando miradas furtivas desde lejos a Larry y Faith, y la deducción vino sola. La chica era alocada, se reía, y lo vino venir. Confundir los vasos no era tan difícil, y más si no se miraba por dónde iba.

Una noche, Larry estaba sentado en el sofá rojo del salón. La luz de la luna iluminaba de azul la estancia. No podía dormir. Otra vez. Llevaba una camiseta de manga corta de *Viernes 13* y unos pantalones negros cortos. Faith se levantó al despertarse, ver que era de madrugada y que su marido no estaba junto a ella.

—Cariño, ¿qué haces aquí? —Faith se puso delante de Larry, con un pequeño camisón negro de raso y tirantes. Ella estiró la mano y acarició la cara de Larry. Su tez blanca de porcelana parecía aún más hermosa con el reflejo de la luz azulada de la luna. Él le sonrió un poco, le cogió de la otra mano e hizo que se sentara sobre su regazo.

—No dejo de darle vueltas, Faith…

—¿Otra vez con eso? Cielo, no te atormentes más, por favor. No puedes hacer nada… Si dices eso que me contaste, podrían acusarte de algo… Me da miedo. No hagas nada, te lo suplico.

—No voy a hacer nada. No quiero líos… pero es que… es demasiado extraño. —Larry le había contado a Faith que Carter había cogido las bebidas, que la chica se había equivocado de vaso y que cogió el de él por accidente. Solo había dos caminos. Uno, que Carter metiera la droga en el vaso de Larry y la equivocación de Anna le salvara. Dos, que la chica usara esa droga por sí misma o se la echara su novio en el vaso del que bebió. Pero Larry tenía instinto y su instinto le decía que había sido Carter. No se fiaba de él. Su sexto sentido le decía que había algo oculto y oscuro en él—. Además, no me fio de Carter.

—¿Y eso? —preguntó Faith extrañada.

—Hay algo raro en él… Simplemente lo noto. He visto cómo mira a veces a Jonathan, y hay algo oscuro en sus miradas, sus gestos… Como si fingiera ser su amigo, pero hubiera algo más detrás… Y qué casualidad que tuviera un kubotan y a Melissa le pasara aquel incidente al poco de meterse él en nuestras vidas. Hablé con un compañero que padece de cervicales y al contarle lo del latigazo cervical de Melissa, me dijo que él no había notado nunca algo así, y

yo personalmente creo que a Melissa la empujaron intencionadamente.

—Pero ¿por qué? —Faith ya parecía más alarmada.

—Para hacer daño a Jonathan. Yo no les he querido alarmar, pero tampoco me parece bien mentirles. Si tienen que protegerse de alguien, más vale que lo hagan a que vivan una mentira y sean atacados.

—Pero, Larry, ¿es que está pasando algo más que no me has contado?

—Seré claro, Faith… Me parece bastante sospechoso eso de que casi atropellaran a Daniel y luego lo del casi atropello de Melissa. Parece que alguien quiera cargarse a la familia de Jonathan. Como policía, huelo estas cosas. Son demasiados incidentes en poco tiempo.

—¿Y Jonathan lo sabe?

—A medias… No he querido alarmarle en exceso. Brian me dijo que ya tenía episodios de ansiedad y yo no he querido ponerle peor… Puede que todo sea circunstancial o que sea intencionado…

—Pero Larry, lo de la droga en tu bebida… Sabemos que tú no fuiste quien la puso ahí…

—Eso es lo que me escama… ¿Estaba ya en mi vaso o la echó Anna? El novio dijo que no consumían y Carter se ofreció a ir por las bebidas… ¿Y si fue él? Sabía que el chupito era para mí, ¿quería hacerme daño a mí?

—¿Para qué querría Carter hacerte daño? ¿Qué motivo tiene? Si somos sus amigos…

—No tanto… Nos conocemos de poco, y si es amigo, es de Jonathan… Él sabe que no me fío de él, más después de verle el kubotan y comentarlo… ¿Y si quiere hacer daño a Jonathan y Melissa? Es contable, igual conocía a Jonathan de antes, de algún negocio fallido…

—Jonathan se acordaría, ¿no crees? Quizá estás exagerando, Larry… Creo que son casos aislados, no creo que haya una conspiración contra Mel y Jonathan…

—Sí, puede ser… No sé… Es todo tan complicado… —Larry se masajeó el entrecejo.

—Deja de pensar tanto o tendrás una de tus jaquecas. Seguro que la cosa no es para tanto, pero tú, como policía, te preocupas en exceso. —Faith se inclinó y besó la mejilla de Larry. Suave, blanca, como de porcelana—. ¿Por qué no te vienes a la cama conmigo? Te echo de menos… y mañana Doreen se lleva a los niños después del colegio. Ya lo he arreglado para que estemos solos. —Sonrió sensual, dejando un rastro de besos por el cuello esbelto de Larry. Él sonrió y pareció dejar la preocupación un poco al lado.

—Me parece una buena idea… Tengo ganas de tenerte para mí

solo, solo los dos… —Larry besó a Faith en los labios y ella le abrazó. Entonces él se levantó y la llevó en brazos a la habitación. En la noche, se oían por lo bajo las risitas de Faith por el pasillo. Ya se había olvidado de Jonathan y Melissa y el supuesto peligro.

Pero había alguien en las sombras que no olvidaba.

Ni perdonaba.

****

Al día siguiente

Aquel día Doreen iba a llevar a los niños a la sala de recreativos. Daniel incluido. Su niñera, Roser, se había caído de un taburete de la cocina cuando se subió para llegar a un estante alto y coger un tarro de azúcar. Al caerse, se había fracturado una cadera y tenía para meses. Mientras Melissa buscaba otra niñera adecuada y de confianza, Faith le ofreció la suya, Doreen. Y Melissa aceptó. Para cambiar de rutina, decidieron que no siempre tenía que llevar a los niños al McDonald's. Y gracias a eso, y a que Denny había tenido un mes y medio ajetreado con cambios de turno y turnos dobles, debido a la baja repentina de dos compañeros, se había pospuesto su viajecito con Daniel en la moto. Pero ya estaba harto de esperar y en ese mes le diría a Daniel que le llevaría en moto. Daniel también echaba de menos a Denny, que siempre le obsequiaba con algún juguete del Happy Meal antes de que otros lo tuvieran.

Así que ese día, Daniel dijo que si podían ir al McDonald's, y Doreen aceptó. Rory cogió el monopatín y así practicaría en la pista. Dejarían la bolera y los juegos de marcianitos para el día siguiente, o para otro día, pues tampoco es que todos los días salieran a divertirse después del colegio. Había deberes y estudios, y en eso Melissa y Faith eran muy responsables de sus hijos.

Era un martes soleado y a Denny el día le pareció más brillante cuando vio que Daniel entraba al local. Unos días antes, Denny le había puesto los dientes largos a Daniel cuando le dijo que su moto iba más rápido que antes debido a unos ajustes. Y que quería enseñarle algo que había descubierto en un bosque que conocía bien. Daniel preguntó, lleno de curiosidad y ansiedad, pero Denny había reído y le dijo que ya lo vería. Pues el día había llegado. Ya lo tenía todo preparado.

—Dan, colega, ¿dónde te metías estos días? —Saludó sonriente en el mostrador de la caja. En ese momento no había nadie pidiendo nada.

—Es que Doreen nos lleva a otros sitios, no es tan aburrida como

Roser…

—Ya veo, je, je, bueno, y tú nueva niñera ¿dónde anda?

—Está fuera, con Rory y Rosie. Rory con el patín y Rosie con unas niñas. Doreen no para con el móvil…

—Estupendo, porque yo salgo en diez minutos. En mi hora libre te puedo dar el rodeo en mi moto, si aún te interesa, claro…

—¡Pues claro! ¿Y qué hay de lo del bosque?

—Podemos ir, si quieres, no te creerás lo que hay allí…

—Por favor, Denny, ¡cuéntamelo!

—No, no, tienes que verlo por ti mismo. Pero oye, no queda nada… En media hora estarás allí. Prometido. —Denny le guiñó un ojo.

—De acueeeerdo —protestó Daniel.

—Oye, sal y dile a Doreen que vas a ausentarte un rato porque vas al baño y que luego cogerás algo de comer. Mientras llévale esto. —Denny fue a la máquina de helados y preparó un cono con nata para Doreen—. Regalo de la casa. —Daniel lo cogió sonriendo y salió afuera, a la zona de pista de patinaje y parque. Doreen estaba sentada en un banco, con el móvil. No paraba de teclear y parecía ensimismada.

—Doreen, para ti. —Daniel la tendió el helado.

—Gracias, corazón, pero no tenías que haberte molestado. —Doreen le hizo una caricia en la cara y cogió el helado.

—Voy al baño, ¿vale?

—De acuerdo, Dan, pero no tardes. —El móvil de Doreen sonó y ella lo cogió al momento, como activada por un resorte—. Hola, Seth, mi vida, ¿qué tal por Idaho, llegaste bien? —Era el novio de Doreen. Siempre que ella hablaba por teléfono podía tirarse casi veinte minutos o media hora. Daniel sonrió, tenía tiempo de sobra. Con Doreen al teléfono, ni cuenta se daría de mirar la hora y ver si Daniel llevaba faltando cinco o veinte minutos. Era la oportunidad perfecta y Daniel corrió para informar a Denny.

—Estupendo, pues aprovechemos. No entro hasta dentro de casi una hora. Tiempo de sobra. Ve por el pasillo del baño y métete en el cuarto de las cosas de limpieza. Allí te espero. —Denny se quitó el pequeño delantal negro con la M de McDonald's en amarillo y lo colgó en un gancho de la cocina.

Daniel fue por el pasillo y se metió en el cuarto que le había dicho Denny. Allí vio que había una puerta que daba a la calle, a una especie de callejón donde Denny tenía aparcada su moto. Grande, negra y plateada, con una pegatina de una calavera en el morro de la moto. El asiento parecía la espalda de un caballo, todo de cuero negro y firme. Denny colocó a Daniel y le puso un pequeño casco para su cabeza. Denny se puso el suyo, nadie podía verle la cara.

Lo cierto es que la moto de Denny no era negra, sino verde oscuro.

Él la había pintado de negro y había puesto una matrícula falsa para despistar, en caso de que se descubriera algo y pudieran señalarle. Más tarde echaría un spray para quitar la pintura negra. Era peligroso llevarse así al chico, sobre todo porque era de día, había gente… y, llegado el caso, la policía preguntaría a los empleados del McDonald's cuando habían visto a Daniel por última vez, si había alguien sospechoso merodeando y las preguntas habituales. Probablemente recaerían en el inspector Larry Minnesota. A él le llegaban los casos más fuertes de asesinatos y secuestros, y había sido bueno desentrañando bastantes. Incluso había salido en la televisión dando alguna entrevista en calidad de policía. Ya podía prepararse el tal Larry, porque con Daniel iba a tener uno de los casos fuertes. Un niño estrangulado y muerto en un parque, y encima hijo de su amigo Jonathan. ¿Qué más se podía pedir para hacer daño? Aunque Larry no era su objetivo, la bomba que iba a estallar a Jonathan salpicaría a Larry.

Condujeron unos quince minutos. La moto iba a la velocidad del rayo. Daniel se agarraba a la cintura de Denny y apretaba, sonriendo y gritando de júbilo. Después de un rodeo breve por la ciudad, Denny supo dónde meterse. Atajó por sitios donde no había tránsito y la zona era tranquila. Al final, aparcaron cerca de una arboleda y un bosque lleno de pinares, arbustos y naturaleza. Se podía decir que era un sitio apartado y tranquilo. A unos metros había unas tuberías de alcantarillado, cerca de un río, con hierba a ambos lados. Dejaría allí tirado a Daniel. Con esas zapatillas ridículas de Superman, pintadas a mano. En la puntera de la zapatilla derecha estaba Superman volando y en la puntera izquierda se veían planetas y una constelación. Había sido un regalo de Larry por su cumpleaños reciente. Por lo demás, Daniel vestía como cualquier niño, vaqueros azules y sudadera roja.

Denny lo tenía preparado. Había comprado dos hámsteres pequeños, de esos que caben en una mano. Eran color canela. Los había dejado dentro de una pequeña jaula, tapados con arbustos. Eran imposibles de encontrar a no ser que rastrearas a conciencia. Denny tomó de la mano a Daniel y fueron paseando hasta llegar al punto donde quería Denny.

—Hace poco encontré a una mamá hámster y tuvo crías. Te guardé un par de ellas. ¿Crees que mamá te dejará tenerlas?

—¿Hámsteres? ¿¡De verdad, Denny!? —exclamó sonriendo. Por un momento Denny sintió lástima por Daniel. Fue como verse a sí mismo de pequeño. Ilusionado, feliz e inocente. Antes de que la dura realidad le estallara en la cara y le hiciera añicos el corazón.

—Sí, de verdad de la buena, peque. Mira, están aquí. Ya los preparé para ti. —Denny condujo a Daniel hasta unos arbustos de medio metro. La maleza era espesa y Denny tuvo que retirar bastante

vegetación. Entonces Daniel abrió la boca lleno de sorpresa y entusiasmo. Denny cogió la jaula y la sacó para que Daniel la viera—. Fíjate qué bonitos, Dan. —Y le tendió la pequeña jaula. Dentro, los dos pequeños hámsteres color canela miraron a Daniel. Estaban en el piso de la jaula y Daniel sonrió al verlos.

—Me gustaría llamarlos Chip y Chop.

—Ja, ja, ja, no podrían tener nombres más ideales. Se parecen mucho a Chip y Chop, los de los dibujos. ¿Te gustan?

—¡Me encantan, Denny! ¡Muchas gracias! —Daniel apoyó la jaula en el suelo y se abrazó a Denny. Fue un abrazo sincero. Denny volvió a sentir un pellizco en el corazón. ¿Sería capaz de hacerlo? El pobre crío no tenía culpa de lo que su padre había hecho. Pero entonces pensó que para llegar a dañar a Jonathan de por vida , tenía que llevarse por delante a su hijo. No había otra manera. Lo podía haber hecho con su mujer, pero era más difícil. Era más fácil ganarse la confianza de un niño, y además las circunstancias no podían haber sido más propicias. Tenía que ser Daniel.

—De nada, Dan, disfruta de ellos. —Le sonrió. Daniel se agachó en el césped y se ensimismó con Chip y Chop. Cogió a uno y le acarició.

—Qué suavecito es —dijo Daniel acariciándole, ensimismado y sonriente. Denny, desde su altura, le contemplaba con cierta lástima. Pensaba en sí mismo cuando había sido pequeño, y lo feliz que fue, y como de adolescente empezó su infierno personal. Y ya nunca había parado. Necesitaba liberar ese odio que le quemaba cada día por dentro.

—¿Sabes a qué se dedica tu papá, Dan? —preguntó Denny. Estaba a espaldas de Daniel, de pie. Acechando a su presa.

—Algo de negocios, pero no sé muy bien qué.

—A los negocios, sí. ¿Y sabes que una vez tu papá y el mío se conocieron?

—¿Sí?

—Sí…

—¿Eran amigos? —Daniel seguía acariciando a los hámsteres y contestaba distraído, pero también con cierta atención.

—Pues no, la verdad. De hecho tu papá hizo mucho daño al mío… ¿nunca te lo ha contado? —Daniel se giró y alzó la vista a Denny.

—No… no sé nada de eso…

—Pues tu papá no quiso ayudar al mío. Mi padre estaba medio arruinado, ofreció un trato a tu padre con un negocio y tu querido papá se negó. ¡¡Mi padre se suicidó y mi madre no tuvo huevos de cuidarme, me mandó con una tía y unos primos que eran basura!! Pero tú qué vas a saber de eso, ¿verdad? Vives a cuerpo de rey con unos padres que te quieren y te cuidan, ¿verdad? —Denny gritó lleno de ira al recordar. Daniel estaba asustado. Le miraba sin entender muy bien. ¿Pero qué estaba pasando? ¿Es que aquello era una trampa? Ahora quería volver con sus padres más que nunca. Con Doreen y hasta con Roser, aunque fuera aburrida y solo le llevara al mismo sitio después del colegio.

—Denny, ¿podemos irnos a casa por favor? Me estás asustando…

—Pues lo siento, Dan, pero así son las cosas. Tu padre es un hijo de puta y a él le debo la vida de perro que he llevado. ¿Tú crees que eso es justo, Dan? ¿Qué tú lo hayas tenido todo y yo nada? ¡Dime! —Daniel empezó a tener miedo de verdad y su barbilla se arrugó. Iba a llorar. Pero entonces un pensamiento cruzó su mente. «Corre». Las cosas no podían salir bien y lo mejor era correr, esconderse. Como el rayo, Daniel se levantó y echó a correr, más en vano. Denny era más alto, corría más y estaba lleno de ira, lo que le daba una fuerza extra frente al miedo de Daniel, que, en parte, le paralizaba. En segundos, Denny se hizo con Daniel. Solo tuvo que correr unos pocos metros y le atrapó. Se echó sobre él como un león a una gacela. Le tiró al suelo de un empujón. Daniel cayó de boca y se echó a llorar cuando Denny le dio la vuelta al ponerle boca arriba.

—Pequeño hijo de puta, ¿querías escapar?? Muy bien… Esto es para tu padre. Para que se retuerza de dolor con tu muerte como yo sufrí. —Las manos de Denny rodearon el cuello pequeño y delgado de Daniel. Apretaron, Daniel pataleó contra la hierba. Se puso rojo. Intentó quitar las manos de Denny, pero eran grandes y fuertes. La respiración le fallaba. La garganta le ardía. Denny sobre él pesaba. Arrodillado en el suelo, con las piernas abiertas sobre él, como a cuatro patas. Apretó, mientras la mirada de Denny estaba llena de ira y satisfacción. Denny era un monstruo, como los de los tebeos de la

Marvel. Pero no vino Superman al rescate. Ni nadie. Así que Daniel llegó un punto en que no pudo aguantar más. Sentía una presión enorme en los oídos y la garganta. Quería toser, pero no podía. El nudo de acero sobre su garganta se cerraba más y más.

Pensó en su padre.

Pensó en su madre.

En el Tío Fred, Nana, Molly, Rory y toda la gente de su vida.

En Ohio, en Hamilton House y en el día que conoció a su padre, en silla de ruedas.

Y en el último instante, antes de cerrar los ojos, vio a Larry, de pie frente a él, mirando con pena y cierta tranquilidad. Pero era un Larry diferente. Este tenía un pelo largo, lacio y negro como el ala de un cuervo. Daniel pensó que por fin había venido alguien al rescate. Pero debió ser que no, porque entonces Daniel se sumió en la más absoluta oscuridad y Denny por fin le soltó, pero él ya no lo sabía.

Denny oyó un ruido, aunque no supo muy bien qué fue o si era un quién. Quizá fue el viento agitando las plantas, o algún animal, o alguien que se aproximaba. Sea lo que fuera, no había tiempo que perder. Cogió a Daniel en brazos y apresuradamente metió el cuerpo dentro del tubo de la alcantarilla, cerca de un río. Era un peso muerto. Le tocó rápidamente el pulso del cuello y no le pareció que latiera. Al meter a Daniel, solo lo hizo de medio cuerpo. Dejo fuera las piernas, enfundadas en el vaquero azul, y con las zapatillas de Superman. Cogió la jaula de los hámsteres, los sacó y tiró a Chip y Chop al río. Metió la jaula en el compartimento de la moto que era para guardar el casco. La tiraría en cualquier contenedor de la ciudad y nadie sospecharía.

Rápidamente se montó en la moto y se alejó del lugar, dejando un sonido atronador, y un cadáver en una alcantarilla.

****

Aquella tarde Larry tenía bastante trabajo. Eran las 17:30 y en media hora tenía planeado irse a casa. Pero había estado interrogando a un hombre sospechoso de la desaparición de una chica cerca de Brooklyn. Sin resultados, tuvo que dejarle ir. Tenía coartada para ese día y hora. Otra vez nada.

Para despejarse, decidió bajar por el ascensor e ir a por un café. Tras cogerlo, subió de nuevo y caminó por el pasillo hasta su despacho. Pero casi se dio de bruces con Ted, su ayudante. Venía corriendo, jadeante y con el horror reflejado en la mirada.

—¿Qué ocurre, Ted? Parece que hayas visto un fantasma… —Larry dio un sorbo a su café. Ted tragó saliva.

—Larry ha pasado algo muy fuerte. Una pareja ha llamado a la

centralita para dar aviso de un suceso en el parque Brownstone.

—¿Qué ha pasado?

—Han encontrado el cuerpo de un niño dentro de una alcantarilla. Tenía zapatillas de Superman pintadas a mano. Según la descripción, coinciden con las de Daniel… ¿podría haber dos iguales? —A Larry se le cayó el vaso de café en el pasillo. El líquido caliente y marrón empezó a manchar todo el suelo, pero a Larry y Ted les dio igual. Los dos solo podían pensar en una cosa: Daniel Hamilton.

Ted sabía que Larry había comprado esas zapatillas para Daniel. Larry tenía varias fotos en su despacho. De su mujer Faith, de los niños, y una donde salía con Jonathan, Melissa y Daniel. Larry cogía a hombros a Daniel, que sonreía y las zapatillas de Superman se veían coloridas y originales. Una foto feliz.

¿Sería otro niño? ¿Y si era Daniel? Si lo era, ahora ya nada podría ir bien. Ya no habría felicidad. Esa foto nunca volvería a repetirse en la realidad.

Daniel había muerto ¿o no?

Larry creyó morirse al pensar en cómo aquello rompería de por vida el mundo de Jonathan y Melissa.

Rezaba para que no fuera Daniel. Para que a otra persona se le hubiera ocurrido la misma idea que a él. Pintar una zapatilla con Superman volando y la otra con una constelación y planetas.

Daniel… Oh, Daniel…

Capítulo 17

Larry había actuado deprisa.

O todo lo deprisa que podía hacerse, aunque él hubiera querido resolverlo todo en un segundo y acabar con esa pesadilla. Hizo muchas llamadas. A Faith, a Brian, pero lo peor fue llamar a Jonathan. Fue la llamada que más le costó hacer. En un coche patrulla que conducía el propio Larry, iban Jonathan y Melissa agarrados de la mano, ella llorando desconsolada, y Jonathan llorando en silencio, intentando parecer más estoico. Brian, que ese día libraba, había ido como médico, pues Larry le llamó para decirle lo que había pasado y la catástrofe que se cernía sobre sus amigos. Estaba claro que iban a necesitar asistencia médica. Melissa no paraba de temblar y llorar. Jonathan y ella se abrazaban desconsolados y aterrorizados.

Doreen había llamado para decir que no encontraba a Daniel, y Melissa se puso a gritarle, entre sollozos y gritos desesperados. Jonathan tuvo que sacar fuerzas, quitarle el teléfono y dejar que más tarde Doreen llevara a Rory y Rosie a casa con Faith y ella fuera a prestar declaración.

Después todo pareció ir más deprisa… Llegaron al bosque de Brownstone. Melissa salió del coche nada más lo detuvo Larry, y corriendo, gritó el nombre de su hijo. Y chilló aún más al ver una ambulancia y a Daniel en una camilla con los ojos cerrados. Corrió hasta él.

—¡Daniel! —gritó con todas sus fuerzas. Dos enfermeros cogieron a Melissa, ella se retorcía—. ¡Daniel, por Dios, hijo mío! ¿Qué te han hecho? —Sollozaba. Su cara estaba tan hinchada y roja que parecía a punto de explotar. Brian, Jonathan y Larry salieron corriendo tras ella. La zona estaba acordonada, atestada de policías, la ambulancia, los testigos que habían descubierto el cuerpo de Daniel.

—Melissa, tranquilízate, estamos contigo. —Intentó calmarla Brian.

—¡Nooo! ¡Es mi hijo! ¡Quiero estar con él, soltadme! —gritó nerviosa.

—Melissa, tranquilícese, ¿es usted la madre del niño? —preguntó un enfermero.

—Sí. —Lloró Melissa desconsolada.

—Su hijo todavía vive, está muy grave, pero vivo. —Melissa dejó de retorcerse, abrió los ojos y su cara brilló de esperanza, entre lágrimas. Jonathan sintió que el cielo negro que se cernía sobre él parecía abrirse un poco para dejar asomar algo de luz. ¿Significaba eso que Daniel viviría?

—Daniel está vivo… —susurró Jonathan, en shock, con los ojos llenos de lágrimas. Larry le abrazó. Brian suspiró y agradeció al cielo esa frase. Mientras había vida, había esperanza.

Pero Melissa no pudo más con tanto estrés y se desmayó. Brian la cogió en brazos antes de que Jonathan diera dos pasos.

—Soy médico, por favor, yo me encargo. —La ambulancia partió con Daniel y los enfermeros, y en el coche de Larry, Jonathan, Brian y Melissa, aún medio inconsciente.

Más tarde llegaron al hospital donde Brian trabajaba y allí ingresaron a Daniel. Brian se hizo cargo personalmente. Tras examinarle y llevarle al equipo de atención médica de urgencias, se supo que Daniel había sido estrangulado. En algún momento perdió la consciencia, su ritmo cardíaco bajó y el agresor debió pensar que estaba muerto. Sumado a las prisas por irse y desaparecer lo antes posible, había dado por muerto a Daniel y le había metido en el tubo de alcantarilla con las piernas saliendo hacia afuera.

La pareja de novios formada por Alistair Campbell y Susannah Felton habían descubierto, mientras paseaban al perro, unas piernas de niño saliendo de la alcantarilla del río. Asustados, habían ido a ver y comprobaron que el cuerpo de un niño, inmóvil y aparentemente sin respiración, se hallaba dentro del tubo, posiblemente muerto. Habían llamado a la policía y no habían tocado nada. La zona estaba

acordonada, la policía científica trataba de encontrar alguna pista, pero aún no se había encontrado nada.

La única solución era que Daniel despertara y contara lo sucedido y arrojara alguna pista para atrapar al agresor.

Pero Daniel seguía inconsciente, con oxígeno y en la U.C.I. Jonathan y Melissa miraban a su hijo entre lágrimas. ¿Qué pasaría ahora?

****

Daniel había caminado de la mano con el chico de pelo largo. El que era como Larry.

El chico decía llamarse Jules, y adoraba los campos soleados, los lagos y la naturaleza en todo su esplendor. Allí, con Jules, en las praderas verdes bañadas de sol y con árboles frondosos, se estaba muy a gusto. Jules le daba confianza, no era como Denny, que había resultado ser una mala persona y le daba miedo. Jules era cariñoso e irradiaba tranquilidad.

Y además era como Larry, y Larry era su amigo y le quería. No sabía qué hacía allí en ese campo con el chico, pues al principio estaba aturdido. Había pasado de estar en un bosque mientras le ahogaban a estar en otro bosque donde se sentía sano y feliz.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —preguntó el niño confuso.

—Estás en mi zona… Digamos que te rescaté… Tengo una alianza con tu madre. Y esto era demasiado fuerte para dejarlo correr. No debiste fiarte de tu amigo, ni irte con él a espaldas de tus padres y Doreen. Fuiste muy insensato, Dan…

—¡Pero Denny me engañó! Creí que era mi amigo… Estaba muy asustado… —La voz de Daniel sonaba mustia y el niño miró cabizbajo al suelo. Jules le acarició la cabeza.

—Lo sé bichito, pero ya no tienes que temer nada. Todo se va a arreglar. Cuando despiertes, todo se arreglará poco a poco.

—¿En serio?

—Claro que sí… Bueno, Dan, supongo que querrás volver a ver a mamá y a papá ¿no? —Daniel y Jules paseaban de la mano por un campo lleno de margaritas, con un lago al fondo y una casa de dos plantas blanca, de dos pisos.

—Sí, les echo de menos… Aunque, ¿no podrían venir ellos aquí? —Jules sonrió.

—Me temo que no, pero tú puedes volver con ellos. Debes hacerlo, o tu madre nunca más podrá ser feliz. ¿Y tú no quieres eso, verdad?

—No, claro que no, Jules…

—¿Sí?

—Ya me acuerdo de ti. Eras el amigo de mamá. Venías a visitarnos

en Ohio. Yo era pequeño, pero ahora me acuerdo. Me comprabas dulces y me cargabas sobre tus hombros y cantábamos canciones. —Jules sonrió de nuevo.

—Sí, así es. Me alegro mucho que te hayas acordado. Lo pasamos bien, ¿eh?

—Sí, pero ahora conozco a un policía que se llama Larry y es igual que tú, solo que con más años… Es raro…

—Larry es mi hermano gemelo. Pero no debes decir nada sobre mí, excepto a tu madre.

—¿Por qué?

—Porque ella lo prefiere así y es mejor así. Cuando estés a solas con mamá, cuéntale que estuviste conmigo. Cuéntale que estoy bien, que velo por ella y que le sigo queriendo. ¿Te acordarás de decírselo? —Daniel asintió—. Bien, bueno, creo que es hora de que bajes, pequeño. Te echaré de menos. Pero tu lugar no está aquí, todavía… Dame un beso y un abrazo de oso. —Daniel sonrió. Jules se agachó y Daniel le abrazó. Jules le rodeó con los brazos largos y le estrechó contra él balanceándole de un lado a otro—. Te quiero, Dan… Acuérdate de mí de vez en cuando, ¿eh?

—Lo haré. —Daniel era feliz de nuevo. Jules le había salvado. Había perdido la conciencia, y de repente, en la oscuridad, notó a alguien que se echaba casi sobre él, un pelo suave cayéndole por la cara y un soplo de aire fresco, como una brisa. Entonces la vida volvió a Daniel. Y vio el campo soleado y paseando con Jules. Y la garganta ya no dolía ni ardía, ni sentía esa presión fuerte como si le fuera a reventar la cabeza.

Y lo siguiente fue sentir un vuelco, y despertarse de pronto con una exclamación e inhalando una gran bocanada de aire. Sus ojos se abrieron, y vio que estaba en una cama, en un hospital y con máquinas conectadas a su alrededor.

Y lo primero que oyó fue la voz congestionada de su madre.

—¡Daniel!

****

Bartholomew Canvass avanzaba más rápido de lo que muchos pensaban. Incluso para él mismo era casi un milagro lo bien que se había adaptado a casa y cómo muchos recuerdos le venían a la cabeza cuando veía una foto, un objeto o, simplemente, una película; algo de su vida anterior le venía a la cabeza.

Su maletín todavía estaba cerrado y olvidado en su despacho. Con los papeles de Elias dentro y sin que Jonathan supiera de la existencia de su hermano Carter y el peligro que corría.

Pero aquel día algo hizo clic en la mente de Bart.

Estaba sentado en el sofá del salón, con su mujer Bárbara. Estaban viendo una película de suspense. El protagonista estaba en peligro y su amigo, cercano e íntimo, era quién le estaba tendiendo las trampas, pero él no lo sabía. El abuelo sospechaba del chico y quiso avisar a su nieto, pero le dio un infarto antes de poder decir nada. Elias desconectó un momento de la película. Tuvo una sensación de *déjà vu*. ¿Dónde había visto él una cosa similar? ¿Sería un libro que leyó? ¿Otra película? ¿O la vida real?

Sentía que esa historia le era muy familiar. Alguien le había contado a él algo sobre un chico que podía estar en peligro. Y ese peligro era alguien cercano. ¿Amigo? ¿Hermano? ¿Qué era aquello que le venía a la cabeza pero no podía identificar bien?

—Barbara…

—¿Sí, cariño? —contestó Barbara, apoyando su mano en la de su marido.

—Esta película me recuerda a algo, pero no consigo identificar qué es…

—Dime, quizá pueda ayudarte…

—¿Te conté algo sobre alguien que estuviera en peligro? Antes de mi accidente…

—Pues… lo cierto es, que no… Pero eras muy privativo de tu trabajo y tus clientes. Muchas cosas te las guardabas para ti… No recuerdo que me advirtieras sobre nada así…

—Vaya…pues yo recuerdo algo de eso vagamente… Esta película me ha traído algo a la mente. Pero no sé qué es…

—Bueno cielo, date más tiempo, aún es pronto y estás haciéndolo muy bien. Seguro que te acordarás, quizá dentro de unos días. —Barbara le besó en la mejilla dulcemente—. ¿Te apetece un té? A estas horas te gustaba…

—Sí, claro, con leche y azúcar por favor…

—Como siempre entonces. —Barbara sonrió satisfecha. Se levantó y pasó por delante de la tele. Bart la siguió con la mirada y reparó en el mueble de caoba lleno de fotografías.

—Barbara… Tengo otra pregunta… Llevo un par de noches soñando con el hombre de esa foto de hípica. ¿Quién es? —Barbara se paró, miró a los cuadros del mueble y señaló una fotografía con un marquito dorado donde se veía a Bart con Elias, ambos sonrientes, pasándose el brazo por el hombro y con ropa de equitación. Polo de manga corta blanco con el escudo del club bordado en el pecho y pantalones caqui con botas altas negras. Estaban en el club de hípica y se veían al fondo un par de caballos color canela, y una amplia pradera de césped verde.

—Ah, este era cliente y amigo tuyo. Se llamaba Elias Thornton…

Murió el año pasado… Era buen hombre… Una pena lo suyo… Andaba muy solo, el hijo era un bala perdida… —Barbara suspiró y se marchó a la cocina. Había sido una pena lo solo que había muerto Elias, siendo tan buena persona. Muchas personas había comido con Bart y Barbara en casa o Elias les invitaba a su casa. Eran amigos, pero Elias solo le había contado su secreto a Bartholomew, y ahora Bart llevaba un par de noches soñando con Elias, que a varios metros de distancia, inalcanzable casi, le miraba preocupado pero sin decir nada.

Bart sintió otra vez esa sensación extraña de que tenía que recordar algo más. La foto de Elias le intrigaba. ¿Qué había pasado con Elias? ¿Por qué al mirar su foto sentía un nudo en el estómago? ¿Qué había pasado con Elias que parecía removerle todo? Bart se quedó pensativo. Algo no iba bien.

Tenía que recordar. ¿Pero qué?

****

Cuando Daniel se despertó y vio a sus padres, se echó a llorar. Brian le quitó la mascarilla de oxígeno y le puso en su lugar unas vías de oxígeno en las fosas nasales para que tuviera cierta libertad de movimiento y pudiera hablar más fácilmente. Melissa lloró también y abrazó a su hijo entre lágrimas y sollozos.

—Mi niño, mi pequeño… Creí que te había perdido. —Sollozaba Melissa.

—Mamá… Tuve mucho miedo. —Sollozaba Daniel mientras abrazaba a su madre con fuerza.

—Cariño, estamos aquí contigo y no te va a pasar nada malo, a partir de ahora todo va a cambiar —dijo Jonathan con voz emocionada. Abrazó a Melissa y a Daniel. Brian estaba conmovido, y Larry y Faith. Todos estaban en la habitación contemplando la escena.

—¡Qué alegría que estés bien cariño, nos has tenido muy preocupados! —Faith se acercó a la cama y abrazó a Daniel cuando sus padres le soltaron tras un buen rato abrazados. No querían abrumar al niño, pero la situación era tan emocionante y delicada que los abrazos y besos se necesitaban más que nunca.

—Daniel, querido, ¿cómo estás? —Larry se acercó, le abrazó y acarició la cara y se sentó en el borde.

—Tío Larry, ahora mejor, pero antes estaba muy asustado… Siento haberme ido sin decir nada. —Daniel empezó a llorar de nuevo.

—No, cariño, tranquilo, no pienses en eso —dijo Melissa cogiéndole de la mano y besándola.

—Tranquilo, Dan, no pasa nada ¿vale? Pero es muy importante que me cuentes qué te pasó. Quién te hizo esto… ¿crees que podrías contármelo?

—Quizá necesite descansar primero, Larry —comentó Brian—. El niño ha tenido una conmoción muy fuerte. Dan, ¿cómo te encuentras hijo?

—Estoy bien… Mejor ahora que estáis aquí… Pero tengo sed…

—Toma, cariño. —Jonathan corrió a preparar un vaso de agua y se lo llevó a Daniel, que bebió apresuradamente, aunque hacía un gesto de dolor al tragar.

—¿Te duele al tragar, Dan? —preguntó Brian.

—Un poco…

—Vamos a ver… —Brian se acercó a la cama de Daniel. Larry y Faith se apartaron, pero Jonathan y Melissa no se quitaron del lado derecho de la cama. Brian palpó los ganglios de la garganta de Dan, le hizo abrir la boca y le metió un tubito fino de goma con una luz. Melissa y Jonathan sufrían de ver a Daniel así. Se cogían de la mano y se miraban con angustia.

—Vale, está todo bien dentro de lo que cabe. La garganta está algo inflamada y enrojecida debido a la presión del estrangulamiento… —Melissa sollozó al oír esa palabra. Jonathan la rodeó con un brazo y la estrechó contra sí—. Te pondremos calor en la garganta y te mandaré un jarabe que suavizará las mucosas.

—¿Cuándo podré irme a casa? —preguntó Daniel ansioso.

—Bueno, quizá pasado mañana, ¿vale? Tienes que estar en observación un poco, pero pronto acabará todo este rollo. Prometido. —Brian le guiñó un ojo y despeinó el pelo de Daniel—. ¿Crees que te encuentras bien para contar a Larry lo que pasó? —Daniel asintió.

—Fue Denny. El empleado del McDonald's, el que lleva el tatuaje del trébol verde… —Brian de repente abrió los ojos como platos.

—¿Qué? Daniel ¿qué estás diciendo? —Brian se quedó boquiabierto.

—Que fue Denny…

—¿Qué pasa, Brian? —preguntó Larry intrigado. Todos miraban a Brian como si él tuviera más respuestas que Daniel.

—Denny es mi paciente. Se llama Dennis Reynolds. El trébol verde es por su padre Liam, que murió… Se suicidó, pero Denny se callaba cosas, se lo notaba. Me parecía algo intrigante y extraño, pero es mi paciente y mi deber es atenderle y escucharle.

—¿Sabes dónde vive, Brian? —preguntó exaltado Jonathan.

—Por supuesto. Tengo su ficha y sus datos personales.

—Pues tenemos que detenerle ahora mismo. Iré yo personalmente. Pero antes necesito escuchar toda la historia Dan, sigue contando por favor… —Apremió Larry.

—Nos hicimos amigos en el Mc y me regalaba juguetes. Un día dijo que podía darme un rodeo en su moto. Yo acepté… Sé que hice mal y lo siento… porque Denny me dijo que no se lo dijera a nadie. Que

aprovechara que Doreen estaba distraída con el móvil, y que el rodeo no duraría mucho, que dijera que había ido al baño. Allí, en el bosque, Denny me enseñó una jaula con hámsteres y dijo que eran para mí. Acaricié a los ratones, pero entonces me habló de que por culpa de papá su padre se había suicidado y él lo había pasado mal… Yo no entendía nada y estaba asustado… Entonces dijo algo y me apretó la garganta. Yo no podía respirar y me desmayé…

Todos se quedaron de piedra y boquiabiertos.

—¿Conocías a Liam Reynolds? —preguntó Melissa boquiabierta, mirando a Jonathan.

—Me temo que sí… Pero no es lugar ni momento para hablar de esto… —Melissa se soltó de la mano de Jonathan. El fuego hervía dentro de ella. Por culpa de algo que había hecho Jonathan, había cabreado a alguien y lo había pagado su hijo. Una ira y resentimiento empezó a adueñarse de ella. Jonathan la miró confuso y asustado. Intuía que la cosa iba a tener repercusiones.

—De acuerdo, muy bien Dan, ya tengo lo que quiero. Bien, vamos a detener a ese malnacido ahora mismo.

—Voy contigo, Larry… Tengo que verle… —Jonathan se levantó como el rayo. Él también hervía de rabia hacia Denny, que había hecho daño a su hijo aunque no tenía culpa de nada.

—Yo estaré aquí con Dan, no pienso apartarme de él… —musitó Melissa.

—Volveré lo antes posible, cariño. —Jonathan se inclinó y besó a Melissa y a Daniel. Los abrazó, aunque notó a Melissa cierta frialdad —. No me iría si no fuera necesario… Y vosotros estaréis bien aquí con Brian. Voy a matar a ese hijo de puta… —Jonathan se levantó y marchó con Larry. Faith tenía que volver a casa con los niños, que estaban con una vecina. Doreen había sido despedida por imprudente y no tener puesta la atención que debía.

Melissa se tumbó al lado de Daniel, en posición fetal, y cogió a su hijo de la mano.

—Volveré en un rato ¿vale? Subiré algo de cena y el jarabe. Voy a dar los partes de agresión a Larry. —Melissa asintió y Brian salió de la habitación.

Melissa volvía a sentirse segura ahora que tenía a Daniel vivo y estaba junto a ella, como siempre. De pensar que había estado a punto de perderle, se le salía el alma del cuerpo.

—¿Cómo estás, corazón?

—Mejor mamá… Siento mucho lo que hice… —Daniel todavía estaba asustado y lastimero.

—No pasa nada, cariño, lo importante es que estás bien y aquí a mi lado. Pero, por favor, Daniel, no vuelvas a hacer algo así… No soportaría perderte. ¿Me lo prometes?

—Te lo juro, mamá…

—Bien. —Melissa sonrió y abrazó a su hijo. Daniel se sentía a gusto en brazos de su madre. Había estado muy asustado con Denny, y ahora esa sensación de seguridad y cariño de su madre le envolvía. Entonces decidió hablar lo que había callado.

—Mamá…

—¿Sí, cariño?

—He visto a Jules… El amigo que nos visitaba en Ohio… El hermano gemelo de Larry. —Melissa se sobresaltó y se incorporó en la cama. Miró a su hijo con los ojos casi como platos.

—Daniel, ¿qué estás diciendo? —El corazón la latía a mil por hora —. ¿Cómo que viste a Jules?

—En un sueño… —Daniel no estaba muy convencido de hablar. ¿Era peor decírselo? Pero Jules le dijo que podía hacerlo… Solo que no esperaba que su madre se tensara tanto.

—Explícate —dijo Melissa nerviosa.

—Mamá, no sé qué pasó… Pero yo me desmayé y en un sueño vi a Jules. Íbamos de la mano y paseábamos por un bosque. Me desperté de repente tras lo que me hizo Denny. Jules me dio como aire… Sentía su pelo largo sobre mi cara. Y me dijo que te dijera que te quería y cuidaba. Pero que no querías que dijera que era el hermano de Larry… ¿por qué? —Melissa estaba estupefacta. Su cabeza se desbordaba. Demasiada información, demasiados hechos para procesar. Estaba sobrepasada.

—Dan… No se te ocurra contar nada de esto, ¿vale? Jules se mató con la moto cuando iba para Ohio a vernos… No quiero que Larry lo sepa y me vea como culpable. No quiero que las cosas se estropeen… Por eso nunca dije que conocí a Jules. Y tú no debes decirlo tampoco, ¿vale?

—Vale mamá, no te preocupes, no diré nada…

—Gracias, cariño… —Melissa besó la frente de su hijo—. Gracias por contarme lo de Jules. Él es nuestro ángel guardián y nos protege desde el cielo. No tienes nada que temer…

—No me da miedo… Pero Denny sí… Era malo… y yo creí que era mi amigo…

—Bueno cariño, papá y Larry se ocuparán de él. No tienes nada que temer. No volverá a tocarte nunca más. Ahora duérmete un poquito, ¿vale? —Melissa notaba que Daniel se caía de sueño. Y así fue, en cuestión de minutos Daniel se durmió.

Melissa supuso que sería por el estrés del día o por algún tranquilizante que Brian le había puesto en el gotero.

En la soledad de la habitación y con Daniel dormido, Melissa se echó a llorar. Pensó en Jules y en la profundidad de lo que había pasado, si es que no había sido un sueño lo que Daniel le había

contado. Pero Daniel no sabía que Jules era el hermano de Larry, y cuando conoció a Jules era muy pequeño y casi ni se acordaba de él. Además, Brian le había dicho que no entendía cómo Daniel no había muerto. La fuerza ejercida sobre el cuello había sido suficiente como para rompérselo, y para ahogarle más que de sobra. Daniel había estado muerto. Además, la pareja dijo que no se movía ni respiraba para nada. Pero algo pasó y Daniel volvió, debió ser Jules quién le empujó de nuevo a la tierra. No había otra explicación. Nadie nunca lo sabría. Ni siquiera Jonathan. Era demasiado increíble de creer, pero ella lo creía. El vínculo que había tenido con Jules había sido fuerte y ese amor había traspasado los dos mundos. Él seguía siendo un buen amigo incluso desde el otro lado. Había salvado a su hijo. Si no, ¿cómo explicar que Daniel siguiera vivo tras ese suceso?

Melissa llevaba el colgante de plata de Embry. Esos días no se lo había quitado. Lo apretó en su mano y miró al cielo con los ojos desbordados de lágrimas.

—Gracias Jules… Gracias… —Suspiró llena de emoción. Su pecho era un hervidero de emociones; tristeza, rabia, asombro y felicidad. Sintió que el pecho la iba a reventar de tanta emoción. Pero al final la tensión mental del día ganó. Y el sueño y cansancio también se apoderaron de Melissa, que quedó dormida abrazando a su hijo y con el colgante de plata dentro de su puño.

****

23:30 p.m. Comisaría de Nueva York. Departamento de Larry Minnesota

La sorpresa de la detención había dejado en shock a Dennis Reynolds, que se creía a salvo y fuera de toda sospecha. A las diez y media habían llegado a su casa tres policías y le habían detenido por el intento de asesinato de Daniel Hamilton Foster. Conducido a la comisaría, el malcarado de Larry Minnesota le había encerrado en una habitación con un fluorescente en el techo, una mesa y dos sillas. Un policía armado aguardaba en la puerta, por fuera y otro por dentro. Larry a un extremo de la mesa, Denny al otro, esposado, con las manos hacia delante y cara de hastío y cansancio.

—Bueno, te falló el plan, malnacido. El niño está a salvo y bien. Y tú aquí. Y me aseguraré de que te pudras en la cárcel el resto de tu vida. En la peor de las cárceles. Y con los peores compañeros. De eso me encargaré personalmente, para que tu vida sea un infierno cada día que pase… ¿lo entendiste? —Larry se inclinó y miró a Denny con

odio y asco. Sus ojos azules echaban chispas de odio. Pero Denny le miraba tranquilo porque ya tenía un plan.

—Lo que usted diga… Pero el trauma del crío será para siempre…

—No lo creo, él tiene más suerte que tú. Padres que le quieren y le apoyan. Ahora, con el verano y las vacaciones, se le pasará… A ti te veo peor, ya ves…

—Muy bien… ¿y qué más?

—Jonathan Hamilton quiere hablar contigo. —Larry se levantó de la silla e hizo un gesto al policía. Este abrió la puerta y Jonathan entró como una bala. Con su traje azul marino, la corbata suelta, los mechones de flequillo manchados de sudor y el gesto lleno de ira. Tuvo que controlarse porque sabía que si atacaba a Denny nada más entrar le agarrarían igual que a Melissa y no podría hacer nada.

Tenía que dejar que se confiaran y entonces saltaría sobre Denny como un león a su presa. Tenía que pegarle para descargar toda esa furia. Además notaba que ahora iba a tener a Melissa en contra. Y podía entenderla. Si él no hubiera sido tan mala persona en el pasado no habría cabreado a tanta gente. Y ahora no habría consecuencias.

Solo rezaba para no haberla perdido.

—Ahí le tienes, Jon… Todo tuyo… —Larry salió de la habitación con gesto duro y serio. Jonathan se sentó frente a Denny. Este le miraba con cierto aire de orgullo y triunfo. Jonathan apretó la mandíbula y le clavó la mirada, deseando matarle.

—¿Por qué tuviste que ir a por mi hijo? Es solo un niño… ¿Por qué no a por mí, maldito hijo de puta? —Denny rio irónicamente.

—Porque con tu hijo podía hacerte más daño. Además, yo también era un adolescente cuando tú me jodiste la vida. Me quitaste a mi padre. Sin él todo fue mal. Mi madre se echó a perder, yo sufrí maltrato… Todo gracias a ti. Todo por no aceptar la petición de mi padre, porque perder unos millones de dólares valía para ti más que una vida, ¿verdad? —Denny parecía extrañamente relajado. Tranquilo. Como si ya lo diera todo por perdido y le importara una mierda. Aun así, tenía cierta ira en la voz y la mirada al hablar con Jonathan. Y Jonathan le atravesaba con una mirada llena de ira y furia. Con sus mechones sobre la frente y la mandíbula tensa, el gesto duro, Jonathan parecía una fiera a punto de atacar.

—Eso no es excusa para engañar a un niño, llevarlo a un bosque y estrangularlo. Eres un monstruo, mucho peor que yo.

—No lo creo. Ya eres lo bastante monstruo para que te odien. Seguro que yo no seré el único que querrá hacerte daño. Al final tendrás que pegarte un tiro, suicidarte, como mi padre, para quitarte de en medio y dejar libre a tu familia.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Lo que oyes… Has sido un tirano, reconócelo. ¿Crees que la

gente perdona y olvida? Algunos puede que sí, pero los que son más fuertes querrán venganza y te harán daño con lo que más duele. Tu mujer, tu hijo… Aunque ahora vayas de padre y marido perfecto, nadie olvida que fuiste cruel y déspota antes de que tu mujercita apareciera en escena. El tiempo me dará la razón cuando veas que tu vida ya no es vida. La muerte será tu única salida, como lo fue con mi padre cuando tú no le dejaste opción…

—Cierra esa puta boca. No eres más que un amargado, resentido y un puto enfermo. Pero no me das pena. Puede que yo no me portara bien con tu padre, pero fue él quien eligió apretar el gatillo y dejarte. —Denny le fulminó con la mirada.

—¿Sabes qué? Tu hijo chillaba como una niña cuando le apreté el cuello… Hasta creo que se orinó encima… Has criado a un maricón de… —Denny no pudo hablar más. Al final Jonathan no había podido controlar más a la bestia de su interior. Saltó sobre la mesa y dio un puñetazo a Denny que le hizo echar la cabeza hacia atrás. El policía se quedó boquiabierto y corrió a coger a Jonathan, pero este tenía una fuerza del demonio y de un empujón se quitó al policía de encima, que cayó de espaldas al suelo, aturdido. Jonathan ganó un poco de tiempo y continuó golpeando a Denny, ahora tirado en el suelo con la silla también tirada patas arriba. Dándole puñetazos en la cara, insultándole a voces, sin poder parar.

Entonces entró Larry. Avanzó en un par de pasos, con sus piernas larguísimas no le costó nada.

—¡Jonathan, para! ¡Maldita sea, para, joder! —Larry cogió a Jonathan, le alzó con fuerza, y otro policía entró a ayudar.

—¡Déjame que mate a ese desgraciado! —bramó Jonathan forcejeando.

—Por Dios Hank, sácale de aquí… —dijo Larry hastiado. Hank sacó a Jonathan y Larry se quedó con Denny y el policía que estaba fuera, Andrew. Se dirigió a Denny con los brazos en jarra y suspirando cansado.

—No dejas de dar problemas, será mejor que te metamos en una celda. Ya hemos tenido bastante por hoy. —Denny estaba fuera de juego. Con la cara ensangrentada, la nariz rota y un pómulo rajado. Jonathan se había despachado a gusto. Larry le levantó del suelo—. Andrew llévate a esta escoria a la enfermería y luego encerradlo. Voy a disponer todo mientras.

—Sí, señor —contestó Andrew. Se llevó a Denny, que estaba aturdido y dolorido. Esta vez no tenía ganas de hablar ni de hacer nada. O eso parecía.

Cuando Larry salió de la oficina se encontró con Jonathan en el pasillo.

—Será mejor que te vayas a casa, Jonathan. O al hospital con

Melissa y Daniel. Aquí ya no haces nada. Tenemos los testimonios y lo de Denny ya va encarrilado.

—No me digas que no se lo merecía, Larry —dijo Jonathan aún jadeante.

—Claro que sí, pero ya tendrá su merecido. Me voy a encargar de que le hagan la vida imposible en prisión. Ya se lo advertí.

—¿No saldrá de la cárcel, verdad? Porque ese tío es un peligro, volverá a intentar a hacer daño a Daniel. No me fío de él, Larry… —Se oyó un disparo en la lejanía. Larry y Jonathan se sobresaltaron un segundo. Se miraron confusos. Pronto se enteraron de lo sucedido. Denny había cogido en un momento el arma de Andrew de su cintura y se había pegado un tiro en el pecho. Había caído muerto, fulminado en el acto. Al policía no le dio tiempo ni a reaccionar. Denny había sido rápido. Demasiado rápido.

Estaba claro que lo tenía preparado. Su plan era suicidarse si le cogían. No podía soportar una vida en la cárcel, acosado, humillado. Otra vez no.

—Ya no te molestará más —dijo Larry con un hilo de voz, todavía confuso.

El cúmulo de estrés no podía ser mayor. Había desbarrado el límite de lo normal. Aquel día había sido el más estresante que Larry recordara. Y Jonathan… bueno, Jonathan ya no podía más con la vida.

Y aún quedaba lo peor.

****

Al día siguiente Melissa se enteró del destino de Denny. Y se alegró. Con un peligro así fuera de juego, podían respirar tranquilos. Jonathan también estaba encantado con el suicidio de Denny. Era un demente y un asesino, y lo que quiso hacer a Daniel se salía de todo límite. Nadie lamentó su final. Aunque daba cierta pena cómo aquel chico se había echado a perder y había acabado igual que su padre, con un tiro que le arrancó la vida. Y por su propia mano.

En el hospital, Carter se había presentado para ofrecer su apoyo y traer a Daniel un huevo de chocolate y un libro de aventuras de Julio Verne. Daniel lo agradeció. Le iban a dar el alta al día siguiente. Estaba fuera de peligro, y, después de varias pruebas, no había motivo de preocupación ni de que su estancia tuviera que alargarse más.

Larry se había quedado en la comisaría arreglando papeleo y gestiones por el suceso de Denny con Daniel. Y el suicidio de Denny. Brian estaba pasando consulta a esas horas de la mañana. Así que Carter y Jonathan eran los únicos que estaban con Melissa y Daniel.

Faith quiso pasarse, pero Rosie tenía anginas y estaba en casa, así

que Faith no pudo salir. Ya no se fiaba de contratar canguro, después de ver la incompetencia de Doreen.

Melissa seguía fría con Jonathan y el miedo se había instalado en su interior. Jonathan no podía soportar más la mirada esquiva, que no le sonriera, y quiso hablar con ella.

—Carter, ¿te importa quedarte con Daniel un rato? Necesito hablar con Melissa…

—Claro, yo me quedo con Daniel, ve tranquilo. —Le sonrió afable. Se volvió a Daniel, que jugaba entretenido a matar monstruos de un castillo medieval, apretando los botones.

—Acabo de pasar al nivel tres —dijo sonriente.

—Yo llegué al nueve, a ver si me superas —le retó Carter con una sonrisa.

Jonathan fue hacia el otro extremo de la habitación, donde Melissa ponía unas flores en agua.

—Melissa, ¿podemos hablar fuera por favor? —Dijo él casi tímidamente. Melissa le miró, tras colocar las flores, y se secó las manos en una toalla pequeña.

—Sí, claro… —musitó. Jonathan y Melissa salieron fuera de la habitación. Anduvieron unos pasos y se metieron en una habitación anexa que era una sala de espera, con asientos de plástico azul y una televisión en un extremo. No había nadie más.

—Melissa, ¿qué te pasa? Desde lo de Daniel te noto fría conmigo y antes no eras así… Estoy preocupado… —Jonathan miraba con preocupación a su esposa. Sus ojos azules se tiñeron de preocupación. Melissa le miró y sintió lástima, pero todavía no podía perdonarle.

—Jonathan, siento decirte esto, pero… nuestro hijo estuvo a punto de morir, y solo pienso en ese tal Denny que casi lo mata, y que lo hizo solo para vengarse de ti. No porque seas rico, ni guapo, ni famoso, ni porque tengas familia… sino porque quiso devolverte el dolor del alma, que es el peor que puede haber… Tú negaste la ayuda a su padre… Si le hubieras ayudado, no se habría suicidado, y Denny no habría acumulado ese odio, ni habría querido vengarse de ti. Ahora sé que lo de la moto fue cosa de Denny. Larry me enseñó la foto de la moto de Denny, y la he reconocido como la de aquella noche. No fue un accidente, sino un acto deliberado. Y sí, pienso que es por tu culpa… Por haber sido esa persona que fuiste en el pasado… —Jonathan sintió que le apuñalaban el corazón.

—Melissa, por favor… te suplico que no pienses así de mí. No quiero que me odies… ahora no, por favor… ahora que os he recuperado a ti y a Daniel… —Jonathan estaba aterrorizado. El corazón le latía a mil por hora, la voz le temblaba y había empezado a sudar. Miraba asustado a Melissa, que le devolvía una mirada triste y rencorosa. No quería hacerle daño, pero se lo hacía.

—No te odio, Jonathan… pero ahora mismo estoy muy confundida… No tenías derecho a ser tan cruel… Ahora no sé qué pensar… ¿seguimos en peligro? ¿O se acabó todo? ¿Habrá otro Denny esperando para atacar? No puedo evitar responsabilizarte de esto. De que mi hijo esté en peligro… ¿te das cuenta de lo que hiciste por ser como eras?

—Melissa, no estás siendo justa… —Jonathan se sintió más herido que nunca. Melissa no estaba de su parte. En vez de estar unidos afrontando el temporal, ella había construido un muro y le había dejado fuera. ¿Era su primera crisis? ¿O era el principio del fin?

—Oh, créeme que sí… Me dijiste miles de veces que en el pasado fuiste cruel y mezquino porque no soportabas estar sin mí y porque todo lo que te rodeaba era frío e inhumano, pero ¿estás seguro de que era así? ¿O era así como tú lo percibías? No creo que el padre de Denny te hiciera tanto daño como para que fueras cruel con él… El haberme perdido no te daba carta blanca para hacer daño, Jonathan… Yo también te perdí y nunca fui así…

—No tienes ni idea de lo que era vivir en mi piel. En mi mundo. Tú eras feliz en Ohio con tu familia y Daniel. Yo no tenía a Daniel, ni a ti…ni siquiera tenía familia… Para ti fue mucho más fácil… —Jonathan había pasado de la tristeza al orgullo herido.

—¿Cómo? —Melissa le miró boquiabierta y herida—. ¿Crees que para mí fue fácil? ¿Tener a Daniel sin su padre? ¿Criarle sin ti, viéndote en su cara cada día? Pues no lo fue… Aunque tuviera a Nana, Fred… no estabas tú y eso era suficiente para que nunca pudiera ser feliz completamente. Luego supe por noticias que eras famoso en los negocios, y esa prensa amarilla diciendo que los ligues no te duraban más de un mes… ¿Crees que me sentí bien sabiendo cómo eras? ¡Ver que el padre de mi hijo estaba echado a perder! Eso me destrozó. Pero yo no enseñé a Daniel a ser cruel y rencoroso solo porque yo tenía mi propio dolor… Le hubiera hecho un infeliz…

—Vaya, muchas gracias, Melissa… —dijo Jonathan con cierta ironía.

—¿Y qué quieres? ¿Qué quieres que te diga? —Ella echaba chispas.

—Cuando hablamos sobre ello, cuando te conté todo, parecías más comprensiva. Me apoyabas y entendías. ¿Mentías antes o mientes ahora?

—Jonathan, ¡nuestro hijo ha estado a punto de morir! —gritó ella al borde de las lágrimas—. ¡Y todo por un chalado que te odiaba por haberle arruinado la vida con su padre! ¿Se ha acabado? ¿O va a aparecer otra persona así el mes que viene, o la próxima semana o mañana? ¿Cómo sé que Daniel no sigue en peligro? Desde que vinimos aquí, de un tiempo a esta parte no nos han pasado más que desgracias. ¿Crees que es casualidad? Porque Larry me dijo que cree que alguien

quiere hacernos daño…

—Fue Denny el que hizo todo eso, ¡maldita sea! Y ya está muerto, así que claro que se ha acabado. ¿Por qué insistes en querer verlo todo negro? Protegeré a Daniel aún más. He contratado a un guardaespaldas, se acabaron las niñeras. Estará vigilado en todo momento.

—¿Y crees que un guardaespaldas es la solución? Me duele la sola idea de pensar que mi hijo tiene que tener un vigilante pegado a su espalda. Quiero darle una vida normal, con amor, una familia, con sus amigos… No quiero que crezca con miedo y sintiéndose especial, pero de mala manera.

—Tener un guardaespaldas no es algo malo, Melissa. Es protección, y mucha gente si pudiera permitírselo, tendría uno.

—Todo lo reduces al maldito dinero. ¡Estamos hablando de nuestro hijo! ¿No te das cuenta de que lo han podido matar? —Melissa estalló en sollozos. Hablar con Jonathan era como chocar contra una pared, sentía que no tenían comunicación y que algunos lazos se habían roto y eso llenó aún más de dolor y pena a Melissa, que ya estaba hecha trizas. Jonathan estiró las manos para tocar a Melissa, abrazarla, pero ella estaba tan frustrada y enfadada, que le apartó de un manotazo—. ¡No me toques! —Jonathan se quedó perplejo. La miró con ojos como platos y parpadeó. ¿Qué les estaba pasando?

—Melissa. —La voz de Carter se oyó detrás. Melissa se volvió. Carter estaba en la entrada de la puerta. Parecía tranquilo, pero con cierta precaución de meterse en medio—. ¿Por qué no vamos un momento a la cafetería a tomar algo? Jonathan, Daniel preguntaba por ti…

—Ahora mismo… —Jonathan pasó como el rayo por el lado de Melissa y salió de la habitación. Melissa se quedó de pie, sollozando. Carter se acercó despacio, con cara de preocupación.

—Melissa, tranquila, tu niño está muy bien. No pasará nada malo, tranquila ¿vale? —Carter rodeó los hombros de Melissa. Él sonrió por dentro. Ya se la estaba ganando. Le recordó a Shannon… Tan dolida, sola, triste y vulnerable. Tan hermosa y expuesta. La presa más fácil.

—Carter… —Melissa rompió a llorar desconsoladamente. Ya no podía más con el dolor y Carter estaba ahí, tan amigable, paciente, dulce… No hizo falta decir o hacer más. Carter la abrazó con fuerza.

—Shhh, tranquila… verás como todo pasa… —Melissa abrazó a Carter fuerte. Necesitaba aferrarse a algo o alguien para no caerse al suelo. Sentía su cuerpo frágil y la cabeza se le iba. Demasiadas emociones. Y ahora que sentía a Jonathan lejano, su mundo estaba empezando a caer sobre ella. Se aferró a Carter y lloró. Y Carter la abrazó, sonriendo con malicia dentro de sí mismo.

«Qué fácil está siendo todo», pensó. Disfrutaba al ver a Jonathan

con su mujer en contra. Su amor tan idílico en la cuerda floja, y donde antes había besos y sonrisas, ahora solo había reproches y lágrimas. La vida de Jonathan volvía a tambalearse y Carter se aseguraría de dar el golpe final para que Jonathan cayera de una vez por todas y para siempre. De ese golpe no se levantaría.

Y se llevaría por delante a quien hiciera falta.

****

Dos semanas después

Solomon Bradis era lo que la abuela Nana habría llamado «un gigante negro de dos metros». Sin ánimo de ofender. Pero la abuela Nana era así de espontánea y sincera. A Melissa le pareció bien que Daniel estuviera más protegido por alguien así que por una chica delgada y menuda que estaba más pendiente del móvil que de cuidar a un niño.

Ahora Doreen era persona non grata para Melissa y Faith. Y Solomon, con su metro noventa y cinco y su corpulencia había ocupado su puesto. A Jonathan no le costó encontrarle, aunque Melissa no sabía de dónde le había sacado, solo sabía que Jonathan era bueno para conseguir lo que quería.

Solomon y Daniel hicieron muy buenas migas, y Daniel volvía a ser ese niño alegre y despreocupado. Volvió al colegio, con Rory y otros amigos, y aunque alguna noche tenía alguna pesadilla, Melissa le calmaba y llenaba de amor, y Daniel volvía a ser el de siempre. No parecía traumado. Quizá si hubiera estado secuestrado, encerrado… pero, por suerte, todo había empezado y terminado en cuestión de horas.

Aun así, Melissa no podía olvidar. Pensaba en si las cosas hubieran salido de otra manera. Si hubiera sido como esos otros casos en los que secuestran niños y están desaparecidos durante años, o nunca más se vuelve a saber de ellos, o a lo peor, aparecen muertos y descuartizados. Lo peor era que Melissa pensaba en si eso podría pasar en un futuro. ¿Y si alguien volvía a hacer daño a Daniel? ¿Y si la próxima vez pasaba como en esos casos? Que Daniel no volviera, que lo mataran o que desapareciera y Melissa toda su vida se preguntara si su hijo estaba vivo o muerto, dónde, con quién y en qué condiciones…

Y por culpa de Jonathan y lo que había hecho en el pasado, que repercutía en el presente.

Ahora miraba a Jonathan con cierto recelo. Lo cierto era que las cosas entre ellos no iban nada bien. El sexo brillaba por su ausencia, y, aunque en presencia de Daniel guardaban las apariencias, cuando

Daniel no estaba, Melissa volvía a ser fría y distante con Jonathan. No intencionadamente, es que no podía sentirse con él de otra forma. Le culpaba. Y no podía verlo de otro modo, al menos de momento.

Una noche que Daniel se acostó temprano tras una tarde agotadora de deporte, Jonathan no pudo más. Melissa cargó el lavavajillas y Jonathan entró en la amplísima cocina.

—Melissa, no puedo más con esto… —Sonaba cansado. Melissa cerró el lavavajillas y se giró. Vio a un Jonathan cansado, triste, apoyado con la cadera en el bordillo de la mesa encima. Las palmas apoyadas en la encimera. Los mechones de cabello cayéndole por la frente. Le dio hasta pena. Pero entonces recordaba a Daniel y volvía a culparle. Cuando recordaba el cuello blanco y delicado de Daniel, hinchado y con moretones. Daniel inconsciente. Daniel casi muerto. Muerto y traído de vuelta por algún ángel milagroso. Quizá Jules y su promesa, quizá Dios, pero desde luego el rescatador no había sido Jonathan.

—Yo tampoco… y lo siento… lo siento de verdad, Jonathan… Pero es que desde lo de Daniel, no consigo ser la que era…

—Todavía me culpas ¿verdad? —Ella apretó la mandíbula y desvió la mirada, incómoda. Su silencio ya era una respuesta.

Jonathan bajó la mirada al suelo, lleno de pesar. Suspiró.

—Será mejor que me vaya de momento… Aunque sea unos días o unas semanas… Le diremos a Daniel que es por trabajo, ¿vale? —Melissa sintió una puñalada en el pecho. Eso no es lo que ella quería ni mucho menos. ¿Lo había hecho Jonathan por llamar la atención? ¿Para hacerla reaccionar? Pues lo había conseguido, demonios.

—Jonathan, yo no he dicho que tengas que irte.

—No, pero no en realidad te gustaría no verme. Seamos realistas, Mel, casi ni me miras a los ojos. No quieres ni que te toque y mucho menos me tocas tú a mí… Desde esa discusión en el hospital, no hemos arreglado nada. Ya no sé cómo pedirte perdón y decir que haré todo lo posible para que a Daniel no le pase nada. Pero para ti no es suficiente. En estas condiciones sería mejor darnos un respiro, puesto que mi presencia te incomoda…

—Jonathan, Daniel estuvo al borde de la muerte. Eso marca un antes y un después. Sé que quieres a Dan, pero yo lo he criado desde que nació, he estado con él siempre, entiende que para mí duela más perderle. Y más por la razón que fue…

—No puedo creer que me digas eso… —Jonathan la miraba boquiabierto y dolido. Otra vez volvían a lo mismo. Incomunicación. Reproches—. Yo soy su padre, ¿recuerdas? Y si no lo supe antes y le metí en mi vida es porque tú no me buscaste para decírmelo. Si acaso, yo también podría echarte la culpa de ciertas cosas…

—¿Ahora sales con eso? ¿Qué madre hubiera sido yo si hubiera

dado a conocer a mi hijo un tan padre tan frío e insensible como eras? ¿Eres consciente de lo que salía de ti en los medios? Hay cosas que ni Daniel sabe… —El tono de Melissa estaba lleno de rencor—. Quise ahorrarle sufrimiento. Verte con ligues de meses, fotos de paparazzis con niñatas en cenas, fiestas… —Melissa suspiró.

—¿Otra vez aquello? ¿Es que no escuchaste nada de lo que te expliqué? ¡Para mí no significaron nada!

—Pues qué bien entonces, ¡perder el tiempo con nada! Has tenido un pasado increíble, Jonathan. Pero tranquilo, como eres el macho, estás justificado. Eres un hombre, claro, tenías tus necesidades, ¿no?

—No me creo lo que oigo. ¿Esto es por Daniel o es porque estás celosa por esas mujeres de mi pasado? —Melissa sintió que la abofeteaban. Lo cierto era que le dolía el pasado de Jonathan. Y siempre la dolería, solo que procuraría no revelarlo ante Jonathan.

—No seas ridículo, claro que es por Daniel. —Melissa le contestó con socarronería—. ¿Crees que yo no tenía pretendientes? Podría haber sido la mayor zorra… pero elegí ser buena madre y centrarme en lo que quería. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que tu pasado repercute en el presente de Daniel y ahora lo está pagando tu hijo. Casi lo matan, y esos moretones… Lo que hizo ese tal Denny fue demasiado… Ahora Dan podría estar bajo tierra, ¿te das cuenta?

—¿Cuándo te has vuelto así? Ya no te reconozco…

—¡Cuando casi matan a mi hijo por culpa de ese maldito loco de Denny Reynolds! ¡Por culpa de tu pasado de macho triunfador y aplastador de vidas!

—¡¿Te crees que yo no me sentí morir de verlo casi muerto en el hospital?! —gritó Jonathan tan airado que hasta Melissa retrocedió un par de pasos.

—No cuestiono eso. Lo único que digo es que, puesto que me reprochas que no te avisé, solo te digo que no creí que fueras buena influencia para Daniel. No quería que le hicieras daño. Pero veo que no ha servido de nada… ha sufrido igual.

—Daniel se ha recuperado y está bien, ¿por qué sigues queriendo complicar las cosas? —Melissa no contestó. Resopló y miró a otro lado, con sarcasmo.

—Lo único que sé es que tu pasado ha repercutido en el presente de Daniel, y quién sabe si volverá a repercutir…

—Melissa, estoy avergonzado de mi pasado. Te juro que daría lo que fuera por cambiarlo, pero no puedo. Las cosas salieron mal, no me siento orgulloso de cómo fui, pero estaba perdido sin ti, lleno de pesar y dolor…

—¡Y yo también Jonathan! Pero no elegí ser una zorra… Yo te esperé a ti, tú sin embargo… —Melissa no continuó. La seguía doliendo que Jonathan se hubiera ligado a otras, que se hubiera

acostado con otras mientras ella solo se había acostado con él y no había tocado a más hombre, salvo aquel beso robado de Jules. No quería pensar en eso, en Jonathan con otras mientras ella le había sido tan fiel. Ahora que estaba tan sensible, ya todo la dolía. Hasta cosas que creía que no la importaban mucho—. Vale, déjalo… no quiero hablar más, no nos hagamos más daño con las palabras, por favor. —Melissa se dio la vuelta y empezó a doblar unos paños de cocina. No quería sacar más el tema y agobiarse más. Jonathan la observó y vio que esa conversación no iba a arreglar nada.

—Vale, no te preocupes, nos daremos un tiempo… Y si después vemos que la cosa no funciona, quizá deberíamos separarnos… No quiero vivir con una persona que me odia, y está claro que tú… —Jonathan la echó una última mirada de tristeza y cierto reproche y salió de la habitación.

Melissa estaba en shock. El corazón se la encogió y la latía a mil por segundo. Quería llorar, pero estaba tan enfadada y confundida que eso la dio fuerzas para no romper a llorar.

Subió las escaleras y fue a la habitación que compartía con Jonathan. Le vio echando ropa con furia a una maleta negra con ruedas que había puesto sobre la cama. La luz de luna entraba por la cristalera de la terraza y la brisa soplaba, moviendo las cortinas blancas de seda. Muchas noches habían estado así, abrazados en la cama, besándose, desnudos después de hacer el amor varias veces. Y ahora el mismo escenario, pero para distinta escena. No sabía qué decir o hacer. No quería que se fuera, pero tampoco que se quedara. Y las cosas estaban tan mal, que casi era mejor no decir nada. Su cabeza le hervía y el corazón le dolía. Quería insultarle y pegarle, y su mente le decía que le mandase al carajo, pero a su corazón aún le importaba y no quería perderle.

Cuando Jonathan terminó de guardar su ropa, cogió la maleta y miró a Melissa, que estaba apoyada en el marco de la puerta, mirándole y en silencio.

—Me marcho al apartamento que tengo en Brooklyn. Ya sabes la dirección y el teléfono. Llamaré para hablar con Dan.

—De acuerdo… —musitó ella mirando al suelo. ¿Qué más se podía decir? Jonathan pasó a su lado con la maleta y las llaves del coche.

—Adiós… —Melissa quiso llorar, pero se mantuvo firme. Jonathan pasó a su lado, bajó las escaleras y salió de casa. Melissa se había mantenido quieta, de pie, en la misma posición, como petrificada. Había oído las ruedas de la maleta de Jonathan rodando por el suelo, había olido el perfume que Jonathan había dejado en el ambiente al irse. Y ahora él ya no estaba. En un momento estaba y ahora ya nada.

Había empezado a llover al rato. Melissa vio la lluvia golpear el cristal de la terraza. Recordó la canción *Cry me a river*, que ella y

Jonathan escuchaban en la cama, junto con otras, y ella también empezó a llorar. Las lágrimas mojaron sus mejillas. El corazón la dolía tanto que sentía que se ahogaba. Un nudo la atenazaba la garganta. Se echó a la cama a llorar.

Por todo. Por cómo las cosas se habían complicado. Por lo que Denny había hecho a Daniel. Porque Jonathan había mencionado lo de separarse. Porque Jonathan se había ido. Porque todo era un caos.

La nueva vida en Nueva York no estaba resultado fácil ni alegre. Era un desastre. Era peor que aquellas primeras semanas en Hamilton House cuando Melissa llegó y tuvo que ganarse la confianza y el afecto de Jonathan. Y conseguir sacarle de la silla, algo que en un principio parecía difícil de conseguir. Todo un reto. Pero pudo con ello. Sin embargo, ahora volvía sentirse al principio del camino, con otro reto y llena de miedo e inseguridad.

Volvía a sentirse sola y llena de pesar. Como cuando tuvo el aborto y ella y Jonathan se separaron momentáneamente. Otra vez había vuelto a pasar.

¿Pero se arreglaría esta vez?

****

—Claro que no —sentenció Brian. Melissa le miró con ojos preocupados. Ambos estaban tomando un té helado en una cafetería de la quinta avenida.

—¿No? —preguntó Melissa temerosa.

—No, Melissa. No creo para nada que Jonathan quiera un divorcio. Realmente esto que ha hecho es una llamada de atención, y también un punto de inflexión. Si estar juntos os va a dañar más, no es tan malo pasar unos días separados, reflexionando, pensando en los errores y en cómo enmendar situaciones. Solo han pasado dos días. Seguro que después de este fin de semana arregláis las cosas, ya verás… No podéis estar separados, os queréis demasiado. —Brian sonrió y alargó una mano, con la que acarició la de Melissa, más suave y pálida. Ella le devolvió una sonrisa más débil.

Su amiga no tenía buena cara. Estaba pálida, ojerosa, y tenía la típica cara de quien se ha pasado horas llorando y ha dormido mal. Como psicólogo, sabía escuchar y aconsejar, y también ver los signos. Tras cientos de casos, ver a Melissa demacrada y pálida no era nuevo para él, y no le hizo falta preguntarle.

—Yo también me he pasado, supongo… He dicho cosas que no son propias de mí. Nunca he sido así…

—Pero lo de Dan ha sido muy fuerte. Algo así puede cambiar a las personas. Añadir tensión y bueno, lo que os está pasando, es normal, dentro de lo que cabe… Es una fase, pero la pasaréis… —Melissa miró

a los ojos de Brian. Vio sinceridad. Siempre le ayudaba y aconsejaba en los momentos más bajos. Y lo del aborto, su punto más débil, había resultado más llevadero gracias al apoyo de Brian. Todavía se acordaba a veces. Si habría sido niño, o niña, y qué aspecto habría tenido.

No habían buscado intencionadamente tener otro niño por el momento, pero, según los médicos, Melissa podría volver a quedarse embarazada sin problema. Ahora resultaba triste pensar eso con Jonathan y ella separados.

Se sentía fracasada y perdida. ¿Cómo se iba a arreglar algo así? No era una cuestión de ceder. Jonathan estaba dolido y no podía cambiar su pasado, así que era el turno de Melissa para ceder y perdonar. Pero aún no podía. Seguía viendo a Daniel como la víctima y a Jonathan como el culpable.

Si hubiera tratado bien al padre de Denny, no hubiera pasado nada y Denny no habría buscado venganza.

—Esperad unos días, calmaos, y luego hablad con tranquilidad. Las cosas se ven mejor en frío.

—Gracias, Bri… —Melissa cogió la mano de Brian y se la estrechó. Era bueno tener apoyo y un amigo en un momento tan triste—. Pero mientras, tengo dentro de mí un dolor que no se me va…

—Es normal, porque todo está muy reciente aún. Pero se pasará… Como cuando luce el sol tras la tormenta. —Sonrió y Melissa también sonrió. Entonces se levantó de la mesa.

—Bueno, creo que me iré a casa. Tomaré un baño y descansaré un poco.

—Me parece un plan perfecto, Mel —dijo Brian afablemente.

—Gracias por estar siempre a mi lado… —Melissa le miró con amor y abrazó a su amigo. Brian la estrechó con fuerza. Cerró los ojos y quiso que el abrazo durara para siempre. Todavía quería a Melissa. No como amiga, sino como mucho más… Deseaba estar en el puesto de Jonathan. Ser su marido y compañero de viaje. Pero Brian bien sabía que la crisis de Melissa y Jonathan era pasajera, y que nunca podría tomar el puesto de su amigo. Melissa le llevaba en el corazón, pese a que en esos momentos pareciera que todo estaba perdido.

Juntos salieron del local, cogidos de la mano. Para quienes les vieran, pensarían que eran pareja, amigos o familiares. Para Melissa era como un hermano que la daba afecto y apoyo en un momento oscuro. Para Brian, era como vivir en otra realidad, donde Melissa era su amor y caminaban juntos por las calles de Nueva York. Ese pequeño gesto de ir cogidos de la mano calmó su sed, aunque todo era una ilusión. Al final del día Melissa seguiría queriendo a Jonathan… ¿no?

****

Jonathan decidió marcharse a Hamilton House.

No soportaba quedarse en la ciudad. Dejó su trabajo hecho y dejó a cargo de Carter unas cuestiones de contabilidad.

Ni siquiera aguantaba estar en la misma ciudad que Melissa, tan cerca de ella pero tan lejos.

Condujo solo hasta que llegó a su finca en Long Island. Majestuosa, grande, pero vacía y solitaria sin Melissa y Daniel.

Era desalentador volver solo a Hamilton House. Le recibió el silencio y la grandeza de la casa, que hacía a Jonathan sentir aún más la sensación de soledad.

Echaba de menos oír el taconeo de Melissa, las risas de Daniel, el sonido de sus zapatillas de goma corriendo. Cuando la familia había venido, la abuela Nana cocinando postres y ese aroma a pastel caliente recién hecho, las conversaciones, el calor humano.

Todo era frío y quedo, y Jonathan se sintió cada vez peor.

Pero era verdad lo que Melissa le había dicho. Era verdad lo que le reprochaba. Aunque le doliera, sabía que Melissa tenía toda la razón al enfadarse y estar molesta. Daniel podía estar muerto. Habían sido ya dos veces. Primero la moto que casi le atropella, y luego el incidente en el bosque donde encontraron a Daniel dentro de la tubería de alcantarilla. Y eso había roto todos los esquemas. Su hijo frágil, inocente, inconsciente en la cama del hospital con moretones en su cuello blanco y pequeño. Melissa llorando continuamente, sufriendo a cada segundo.

Ella, que le había dado una vida tranquila y feliz en Ohio, cuidándole todos esos años y haciendo a Daniel una buena persona. Y ahora Jonathan los llevaba a Nueva York y todo cambiaba. A peor. Tiraba por tierra todo el buen hacer de Melissa.

Pero no había sido su intención hacer daño a Daniel y ponerle en peligro. Le quería con todo su ser. Ya le quería desde que le vio por primera vez en el ordenador hacía un año, cuando aún no sabía que era su hijo pero algo le atraía de él profundamente.

Quería darle una vida de lujos, comodidades y oportunidades. Pero esa vida tenía un precio, y más siendo Jonathan Hamilton quién la ofrecía.

Su pasado había sido deshonroso, y él no había sido buena persona. Había hecho daño y eso se pagaba tarde o temprano. Jonathan se arrepintió de haber sido tan despreciable. Pero no podía reparar ese daño, no podía volver al pasado y cambiarlo, solo podía ser mejor persona en su presente y en el futuro.

Jonathan sintió que la ira, la frustración, la soledad y la tristeza hacían un cóctel explosivo de dolor en su interior. Necesitaba estallar,

liberar todo ese dolor.

Y empezó a tirar los libros de la estantería del salón. Muchos eran de la época de cuando era adolescente. Su padre compraba libros frecuentemente y disfrutaba de la lectura en soledad. Jonathan pensó que los libros eran una buena opción, ya que no se rompían y podía volver a colocarlos.

No tenía ganas de destrozar la casa y romper piezas de arte valiosas ni objetos comprados por Melissa.

Y así fue como Jonathan empezó su particular batalla, descargando su ira y frustración con los pobres libros.

Entre gritos de dolor y lágrimas en los ojos.

Y cuando no pensaba que su día pudiera empeorar más, empeoró.

Pero Jonathan aún no lo sabía.

Un libro gordo y azul que trataba sobre el explorador perdido Percy Fawcett y que se cerraba con un sistema metálico como el de los diarios secretos, aterrizó en el suelo con fuerza. Al caer sobre el suelo, el cierre se abrió y de su interior salió un folio blanco doblado.

Jonathan reparó en la hoja de papel y, con curiosidad, se agachó y la recogió. Le pareció increíble que al estampar el libro contra el suelo hubiera roto el cierre. Examinando el libro, comprobó que se trataba de un libro antiguo y el cierre no era tan fuerte como parecía, aunque había servido para mantener el libro cerrado e imposible de abrir manualmente. Y con esa hoja que llevaba dentro, hacía todo más misterioso.

—¿Qué puñetas es esto? —La desdobló con cuidado y quiso saber qué ponía. Su padre debía haber guardado ahí ese papel, aunque le extrañaba que lo hubiera escondido dentro de un libro en lugar de meterlo en una carpeta, como hacía con el resto de sus papeles.

Lo primero que vio fue el membrete de un laboratorio de Nueva York. La fecha era de hacía más de veinte años. Jonathan frunció el entrecejo. La curiosidad había aplacado momentáneamente su ira.

Empezó a leer. Cuanto más leía, su corazón más palpitaba. Las náuseas le invadieron, un nudo le atenazó la garganta. No podía creérselo, o no quería creérselo.

Estaba saturado, agobiado, creía que la cabeza le iba a reventar de pensamientos.

El informe de laboratorio revelaba que George Hamilton no era su padre biológico. No tenían ningún parentesco.

Jonathan sintió que la tierra se abría bajo sus pies.

¿George no había sido su padre biológico? ¿Entonces quién era? ¿Dónde estaba?

Sus padres eran los únicos que podían saberlo, y ambos estaban muertos. Ni siquiera su madre le había dicho nada nunca.

No era un Hamilton, sino un bastardo.

El corazón de Jonathan se cubrió aún más de dolor. Le faltaba el aliento. Cayó desplomado al suelo, se quedó de rodillas sentado, rodeado de libros desparramados alrededor de él. El corazón le latía desbocado y sintió que no podía moverse. Las emociones eran demasiado fuertes y le habían paralizado. Nunca se sintió tan perdido y fracasado como en ese momento.

Capítulo 18

Faith y Larry yacían tumbados en la cama, totalmente deshecha. Habían disfrutado de una sesión maratoniana de sexo y Faith estaba agotada. Se había quedado dormida encima del pecho desnudo de Larry, que la abrazaba con amor y protección. Eran afortunados por estar tan enamorados y ser una familia unida. La situación de Jonathan y Melissa preocupó y entristeció a Larry y Faith, que no se esperaban para nada una separación temporal de sus mejores amigos. La noticia vino como un shock, pero Larry se lo esperaba. Había visto cientos de casos en los que la tensión rompía las parejas. Y lo que había pasado con Daniel era tan traumático que había roto la paciencia y los nervios de Melissa. Ahora Jonathan estaba en Hamilton House, a dos horas de Manhattan, y Melissa se había refugiado en casa con el pequeño Daniel.

Rory y Rosie estaban con los abuelos pasando el fin de semana en la granja que tenían a las afueras de Nueva York. Daniel, que se apuntaba a todo en lo que estuviera Rory, había decidido quedarse con su madre para pasar el fin de semana con ella y hacer cosas juntos. Iban a ir al cine y a comer fuera, y a Faith le pareció bien que madre e hijo estuvieran juntos tras los últimos acontecimientos, así que no había insistido mucho para que Dan también se fuera a la granja… Se había dicho a Daniel que Jonathan se ausentaría unos días por negocios. No había necesidad de hacerle daño. Si Melissa y Jonathan finalmente se separaban, ya se enteraría, pero si era una crisis temporal, no tenía por qué enterarse. Al menos en eso coincidían sus padres, que no querían hacerle daño innecesariamente.

Melissa había visto a Faith al recoger a los niños del colegio. Solomon iba con ella como un guardián sacado de la más variopinta película de suspense. Melissa iba protegida con Solomon, pero echaba de menos a Jonathan, sentía que era Jonathan quien debía estar y se sintió mal nuevamente. Aunque no recordaba la última vez que se había sentido bien del todo.

Tras el accidente de Daniel, la tensión en el hospital y la separación de Jonathan, sentía que el mundo se la venía encima. Que ya cada vez podía menos con su vida.

Por las noches apenas dormía, pensando en todo lo que estaba pasando. Jonathan no se la iba de la cabeza. Estaba acostumbrada a estar siempre con él, y acostumbrarse otra vez a no tenerle, le dolía más que la primera vez, cuando le había perdido en el campamento Blue Lagoon. Aquella separación había sido traumática, pero ahora no estaba siendo más fácil. Ahora que tenían una vida en familia y todo había sido tan bonito, al romperse, dolía más.

Melissa se sentía sola y triste, con el loft tan grande, y tan vacío, a excepción de Daniel, pero cuando este estaba en el colegio o acostado durmiendo, y Melissa se acostaba sola, y su habitación grande parecía hacerse enorme, el sentimiento de soledad crecía.

—Creo que voy a visitar a Jonathan. Lo tiene que estar pasando fatal, y estar solo le hará sentir peor… Ya sabemos cómo es él para lo suyo con Melissa… —Suspiró Larry, acariciando el hombro de Faith con las yemas de los dedos.

—Sí, amor, y yo también creo que iré a ver a Mel… —dijo somnolienta, casi ronroneante—. De hecho, me gustaría proponerla que trabajara conmigo varios días a la semana en la pastelería. Creo que necesita mantener la mente ocupada en algo más que no sea Jonathan y todos estos problemas.

—Me parece una idea estupenda, ojalá acepte… Brian me dijo que la encontró hace poco muy pálida y ojerosa… —Larry chasqueó la lengua disgustado.

—Bueno, esperemos que sea algo transitorio… Se quieren demasiado para separarse definitivamente. Creo que la tensión ha roto los moldes, pero todo volverá a su ser…

—Sí, eso espero… —Larry suspiró de nuevo. Apretujó a Faith contra él y se angustió por un momento al pensar cómo se sentiría Jonathan, solo en Hamilton House y con el corazón roto. Habiendo ganado para perder de nuevo. Sin el amor de su vida al lado.

Él tenía a Faith a su lado y no se imaginaba estar sin ella. Quiso preguntar a Faith: «Eso no nos pasará a nosotros, ¿verdad? Siempre hablaremos y razonaremos antes de separarnos enfadados, ¿verdad?». Pero se sintió tonto e infantil, y se dio cuenta de que Faith se había dormido. Le besó en la cabeza, aspiró el dulce perfume de su pelo y la estrechó fuerte contra él. Jonathan y su sensación de derrota en el amor no se le fueron de la cabeza y, cuando llegó la madrugada, bien entrada, Larry sintió que por fin le vencía el sueño.

****

Al día siguiente, Larry se preparaba para ir a Hamilton House. Se levantó temprano y se vistió con un traje negro y camisa blanca. A las ocho de la mañana hacía fresco, aunque el verano se acercaba. Faith,

aún somnolienta, miraba a Larry y sonreía contemplando a su atractivo marido.

Vio cómo se anudaba la corbata frente al espejo, y ya unos rayos de sol mañaneros le iluminaban su esbelta figura. Altísimo, y con una espalda fuerte e interminablemente larga, igual que sus piernas y brazos, Faith rio para sí al pensar en otro atributo de Larry que era igualmente proporcional a su cuerpo. La camisa blanca le ajustaba la espalda, el pantalón oscuro con cinturilla fina le remarcaba un culo respingón y que, sin ser demasiado prominente, le hacía delicioso. A Faith le hubiera gustado sacar una foto. De esos rayos dorados iluminando el cuerpo de su marido, esbelto, sensual y tan elegante. Faith suspiró.

Larry se giró, mientras se hacía el nudo de la corbata.

—¿Ya te despertaste, mi princesa? —Le sonrió.

—Sí, estaba mirando lo hermoso que eres… ¿a dónde vas tan temprano? Vuelve aquí a la cama conmigo. —Ronroneó ella.

—Es tentador, mi amor, pero sabes que hoy tengo un asunto muy importante. ¿Recuerdas que voy a ver a Jonathan?

—Oh sí, cierto… Lo había olvidado —dijo somnolienta y aún sonriendo. Larry se volvió, fue hasta ella y se sentó en la cama. Un aroma a perfume de Armani invadió las fosas nasales de Faith. Deseó a Larry al momento, aunque tenía la impresión de que ya le deseaba incluso antes de haberse despertado.

Cogió el extremo inferior de su corbata oscura y tiró de ella hasta que hizo que la cara de Larry quedara sobre la de ella, y entonces atrapó sus labios y le besó con deseo y dulzura.

Esos besos hacían a Larry derretirse. Eran suaves, dulces, lentos y de repente se convertían en algo más salvaje y pasional, cuando de golpe Faith le metía la lengua y le besaba con fuerza, o le mordía el labio inferior. Era como una dulce trampa que él aceptaba encantado. Su diosa, su mujer, lo bella que era, y era toda suya…

El perfume de Larry invadió la atmósfera y Faith le deseaba entre sus piernas. Pero Larry no podía quedarse. Tenía un asunto muy importante que debatir con Jonathan. Algo muy serio, un secreto que compartía con Brian. Algo que habían hablado los dos hacía pocos días. Ni Faith siquiera lo sabía. Y mucho menos Melissa. Y era hora de hacérselo saber a Jonathan. Por si las cosas se ponían aun peor. Era una medida muy drástica, pero quizá salvaría la vida de Jonathan y su familia. Quizá diría que no, ya que era un giro muy fuerte en la vida de uno, pero si decía que sí, quizá habría que hacer preparativos. Y nadie más podía saberlo.

Tenía absoluta confianza con Faith, pero era amiga íntima de Melissa y corría el riesgo que, llegado el caso, se lo contara y todo saldría mal. Así que Larry tuvo que tener mente fría. Ya acostumbrado

por su trabajo, no le costó mucho. Aunque odió tener que dejar a Faith entre las sábanas, desnuda, hermosa y deseosa de él.

Larry se desprendió del beso de Faith y se levantó.

—Cuando vuelva, te lo compensaré, te lo prometo. Los niños no vienen hasta mañana. —Le guiñó un ojo. Faith hizo un mohín.

—Espero que sea verdad, vaquero… —dijo ella juguetona—. ¿Me dejarás montar a caballo cuando vuelvas? Tengo ganas de un buen rodeo…

—Yo también… Y por supuesto que te dejaré, si eres buena… —Le tiró un beso—. Vuelve a dormirte, es pronto. —Larry fue hacía la terraza y corrió las cortinas.

—Hasta luego, cielo, llámame más tarde y cuéntame, ¿vale?

—Vale, no te preocupes, te veré a la hora de comer. —Volvió a la cama y besó a Faith en los labios. Esta vez un beso rápido pero sonoro.

Faith volvió a dormirse. Larry bajó las escaleras, salió a la calle y un día soleado y alegre le recibió.

Solo esperaba que Jonathan también recibiera con buen grado lo que iba a decirle.

****

Habían pasado tres días.

Jonathan había pasado por un nuevo infierno. Otra vez. Una mentira más en su vida. De las gordas que lo cambian todo. Otra vez.

No había comido mucho. Bebió mucho brandy y whisky, y fumó varios paquetes de cigarros. Jonathan odiaba el tabaco y el alcohol, pero cuando había estado profundamente deprimido le había dado por beber para tener su mente dispersa, dormirse y estar sumido en un limbo donde no se enteraba de nada. Lo del tabaco era para calmar sus nervios y no romper cosas o tirarse por la ventana. A veces no podía controlar sus emociones si eran muy fuertes y negativas. Con los cigarrillos y el alcohol podía controlar un poco la situación.

Melissa estaría asqueada y avergonzada de verle así, como un borracho y un perdedor. Pero ella nunca le había visto así y no tenía por qué enterarse.

Era la primera vez en años, que volvía a esos vicios y a tocar fondo. Ya había pasado antes en los años posteriores a su separación de Melissa tras conocerla en el campamento. Ya conocía esa sensación de dolor interno que quemaba.

Tirado en la cama del dormitorio que una vez compartió con Melissa, Jonathan empezó a recordar los días pasados. Cuando él estaba aún en la silla de ruedas pero el amor ya flotaba en el ambiente y Jonathan empezó a dividir su mente. Una parte estaba inmersa en su

situación, su parálisis. Y otra parte pensaba en Kate y cada día esa chica le despertaba más la curiosidad. Había algo en ella que le atraía mucho y le causaba gran interés. Su situación en la silla de ruedas ya no le acaparaba el 100% de pensamientos, como ocurría antes de la llegada de Kate.

Todo mejoraba. De pronto movió el brazo, el vínculo con Kate se estrechó, conoció a Dan y cada día se sentía mejor persona. Más fresco, feliz y nuevo.

Recordaba cuando las primeras semanas seguía siendo en cierta manera reservado, frío y distante. No se abrió a Kate tan rápido como ella hubiera querido.

Había ciertos momentos que habían quedado grabados a fuego en su mente. Cuando Kate le bañaba, cargaba con su peso, y no se quejaba. Kate creía que Jonathan no le miraba, pero un día se hizo daño al cargar con él para darle la vuelta y al ser un peso muerto, un músculo de la zona cervical le dio un tirón. Kate no se quejó, pero un brevísimo gesto de dolor en la cara la delató. Jonathan no dijo nada, no se atrevía. Se sentía culpable y humillado de verse desvalido y que ella cargara con él y se hubiera hecho daño.

Kate nunca se quejaba. Hasta ahora, que con el incidente de Daniel había explotado sin reparos. ¿Y quién podía culparla? Había aguantado mucho y en algún momento tenía que reventar. Era humana, aunque a veces Jonathan creyera que era su diosa particular.

Recordaba cuando él estaba paralizado, sin poder mover nada más que el cuello y cabeza y más tarde el brazo. Lo del brazo había sido un lujo. Ya con un brazo funcional, podía abrazarla, tocarla, e interactuar más. Pero cuando aún no podía moverlo, Kate era la que facilitaba a Jonathan la situación para que entre ellos la atmósfera fuera especial sin necesidad de que él moviera un pelo.

Todo parecía más fácil en esa época, incluso aunque la situación era oscura debido a su parálisis y la duda de si de verdad recuperaría la funcionalidad de su cuerpo. Esa sombra de duda y temor siempre planeaba sobre él. Fue una liberación operarse y recuperar una vida normal.

Pero ahora que tenía esa vida, todo iba mal. Otra vez.

Jonathan se sumía en esos pensamientos cuando oyó el timbre de la entrada a la finca. El corazón le dio un vuelco. Alguien había ido a verle, y solo podía ser Melissa. Se levantó casi de un salto, a trompicones salió de la habitación, y cruzó el vestíbulo. En la pared había un cuadro de luz, donde también tenía interruptores para abrir la gran verja que daba acceso a la finca. Jonathan apretó el interruptor varias veces. Estaba mareado, con el pelo revuelto, sudoroso, ojeroso y hecho un asco. Intentó arreglarse, torpemente, peinándose el pelo con manos temblorosas, pero su flequillo rebelde

caía en mechones grasientos sobre su frente. Llevaba la camisa abierta, y la corbata estaba tirada por algún sitio. No se había duchado en días, olía a alcohol y tabaco.

Corrió escaleras abajo; casi se cae en el último tramo. Abrió la puerta y el aire fresco le abofeteó. El sol le hizo daño en los ojos y Jonathan se cubrió la vista levantando el brazo.

Divisó un coche negro. Aparcó cerca de casa. Casi no podía ver. Le dolían los ojos. Una figura salió del coche, era alta y delgada. No parecía Melissa, pero quizá le engañaban sus sentidos, pues estaba todavía mareado y tenía alcohol en sangre.

La figura avanzó a grandes pasos.

—¡¿Jonathan?! Dios mío… —Era una voz de hombre. Reconoció de pronto a Larry. Jonathan sintió que el mundo se le venía encima. El pesar volvió a cubrirle el corazón y el alma. Se sintió desfallecer, emitió un quejido que podría haber sido un sollozo de un hombre que está al borde del llanto. Las piernas le flojearon, se sujetó como pudo a la columna blanca del porche de entrada. Larry llegó a tiempo para cogerle de la cintura y sujetarle antes de que se cayera al suelo.

—Larry… ¿dónde está Melissa? —balbuceó.

—Jonathan, está con Daniel en el loft. Tranquilo, están bien… Vamos, amigo, vamos dentro… —Larry agradeció al cielo tener ese sexto sentido que siempre le había ayudado en su vida y su carrera para ciertos momentos. Sabía que Jonathan estaba al borde del abismo. Según Brian, Melissa también lo estaba pasando muy mal, pero estaba claro que no como Jonathan. Apestaba a alcohol y sudor, pero era su mejor amigo y en un momento así se demostraba el valor de la amistad—. Jonathan, necesitas una buena ducha, amigo. A ver si así te despejas, anda, vamos…

—Larry, ¿te puedes creer que mi padre no era mi padre? —Sonaba borracho, triste y como un loco.

—¿De qué hablas, Jonathan? —Larry estaba confuso. No creía que Jonathan hablara en serio. El alcohol le hacía decir disparates, ya lo había visto en otros borrachos que hablaban tonterías sin sentido.

Subieron las escaleras, Larry sujetando a su amigo por la cintura y ayudándole a subir. Jonathan estaba mareado, cada vez más.

—¿Has comido algo?

—No… no tenía ganas… —Llegaron al piso superior. Larry metió a Jonathan a la habitación y vio las botellas tiradas, los zapatos, la corbata, la cama medio deshecha, un papel arrugado sobre la cama, cigarrillos a montones en el cenicero, muchos desbordando el recipiente y otros tirados en el suelo. La habitación olía a cerrado, a alcohol y suciedad. Entraron al baño.

—Venga, Jonathan, pégate un duchazo. Te haré un café y un sándwich, luego te vienes conmigo a la ciudad.

—Larry, Melissa no me quiere en casa… me odia… Lo he perdido todo… Nada en mi vida se sostiene… —Estaba casi llorando. Larry sentó a Jonathan en la taza del váter, le quitó la camisa, le levantó y le ayudó a desvestirse. Cuando estaba en ropa interior, Jonathan pareció reaccionar—. Vale, ya puedo yo… gracias, Larry…

—Vale, pues venga, para dentro. —Larry encendió la ducha y se aproximó a la puerta—. Te espero fuera, voy a recoger la habitación, y si necesitas algo, me llamas ¿vale?

—Vale… Gracias… —Larry salió y cerró la puerta pero no del todo, por si tenía que entrar de urgencia. Casi esperaba en cualquier momento oír un golpe sordo y ver a Jonathan caído en la ducha.

Recogió mientras tanto la porquería de la habitación y abrió la terraza para que se ventilara la habitación.

Larry reparó en el papel arrugado que estaba encima de la colcha de la cama. Vio el membrete de unos laboratorios de Nueva York y leyó lo que ponía. Larry se quedó asombrado. Así que Jonathan tenía buenos motivos para estar en un estado tan lamentable. Por un lado, su separación con Melissa, y por otro, la terrible noticia de que el padre de Jonathan no era su padre. Ahora entendía por qué Jonathan le dijo que su padre no era su padre. No estaba borracho, sabía lo que decía.

Prefirió que Jonathan le sacara el tema, así que dejó el papel donde estaba y recogió todo lo demás, metiéndolo en una bolsa de plástico.

Bajó a la cocina, preparó un café cargado, huevos pasados por agua y un sándwich de jamón y queso. Por suerte, había reservas en la alacena.

Subió todo en una bandeja, y se encontró a Jonathan en albornoz, sentado en un butacón, con cara de cansancio, los ojos hinchados, pero un poco más despierto.

—¿Qué tal estás, ahora?

—Un poco más despejado, pero sigo jodido… —musitó desganado.

—Cuéntame si quieres… He venido aquí por ti, Jonathan. Eres mi amigo y sabía que no estabas bien… No podía dejarte solo así… Además, tengo que contarte algo. Una cosa muy importante que he hablado con Brian hace poco y que te atañe…

—¿Qué ocurre? —preguntó Jonathan frunciendo el ceño.

—Nada grave, tranquilo. Es solo algo que hemos hablado. Una opción para que todo vaya mejor, si tú quieres… Si crees que ya se te acabaron todos los cartuchos.

—No sé a qué te refieres, Larry…

—Es una medida muy drástica. Algo que puedes aceptar y coger en caso de extrema urgencia. Pero no puede saberlo Melissa bajo ningún concepto, ¿entendido? Ni siquiera Faith lo sabe. Será solo algo entre Brian, tú y yo… ¿Vale?

—Vale… pero cuéntame qué ocurre.

—¿Estás suficientemente despierto para escucharme y entender?

—Sí, vamos, dilo ya, me tienes en ascuas. —Y Larry habló.

****

Lo bueno de tener un mejor amigo, un confidente, y que fuera de absoluta confianza, es, que podías confiarle hasta tu vida.

En la ducha, Jonathan pensó cómo decirle a Larry lo de que George no era su padre. Incluso pensó en si decírselo, pues le daba cierta vergüenza. Cierto era que se lo había dicho de pasada al subir las escaleras, pero Larry no le había hecho ni caso, así que eso

quería decir que no se lo había creído y que pensaba que eran palabras vacías fruto del alcohol y de una mente espesa. No sabía si era mejor contarle a su mejor amigo una vergüenza familiar como esa.

Pero entonces Jonathan pensó que, como policía, Larry podía ayudar a incluso localizar a su padre biológico. Era difícil, pero podía intentar decírselo, y que Larry investigara o pidiera ayuda a sus compañeros y demás personal.

Se le antojó ridículo e imposible, pero confiaba tanto en Larry que se lo iba a contar y que pasara lo que tuviera que pasar. Hizo bien en confiar en su amigo, pues este le demostró sobradamente que era leal cuando le contó aquel secreto que compartía con Brian. Jonathan se asombró, y pareció vislumbrar algo de luz. Consideró esa posibilidad y la usaría si las cosas se ponían realmente mal. Sobre todo para proteger a Daniel y a Melissa. Incluso a sí mismo. Era un trato que beneficiaba a todos.

—¿Cómo se os ocurrió eso? —dijo Jonathan bebiendo café. Ya estaba más despierto y espabilado. Se había vestido y parecía una persona de nuevo.

—Se me ocurrió a mí. Se lo conté a él y estuvo de acuerdo. Hay otras personas implicadas también, todas de confianza.

—¿Y Melissa no puede saberlo?

—Para nada. Ni se te ocurra decírselo. Lo estropearía todo. Ese plan es tu llave de seguridad. Quiero que sepas que tienes esa llave, por si la quieres usar. Llegado el momento, Melissa lo sabría.

—De acuerdo… Te juro que no diré nada. Gracias Larry. —Jonathan le sonrió agradecido.

—De nada… Solo quiero que estéis bien. Faith y yo os queremos mucho. No queremos que os pase nada… Y lo de Dan ha sido tan duro… Pero pasará, ya verás… Mel te quiere mucho. Brian dice que lo está pasando fatal también. No duerme apenas y llora bastante… Es cuestión de poco tiempo que volváis a estar juntos… os queréis demasiado para estar separados tanto tiempo…

—Sí, supongo que tienes razón… Pero lo de irme a la ciudad no sé… Creo que es demasiado pronto…

—Te quedarás en casa conmigo y Faith. Aquí solo no haces nada, solo consumirte. Yo te ayudaré en todo lo que pueda, ya lo sabes.

Al final, Jonathan le contó a Larry lo de George. Larry no pareció sorprenderse. Tenía un amigo que trabajaba en el laboratorio de la policía y le había contado que había hecho muchos test de paternidad durante años y que era impresionante cuántos hombres viven engañados creyendo que tienen hijos cuando no es así. Jonathan se relajó al ver que Larry actuaba con tanta naturalidad. Prefería frialdad a que le hubiera mirado con pena.

—Lo de ver esos análisis me ha partido en dos… Nunca me hubiera imaginado nada así… ¿Por qué no me dijeron nada? ¿Y por qué George guardó esos papeles? Con lo orgulloso que era, me sorprende que los dejara ahí…

—Quizá quería usarlo como prueba. Para hacer daño a tu madre, no sé… Pero está claro que lo fácil hubiera sido quemar el papel. Si no lo hizo, es porque tenía una buena razón para mantenerlo.

—Mi madre y él nunca se llevaron demasiado bien. Seguían casados, pero yo veía que no eran un matrimonio normal. Estaban casados en teoría, pero no en la práctica. Ahora entiendo muchas cosas… Pero fui concebido cuando mi madre ya estaba casada… Dios mío… Debió de tocarme una de las familias más complicadas y retorcidas…

—Ahora tienes tu propia familia y es preciosa, tienes que concentrarte en eso y luchar por seguir con ellos, Jonathan. Entiendo que esta noticia ha sido un palo, pero no puedes hacer mucho, y creo que ahora tu prioridad es Melissa y Dan.

—Por supuesto, pero ahora no puedo quitarme de la cabeza lo de George. ¿Por qué me mintieron? También me mintieron con lo de que Melissa había muerto. Mi madre sobornó al detective y… Melissa tampoco vino a contarme lo de que yo tenía un hijo… Han sido muchas mentiras, Larry… Ya no puedo más… estoy desbordado…

—Jonathan, tranquilo, todo se arreglará… Lo primero, te vienes conmigo a la ciudad. Yo conduzco, ya vendremos otro día para recoger tu coche. Y yo investigaré lo de tu padre, pero no te prometo mucho, es muy difícil buscar sin apenas datos… Pero haré todo lo que esté en mi mano… Y Faith va a hablar con Melissa, a ver si supera lo de Dan y os dais otra oportunidad. Todo volverá a su sitio, no te preocupes.

—Agradezco tus palabras, Larry, pero, ¿Faith y tú nunca habéis tenido problemas? ¿No habéis pasado por algo tan fuerte? Porque a veces pienso si ya nunca más Melissa podrá mirarme a la cara…

—No a nivel de separación. Realmente Faith y yo tampoco hemos

pasado nunca por una situación tan difícil como Melissa y tú, si no, quién sabe… Quizá ella también estaría enfadada conmigo, como le pasa a Mel contigo. Pero también sé que los enfados pasan, y que cuando dos se quieren tanto, al final vuelven.

—Faith y tú estáis muy unidos… Ella literalmente te adora, me he fijado… —dijo Jonathan con cierta nostalgia, recordando a cómo Melissa le miraba con amor, y ahora su mirada era distante e incierta.

—Sí. —Larry sonrió—. Nuestra relación es estupenda, y al tener los niños no ha cambiado nada. También sacamos tiempo para nosotros, no dejamos que la monotonía o el trabajo nos alejen. —Larry recordó una anécdota en la que una tarde imparable de sexo dejó a Faith afónica de tanto que gritó y gimió. Cuando al día siguiente los niños preguntaron a su madre por qué llevaba un pañuelo en la garganta y hablaba tan bajito, Larry no pudo evitar beber su café con una sonrisa pícara. U otro día en que fueron a una discoteca elegante y follaron en la segunda planta. Entre música, luces, perfume caro y risas. De pie, Larry empotró a Faith contra la pared, ella le rodeó la cintura con las piernas, se le cayó un zapato de tacón por las embestidas de Larry, y cuando ella gemía, Larry le tapaba la boca con una mano larga y suave, lo que incrementaba más el deseo y la sensación de ser dominada. Acabaron llenos de sudor y adrenalina, y Faith casi no se tenía en pie. Larry siempre aguantaba más que ella y él siempre se reía de ella, al verla jadeante y cardíaca. Recordaba muy bien aquella noche en el club discoteca GreenHouse. El vestido corto y dorado de Faith no había ayudado a que Larry se contuviera precisamente. Ya bailando, él la agarraba del culo y la apretaba contra su cuerpo y Faith ya notaba que su marido estaba muy excitado cuando notó que su sexo estaba abultado. Él la había pedido que no se pusiera ropa interior bajo el vestido dorado, que se ataba al cuello, sin mangas, de falda corta y con espalda descubierta. Iba casi desnuda y subida a unos tacones de diez centímetros. Larry bailaba pegado a Faith, con muchísima más gente, y no paraba de meterle mano, besarle el cuello o besarse en la boca con besos de tornillo interminables. Larry metió una mano por la abertura del vestido, cerca de la axila, y cogió el pecho a Faith, acariciándoselo y pellizcándolo después. Faith emitió un pequeño quejido de sorpresa y gusto.

Él sonrió, y ella, cortada, le dijo que le estaba provocando un orgasmo, a lo que él, agachándose un poco y poniendo su cara a la altura de su mujer, la susurró al oído que pensaba provocarle más si subían arriba. Faith aceptó, yendo escaleras arriba de la mano de Larry. Se metieron en un armario ropero, previo pago de cuarenta dólares a la chica que lo custodiaba. Cerraron la puerta. Era una habitación pequeña y claustrofóbica, pero Larry y Faith estaban demasiado excitados para reprimirse en ese momento. Faith no paraba

de gemir y casi lloraba, y Larry era implacable, embistiéndola totalmente, mordiéndole el cuello y sin dar tregua. Aun cuando Faith estaba totalmente lubricada y con la cara interna de los muslos empapados en flujo, Larry seguía embistiéndole, a veces rápido y otras veces lentamente, provocándole más placer y orgasmos, a lo que Faith gemía mucho más. Al acabar, le temblaban las piernas, y Larry tuvo que sujetarla para que no se cayera. Se carcajeó de risa y ella le pegó un manotazo en el pecho, pero también se echó a reír.

—¿Larry? —La voz de Jonathan le sacó de esos pensamientos

—¿Sí?

—Creo que por un momento tu mente voló… Estabas a millas de aquí.

—Oh no, es que estaba pensando en una cosa, nada importante. —Sonrió para quitar importancia. El sexo entre ellos era estupendo, y eso que decían que después de los partos la libido sexual se perdía… Pero Faith deseaba a Larry como el primer día. Pero no solo era sexo. También hablaban de todo, confiaban el uno en el otro, y no tenían una vida tan complicada como Jonathan, que siempre tenía encima la espada de Damocles, como se había visto últimamente—. Bueno, ¿nos vamos ya? Son dos horas a Manhattan y creo que te vendrá bien llegar, echarte a dormir y luego comer con nosotros.

—Suena genial…

—¡Pues vamos! —Larry se dio una palmada en los muslos y se levantó. A él también le venía bien espabilarse después de esos pensamientos.

Jonathan se sintió un poco mejor viendo que no estaba tan solo, y por saber que Faith quizá ablandaría a Melissa y todo volvería a su ser. Al menos eso quería creer. Su sentimiento de derrota era descomunal, pero Larry había llegado trayendo la esperanza, y eso era ya era un comienzo.

****

Faith visitó a Melissa la mañana que Larry había ido a ver a Jonathan. Encontró a Melissa un poco desmejorada. Como le había dicho Larry que Brian dijo, Melissa seguía pálida y ojerosa y se notaba por la hinchazón de sus ojos que había estado llorando largo rato.

Ella solía vestir con estilo, pero la mujer que abrió la puerta a Faith llevaba un sencillo pantalón de chándal gris a juego con una sudadera del mismo color. El pelo en una coleta. Estaba todavía guapa, pero la faltaba cierto encanto. Se dieron un abrazo y un beso. Daniel había bajado con Solomon al parque a pasear a Apollo y a comprar unos videojuegos. Era la una del mediodía. Mel sirvió un té a Faith y juntas conversaron mientras en Long Island Jonathan y Larry hacían lo

mismo, de camino a Manhattan.

—Bueno, Mel, ¿cómo estás? —Faith removió el té con la cucharilla de plata. Melissa estaba decaída, pero se mantenía.

—Mal… Echo de menos a Jonathan y haber llegado a esto…

—¿Has hablado con él?

—No —dijo ella lastimosamente—. Le llamo al móvil y está apagado. Ni siquiera ha llamado a Daniel… Yo no quería que se fuera… No quiero perderle otra vez… pero me siento tan lejos de él… y a la vez tan cerca… Estoy hecha un lío, Faith…

—Melissa, escucha… ¿quieres aún a Jonathan, verdad? —Ella asintió—. Entonces, ¿qué pasa?

—Es por lo que se me ha metido en la cabeza… Veo a Jonathan como un culpable de lo que le pasó a Daniel… Si él hubiera sido mejor persona, no habría represalias ahora. Ese tal Denny fue uno, pero quién sabe cuántos más vendrán detrás… Paul Weston también la lio buena y si no es porque yo le maté, ahora Jonathan estaría muerto… Es todo demasiado difícil…

—Entiendo lo que dices, pero Mel, tú sabes que Jonathan también es una víctima. Él no supo llevar lo de perderte, y encima con una familia rica, fría e insensible, fue peor para él… Es cierto que no actuó bien esos años, pero tienes que perdonarle. No le castigues por ello. Ahora ha cambiado, y os adora a ti y a Dan.

—Lo sé, pero es tan raro, Faith… No sé, estoy en una fase oscura, me temo… Y las cosas no han ido mejor desde que Jonathan se fue. Daniel también le echa de menos, está algo mustio… Pero todavía le quiero, eso es seguro…

—Melissa, ¿y si… —El timbre de la puerta sonó. Faith se calló y Melissa miró a la puerta con cierto sobresalto, quizá esperando que fuera Jonathan.

—Disculpa, Faith… —Faith pudo ver cómo Melissa se apresuraba a la puerta. Sabía que deseaba que fuera Jonathan. Pero para cuando Melissa se abrió, la decepción la golpeó fuerte. Era Carter. Vestía un traje gris impoluto, llevaba un portafolios negro, olía a perfume caro, algo que le recordó a Jonathan.

—Buenos días, Melissa, perdona que te moleste, es que venía a traer esto para Jonathan…

—Hola, Carter, no pasa nada, entra por favor… —Ella se echó a un lado y Carter entró frunciendo los labios en señal de agradecimiento.

En el salón, Faith y Carter se saludaron. Melissa pensó que algo más de compañía la venía bien. Quedarse sola en casa la entristecía más.

—¿Jonathan no se encuentra en casa? —preguntó Carter aún de pie.

—No… me temo que se ha marchado de la ciudad por unos días…

Pero puedes dejar los documentos aquí, ya los verá cuando vuelva —contestó Melissa intentando no parecer tan cansada. Pero Carter ya había visto que algo pasaba, y empezó a alegrarse interiormente.

—Nada malo espero… No me dijo nada hace días…

—No, se encuentra bien… —Melissa sonrió forzadamente—. ¿Quieres un café o un té, Carter? Faith y yo estábamos tomando un café moca, ¿te apetece uno?

—Te lo agradecería mucho, Melissa. —Sonrió. Melissa asintió y fue a la cocina. Faith observó a Carter, que se desabrochó la chaqueta del traje y se sentó en el sofá frente a ella. Sabía que a Larry no le caía bien Carter, pero no llegaba a entender por qué. Carter era educado, culto, pulcro… Sin embargo Larry siempre le observaba como si quisiera desentrañar algo de él que se le escapaba. Pero ella le veía como un buen hombre, y sabía que a veces Larry tenía un carácter demasiado frío, altivo y que sospechaba a veces hasta de una maceta con una flor.

Entre charlar y tomar algo, dieron las dos de la tarde. Al final Melissa le contó la verdad a Carter. Era atento, dulce, y daba tranquilidad. Sus ojos verdes eran bonitos y miraban a Melissa con cierta dulzura e inteligencia, y ella confió en él.

—Lamento mucho que estéis en esa situación… Pero seguro que es algo temporal… Tenéis que hablar y se solucionará… —dijo afable.

—Sí, pero no sé quién va a dar el paso para hablar… Yo todavía sigo viéndole como culpable…

—No debes pensar eso, Mel —dijo Faith dulcemente—. Los dos habéis sido víctima de las conspiraciones de otras personas. Eran mala gente, quizá hubieran hecho daño a Jonathan igualmente, aunque hubiera sido un ciudadano ejemplar. Por envidia, por celos… Hay gente muy retorcida que no soporta la felicidad de otros. —Carter observó a Faith y deseó arrancarle la lengua y hacérsela tragar—. Bueno, ¿qué me dices de lo de la pastelería? ¿Te animas? —Faith sonrió.

Faith le había propuesto a Melissa ir a ayudarla a la pastelería que tenía en la ciudad. Faith trabajaba sola, haciendo cupcakes, tartas, galletas, y varios tipos de dulces. Trabajaba de diez a tres, y le comentó a Melissa si quería ir alguna tarde de cinco a ocho; Daniel podía quedarse en casa con Rory haciendo deberes o merendando. Carter lo había escuchado todo, y ya tenía un nuevo plan hirviendo en su cabeza.

—Creo que sí… Me parece un buen plan. —Melissa pareció un poco entusiasmada.

—¡Perfecto! —Sonrió Faith—. Yo no suelo abrir por las tardes, tengo que ocuparme de los niños, y como el negocio va bien, no vi necesidad de contratar a nadie, pero oye Mel, me gustaría mucho

tenerte ahí…

—Bueno, probaré a ver… Al menos un par de días por semana, de momento, para ver cómo va todo… Sé algunas recetas de postres de Nana y sería divertido ver cómo se venden… Creo que podrían tener éxito…

—¡Genial entonces! —Sonrió Faith encantada—. ¿Te parece bien lunes y jueves de momento? ¿De cinco a ocho?

—Sí —contestó Melissa más animada.

—Pues perfecto, ¿por qué no empiezas este jueves próximo? Mañana puedes acompañarme a la pastelería, te explico algunas cosas básicas y lo demás lo dejo para ti. La repostería, recetas y demás.

—A mí me parece una idea estupenda, Melissa, te ayudará a desconectar, y seguro que a Nana le encantará ver cómo sus postres triunfan en la gran manzana. —Le animó Carter con una sonrisa. Melissa miró a Carter a los ojos. Eran verdes mar, preciosos, y la miraban dulcemente. Carter era guapo, y le dio confianza, y cierta carga de positivismo. Casi por él, dijo que sí a la nueva aventura.

—Acepto —contestó Melissa con una sonrisilla.

—Bueno, esto hay que celebrarlo, ¿qué tal si brindamos con un poquito de Chardonnay? ¿Te queda todavía, Mel?

—Sí, voy a la cocina. —Melissa fue a por el Chardonnay y brindaron con alegría ante el nuevo proyecto. Melissa empezó a sentirse un poco más ilusionada y viva. Era un destello de luz en una inmensa oscuridad que bañaba su corazón, pero ya era algo.

Tras brindar, Carter pidió permiso para dejar los documentos en el despacho de Jonathan, con permiso de Melissa. Ella se lo dio y Carter atravesó el largo pasillo para ir al despacho de Jonathan, ahora vacío y solitario. Oyó el timbre a lo lejos, pero no hizo caso. Estaba seguro de que no sería Jonathan, sino quizá el crío de Melissa, su sobrino.

Dejar el portafolio sobre la mesa le llevó un segundo, pero Carter se paró en la estancia durante varios minutos. Contempló una estantería de caoba, llena de libros, fotos y diplomas. Había muchas fotos de Daniel, de Melissa, sonrientes todos, como la familia feliz que eran o habían sido. Carter sintió de nuevo el dolor en su interior. Ese pinchazo de falta de una familia, ese dolor por no haber sido realmente querido y valorado. Paul Weston había sido su mentor y casi su padre, y también él había traicionado a Carter. Estaba claro que estaba condenado a no tener nunca esa felicidad, la de ser querido de corazón. Hasta Shannon también le había traicionado, y seguro que si se echaba a otra, también terminaría engañándole o enamorándose de Jonathan, el eterno triunfador.

Shannon había amado a Jonathan por encima de él, Elias había hecho lo mismo, y hasta Brian y Larry se arrimaban más a Jonathan cuando habían estado todos en grupo. Carter estaba harto de ser un

cero a la izquierda. De nada valía ser guapo, educado o inteligente. La mayoría de las mujeres de Manhattan solo le veían como un gran partido, pero nadie sabía leer ni mirar su alma en profundidad. Quizá Melissa, que parecía inteligente y dulce. Pero ella estaba también enamorada de Jonathan.

Así que, viendo esas fotos, reflexionando sobre lo que había sido su vida y las personas en ella, Carter solo vio salida a la venganza. Hacer daño a los demás le haría sentir bien. Así sufrirían como él lo hacía.

Y su plan arrancó tan rápido que hasta él mismo se sorprendió. Sabía que Melissa iba a estar en esa pastelería. Sabía los días y las horas. Solo tenía que prepararlo todo. Ella ya estaba con un pie metido en la trampa. Solo la hacía falta un empujoncito y Carter se lo daría.

—¿Qué estás haciendo? —Una voz masculina sacó a Carter de sus ensoñaciones vengativas. Se giró y vio a Larry en el marco de la puerta. Recordó que había sonado el timbre, pero no imaginaba que era Larry, que había ido a ver a Melissa y de paso recoger a Faith. Ahí le tenía. Tan alto, trajeado y estirado como siempre. Con esa cara de altivez y esos ojos azules redondos que le miraban casi sin parpadear. No sonaba cordial, sino como si le hubiera pillado con las manos en la masa, se alegrara de ello y se lo hiciera saber. Estaba claro que Larry no le tragaba. Brian todavía le trataba con amabilidad, pero con Larry nunca encajó, él no se lo permitió.

—Hola Larry… He dejado unos documentos para Jonathan. Cosas del trabajo. Melissa me dio permiso para entrar… ¿algún problema? —Carter sonaba afable, despreocupado y encantador, pero Larry no bajó la guardia. Sabía que Carter usaba el encanto para ser sibilino.

—Supongo que te dio permiso para dejar los documentos, no para fisgar… —Carter se echó a reír mientras Larry seguía atravesándole con la mirada.

—No estaba fisgando, solo miraba las fotos de la familia… —contestó Carter sonriente.

—¿Y te gustan? —preguntó Larry con cierta malicia.

—Por supuesto, son una familia preciosa y unida…

—Pues tu mirada parecía decir otra cosa… —A Carter se le congeló la sonrisa. No sabía que mientras él planeaba su venganza, sus ojos habían transmitido ese dolor y odio y Larry había estado ahí observando. Le molestó ser observado, juzgado, y que Larry se metiera con él como el típico matón de colegio. Se creía importante por ser poli y medir metro noventa. Miró a Larry, esta vez con verdadera maldad, y su sonrisa se tornó en una mueca de desprecio.

—¿Qué problema tienes? —Casi le escupió.

—No me pareces de fiar, eso es todo… —Dijo Larry despreocupado, con las manos en los bolsillos del pantalón—. Y tengo

experiencia de sobra en detectar a gente con doble cara, por algo soy tan bueno en mi trabajo…

—Creo, Larry, que el trabajo te sobrepasa. Te lo llevas hasta a casa y a casa de tus amigos. Deberías tomarte unas vacaciones o comerte un pastel de esos que hace tu mujer…

—Haré las dos cosas cuando sea preciso, no te preocupes, y probablemente haré con mi mujer más cosas que comerme un pastel, pero eso no es tu puto asunto. Solo te diré una cosa… A Jonathan le están pasando cosas muy jodidas… Denny está fuera de juego, pero si vuelve a pasarle algo, pillaré al cabrón que lo haga y deseará estar muerto.

—¿Y qué tengo yo que ver en eso? ¿Por qué me lo dices a mí? —contesto Carter desafiante. Pero Larry sonrió con socarronería.

—Por nada. —Se encogió de hombros—. Eres amigo de la familia, solo quería compartirlo contigo. —Larry se dio media vuelta y desapareció de la vista de Carter. Sus pasos se oían por el largo pasillo. Carter se sintió acorralado. Tenso. Larry había conseguido ponerle entre las cuerdas. ¿Haría lo mismo con sus detenidos? Se decía que conseguía muchas confesiones de detenidos porque Larry sabía cómo desarmarles con la palabra y el gesto. No hacía falta que les tocara un pelo. Su magnetismo ya le ayudaba a desarmar a cualquiera, y ahora le había pasado a él.

Larry era un problema. Llegados el punto, si se ponía muy pesado, habría que hacerlo desaparecer.

****

Larry y Faith no dijeron a Melissa nada de que Jonathan estaba en su casa. Antes de partir de Hamilton House, Larry envió unos mensajes a Faith por WhatsApp y le dijo que Jonathan se alojaría temporalmente con ellos, pues lo había encontrado al borde del colapso en la mansión. Faith le dijo que estaba en casa de Mel y Larry acordó ir a recogerla, y después comerían en algún restaurante de camino a casa.

Jonathan se quedó dormido en cuanto se tumbó en la cama de la habitación de invitados. Estaba cansado y Faith juró que haría comer a Jonathan nada más se despertara, y que no le dejaría probar ni una gota de alcohol.

Se había hablado el tema de que si Daniel iba a casa para estar con Rory se enteraría de que su padre estaba ahí, así que se acordó que durante unos días Daniel no se quedara en casa con Rory, al menos durante las horas en que Jonathan estuviera allí, las tardes y noches.

Anímicamente, Jonathan estaba muy mal. Necesitaba descansar, relajar los nervios y comer bien.

Los escasos días de su estancia en Hamilton House le habían dejado

hecho polvo. Pero Melissa tampoco lo estaba pasando bien anímicamente. Y ella estaba sola.

No quería preocupar a Daniel, y mucho menos contarle la verdad, así que solo acudía a Brian para hablar por teléfono o quedar juntos un rato y charlar. Era su confidente y ya había estado antes con ella cuando había pasado una época dura, con lo del aborto y la separación de Jonathan en aquellos días. Ahora volvían a estar separados, por tercera vez, y Melissa se había quedado sola.

Brian tenía que ausentarse de la ciudad dos semanas. El motivo: conferencias de médicos en Boston y Chicago.

Melissa disimuló el pesar que la noticia la produjo. No quería acaparar a Brian y agobiarlo, y ya era mayorcita para pasar sola por un infierno. A veces no te quedaba otra que seguir adelante sola.

O eso creía ella…

Larry y Faith se marcharon, pues Larry tenía cierta prisa que Melissa no entendió bien, pero evitó preguntar por educación y porque no la apetecía meterse en asuntos ajenos.

Era normal que Larry quisiera estar a solas con Faith, siempre quería estar junto a ella y los dos tenían una química bestial, así que Melissa supuso que querían estar solos como pareja. Carter también se había marchado, y Melissa, tras cerrar la puerta, se echó en el sofá del salón y volvió a llorar un océano de lágrimas. Se sentía completamente sola y con su presente hecho añicos. El mundo seguía girando, la gente hacía su vida, pero ella se sentía detenida en el tiempo y a nadie le importaba. Sus sollozos se vieron interrumpidos por el timbre de la puerta. Se levantó a abrir, y hasta se olvidó de enjugarse las lágrimas, que corrían por sus mejillas.

Al abrir la puerta vio frente a ella a Carter. En ese momento pasó algo extraño. Melissa no esperaba que nadie volviera a por ella, y mucho menos Carter, que aunque estaba metido en el grupo que formaban Jonathan, Larry, Brian, Faith y ella, no tenía todavía la suficiente confianza y había quedado en una especie de segundo plano.

Melissa se había fijado a veces en Carter y le había dado pena. Era educado, un poco tímido a veces, y tenía unos ojos verde claro preciosos. Le daba un poco de pena que se quedara algo al margen, callado, observando, como si no se atreviera a adentrarse en la familia. Melissa pensaba tontamente que parecía un niño perdido y herido, y no sabía por qué sentía eso. A veces Carter le miraba, y ella también le miraba y le sonreía a modo de respuesta, para hacerle ver que ella le aceptaba. Ahora le tenía delante, mirándole de nuevo con los ojos verde claro, el pelo perfectamente peinado, con volumen, alguna onda y tupé a un lado. Afeitado, oliendo a perfume. La miraba con intensidad y esa mirada revelaba tantas cosas que Melissa no supo

descifrar todas.

—Carter —musitó ella, mirándole con asombro. Él no contestó, alargó el brazo y con la yema del pulgar secó las lágrimas de su mejilla izquierda mientras el resto de dedos reposaban en el cuello de Melissa. El tacto era suave y Melissa agradeció ese pequeño gesto.

—Tenía un presentimiento de que te pasaba algo… No sé, sentí que debía regresar… pero si te molesta, me marcharé… —dijo suavemente, mirándola con dulzura. Melissa echaba de menos un gesto así, de amor desinteresado, y había algo en Carter que la recordaba a Jonathan. Tenían un pequeño parecido, y eso hizo que le aceptara aún más. Era como tener a Jonathan, en parte.

—No, por favor…. —Se apresuró a decir Melissa—. Te agradezco mucho tu interés… Pasa por favor. —Carter le sonrió y pasó a casa—. Siéntate, Carter, por favor. —Él se sentó en el sofá. Y ella a su lado, como otras veces había hecho con Brian.

—Melissa, sé que no tienes conmigo la misma confianza que con Brian o Faith… pero quería decirte que puedes contar conmigo. Yo también lo he pasado mal en el pasado y sé lo que es el dolor de corazón… —Melissa miró a los ojos de Carter y vio que no mentía. Había sinceridad en ellos.

—¿Tú también te separaste de alguien? —preguntó ella lentamente.

—Más bien alguien decidió separarse de mí… —Una sombra cruzó los ojos de Carter. Desvió la vista, pareció ausentarse por un momento y suspiró. Miró hacia abajo y Melissa sintió ternura por él. Era muy atractivo, y tenía unas pestañas largas.

—Carter —dijo Melissa cogiéndole de la mano—, no te pongas triste… no tienes que hablar de ello si no quieres… Perdona, he sido una estúpida por preguntar…

—No, no pasa nada, siento que puedo abrirme contigo. —Sonrió él. Sus ojos parecieron dulcificarse y Melissa no le soltó la mano, suave y perfecta. Él no rechazó la mano de Melissa, incluso se tomó la libertad de entrecruzar sus dedos con los de Melissa y ella no le rechazó. Carter sintió que con ella se sentía a gusto y en paz. Había un halo en Melissa que inspiraba tranquilidad. Tenía razón Jonathan cuando decía que no había otra como ella—. Lo cierto es, que mi familia me ignoró. No me sentí nunca querido, ni valorado, ni apoyado. Siempre estuve solo, triste… preguntándome por qué no me querían. Qué había de malo en mí para que no me aceptaran. Y nunca lo supe. Perdí a mi madre de niño, mi padre estaba lejano… Estuve solo emocional y físicamente. Pero el dolor emocional es el peor. Te atraviesa, te agujerea, te llena de un dolor lacerante que no se va nunca. Aunque creas que lo superas, siempre está aguardando en algún rincón de tu alma, de tu corazón, para salir en cualquier momento y volver a doler.

Conseguí hacerme un hueco en la vida, tener un trabajo, salir adelante… pero afectivamente estaba vacío… Siempre quise encontrar a un alma que me llenara, que me quitara ese nubarrón gris… pero supongo que en una ciudad tan fría y materialista como Nueva York es aún más difícil, ¿no?

—Creo que eres estupendo y siento mucho que te hayas sentido así… A veces la familia no es como debería, ni nos brinda apoyo… Mis padres tampoco fueron un modelo, pero ahora con Jonathan y Daniel siento que tengo una familia de verdad… Nosotros podemos construir nuestra propia familia. Estoy segura de que encontrarás a alguien que te quiera mucho y te valore de verdad… incluso en una ciudad así. —Melissa le sonrió con dulzura. Carter le escuchó, casi embelesado. Nunca había tenido tanto acercamiento con ella y sentía que no la había conocido realmente. ¿De verdad iba a hacerle daño? Ahora sentía que no podía. Le parecía demasiado dulce, tierna y hermosa.

—Gracias por tus palabras, Melissa… Y siento contarte estas penas… Se supone que soy yo el que debería animarte a ti… —Sonrió torpemente.

—Ya me animas estando aquí… El hecho de que te hayas preocupado por mí y hayas vuelto… Gracias, Carter. —Ella, de repente, se inclinó hacia delante y le abrazó. A Carter le pilló desprevenido, pero no la rechazó. Un suave perfume invadió las fosas nasales de Carter, sintió el cuerpo cálido de Melissa contra el suyo y hasta sus pechos contra su pectoral. La abrazó fuerte y ella a él también.

—Dios, no… Gracias a ti por ser como eres —susurró él, casi absorto. Sintió una conexión especial con Melissa. Nunca había sentido algo así ni por Shannon. Tras unos segundos más, Melissa se apartó, aunque Carter sintió que podía haberse quedado así para siempre, abrazado a ella y lleno de amor. Hasta se hubiera olvidado de Jonathan y su conspiración para hacerle daño.

—¿Quieres quedarte a comer? No tengo mucha hambre, pero creo que contigo aquí me animaría un poco… Comer sola en una casa grande es un rollo…

—No quiero molestar… —dijo él tímidamente.

—No molestas para nada… De verdad que has tenido un gesto muy bonito por preocuparte así… Creo que necesitaba sentir que de verdad le importo a alguien. Larry y Faith son estupendos, pero siento que en cuanto Larry ha venido, Faith ha corrido para irse con él… Supongo que soy egoísta por pensar así, pero me ha dolido un poco…

—No eres egoísta, yo me hubiera sentido igual… Larry y Faith están en su mundo. No creo que entiendan lo que es pasar por algo así. El dolor de corazón solo se puede entender si lo has sentido

hondamente. No creo que ellos lo entiendan… —Carter hubiera querido seguir. Contarle a Melissa que Larry le odiaba, pero sintió que era mejor ser cauto y no hablar demasiado.

—Bueno, entonces ¿te quedas?

—Solo si tú quieres…

—Entonces eso es un sí… —Sonrió Melissa. Se levantó del sofá. Con Carter se sentía extraña. Animada y con una nueva luz en su alma. ¿Y por qué? Quizá era porque en un momento vulnerable era el único que se prestaba a estar ahí, porque fue el único disponible y era atento, dulce y altruista. Porque se parecía a Jonathan y era como tener a Jonathan.

Nunca se había fijado tanto en Carter. Era como esos amigos que siempre tienes al lado, pero no te fijas bien en ellos hasta que un día algo hace click y les ves de manera diferente. Te das cuenta de que brillan y relucen con más intensidad que antes. Melissa sentía que estaba harta de sentirse sola, triste, y encima Jonathan ni había llamado por teléfono, ni siquiera lo hizo por Daniel. Cada vez se estaba distanciando más de él. Sentía que le había decepcionado. Así que sintió que en ese momento si era Carter quien estaba ahí, lo aprovecharía. Cogió a Carter de la mano y tiró de él.

—¿Me ayudas a preparar unos espagueti a la carbonara?

—¿Carbonara dices? ¿Me leíste la mente? ¡Son mis favoritos! —Sonrió Carter

—¿En serio? —Melissa le sonrió asombrada.

—Y tan en serio… Puedes llamar al *Three Wishes*, cada semana voy allí un par de veces para comer y siempre los pido…

—Bien, pues veremos cuáles te gustan más. —Carter se levantó y, de la mano, fue a la cocina con Melissa. Pronto ella empezó a sacar los ingredientes y los utensilios mientras parloteaba más contenta que hacía una media hora, cuando seguía mustia y cansada. Pero Carter parecía sordo, solo estaba pendiente de mirarla, y la cabeza le iba en mil direcciones.

¿Podría enamorarse de él? ¿Empezar una vida con ella? ¿Cómo podía ser que empezara a verla de otra forma? No es que hubiera compartido muchos momentos con Melissa, y mucho menos a solas… Cuando estaban todos juntos, Carter se sentía desplazado, sin embargo ese día parecía todo nuevo y mejor, diferente. Era como si se vieran por primera vez y los dos hubieran conectado en el momento adecuado.

Carter se sentía descolocado. ¿Qué iba a hacer ahora?

****

Habían pasado un par de días.

Daniel no estaba. Se había ido con Rory y el resto de clase a una excursión de fin de curso, a un campamento cerca del lago Brierson, cerca de Canadá.

Nueve días.

Eso es lo que tenía Carter para conquistar a Melissa. O eso creía él que podría hacer.

Habían conectado mucho. Aquella vez que comieron juntos los espagueti a la carbonara había marcado el inicio de algo. Se habían reído, incluso, habían comido a gusto, y habían hablado de la vida y los sentimientos del alma. Melissa veía que Carter tenía un lado sensible y romántico. Eso le gustó. Su lado dulce, tranquilo y sensible. Y Carter pensaba lo mismo de Melissa. No era la típica chica materialista y estúpida. Cuanto más hablaba con ella, más se embelesaba.

Melissa estaba a gusto, aunque una parte de ella aún echaba de menos a Jonathan. No habían hablado en casi una semana.

Mandó un mensaje al móvil de Jonathan diciendo que Daniel se había ido de excursión y Jonathan solo la había contestado un frío y escueto «ok». Eso descorazonó más a Melissa, que al verlo en la pantalla de su Android no pudo evitar pensar en cómo Jonathan la estaba tratando. Sin ninguna piedad. Melissa no soportaba la gente cruel ni violenta. Esa gente la daba miedo. Y Jonathan se estaba revelando como el hombre cruel y frío del pasado. Quizá todo se estaba rompiendo ya entre ellos. Se sentía lejos de Jonathan, pero cerca de Carter, ¿cómo era eso?

Aquel día soleado en Nueva York, Melissa y Carter paseaban por Central Park. El día tenía claros y nubes, y decidieron salir a tomar unos postres que venían de Italia en Angio's, para después pasear tranquilamente por Central Park.

Carter se sentía relajado y alegre, y Melissa, que aún arrastraba el dolor de lo de Jonathan, con Carter parecía desconectar.

Iban vestidos con ropa deportiva y cómoda, Carter con vaqueros negros, deportivas Niké y camiseta de manga corta blanca, y Melissa con deportivas, vaqueros azules ajustados que marcaban sus curvas, subidos por el tobillo, y una camiseta blanca a juego con el color de las deportivas. Cualquiera que los viera diría que parecían novios. Sonreían, hablaban, y Melissa cogía el brazo a Carter, que lo tenía en ángulo recto para que ella se apoyara.

Hablaban de muchas cosas, Carter animaba a Melissa contándole anécdotas de cosas que les habían pasado a otros pero que Carter convertía en suyas.

Habían paseado a Apollo y tomado helado en un par de ocasiones, mientras disfrutaban del sol y el aire fresco. Melissa se sentía más

cómoda con Carter en esos paseos que encerrada en casa llorando y consumiéndose. Agradecía a Carter su apoyo en un momento duro.

También habían jugado con Apollo en la pradera verde, le tiraban la pelota, corrían con él, y en un momento dado, Carter hizo cosquillas a Melissa en los costados, tirándola al suelo juguetonamente, y no habían parado de reír.

Carter se sentía feliz y vivo por primera vez en su vida. Veía posibilidades con Melissa, y creyó firmemente que la conseguiría. Se quedaría con ella, le llenaría de amor y alegría, y olvidaría su deseo de venganza. Ya tendría bastante castigo Jonathan con perder a una chica tan excepcional. Quizá esa vez Carter ganara.

Así que aplazó su plan para hacer daño a Melissa. Ya había pensado qué hacer, y habría sido en la pastelería. Pasaría algo trágico e irreversible. Un daño que afectaría a Jonathan y a Daniel. Así se sentirían como él se había sentido siempre. Con el corazón roto y lleno de amargor. Pero ahora que compartía los días y las horas con Melissa, un nuevo mundo se había abierto ante él. Disfrutaba con Melissa y no pensaba en Jonathan.

Melissa, que se sentía decepcionada, alejada y dolida con Jonathan, prefería centrarse en Carter y la felicidad y fuerza que la aportaba. Estaba harta y sobresaturada de sentirse triste, llorar y tener ese dolor lacerante dentro de su alma. Con Carter no se sentía así.

Así que aquel día que paseaban pasó algo que crearía más vínculo entre ellos. Había un cenador con música y la gente podía subir a bailar. Carter y Melissa se acercaron y contemplaron la escena. Había algunas parejas bailando, de manera suelta, agarrados, y la música era variada pero invitaba al baile. Carter y Melissa se quedaron a escasos metros del cenador, en la hierba fresca y mullida, escuchando la música con una pequeña sonrisa. Escucharon *No more easy*, de Faith, y *I love you always forever*, de Donna Lewis.

—Hey, ¿por qué no subimos y bailamos? La música es buena. —Propuso Carter con una sonrisa.

—Uff, no sé… Soy muy tímida para estas cosas. —Sonrió tímidamente Melissa. Pero entonces miró a los ojos claros y relucientes de Carter, llenos de alegría y vida. Su sonrisa blanca, ese halo de positividad que le envolvía a sentirse bien. Era guapo y ella empezaba a sentirse rara con él. ¿Se estaba enamorando?

—¡Escucha! —Carter levantó el dedo índice y pareció quedar congelado, quieto—. Están tocando *True*, de Spandau Ballet, ¡es mi preferida! —Antes de que Melissa pudiera decir nada, Carter le cogió de la mano, tiró de ella y echó a correr directo al cenador. Melissa dio un pequeño grito de sorpresa y rio con ganas.

Subieron las escaleras corriendo. Carter, que aún tenía a Melissa cogida de la mano, la hizo girar sobre sí misma con una típica vuelta

de baile. Ella rio, y cuando dio la vuelta completa, él la cogió de la cintura y la pegó a su cuerpo con un choque de cuerpos. Se miraron a los ojos, Melissa parecía sorprendida y él le sonrió para rebajar la tensión, en caso de que a ella le hubiera parecido que él se había pasado. La sonrisa de Carter era dulce y encantadora. Nadie se le habría resistido. Y muchas mujeres le deseaban, aunque él ignoraba a todas. Le gustaba ser duro y hasta cruel, y deliberadamente las ignoraba o miraba con cierto desprecio. Las consideraba materialistas, interesadas y embebecidas por el brillo y lujo de la ciudad.

Pero Melissa era tan diferente… Así que le miró con dulzura y ella se relajó. Bailaron lentamente, mirándose, sonriendo, ignorando al resto del mundo.

Melissa se sintió extrañamente feliz. No era Jonathan, aunque físicamente Carter tenía un extraño aire con él. Quizá se estaba volviendo loca y ya creía ver a Jonathan en todas partes.

Bailaron rodeados de música, de romanticismo, de una atmósfera extraña pero feliz.

Tras la de Spandau Ballet siguieron otras canciones, como *The right thing to do*, de Carly Simon, o *You give good love*, de Whitney, o *I wanna be your man*, de Black Power.

El sol se había ocultado entre nubes y las primeras gotas empezaron a caer. La gente empezó a marcharse, algunos corriendo casi, pues se temía que las gotas terminaran en una lluvia fuerte.

—Deberíamos irnos, está empezando a llover —dijo Melissa mirando a los ojos verde claro de Carter. Bailaban pegados y ella se movió un poco. Pero Carter no la soltaba. No quería soltarla. Tenía que enamorarla, hacer que quisiera estar con él y se olvidara de Jonathan. Él ya estaba enamorado de ella y sentía que si no la tenía no podría volver a respirar. Hasta ese punto conseguía Melissa embrujar a los hombres.

La canción pasó al clásico *The look of love*. Ya no había nadie en el cenador, ni en la pradera. La lluvia empezó a caer más fuerte.

—Será mejor que esperemos a que pase… No tardará más de un cuarto de hora —dijo Carter despreocupado. Se levantó un viento fresco y Carter notó que Melissa tenía frío.

—Se nos fue la cabeza aquí bailando, deberíamos habernos ido hace un momento —dijo Melissa con cierta preocupación. Carter llevaba una chaqueta fina color verde anudada a la cintura. Deshizo el nudo y se la pasó a Melissa por los hombros. La cubrió con ella. Hizo una lazada con los puños de las mangas, y ella le observó atenta. Cómo sus pestañas le cubrían los bonitos ojos verdes al bajar la vista, como se le ondulaban los laterales de pelo. El olor de su after shave, su perfume de Chanel, como el de Jonathan.

Carter era atento, dulce y sin un pasado oscuro. Nunca había hecho

daño a nadie. De pequeño tenía que haber sido hermoso, y Melissa sintió pena por él al saber que su familia no le había querido. Ella le habría querido, y ya le quería.

Y eso le daba miedo. No sabía si era un sentimiento real o provocado por las circunstancias. Jonathan también había creído querer a Shannon al principio, hasta que había visto que se engañaba y que verdaderamente era Melissa quién seguía en el fondo de su corazón. Lo de Shannon había sido una distracción, una ilusión. ¿Y si lo de Carter era igual? ¿Y si no? Melissa cada vez se sentía más confundida, pero no tenía fuerzas para parar aquello. Volver a Jonathan era sentirse dolida y perdida, sin embargo con Carter todo era estupendo.

Carter, entonces, abrazó a Melissa, le cubrió la espalda con sus brazos y ella no le rechazó.

—Hace fresco, abrázate a mí para que mantengamos algo de calor. Pronto pasará y nos iremos a casa… ¿Estás bien?

—Sí —musitó Melissa abrazándose a su cuerpo. Olió el perfume de Carter, cerró los ojos y apoyó su cara en el hueco de su cuello. La música seguía *sonando, esta vez Come away with me*, de Norah Jones. Con esa música, abrazados, y el sonido de la lluvia, Carter consiguió tocar una vez más el corazón de Melissa. Tarareó la canción y empezó a bailar suavemente con ella. Melissa sonrió.

—No te para ni la lluvia ¿verdad?

—No —dijo alegre—. Me encanta la música. Es una de las mejores cosas de la vida.

—¿Y qué otras cosas te parecen buenas? En la vida… —Melissa alzó la cara y miró a Carter. Por un momento vio que tenía la vista perdida en el horizonte. Suspiró. Y la miró, esta vez con una sonrisa. Pareció haber vuelto de donde fuera que su mente estaba.

—Estar con alguien como tú. —Melissa sintió que se mareaba y que el corazón la latía fuerte. Los ojos verdes de Carter la miraban con dulzura y hablaban por sí solos. Melissa tragó saliva y le miró, como encantada. Él inclinó la cabeza, iba a besarla. Y ella estaba dispuesta a recibirle. Quería besar a Carter. Le parecía que era el momento ideal para eso. Pero entonces Carter le dio un delicado beso en la frente. Y apoyó el mentón sobre la cabeza de Melissa, mientras volvía a tararear la canción de Jones, como pasando a otra cosa deliberadamente.

Melissa se sintió extraña. ¿Por qué no le había besado si le deseaba? ¿Estaba ella confundida y en realidad no la quería así? ¿Y por qué quería que Carter le besara si Jonathan estaba en su vida, aunque separados? Por lo que Melissa pensó que eso no era mucho.

Carter sonrió maliciosamente, pero Melissa no lo pudo ver. Eso es justo lo que quería, dejarla con ganas para que así ella estuviera nerviosa y le deseara más. Así estaría pendiente de él, le invadiría su

pensamiento con nuevas sensaciones y Jonathan al final desaparecería.

****

Al día siguiente, Carter volvió a presentarse en casa de Melissa para «ver cómo estaba». Ella le recibió con alegría y agrado. Iba mejor peinada y vestida que días atrás, cuando llevaba un look totalmente ajado y triste. La noche anterior, Carter había estado maquinando nuevamente. Y se había inventado algo para estar más cerca de Melissa. Estaba seguro de lo que ella diría y él aceptaría.

—¿Café o té? —dijo Melissa agachándose sobre la mesita del salón. Ya tenía preparada la bandeja con el desayuno, pues sabía que Carter iría, y Carter comprobó con agrado que ella se había molestado en sacar tostadas, pasteles y poner unas flores.

—Café con leche y dos terrones de azúcar, por favor. Pero yo puedo servírmelo, siéntate aquí mi lado, Melissa.

—No me cuesta nada. —Sonrió ella, y le sirvió el café con una sonrisa de agrado. Carter no podía sentirse más lleno. Imaginó vivir así con Melissa, y le pareció una vida plena y feliz. Teniéndola en casa, haciendo vida juntos, compartiendo momentos…

Tras servir el café, Melissa se sentó al lado de Carter con una taza de leche y cacao. El dulce aroma de su perfume y el gel de ducha invadieron las fosas nasales de Carter. No olía a perfumes caros que parecían de prostituta, sino a un aroma fresco y limpio. Todo en Melissa era tan natural que, unido a lo guapa que era, le hacía aún más deseable. Cada vez entendía mejor por qué Jonathan nunca había superado perderla y por qué embelesaba a todo el que la conociera. Y a veces le daba la sensación de que Brian también sentía algo por ella. El único que no parecía verla así era Larry, que adoraba literalmente a Faith. Pero también a veces se le habían escapado ciertas miradas a Melissa, sobre todo a su escote o sus piernas.

—Gracias, Mel. —Sonrió Carter, bebiendo del café—. Está delicioso, muchas gracias. Espero que el del hotel se le parezca un poco… —Dejó caer sutilmente.

—¿El hotel? —preguntó Melissa extrañada.

—Sí, me temo que tendré que buscarme uno para estos días. Una tubería de mi apartamento se estropeó, hubo una pequeña inundación y están reparándolo. Tengo a un amigo de confianza que va al piso, casualmente vive dos plantas más arriba. Pero para quedarse allí es imposible. Han desmontado el suelo del baño, el inodoro… Así que tendré que buscarme un hotel por unos días…

—No hace falta, puedes quedarte aquí, Carter —dijo ella, mientras

removía la leche con una cucharilla.

—No, no, no quiero molestar, sería demasiado… —dijo él educadamente, aunque por dentro se sentía triunfal, pues eso es justo lo que quería.

—Por favor, Carter, estoy completamente sola en casa… Hay sitio de sobra. Jonathan compró el apartamento con habitaciones de sobra por si venían invitados. —El nombre de Jonathan salió a flote y Carter sintió un alfilerazo en el pecho. Melissa pareció por unos segundos un poco dolida. Todavía no lo había superado. Pero pronto recobró la compostura—. Excepto la habitación de Daniel y la mía, hay tres más disponibles. Y tienen baño dos de ellas. Hay ropa de cama puesta, solo tienes que traer tu ropa y los objetos personales que necesites.

—Melissa, sería abusar de tu amistad…

—Carter, por favor… Me voy a molestar si te vas a un hotel, teniendo tanto sitio aquí. Te lo digo de corazón… Me encantaría que te quedaras aquí… —Carter escudriñó la mirada de Melissa. Quería ver si podía sacarle algún sentimiento. Notaba que ella quería estar con él. Ya el día anterior, cuando se despidieron, al darse un beso en la mejilla, Melissa pareció esperar algo más, pero lo disimuló con una sonrisa. A Carter le gustaba ver cómo provocaba sentimientos nuevos en Melissa, cómo empezaba a tener el control sobre ella.

—De acuerdo, acepto entonces. —Sonrió satisfecho. Se llevó la taza a los labios y bebió con una exquisitez que a Melissa le recordó los típicos ingleses educados y protocolarios. Carter sentía que cada vez la atraía más a su red.

Se había llevado el gato al agua.

O casi…

+ +

En casa de Faith y Larry, Jonathan seguía viviendo ajeno a que Carter cada vez se iba metiendo más en la vida de su todavía esposa.

Quiso llamar a Melissa, pero temía que ella le rechazara, le colgara y las cosas se pusieran peor. Quería darle espacio y tiempo. Jonathan sabía que Melissa se sentía incómoda con él, que casi ni le miraba, y que su presencia le hacía sentir rara. Le dolía haber llegado a ese punto con Melissa, pero así estaban las cosas. Por eso él se había marchado, casi para ver si con su ausencia ella reaccionaba. Pero las cosas seguían mal y ninguno hacía nada, así que Jonathan cada día se desesperaba un poco más.

Pero ese día iba a salir de su letargo con otra noticia incendiaria. De la boca de Larry.

A la hora de comer, mientras Faith estaba ocupada en la cocina calentando su especialidad boloñesa, Larry y Jonathan estaban

sentados en el sofá blanco del salón, frente a la chimenea, ahora apagada y fría.

Allí, Larry le soltó a Jonathan un nuevo descubrimiento. Que se sabía que Denny había sido quién le había provocado el accidente de coche de hacía tres años. Jonathan se quedó paralizado. Otro golpe. Primero el incidente con Daniel, después la separación de Melissa y el descubrimiento de que George no era su padre, y ahora saber que Denny le había querido matar. No le costó recordar y volver a ese pasado oscuro. Cuando el coche volcó y él gritó hasta perder la consciencia. Y entonces, despertar en el hospital. Y la parálisis. El dolor, las lágrimas, la vida limitada para alguien que no paraba quieto, que era un triunfador y cuya vida no podía ser más activa. Reducido a estar paralizado constantemente. Y un buen día apareció Kate-Melissa. Y ella arregló todo. Y ahora no estaba.

El dolor del corazón de Jonathan se intensificó. Todo ser humano tenía un límite de aguante y Jonathan sentía que estaba desbordado.

—Siento decírtelo en estos momentos, cuando no te encuentras bien —dijo cauteloso—. Pero sentí que debías saberlo… Se encontró en el ordenador de la casa de Denny un diario privado de hace años donde parece ser que pone que conducía el coche que te sacó de la carretera. Habla mucho de ti, saca mucho rencor y palabras de odio… En fin, es una información confidencial, solo lo sabes tú y los compañeros que estaban al tanto del caso. Leroy me lo contó ayer, y creí que debías saberlo… Todo venía por lo de su padre… Hizo un seguimiento de tu vida profesional, y lo que salió en las noticias sobre tu accidente. Supongo que al ver como estabas, pensó que te había hecho suficiente daño…

Jonathan resopló, se levantó del sofá y se pasó la mano por el pelo, nervioso. Larry le miró con sus ojos azules, preguntándose si había hecho bien contándole la noticia.

—Jonathan… —Larry no sabía qué decir. Era absurdo preguntarle si estaba bien.

—Siento que no puedo más, Larry… Estoy desbordado… No puedo con esta vida. —Jonathan miró a Larry con gesto cansado. Larry le miró y vio ojeras, palidez, el gesto de un hombre cansado, triste y hecho polvo—. Estoy pensando seriamente en hacer lo que Brian y tú pensasteis…

—Jonathan, te dije que solo en caso de urgencia…

—¡¿Y esto no lo es, Larry?! —exclamó de pronto, con cierta furia que sobresaltó a Larry—. ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Eh? Siento que esta vida no es para mí. Fui mucho más feliz en Hamilton House. Desde que vine aquí, todo han sido problemas… uno tras otro. Melissa tenía razón… Estar aquí no es seguro. Siempre pasará algo. Creí que volver a Nueva York con Melissa y Dan marcaría una época nueva y

exitosa, pero no lo está siendo. Estoy harto. Me está costando mi matrimonio y no lo voy a permitir…

—Jonathan… —Larry se levantó, fue hasta Jonathan y le puso una mano en el hombro—. Quizá sea hora de que retomes las cosas con Melissa. Está pasando mucho tiempo y ella no está bien… Tú no estás bien… Si quieres hacer lo que te propuse, primero tienes que arreglarte con ella… ¿Comprendes?

—Sí… Pensaba llamarla y que habláramos, o quizá vernos. La he estado dando tiempo. No quería agobiarla y esperaba que con esta pequeña separación quisiera verme, que me echara de menos, que se diera cuenta de que estamos mejor juntos. Yo no la he apartado de mi pensamiento ni un momento… —dijo nostálgico. Larry hizo una mueca con la boca en señal de que le comprendía.

—Pues llámala, mándale un mensaje. Esta noche, antes de cenar. Da el paso. Ella lo está esperando.

—Lo haré… Tenemos que volver juntos. Esta situación me está volviendo loco… La necesito desesperadamente… y espero que ella también me necesite…

—Estoy seguro de que sí. —Larry le sonrió amigablemente. Lo que no sabía era que Carter se había ido metiendo en la vida de Melissa como un pez que nada libre y suelto por el río. Y Melissa estaba confusa con sus sentimientos. Pero saber eso habría roto del todo el ya fracturado corazón de Jonathan.

¿Y ahora qué iba a pasar?

****

Aquella noche, Carter se había asegurado de pasar una velada agradable con Melissa. Ya había hecho la cena, espagueti a la carbonara con alcaparras, vino italiano y tiramisú de postre. Una película del cine de oro, *Rebecca*.

Carter estaba preparando la mesa frente a la televisión, mientras Melissa se daba una ducha. Le había pedido el favor de que quitara el móvil del cargador y él, tras preparar la mesa y dejar todo a punto, fue a la encimera de la cocina donde reposaba el móvil y quitó el cargador del teléfono.

Vio que ya estaba cargado, pero el corazón le dio un vuelco al ver que tenía un mensaje de audio en WhatsApp y que era de Jonathan.

Carter todavía oía el ruido del agua en la ducha, y aprovechó que Melissa aún estaría dentro otros cinco minutos para oír el mensaje.

«Melissa, hola cielo. Escucha, sé que probablemente seguirás enfadada conmigo, aunque me gustaría que no fuera así, y me dieras la oportunidad de verte, poder hablar contigo… Te echo mucho de menos y estos días sin ti me están matando… Ya no lo resisto más…

Te necesito… Te quiero… Perdóname, por favor. Te lo suplico… Perdóname por haber sido como fui, perdóname por poner en peligro a Daniel, por hacerte sentir perdida y rota de dolor… Quería darte tiempo, espacio… y por eso no he llamado antes… Estaba avergonzado y no sabía ni qué hacer o decir. No quería presionarte. Pero te necesito… Por favor… si escuchas esto, dime algo ¿vale? Llámame o escríbeme. Por favor… Te quiero».

Carter se quedó un buen rato pensando y sintiendo que se le hacía un nudo en las tripas. Otra vez Jonathan. No se resistía a desaparecer ni a perder en el juego. Tenía que luchar, insistir y seguir siendo el rey ahora que Carter estaba de racha. Pero no lo iba a consentir. El tiempo que pasaba con Melissa le colmaba de alegría y le llenaba el hueco doloroso que tenía en su interior. Ese que se supone debería haber estado lleno por el amor de una familia. La sensación de que eso se le acabara y volviera a su vida privada vacía y solitaria le llenó de rabia. Y de una ira que ya conocía y le corrió por las venas como fuego. Así que no dudó en borrar el mensaje de Jonathan. De esa manera, Jonathan seguiría quedando como el marido frío que ignoraba a su esposa, y Melissa cada vez se sentiría más alejada de él.

Depositó el móvil de Melissa en la encimera, dejándolo tan frío y vacío como antes.

****

La cena estuvo bien, o puede que más que bien.

Melissa se había sorprendido de que Carter fuera tan buen cocinero. La pasta carbonara estaba muy buena, aunque el postre no era casero, sino hecho por encargo y traído de Dean & Deluca, en el Soho. Habían cenado, hablado, reído, y Carter cada vez se sentía más cómodo en casa de Melissa, con todo el tiempo para los dos.

Le preocupaba que los días se acabaran y todo quedara igual, siendo solo amigos. Carter esperaba que Melissa cambiara de opinión sobre Jonathan, se separara de él e iniciara una relación con Carter al ver que la ofrecía algo mejor. Las cosas iban bien. Melissa no le había parado ni le había dicho nada que le cortara. Eso era bueno. Eso era que le aceptaba.

Y ahora Carter y Melissa estaban juntos en el sofá, viendo la película. No sabía cómo había llegado hasta tal punto, pero Melissa tenía sus dedos entrelazados con los de Carter, en un abrazo de manos que mucha gente hubiera entendido como el de la típica pareja, y una minoría, como unos hermanos o buenos amigos.

Melissa se sentía a gusto con Carter y vivía el momento. Era mucho tiempo sintiéndose dolida, triste y perdida. Un incidente tras otro.

Estaba cansada del dolor y con Carter todo era tan fácil…

Empezó a llover otra vez, y la lluvia se intensificó, golpeando fuerte en las cristaleras de la terraza del salón. Melissa notó un escalofrío por la bajada de temperatura.

—¿Tienes frío? Te traeré una manta, espera. —Carter se levantó antes de que Melissa pudiera decir nada. El perfume de Carter se metió en las fosas nasales de Melissa y la movió algo por dentro. Dios mío.

Carter cogió una manta suave de su habitación y al llegar al salón, cubrió amorosamente a Melissa con ella. Ella alzó la vista y vio sus bonitos ojos verdes claro. Vio amor e ilusión en ellos. Le sonrió y le dio las gracias.

Siguieron viendo la película, hasta que la luz se fue. La tormenta era fuerte.

—Oh, no, vaya —protestó Carter.

—Era de esperar —dijo Melissa divertida con una sonrisilla—. Espera, tengo aquí unas velas y un farolillo. Nos darán algo de luz. —Melissa bajó del sofá y se aproximó a la mesa rectangular y baja que estaba enfrente del sofá. Había un farolillo blanco con una vela dentro y a cada esquina de la mesa un tarro de cristal tallado con siluetas de hadas, también con una vela dentro.

Muchas noches, Melissa se había acurrucado con Jonathan en el sofá, viendo alguna película y con las velas puestas. Jonathan solía comprar las velas aromáticas, y una noche Melissa se había partido de risa cuando se dio cuenta de que las velas olían a perfumes caros, cosa que la parecía una extravagancia típica de una ciudad como Nueva York…

Jonathan la dijo sonriendo que había sido una «pequeña excentricidad». Al parecer, ahora hacían velas con olores a perfumes de Chanel, Dior, o incluso Armani. Jonathan solía usar uno de Armani que olía a flores y aroma marino, una mezcla que siempre que olía le recordaba a él. Ese perfume Blue Ocean que se ponía al salir de la ducha. A veces, cuando él le abrazaba y le besaba, Melissa terminaba oliendo a él, al perfume de Blue Ocean, y le encantaba. Era como tenerle con ella, aunque él no estuviera ahí en ese momento.

Melissa encendió las velas y el farolillo. No sabía si eran velas normales o esas tan raras con fragancia a perfumes caros. Pero ya le daba igual. Jonathan no estaba allí, y se había ido la luz. Mientras dieran luz, poco importaba si olían a Dior o a Chanel.

Con la luz de las velas, Carter y Melissa permanecieron sentados en el sofá, mirándose cara a cara.

—No creo que la luz tarde mucho en volver. Con otras tormentas ya ha pasado. —Melissa parecía tranquila con el incidente. A Carter le

hubiera gustado que tuviera un poco de miedo, así se hubiera aprovechado, pero claro, Melissa ya no era una niña que busca el cobijo de los padres cuando oye un trueno. Sin embargo, el silencio, la luz de las velas y la tranquilidad, daban a Carter un ambiente perfecto para hacer algo…

—¿Cómo te encuentras, Mel? —preguntó él dulcemente, mirándole con ternura.

Melissa podía ver su mirada dulce y verde, aún con la poca luz de las velas. Pero el fuego daba cierta luminosidad y los ojos de Carter brillaban como esmeraldas.

—Mejor, gracias… Contigo me siento un poquito más fuerte, y más animada… Te lo agradezco mucho, Carter. Han sido días duros… — Carter vio la oportunidad. Se acercó más a Melissa, extendió la mano y acarició la cara de Melissa, suave y delicada. Ella se dejó.

—No tienes que agradecerme nada… Te mereces ser feliz y estar bien. Siempre estaré aquí para ti, quiero que lo sepas… —Entonces él se acercó más y más. Melissa no se movió. Estaba paralizada. Carter posó sus labios sobre los suyos. Él la besó dulcemente. Lentamente. No le apartó. Era un beso lleno de amor, delicado, verdadero. Se dejó besar así. Pero entonces algo rompió la magia del momento.

Melissa tenía los ojos cerrados, y el perfume de Blue Ocean invadió sus fosas nasales. Jonathan había dejado puestas las velas de su perfume. Melissa no lo sabía. La última vez había sido Chanel o quizá Nina Ricci… No tenía ni la menor idea de que las velas eran de Blue Ocean.

Melissa se retiró y justo en ese segundo volvió la luz. La cara de Carter era de sorpresa y una mal disimulada decepción. Melissa tragó saliva, incómoda.

—Lo siento Carter, es que… Es demasiado pronto. No creo que debamos ir ahí…

—Perdóname, Melissa, he sido un estúpido… No debería haberlo hecho… Te pido perdón… —Sonaba avergonzado.

—No pasa nada —dijo ella sonriendo, con menos fuerza que antes. Se levantó, apagó la velas y se envolvió en la manta, como queriendo esconderse en un capullo. Estaba incómoda. Necesitaba irse—. Oye, me voy a acostar, estoy un poquito cansada. Nos vemos mañana para desayunar, ¿vale? —Ella se acercó a Carter, se inclinó y le besó en la mejilla. Era lo menos que podía hacer para no hacerle sentir tan mal. Un rechazo nunca sentaba bien.

—De acuerdo, que pases buena noche, Melissa —dijo él educadamente, pero notándosele que se sentía tocado y hundido.

—Igualmente, Carter, buenas noches… —Melissa cruzó el salón y subió las escaleras. Se metió en su cuarto y cerró la puerta. Tiró la manta al suelo y corrió al armario. Lo abrió, apartó las perchas con la

ropa con fuerza. ¿Dónde estaba? Era una camiseta blanca de Snoopy, de manga corta. Melissa la llevaba con unas bragas cuando Jonathan, antes de irse a trabajar, le dio un abrazo, le llenó de besos, rieron y ella le tiró de la corbata, Jonathan cayó casi encima de ella y ella le abrazó aún más. La camiseta olía a él. La encontró por fin. Con manos desesperadas, la soltó de la percha. Se tapó media cara con la camiseta y aspiró el perfume de Jonathan. Pensó en él. Cayó de rodillas al suelo. Siguió respirando su perfume y pensó en él. En su blanca sonrisa. En sus ojos dulces, en cuánto le quería y en cómo se lo demostraba a diario. Pero ella le había despreciado sin parar. Se echó a llorar.

Carter, en el salón, analizó la situación. Sabía que el perfume de las velas era el perfume de Jonathan. Se lo había olido muchas veces en el trabajo.

Melissa todavía le quería. No iba a poder ganar a Jonathan.

Melissa era una causa perdida. Pero él la quería. ¿Y ahora qué? ¿Volver al plan de la pastelería? Habría que ver qué pasaría al día siguiente. Si ella le daba esperanza, quizá no fuera demasiado tarde.

Carter estaba paralizado. Con la mirada perdida. Solo oía la lluvia.

Había estado tan cerca……

Tensó la mandíbula y una lágrima le resbaló por la mejilla casi sin que se diera cuenta.

****

How can you mend a broken heart parecía la canción perfecta para aquella noche negra. Jonathan estaba tumbado sobre la cama, mirando el móvil y esperando una contestación de Melissa que nunca llegaba. El mensaje había llegado bien, tenía que haberlo recibido, pero no había contestado, pese a que se había conectado hacía pocas horas.

Jonathan se levantó de la cama y salió a la terraza del salón. Todos dormían, la casa estaba en silencio, solo iluminada por la luz azulada de la luna.

Había guardado un paquete de cigarrillos, y se encendió uno sentado en el butacón de cuero de Larry. Pensó en Melissa, en Dan, en George, en todo lo que había pasado. Se sentía confuso, perdido y terriblemente herido. Sentía que había vuelto a ganar, para perderlo todo con más fuerza.

—¿No puedes dormir? —Oyó una voz masculina. Jonathan alzó la vista y vio a Larry entrar al salón, vestido con un pantalón de pijama rojo de seda china. Un regalo de Faith.

—Larry, hola… No, me temo que no. ¿Y tú?

—Yo sí, pero me desperté para beber, muy típico, ¿no? —Sonrió.

Jonathan sonrió vagamente—. ¿Qué pasa? ¿Melissa no ha contestado? —Larry se sentó en el brazo del sofá.

—No, no lo ha hecho… Estoy muy preocupado, Larry. Quizá me equivoqué al irme… Quizá con eso solo puse las cosas peor… —Jonathan suspiró. Y aun con esa luz azulada y mortecina, Larry pudo ver la mirada triste y sombría de Jonathan. Era un hombre destrozado, derrotado. Tenía que acabar con esa situación que estaba devorando a su amigo día tras día.

—Mañana voy a ir a ver a Melissa. Quizá deba saber que estás aquí y que tenéis que veros. Tendréis que hacerlo en algún momento, Jonathan, y no creo que debáis esperar más. Es una situación lamentable, y me duele verte así. Faith también está preocupada…

—No quiero presionarle, quizá necesita más tiempo, no lo sé… —Jonathan sacudió la cabeza.

—Mañana iré a verla. Hablaré con ella, veré cómo está, y te diré algo… —Jonathan alzó su mirada triste a Larry. Le sonrió a modo de agradecimiento, pero era una sonrisa triste y rota.

En casa de Melissa la situación no era mejor. Aquella noche nadie podía dormir. Melissa estaba tumbada en posición fetal, abrazada a la camiseta, con la mirada perdida y el rostro bañado en lágrimas. Le dolía Jonathan. Le dolía su situación con él. Le dolía su pasado, su presente. Y Carter, que, asomado a la terraza, contemplaba las luces de la ciudad. Nueva York ante él con todo su esplendor. La ciudad, llena de vida, de gente, y él sintiéndose solo, perdido y como en otro mundo, interior, lejano, donde todo era un desierto de soledad.

Le dolió en el alma plantearse hacer daño a Melissa. Había descartado el plan de la pastelería, pero lo tendría que llevar a cabo si Melissa no reaccionaba y le rechazaba abiertamente. Si no iba a ser para él, tampoco para Jonathan. Y así se vengaría por haberle rechazado. Ahora el motivo ya no era hacer daño a Jonathan, sino hacerle daño a ella, privarle de la vida, de Jonathan, y que simplemente desapareciera. Quizá así sería más fácil, sin Melissa en el mundo, quizá sería más llevadero. Porque ese plan no tenía vuelta atrás. Acabaría con la vida de la mujer de Jonathan.

Y nadie lo iba a impedir.

****

Larry visitó a Melissa como prometió a Jonathan esa noche en la que nadie parecía poder dormir. Para su asombro, descubrió que Carter estaba pasando unos días en casa de su mejor amigo y se sintió de alguna manera ofendido y dolido por Jonathan. Su amigo estaba sufriendo y Melissa parecía estar bien con Carter. Ya no estaba pálida ni ojerosa, aunque tenía los ojos hinchados y parecía cansada, pero había estado mucho peor antes, según Faith.

Carter no estaba cuando Larry estuvo en el apartamento. Había ido a trabajar.

Y Larry empezó a maquinar, como el buen policía que era. Iba a ir a preguntar en el edificio donde vivía Carter si estaban realmente haciendo obras en su piso. Se enteró en menos de lo que canta un gallo. Solo tuvo que acercarse al gran mostrador de recepción del vestíbulo y preguntar al portero. El señor August Gardner. Larry mostró la placa de policía, que siempre le abría todas las puertas, y preguntó si el apartamento de Carter estaba en obras. El señor Gardner puso cara de póquer y dijo que no. Larry sonrió dentro de sí mismo. El apartamento de Carter llevaba cerrado unos días y no había

ruidos ni obras, ni nada parecido. De hecho, el día que Carter se había marchado con una maleta, el señor Gardner le preguntó si se iba de vacaciones y Carter sonrió contestando que «algo así». Para Larry, esa información, que para el señor Gardner no significaba nada, era oro molido. Era una oportunidad única para desenmascarar a Carter ante Melissa y de que ella se centrara en Jonathan. Le parecía vergonzoso que el matrimonio de sus amigos estuviese parado y Jonathan sufriendo, mientras Melissa estaba tan tranquila con el impostor de Carter. Claro que no la había dicho lo realmente importante, que Jonathan estaba en su casa, que sufría por la situación, y que el padre de Jonathan no era realmente su padre. Pensó que tenía que contar eso en otro momento.

—Muchas gracias por su colaboración, Señor Gardner. —Se despidió Larry con una mueca que revelaba su satisfacción.

Era hora de actuar.

Capítulo 19

En la pastelería, Carter y Melissa disfrutaban con la tarea de los postres. Al final, Melissa había decidido ir a la pastelería un par de tardes, vender productos y hacer algún postre. Carter se había ofrecido a acompañarle.

Faith le había dado las llaves del local a Melissa, y Carter, muy discretamente, había hecho una copia en un molde de arcilla metido en una cajita metálica donde una vez hubo una pastilla de jabón. Se la guardó en el bolsillo del vaquero.

Estaban pasándoselo bien.

Melissa era muy laboriosa y Carter no sabía que supiera hacer postres. Era mejor de lo que pensaba. Siempre le sorprendía con algo nuevo. Se la imaginaba siendo su mujer y sentía que podía ser feliz por primera vez en su vida. Jonathan no sabía lo que tenía.

Allí, en la cocina, Melissa preparaba la crema de los cupcakes, de nata, turrón y guindas. Carter observaba cada detalle. El pelo ondulado y largo de Melissa, cómo se inclinaba en la mesa o cómo se le ajustaba el pecho a la camiseta rosa. Carter quería cogerla de la cintura y hacerla suya allí mismo, sobre la mesa. Tirando todos los productos, manchándose y manchándole a ella.

—Si usamos extracto de vainilla, aún quedará mejor —dijo, mordiéndose el labio inferior mientras trabajaba laboriosa.

Carter sonrió y se comió una guinda que robó del botecito. Melissa le miró divertida y queriendo ser seria.

—¡Carter! —Ella le dio un manotazo cariñoso en la mano y Carter se rio.

—Lo siento, pero estaba diciendo «cómeme». —Sonrió encogiéndose de hombros. Melissa le miró atenta. Carter tenía una sonrisa bonita, dentadura blanca y perfecta, y unos ojos claros vivos y alegres, cuando estaba con ella. Era muy guapo. A veces le daba miedo pensar así de él, y más miedo la daba pensar que a veces le parecía un sucedáneo de Jonathan. Pensaba que, físicamente, a veces, tenían ciertos gestos, y la sonrisa. Como las cosas iban mal con Jonathan, Melissa sentía que Carter era su vía de escape, pero ¿se estaba enamorando realmente de él o eso creía? Seguía teniendo a Jonathan en la cabeza constantemente, así que eso era que no, que no amaba a Carter y que Jonathan seguía ahí dentro, en su corazón. ¿No?

—Vale, pero no te comas la butter cream, por favor, tengo la justa. —Sonrió ella, y volvió al quehacer. Cogió la manga pastelera y empezó a bordear el bizcocho con la nata azucarada. Carter vio ahí una oportunidad.

—Espera, déjame que te ayude. —Se puso detrás de Melissa, pegado a su espalda. Melissa pareció por un momento tensa. Tenía el cuerpo de Carter totalmente pegado al suyo. Esa cercanía era un poco exagerada. Carter apoyó la mano derecha sobre la de Melissa, que sostenía la manga pastelera, y guio esta. Carter hacía dibujos como en forma de ochos, y a Melissa le pareció divertido ver cómo Carter improvisaba y siempre le sacaba alguna sonrisita. Su diseño era más original que el de ella. No solo hacía ochos, sino que también los alternaba con picos, ondulaciones, que le daban a la futura tarta un toque curioso y fuera de lo común. Melissa no se había imaginado eso —. Así está más chula, ¿no te parece? —Tenía la cara de Carter pegada casi a la suya. Olía su respiración, su olor a after shave con toque marino, y sintió algo raro dentro de ella. Quizá, si Jonathan no estuviera, ¿se habría enamorado de Carter? Si no hubiera vuelto con Jonathan, Carter parecía un posible candidato para que ella rehiciera su vida, como Jonathan había hecho cuando había estado con otras chicas.

Él decía que no había estado enamorado, que no las había querido, pero a Melissa siempre le molestó que utilizara así a las mujeres. Eso no era propio de un hombre honesto. Y ese pasado a veces quemaba a Melissa un poco. Sin embargo, Carter no tenía un pasado así. Parecía un chico normal, dulce y un poco dañado, pero no parecía alguien que hiciera daño, y Jonathan… bueno, Jonathan sí había roto muchos corazones.

A veces la daba miedo que también le rompiera el suyo algún día.

La famosa crisis de los cuarenta de los hombres. Melissa esperaba que Jonathan nunca la sintiera. Muchos hombres se volvían un poco

raros, como las mujeres que empezaban la menopausia y empezaban con síntomas y rarezas a ojos de sus maridos. Para los hombres, esa crisis significaba a veces liarse con una chica más joven y tirar por la ventana a mujer e hijos.

Por culpa de ese pasado donde Jonathan había sido cruel, Melissa a veces tenía dudas.

Pero, si él había cambiado, era por ella. Ahora no era así. Si antes era malo, fue porque ella no estaba, ¿no? Con esa lógica, Melissa quería pensar que Jonathan no le dejaría tirada cualquier día. Pero a veces le daba miedo. A veces el amor no era suficiente.

Terminaron de decorar la tarta. Melissa se dio la vuelta, pero Carter apenas se había separado de su cuerpo unos escasos centímetros. Todavía seguía mirándole y apoyaba una mano en la cintura de ella. Quería algo más. Lo veía en sus ojos claros. Ella tragó saliva, y posiblemente también quería algo de él. El olor a limpio, a after shave marino, el pelo mojado de Carter, semi despeinado, su camisa abierta, revelando su clavícula…

Melissa se sintió perdida. Miraba a Carter sin saber qué decir. Él la miraba también.

Cogió un resto de nata con la yema del dedo y manchó la mejilla de Melissa con una sonrisa juguetona. Ella sonrió, llena de sorpresa, y antes de que pudiera decir o hacer nada más, Carter lamió y besó su mejilla, llevándose toda la nata. Melissa cerró los ojos. Se dejó llevar. La loción marina de Carter la gustaba, y sentir el calor de su cuerpo. Y entonces la boca de Carter pasó de la mejilla de Melissa a su boca. La besó lenta y dulcemente. Y Melissa no le paró. Sintió la lengua húmeda y caliente de Carter, sus labios suaves. La mano de Carter se metió entre el pelo de Melissa y tomó el lateral de su cabeza. Sentía los dedos suaves y calientes en el cuero cabelludo. Melissa metió las manos bajo la camisa de Carter, y tocó su espalda, suave y llena de curvas y montículos, fruto de una musculatura entrenada.

¿Pero qué le estaba pasando?

Carter metió la mano bajo su falda y le acarició el culo. Melissa sintió un escalofrío de placer. Solo llevaba unas braguitas y Carter no se cortó en meter la mano bajo ellas y agarrar el trasero de Melissa. La lengua de Carter se enredaba con la suya. Melissa sentía el corazón desbocado.

Entonces Carter, inesperadamente, cogió a Melissa de la cintura, la subió a la mesa anexa de la cocina, tirando unos platos, que se hicieron añicos, una jarra de cristal y servilletas. La tumbó sobre la mesa y se echó encima como un animal. Melissa se asustó. Una cosa era un beso y otra, tener sexo. Y eso sí que no lo quería. No podía ir ahí con él. Simplemente sentía que eso era ya otro terreno. Sagrado casi. Solo podía ir ahí con Jonathan. Y Carter no era Jonathan. Sintió

asco y miedo. Tenía que parar aquello.

—Carter, no, por favor, para… —dijo ella asustada. Pero Carter estaba excitado. No paraba de besarle el cuello, le mordió incluso, mientras le sujetaba las muñecas con fuerza. Había conseguido abrirle las piernas y estaba echado sobre ella. Ella gritó un poco cuando él le mordió el cuello. Estaba asustada. Iba deprisa y ella no quería llegar ahí. Melissa intentó luchar, se revolvió, pero él era fuerte, alto, y pesaba más que ella. Las muñecas le dolían. Él apretaba y parecía que llevase esposas.

—¡Carter! ¡Para! ¡No quiero seguir con esto, por favor!

—Shhh, cállate, te va a encantar, ya verás… Dame una oportunidad, Melissa. —Le besó en la boca con fuerza. Melissa tenía miedo. No dejaba de pensar en que la situación se la había ido de las manos. Era culpa suya por haber permitido a Carter ir tan lejos. Se sentía culpable y estúpida. Pensó en Jonathan, en que entraba y le defendía. O incluso en Larry. Pero ellos no estaban ahí. Empezó a sollozar. Carter le iba a violar. Ya no le deseaba. El olor a after shave marino ya le mareaba y la fuerza de Carter, lejos de excitarla, le aterraba.

Comprendió que las suplicas y las lágrimas no iban a funcionar. Carter parecía borracho de locura. Tenía que usar otra táctica. Melissa era buena estratega. Pensaba rápido. Y aunque estaba asustada y bloqueada, tenía que pensar en una táctica para salir de esa situación en la que ella sola se había metido. No iba a venir nadie a rescatarla. Saldría ella sola de ahí, y luego llamaría a Larry.

—Vale, pero déjame tocarte, por favor… Te deseo… —dijo ella, de repente, con voz sensual. Carter pareció sorprendido, pero sonrió complacido. Por fin tenía a Melissa comiendo de su mano. Le soltó las muñecas y ella le tocó los pectorales mientras le besaba con pasión. Él se lo creyó. Entonces, mientras Melissa acariciaba los costados de Carter, relajó la pierna y la dejó estirada sobre la mesa, Carter se movió un poco y ella aprovechó para flexionarla y darle un rodillazo en la entrepierna. Carter gritó y se dobló de dolor, así que ella aprovechó para empujarle y tirarle al suelo. Libre de él, se bajó de la mesa y se lanzó con la agilidad de un gato a la encimera del fregadero. Cogió un cuchillo de carnicero y lo blandió ante Carter, que estaba en el suelo, retorcido de dolor, pero alzó la cabeza y la miró frunciendo el ceño.

—¡No se te ocurra tocarme ni intentar nada o te lo clavo! ¡Te lo juro! —Melissa no temblaba. Tenía una fuerza que ella misma desconocía.

—Melissa, tú querías esto… —dijo sorprendido, con la boca entreabierta y frunciendo ligeramente el ceño. Miraba a Melissa intentando entender.

—Te dije que pararas, me tenías agarrada, obligándome… No quería llegar tan lejos… —Carter empezó a levantarse lentamente. Melissa siguió blandiendo el cuchillo.

—Melissa, lo siento, perdóname, por favor… No sé qué me ha pasado… Yo nunca te haría daño… Te quiero muchísimo… —Melissa se asustó al ver cómo Carter cambiaba de personalidad. En un momento parecía a punto de explotar y hacerla daño, y al siguiente volvía a ser manso. Melissa se asustó aún más y pensó que quizá Carter no era tan perfecto como parecía. De hecho, le recordó la característica típica de los psicópatas, que fingían una buena cara y ocultaban otra que era monstruosa.

—¡No te acerques, Carter! —chilló Melissa cuando Carter dio un par de pasos hacia ella—. Vete de aquí, por favor… Y recoge tus cosas de mi casa. Se acabó… ¿vale? —Carter la miró horrorizado. Sentía que el mundo se le venía abajo en un instante. Creía haber llegado a la cima, y volvía a estar en la salida. No había conseguido nada. Es más, había perdido a Melissa. Tras ese incidente, nada volvería a ser lo mismo.

—No voy a hacerte nada, lo juro. —Carter puso las manos en alto como si le apuntaran con un arma—. Pero, por favor, no me odies… Te juro que pensé que es lo que querías. Te besé y te gustó, lo noté…

—¡Basta! —Melissa tenía lágrimas en los ojos—. Estoy muy confusa y vulnerable… No estoy bien por lo de Jonathan. Te agradezco que hayas sido tan amable conmigo estos días, pero no puedo más… Te pedí que pararas y no lo hiciste. Se nos ha ido de las manos a los dos. Por eso es mejor dejarlo… Carter, no podemos seguir así. Tienes que irte de casa y yo tengo que arreglar lo mío con Jonathan… Así tiene que ser… Yo… no me lo saco de la cabeza…

—¿Le prefieres a él? —Carter estaba boquiabierto, dolido. Casi quería llorar y matar a Melissa al mismo tiempo—. ¿A ese cerdo que usaba mujeres como trapos? ¿De verdad quieres terminar tus días con alguien así? —Melissa sintió una punzada de dolor en el corazón. Tragó saliva con dificultad y se enjugó las lágrimas.

—Por favor, Carter, déjalo ya… Vete… por favor…

—¿Me lo has hecho creer para ahora darme la patada? Veo que se te han pegado las maneras de Jonathan… —dijo ofendido y conteniendo la ira.

—Lo siento. —Sollozó Melissa—. No quería que esto acabara así… Pero quiero a Jonathan… No puedo seguir engañándome… Creí que podría quererte, Carter, pero no puedo… Aunque Jonathan se divorciase de mí, creo que seguiría amándole siempre… Esa es mi maldición…

—Pues lo siento por ti… No sabes cuánto, Melissa… —Carter la miró con tristeza. Como un hombre que viene de la guerra, cansado,

perdido y hundido. Carter salió de la cocina, cruzó la tienda y salió. El tintineo de la campana que avisaba de la entrada de un cliente fue lo último que Melissa oyó de Carter.

Melissa estaba paralizada, aún con el cuchillo en la mano, pensando en lo que había pasado. Habían pasado de amigos a enemigos. En un instante todo se había venido abajo. Aquel hombre fuerte, de repente parecía cansado y débil. Pensó en cómo Carter se marchaba suave y lánguidamente. Como un alma en pena, derrotada.

La manera en que se despidió parecía casi como si la augurara un mal presagio.

Melissa se sintió desfallecer. Se sentó en un taburete mareada.

Se sentía sucia, vulnerable y estúpida.

Cogió el móvil y marcó el número de Larry. Necesitaba a un amigo cerca, alguien que le calmara, que le abrazara. Pero lo que había pasado era culpa suya, por ir demasiado lejos. Se sentía avergonzada y si Larry se enteraba, de seguro que le miraría diferente. Jonathan era su mejor amigo y se sentiría ofendido de que ella le hubiera puesto casi los cuernos. Se habían besado y habían tenido algún acercamiento. Si Jonathan se enteraba, podría ser el fin. Su relación ya estaba muy herida, y ese incidente no haría más que agravar la situación.

Melissa colgó. No podía hablar. Solo quería llorar.

****

Paul O'Conner había entrado en las oficinas de la policía como un huracán. Varias mujeres ya se habían derretido al verle perfectamente trajeado y andando con soltura y determinación, llevando una carpeta de papeles y concentrado en un nuevo caso, como el perfecto policía. Y lo era.

Físicamente, era el prototipo de muchas mujeres. Alto, rubio, con ojos azules, varonil, llevando a veces una barba de dos días que le resaltaba aún más la perfecta mandíbula.

Tras el traje se escondía el cuerpo que hacía que una mujer cayera redonda al suelo. Así se habían sentido todas las mujeres con las que Paul había estado. Tenía una piel suave, abdominales marcados, pectorales firmes con un ligerísimo vello en el centro del pecho y una línea de vello rubio que caía desde su ombligo hasta que se fundía con su pelvis. Era, físicamente, un adonis. La última en comprobarlo había sido Anna Canvass, la hija de Bartholomew, que vivía en Chicago y trabajaba en el departamento de pruebas de laboratorio de la policía. Ella y Paul habían sido novios durante varios años, aunque de manera intermitente. Paul no solía engancharse emocionalmente y de forma total a nadie. Su pasado no había sido fácil y, al igual que Jonathan, él

también buscaba una Melissa que nunca llegaba.

Así que Paul, al final, desaparecía y dejaba corazones rotos por el camino.

Había estado viviendo en Chicago hasta que su tía abuela May falleció, legándole la casa de Nueva York. No era una mansión, pero era mucho mejor que el apartamento donde vivía. La casa de la abuela May era una casa de dos plantas, bien decorada y amueblada, espaciosa, muy limpia y acogedora. La complementaba un bonito jardín y una piscina. La casa estaba en la urbanización de West Rose, donde se abrían paso dos amplias hileras de casas con jardín y una carretera en medio. Era un barrio tranquilo, con muchos vecinos que eran matrimonios con hijos, parejas jóvenes o jubilados.

Paul se mudó y abandonó su apartamento de alquiler. Cuando Anna se enteró, supo que, con Paul ahora en Nueva York, se habían acabado las posibilidades de volver con él. Todavía le quería mucho y le dolía pensar en él, pero Paul parecía tranquilo al estar nuevamente soltero.

Llevaba dos semanas en Nueva York y estaba perfectamente integrado. Él y Larry habían hecho buenas migas. Los dos eran inteligentes, astutos y dotados de experiencia y un buen sexto sentido. En Chicago, Paul había resuelto varios casos de secuestros y asesinatos. Era un diamante en bruto y Larry lo supo ver al instante.

Era su nuevo compañero y Larry le puso al día de todo.

Paul se encontraba a gusto en su nuevo trabajo. Y en su nueva casa.

El problema venía por la noche. Tenía ese sueño que le atormentaba con frecuencia.

Aquella chica.

Era preciosa, y los sueños eran la única manera que tenía de verla, tocarla, sentirla…

Tenía ojos verdes, pelo castaño largo y espeso, un flequillo que le remarcaba aun mejor la cara de rasgos de muñeca. Era guapísima, dulce, cariñosa, inocente y sensible. Él quería poseerla a todas horas. Quería hijos con ella. Quería casarse con ella y eso era lo irónico. Paul no había querido casarse en sus treinta y cinco años de vida. Algunas de sus novias quisieron hacerlo, pero él siempre dejaba claro que eso no era lo suyo, para decepción de ellas. Nunca se sentía preparado ni veía a esas chicas como las mujeres de su vida. La chica que veía en sueños sí que era lo que él quería, pero no podía sacarla de su sueño y materializarla en la vida real. Aunque a veces se preguntaba si existiría en la vida real. Si viviría en Europa o en el mismo Nueva York, o si solo sería un sueño fruto de sus anhelos. Aquello le atormentaba, y ocultaba ese secreto como si fuera una vergüenza. Esa debilidad hubiera roto la imagen de policía perfecto, frío, duro,

práctico… Pero la chica de ojos verdes le desarmaba por completo.

Casi todas las noches la veía, con un fino camisón azul de tirantes. Él le había bajado una de las tiras mientras le estrechaba contra su cuerpo. Notaba sus pechos redondos y firmes contra sus pectorales. Le bajaba la tira y acariciaba su hombro desnudo y suave, y la besaba el cuello, pero después le mordía y hasta le hacía sangre, porque la deseaba con fiereza y quería comérsela entera. Solo para él.

Había metido la mano entre sus bragas, y al meter los dedos en su interior, ella se contrajo, cerró las piernas, presionándole la mano como si se la hubiera atrapado un cepo. Ella no habló, pero le miró con esos ojos verdes, frunció el ceño en señal de preocupación y negó con la cabeza suavemente, mirándole suplicante. Comprendió que era virgen. Al meter un par de dedos en su interior, vio que no podía meter más allá de la primera falange. Ella estaba cerrada.

Entonces Paul la cogía en brazos, alzándola, la besaba con más fuerza y la estrechaba con él con tanta fuerza que le hacía daño. Ella se quejaba ligeramente, quería liberarse de su beso opresor y de esos brazos que le ahogaban.

Entonces Paul se despertaba sudoroso y con el corazón latiéndole.

En sus sueños, todo empezaba bien pero, por alguna extraña razón, siempre terminaba haciéndole daño, y él no quería, le amaba, pero siempre pasaba algo y ella terminaba con el cuello amoratado o un ojo hinchado, o sangre en la comisura del labio. Y esa mirada verde, dulce, pero llena de tristeza, mirándole… Y él sabía que había sido el causante de esas heridas. Y entonces él gritaba y se despertaba. La chica ya no estaba, y volvía a su solitaria realidad…

****

Cuando Melissa volvió al apartamento, había pasado una hora. Había hecho tiempo en la tienda para que Carter recogiera sus cosas y se fuera. Estaba asustada y nerviosa pensando en si al volver a casa se lo encontraría de nuevo.

Deseaba que estuviera Daniel para recibirla, o Faith, o incluso Jonathan, pero estaba sola y se sintió aún peor. Quería meterse bajo la ducha y estar horas. Aunque eso no serviría para que se sintiera limpia.

Metió la llave en la cerradura, empujó la puerta y pasó. Oyó unos pasos en la cocina. Eran los zapatos de un hombre. Zapatos caros que caminaban sobre los baldosines brillantes de la cocina. Su corazón latía acelerado. Carter no se había ido. No quería perder. Y ahora saldría, le violaría allí mismo y nadie se enteraría. Terminaría lo que había empezado en la pastelería.

Tenía las llaves en la mano, y se le ocurrió usarlas para defenderse

contra Carter en caso de que le atacara. Agarró el llavero con fuerza y metió cada llave entre los dedos a modo de garra con uñas. Al menos podría darle en la cara, atontarle y ganar tiempo para salir corriendo y pedir ayuda.

Avanzó hasta la cocina lentamente, apretando el llavero contra la palma de su mano. Vio la nevera abierta. La puerta tapaba a la persona, pero veía unos pantalones negros de hombre y unos zapatos brillantes. Había algo inusual. Ella se quedó plantada en la entrada de la cocina, sin saber qué decir o hacer. El hombre cerró la puerta. Había cogido una botella pequeña de agua mineral. El corazón le dio un vuelco. El mundo gris se iluminó de color. El hombre reparó en su presencia y le devolvió la mirada. El hombre tenía gesto cansado, ojeras. Se veía que lo había pasado mal.

Melissa se echó a llorar

—Cariño… —Musitó él. Fue hasta ella y ella hasta él. Se fundieron en un abrazo y Melissa lloró aún más.

—Jonathan. —Sollozó abrazándole fuerte. Y sintió que el corazón le estallaba en pedazos.

****

Bartholomew Canvass disfrutaba de un buen café en el Coffee Land. Tenían todo tipo de cafés y dulces, y Bart solía parar allí muchas veces para desayunar. Ese día sentía especialmente que necesitaba salir, estirar las piernas y relajarse un poco. Había estado mirando los papeles del trabajo, su cartera de clientes y casos, y le prestó especial atención a la carpeta de la herencia de Elias Thornton. Un post it amarillo con signos de exclamación le recordaba que tenía información importante encriptada en una carpeta de su portátil. Bart había intentado abrir la carpeta para leer la dichosa información que contenía y desvelar por qué soñaba tanto con el difunto Elias, por si había algún mensaje que su amigo intentaba decirle a través de sueños, por ridículo que sonase. Pero Bart no recordaba la contraseña. Así que no podía saber qué información se hallaba guardada tan celosamente. Solo deseaba recuperar ese trozo de memoria perdida y recomponer las piezas del puzle.

Paul había quedado con Bart para desayunar en su descanso de una hora en el trabajo. Aunque hacía meses que Paul había roto con Anna, Bartholomew todavía quería a Paul como hijo. Habían sido tres años los que su hija y Paul habían estado juntos, y Bart, que le consideraba como un hijo, y había pasado con él ratos realmente buenos, todavía hablaba y se veía con Paul de vez en cuando. Anna no lo sabía, y Bart prefirió ocultarlo por temor a que su hija se sintiera molesta.

Bart no guardaba rencor a Paul por haber roto con Anna. Es más, le agradecía que hubiera sido sincero y la dejara libre, en vez de haberse atado a ella sin quererla. Entendía que a veces el amor se iba, o que pasar mucho tiempo con una persona te hacía ver si de verdad era el amor de tu vida. Él mismo había tenido muchas relaciones antes de casarse con Barbara, y cuando la conoció, simplemente, supo que ella era la elegida para ser su compañera de por vida.

No podía culpar a Paul porque él no hubiera sentido eso por su hija. No se podía obligar a nadie a querer a otros. O surgía o no surgía. Paul era un buen tío, un poli respetable y eficiente, y tenía un gran corazón. Había dado juguetes a niños pobres por Navidad, visitaba albergues, donaba dinero y comida, y amaba el altruismo.

Bart no tenía hijos varones, pero sentía a Paul como uno. Estaba orgulloso de él.

Así que, aquella mañana, Bart se sentó frente a Paul en una mesa cerca de la cristalera que daba a la Quinta Avenida como si fuesen dos amigos y Paul no fuera el hombre que le había roto el corazón a su hija.

Un café caramelo con avellana y tres galletas maccaroni para Bart y un café con leche para Paul. Así era Paul, simple y sencillo. Bart, sin embargo, tenía ciertos gustos refinados más dignos de la gente rica, como su afición por la hípica o por las comidas elaboradas.

El que ya no sería su yerno estaba sentado frente a él, con un traje negro impoluto, camisa blanca, corbata oscura con finas rayas rojas y la luz del día iluminando sus claros y vivos ojos azules. Qué gran partido. Entendía que Anna estuviera tirándose de los pelos por haberle perdido.

—Gracias por haberme visitado en el hospital, hijo… Se aprecian de verdad las visitas y el calor de tu gente cuando estás encerrado entre cuatro paredes y rodeado de batas blancas. —Paul sonrió, mostrando unos perfectos dientes blancos.

—No hay por qué darlas, estaba preocupado por ti, sabes que te considero como mi padre…

Paul habló con cierta nostalgia. Había perdido a su padre con quince años. En un tiroteo. También era policía. El difunto Lewis O'Conner. Su madre había fallecido quince años después de un cáncer de ovario. Así que Paul buscaba el calor familiar desde hacía tiempo. Había encontrado un padre en Bart, pero seguía echando de menos un calor femenino, dulce, inocente y desinteresado. Aún no lo había encontrado.

—Lo sé, y es un orgullo tenerte como mi hijo. —Sonrió.

—¿Qué tal está Anna? —Paul preguntó con cierta cautela. Hacía cuatro meses que no sabía nada de ella. Él había decidido romper. Ella se volvía cada vez más agobiante con el tema de casarse y él no

quería. Además, sentía que no estaba enamorado y no quiso engañarse más ni engañarle a ella. Anna había llorado, le había abofeteado, y no quería saber nada de él. No habían llegado a vivir juntos.

Paul sentía que debía preguntar. En cierto modo, se sentía culpable. Como el poli malo de la película.

—Está un poco mejor. Centrada en su trabajo, las amigas… Se compró un perro… —Paul y Bart compartieron una media sonrisa—. ¿Cómo va todo por la oficina?

—Bastante bien. He hecho migas con un poli bastante sabueso, de los de mi pasta. Larry se llama y es el puto amo. —Paul sonrió. Bart le devolvió la sonrisa.

—Entonces, en Nueva York no habrá más crimen, ¿no? —Paul sonrió y bebió un trago de su café. Bart se puso serio por un momento —. Paul, ¿crees en los mensajes a través de sueños? —Paul estuvo a punto de atragantarse con el café. Sintió una punzada de miedo y la ridícula idea de que Bart sabía lo de sus extraños sueños con la chica.

—¿Por qué lo dices? —preguntó con cautela.

—A veces sueño con un amigo fallecido, Elias. Es como si quisiera decirme algo, pero no logro comprender qué… Le veo con frecuencia, parece angustiado, me habla, pero al despertarme no recuerdo qué me ha dicho. Empieza a ser frustrante… —Paul se sintió más relajado. No tenía que ver con él, y además no era el único en tener sueños raros.

—Podría tratarse de un asunto pendiente —determinó Paul—. Es lo que se suele decir… ¿Llevabas algún negocio con él?

—Sí, tengo su testamento, creo. El problema es que su carpeta está encriptada. No recuerdo la contraseña y no la tengo apuntada por ningún sitio. Después del accidente, ya sabes…

—No te preocupes, lo sé… Creo que puedo ayudarte. Un día estábamos en tu despacho y te desesperaba poner una contraseña diferente a cada carpeta. Yo te di un truco, pero quizá no lo recuerdes o no me hicieras caso. La contraseña para cada cliente era su nombre seguido de año de nacimiento. Podrías probar…

A Bart se le iluminó la cara.

—¡Eso es! ¡Claro! ¡Ahora lo recuerdo! —Paul sonrió—. Sí, te hice caso. Así es, usé ese método, y con Elias también. Ahora puedo abrir su carpeta y ver qué asunto pendiente tenía. Dios, gracias Paul, ¡eres realmente una bendición!

—No ha sido nada, viejo. —Paul alargó su brazo y palmeó el hombro de Bart. Se alegraba de haberle ayudado, pero ojalá alguien le ayudara a él.

La chica de los ojos verdes, ¿quién era?

****

Carter ya lo había planeado. Estaba seguro de hacerlo. La rabia hervía en su interior. Había destrozado el salón. La emprendió a golpes con los muebles, tirando las sillas, la mesa del café, las macetas de las plantas, gritando y dando puñetazos a los cristales de las puertas hasta romperlos, clavándose pequeños cristales que le hicieron cortes en las manos. Pero le daba igual. No sentía dolor físico porque todo su dolor se concentraba en su corazón. En su interior una llama de fuego ardía y dolía.

Había estado tan cerca de ganar… pero una vez más había ganado Jonathan. Como siempre.

Jadeante y exhausto, se sentó en el suelo, con las piernas estiradas y la espalda apoyada en la pared. Estaba despeinado y varios mechones de pelo le caían sobre su frente sudorosa.

Solo podía pensar en la venganza. Ya tenía un plan urdido para vengarse de Melissa.

Iba a acabar con ella. Nadie se lo iba a impedir porque nadie sabía quién era realmente. Melissa no iba a contar nada a Jonathan por vergüenza y él seguiría trabajando y confiando en él. No sabía que era su medio hermano. Esa era su baza para ganar.

Carter empezó a urdir otro plan maquiavélico. Quizá el peor que había pasado por su cabeza. Llegó de repente a él. Cuando todo parecía perdido, una llama de luz se iluminó en su creciente oscuridad.

Cuando se le ocurrió aquello, recobró cierta esperanza. Era brillante. En su cabeza, se dijo a sí mismo que aquel plan arreglaría todo. No había perdido. Aún no.

Empezó a reírse. Sus carcajadas invadieron la estancia, llena de muebles tirados y cristales rotos.

****

La bañera redonda tenía el punto perfecto de temperatura de agua. Calentita y relajante. Llena de espuma con olor a sales marinas. Varias velas metidas en vasos de cristal rodeaban ciertos puntos de la bañera donde Jonathan y Melissa estaban desnudos, abrazados, casi fundidos como si fueran una única persona. No querían separarse. Melissa se aferraba a su marido como si fuera una roca de la que, si se soltara, perdería el rumbo.

Jonathan también le abrazaba con desesperación. Había vuelto a rememorar lo que se sentía al perderla de nuevo.

Habían hecho el amor casi sin pensarlo. Surgió de manera natural. Empezaron a besarse, las lágrimas de Melissa se mezclaron con las de

Jonathan, y entonces ella quiso ser suya. Le necesitaba dentro. Jonathan se hundió en ella y un gemido de liberación salió de su boca. Melissa, por su parte, gemía y sollozaba porque volvía a estar con él, y era él, Jonathan. Todo volvía a estar en su sitio.

Melissa no se paró a pensar en contarle a Jonathan el incidente con Carter y cómo las cosas con él se habían salido de madre. No era el mejor momento. Él tampoco había revelado que George no era su padre ni su pequeña autodestrucción, de la que le había salvado Larry al acudir a Hamilton House.

Ambos se abrazaban fuerte y con la mente se contaban sus más oscuros secretos y miedos, sin ponerlos en la boca y darles voz. Después, en la cama, acostados por primera vez tras muchos días separados, sentían que volvían a tener calma. Pero no era una calma completa, aún se guardaban secretos. Aun así, eso no parecía importar esa noche. Melissa apoyaba la cabeza sobre el pecho desnudo de Jonathan. Su piel era suave, musculosa, y olía bien. En sus brazos se sentía segura y amada. Pensar en Carter le aprisionaba el corazón. Se sentía sucia, violada, y se sentía peor por no contárselo a Jonathan. La angustia le atenazaba el pecho. Se aferró más a él. Se estrechó contra su cuerpo. Jonathan le abrazó y le besó en la cabeza. Ella suspiró y contuvo las lágrimas.

****

Melissa necesitaba estar ocupada. Volvió a la pastelería y se esmeró más que nunca en preparar postres, hornear, decorar e intentar olvidar.

Las cosas con Jonathan iban bien. Llevaban juntos solo unos días y aún no se habían sincerado el uno con el otro. Solo disfrutaban de estar juntos otra vez. Daniel iba a volver en un par de días y podrían volver a ser una familia.

Melissa tenía claro que vivir sin Jonathan no era posible. Tras todo lo que había pasado, comprendía que nadie podría sustituirle. Si algo bueno había sacado de la mala experiencia con Carter era que había confirmado lo que siempre supo, que no habría más hombre que Jonathan.

No podía explicar cómo, pero sentía que se bloqueaba con otros hombres. Todavía se sentía culpable por haber dado soga larga a Carter. Todo había sido un tremendo error que no sabía cómo enmendar. Quería contárselo a Jonathan, pero temía perderle, así que callaba. Pero guardarse ese secreto le estaba quemando por dentro y si se quedaba en casa se volvería loca. Así que se entretuvo con la pastelería. Faith se permitía un respiro y así todos contentos.

Pero aquel día iba a ser diferente.

Melissa pensaba que sería un día más, que haría cupcakes y galletas y más tarde se iría a casa con Jonathan. Él estaba trabajando, solo eran las siete de la tarde y hasta la noche no se verían. Melissa contaba el tiempo para volver a estar con él y llenar el vacío con su amor. Pero mientras, trabajaba en los pasteles.

Estuvo toda la tarde bastante entretenida, y entraron nueve clientes, lo cual estaba bastante bien. Hizo una caja de cien dólares.

Sobre las ocho y cuarto, Melissa empezó a recoger. Cerró la puerta con llave y echó el cartel de cerrado. Jonathan llegaría a casa a eso de las nueve. Tenía trabajo pendiente.

Cogió una tartera y metió cuatro cupcakes que habían sobrado. Cada uno era de un sabor diferente. Se sentía orgullosa de su trabajo. Turrón, oreo, nata con galleta y chocolate. Cerró la tartera con su tapa de plástico verde y la depositó en la encimera de la cocina para llevársela a casa y sorprender a Jonathan. La tienda tenía una cocina en la parte de atrás y un callejón con cubos de basura. Melissa tiró una bolsa con desperdicios de toda la tarde. Entró de nuevo a la cocina, cerró la puerta sin echar la llave y se quitó el delantal, colgándolo en un gancho plateado de la pared de azulejos.

Melissa pudo haber reaccionado si quizá no hubiera estado oyendo música con su mp5. Tenía puestos los cascos mientras pasaba la bayeta por la mesa de la cocina. Se lavó las manos y se las secó con un paño mientras escuchaba a Jem con su *Wish I*.

No podía imaginar que Carter había llegado con sus peores intenciones. Vestía todo de negro y llevaba un pasamontañas. Tenía una copia de la llave, pero no la necesitó. Se metió en el callejón, avanzó unos metros y abrió la puerta de la cocina como si se tratara de su propia casa. Melissa estaba de espaldas, atareada guardando platos y oyendo música. No podía ser más perfecto. No le oía, así que el ataque resultó fácil. Al ir por detrás, podría sorprenderla. Y es lo que hizo. Tenía claro lo que iba a hacer. Solo de esa manera sería suya para siempre. Al menos Jonathan ya no podría volver a tocarla.

Carter llevaba una porra que sacó del bolsillo interno de su chaqueta. La agarró bien y asestó un golpe a la cabeza de Melissa. Se oyó un golpe seco y a ella emitiendo un leve gemido, y entonces se desplomó en el suelo.

Cayó de lado, y Carter la contempló por unos instantes. Sus piernas largas, su pelo largo, sus labios carnosos. Un reguero de sangre empezó a bañar la baldosa que tenía bajo su cabeza.

Sonrió.

Entonces se apresuró. Sacó una botella de plástico de medio litro que llevaba en otro bolsillo interno de la chaqueta. La abrió y rocío toda la cocina con el líquido.

Era gasolina. Por un momento se planteó rociar el cuerpo de

Melissa, pero pensó que a Jonathan le dolería más ver a su preciosa mujer muerta, perfectamente reconocible, y que pensara que jamás volvería a tenerla. Sería una belleza muerta.

Así que no la tocó. Después, encendió una cerilla, prendió enseguida, y la tiró a la encimera de la mesa. El fuego empezó a propagarse.

—Adiós, Mel… —Se despidió Carter. Salió de la cocina, cerró la puerta. Su silueta se recortó con la luz de la calle. Recorrió el callejón y salió a la boca calle como un ciudadano más. Atrás había dejado una cocina pasto de las llamas y una chica muerta.

****

Jonathan estaba cansado. Había sido un día agotador, sentía que ya había tenido bastante por ese día. Pensó en irse a casa antes de tiempo. Eran las ocho y veinte y deseaba ver a Melissa.

Estar sin ella había sido una pesadilla. Se encontró pensando en ella en diferentes momentos de la tarde y sintió un aguijonazo en el corazón, no sabía por qué. Así que decidió darla una sorpresa. Ir a buscarle a la tienda de Faith, llevarle flores e invitarle a cenar a algún restaurante estupendo, como Eleven Madison Park. Tenían una gran variedad de platos, marisco, y el sitio era elegante. Necesitaba intimidad con Melissa y volver a disfrutar de la relación.

Salió del edificio y compró un ramo de rosas rojas envueltas en plástico y recogidas en un precioso lazo de raso blanco.

Se montó en el Audi y se encaminó a la pastelería. No estaba lejos de allí. Tendría que entrar por la puerta trasera de la cocina, porque, siendo ya tarde, suponía que Melissa habría echado la llave a la puerta de la entrada principal para cerrar la venta al público por ese día.

Aparcó, salió, y con el ramo de rosas rojas, enfiló por el estrecho callejón. Vio los cubos de basura. Todo parecía normal hasta que Jonathan sintió un estallido de miedo en el corazón. Un terror le recorrió la garganta, atenazándole y disparándole todas las alarmas. Vio a lo lejos el humo y la ventana de cristal estallar en pedazos mientras las llamas hacían su aparición.

El ramo de flores cayó al suelo, Jonathan corrió como el rayo.

—¡MELISSA! —gritó con todas sus fuerzas. El corazón le latía desbocado, el miedo le atenazaba la garganta. Abrió la puerta de la cocina. El espectáculo era dantesco.

La cocina estaba inmersa en llamas. La encimera, las cortinas, los paños. Los cuadros de cristal con fotos de tartas y postres habían estallado por el calor y la foto era ya un papel negro y retorcido.

Melissa estaba tirada en el suelo, tosía, intentaba levantarse apoyándose en un codo, pero no parecía capaz. Vio el charco de sangre en el suelo y un lado de su cabeza con pelo apelmazado y sangre coagulada.

—¡DIOS MÍO, MELISSA! —Jonathan gritó desesperado, se abalanzó sobre ella, que aún estaba aturdida. Le miró por un segundo y los ojos de Melissa se fundieron en blanco para volver a cerrarse. Se había desmayado. Jonathan le cogió en brazos y le sacó de esa cocina infernal. Salió por la puerta trasera y corrió por el callejón. Pisó las flores, tiradas en el suelo. Salió a la calle. La gente ya se había arremolinado. Todos gritaban asustados. La tienda era pasto de las llamas. Se produjo una fuerte explosión. La parte delantera de la pastelería había reventado. Alguien ya había llamado a los bomberos. Jonathan oía las sirenas.

—¡SOCORRO, POR FAVOR, MI MUJER! ¡AYUDA, POR FAVOR! —Un coche de policía llegó en ese instante. Recibieron la llamada justo cuando estaban dos calles más abajo. Los policías bajaron del coche y corrieron hasta Jonathan, que llevaba en brazos a Melissa, más muerta que viva.

—Señor, ¿qué ha ocurrido? —preguntó uno alto y rubio con mirada de horror.

—Es mi mujer, trabajaba en la pastelería, no sé qué ha pasado, vine a recogerla y me encontré el incendio, ¡¡por favor tenemos que llevarla al hospital urgentemente!! —Jonathan gritaba desesperado, hablaba atropelladamente.

Todo pasó deprisa. Jonathan metió a Melissa en el coche policial, pero una ambulancia había llegado.

—Señor, espere por favor, es mejor que la atiendan los sanitarios —dijo el otro policía. Jonathan, contrariado, salió del coche con Melissa en brazos. La llevó corriendo a la ambulancia y pensó que se estaba volviendo loco.

Melissa en una camilla inconsciente.

Él agarrando su mano y acompañándola en la ambulancia.

Melissa con una careta de oxígeno.

Melissa con la ropa y la cara llena de manchurrones negros de humo, como si hubiera venido de la guerra.

Melissa inconsciente.

Melissa… Melissa…

****

Melissa estaba tumbada en la cama, inconsciente. Sus brazos apoyados sobre la cama, pegados a los costados de su cuerpo, sus ojos cerrados, una vía en su mano derecha… Le administraban suero y un camisón

limpio de hospital cubría su cuerpo. Jonathan la había lavado la cara con un paño mojado. Sin las manchas negras de humo, parecía que estuviera solo echando una siesta. No parecía tan dramático.

Jonathan estaba sumido en el mutismo. No podía hablar. Estaba en estado de shock. Solo cuidaba de Melissa, se sentaba en su cama, le cogía de la mano y se recostaba a su lado, con su mejilla apoyada en su cabeza. El pelo le olía a humo. Le habían dado varios puntos de sutura en la cabeza y le habían curado la herida.

Había respirado mucho humo y estaba sedada. El tac craneal era normal, no había ningún daño grave. Tenía un traumatismo craneal a causa del golpe y debía dolerle terriblemente la cabeza: era una buena herida, y los pulmones llenos de humo. Tenía oxígeno y un tubo metido por la boca. Necesitaría estar ingresada unos días.

Jonathan había llorado como un bebé. Se había metido en el baño de la habitación y lloró sobre el lavabo, agarrándose a los bordes, con los brazos estirados y la cabeza gacha. Después de llorar inconsolable, Jonathan se lavó la cara , pero no pudo borrar el rastro de la tristeza de sus ojos, ni las ojeras rojas.

Había llamado a Larry y a Brian. Todos se presentaron en el hospital y le abrazaron.

Ahora estaban alrededor de la cama de Melissa, compungidos y horrorizados. Jonathan sabía lo que estaba pasando. Y Brian. Y Larry.

No había sido un accidente. Había vuelto a pasar otra tragedia. Y no sería la última.

Faith bajó a la cafetería a por unos cafés y Brian y Larry se sentaron en el sofá de tres plazas, con Jonathan en medio. Era un buen momento para sacar el tema.

—Bueno, supongo que hay que hacerlo… —dijo Larry—. Esto ya no se sostiene, Jonathan…

—Lo sé —dijo con un hilo de voz—. No puedo más… no puedo más… —Jonathan se hizo añicos. Se echó a llorar y ocultó el rostro entre las manos. Daniel casi muere, ahora Melissa también… Nunca iba a parar. Siempre habría alguien oculto en la sombra conspirando para sembrar el mal.

—Jonathan, cálmate, sé que es muy duro. —Brian apretó el hombro de Jonathan—. No te preocupes, te vamos a ayudar con eso. No cabe duda de que estáis en peligro…

—Y esta vez no sabemos quién ha sido… Mis compañeros están investigando e intentando encontrar pruebas que arrojen alguna luz. Todavía no tenemos el testimonio de Melissa… No sabemos lo que ha pasado, salvo que alguien la atacó. —Larry sonaba muy serio. Y no era para menos.

—¿Cuándo lo haremos? Es lo único que quiero saber. —Sollozó Jonathan con voz rota.

—Supongo que dentro de un par de semanas. No podemos esperar más, están en juego vuestras vidas. ¿Qué dices, Brian?

—Por mí bien, lo antes posible —dijo frunciendo los labios.

—Entonces decidido. Empezaré a mover palos… No podemos dejar que os maten. Está claro que quieren hacerlo. Denny está fuera de juego, así que está claro que esto viene de otra persona… El problema es que no sabemos quién es. Así que nosotros tendremos que dar el siguiente paso. Jonathan, ¿estás preparado?

—Sí… desde luego. Solo quiero a mi familia. La protegeré con mi vida. Haré lo que sea…

—Bien, entonces ya está hecho —Larry sentenció.

****

Carter vio las noticias sentado en el sofá del salón mientras comía pizza y bebía Coca Cola. El suceso había acaparado toda la atención y no era para menos. La pastelería había estallado en llamas y el local estaba destruido. Afortunadamente no estaba ubicado bajo un bloque de pisos, por lo que no hubo muertos. La reportera, una chica pelirroja y menuda, explicaba el accidente y cómo los servicios de la policía, bomberos y ambulancia habían llegado a tiempo.

Melissa Hamilton, la esposa del rico empresario Jonathan Hamilton, ha sido ingresada de urgencia tras el incendio de la pastelería Sweet Home de hace tres horas. El señor Hamilton, que rescató a su mujer de las llamas, no se ha pronunciado al respecto ni lanzado ningún comunicado. Se espera que su esposa se recupere pronto y…

Carter dejó de oír. Su mente se disparó. Dejó de comer y de pronto se sintió mareado.

¿Melissa no estaba muerta? ¿Jonathan la había rescatado?

—¡¿PERO QUÉ COÑO?! —gritó.

No se lo podía creer. Esa zorra había sobrevivido y su maldito príncipe azul la había salvado. Era asqueroso. ¿De dónde había salido Jonathan? ¿Le habría llamado ella?

En la televisión dieron paso a los testimonios de testigos que habían presenciado la catástrofe.

—Sí, un hombre trajeado, el tal Hamilton llevaba en brazos a una chica con un vestido rosa y estaba como muerta. Él estaba muy nervioso, salió de un callejón pidiendo ayuda con ella en brazos —dijo un señor de unos setenta años que llevaba una gorra de los Dodgers y parecía disfrutar de chupar cámara.

—La chica no reaccionaba, estaba paseando a mi perro y vi todo el jaleo… La metieron en la ambulancia y llevaba oxígeno… El hombre

no paraba de pedir ayuda y preguntar cómo estaba. Yo la vi muy mal.
—Esta vez era una chica joven rubia con coleta.

Carter no podía creérselo. Fue a su habitación y cogió el móvil. Lo tenía cargando y en silencio y vio en la pantalla que tenía una llamada perdida de Jonathan y un mensaje en WhatsApp mediante el que le informaba del incidente de Melissa.

Era noche entrada, pero Carter no dudó en vestirse y salir para ir al hospital.

****

Tres días después.

Cuando Melissa se despertó, notó la cabeza dolorida, la boca seca y un cansancio que le mataba. Ya le habían quitado el tubo de la boca y la sedación, pero seguía teniendo oxígeno. Dos tubitos de goma estaban metidos en sus orificios nasales y unos finos cables de goma le rodeaban las mejillas a ambos lados.

A su lado estaba Jonathan, cogiéndole la mano y mirándole con gesto cansado. Tenía los ojos rojos, ojeras y el pelo revuelto. Se le veía hecho polvo.

Pero, cuando la vio despertarse, pareció adquirir vida. Sus ojos se iluminaron y una pequeña sonrisa le adornó el rostro.

—Melissa, cariño, oh Dios mío… ¿cómo estás?

—Jo… Jonathan… ¿qué ha pasado? —Su voz sonaba cansada y apenas era audible. Empezó a toser. Sentía la garganta como pura lija. Jonathan se levantó y la sirvió un vaso de agua.

—Bebe, cielo. —Le tendió el vaso. Ella lo cogió y bebió despacio pero con ganas. Se lo tendió y le miró con ojos de preocupación y miedo—. Estabas en la cocina de la pastelería. Alguien te atacó por detrás, caíste inconsciente y quien te atacó prendió fuego a la cocina. La policía dice que fue totalmente intencionado, así que quien fuera que lo hizo ya lo había planeado… Gracias a Dios, yo había salido del trabajo antes para llevarte unas flores e invitarte a cenar. Te echaba de menos y por eso me fui antes del despacho. Llegué, vi las llamas, corrí y te saqué de allí. Estaba tan asustado, Melissa… Creí que iba a perderte… Te ingresaron y decidieron sedarte y ponerte oxígeno porque habías tragado humo. Afortunadamente, llegué a tiempo para evitar que todo fuera a peor… Podrías haberte ahogado… si hubiese llegado más tarde… —Los ojos azules de Jonathan se tornaron tristes y ella estiró el brazo para tocar su mano. Ambos entrelazaron los dedos. Y ella cerró los ojos, tragó saliva, y las lágrimas empezaron a brotar incontrolables.

—¿Cómo es que no me quemé?

—Las llamas estaban consumiendo las cortinas, los paños, cuadros,

los muebles… Tú estabas tirada en el suelo y no te alcanzaron de momento. Pero unos minutos más tarde, lo hubieran hecho… Si no hubiera llegado, estarías muerta…

—Abrázame, por favor. —Sollozó ella débilmente. Jonathan la abrazó con fuerza y ella lloró inconsolable. Le abrazó fuerte y deseó que ese momento no se acabara nunca.

Melissa habló con la policía. Contó que estaba sola y que había sentido un golpe en la cabeza, un fundido en negro y entonces nada. No había mucho más que decir. Después de que los policías se marcharan, Melissa se quedó sola con Jonathan, que estaba sentado en la cama a su lado, cogiéndola de la mano.

—Han vuelto a hacernos daño otra vez —musitó ella. Jonathan la miró y se mordió el labio inferior.

—Lo sé… y tengo un plan para acabar con esto. Nos vamos a ir de Nueva York, ya tengo todo listo, pero no te lo puedo contar aún. Me están ayudando y me han pedido discreción, pero confía en mí, ¿vale? —Melissa abrió los ojos y sintió un dolor de corazón que la atravesaba.

—¿Por qué no me has contado eso? ¿Cómo que te están ayudando? Jonathan, creí que confiabas en mí…

—Melissa, ¿y tú has confiado en mí? No es momento para sacar estos temas, pero Larry me dijo que Carter estuvo yendo a tu casa durante mi ausencia… Vivió ahí porque su casa estaba en obras, según le contaste a Faith, y resulta que Carter no tenía ninguna obra en su casa. Larry se enteró… Me lo contó hace unas horas. —Melissa sintió un aguijonazo de miedo. Carter la había mentido. Pero había algo más que preocupaba a Melissa. ¿Sabría Jonathan que Carter la había besado e intentado violarla? ¿Cómo contarle que ella le había dado alas para volar y que al volar, ella se las quiso cortar? Tenía gran parte de culpa de lo que había pasado. Pero Melissa no creía que fuera momento para contar detalles. Suficiente tensión había ya.

—Es cierto, Carter estuvo viviendo en casa unos días. Yo lo estaba pasando muy mal por tu ausencia. Creí que lo nuestro se había acabado, que tú volvías a ser ese hombre frío y oscuro del pasado. Me apoyé en Carter, y te lo iba a contar… Necesitaba unos días para estar emocionalmente bien y contarte… pero entonces este accidente ocurrió…

—No te preocupes, sé que no me porté bien. Entiendo que te apoyaras en alguien… Lo cierto es que no quería estar alejado de ti. Cada día sin ti, cada hora, cada minuto y segundo, me dolía el alma por no tenerte. Te echaba de menos y estaba desesperado por estar contigo, pero en Hamilton House descubrí algo… Y perdí la cabeza. Larry vino a por mí, me sacó de allí… pero estuve bebiendo, rompiendo cosas… No estoy orgulloso de admitirlo, pero así fue.

—¿Qué te pasó? —preguntó Melissa alarmada.

—Descubrí unos papeles y… George no era mi verdadero padre. Eran unos análisis de ADN. —Melissa abrió la boca y se la tapó con una mano.

—Dios mío, Jonathan, ¿pero cómo…? Oh Jonathan, lo siento muchísimo… cariño… —Melissa se fundió en un abrazo con su marido. Le estrechó fuerte y le acarició la nuca, le besó la mejilla, sintiendo la suave raspa de una barba de dos días que siempre la resultaba sexy. Olió el perfume de Jonathan, con un toque marino y dulzón, y pensó que había sido una idiota por estar con Carter. Nunca le querría como a Jonathan.

En los brazos de Jonathan, Melissa empezó a pensar. Carter había claramente urdido la mentira de su piso para pasar tiempo con ella. Así que no era tan bueno como parecía. Podía engañar y tramar planes. Un hombre que era capaz de hacer eso, podía hacer más cosas. Le habían atacado a ella. Querían matarle. Pero ¿por qué? ¿Por qué querían hacerle daño a ella o a Jonathan?

¿Quién sería? Por un momento, un pensamiento voló por su mente. ¿Y si había sido Carter? Todo había terminado mal entre ellos y el ataque iba dirigido a ella. ¿Podría ser posible que hubiera sido él? Había mentido a la policía cuando le habían preguntado si creía que alguien que conociera podría haberle intentado matar. Ella había dicho que no, pero porque ni siquiera se había planteado que pudiera ser Carter.

—Jonathan, tengo que decirte algo más, pero tengo miedo… —Miró a su marido con ojos cargados de culpa y miedo.

—Cariño, no tengas miedo, estoy aquí para siempre, confía en mí…

—Es sobre Carter…

—¿Qué ocurre? —Jonathan empezó a sentir que el corazón le latía más deprisa de lo normal. Empezó a temerse lo peor.

—Carter… Nos llevábamos muy bien y para mí era un gran amigo. Un día nos besamos, pero luego le paré. No me acosté con él, no podía porque seguía amándote, pero sufría tanto, y mi dolor era tan fuerte que necesitaba apoyarme en alguien y que alguien calmara mi dolor… En la pastelería, vino a ayudarme a preparar los dulces y… quiso tener sexo, le rechacé, forcejeamos… Al final conseguí echarle. —Melissa rompió a llorar. Jonathan intentaba asimilar toda esa información. Estaba en shock—. Jonathan por favor, di algo…

Jonathan se levantó de la cama, avanzó unos pasos hasta la ventana, se mesó el pelo y tras pensar unos segundos, se volvió y miró a Melissa. Ella le miraba expectante con lágrimas en los ojos. Ya contaba con que podría dejarla. Pero Jonathan pareció ignorar esos detalles y centrarse en algo más.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que hubiera sido Carter? —

Los ojos azules de Jonathan brillaban de pura curiosidad e inteligencia. A Melissa le sorprendió que Jonathan no comentara el detalle del beso y estuviera solo preocupado en que fuera el culpable del incendio. Aunque, pensándolo bien, era mucho más importante saber si él había sido el criminal que detenerse a pensar en un beso.

—No lo sé, no creo que llegara a tener esa maldad, pero quizá no aceptó bien el rechazo y se le fue la cabeza… Me atacaron a mí, pero no sé si por hacerte daño a ti o porque iban contra mí.

—Bueno, ahora no está Denny y no tendría por qué venir inmediatamente otra persona a hacernos daño, ¿no?. Carter no parece capaz de algo así, pero tengo dudas, Melissa… Tengo que contarle esto a Larry.

—A Larry nunca le ha caído bien Carter. No creo que su opinión ayude mucho… podría equivocarse.

—¿Y si no? —Jonathan cogió su móvil y empezó a marcar.

****

Carter estaba guardando pasaportes y papeles en una bolsa de viaje de mano. Su plan había salido mal, pero tenía un plan b en caso de que no funcionara lo primero que había planeado.

Su idea principal era matar a Melissa. De esa manera nadie más la tendría, y, al haberle ocasionado la muerte, sentía que, de alguna manera, eso creaba un vínculo perpetuo entre ella y él. La había quitado la vida, y, de alguna manera, era suya.

Pero no había muerto. Jonathan había aparecido como un maldito héroe de la Marvel. La había salvado, seguían juntos. Y eso no iba a durar. Jonathan no iba a ganar.

Aquella noche que visitó el hospital, la vio inconsciente y seguía hermosa, incluso pálida y ojerosa. La deseó más que nunca. Carter deseó ser el marido, cuidarle y quererle en esos momentos. Pero no, estaba Jonathan. Como siempre. El maldito protagonista de todo. El que todos querían. Y Carter tenía que conformarse con las migajas.

Había pensado en hacerlo pronto. Quizá podían sospechar de él.

Esperaría a que Melissa volviera a casa.

Y entonces, a su regreso…

****

Habían pasado otros tres días.

Melissa ya estaba en casa, casi recuperada. Daniel había vuelto y eso animaba el ambiente. Volvían a ser una familia y todo parecía normal. Pero las cosas no iban bien. Jonathan tenía un plan que no revelaba, sospechaban de Carter y todo parecía estar patas arriba.

Larry, por supuesto, afirmó que Carter era un posible sospechoso, pero que no había por dónde cogerle ni se le podía acusar de nada, así que Larry había pensado que era mejor dejarle en paz y pillarle en algo cuando estuviera con la guardia baja. Creía que si hablaban con él y le encaraban le pondrían en guardia y él sería más precavido. Sería mejor mantenerle confiado y seguro para que cometiera algún error.

Pero aquel día todo iba a cambiar. Otro giro de tuerca.

Jonathan había ido a trabajar, como siempre. Estaba atareado en papeleo, y en dejar todo dispuesto, las cuentas, las empresas y todo lo importante, antes de que se despidiera para siempre. El tiempo apremiaba y Larry y Brian le habían dicho que en cuestión de una semana todo estaría resuelto. Ya le habían contado el plan, cómo lo harían y cuál iba a ser su nuevo destino. Todo parecía perfecto. Claro está, su vida ya no sería tan lujosa, pero tendría seguridad. Y seguiría siendo feliz mientras tuviera a Daniel y Melissa.

Así que esa mañana, mientras Jonathan guardaba documentos y sacaba pasaportes de la caja fuerte tras el cuadro de la batalla naval de su despacho, el teléfono de la mesa sonó. Jonathan presionó el botón rojo, que comunicaba con su secretaria.

—¿Sí, Mónica?

—Señor Hamilton, tiene la visita de un caballero llamado Bartholomew Canvass. Dice que es muy urgente. Es abogado y dice que le trae una documentación importante. ¿Desea recibirle? —Jonathan pensó que el nombre de Canvass no le sonaba de nada. Pero quizá era algo relacionado con el plan de Larry.

—Sí, dígale que pase inmediatamente. —Jonathan presionó el botón para cortar la comunicación.

Se sentó en su silla frente al ordenador y unos segundos después, un hombre de casi cincuenta años, trajeado y portando un maletín, entró en su despacho empujando la puerta de cristal.

—Buenos días, señor Hamilton, soy Bart Canvass, el albacea de su padre.

—Buenos días, señor Canvass, siéntese por favor. —Bart se sentó y abrió el maletín. La información le quemaba y quería informar a Jonathan lo antes posible—. Pero debe estar equivocado, mi padre, George, ya me dejó la herencia hace años… ¿de qué se trata esto?

—Verá, es un tema delicado señor Hamilton… Yo era el abogado de Elias Thornton, y él dejó un testamento para usted, y unas instrucciones. El señor Thornton murió hace algún tiempo, pero no tuve oportunidad de entregarle estos documentos. Tuve un accidente de hípica y sufrí un traumatismo que me causó amnesia. Había incluso olvidado las contraseñas de unas carpetas encriptadas, hasta que hace poco un amigo mío me dio las claves y pude obtener la información

que ahora mismo le traigo. El caso es que el señor Thornton es su verdadero padre… —Jonathan sintió que iba a perder el conocimiento. Eran demasiadas emociones en tan poco tiempo. Ya sabía que George no era su padre, pero no tenía demasiadas esperanzas en saber quién era. Casi le parecía imposible, era como buscar una aguja en un pajar. ¿Y ese hombre iba a darle las respuestas que él necesitaba?

—Dios mío… Bien… lo cierto es que sabía que George no era mi padre, así que supongo que estoy preparado…

—Su padre, Elias, aparte de dejarle dinero y propiedades, recalcó que lo primero que quería que le dijera cuando tuviéramos la reunión es que le advirtiera primero sobre su hermano.

—¿Mi hermano? Soy hijo único… —Jonathan frunció el ceño y abrió los labios.

—No, me temo que no es así. Su padre Elias, era viudo y tuvo un hijo de ese primer matrimonio… La relación no era buena y desheredó al hijo, legándole solo una casa. Elias me pidió que le advirtiera de que su hermano era muy mala persona, que le odiaba y trataría de hacerle daño por todos los medios. No se fie nunca de él, señor Hamilton, podría hacerle daño. Mire, aquí tiene su foto y la carta de su padre con los detalles. —Bart sacó una carpeta color manila, la abrió, y sacó una foto tamaño folio. Se la tendió a Jonathan, que la cogió.

—Dios mío, no puede ser… —La foto mostraba a un chico de ojos verdes, mirada triste, pero con un tinte oscuro. El pelo castaño abundante, sonrisa perfecta pero siniestra.

Jonathan se sintió mareado.

El chico de la foto era Carter.

Capítulo 20

Melissa le había dado a Solomon el día libre. Quería estar con Daniel, recogerle de entrenamiento y llevarle al cine después.

Le echaba de menos tras haber estado tantos días sin él. Jonathan insistía en que Solomon siempre tenía que estar presente hasta que Daniel llegara a casa y estuviera acompañado. En la calle no estaba seguro. Melissa creía lo mismo, pero ese día simplemente quería disfrutar de su hijo a solas, sin Solomon delante. Se sentía incómoda por tener presente a una persona ajena a la familia siguiendo todos sus pasos, haciéndole estar de pie de aquí para allá. Melissa disfrutaba más yendo a su aire, sin arrastrar a nadie. Así que ese día sacó por Internet las entradas para el cine, se duchó y se vistió para recoger a Daniel y pasar una tarde familiar con él.

Jonathan no sabía que Solomon tenía el día libre. Pensaba que estaba con Melissa, protegiéndola, así que estaba seguro de que no la pasaría nada. Pero Jonathan no tenía idea de que Melissa le había dado el día libre. Y ese fue el error que cambiaría todo aquel día.

Solomon solía tener un día libre a la semana, pero siempre supervisado por Jonathan. Esta vez era diferente.

El reloj marcaba las dos de la tarde. A las tres saldría Daniel de entrenamiento, así que Melissa todavía tenía tiempo de sobra para hacer algún quehacer y salir a buscar a su hijo.

Solo que las cosas no irían como ella había planeado.

****

Carter siempre había sido sumamente observador y analizaba los detalles con precisión, absorbía toda la información posible, y, entonces, elaboraba un plan. Se había pasado buena parte de su vida haciéndolo. Por ejemplo, sabía que Solomon solía tener un día libre a la semana. Sabía que los lunes y jueves Daniel tenía entrenamiento de una a tres. El crío se pasaba varias horas jugando a baloncesto, fútbol y diversos deportes. Sabía que siempre le recogían Solomon y Melissa o Jonathan.

Así que ese día, jueves, era perfecto para hacerlo.

Daniel le conocía, así que no sería difícil convencer al crío. Por otro lado, llevaba faltando al trabajo tres días porque «tenía una fuerte gastroenteritis». Jonathan le había disculpado, deseado mejoría, y le dijo que no fuera a trabajar hasta el lunes, puesto que no iba a necesitarle.

Evidentemente, Carter había mentido. Había necesitado faltar al trabajo para poner todos sus asuntos en orden. Ya no iba a trabajar más para Jonathan, pero él no lo sabía.

Carter lo tenía todo listo. Puso la maleta de viaje en el salón, cogió la pistola y se la metió en la cinturilla del pantalón, bajo la camisa.

Abrió la puerta y salió de casa, encaminándose al encuentro con Daniel.

****

A las 14:00 exactamente, Carter rodeó la valla del gran campo de entrenamiento Felderstone. La alambrada bordeaba todo el campo, y Carter divisó a Daniel jugando al baloncesto con algunos chicos de su edad. Había varios grupos de chavales que jugaban a diversos deportes, cada grupo en un área del campo.

Carter avanzó unos metros hasta que tuvo a Daniel a pocos metros. Su compañero Kevin había dado un salto para encestar el balón

naranja y Daniel chocó los cinco con Kevin cuando el balón entró.

—¡Seguro que tú puedes mejorarlo, Daniel! —gritó Carter con una sonrisa.

Daniel giró la cabeza y vio a Carter. Le conocía porque había visitado su casa varias veces, Jonathan solía invitarle a comer y Carter le había traído comics de Los vengadores en varias ocasiones.

—¡Hola, Carter! —Daniel saludó alegre y corrió a la alambrada. Estaban frente a frente, solo separados por la valla metálica. Daniel enganchó los dedos en los huecos hexagonales de la alambrada. Carter se fijó en que el crío era el vivo retrato de Jonathan. Incluso sus ojos azules eran de la misma tonalidad. Se preguntó si, de tener un hijo con Melissa, este tendría sus ojos verdes. Una oleada de ilusión le invadió.

—¡Hola, peque! ¿Qué tal estás? Hacía tiempo que no te veía —sonó jovial.

—Sí, porque estuve de campamento unos días.

—Vaya, ¿y qué tal fue?

—Me lo pasé genial, aprendimos a usar la canoa, a pescar y a hacer un montón de cosas chulas, tengo un montón de fotos.

—Vaya, pues un día tienes que enseñármelas. Oye, he venido a verte porque tengo una sorpresa para ti. Verás, ¿Qué te parecería un pase para ir a Don's Alley y probar todas las máquinas y juegos? He oído que han puesto una máquina de realidad virtual donde nadas con tiburones y cosas así… —Y Carter sacó del bolsillo del pantalón un ticket morado con letras plateadas. Daniel lo miró con ojos como platos. Carter sonrió por dentro. Se sintió como si fuera Willy Wonka entregando un ticket dorado para visitar la fábrica de chocolate. Y Daniel no se negaría.

—¿En serio? —preguntó Daniel maravillado.

—Tan en serio como que ahora luce el sol, Dan… ¿Qué te parece si te vienes conmigo a Don's Alley? Tu madre está preparando una sorpresa en casa para ti. Por tu regreso. Me dijo que te recogiera y que fuéramos a Don's Alley a probar las máquinas. Después quiere que volvamos a casa.

—Vale, pero no creo que al entrenador le guste… Tendría que avisarle… aunque a veces no se da mucha cuenta si estamos todos, no siempre pasa lista… —Carter sonrió con malicia.

—Bueno, ¿por qué no te escapas por un lateral y le dices a tu amigo, el de la gorra naranja, que te cubra?

—¿Kevin?

—Claro, dile que ha venido a recogerte tu tío y que tuviste que irte, que le diga eso al entrenador si pregunta por ti. Fácil, ¿no? Esto es una sorpresa, se supone que nadie podía avisarte, quizá por eso mamá no te dijo nada. ¿Te gustan las sorpresas, Dan?

—Sí… —Daniel recordó el incidente con Denny. También era su amigo y casi le mata. Así que Daniel dudó por unos segundos si era seguro irse con Carter. Vio el ticket morado soltando destellos plateados con los rayos del sol. Pensó en los juegos de realidad virtual, algo que le había contado Kevin en el campamento. Su padre le había llevado a una realidad virtual donde se enfrentaba a aliens del espacio y otra donde luchaba con guerreros y dragones, y, por cómo Kevin lo contaba, se lo había pasado más que bien. Daniel quería probar y la oportunidad que Carter le brindaba era justo lo que quería. Algo que había estado deseando desde hacía semanas. No podía decir que no.

Y Carter era diferente a Denny. Carter había comido con sus padres en casa, ya le conocían y era prácticamente de la familia. No era como Denny para nada. Así que nada malo podía pasar.

—¿Qué me dices, Dan? ¿O prefieres seguir aquí sudando y pasando calor? Yo creo que lo de los tiburones mola más ¿no?

—Sí, la verdad es que sí…

—Pues venga, ¡vamos! —Sonrió Carter. Daniel asintió. Echó a correr y se escabulló. Fue más fácil de lo que parecía. Daniel solo tuvo que correr unos metros, hablar con Kevin, y después echar a correr de nuevo y salir por una puerta que se abrió por un extremo de la alambrada a unos veinte metros de donde estaba Carter.

Carter sonrió, cogió de la mano a Carter y le entregó el pase morado.

—Ya es tuyo, colega. —Le guiñó un ojo.

—¿Y tú vas a jugar conmigo también, tío Carter?

—¡Por supuesto! Vamos a ver quién gana a quien… Creo que el gran blanco es difícil de matar… He oído muy buenas reseñas de ese juego… —Daniel sonrió. Estaba impaciente.

Llegaron a Don's Alley pronto.

Daniel se volvió loco con los juegos. Carter estuvo jugando un rato con él para que el engaño fuera más real. En la realidad virtual tuvieron que meterse en una jaula de metal real, ponerse unas gafas, coger unos mandos y empezar la aventura. Era divertido y, en otras circunstancias, Carter se habría quedado jugando con Daniel toda la tarde. Se imaginó tontamente que era su medio hijo. Era su sobrino y llevaba sangre de Jonathan, y la sangre de Elias, y la sangre de Carter también era la de Elias, así que todo quedaba en familia.

Carter cogió su celular e hizo como que hablaba por teléfono con alguien. Después colgó.

—Daniel, para un momento, tengo que decirte algo. —Después de la realidad virtual, habían ido a probar unas máquinas recreativas donde boxeaban con un oponente. Daniel daba puñetazos al aire y noqueaba al boxeador virtual. Carter estaba a un lado de él, ajeno al juego. El niño giró la cara y miró a Carter.

—¿Qué ocurre?

—Oye hijo, tengo que irme. Me han llamado y es urgente. Es un tema del trabajo, nada serio… Sé que es un fastidio justo ahora, así que para no arruinarte el día, ¿me puedes prometer que, después de jugar un rato, te irás a casa? ¿Tienes llave?

—Sí, tengo una en la mochila… Pero, tío Carter, ¿no se enfadará mamá?

—Bueno, no si no se entera… Será nuestro pequeño secreto. —Sonrió—. Y siempre y cuando te vayas derecho a casa tras jugar con todas estas máquinas. Dentro de una hora, ¿vale?

—Vale.

—Sellemos el trato. —Y Carter y Daniel hicieron el juego de manos que ya conocían, donde chocaban las manos, cerraban el puño y chocaban los nudillos. Daniel sonrió—. Luego más tarde me cuentas si ganaste a ese tío de la pantalla, ¿eh? —Carter le guiñó un ojo a Daniel.

—Seguro que sí… —rio.

—Bueno, pásatelo bien peque, luego nos vemos, más tarde. —Carter revolvió el pelo de Daniel, este se echó a reír y volvió a su combate de boxeo.

Carter miró la hora de su Rolex. Eran las 14:45, no tenía mucho tiempo. Salió casi corriendo de Don's Alley, dejando detrás a Daniel y una estela de ruido de máquinas.

Tenía el coche aparcado justo enfrente del portal del edificio donde vivía Melissa. La maleta de Carter estaba ya en el maletero.

Entró al portal justo cuando salía una pareja de novios. Cogió el ascensor saludando antes al portero, August. Todo era normal. El ascensor subía hacia el piso de Melissa. Carter estaba ardiente de deseo. Eran las 15:00. Melissa estaría a punto de salir para buscar a Daniel al entrenamiento. Sabía que solía recogerle sobre las 15:30, hasta que los chavales estaban listos tras ducharse y vestirse tras el entrenamiento. Llegó por fin. Las puertas se abrieron con un ruido de «ding». Carter salió impecable, feliz y seguro. Pulsó el timbre de la puerta. Pasaron unos segundos. La puerta se abrió. Era Melissa. Preciosa como siempre.

Le miró sorprendida y asustada. Sus ojos verdes se clavaron en los suyos, sus labios rosas y carnosos se entreabrieron y él la sonrió.

—Hola Mel, cómo me alegro de volver a verte. —Ella iba a cerrar la puerta, pero Carter fue más rápido. Empujó la puerta. Melissa no se lo esperaba y cayó hacia atrás con un pequeño grito. Carter entró a la casa. Cerró la puerta tras de sí. Ella, tirada en el suelo, alzó la cara para mirarle con horror, y Carter la devolvió una sonrisa. Alargó el brazo—. Déjame que te ayude, cielo. —Le agarró de un brazo y la levantó del suelo. Al alzarla, le pegó al cuerpo de él. Tenía su cara tan

cerca que podría haberla besado. Su perfume era dulzón y el pelo desprendía un olor a jazmín. Carter la deseó como nunca. Tan indefensa y preciosa…

—¿Qué haces aquí? ¿Qué es lo que quieres, Carter? —Su voz era de puro miedo. Melissa era el reflejo de la preocupación. Ella se apartó de él.

—Pues verás, tengo tanto que contarte… Oh, Mel, no me diste ninguna oportunidad después de darme esperanzas. Creo que te portaste fatal conmigo. Usarme para luego dejarme tirado cuando tuviste un ataque de conciencia. Veo que Jonathan te ha pegado sus maneras… Él solía hacer lo mismo, pero eso ya lo sabes, ¿no? —Melissa sintió que un escalofrío la recorría el cuerpo.

—Carter, por favor… no me hagas daño, por favor… si de verdad me quieres…

—Cariño, no voy a hacerte daño. He venido a hablar y contarte lo que vas a hacer si quieres que Daniel viva, claro… —Melissa abrió los ojos como platos.

—¿Daniel? ¿Qué has hecho a Daniel? Dios mío… ¿dónde está? —Melissa empezó a sollozar.

—Está bien, vendrá aquí dentro de una hora, si colaboras. Tranquila, no soy un asesino y no me van los niños. Nunca tocaría a Daniel. No es él quien me interesa, de hecho me cae muy bien. Me interesan peces más gordos. Como tu Jonathan, y especialmente tú. Creí que no volvería a tenerte, Mel… De hecho, ya me había concienciado de que solo podría vivir con tu recuerdo. Lo de la pastelería fui yo… ¿sorprendida? —Carter sonrió, orgulloso y triunfal. Melissa empezó a llorar. Lágrimas empezaron a caer por su rostro—. Bueno, quizá no tan sorprendida, puede que lo sospecharas o que ese cabrón de Larry lo insinuara, sé que no me soporta… El caso es, que yo orquesté todo ese lío … Pensaba que estando muerta solo serías mía. Pero sobreviviste y eso me hizo pensar que no fue casualidad. Estamos destinados a estar juntos. Si no, habrías muerto… Pensé en un nuevo plan, cómo organizar nuestro futuro y todo eso. Así que, bueno, la cosa es así. Te vendrás conmigo donde yo te diga y no intentarás ninguna gilipollez porque entonces lo pagará tu hijo. Avisaremos a Jonathan y quedará con nosotros. Después ya veremos qué pasa.

—No, no puedes dejarlo así… ¿qué es lo que quieres hacer?

—Eso sería como contarte el final de una peli, venga Mel, no lo estropees… ya te enterarás… De momento, llama a Jonathan y dile que vas a estar en el edificio de Lewis & Garrett, en la azotea. Allí en cuarenta minutos. —Tendió a Melissa el celular y esta marcó con dedos temblorosos. No podía parar de derramar lágrimas. Su piel empezaba a ponerse roja. Jonathan contestó al segundo tono.

—¿Carter? —Sabía que era el número de Carter.

—Jonathan, estoy con Carter. Tienes que ir al edificio de Lewis & Garrett en cuarenta minutos, dirígete a la azotea. Por favor no tardes, tengo miedo… —Quiso decirle más, que estaba asustada y que le necesitaba más que nunca. Carter arrancó el teléfono de las manos a Melissa. Ella le devolvió una mirada asustada y unos ojos abnegados en lágrimas.

—¡Hijo de puta! ¿Qué has hecho? Como la toques te mato, ¡te lo juro! —bramó Jonathan.

—Acude a la cita y cierra la puta boca. Ya ajustaremos cuentas tú y yo. Y ven solo. —La voz de Carter era gélida y su mirada, puro hielo. Colgó. Agarró a Melissa del brazo—. Y tú, ni se te ocurra intentar nada como escaparte o jugármela, porque lo pagará tu familia. Sabes que soy capaz, Melissa, así que no me provoques. Vámonos de aquí de una maldita vez. —Melissa no se atrevió a protestar y mucho menos a escaparse. Daniel estaba en juego… Carter le hacía daño. Sentía que, más que una mano, le agarraba una tenaza de metal. Le arrastró hasta el ascensor y le empujó dentro. Melissa miraba al suelo y Carter la taladraba con su mirada—. Sécate esa cara y actúa normal, el portero se va a dar cuenta de que estás hecha una pena. Y dame la mano. —Melissa se sorbió la nariz, se secó las lágrimas, se echó el pelo largo sobre la cara para taparse y cogió la mano de Carter. Salieron del ascensor. Carter iba deprisa, casi tirando de Melissa. August, el conserje, estaba ocupado cogiendo cartas del buzón de la señora Mason, que estaba en un balneario, así que solo vio de pasada salir a Melissa con Carter. Si se hubiera fijado, habría visto que la cara de Melissa era un poema y que Carter la llevaba por la fuerza. Entonces, quizá, habría avisado a Larry. Este le había dicho hacía poco que si veía algo inusual en Carter y Melissa, le diese una llamada. A ojos de August, eso habría sido inusual. Pero August no llamó a nadie y solo dijo:

—Adiós, señora Hamilton, que pase buena tarde.

****

Jonathan llamó a Larry. El corazón le iba a mil por hora. Rezó para que Larry contestara y no le saltara el buzón de voz. Afortunadamente, Larry contestó al tercer tono.

—Larry, Carter se ha llevado a Melissa. Al final ha pasado… lo que tú dijiste. —La voz de Jonathan sonaba entrecortada fruto de la agitación.

—Tranquilo Jonathan. Me lo imaginaba. De acuerdo, ya sabes lo que va a pasar. En el hotel Carlton en quince minutos. —Ambos hombres colgaron.

Había veces que no había más que decir.

****

El trayecto en coche fue extraño. La música de la radio del coche era *Freak me*, lo cual no podía ser más oportuno. Melissa se había encerrado en un mutismo que a Carter no parecía importarle. Quizá porque Carter tenía mucho que contar, y es lo que estaba haciendo. Melissa se enteró de cosas que nunca hubiera imaginado. Solo lloraba en silencio con cada nuevo descubrimiento. En un momento, Carter le había contado la historia de su vida. Que Jonathan era su hermano por parte de padre. Que su padre había sido un cabrón llamado Elias que, literalmente, le había ignorado por Jonathan, que había prosperado por su cuenta sin ayuda de su padre y mil cosas más.

—Yo compré el edificio de Lewis ¿sabes? Mi idea era montar allí un negocio, quizá un hotel con spa o un casino. Tiene un montón de plantas y en la azotea estaría bien montar algo chulo. Ahora mismo está abandonado. Así que es perfecto para que nadie nos moleste… Nunca he tenido una conversación seria con Jonathan, ya va siendo hora… —Carter conducía concentrado, como si fueran a comer a algún sitio y no pasara nada malo. Pero Melissa sentía que iba a vomitar de la tensión. La daba miedo incluso hablar con él, no fuera a decir algo inapropiado y despertar la ira de Carter. Temía que la pegara o algo peor. Era un psicópata y ella había confiado en él, eso es lo que más la dolía.

—¿Dónde está Daniel? Dímelo por favor, Carter… —Intentó sonar lo más suave posible. Pero estaba llena de preguntas y de miedo. Necesitaba saber.

—Llámale a casa dentro de media hora. No pasó nada, joder, ¿quién te crees que soy? ¿Algún tipo de degenerado? Recogí a Dan de entrenamiento, le invité a Don's Alley y allí está. Se lo estaba pasando genial. Le dije que tenía que irme y que luego volviera a casa, que le estarías preparando una sorpresa. Como ves, tu hijo está a salvo, no preparé esto para hacerle daño a él… Eso sí, cuando le llames, dile que tuviste que salir a un recado o algo. No le preocupes ni se te ocurra contarle nada. Volverás a casa con él más tarde si colaboras conmigo.

—¿Colaborar en qué?

—Ya lo verás… —Carter miraba al frente y conducía tranquilo. Su semblante era tranquilo mientras Melissa era la pura cara del terror—. Mira, Melissa, yo nunca quise a llegar a esto, pero entre todos me habéis jodido vivo y no voy a permitir que ganéis. Me metiste en tu casa, me trataste bien, me enamoraste y me estabas pidiendo a gritos que te quisiera. Jonathan se había ido y tú no sabías estar sola… ¿me

equivoco? —Le miró durante unos segundos y volvió la vista a la carretera. Melissa no contestó, seguía cabizbaja y triste—. Bueno, tú y yo sabemos que sí. El caso es que no se puede usar así a las personas. No sé cómo pudiste imitar a Jonathan en lo mismo. Él tampoco trató bien a sus novias… y la pobre Shannon, deberías haber visto cómo la dejó… Cuando yo la cogí era un trapo emocional. Conmigo mejoró, pero creo que en el fondo siempre quiso a tu Jonathan. Es increíble lo estúpidas que sois las mujeres, cómo os encandilan los peores tíos… —Chasqueó la lengua y movió la cabeza en gesto de desaprobación—. Afortunadamente, estoy aquí y yo soy mucho mejor persona que Jonathan, aunque ninguno os hayáis dado cuenta…

—¿Vas a matarme? —Melissa le preguntó temerosa. Necesitaba abordarle con preguntas.

—¡Claro que no! —protestó ofendido—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Tu intención era matarme en la pastelería… Si Jonathan no hubiera llegado a tiempo, hubiera muerto ahogada por el humo… Lo hiciste para que muriera…

—Sí, pero porque ya te daba por perdida. Pero, al ver que sobreviviste, pensé que eso tenía que ser una señal. Así que ideé otro plan, y en este no mueres, tranquila. —Sonrió. Melissa sintió un escalofrío. Carter había perdido la cabeza irremediablemente—. Me alegro de que tengamos una segunda oportunidad. Mel. Me dolió mucho perderte…

—Nunca voy a estar enamorada de ti, lo siento… —Melissa se atrevió a pronunciar esas palabras, pero, para su sorpresa, Carter seguía tranquilo.

—No pasa nada, eso ocurrirá con el tiempo. Parece que el matrimonio de mis bisabuelos fue concertado… Eran otros tiempos, ya sabes… Así que no había amor. Mi bisabuela era muy reacia al bisabuelo Martin, pero en cosa de un par de años estaba enamorada de él. Tuvieron cinco hijos y el matrimonio fue bien, por lo que me contaron. Supongo que tú y yo estamos en lo mismo. La historia se repite. —Sonrió. Melissa llegó a la terrible conclusión de que Carter daba por hecho que iba a irse con él y dejar a Jonathan. ¿Y si no lo hacía? ¿Mataría a Daniel? Y en caso de que cogieran a Carter, que la policía interviniera, ¿tendría que vivir siempre con el miedo de si Carter resurgiría para volver a atacar? Melissa no podría vivir así.

Recordó cuando mató a Paul Weston en defensa propia. Le clavó en el cuello el alfiler de pelo del dragón. Eso la iluminó y estaba pensando seriamente en matar a Carter.

Ahora no llevaba ningún alfiler ni nada para atacarle, y si lo mataba, corría el riesgo de perder a Daniel. Además, todavía no sabía si era verdad eso de que estaba a salvo. No podía arriesgarse. Si Carter moría, se llevaría el secreto con él y no podría recuperar a Daniel.

«Jonathan, por favor». Melissa rogó que Jonathan salvara la situación.

Estaba en manos de un loco.

****

Llegaron al edificio de Lewis & Garrett. Ciertamente, era un edificio alto, de siete plantas, con una terraza abierta en la azotea. La zona tenía tiendas y otros edificios, pero era una zona menos bulliciosa que Wall Street y la zona céntrica de la ciudad.

Salieron del coche y se metieron en el edificio, que estaba desierto. Cogieron el ascensor y subieron al último piso. Melissa no pudo ver mucho de lo que ese edificio había sido. Pero le parecía que había albergado oficinas. Carter le llevaba agarrada del brazo y tiraba de ella para que no se entretuviera en mirar nada. El ascensor paró en la última planta. Melissa vio un largo pasillo que daba a unas puertas metálicas aseguradas con cadenas y un candado. Carter sacó una llavecita y abrió el candado. Empujó las puertas y una ráfaga de viento les sacudió. Salieron a la azotea. El sol molestó a Melissa, que cerró los ojos por un momento. Ante ella tenía una amplia explanada de suelo, como un patio de cemento muy grande, y con unos muros de piedra que hacían de balcón. Carter sacó la pistola y la amartilló. Melissa le miró con horror. Creía que iba a matarla.

—No lo hagas, por favor… —Sollozó.

—Joder, no voy a matarte, Mel. Ya te lo he dicho. No sé por qué dudas tanto de mí. —Carter le atravesó con su mirada verde. Era guapo, pero su alma estaba podrida. Melissa sintió pena por él. Pensó que si le quitaba la pistola, podría apuntarle y amenazarle. Aunque quizá eso pusiera las cosas peor. Pero podría intentarlo, y si salía mal, pedirle perdón. Él le quería, así que era lógico pensar que la perdonaría. Solo quería tenerla.

—Tengo miedo, Carter… No esperaba que llegaras a esto… Yo… nunca quise que esto pasara… No era mi intención hacerte daño…lo siento tanto…

—Oh Mel… —Él la miró con ternura y le acarició la cara—. Pero hacemos daño a quién más queremos. Sé que no era tu intención, pero sí, me hiciste daño. Creo que te cuidé y te traté bien cuando ese bastardo pasaba de ti y se largó por ahí. Podías haber sido feliz y aceptarlo, sin embargo, tuviste que complicarlo todo y volver a ese tío. Yo soy mucho mejor que él, ya lo verás con el tiempo. —Sonrió y Melissa aprovechó para agarrarle la pistola. Solo consiguió agarrarla por unos segundos porque Carter la abofeteó con fuerza, tirándole al suelo. Él tenía mucha más fuerza y era bueno haciendo llaves para esquivar golpes y asaltos. En un segundo retorció la muñeca a Melissa,

ella soltó el arma, le pegó y le tiró al suelo.

Allí, aturdida, le propinó una patada en el estómago. Melissa gritó de dolor, se encogió llorando y sollozando. Parecía una niña desconsolada.

Carter estaba rojo de ira. Melissa tosió. Se rodeó el estómago con el brazo y alzó la vista. Miró con odio a Carter.

—Jonathan te va a matar… —Carter sonrió con ironía.

—Eso ya lo veremos. Vuelve a intentar una mierda de esas y verás de lo que soy capaz. Le volaré la cabeza a tu Jonathan y te obligaré a llevar sus sesos encima todo el maldito día. —Le enseñó los dientes al hablar. Apretaba la mandíbula con ira—. Y deja de complicar las cosas, ¡joder! No quiero hacerte daño y mira lo que me has obligado a hacer. Levántate de una puta vez. —Le agarró del pelo y le alzó como si fuera una muñeca. Melissa sollozó de dolor. Le miró cara a cara, sujetándole del pelo y tirando. Melissa le miraba aterrorizada—. Deja de resistirte, no vas a conseguir nada, solo complicar todo más. Se acabó, Melissa, te lo digo en serio.

—¿Qué quieres de mí? —Sollozó ella—. No puedo darte mi corazón, ¡no puedo!

—¡Lo harás! ¡Con el tiempo! Porque si no lo pagarás muy caro, te juro por Dios que lo haré ¿me oyes? —Tiró del pelo de Melissa y ella gimió de dolor.

—¡Suéltala inmediatamente, hijo de puta! —Una voz masculina bramó. Carter y Melissa giraron la cabeza y vieron a Jonathan entrar en la azotea. Iba perfectamente trajeado, con camisa blanca, corbata negra y un traje gris plateado. Sintió alivio de ver que ya no estaba sola con ese loco. Jonathan debía tener algún plan.

Carter sonrió borracho de felicidad. Por fin tenía a su hermano cara a cara. Sin mentiras. Carter todavía sujetaba a Melissa del pelo, como si fuera un trofeo.

Jonathan vio las lágrimas de su mujer surcando su rostro y su mejilla roja a causa del bofetón de Carter. Además, tenía una marca de sangre en el pómulo. Al abofetearla, el sello de Carter se había estampado en la cara de Mel, produciéndole una pequeña rozadura. Eso incendió aún más a Jonathan.

—Hola, Jonathan, vaya, gracias por honrarnos con tu presencia, sabemos que eres un hombre muy ocupado —dijo socarronamente—. No sabes cuánto tengo que contarte, hermano…

—Lo sé todo, Carter. He hablado con el albacea de Elias. Vino a mi oficina. Nuestro padre dejó instrucciones para advertirme de ti. Dijo que eras peligroso y que estaba seguro de que algún día vendrías a por mí. Ojala lo hubiera sabido antes… Y pensar que te abrí mi casa, que estuviste con mi familia… —La voz de Jonathan sonaba cargada de dolor y cierto odio.

—Sí, y tu mujer estuvo a punto de abrirme sus piernas también de no ser porque tú estás siempre por medio para joderlo todo. Siempre me has jodido la vida, pero ahora te la voy a joder yo a ti. —Carter le apuntó con una pistola. Jonathan le miró fijamente. Se abrió los botones de la chaqueta—. ¿Qué coño haces? ¡¡Baja las manos o te meto un tiro!!

—Te lo facilitaré. Pégame un tiro al pecho. Estoy aquí. Venga, hazlo. Pero deja en paz a Melissa. Ella no tiene la culpa de nada. Me quieres a mí.

—No, te equivocas. Ese es tu problema, que te crees que lo sabes todo. No eres un héroe. Eres un cobarde y un aprovechado. Si has cambiado es porque Melissa está a tu lado. Sin ella, solo eres un cabrón que hace daño a la gente. Que se lo pregunten a todas esas chicas que dejaste tiradas, a esos hombres que no podían pagar y les quitaste los locales. Has sido un maldito tiburón. ¡No estás en condiciones de exigir nada! —Carter seguía teniendo la pistola en la mano. Esta se movía cada vez que Carter movía la mano, gesticulando para mostrar su odio hacia Jonathan. Soltó el pelo de Melissa, pero le agarró del brazo y la pegó a su cuerpo. Jonathan quiso hacer algo, pero recordó las palabras de Larry y decidió quedarse quieto.

—Es cierto todo eso. Sin Melissa no habría sido un hombre mejor —dijo en plan sumiso.

—Eso es, por eso la necesito yo ahora. Yo tampoco soy bueno, gracias a ti. Tu ponzoña siempre ha existido y me ha salpicado. Elias siempre te quiso a ti. Cuando tu madre te separó de él, se volvió un hombre triste, gris y frío. Perdí a mi padre por tu culpa. Tú tenías a tu madre, yo ni eso. ¡Me lo quitaste todo! —La voz de Carter sonaba llena de odio—. Desde que te vi y tuve que fingir he deseado encararme contigo y escupirte todo esto a la cara. Sucio hijo de puta, ¡ahora yo voy a vivir la vida que me corresponde y tú me usurpaste!

—¿Ah, sí? Me muero por saber cómo. Mi mujer no te quiere, ya lo sabes. Te diré algo, ya que estamos diciéndonos la verdad. Yo nunca quise quitarte nada, y me hubiera encantado tener un hermano y no ser hijo único. ¿Crees que fui feliz? No tienes ni idea de cómo era mi padre, George. Solo le importaban la imagen y los negocios. Y cuando fui feliz, perdí a Melissa. A partir de ahí, mi vida fue un infierno. Quizá por eso fui un demonio y traté mal a la gente. Tú tenías a un padre que te quería, pese a que tuviera el corazón roto porque había perdido a su otro hijo y a su madre. Él también cargaba con una gran losa de dolor, pero eres tan egoísta y estás tan lleno de odio y egocentrismo que solo piensas que eres el único que sufrió. Podrías haber elegido el camino del amor. Pero elegiste el odio hasta el final, y lo siento por ti, hermano. De esta manera nunca tendrás el amor de Melissa ni el de mi hijo. No importa lo que hagas, nunca te van a

querer, Carter. Estás demasiado podrido por dentro, nunca cambiarias… — dijo Jonathan calmadamente.

—De eso nada… Cuando te largaste y dejaste a tu mujer, ella se apoyó en mí. Me quería. Si tú no hubieras estado en la sombra, se habría quedado conmigo. Lo sé. Melissa está llena de amor, Jonathan, tiene tanto que le desborda, así que necesita alguien a su lado. Alguien a quien ofrecer todo ese amor. No podría estar sola mucho tiempo. Ella es como una fuente de amor, y yo estoy tan sediento…

—Estás delirando, Carter… Si te hubiera querido de verdad, se habría quedado contigo. Pero volvió a mí porque soy el padre de su hijo y su marido. No puedes luchar contra eso… Por favor, para esta locura…

—¡Cállate! —gritó Carter frenético. Se le clavó en el alma que Jonathan dijera que era el padre del hijo de Melissa y su marido. Eso es justo lo que él quería y no tenía—. Por ahora parece que me llevas la delantera, pero no tienes ni idea. Desde hoy, Melissa es mía. Desde hoy, Daniel es mío. Me voy a casar con ella, voy a tener hijos con ella, voy a coger tus casas, tu dinero… Todo pasará a mí. Todo lo que por derecho me pertenece y tú me quitaste. Tú sobras en esta historia desde hace mucho. Ni siquiera debiste nacer, no fuiste más que un puto accidente. —Carter escupió al suelo.

—Bien, ¿y qué piensas hacer conmigo? —preguntó Jonathan—. ¿Matarme? Venga, hazlo. Dame en el pecho si tienes huevos. Si de verdad quieres empezar todo eso que dices, estás más loco de lo que creía. Larry no se fía de ti, no se quedará quieto. Y Melissa nunca accederá a casarse contigo y darte hijos. Vuelve a la realidad, Carter…

—¿Por qué cojones crees que siempre lo sabes todo? ¡Deja de hacerte el listillo! —Con cada grito, Melissa se estremecía. Su cara era un océano de lágrimas. Tenía miedo de empujar a Carter y que este disparara a Jonathan. Estaba paralizada de miedo y Carter seguía agarrándole y le apretaba cuando gritaba a Jonathan. Estaba totalmente fuera de sí—. Tengo un as en la manga. Como los mejores. Tu hijo es mi mejor carta. Si Melissa no accede, me cargo a Daniel. —Melissa ahogó un grito—. Tengo tentáculos que llegan a todas partes. Si Melissa me la juega, Daniel muere. Simple, ¿no? —Jonathan hirvió de dolor por dentro.

—Quédate todo el patrimonio, no me importa. Te lo daré todo, te lo juro. Todo lo que Elias me dejó, pasará a ser tuyo. Pero deja a mi familia…

—No Jonathan, no lo entiendes. Ya no es por dinero, por herencia, por orgullo… Nada de eso. Cuando estuve esos días con Melissa, descubrí que era feliz. Me sentía lleno en todos los aspectos. Nunca me he sentido así. Ni con Shannon… Melissa es mi bálsamo. Realmente solo la quiero a ella. El patrimonio me importa una mierda. Pero

tengo que eliminarte de la historia porque, mientras tú existas, yo no podré tener su amor. No sabes lo que es perder a tu madre, sentirte vacío, sediento de amor, y que tu padre pase de ti. Elias solo quería estar contigo, yo no le valía de mucho. Crecer con ese sentimiento fue la peor tortura. Sentirte rechazado, que no encajas… que no tienes familia, ni amigos, que todo a tu alrededor se ha derrumbado… He crecido con mucho dolor, quizá más que el tuyo. Con Melissa podré superarlo. Ella te curó a ti ¿no?, hará igual conmigo. Pero tú no puedes estar… Estoy harto de ti, de que siempre estés por medio jodiéndolo todo. Pero eso se va a acabar. Ya no lo aguanto más.

Carter tensó la mandíbula y no se lo pensó. Su corazón le dolía demasiado para seguir prolongando esa situación. Quería acabar y largarse con Melissa. Sabía que al principio no sería fácil. Ella estaría triste, apagada y cerrada a él. Pero tendría a Daniel, y con el tiempo, superaría a Jonathan y los sentimientos crecerían. Carter estaba convencido. Por eso hizo lo que hizo.

Apretó el gatillo.

Disparó al pecho de Jonathan.

Melissa gritó.

Jonathan se desplomó al suelo.

Una mancha de sangre empezó a aparecer en el pecho de Jonathan, tiñendo de rojo su impoluta camisa blanca. Melissa corrió al lado de Jonathan, soltándose de Carter con violencia. Se tiró al suelo y, aunque se raspó las rodillas, no le importó. Casi ni sentía el dolor. Su corazón estaba invadido de otro dolor aún más grande.

—¡Oh, Dios mío, Jonathan! No, no, no, por favor. —Melissa era un río de lágrimas. Cogió la cabeza de Jonathan y la puso sobre su regazo.

Sus ojos azules parecían más claros que nunca. Al ver a Jonathan tirado, Melissa sintió que el odio le invadía por dentro. Jonathan estaba tirado con un balazo por culpa de Carter.

—Hijo de puta —dijo tensando la mandíbula. Se levantó y dejó la cabeza de Jonathan sobre el suelo de cemento. Corrió hacia Carter, se tiró a él, y sorprendido por la violenta reacción de Melissa, perdió la pistola, que cayó al suelo—. ¡Te voy a matar, hijo de puta! —Melissa arañó la cara de Carter entre gritos de ira.

—¡Quieta, maldita sea! —Le agarró finalmente de las muñecas y le volvió a tirar al suelo—. ¿Qué te creías? ¿Que invité venir a tu marido para tomar el té? Iba a matarle. ¡Desde el principio! ¡Y por tu bien, empieza a colaborar, o te juro por dios que mato a tu hijo! —gritó.

Melissa se habría vuelto a levantar para volver a atacarle, pero no pudo. Todo ocurrió demasiado rápido. Solo oyó que las puertas metálicas de la azotea se abrían de golpe y que sonaban tres tiros. Melissa estaba en shock. Eran demasiados acontecimientos.

Era Larry, había entrado con otro policía, y también estaba Brian.

Carter cayó al suelo. Los tres tiros le habían atravesado el pecho. Al caer al suelo, cerca de ella, Melissa pudo presenciar sus últimos segundos de vida. Carter la miraba con sus ojos verde claro. Una lágrima escapaba por uno de ellos y le resbaló por la mejilla hasta caer al suelo de cemento. Un hilo de sangre le corría por la comisura de los labios, bordeándole la cara como si fuera una goma de oxígeno de los hospitales. Melissa, llorando, se apartó, se arrastró hasta Jonathan y volvió a poner su cabeza en su regazo, mientras le acariciaba el pelo rubio trigo derramando lágrimas sin cesar. Se agarraba a Jonathan como si este fuera su roca en mitad de un mar embravecido.

Carter no podía respirar, quiso decir algo, pero su boca se abría y cerraba como si fuera un pez fuera del agua, dando sus últimas bocanadas. Alargó el brazo y abrió los dedos de la mano como si quisiera tocar a Melissa por última vez.

Melissa Catherine Foster no podía parar de llorar inconsolable.

Carter y Jonathan, los dos hermanos, tirados en el suelo con balas dentro de sus pechos que les arrancaban la vida.

Melissa tenía la mirada fija en los ojos verdes de Carter. Una pequeñísima parte de ella sintió lástima por él. Recordaba que una vez él había sido bueno con ella, que habían reído juntos, cocinado juntos… Y había tenido una vida triste, sintiendo que su padre tenía la cabeza puesta en su hijo perdido, Jonathan.

De repente vio que Carter ya no respiraba. Su pecho estaba quieto. Sus ojos verdes perdidos y abiertos, mirando, pero sin ver nada. Brian se agachó a su lado, comprobó su pulso y le cerró los ojos.

—Está muerto —sentenció. Larry y su compañero estaban de pie al lado de Brian.

—Brian, ven aquí, por favor ayuda a Jonathan, no dejes que se muera por favor. —Sollozó inconsolable. Su cara estaba roja por el llanto y los nervios—. Jonathan, dime algo por favor. —Melissa sostenía su cara. Jonathan parecía cansado, pero no tenía el mal aspecto de Carter.

—Mel… Quiero decirte algo antes de irme. —Melissa sintió un aguijonazo de dolor.

—No, por favor, no me digas eso. —Sollozó.

—Shhh, escúchame. —Jonathan hablaba en un susurro y su voz sonaba algo entrecortada—. Quiero que te lleves a Daniel lejos. Que empecéis de cero en un sitio nuevo, lejos de todo esto… Sabía que esto podía pasar… Así que lo preparé todo con Larry… Él te dará los papeles, te lo contará todo… Prométeme que te irás con Daniel y que cumplirás mis deseos…

—No, no vas a morirte, así que no me iré a ningún sitio. No puedes dejarme otra vez, ahora no… Jonathan, no puedo vivir sin ti. —Melissa temblaba al decir esto y rompió en sollozos aún más fuertes. Jonathan tragó saliva con dificultad. Por un momento miró a Larry, que le devolvió una mirada de preocupación.

—Melissa, me han disparado y no creo que aguante… Por favor, si de verdad me quieres, cumple mis deseos. Hazlo por mí. Por nuestro amor. —Jonathan cogió la mano de Melissa y la apretó.

—Por favor, aguanta… Jonathan, te lo suplico, por favor… Me voy a morir si te pierdo otra vez, no puedo pasar por eso otra vez, por favor… No quiero vivir si no es contigo a mi lado, por favor…

—Mel, lo siento… Siento no haber sido mejor persona… Si hubiera sido como tú, nada de esto habría pasado… Lo siento tanto… —Melissa escuchó el ruido de las sirenas de la policía y la ambulancia. Entre tanta locura, no se había dado cuenta de que Brian había llamado a los servicios sanitarios y de que el compañero de Larry, Harold, había hecho lo mismo con el departamento de policía.

Nadie había reparado en Daniel, ni en cómo estaba ni dónde.

—Brian, dime que no se va a morir, por favor. —Melissa alzó la cara para mirar a su amigo. Brian le devolvió una mirada triste, se agachó a su lado. Cerró los ojos de Jonathan, como había hecho antes con Carter.

La mano de Jonathan aflojó su presión y Melissa se dio cuenta de que su marido yacía inerte.

Abrió la boca y se quedó petrificada. Quiso decir algo, pero no pudo.

Brian la levantó del suelo despacio, sujetándola, pues parecía una muñeca frágil, casi un peso muerto.

Larry se acercó a ellos y la rodeó por la cintura, ayudando a Brian a sujetarla, pues Melissa había perdido peso en las piernas y a causa del shock estaba a punto de desmayarse.

—No… —Consiguió decir casi en un balbuceo—. No… no… Jonathan… no está muerto… no está muerto…

—Melissa, cálmate, por favor. —Brian intentó sonar suave—. Todo va a ir bien, te lo prometo. Confía en mí.

—No… nada va a ir bien… Todo se ha muerto… Nada va a ir bien nunca más… —Estalló en sollozos de nuevo cuando volvió a mirar a Jonathan, tirado en el suelo, con el pecho cubierto de sangre y los ojos cerrados. Recordó toda su vida con él. Recordó cada centímetro de él.

La sonrisa de Jonathan, tan grande, sincera y bonita.

Sus ojos azules como el cielo.

Su pelo rubio como el trigo

Su barba de tres días perfectamente dibujada en una mandíbula igualmente perfecta y cuadrada. Melissa bromeaba cuando Jonathan

se afeitaba o se preparaba en el espejo del baño para irse a trabajar. Ella le rodeaba la cintura, traviesa, metía la mano dentro de su pantalón de seda, acariciaba su sexo, su vello púbico suave y le besaba el cuello con un ronroneo.

Jonathan despertándola con un beso, una sonrisa y una rosa. «Hola, preciosa, buenos días».

Eso ya jamás ocurriría.

Entonces un pensamiento cruzó su mente y de repente Melissa quiso coger la pistola de Larry, acabar con ese dolor que la quemaba y laceraba por dentro, pero este reaccionó a tiempo y consiguió apartarla, Brian la cogió de las muñecas y ella gritó.

—¡Melissa, no! ¿Qué ibas a hacer? —Brian exclamó alarmado.

—¡Dejadme, por favor! ¡Quiero estar con él! ¡Jonathan! ¡Jonathan! —Melissa se retorcía llorando y gritando. Pero Brian era más fuerte de lo que ella imaginaba. Larry tuvo que recurrir a algo que odiaba, sacar las esposas.

—Lo siento, Melissa, pero es por tu bien. —Cogió sus muñecas y puso el frío metal rodeando las delgadas muñecas de Mel.

Brian y Larry sabían que eso iba a pasar. Ya se habían preparado.

—Larry, suéltame, por favor, suéltame. —Sus gritos y lloros partían el corazón. Sonaba como a una persona a la que estuviesen torturando y no parase de llorar, gritar y quejarse.

—Melissa, no lo pongas más difícil, por favor —musitó Larry.

—Quiero estar con él… Jonathan… Dejadme estar con él, por favor. —Melissa se dejó caer al suelo, extenuada de tanto llorar, de tanto dolor. De rodillas, fue arrastrándose hasta el cuerpo de Jonathan y reposó su cabeza sobre su vientre. Lloró y lloró—. Mi amor… mi amor… —Entonces Melissa se paró un momento en seco. Levantó la cara. Miró a Brian—. Todavía respira… ¡Brian! Puedo sentir una ligera respiración… Oh, Dios, ¡Jonathan! —Pero entonces Brian pensó que todo se iba a echar a perder. Sacó del bolsillo del pantalón una jeringa, avanzó hasta Melissa con ella—. ¡No! ¿Qué vas a hacer con eso? —Entonces la agarró del brazo y se la clavó. Ella gritó. Pero el líquido ya había entrado por la piel, invadiendo su sistema—. ¿Por qué me hacéis esto? ¿Qué queréis? —Larry avanzó a grandes pasos hasta Melissa. La cogió en brazos—. ¿Por qué me hacéis esto? ¿Qué tramáis? Brian… por favor… Larry… —Melissa sentía su mente pesada. Los ojos la dolían. Los párpados la pesaban. No quería cerrarlos, ni echarse a dormir. Algo iba muy mal. Estaba más asustada que nunca. Quizá cuando los abriera, todo sería diferente. Jonathan estaría a su lado y todo eso no habría sido más que una pesadilla. Él la acariciaría, la sonreiría y la diría «¿una pesadilla, pequeña?».

Melissa cerró los ojos finalmente, y todo se volvió negro antes de dedicar un pequeño pensamiento.

Jonathan.

****

Hospital Lenox Hill, Nueva York

Cuando Melissa despertó, habían pasado veinticuatro horas. Ella todavía no lo sabía, pero el caos había pasado. La policía, los cuerpos, la ambulancia… Todo había acabado, y mientras ella dormía drogada en la cama, Brian y Larry habían dispuesto todo. Tal y como acordaron.

Por supuesto, la muerte de Jonathan y Carter fue noticia. Los periodistas, la prensa y todo el circo mediático se hicieron eco de la tragedia. Acudieron al lugar del suceso y no tardaron en sacar vídeos y fotos, e inundar Internet y las redes sociales. Todo el mundo sabía que Carter y Jonathan estaban muertos y que habían muerto juntos y de la misma forma, cosidos a balazos.

La policía no solía dar detalles, pero esta vez un policía llamado Harold había contado todo con muchos más detalles de lo que se solía ver en éstos casos. Por alguna razón, interesaba que se supiera que Jonathan estaba muerto. La gente no tenía idea de la maquinaria que se escondía tras ese acto. Ni siquiera la prensa lo sabía. Estaban encantados con la colaboración policial, pero todos estaban siendo manipulados.

Melissa no estaba en condiciones de dar explicaciones, así que, sin contar con su versión de los hechos, Larry todavía tenía varios interrogantes. Había ido al piso de Jonathan, ya que tenía una copia de las llaves que Jonathan le había proporcionado hacía meses, y se había encontrado a Daniel, solo en casa, desconcertado y esperando a sus padres. Fue entonces cuando Larry le contó toda la historia.

Ahora quedaba hablar con Melissa.

Al despertarse, Melissa abrió los ojos lentamente. En la habitación, la luz era tenue. Vio unas ventanas con los visillos verde manzana corridos. Era de día, pero parecía estar nublado. Estaba en un hospital. Lo supo en cuanto vio el aparataje propio de una habitación de planta. Estaba tendida en la cama limpia y mullida, llevaba un camisón blanco de puntitos negros de manga corta, el típico de hospital.

Le dolía la cabeza y la sentía pesada.

Jonathan no estaba a su lado. No como cuando el incidente del incendio de la pastelería. Él había sido la primera persona que ella había visto nada más abrir los ojos. Jonathan había estado a su lado, cogiéndole de la mano, y ahora él no estaba y ese vacío dolía. Entonces empezó a recordar. Y esos recuerdos no eran buenos. Un aguijonazo de dolorosa realidad le golpeó el pecho. Se tocó el pómulo

y notó la pequeña herida que Carter le había hecho al pegarle. Sintió que el cuero cabelludo le dolía ligeramente y entonces recordó los tirones que Carter le había estado dando. Incluso tenía un pequeño moratón en el brazo a causa de los apretones de Carter.

Así que había sido real. No había sido un sueño. Jonathan estaba muerto. Por eso no estaba con ella. Había dejado un vacío doloroso y Melissa empezó a llorar en silencio. Casi no podía respirar de la angustia que sentía. Pero entonces un recuerdo como un flashback le vino a la mente. Jonathan aún respiraba cuando ella fue atacada por Brian con esa jeringa. Podría ser que Jonathan estuviera ingresado, grave, en otra habitación. Por eso no estaba con ella. Pero estaría vivo.

Un soplo de esperanza inundó su alma y se sintió un poco mejor. Y en ese momento la puerta se abrió. Brian entró, con su bata blanca impecable, y Larry a su lado, alto como una torre, vestido de negro impoluto. Ella volvió la mirada hacia ellos, girando la cabeza en la almohada. Varias lágrimas la bañaban el rostro. Miró a Brian y Larry en busca de alguna esperanza, pero ellos solo la devolvieron una mirada de lástima y preocupación.

—Hola Melissa, me alegro que te hayas despertado. ¿Cómo estás? — dijo Brian dulcemente caminando hacia su cama. Melissa le miró, ¿qué se suponía que tenía que contestar? ¿No era suficiente respuesta su cara?

—¿Dónde está Jonathan? —Tenía miedo de Brian. Él y Larry destilaban un misterio que Melissa no lograba comprender, pero había algo raro en ellos. Recordaba cómo Brian la atacó con la inyección y eso la había generado desconfianza hacia él. Brian se sentó en la cama, al lado de Melissa. Ella le miró con cierto miedo.

—Mel, siento decirte que… Jonathan no sobrevivió —dijo Brian lentamente. Melissa sintió un ahogo y que su corazón se volvía pequeño y marchito. Un dolor amargo se instaló en su pecho y un nudo la atenazó la garganta—. Estaba aún con vida cuando la ambulancia le recogió, pero llegó muerto al hospital. Tenía una hemorragia interna a causa del balazo y no pudo superarlo… Lo siento muchísimo, cielo… —Melissa empezó a sollozar. No podía imaginarse la vida sin Jonathan. Ahora ya era real que nunca más le tendría.

Sin su sonrisa blanca y sincera.

Sin sus ojos azules como el cielo mirándola con amor.

Sin que el sol arrancara destellos dorados de su pelo rubio.

Sin sus besos, sus brazos protectores y sus bromas.

Él era su mundo. ¿Cómo iba a seguir ahora?

—¿Por qué me pinchaste? ¿Qué pretendías? —preguntó ella entre lágrimas. A Brian le sorprendió la pregunta.

—Estabas muy nerviosa. Temí que te subiera mucho la tensión y te

diera algo… Estabas fuera de sí, Mel… Intentaste coger la pistola de Larry para… en fin, será mejor olvidar eso… —Brian suspiró.

—Daniel está bien, Melissa. Está en casa con Faith —apuntó Larry. Melissa le miró confundida. Ni se había acordado de Daniel. Por una extraña razón, sabía que estaba bien. Pero Jonathan no. Y por eso él invadía todo su pensamiento. En ese momento no parecía haber más pensamiento que para Jonathan—. Escucha, Melissa, ya nos hemos encargado de todo. No tienes que preocuparte de nada. Jonathan dejó todo dispuesto por si esto pasaba… Hace tiempo me dijo que tenía miedo de que las cosas se pusieran muy mal, y confió en Brian y en mí para dejar todo dispuesto… Él no quería preocuparte… El caso es que dentro de dos días cogerás un vuelo para Escocia. Te instalarás allí en una casa nueva, con una vida nueva. Por seguridad para ti y Dan. Nos hemos encargado de que los medios se hicieran eco de la muerte de Jonathan. Al morir él, se acabó todo. No creo que vayan a por ti y Dan. Pero, por si acaso, es mejor que desaparezcas. Así lo quería Jonathan. —Melissa escuchaba sin pronunciar palabra. Las lágrimas brotaban sin cesar. La almohada empezaba a estar empapada—. Tuve que maquillar un poco lo de la muerte de Carter. Dije que te apuntó con la pistola en la sien, que iba a disparar y que le maté para salvar tu vida. Llegamos allí porque Jonathan nos avisó. Aun así, tendrás que declarar… Tienes que contarme qué pasó. ¿Te sientes con fuerzas de hacerlo ahora? Será mejor hacerlo pronto y cerrar todo esto… Para que puedas irte con tu hijo y olvidar todo esto…

—¿Olvidar? He perdido a Jonathan para siempre, Larry. —La voz de Melissa sonaba plagada de dolor—. ¿Cómo voy a olvidar? Ni en China podría olvidarle… ni olvidar todo esto… Nunca podré recuperar mi vida… Y ¿le habéis enterrado ya? —Larry asintió con seriedad. Melissa abrió los ojos como platos—. ¿Cómo habéis hecho eso sin mí? ¡Soy su mujer!

—Había que hacerlo así, Melissa. Tú no estabas bien y…

—¡Me habéis privado del funeral de mi marido! ¿Por qué? —Melissa lloraba inconsolable.

—Melissa, escucha. —Brian puso su mano sobre la de ella—. Tienes un hijo pequeño, y tienes que vivir por él. No puedes abandonarlo todo… Sé que ahora es duro, y necesitarás tiempo, y Jonathan siempre estará en tu pensamiento y corazón, pero tienes que seguir por Daniel, y por ti. Jonathan te lo pidió.

—Melissa, Jonathan me dejó dos cartas para ti. Las escribió él. Tengo una para ti aquí mismo, y la otra… Me pidió que no te la diera hasta que tomaras el avión… Será un avión privado solo para ti y Dan.

—¿Qué? ¿Unas cartas? —Melissa aún estaba aturdida para procesar más información.

—Sí, te dejaré la carta para que la leas tranquilamente, ¿vale? —

Larry sacó un sobre blanco del bolsillo interno de su chaqueta y se lo dejó a Melissa en un borde de la mesita que tenía junto a su cama. Melissa lo cogió lentamente.

—Te dejaremos sola un rato y luego venimos. —Brian se levantó y depositó un beso en la frente de Mel. Ambos hombres salieron fuera al pasillo y cerraron la puerta suavemente.

—Veo muy mal a Melissa, Larry —dijo Brian preocupado, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Y qué esperabas? Jonathan y ella se adoran… Y Jonathan sabía que esto iba a pasar. Ya nos lo dijo.

—Sí, pero temo por ella. ¿Y si intenta alguna locura? Nunca la he visto tan mal, Larry… Creo que esto podría romperla en añicos, emocionalmente hablando. Dan ya lo sabe, ¿por qué no se lo contamos a ella?

—¡Ni se te ocurra! —cortó Larry con una voz que sorprendió a Brian—. Si lo hacemos, todo podría irse al carajo. No estará segura hasta que salga del país. Podría haber gente oculta. Si la ven mal, todo será más creíble. No puede saber nada hasta que tome ese avión y lea la carta. Esta mierda no durará más que un par de días más, Brian. Hay que aguantar.

—Está bien… —Brian sonó preocupado, pero sabía que Larry tenía razón. Los dos hombres se encaminaron por el largo pasillo encerado dejando una melodía de pasos que solo Melissa escuchaba. Cuando los oyó alejarse, abrió la carta.

****

Querida Mel

Aunque ahora todo te parezca una locura, y te sientas desfallecer, te pido que por favor reúnas las fuerzas suficientes para coger a Daniel y abandonar el país. No te preocupes por los negocios, el dinero y las casas. Lo he dejado todo dispuesto para que no tengas que preocuparte de nada. Aunque te sientas confusa, por favor haz caso a Brian y Larry.

Puede que no entiendas bien lo que hacen, y puede que desconfíes de ellos. No lo hagas. Te aseguro que todo tiene una explicación, y lo sabrás en su momento. Pero primero tienes que hacer las maletas e irte. Te preparé una segunda carta, ahí lo explico todo con mucho más detalle, he dado instrucciones de que no te la den hasta que tomes el avión.

Si de verdad me quieres, hazlo por mí.

Siempre tuyo

Jonathan.

Cuando Melissa leyó la carta, sintió que recuperaba a Jonathan un poquito. Leer sus palabras era como tenerle al lado hablando. Como si

la hubiera llamado durante unos segundos para despedirse.

Melissa suspiró y tembló. No estaba preparada para hacer maletas, ni viajar, ni asentarse en un nuevo destino. Todo eso requería tiempo, energía, vitalidad. Ella tenía tiempo, pero se sentía anímicamente hecha polvo. No tenía fuerzas ni para salir de la cama. El cuerpo la pesaba, la mente la pesaba. No descansaba ni despierta ni dormida. Yacía tumbada, acurrucada entre las sábanas, con la mirada perdida y gesto cansado. Lloraba, paraba, volvía a llorar. No comía.

Si no tenía fuerzas, ¿cómo iba a salir de la cama y viajar? Pero entonces pensó en Daniel, en que le había abandonado, y en que Jonathan se habría sentido decepcionado y dolido. Era su hijo. Y no estaba cuidando de él.

Sintió que quizá Jonathan la observaba desde lo invisible, y que no estaría orgulloso de ella. Sintió una punzada de miedo. Y entonces Melissa sintió que tenía que ser más fuerte que nunca. Por Jonathan.

Lentamente salió de la cama. Los pies en el suelo. Se puso de pie lentamente agarrándose al cabecero. Dio unos pocos pasos, se sentía débil. Llamaría a Brian y le diría que la inyectara adrenalina o algo para espabilarla lo suficiente y emprender la marcha. Pulsó el botón de la llamada a la enfermera. Pasaron unos segundos, la puerta se abrió y entró Brian con Larry. Se sorprendieron al verle levantada.

—Melissa, ¿cómo te encuentras? —preguntó Brian con cautela. Los dos hombres tenían la vista fija en ella.

—Necesito salir de aquí. Tengo que irme con Dan… Es lo que Jonathan querría… Brian, no tengo fuerzas, necesito que me des algo… Ayudadme por favor… —Brian casi corrió al lado de Melissa y la abrazó.

—Tranquila… te ayudaremos. Te lo prometo. —Melissa sintió que iba a romper a llorar, pero pensó en la carta de Jonathan y decidió ahorrar fuerzas. Llorar cansaba mucho.

****

Larry pensó que era mejor despedirse en casa. Faith la abrazó, lloró, también los niños. Las maletas ya estaban hechas, y Larry y Brian iban a llevar a Melissa al aeropuerto, donde, en la pista privada, tomaría un avión para marcharse a Escocia con Daniel.

Todo se hizo tal y como Jonathan había dispuesto.

En el aeropuerto, Brian y Larry abrazaron a Melissa. Sabían que no la volverían a ver en mucho tiempo, o quizá nunca. Era duro también para ellos. Pero todo fuera por la protección…

—Cuidate mucho, Mel… Y lee la carta con atención y despacio. Creo que encontrarás la paz que tanto has necesitado estos días. —Brian sonó dulce.

—Gracias, Brian… Ojalá sea verdad lo que dices… Te voy a extrañar mucho—Melissa suspiró y abrazó a Brian—. Siento mucho tener que dejaros… Os quiero a los dos… Siempre os querré… —Larry y Brian abrazaron a Melissa. Todos odiaban tener que despedirse, pero no había muchas más opciones.

—Lo vas a hacer genial, Mel. Eres una luchadora, siempre lo has sido. Ganarás otra vez, estoy seguro. —Larry sonrió. Melissa sonrió un poco y le acarició la mejilla.

—Tienes que irte, Mel… —apremió Brian—. Estoy deseando que leas esa carta. Y tienes el busca. Está en el bolsito verde que te dio Larry. Llámanos en caso de urgencia. O si un día necesitas hablar… Pero de momento, ten cuidado… Hasta que pase un tiempo y todo se calme.

—De acuerdo, lo haré. —Volvieron a abrazarse—. Gracias por todo. Os quiero.

Melissa no quiso prolongar más el momento. Embarcó, la puerta se cerró, tomó asiento y desde la ventanilla vio a Brian y a Larry, los dos de pie, mirándola con dulzura.

Ya los echaba de menos.

Se despidió con la mano. Brian hizo la señal del corazón con sus dedos y Larry sonrió y de despidió guiñándola un ojo.

El avión cargó motores y se elevó, dejando a los dos hombres pequeñitos como meros puntos negros.

En el asiento, Melissa observó a Daniel, sentado frente a ella en el mullido asiento.

—Bueno jovencito, ¿listo para la nueva aventura?

—Supongo que sí. —Daniel sonrió un poco. Melissa alargó la mano y estrechó la de Daniel. Su hijo parecía llevarlo mejor que ella. Se veía triste, pero nada comparado a Melissa, con sus ojeras grises y su pálida tez.

Melissa estaba impaciente por leer la carta de Jonathan.

—Cielo, tengo una carta de papá. Voy a leerla, ¿vale? —Daniel asintió. No parecía nada intranquilo.

Melissa sacó la carta del bolso, abrió el sobre y desplegó un folio perfectamente doblado.

Mi querida Mel

Si estás leyendo esto es que me hiciste caso y estás finalmente rumbo a Escocia. Me alegro de que reunieras fuerzas y cumplieras mis deseos. Sabía que lo harías y estoy orgulloso de ti. Siempre fuiste una guerrera y sabía que ahora también lo serías.

Lógicamente, si lees esto es porque las cosas se pusieron muy mal y yo estoy muerto.

Tengo que ser sincero. Brian y Larry llevaban tiempo ayudándome. Yo no estaba seguro de nada y temía por mi vida y, sobre todo, por la vuestra. Dan y tú sois lo más importante para mí y lo que más quiero. Siempre tuve el miedo de que algo malo volviera a pasar. Que un nuevo Denny acechara, y no me equivoqué.

Bart Canvass, un abogado y albacea, me contactó. Parece ser que Elias Thornton era mi verdadero padre y me dejó una herencia. Carter era su hijo primogénito y mi medio hermano. Él estaba celoso de mí, resentido, y en el testamento de Elias me advertía sobre él y adjuntaba una foto de Carter. Efectivamente, Carter iba directo a eliminarme.

Como nos figuramos que algo así podría pasar, con o sin Carter, con ayuda de Larry y Brian elaboramos un plan. Después del incidente con Denny, lo planeamos.

Obtuve papeles nuevos con identidades nuevas. Tú como Claire y yo como Mitchell.

No tenía ni idea de que esta vez sería Carter. Tenía el miedo ahí, hondo y latente en mi cabeza y mi corazón, pero no le había puesto nombre ni cara. Solo sabía que quizá, llegado el día, tendría que recurrir a usar mi plan.

Cuando lo de Carter explotó y llegué a esa azotea, iba preparado. Había quedado anteriormente con Larry en un hotel para prepararme. En mi reloj llevaba un localizador, así que Larry pudo saber dónde estaba e ir lo más rápido posible. En mi pecho llevaba oculta una bolsa de sangre y un chaleco antibalas.

Cuando Carter me disparó, rompió la bolsa y el líquido rojo era la sangre que viste. Para hacer todo más creíble, Brian y Larry tenían que quitarte de en medio, drogarte y llevarte al hospital. No sabíamos si habría alguien vigilando, algún amigo de Carter, algún cómplice, quién sabe…

Larry maquilló el parte policial con ayuda de su compañero. Dijo que disparó a Carter porque este iba a dispararte a la cabeza, pero le mató para protegernos de él.

He vendido los negocios, el loft también y la casa de Hamilton House será destinada para ser un orfanato y una escuela de niños. En Escocia te espera tu nuevo hogar, y yo…

Sé que has sufrido mucho. Te pido perdón por haberte ocultado todo esto, pero te juro que lo hice para protegeros a Dan y a ti. Quizá no hubiera resultado creíble tu tristeza si hubieras sabido que yo estaba vivo y que con ayuda de Brian y Larry falseé mi muerte. Ellos también se encargaron de darle cobertura social. Ahora que el mundo me cree muerto, no nos harán más daño.

Se acabó para siempre, mi amor.

Y por cierto, Dan sabía la verdad. Al ser un niño, no quisimos

impresionarle demasiado, así que Larry se lo contó.

No puedo esperar a tenerte de nuevo en mis brazos.

Siempre tuyo

Jonathan

Cuando Melissa terminó de leer la carta sintió que su mundo gris se volvía de colores. Una explosión de luz, colores y alegría. Un carnaval, un año nuevo. Esta vez Melissa lloró de alegría. Daniel le sonrió.

—Papá está esperándonos en Escocia —dijo alegre.

—Lo sé, cariño… —Melissa abrazó a su hijo entre lágrimas. Daniel también le abrazó fuerte.

Melissa estaba más feliz que nunca. Todo su sufrimiento y el dolor habían desaparecido. Una sensación de paz y alivio la envolvió el alma.

Se sentía feliz y aliviada por primera vez en mucho tiempo.

Quizá ya había llorado para toda la vida. Quizá ya nunca volvería a sufrir tan salvajemente y le esperaría una vida mucho más feliz y tranquila.

Había tomado el avión con el corazón roto y ahora bajaría de él con un corazón nuevo y lleno de felicidad.

Había sido un milagro.

Recordó a Larry y Brian y sus miradas y sus sonrisas cómplices. ¡Cuánto deseaba llamarles y decirles lo feliz que estaba!

Pero Larry la aconsejó esperar un tiempo para contactar.

No importaba, ahora Melissa sentía que tenía todo el tiempo del mundo.

Estaba lista para empezar otra vez.

Capítulo 21

Cuando llegaron a Escocia, Mel siguió las instrucciones de Larry. Tomó un taxi que les llevó al pueblo-ciudad de Averdalle. Escocia era diferente a Nueva York. El aire olía limpio y fresco, la tranquilidad invadía el ambiente, sin ruidos de coches, locales y la locura de la ciudad. El pueblo de Averdalle tenía tiendas, cafés, supermercados, pero no tenía el ajetreo de Nueva York.

Se veían grandes montañas cubiertas de verde recortando el cielo. Se veía el mar, la costa, pequeñas embarcaciones de pescadores.

Melissa sonrió. La encantaba ese sitio y su tranquilidad.

El taxi se apeó en un prado con varias casas. Parecían granjas con casitas de familias. Había un camino de grava con árboles y una valla de madera que invitaba a entrar en el prado de las casitas. Era como una colonia de chalets, solo que, en vez de en la ciudad, estaban

ubicados en pleno campo. Las casitas eran blancas con tejado rojo y tenían una amplia pradera, y árboles, y las casas estaban separadas por vallas de madera. El día era fresco y algunas chimeneas despedían humo, lo que a Melissa le pareció muy acogedor.

El taxista ayudó a sacar las maletas de ruedas. Melissa le pagó y el coche arrancó. Solo se oían los pájaros, la brisa, las copas de los árboles moviéndose. El cielo era azul, pero tenía algunos nubarrones. Oyó el mugido de unas vacas a lo lejos. Melissa sonrió. Solo llevaba unos minutos y ya le encantaba aquello.

—¡Papá! —El grito alegre de Daniel despertó de su ensoñación a Melissa. A lo lejos, vio a Jonathan. Llevaba vaqueros azules y camisa blanca. Melissa sintió que el corazón se la salía del pecho. No esperaba volver a verle. Hacía veinticuatro horas ya desde que le había dado por muerto. No esperaba volver a tenerle delante, oírle, tocarle. Pero allí estaba. Dan había echado a correr, se tiró casi encima de su padre, y Jonathan echó una carcajada, cogió a su hijo en brazos y le besó y abrazó.

Entonces Melissa dejó las maletas en el camino, corrió unos metros y se fundió con su marido y su hijo.

—¡Jonathan! ¡Creí que te había perdido! —Melissa se echó a llorar y Jonathan la estrechó contra él y le besó el pelo.

—Cielo, estoy aquí contigo. Tranquila, nunca te dejaré, te lo prometo. —Daniel se bajó del brazo de su padre.

—¡Voy a coger las maletas! —Y echó a correr alegre por el camino de grava. Ahora Melissa abrazó a Jonathan con todas sus fuerzas, rodeándole la cintura, la espalda, respirando su aroma, su perfume, sintiendo el calor de su cuerpo y escuchando el latido de su corazón. Jonathan estaba vivo.

Melissa abrazó a Jonathan sin parar. No quería soltarle. Sentía que sin él se ahogaría. Se recordaba a sí misma llorando, sintiéndose sola y dolorida por dentro. Nada calmaba ese dolor. Nada lo llenaba. Cuando leyó la carta, y descubrió que Jonathan estaba vivo, había sido como salir de una dolorosa oscuridad para tocar una cálida luz. Ahora le abrazaba y le sentía fuerte y cálido.

No quería volver a perder aquello.

—Siento tanto haberte hecho sufrir con esto… Ojalá te lo hubiera podido contar, pero Larry no quería. Creía que era mejor… —Melissa alzó la cabeza, vio los ojos azules de Jonathan, cómo la miraba, y le puso un dedo en los labios.

—Shhh, da igual… Sé por qué lo hiciste. Me da igual todo, solo quiero una cosa…

—¿Qué?

—Bésame, por favor. —La voz de Melissa sonó casi como una súplica. Jonathan la encontró preciosa. Frágil, hermosa, enamorada,

inocente. Sonrió y se inclinó. La besó como si fuera la primera vez. Fue un beso dulce, lento, tierno, y duró y duró.

Daniel veía a sus padres felices y, considerando lo mal que su madre lo había pasado, no quiso intervenir. Sonrió y disfrutó de tener a sus padres juntos y amándose.

Y así empezó la nueva vida de Jonathan.

****

Por la noche refrescaba. Llevaban tres semanas en Escocia y Melissa ya había comprobado que el clima solía ser fresco. Pero a ella le encantaba eso porque significaba que podía relajarse con Jonathan, tumbada en el sofá, tapadita con la manta roja de cuadros mientras la chimenea les calentaba, fuera llovía y veían una película.

Daniel estaba acostado con el perro. Habían cenado ensalada y pollo. Ahora, tumbados en el sofá y con la lumbre como compañera, Melissa estaba recostada sobre el pecho de Jonathan. En la mesita tenían sendas tazas de leche caliente con miel.

La vida, simplemente, era perfecta.

Jonathan ya no sería un hombre de negocios, sino profesor de finanzas en una universidad de la ciudad. Y habían conocido a los vecinos, varias familias como Jonathan y Melissa, casados y con hijos. Los Landawell tenían incluso granja y la mujer, Natasha, había propuesto a Melissa organizar una pequeña tienda con productos caseros, como huevos, confituras, miel y bollos.

Jonathan estaba encantado con la idea y propuso a Mel comprar un local y empezar si ella quería.

Melissa pensó que era una idea fantástica y dijo que sí.

Ya no habría más negocios, reuniones, Wall Street y peligros. Jonathan y Melissa tenían nuevas identidades. Daniel era feliz en el nuevo colegio y ya se había hecho amigo de Robert y Mark, que vivían en unas casas de la pradera cercanas a la suya, así que eran vecinos y amigos.

Melissa se había preocupado de muchos detalles, pero Jonathan lo tenía todo controlado.

Sobre la familia, Fred, Nana o Molly, Larry dijo que ya había hablado con ellos, pero que las visitas tendrían que esperar algunos años.

Por seguridad.

Melissa era simplemente feliz con Jonathan y Dan, así que pensó que podía esperar por el resto de la familia sin que el corazón la ardiera de dolor. Jonathan era lo que más quería y le tenía a diario, con eso bastaba.

—¿Nos vamos a la cama, pequeña? —Jonathan acarició la frente

de Mel, ella sonrió.

—Vale. —Jonathan apagó la tele cuando ya salían las letras de los créditos de la película. Se levantaron, y, de la mano, apagaron las luces; dejaron las últimas brasas ardiendo y emitiendo chasquidos. El hogar olía a leña quemada, a incienso y a familia.

La casa no era Hamilton House. Se trataba de una casa de dos plantas. En la planta baja, la cocina, un baño y el salón. Unas escaleras de madera daban acceso al segundo piso, con tres habitaciones. Solo una tenía baño.

No era el lujo de antes, pero en la sencillez estaba la felicidad.

Jonathan y Melissa habían saboreado la vida de millonarios y no habían sido felices. En la casita de la pradera eran mucho más felices, viviendo como familia, sin tantas preocupaciones y responsabilidades.

Esa noche durmieron acurrucados, abrazados, y de un tirón, algo que no habían hecho desde meses.

Al día siguiente, la familia se levantó pronto. Dan iba al colegio, Jonathan a la universidad y Melissa iba a quedar con Natasha para hablar sobre cómo empezar el negocio.

Pero antes de que cada uno se marchara a sus labores, Melissa fue al baño. No se tomó mucho tiempo. Intuía que algo podía estar pasando con su cuerpo. Y no se equivocó. Diez minutos después salió con una sonrisa traviesa y la mano izquierda portando un test. Bajó las escaleras de madera, llegó a la cocina. Daniel y Jonathan terminaban de desayunar. Le miraron al entrar.

—Tengo una noticia que daros, chicos míos… —Melissa se mordió el labio inferior a la vez que sonreía.

—¿Qué ocurre, cielo? —preguntó Jonathan, sirviéndose mermelada en la tostada.

—Bueno… vamos a ser un miembro más en la familia… ¡Estoy embarazada! —Sonrió pletórica.

Daniel y Jonathan sonrieron y abrieron los ojos como platos, se miraron y chocaron los cinco.

—¡Voy a tener una hermanita! —grito Daniel entusiasmado—. ¡Waow! ¡Síií!

—Bueno cariño, no sabemos si será él o ella. —Sonrió Melissa, alborotando el pelo de su hijo.

—¡Qué guay, mamá! —Daniel abrazó la cintura de su madre.

—Cariño, no sabes lo feliz que me haces. —Jonathan se levantó y abrazó a Melissa, se besaron y ella sonrió acariciando la mejilla de su marido.

—Yo también soy feliz, tengo justo lo que quiero… mi familia. La verdadera felicidad de la vida. —Jonathan sonrió y volvió a besar a Melissa.

Una pequeña parte de su corazón recordó con dolor que había

tenido un aborto. Pero ahora volvía a tener una nueva oportunidad. Esta vez iba a salir bien. Estaba segura.

Todo era perfecto.

Tres años después

—¡Katie, cariño, deja eso por favor, no es para comer ahora! —Melissa regañó dulcemente a su hija. La pequeña tenía un vestido rosa y estaba sentada en la encimera de la mesa, cogiendo un cupcake de chocolate con frutos rojos. Alzó los ojos azules para mirar a su madre y un mechón de pelo rubio se soltó de su pinza rosa de Hello Kitty, cayendo dulcemente sobre la cara.

—Es que me gusta mucho, mamaaa —protestó la niña. Melissa sonrió. Había hecho dos docenas de cupcakes para vender en la tienda. El negocio llevaba en marcha dos años y medio y no podía ir mejor. La gente estaba encantada con los productos de Melissa; algunos postres eran recetas que había aprendido con Faith y Nana y la gente cada vez hacía más encargos. Vendía cupcakes, dulces, confituras, miel y huevos.

La gente de Averdelle era agradable y educada y nadie parecía reconocer a Jonathan, aunque si alguien lo pensaba, era suficientemente educado como para disimularlo.

Habían hablado algunas veces con Larry, Brian, Faith, y la familia. A un número privado y oculto que Larry les había proporcionado. Las visitas aún no se habían producido, pero quizá para el siguiente año podrían darse.

Faith había tenido también una niña, Christine, y Jonathan y Larry competían sobre quién era el padre más orgulloso.

Larry estaba de permiso, se había cogido un mes por paternidad y le estaba sustituyendo Paul O'Conner, el poli nuevo que había entrado hacía meses a trabajar en su oficina. Larry había oído algo de un caso nuevo sobre unas chicas desaparecidas, pero su familia era su prioridad y estaba encantado de que Paul fuera el encargado de llevar todo el turbio asunto.

Aquel día, Daniel había quedado con sus amigos en el cine de la ciudad; ya era todo un hombrecito, y Katie era la niña mimada de la casa. Jonathan le adoraba y no paraba de cogerla, besarla y presumir de hija.

Ese miércoles llegó del trabajo y trajo a Katie una Barbie sirenita que la niña estaba pidiendo desde días.

A Melissa la obsequió con un ramo de rosas rojas.

Mientras Katie jugaba en el salón, Melissa puso las flores en agua en la cocina. Jonathan se acercó por detrás, agarró de la cintura a

Melissa y la besó en el cuello. Ella sonrió y se encogió. Los besos de Jonathan la hacían cosquillas.

Ella se giró y besó a su marido en los labios. Le miró a sus preciosos ojos azules y Jonathan le devolvió una mirada llena de amor.

—¿Sabes lo que encontré hoy? —dijo con voz seductora.

—No, ¿qué? —Melissa sonrió. Jonathan sacó una revista enrollada de la cinturilla del pantalón, la tiró a la mesa de la cocina y pasó unas cuántas páginas. En la página veintitrés salía una foto de Jonathan trajeado. La revista había escrito un texto que decía que se cumplían tres años de la muerte de Jonathan Hamilton. Su casa, Hamilton House se había convertido en un orfanato y colegio para niños sin recursos. Funcionaba a las mil maravillas, y Brian Lowell era su presidente.

Pero Jonathan ya no era noticia. Solo le habían dedicado un texto de ocho líneas y una foto de 10x12.

La revista acaparaba a otros empresarios, sobre todo a un tal Delaware Memphis, que había comprado los negocios de Jonathan. El nombre del tipo no podía ser más curioso.

Jonathan y Melissa sonrieron complacidos.

—Bueno, señor Mitchell, pobre tipo ese tal Jonathan, ahora el señor Delaware es el nuevo empresario del año…

—Sí, y cómo me alegro por él. —Jonathan se fundió en un nuevo beso y abrazo con su mujer.

—Claire y Mitchell, para siempre —dijo Melissa. Recordaron la historia de sus antepasados, Mitchell Thorton y Claire. Los amantes imposibles. Ahora tenían sus nombres y vivían una vida diferente. Quizá la que Mitchell y Claire habrían vivido.

Jonathan cogió la revista y la tiró a la basura.

—¡Papá, mira cómo nada mi sirenita! —La voz de Katie sonó alegre. Melissa y Jonathan se miraron sonrientes, se abrazaron tomándose por la cintura y fueron a ver a su pequeña, que había metido en el acuario del salón a la sirena, para espanto de los pequeños peces, que se habían refugiado en el fondo. Lejos de enfadarse y reprenderla por el pequeño desastre, se miraron compartiendo una alegre carcajada.

La vida sencilla nunca había sido mejor.

1